

Gav Thorpe

EL ASEDIO DE DELIVERANCE

Fantasmas de Terra

Corax y los pocos guerreros supervivientes de la Guardia del Cuervo escapan de la matanza de Isstvan V mientras la Herejía de Horus divide al Imperio. Los castigados marines espaciales se recuperan de sus heridas y se esfuerzan por volver al combate cuanto antes. Corax, regresa destrozado a Terra en busca de la ayuda de su padre, el Emperador de la Humanidad. Éste le revela un antiguo secreto, y así Corax comienza la reconstrucción de la Guardia del Cuervo y planea la venganza contra sus traicioneros hermanos primarcas. Pero la misteriosa Legión Alfa ha conseguido infiltrarse entre los supervivientes y pretende destruir la Guardia del Cuervo antes de que pueda recuperarse y amenazar los planes de Horus.

Lectulandia

Gav Thorpe

El asedio de Deliverance

Los fantasmas de Terra

Warhammer 40000. Herejía de Horus 18

ePUB r2.4
epublector 11.06.13

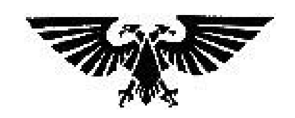

WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS

Título original: *Deliverance Lost*
Gav Thorpe, 2011
Traducción: Juan Pascual Martínez Fernández

Editor digital: epublector (r2.0 a 2.x)

Primer editor: Berny Benuyas (r1.0)
ePub base r1.0

Este libro está dedicado a los fanáticos
de la Decimonovena Legión.



LA HEREJÍA DE HORUS

Una época legendaria

La galaxia está envuelta en llamas. La gloriosa visión que tenía el Emperador para la humanidad no es más que ruinas. Su hijo más favorecido, Horus, ha dado la espalda a la luz de su padre y se ha entregado al Caos.

Sus ejércitos, los poderosos y temibles marines espaciales, se encuentran enfrentados en una brutal guerra civil. Antaño, estos guerreros definitivos lucharon codo con codo como hermanos para proteger a la galaxia y llevar a la humanidad de regreso a la luz del Emperador. Ahora luchan entre sí.

Algunos siguen leales al Emperador, mientras que otros se han unido al señor de la guerra. Por encima de todos destacan los primarcas, los comandantes de las legiones compuestas por miles de marines espaciales. Son unos seres sobrehumanos, magníficos, y representan el logro culminante de la ciencia genética del Emperador. Lanzados al combate los unos contra los otros, nadie tiene la certeza de conseguir la victoria.

Los planetas arden. Horus logró dar un golpe terrible a los leales en Isstvan V y tres legiones fieles al Emperador quedaron prácticamente aniquiladas. La guerra ha comenzado, un enfrentamiento que envolverá a toda la humanidad en un fuego arrasador. La traición y el engaño han suplantado al honor y la nobleza. Los asesinos acechan en cada sombra. Los ejércitos se organizan. Todos deben elegir un bando o morir.

Horus reúne a su armada con la propia Terra como el objetivo de su ira. Sentado en su Trono Dorado, el Emperador espera que regrese su hijo descarriado. Sin embargo, su verdadero enemigo es el Caos, una fuerza primigenia que ansia esclavizar a la humanidad bajo sus deseos caprichosos.

Los gritos de los inocentes y las súplicas de los justos resuenan junto a las risotadas crueles de los Dioses Oscuros. El sufrimiento y la condenación esperan a la humanidad si el Emperador fracasa y pierde la guerra.

La era del conocimiento y de la iluminación ha terminado. Ha empezado la Era de la Oscuridad.

DRAMATIS PERSONAE

EL EMPERADOR	Señor de la Humanidad

Los Primarcas

CORVUS CORAX	Primarca de la Legión de la Guardia del Cuervo
ROGAL DORN	Primarca de la Legión de los Puños Imperiales
ALPHARIUS/OMEGON	Primarcas gemelos de la Legión Alfa
HORUS	Señor de la Guerra, primarca de los Hijos de Horus

La Legión de la Guardia del Cuervo

BRANNE NEV	Comandante de los Rapaces
AGAPITO NEV	Comandante de las Garras
SOLARO AN	Comandante de los Halcones
ALONI TEV	Comandante de los Azores
LANCRATO NESTIL	Sargento de las Garras
HADRAIG DOR	Sargento de las Garras
KEREMI ORT	Hermano de batalla de las Garras
BALSAR KURTHURI	Hermano de batalla de las Garras
LUKAR FERENI	Hermano de batalla de las Garras
MARKO DIZ	Hermano de batalla de las Garras
STRADON BINALT	Tecnomarine
VINCENTE SIXX	Apotecario jefe
NAVAR HEF	Novicio

Las legiones traidoras

«ALPHARIUS»	Los legionarios alfa
EZEKYLE ABADDON	Primer capitán de los Hijos de Horus
EREBUS	Primer capellán de los Portadores de la Palabra
FABIUS	Apotecario de los Hijos del Emperador

Personajes imperiales

MALCADOR EL SIGILITA	Primer Señor de Terra
MARCUS ORLANDRIAZ	Genetista del Mechanicum
NEXIN SIGILITA	Primer Señor de Terra
PELON	Sirviente de Marcus Valerius
ARCATUS VINDIX CENTURIO	Guerrero de la Legio Custodes

Personajes no imperiales

ATHITHIRTIR	Un antedil, enviado de la Cábala

¿Acaso el Emperador tuvo que considerar algo así alguna vez? ¿Hubo algún momento en el que contemplara su obra y se preguntara qué o quién le había dado permiso para realizarla? ¿Alguna vez dudó de la justificación de su causa o de los métodos que las circunstancias le obligaron a utilizar? ¿Esas dudas son una debilidad, algo que sólo sufren las criaturas inferiores al Señor de la Humanidad?

Yo contemplo mi obra y siento esperanza y desesperación en igual medida. Ahora me doy cuenta de que he hecho algo terrible, pero soy incapaz de pedir perdón por ello. A pesar de todo lo que ha ocurrido, no creo haber actuado con otro ánimo que la mejor de las intenciones y el más noble de los propósitos. Fue la era más oscura que jamás hubiéramos conocido, y si echando la mirada atrás puede parecer que actué con egoísmo, sólo puedo decir que nos asediaba un enemigo no como algo a lo que jamás nos habíamos enfrentado, sino como algo a lo que jamás esperábamos enfrentarnos.

Todo lo que habíamos creado, todo por lo que habíamos luchado a lo largo de muchos años, se encontraba al borde de la aniquilación absoluta. No se trataba tan sólo de que las glorias del pasado podían quedar destruidas, sino que lo que estaba en peligro era el propio futuro de la humanidad. Nadie que no viviera en esos tiempos puede juzgar a aquellos que sí lo hicimos.

¿Por qué? Supongo que porque estábamos allí, en Tel Utan, y en puerto Mon Lo y en las Colinas Temblorosas. Si no hubiéramos estado nosotros, habrían sido otros.

Ni siquiera ahora soy capaz de comprender los motivos que movieron a aquellos que se convertirían en mis enemigos por desgracia o por voluntad propia, y siento incluso menos lástima que comprensión. Sin embargo, a pesar de todo eso, sé que no fue un simple capricho o una flaqueza lo que provocó la guerra. Los individuos con poder, los individuos con ambición, y con los medios para cumplirla, tienen objetivos que son mucho más elevados que los de los demás, y se justifican a sí mismos con argumentos morales que se encuentran por encima de los propios de los mortales comunes y corrientes.

Aunque me mantuve fiel al propósito principal de mi existencia, no voy a negar que no sufrí la misma vanidad que impulsó los actos de aquellos que serán juzgados por las generaciones futuras. Incluso cuando nos encontrábamos en la cima, cometimos actos que serían considerados cuestionables en el mejor de los casos en cualquier época más civilizada. La lección que se debe aprender no trata sobre lo que ocurrió, sino en «por qué» ocurrió. Sumidos en la oscuridad, en la desesperación, hicimos algo que sólo se puede justificar por la necesidad más cruel.

No me juzguéis.

Estoy por encima de vuestros juicios, aunque no sea merecedor de vuestro perdón.

Fragmento de registro recuperado,

Autor desconocido, circa M31



PRIMERA PARTE

LOS ECOS DE ISSTVAN



UNO
RECUERDOS DE GRANDEZA
REUNIÓN DE HERMANOS
EL NUEVO MANDO DE BRANNE

La última vez que estuvo en el sistema Isstvan la partida había sido muy diferente. Ochocientos estandartes chasqueaban y ondeaban bajo el fuerte viento mostrando los emblemas de cada compañía de la legión con colores dorados, blancos y plateados sobre el fondo negro. Las alas y las garras de diferentes diseños flameaban entre las imágenes de espadas y escudos. El brezo de color púrpura y verde oscuro había quedado aplastado bajo las botas de las armaduras. Grandes zonas de líquenes azules habían permanecido arrasadas por las incontables pisadas hasta dejar a la vista la tierra oscura y la roca pálida que había debajo.

Organizados en una serie de filas inmóviles, los legionarios de la Guardia del Cuervo llenaban la superficie del valle Redarth. Los Stormbird, las Thunderhawk y las demás naves de asalto estaban posadas en las alturas que las rodeaban, con las siluetas recortadas contra un cielo casi nocturno de tonos azules y púrpura. De un extremo al otro del horizonte se extendían nubes rasgadas de color violeta, igual que si las hubieran arrastrado los dedos de la mano de alguna deidad. El cielo sobre el ejército estaba dibujado por las estelas de vapor de los cazas de patrulla, y los puntos de luz que se movían en la bóveda oscura indicaban la presencia de naves en la órbita baja. Parecían meteoritos que avanzaran con lentitud para observar con cuidado lo que ocurría bajo ellos.

En la entrada del valle, situada al norte, esperaban los aliados de la Guardia del Cuervo. Con sus colores rojo y dorado, la Cohorte Therion se encontraba al completo con sus tanques y vehículos de transporte desplegados bajo las columnas de

penumbra y sombras de las inmensas máquinas de guerra de las legiones de titanes Legio Victorum y Legio Adamantus.

En la vanguardia se encontraba un destacamento de quinientos guerreros. La mayoría llevaba una armadura de caparazón de color negro brillante con la capucha bajada, lo que dejaba a la vista las cabezas con el pelo cortado a cepillo y las caras tatuadas con trazos en espiral. Las lentes de precisión de los soldados relucían bajo la luz de la puesta de sol, con las alabardas-rifle alzadas en gesto de saludo. Delante de este destacamento estaba la guardia de élite, con armaduras plateadas, y rodeando a un grupo de dignatarios civiles vestidos con túnicas lujosas y abrigos con rebordes dorados y grandes charreteras.

A la señal de uno de aquellos ancianos, los soldados y los jefes se arrodillaron sobre una pierna e inclinaron la cabeza en señal de respeto hacia el gigante que surgió caminando con lentitud de las filas de la Guardia del Cuervo. El hombre que se acercaba a la delegación de Isstvan era mucho más que un hombre. Era un primarca. Lord Corax, comandante de la Guardia del Cuervo, se alzaba por encima incluso de sus guerreros sobrehumanos. Su armadura era tan negra como la noche, cubierta de filigranas grabadas que dibujaban torres, cuervos y espirales intrincadas. Llevaba la cabeza al descubierto, lo que dejaba a la vista su tez pálida y el cabello negro y lacio que caía sobre la gorguera de la ornamentada placa pectoral. En la espalda del primarca se veía una mochila de vuelo con alas negras. Las plumas metálicas silbaban con un tono agudo bajo la brisa mientras caminaba. Los ojos oscuros contemplaron a la solemne delegación con una expresión de orgullo.

Con las manos envueltas por los guanteletes con las cuchillas de energía, Corax les indicó a los delegados de Isstvan que se pusieran en pie.

—Os arrodilláis como si fuerais un enemigo derrotado. Poneos en pie como hombres del Imperio —declaró el primarca. Su voz resonó con facilidad por encima del viento que le arremolinaba el cabello alrededor de la delgada cara—. Hemos combatido los unos contra los otros, pero la Verdad Imperial se ha impuesto y habéis jurado aceptar sus enseñanzas. Al someteros a los deseos del Emperador habéis demostrado ser individuos sabios y civilizados, unos conciudadanos más que adecuados para los numerosos mundos que forman parte del Imperio de la Humanidad. Lo hacéis no como un pueblo conquistado, no como un pueblo subyugado, sino como ciudadanos libres que han demostrado su coraje y su orgullo al defender sus valores, pero que han visto la luz de la Verdad Imperial y ahora dan la bienvenida a los beneficios que traerá consigo.

Corax se volvió hacia su legión y su voz aumentó de volumen hasta resonar en los extremos más alejados del valle sin apenas esfuerzo.

—Hemos luchado mucho y hemos luchado con valentía, y otro mundo ha sido salvado de la oscuridad que supone la superstición y la división para ser llevado a la

luz de la claridad y la unidad del Emperador —arengó a sus guerreros—. ¡Con honor hacia los caídos y respeto a los que se encuentran aquí, proclamo el sistema Isstvan incorporado al Imperio!

Un rugido de aprobación ensordecedor surgió de los vocalizadores de los ochenta mil guerreros con armadura, al que se unieron los vítores procedentes de los centenares de miles de gargantas de los guerreros de Therion, un clamor que quedó ahogado por el tronar de celebración de las sirenas de los titanes.

Casi quince años más tarde, Corax regresó con sus hermanos primarcas para acabar con la rebelión de Horus, pero sus supuestos aliados mostraron su verdadera lealtad en la zona de desembarco. Los nuevos traidores habían atacado a los Manos de Hierro, a los Salamandras y a la Guardia del Cuervo de Corax y eliminado prácticamente a todas las fuerzas leales al Emperador que habían desembarcado en el planeta.

Corax consiguió sobrevivir a aquella emboscada traicionera, aunque lo hizo por poco. El primarca había atacado y luego se había retirado con los restos de su legión, perseguido por las montañas y las colinas agrestes de medio planeta por media docena de legiones. La Guardia del Cuervo se había visto obligada finalmente a detenerse y plantar cara, obligada a salir a terreno abierto para hacer frente a la furia de sus perseguidores.

La primera batalla que la Guardia del Cuervo había librado en Isstvan se había saldado con una gran victoria. Esta última iba a ser una derrota humillante. Era un sonido muy diferente el que resonaba como sinfonía de trasfondo para rematar la última campaña de Corax en el sistema Isstvan.

Los primeros misiles de los Whirlwind de los Devoradores de Mundos ya cruzaban el aire hacia la Guardia del Cuervo. Los legionarios de Corax se negaron a ponerse a cubierto, orgullosos de mantener la posición frente al enemigo después de tantos días de ataques relámpago para luego huir, de tanta retirada llena de desesperación. Las explosiones sacudieron a las escuadras y mataron a docenas de legionarios. Corax se quedó en mitad de todo aquello, como si se tratara del ojo de un huracán. Sus oficiales lo miraron, y recuperaron fuerzas al verlo desafiar con tanta valentía a los Devoradores de Mundos.

Atrapada en la ladera azotada por los vientos, su legión se mantuvo firme. Al otro lado de los picos se extendía una inmensa llanura de sal, lo que los había obligado a detenerse para desplegar aquella última batalla defensiva. Delante de ellos se encontraba todo el poder de los Devoradores de Mundos, la legión impelida por la rabia de Angron. Este en persona avanzaba en cabeza, rugiendo en su ansia por la sangre de su hermano primarca. Un mar de color azul salpicado de rojo subía desde el valle concentrado en la destrucción de la Guardia del Cuervo. Enloquecidos por los

implantes neurales y llevados hasta un frenesí de combate producido por la inhumana combinación de estimulantes, los guerreros fanáticos de los Devoradores de Mundos subieron a grandes zancadas por la ladera mientras los tanques y los cañones les proporcionaban fuego de cobertura. Todos y cada uno de los guerreros aullaban su impaciencia por cumplir los juramentos de sangre que le habían hecho a su primarca.

Las explosiones sacudían las laderas y los misiles de los Whirlwind machacaban a los legionarios y las rocas con enormes surtidores de fuego. Corax miró hacia arriba y vio nuevas estelas de vapor cruzar el cielo abierto, pero había algo raro en la dirección que seguían.

Llegaban procedentes de la retaguardia de la Guardia del Cuervo.

Corax vio como las naves de alas anchas se despegaban de las nubes y bajaban en picado con las cápsulas tubulares de misiles escupiendo fuego. Una oleada de explosiones sacudió a los Devoradores de Mundos y destrozó a las compañías que avanzaban en vanguardia. Los proyectiles incendiarios estallaron en mitad del ejército que se acercaba y esparcieron chorros de promethium al rojo blanco sobre la empinada ladera. Corax siguió mirando con expresión incrédula los rayos de plasma abrasadores provenientes de la órbita que estaban abriendo unos enormes huecos en la legión del primarca Angron.

El rugido de los cohetes se volvió ensordecedor cuando las naves descendieron sobre columnas de fuego. Eran naves de transporte de color negro con el símbolo de la Guardia del Cuervo. Los legionarios se dispersaron para proporcionar a las naves espacio donde aterrizar. En cuanto las gruesas patas tocaron el suelo, las rampas descendieron con un zumbido y las compuertas de entrada se abrieron.

Al principio, los guerreros de la Guardia del Cuervo se quedaron sumidos en una cierta incredulidad. Unos cuantos lanzaron gritos de advertencia, convencidos de que, en realidad, las naves de transporte eran enemigas y que estaban pintadas así para engañarlos. El comunicador crepitó en el oído de Corax, que no reconoció la voz.

—¡Lord Corax!

—Transmisión recibida —contestó con cautela y con la mirada fija en los Devoradores de Mundos, que ya se estaban recuperando de los efectos del ataque sorpresa y se disponían a avanzar de nuevo.

—Al habla el prefecto Valerius del Ejército Imperial, a las órdenes del comandante Branne, mi señor. —La voz sonaba algo aguda, cargada de tensión, como los jadeos de un hombre que se ahogara—. Disponemos de una ventana de evacuación muy corta, suban a bordo en cuanto puedan.

Corax tuvo que esforzarse para comprender lo que le estaba diciendo aquel hombre. Se fijó en un detalle: el comandante Branne. El capitán de la Guardia del Cuervo había quedado al mando del planeta natal de la legión, Deliverance, y Corax no se imaginaba cuál podía ser el motivo para que Branne estuviera en Isstvan. El

primarca asimiló con rapidez aquel nuevo elemento de la batalla y se dio cuenta de que los legionarios que había dejado como guarnición en el planeta se encontraban en esos momentos allí, preparados para evacuar a los supervivientes de la matanza.

Corax le hizo una señal a Agapito, uno de sus comandantes.

—Organiza el embarque. Que todo el mundo suba a bordo y se dirija hacia la órbita.

El comandante asintió y se dio media vuelta gritando las órdenes pertinentes a través del comunicador para organizar la retirada de la Guardia del Cuervo. Los legionarios obedecieron con una rapidez fruto de la práctica y las naves de transporte levantaron nubes de polvo y de humo al despegar en cuanto quedaron llenas en dirección a la nave o las naves que las habían enviado. Corax contempló cómo se alejaban mientras una nueva andanada de proyectiles caía otra vez en las posiciones de la Guardia del Cuervo. La onda expansiva de una explosión a su izquierda hizo que se tambaleara.

Corax no hizo caso a la explosión y miró fijamente ladera abajo, por donde se acercaban los Devoradores de Mundos encabezados por su comandante. El primarca de la Guardia del Cuervo ya se había resignado a morir a manos de su hermano enloquecido. Sería un final adecuado caer bajo las hachas de Angron, y siempre existía la posibilidad, una ínfima posibilidad, de que Corax matara al primarca de los Devoradores de Mundos y de ese modo librara a la galaxia de su pérfida existencia.

Un instante después, el comandante Aloni apareció a su lado. Al igual que el resto de los legionarios de la Guardia del Cuervo, su armadura estaba mellada y agrietada, una mescolanza de placas y piezas tomadas de enemigos muertos. En algún momento había perdido el casco, y no había encontrado otro adecuado para sustituirlo. El rostro curtido y arrugado del comandante mostraba una expresión que era una mezcla de asombro y de preocupación.

—¡El último transporte, mi señor!

Corax logró apartar la mirada de Angron y vio un Stormbird con la rampa de asalto abierta a pocos metros de ellos. El primarca de la Guardia del Cuervo inspiró profundamente mientras se recordaba a sí mismo los preceptos que les había enseñado a sus guerreros, unos preceptos bajo los que se había regido toda su vida.

«Ataca, retrocede, y ataca de nuevo.»

Aquello era algo más que una simple retirada táctica. Aquello era una rendición. A Corax le reconcomía marcharse de Isstvan con semejante vergüenza. Miró a la nave de transporte, y luego de nuevo a los Devoradores de Mundos. Ya sólo estaban a unos doscientos metros de ellos. Más de setenta y cinco mil guerreros de su legión habían caído asesinados por los traidores, y muchos de ellos por los legionarios enloquecidos que corrían hacia él. Era una deshonra abandonar a los caídos, pero era un orgullo sin sentido creer que podría vengar él solo todas las traiciones que habían

sufrido allí.

«Ataca, retrocede, y ataca de nuevo.»

Corax se tragó la rabia con esfuerzo y siguió a Aloni por la rampa. Las botas resonaron contra el metal. Miró hacia el ejército de los Devoradores de Mundos mientras la rampa se cerraba. Sus enemigos lanzaban aullidos de frustración al ver que la presa se les escapaba.

—Hemos sobrevivido, mi señor. —El tono de voz de Aloni indicaba su absoluta incredulidad al respecto—. ¡Noventa y ocho días!

Corax no sintió deseo alguno de celebrarlo. Miró a Aloni y a los demás legionarios que había sentados a lo largo de los bancos del interior del compartimento de transporte.

—Vine a Isstvan con ochenta mil guerreros —les recordó el primarca—. Me marcho con menos de tres mil.

Sus palabras apagaron el ánimo jubiloso de todos, y un silencio sombrío sustituyó a esa sensación de alivio. Lo único que se oía era el rugido de la nave de transporte. Corax se colocó de pie al lado de una portilla de observación, con el suelo retumbando a sus pies, y contempló como se alejaban las colinas de Urgall mientras recordaba a los miles de guerreros que lo habían seguido hasta allí y a los que ahora dejaba atrás.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó Agapito.

—Haremos lo que siempre hemos hecho. —La voz de Corax recuperó fuerzas mientras hablaba. Sus palabras lo tranquilizaron tanto a él como a sus guerreros—. Nos replegaremos, recuperaremos fuerzas y atacaremos de nuevo. Esta no será la última vez que los traidores se enfrentarán a la Guardia del Cuervo. Esto ha sido una derrota, no el final. Volveremos.

La nube le ocultó el planeta cubriéndolo con una capa de blancura, y ya no volvió a pensar en los muertos.

Corax fue incapaz de soportar las expresiones desoladas de sus guerreros y salió del compartimento para tener un breve momento de retiro en el pasillo ligeramente inclinado que subía hasta la cabina de mando. Se quedó a solas y tuvo tiempo de pensar en lo que había ocurrido.

Había mirado cara a cara a la muerte dos veces a lo largo de los últimos cien días, y las dos veces había sobrevivido. No había sido simplemente un azar del combate; eso formaba parte de la vida de cualquier legionario o primarca. Había estado a escasos momentos de la muerte de un modo que jamás había experimentado con anterioridad.

Se inclinó hacia adelante para no golpearse la cabeza con el techo del pasillo y se puso de espaldas a la pared para recostarse al tiempo que apoyaba las piernas contra

el lado opuesto. Se quitó el casco y se quedó mirando con expresión ausente la dañada rejilla de la placa facial antes de dejar caer el casco al suelo cuando sus dedos cansados lo soltaron. Vio las melladuras y las grietas de las placas de la armadura, con los grabados acribillados por los disparos de bólter y las delicadas filigranas desaparecidas por los impactos de láser y las explosiones de misiles. Debajo del plastiacero y el metal notaba el dolor de las heridas. Le llegó el olor de su propia sangre, coagulada en una docena de heridas graves.

El agudo sentido del oído del primarca le permitió captar las conversaciones que sonaban de trasfondo en el receptor de la red de comunicaciones del casco que había dejado caer. La parte subconsciente de su cerebro absorbió el flujo de información mientras sus pensamientos conscientes vagaban a la deriva. Todavía no habían dejado atrás el peligro. Sabía que debería ponerse en contacto con Branne y aclarar los diferentes aspectos de la situación, pero se sentía incapaz de hacerlo todavía. Dedujo por los mensajes que había una barcaza de combate de los Devoradores de Mundos en las cercanías. Escuchó durante unos cuantos segundos más mientras la unidad de comunicación continuaba transmitiendo el rumbo y la posición de los traidores. Descubrió que la nave de los Devoradores de Mundos había abandonado el vector de ataque que había seguido hasta hacía poco y se retiraba con lentitud de la flotilla de la Guardia del Cuervo. El primarca desdeñó la amenaza al considerarla mínima mientras los acontecimientos más recientes le ocupaban casi por completo la mente.

El peligro había sido su compañero desde que podía recordar, y la guerra había sido su vocación. Jamás había tenido miedo a morir, e incluso cuando se había enfrentado a los peores enemigos del Emperador, en todos los combates lo había hecho con la certidumbre de la supervivencia y de la victoria. Los noventa y ocho días anteriores habían hecho desaparecer esa autoconfianza. Casi cien días de estar a sólo un paso por delante de sus perseguidores. Casi cien días de caza por parte de sus hermanos primarcas. Noventa y ocho días en continuo movimiento, de ataques y repliegues, de contraataques y de retiradas.

Se estremeció al recordar el comienzo de toda aquella prueba de resistencia, cuando los traidores habían revelado sus verdaderas intenciones y Corax había estado a punto de morir a manos de Konrad Curze, el hermano al que le encantaba que lo llamaran el Acechante Nocturno. Corax sabía que se encontraba entre los mejores guerreros de los que disponía el Emperador, y jamás había considerado que Curze estuviera a su altura. Su hermano era un individuo poco disciplinado, capaz de tener destellos esporádicos de genialidad, pero también con una gran tendencia a sufrir momentos de ceguera emocional, ocasiones que un guerrero como Corax podría aprovechar con un resultado mortífero. Sin embargo, había sentido algo en el Acechante Nocturno que había inquietado profundamente al primarca de la Guardia del Cuervo, un aura que se adentró en el espíritu de Corax y encontró una debilidad.

El odio de Curze lo había sorprendido enormemente, y eso se había sumado a la devastación que sentía en su fuero interno ante la traición de Horus y de muchos de sus hermanos primarcas. Sin embargo, no era excusa para huir de Curze.

Miedo. Había sentido un momento de miedo cuando se había enfrentado a su hermano enloquecido, y en la tranquilidad del pasillo comprendió cuál había sido la causa de ese momento de miedo al mirar en los ojos muertos del Acechante Nocturno.

Ambos estaban creados a partir de la misma materia. Tanto Corax como Curze eran criaturas nacidas y criadas en las sombras y el miedo.

Curze había vivido en las calles y callejones envueltos por la oscuridad de la ciudad de Nostramo Quintus; Corax había pasado su infancia en los túneles y criptas de la luna-prisión Lycaeus. Tanto Curze como Corax habían visto sus planetas sometidos a la voluntad de individuos malvados, donde los débiles y los indigentes habían trabajado hasta morir por el poder y la satisfacción de otros.

En ese momento, sometido por completo a la burla despectiva del Acechante Nocturno, Corax se dio cuenta de lo cerca que quizá había estado de convertirse en esa misma criatura que estaba intentando matarlo. Sus vidas eran las dos caras de la misma moneda: a Corax lo habían acogido personas con conocimientos de política y del alma humana, y le habían mostrado compasión y apoyo; Curze no había recibido esa educación y se había convertido en una figura de venganza y terror.

Mirar a Curze había obligado a Corax a verse a sí mismo cómo quizá habría acabado si no hubiera dispuesto de la influencia civilizadora de otros y del código y los principios que sus mentores le habían inculcado. En ese momento no había sido el miedo a Curze lo que había afectado a Corax, sino el miedo a sí mismo, y para su vergüenza, había huido en vez de destruir al objeto de ese miedo.

Corax, a solas en aquel pasillo de la nave, que no dejaba de rugir y de estremecerse, se despreció a sí mismo por aquel momento de cobardía. Debería haberse quedado para luchar, debería haber matado al Acechante Nocturno e inmediatamente después al patético Lorgar, de los Portadores de la Palabra, con lo que habría privado a los traidores de dos de sus comandantes, aunque eso quizá le habría costado la vida. Probablemente por esa razón había estado tan dispuesto a morir a manos de Angron, de sacrificarse al primarca de los Devoradores de Mundos para absolverse de la vergüenza de su anterior debilidad.

La compuerta de la cabina de mando se abrió con un siseo y Corax se irguió de inmediato todo lo que pudo para recuperar el aplomo propio del primarca de la Guardia del Cuervo, del Señor de Deliverance y del comandante de una de las legiones astartes. El copiloto se sobresaltó al ver que Corax se encontraba justo al otro lado de la puerta, y su rostro quedó convertido en una máscara de sorpresa.

Corax sonrió para tranquilizar al joven.

—¿Qué ocurre? —le preguntó el primarca.

—Lo siento, mi señor, pero no contestabais a vuestro comunicador. Tenemos al comandante Branne por el canal principal.

—Muy bien —contestó Corax con un gesto de asentimiento para darle ánimos—. Hablaré con él dentro de un momento.

El copiloto se metió de nuevo en la cabina de mando y Corax miró por encima de su hombro, a través del panel principal de la carlinga. La barcaza de combate del comandante Branne, que tenían delante de ellos, no paraba de aumentar de tamaño. Era una silueta negra que ocultaba una gran parte de las estrellas. Se trataba de la *Vengadora*, que Corax había visto por última vez en la órbita de Deliverance y que ahora estaba en Isstvan contra toda esperanza. Una visión que levantaba el ánimo a todos. Las torretas de los cañones de bombardeo que sobresalían a lo largo del espinazo dorsal de la nave apuntaban hacia el mundo que flotaba bajo ellos. También las baterías de armas, una cubierta tras otra de enormes lanzamisiles y cañones que parecían los colmillos al descubierto de un perro de caza. La nave de desembarco viró poco a poco, lo que dejó a la vista el símbolo de la Guardia del Cuervo que estaba pintado en la proa picuda de la barcaza de combate mientras el piloto cambiaba el rumbo hacia las luces parpadeantes de los hangares de aterrizaje.

Más allá se veían unos destellos de luz que eran más brillantes que las estrellas: los chorros de los motores de plasma de más naves. Los puntos de luz de las naves de transporte y las lanzaderas convergieron sobre las naves de color negro a medida que acababa la evacuación. La flotilla ya se estaba apartando del planeta para lanzarse a toda velocidad hacia el vacío con los legionarios rescatados.

Corax sonrió de nuevo, esta vez de alivio. No comprendía cómo había acabado Branne allí, pero se sentía agradecido por ello. La absolución mortífera a manos de Angron habría sido un final justo, pero tras pensárselo bien, Corax se alegró de sobrevivir para luchar otro día.

Branne estaba pie en la plataforma de acoplamiento vigilando cómo aterrizaban las naves de desembarco. La primera ya estaba desembarcando a sus ocupantes. Con pasos cansados, los supervivientes de la Guardia del Cuervo desfilaron por las rampas hacia la cubierta.

Tenían muy mal aspecto. La mayoría mostraba señales de heridas. Sus armaduras eran un mosaico de colores. El plateado de la hombrera de un guerrero de hierro por aquí, el gris de la coraza pectoral de un portador de la palabra por allí. Sus armaduras estaban resquebrajadas y rotas, ensangrentadas y manchadas, y cada rostro al que Branne miraba tenía grabada la fatiga en él. Con la mirada perdida, los últimos supervivientes de la masacre de la zona de desembarco caminaron con dificultad por el muelle de carga, donde fueron recibidos con sonrisas y ánimos por parte de los

guerreros de Branne.

Los siervos se les acercaron con comida y bebida servidas en sencillas bandejas de metal. Los legionarios de mirada perdida bebieron y tragaron sin ceremonia alguna para que recuperaran energía aquellos cuerpos sobrehumanos llevados al límite por la larga guerra de guerrillas. Les quitaron las hombreras y las armas para repararlas mientras los apotecarios, los tecnomarines y sus ayudantes se encargaban de atender las reparaciones y las heridas más urgentes.

Aunque los acontecimientos que habían provocado el regreso de los supervivientes eran especiales hasta ser únicos, la doctrina de la legión seguía siendo la misma. Una batalla se perdiera o se ganara, era el pasado, y la siguiente no tardaría en llegar. Un guerrero que no está preparado para combatir no es un guerrero, en realidad. Aunque estaban agotados, sin munición para las armas y con las armaduras estropeadas y el ánimo tenso hasta casi el punto de la ruptura, la Guardia del Cuervo se encontraba en una zona de combate, por lo que tomaron nuevas armas y cargadores de munición y dejaron que los tecnomarines y los apotecarios se ocuparan de todo lo que fuera necesario para que estuvieran de nuevo en condiciones de combatir.

Unos servidores mitad máquina mitad humano traquetearon entre silbidos a través del gentío creciente trasladando cajas de municiones, de granadas y de piezas de repuesto para las servoarmaduras de los legionarios. Otros servidores, unas criaturas enormes con grúas en vez de brazos y orugas en vez de piernas, se dirigieron retumbantes hacia las naves de desembarco y se dedicaron a recargar las bombas y los misiles que transportaban en las guías colocadas a lo largo de sus espinas dorsales metálicas.

Cuando aterrizó la última de las lanzaderas, Branne se acercó a ella mientras bajaba la rampa de acceso. El primer legionario en salir tenía un aspecto estrafalario. Su armadura era un revoltijo de colores y de ceramita sin lacar. De la armadura original tan sólo quedaba una hombrera con la insignia de la legión. Se quitó el casco y lo dejó caer al suelo.

—¡Agapito! —sonrió Branne. Le dio una palmada a su hermano en el pecho—. Sabía que estabas vivo. Eres demasiado testarudo para permitir que algo así te mate.

Branne miró de cerca a su hermano, sorprendido por su aspecto extravagante. Una nueva cicatriz le recorría la mejilla derecha hasta llegar a la garganta, pero, aparte de eso, era la misma cara que Branne había conocido toda la vida. Agapito devolvió la sonrisa con cansancio. Sus ojos, de un marrón profundo, contemplaron a Branne afectuosamente. Alargó una mano por detrás de su cabeza y lo atrajo hacia sí. Las dos frentes se tocaron en señal de respeto y camaradería.

—Veo que no has sido capaz de mantenerte alejado de los problemas, Branne.

El comandante se distanció un poco de Agapito para ver cómo Corax descendía

por la rampa. El primarca se alzaba imponente por encima de sus legionarios con la armadura negra tan desgastada y magullada como las de aquellos bajo su mando.

—Estuve siguiendo tus transmisiones —dijo Corax—. ¿Por qué el enemigo abortó su ataque?

—No tengo la menor idea, lord Corax —le respondió Branne—. Puede que se lo pensasen mejor al tener que enfrentarse a tres naves a la vez.

—¿Dónde están ahora? —preguntó el primarca.

—Se han retirado a unos cien mil kilómetros —apuntó Branne—. No parece que tengan intenciones de atacar de nuevo.

—Qué extraño —comentó Corax. Agitó la cabeza como si descartase una idea—. Ordena a las demás naves que pongan rumbo a Deliverance.

—Sí, lord Corax —respondió Branne al mismo tiempo que se daba con el puño en el pecho—. ¿Y nosotros hacia dónde nos dirigimos?

—A Terra —le respondió el primarca—. Debo tener una audiencia con el Emperador.

Branne y Agapito intercambiaron una mirada, pero no dijeron nada mientras Corax salía del hangar de aterrizaje. Branne miró de nuevo a Agapito y vio una expresión extraña en sus ojos. Caminaron juntos por la cubierta fijándose en todos los detalles, pero sin detenerse en ningún lugar concreto.

—Tranquilízate, hermano —le dijo Branne mientras le daba una palmada en el brazo—. Aquí no hay enemigos. Estás a salvo.

Agapito posó su mirada perdida en Branne y asintió con un gesto afirmativo pero también lleno de duda. Luego, su confusión y la inquietud desaparecieron y le sonrió a la vez que lo agarraba de un brazo.

—Sí, es cierto —contestó Agapito—. Creí que nunca volvería a ver el interior de una nave de la Guardia del Cuervo.

Una sirena de alarma sonó tres veces, y su aullido penetrante interrumpió los pensamientos de Branne.

—Estrategium a comandante Branne —anunció una voz por el sistema de comunicación general—. Alerta de cercanía. Varias naves enemigas han cambiado de rumbo en dirección a nuestras posiciones. Tiempo estimado de interceptación, cinco horas.

—Todo preparado para activar los escudos de reflejo —contestó por el microcomunicador. Lanzó una rápida mirada a Agapito, y se obligó a sonreír de un modo animoso—. Bueno, quizá no del todo a salvo.

La *Vengadora* partió junto a las otras dos naves de la flotilla. Las tres tomaron rumbos distintos para confundir y dispersar las estelas dejadas por los motores. Las otras dos naves, *Triunfo* y *Valor del Cuervo*, se dirigirían hacia los límites del sistema

planetario antes de efectuar la traslación a la disformidad y comenzar el viaje de regreso al planeta natal de la legión, Deliverance. Corax ordenó a la *Vengadora* que se dirigiera hacia Isstvan IV, tanto para confundir a sus perseguidores como con la esperanza de reunirse con la pequeña flota de naves de Therion que Branne había enviado a la zona varios días antes para engañar a los traidores que tenían bloqueado Isstvan.

Había muy pocas esperanzas de que las naves del Ejército Imperial hubieran sobrevivido. Habían sido el último objetivo de la flota de los Devoradores de Mundos y diversas naves más. Con la legión y la flota de la Guardia del Cuervo al borde de la desaparición, cada nave y cada soldado era un activo valioso, y después de sopesar los riesgos y las ventajas, Corax decidió que merecía la pena dedicarle a la misión unos cuantos días si con ello conseguía aumentar un poco sus efectivos.

Branne lo había apoyado argumentando que la Guardia del Cuervo tenía una obligación con sus aliados y debía al menos intentar reagruparse con ellos. Además de que las naves de Therion serían un elemento militar valioso, también era importante dar un mensaje tras los desastrosos acontecimientos que se habían producido en Isstvan: que aquellos que se mantenían fieles al Emperador no serían abandonados a su suerte. Corax les había dejado bien claro a los comandantes que la *Vengadora* era una nave demasiado valiosa como para arriesgarla sin un buen motivo, por lo que la búsqueda sería corta. Si se corría el riesgo de ser descubiertos, la barcaza de combate interrumpiría de inmediato la búsqueda y se dirigiría a los límites del sistema para efectuar el salto a la disformidad.

Las naves de la Guardia del Cuervo activaron los escudos de reflejo en cuanto estuvieron lo suficientemente lejos de la superficie del planeta como para quedar a salvo de los disparos efectuados desde allí. Se trataba de una innovación creada en el planeta Kiavahr, alrededor del cual orbitaba la luna hogar de la Guardia del Cuervo. El escudo de reflejo era una modificación de los escudos de vacío que protegían a la mayoría de las naves de combate y a las instalaciones imperiales.

Un escudo de vacío funcionaba utilizando la energía de la propia disformidad para desviar los proyectiles. El escudo de reflejo actuaba cambiando la modulación de los núcleos de disformidad que proporcionaban energía a los escudos de vacío y los calibraba hasta que admitían una mayor zona de tolerancia y los orientaba hacia adentro, por lo que la materia y la energía generadas por la nave quedaban redirigidas. Cualquier forma de radiación emitida por las naves de la Guardia del Cuervo quedaba desplazada, por lo que resultaban indetectables para los sensores de los equipos de exploración.

Las ventajas de la tecnología del escudo de reflejo se adecuaban muy bien a la clase de guerra que le gustaba librar a Corax, ya que permitía que las naves de combate de la Guardia del Cuervo se acercaran sin ser detectadas a sus objetivos para

atacar con rapidez y contundencia antes de retirarse. La escasa necesidad de energía que requería el sistema implicaba que semejante sigilo se podía mantener de forma casi indefinida. Sin embargo, su uso acarreaba un importante contratiempo. Al tener que emplear los generadores de los escudos de vacío en los escudos de reflejo, cualquier nave de la Guardia del Cuervo carecía de defensa contra los ataques físicos, y se tardaba bastante tiempo en pasar los generadores de un sistema a otro, por lo que la nave quedaba vulnerable durante bastantes minutos sin aquel campo de ocultación ni las defensas de energía operativas por completo, de ahí la rápida partida de la órbita del planeta.

A los augures y los sistemas de exploración de las bases y las naves traidoras les pareció que las naves de la Guardia del Cuervo se habían fundido con las estrellas. A simple vista habrían titilado durante unos instantes mientras los escudos de reflejo terminaban de activarse y apagaban la luz que se reflejaba en la superficie de los cascos, hasta que todas las emisiones de energía quedaron absorbidas y las naves se volvieron invisibles.

Otro de los problemas de los escudos de espejo, uno que Corax se había esforzado por arreglar durante muchos años sin lograrlo era el bajo nivel de energía que era capaz de compensar. Los reactores sólo podían funcionar a la mitad de potencia sin generar un exceso de energía que no se podía disipar, lo que provocaba una disminución de la velocidad máxima que se podía alcanzar y entorpecía el funcionamiento de los sensores de la nave. Así fue como, de forma lenta y medio a ciegas, la *Vengadora* se alejó de Isstvan V trazando un arco alrededor del planeta hasta que comenzó a dirigirse hacia su objetivo.

La nave no se dirigió directamente hacia Isstvan IV, ya que una de las doctrinas de combate de la legión era acercarse siempre al objetivo por un rumbo indirecto, así que la nave tomó una ruta en zigzag y menos directa utilizando una fórmula que había diseñado Corax para aprovechar al máximo el efecto amortiguador de los escudos de reflejo, lo suficiente como para engañar a cualquier perseguidor o sistema de sensores que tuviera la capacidad de detectarlos. Corax nunca estaba dispuesto a correr riesgos en lo que se refería a moverse con libertad y sin ser visto.

Pasarían varios días antes de que la *Vengadora* llegara a la distancia mínima para utilizar la reducida capacidad de sus sensores con Isstvan IV. Corax aprovechó ese tiempo para revisar la organización de los restos supervivientes de su legión.

Incluidas las compañías de Branne, disponía de menos de cuatro mil legionarios de diversos rangos y especialidades. A la mayoría los había organizado en los Garras, compañías tácticas que quedaron bajo el mando de Agapito. Los supervivientes de las diversas escuadras de asalto, junto a numerosos veteranos enterrados dentro de los dreadnoughts, se habían agrupado en los Azores, bajo el mando de Aloni Tev. Por último, el puñado de escuadrones de motocicletas, de land speeders y dotaciones de

naves que todavía quedaban fueron puestas bajo el mando del capitán Solaro An, y a las unidades se las denominó Halcones.

A dos días de distancia de Isstvan V, Corax convocó una reunión con sus cuatro comandantes y les explicó la reorganización y el reparto de tareas que se producirían en cuanto la legión estuviera reunida de nuevo en Deliverance.

Los cinco se reunieron en los aposentos de Branne, que se los había cedido al primarca desde la llegada de éste a la nave. La estancia principal estaba decorada de forma sencilla, con las paredes de plastiacero pintadas de color azul apagado, ocupadas sólo por una armadura y una estantería sobre la que normalmente colgaría el equipo personalizado del comandante, creado por artesanos armeros. En ese momento estaba vacío, ya que todos los legionarios de la fuerza superviviente se encontraban en permanente estado de disposición para el combate, por lo que incluso dormían con la armadura puesta y el bólter en las manos.

En el suelo había grabado un relieve del símbolo de la Guardia del Cuervo: un pájaro heráldico con las alas y las garras extendidas con una cadena enrollada alrededor. Sobre el símbolo habían colocado una mesa circular de un metal, con aspecto de bronce bruñido y el símbolo de la legión, y emisores de comunicación y pantallas de imagen para una docena de asistentes. En aquel momento, las pantallas eran simples placas de color gris apagado, con los emisores y los teclados desconectados mientras estuvieran activados los protocolos de navegación en silencio. Cada ápice de energía sin utilizar podía significar la diferencia entre permanecer ocultos y la detección.

Corax se encontraba de pie frente a las puertas dobles que conducían de vuelta al estrategium, inclinado hacia adelante y con las manos apoyadas en la mesa. Agapito y Aloni estaban sentados a su derecha, con Branne y Solaro a la izquierda. Al ser hermanos, Branne y Agapito se parecían más de lo habitual. Tenían la misma mandíbula cuadrada, frentes anchas y mejillas planas. Ambos procedían de la prisión de esclavos de Deliverance, y ni siquiera los implantes y la manipulación genética que los habían convertido en legionarios habían borrado por completo el aspecto enjuto y pálido de su piel. En Agapito destacaba la nueva cicatriz, pero eran los titubeos que en ocasiones aparecían en su mirada lo que indicaba con mayor claridad la terrible experiencia que había sufrido durante la masacre de la zona de desembarco.

Solaro era el más joven de todos, y no era más que un niño cuando Corax liberó a Deliverance del dominio tiránico de los caudillos de Kiavahran. Era de tez pálida, como el primarca, con la nariz aguileña y labios finos, y siempre parecía estar en constante movimiento. Los dedos del guantelete no dejaban de tabalear y repiquetear sobre la mesa incluso mientras escuchaba a su primarca.

Aloni era el de mayor edad de todos ellos, y tenía una complexión completamente

distinta. Había nacido en las llanuras de polvo de Asiática, en Terra, y su piel era más oscura que la de los demás. Sus ojos mostraban una estrechez y una inclinación que no era habitual en los nativos de Lycaeus. Llevaba la cabeza afeitada, con numerosas tachuelas de servicio incrustadas en el cráneo.

—¿Y cuál será mi cometido, lord Corax? —le preguntó Branne cuando se dio cuenta de que no le habían asignado ningún mando específico.

—Serás el comandante de los reclutas —le informó Corax.

—¿De los reclutas? —Branne no ocultó su decepción—. De no haber sido por una casualidad, hubiera sido yo quien habría estado con vos en Isstvan, y Aloni o Agapito hubieran tenido que quedarse con la guarnición en Deliverance. Preferiría un mando de combate, mi señor.

—Y lo tienes —le contestó el primarca, quien se inclinó hacia adelante para ponerle una mano en la hombrera—. Horus y sus aliados traidores no nos van a permitir el lujo de mantener a nuestros reclutas apartados del combate durante mucho tiempo.

—Con el debido respeto, no me siento preparado para simplemente dirigir las escuadras de exploradores —insistió Branne.

Le dolía discutir con su primarca, y temió que quizá fuera el orgullo el que guiara sus palabras, pero en los escasos dos días que habían transcurrido desde la operación de rescate, incluso él se había dado cuenta de que existía una diferencia creciente entre los que habían estado en Isstvan V y los que no. La legión antaño había estado unida por las experiencias comunes, pero ahora parecía que la matanza y la huida habían creado un vínculo más fuerte que la propia pertenencia a la legión, un vínculo que no compartían Branne y sus guerreros. Quería demostrar que valía lo mismo que sus iguales, y la idea de que lo dejaran otra vez en Deliverance para organizar a los reclutas le agrió el estado de ánimo.

—Quizá podría ser el capitán de vuestra guardia —añadió Branne—. Desde que Arendi murió en la zona de desembarco no habéis nombrado a un sucesor.

Oyó las risas de los demás comandantes al compartir algo divertido que él desconocía. Le escoció sentirse tan aislado de sus camaradas.

—Ya no dispongo de la parafernalia de una guardia de honor —le explicó Corax con amabilidad. El primarca se irguió y fijó su mirada penetrante y oscura en el comandante, quien esperaba una reprimenda por su testarudez, pero en vez de eso, Corax sonrió levemente—. Es a ti a quien le concedo el mayor honor, Branne. Como recompensa por acudir en nuestro rescate, voy a encomendarte la reconstrucción de nuestra legión. No existe ahora mismo tarea más importante que ésa que pueda entregarte. Tendrás en tus manos el futuro de la Guardia del Cuervo.

Branne consideró todo aquello durante unos momentos, con la autoconfianza algo recuperada tras las palabras de Corax. Miró a los demás y vio que hacían gestos de

asentimiento para mostrar que estaban de acuerdo con el primarca, y en sus rostros se reflejaba la sinceridad.

—Acepto el honor, mi señor, por supuesto —contestó Branne al mismo tiempo que inclinaba la cabeza. Luego murmuró como para sí mismo—: Pero... ¿correr por ahí con los exploradores?

—Ya no habrá exploradores —declaró Corax, cuyo agudo sentido del oído le permitió captar con claridad lo que había murmurado Branne—. Las escuadras de exploradores que aún existen se convertirán en parte de las fuerzas de reconocimiento de Solaro. A cualquiera de ellos que se encuentre cerca de la iniciación completa se le entregará la armadura negra y se unirá a los Garras. Tus reclutas tendrán que aprender a combatir como guerreros completos desde el principio. No disponemos de años para entrenarlos poco a poco.

Aquello animó todavía más a Branne, y empezó a sentirse satisfecho con la tarea encomendada. La reunión pasó a tratar otros asuntos, incluida la necesidad de recuperar las reservas de armas y munición de la legión, además del número de guerreros. Haría falta realizar un recuento completo de todas las armaduras, armas, vehículos y naves para evaluar hasta qué punto las garras de la Guardia del Cuervo habían quedado romas.

—¿Qué hay del resto de la flota? —preguntó Solaro, mirando a Branne—. ¿Alguna señal de que alguna de nuestras naves haya logrado escapar?

—Es poco probable —le contestó Branne—. Quizá unas pocas hayan conseguido huir, pero no tendría muchas esperanzas al respecto. No hemos detectado ninguna transmisión, aunque también es cierto que cualquier nave de la Guardia del Cuervo estaría manteniendo silencio en las comunicaciones para cuando nosotros llegamos.

—Lo que es indudable es que la *Sombra del Emperador* quedó destruida, junto a su flotilla de escolta —apuntó Corax, refiriéndose a la nave insignia de la flota—. Recibí su señal de zafarrancho de combate y de petición de ayuda cuando los traidores abrieron fuego. Las comunicaciones se interrumpieron a los pocos minutos, demasiado pronto como para que se activaran los escudos de reflejo, que frente a semejante superioridad numérica habrían sido la única defensa posible.

Un silencio siguió a aquella declaración, unos momentos tensos provocados por la mención del acto de traición cometido por Horus y las legiones que se habían puesto de su lado. Branne vio que Agapito se encorvaba de un modo inconsciente y su mirada se quedaba en blanco. Solaro apretó los puños, mientras que Aloni inclinó la cabeza y cerró los ojos en un gesto contemplativo.

—Los caídos serán vengados.

Corax sólo musitó aquellas palabras, pero las pronunció con tanta vehemencia que Branne no dudó ni por un instante de la voluntad de su primarca.

El tintineo de la puerta interrumpió el ambiente cargado de tensión de la estancia.

Corax activó un control y las puertas dobles se abrieron para dejar a la vista a un tripulante humano de la nave, que llevaba una chaqueta blanca y unos pantalones negros. Tenía en la mano una placa digital. Incluso el sistema de comunicación interno de la *Vengadora* estaba apagado para ahorrar energía, por lo que se utilizaba a los siervos y miembros de la tripulación más en forma como mensajeros para transmitir las órdenes y las instrucciones por toda la barcaza de combate.

—Disculpad la intrusión, mi señor, comandantes, pero la controladora Ephrenia comunica que Isstvan IV ya se encuentra dentro del alcance nominal de los sensores.

—Entendido. Dile a Ephrenia que desvíe el veinte por ciento de la capacidad de los motores a los sistemas de exploración, y que me reuniré con ella dentro de poco.

El tripulante hizo una reverencia y dejó a los comandantes a solas con el primarca.

—Alguien debería informar a Marcus —comentó Branne.

—¿Marcus? —inquirió Corax.

—El prefecto Valerius —le explicó Branne—. El comandante de los Therion. Fueron sus naves y sus soldados los que envié a Isstvan IV.

Branne no comentó que también habían sido los extraños sueños de Valerius los que le habían llevado a poner rumbo hacia el sistema Isstvan y desobedecer la orden del primarca de mantener la guarnición de Deliverance. Todo aquel asunto había resultado muy inquietante para Branne, y estaba deseando poder discutirlo con el primarca en privado. Sin embargo, todavía no se había producido la oportunidad.

—Sea como dices —le respondió Corax, indicándole que saliera antes que él—. Informa al prefecto de que disponemos de siete horas para realizar un barrido en busca de sus naves, pero únicamente ese tiempo. Dile que será bienvenido al estrategium para acompañarme durante la operación.

Branne hizo un gesto de asentimiento y salió de la estancia antes que los demás. Tres jóvenes, dos chicos y una chica, se encontraban pegados a una de las paredes del pasillo exterior. Iban vestidos con una camisa y unos pantalones lisos. Branne hizo un gesto a uno de ellos para que se acercara.

—Llévale un mensaje al prefecto Valerius. Pídele... —Branne se calló de repente—. No importa. Lo veré personalmente. Vuelve a tu puesto.

El comandante se volvió hacia la popa y comenzó a alejarse con paso decidido mientras los demás salían de la estancia. Tendría que contarle a lord Corax lo de los sueños, y tendría que hacerlo pronto, pero sería mejor que Valerius no dijera nada al respecto todavía. Cuando ya se hubieran alejado de Isstvan y la situación fuese más tranquila, los dos podrían tratar aquel asunto tan espinoso.



DOS
LA CONVOCATORIA DE UN PRIMARCA
ESPÍRITU POR REFLEJO
LA CÁBALA ABRE UN CAMINO

—¿Qué pasa? —preguntó Marcus al oír a su sirviente, Pelon, llamarlo por su nombre.

El prefecto estaba tumbado en su camastro sosteniendo un pequeño tratado sobre tácticas navales en las manos a pesar de que había leído la última página más de una docena de veces, desde que Corax había subido a bordo, sin entender ni una sola palabra. Todavía tenía que ver al primarca, algo que lo preocupaba ligeramente, pero que también lo tranquilizaba en igual medida.

—El comandante Branne quiere verlo, señor —le respondió Pelon. El joven atravesó la puerta que comunicaba la sala principal con el dormitorio, medio oculto por la sombra del legionario que había tras él.

Marcus se levantó rápidamente de la cama y se colocó los faldones de la camisa por dentro de los pantalones. Se alisó el pelo con una rápida pasada de mano mientras Pelon se apartaba un paso para dejar que Branne entrara en el pequeño camarote.

—Comandante, me siento muy honrado —dijo Marcus, inclinando ligeramente la cabeza—. Pensaba que estaría muy ocupado con otros asuntos.

—Lo estoy —afirmó Branne con una dura expresión en la cara mientras dirigía una mirada a Pelon.

—Déjanos, Pelon —le ordenó Marcus—. ¿Podrías ir al comedor de oficiales y preguntar por mi comida?

Pelon asintió y abandonó la estancia. Branne no dijo nada hasta que la puerta exterior siseó al abrirse y luego se cerró con un ruido sordo.

—Lord Corax nos ha permitido dedicar siete horas a buscar tu flota —dijo el comandante—. Ni un segundo más.

—Una búsqueda vana, me temo —suspiró Marcus. Se sentó en el camastro e invitó a Branne a hacer lo mismo con un gesto. El comandante declinó con un leve movimiento de cabeza y un fruncimiento de ceño.

—También has sido invitado a esperar al primarca en el estrategium.

—¿Invitado? —Marcus sonrió—. Me alegro mucho. Estaba deseando presentarle mis respetos a lord Corax desde que llegó a bordo.

—Los sueños, Marcus, ¿han desaparecido? —Branne se cernió sobre el oficial del ejército con los brazos cruzados sobre su gigantesco pecho.

—Sí. Afortunadamente lo han hecho —asintió Marcus—. Los cuervos ya no me llaman, los fuegos se han extinguido en mis pesadillas.

—Eso está bien —dijo Branne, al que se le iluminó un poco la expresión. Dobló una rodilla de forma que su cara quedara al mismo nivel que la de Marcus—. No sería inteligente distraer a lord Corax con preocupaciones innecesarias.

—¿Preocupaciones innecesarias? No estoy muy seguro de a qué se refiere, comandante.

—No menciones los sueños cuando estés ante el primarca.

—Bueno, no iba a soltarlo delante de todo el mundo en el estrategium, si es eso en lo que está pensando —replicó Marcus, ofendido ante la sugerencia—. Se trata de un tema delicado, eso lo sé.

—Más que delicado, Marcus. —Los ojos de Branne ardían con fuerza en su feroz expresión—. Puede haber algo antinatural en esos sueños. No es normal que un hombre sea capaz de saber lo que le sucede a otro a años luz de distancia.

—¡Pues claro que es algo anormal! —exclamó Marcus—. No es algo natural que un hombre tenga este tipo de sueños, pero creo que lord Corax está muy lejos de ser natural.

—¿Todavía piensas que el primarca te ha enviado esos sueños? ¿Que de alguna forma te llamó a través del vacío para avisarte del peligro en que se encontraba?

Marcus se estremeció ante el tono acusatorio de Branne.

—Sin duda alguna —dijo el prefecto levantándose—. Tal vez haya algo en el condicionamiento de esta legión que endurezca la mente ante este tipo de mensajes. No lo sé. Estoy seguro que lord Corax nos hablará al respecto cuando lo considere oportuno.

—No me pongas en entredicho, Marcus, no ante el primarca —le advirtió Branne, mostrando la causa de su rabia—. No ha hecho demasiadas preguntas acerca del motivo por el que abandonamos Deliverance, así que es mejor dejarlo de este modo.

—Lo que usted considere mejor, comandante —asintió Marcus, levantando una mano en forma tranquilizadora, preocupado por la tensión en la voz de Branne—. No

pienso sacar el tema si usted o lord Corax no lo hacen.

—¿Y qué pasa con el siervo?

—¿Quién?

—Ese joven, el que estaba aquí hace unos minutos. ¿Se puede confiar en que no suelte la lengua?

—Oh, Pelon. Es de total confianza. Su familia ha servido a la nobleza de Therion durante generaciones. La lealtad está codificada en él como su pelo rubio o su nariz chata. Él sirve al prefecto de la Cohorte Therion y es consciente de su posición y de la necesidad de ser discreto.

—Asegúrate de que sea así —insistió Branne—. Por tu bien, es mejor que no empiecen a surgir rumores en estos momentos. La traición de Horus y la deserción de las otras legiones han hecho que todo el mundo se muestre muy suspicaz. Tu sueño apunta algo extraño, algo de lo que no se debe hablar.

—Comprendo —asintió Marcus, aunque no entendía ni una palabra. La acerada mirada de los ojos de Branne era algo que el prefecto anteriormente jamás había visto en la mirada de un legionario. Si no lo conociera, Marcus habría pensado que era un síntoma de miedo.

»Es mejor que no hagamos esperar a lord Corax —dijo entonces, pasando junto a Branne para coger la capa del uniforme que colgaba de la pared. Se puso la pesada prenda, acomodó los galones y las hombreras para que estuvieran bien colocadas, y señaló con la cabeza hacia la puerta—. Después de usted, comandante.

El estrategium estaba en silencio excepto por el zumbido de fondo de las estaciones de vigilancia y el parloteo mecánico de las impresoras de datos. Corax estaba de pie detrás del trono de mando, ya que era demasiado pequeño para su gigantesca figura, mientras sus comandantes esperaban en el nivel superior observando desde arriba el estrategium. Marcus Valerius se detuvo con la cabeza inclinada junto a Branne, empequeñecido por sus compañeros legionarios.

Era un riesgo permanecer en el sistema Isstvan más tiempo del absolutamente necesario, y mucho más que arriesgado acercarse demasiado a Isstvan IV, donde se estaba reuniendo una gran parte de la flota de Horus. Pero a pesar de los riesgos, Corax sabía que les debía a los valientes hombres y mujeres de Therion hacer todo lo posible para encontrar supervivientes. No tenía demasiadas esperanzas, ninguna, si fuera realmente sincero consigo mismo, pero en momentos como ése era importante reconocer la deuda que tenía con los therianos.

La *Vengadora* se acercaba sigilosamente hacia Isstvan IV con la energía de sus motores al mínimo, poco más que unos restos de radiación de fondo en las pantallas de la flota enemiga. No era sólo para honrar a los therianos por lo que Corax se atrevía a acercarse tanto. Cualquier información que pudiera recopilar sobre las

capacidades y el despliegue de los traidores podía resultar vital tanto para la guerra que se avecinaba como para sus posibilidades de abandonar Isstvan con vida.

Había docenas de naves, tal vez incluso cientos. Pertenecían a los Hijos de Horus, a los Portadores de la Palabra, a los Devoradores de Mundos, a los Guerreros de Hierro y a otros que habían, por razones que Corax jamás podría entender, traicionado al Emperador.

No había estado en ese lugar desde que había entrado en el sistema por primera vez, cuando la Guardia del Cuervo y los soldados de la Cohorte Therion, junto a las naves que representaban al Mechanicum de Marte y otros implicados en la Gran Cruzada habían sometido Isstvan. Había sido enviado allí por Horus antes de que éste fuera ascendido a señor de la guerra. En aquellos momentos había sido una invitación más que una orden, pero para Corax una palabra de Horus era equivalente a una orden del Emperador.

El primarca de la Guardia del Cuervo nunca había mantenido buenas relaciones con Horus. Siempre lo había considerado un extravagante, demasiado dispuesto a demostrar su poder durante sus conquistas. Corax prefería ser subestimado para conseguir el sometimiento con el mínimo de ruido y gestos grandilocuentes.

Pero aunque no le gustara Horus, Corax le había admirado. Había admirado su fácil camaradería con los que estaban bajo su mando, y sabía que Horus había sido el comandante más exitoso en muchas campañas, agraciado con la rara habilidad de controlar tanto la visión global como los pequeños detalles, algo que Corax jamás había podido igualar.

Físicamente, Horus y Corax habían demostrado ser unos dignos rivales en sus duelos de práctica y combates de lucha. Estas luchas no habían creado un fuerte lazo de unión entre ellos como ocurría entre otros primarcas, pero Corax jamás consideró la posibilidad de que algún día tuviera que demostrar de verdad su valía contra Horus.

Había sido feliz de proporcionar los servicios de la Guardia del Cuervo para encabezar secretamente el ataque contra los que no querían someterse, luchando detrás de las líneas enemigas, atacando sus líneas de suministros como un pirata cualquiera para debilitarlos, mientras Horus y su legión, que en esa época todavía eran los Lobos Lunares, obtenían la gloria con sus espectaculares desembarcos desde el espacio y sus batallas masivas.

Corax había cedido las alabanzas a Horus, pues él no las necesitaba. El Emperador se lo había comentado en numerosas ocasiones. El Señor de la Humanidad conocía la valía de Corax, aunque no lo elogiara en voz alta, y eso era suficiente para el salvador de Deliverance.

Ahora, la osadía de Horus se había convertido en vanidad, y sus extravagancias parecían ser incitaciones a la guerra vistas a través del filtro de su traición. Se había tambaleado al borde del precipicio de la autocomplacencia, y había arrastrado a

muchos de los hermanos genéticos de Corax con él cuando al final cedió a sus propias exigencias.

—Ha llegado el informe del cuadrante seis, mi señor —anunció la controladora Nasturi Ephrenia, interrumpiendo los pensamientos de Corax.

Era una mujer mayor, bajita, nativa de Deliverance. La piel de Ephrenia estaba surcada de profundas arrugas, y su pelo blanco empezaba a clarear, pero sus ojos seguían igual de agudos e inteligentes mientras se inclinaba sobre el conjunto de pantallas de la estación de vigilancia primaria. Unos tubos artificiales serpenteaban justo por debajo de su piel, bombeando suavemente los fluidos vitales que circulaban por su interior. Varios sistemas potenciadores brillaban a ambos lados de su cuello y a lo largo de los dedos de sus manos mientras tecleaba protocolos en su placa de datos.

La controladora del estrategium iba vestida con unos simples pantalones grises metidos dentro de sus botas de caña baja. Las solapas de su chaqueta negra estaban atravesadas por un broche con un único rubí con la forma del icono de la legión que mostraba su posición como controladora del estrategium. Su expresión no denotaba ninguna emoción mientras observaba la información de los últimos escáneres y las comunicaciones interceptadas.

Siempre había sido una mujer fría, incluso cuando era una niña.

Casi no había luz. Algo brillaba a través de una grieta en las rocas, proporcionando el brillo justo para poder distinguir la silueta de los objetos a su alrededor. Había algo semienterrado entre los cascotes por detrás del chico, agrietado y distorsionado por un inmenso impacto; el irregular suelo estaba cubierto de fragmentos de cristal.

La luz brillaba desde mil ochenta y seis fragmentos.

Se preguntaba si eso era importante, y decidió que no lo era. Lo importante era que el aire era respirable, al menos dentro de los límites tolerables, y la gravedad era un poco menor que… menor que… ¿qué? ¿Qué significaba «en Terra»? Sus pensamientos todavía eran erráticos. Comprendía la gravedad, y si le preguntaban, podría escribir muchas ecuaciones muy largas acerca de cómo calcular su fuerza y su efecto, pero ése no era más que un fragmento de información que atravesaba aleatoriamente su mente, como los brillantes fragmentos de cristal esparcidos por el suelo.

Había mucho nitrógeno en el aire.

¿Cómo podía saber eso? Aspiró profundamente de nuevo y llegó a la misma conclusión. Simplemente sabía que era cierto, de la misma forma que había detectado una elevada concentración de dióxido de carbono. Ambos hechos flotaban en sus pensamientos antes de conectarlos y llegar a una conclusión.

Una atmósfera artificial.

No era ni remotamente una conclusión definitiva, pero parecía una hipótesis

adecuada dados los demás factores medioambientales que su cuerpo había estado identificando en los breves instantes transcurridos desde que había despertado en ese oscuro lugar.

Sin duda alguna, cerca de allí debía de haber un generador, podía sentir la perturbación electromagnética emitida por sus bobinas.

La fuente de luz estroboscópica seguía una frecuencia determinada que resonaba al compás de las bobinas del generador. Ésa era la razón por la que sabía que la luz estaba siendo generada eléctricamente, lo que confirmaba su análisis del espectro de luz que llegaba a sus retinas potenciadas.

Era muy perturbador.

No tenía ningún recuerdo de ese lugar, todo lo que podía recordar era una leve calidez, algunos chirridos y crujidos apagados de fondo, y una luz tenue que perneaba a través de algún tipo de líquido. Nada que se pareciera a este frío, seco y oscuro lugar.

Y algunas voces, inquietantes y enloquecidas voces que asomaban en el límite de la memoria. No podía recordar lo que decían, pero la dejaban con una inquietante sensación de desafío y desconfianza.

La humedad del aire era bastante elevada. Combinada con la baja temperatura, lo llevó a la conclusión de que estaba cerca de algún tipo de hielo. Se dio cuenta de que su aliento formaba nubes de vapor contra la parpadeante iluminación.

Recordó sus oídos, sorprendido de no haberles prestado atención hasta entonces.

Oía sonidos en las proximidades, sonidos que no parecían de origen artificial; sonidos que le recordaban las ocasionales visitas mientras había estado creciendo y aprendiendo. Sonidos humanos.

Voces.

Podía comprender el concepto de lenguaje. Conocía siete mil cuarenta y un lenguajes, dialectos, jergas y cantos de todos los rincones del Viejo Imperio. No estaba seguro de cómo los sabía, y estaba tratando de identificar a cuál de ellos pertenecían las palabras que había oído. Había una parte de la cadencia del pansannamico en las palabras, pero su pronunciación era mucho más dura. No pudo identificar ese tipo particular de subforma del idioma, pero no era tan extraña como para no poderse formar una apreciación cognitiva. Rápidamente decidió qué estaban hablando y empezó a escuchar.

—Casi cuatrocientos muertos, como poco.

—Cuatrocientas bocas menos que alimentar —dijo otra voz—. Al menos, ésa es la forma en que ellos lo verán.

—Estos arcotaladros no están pensados para trabajar en el hielo —dijo otro—. Esto estaba destinado a suceder.

—¡Dejad de cuchichear y empezad a cavar! —Era una orden saturada de falsa

autoridad. Podía sentir el temblor por debajo de la vehemencia, el atisbo de miedo que asomaba en el subconsciente de quien había hablado.

Le llegó un chirrido muy agudo y una parpadeante luz roja brilló a través del pequeño agujero mientras la roca empezaba a vibrar ligeramente más rápido.

Él esperó, inquieto pero intrigado.

El taladro láser se acercó más y más. La roca se partió y la luz inundó el interior al romperse la cámara. Identificó la escena en un instante. Un grupo de humanos vestidos con raídos uniformes azules, siete varones y tres hembras, estaban controlando el láser, cinco de ellos dirigiendo la cabeza, los otros cinco en el vehículo con orugas de la parte posterior. Su edad era indeterminada, oculta por obvios signos de malnutrición y el trabajo duro. La piel correosa y arrugada, los labios agrietados y los ojos hundidos les conferían a todos ellos el aspecto de tener una edad que muy probablemente superaba su existencia cronológica.

También había un crío entre ellos. Una niña que se agarraba a la pierna de una de las mujeres que había en el vehículo de tracción que empujaba el taladro. Tenía un largo cabello rubio y una cara estrecha con gruesos labios y brillantes ojos azules. Parecía muy delgada, tan frágil como un carámbano de hielo. Estaba cubierta de polvo de roca como todos los demás, pero se lo había limpiado de la frente con un movimiento de la mano, mostrando una piel enfermizamente pálida.

Todos ellos habían dejado de trabajar y lo estaban mirando. Rápidamente llegó a la conclusión de que esperaban encontrarlo, y se preguntó por qué su presencia allí era tan sorprendente. Esa era otra desconcertante pregunta.

—¿Qué os detiene? —Otro varón, más robusto y mejor alimentado que los demás, apareció desde detrás del vehículo minero. Vestía pantalones y una chaqueta azul oscuro cubiertos por una capa de polvo. En los pies calzaba unas grandes botas, un calzado grueso con refuerzos metálicos en la puntera y los talones. Tenía la cara oculta tras un casco con el visor oscurecido, y en la mano llevaba un látigo cuyo mango era suficientemente grueso como para utilizarlo de porra. El hombre se detuvo en seco al ver lo que había en el interior del pequeño compartimento en el que habían penetrado.

—¿Cómo es…?

Los adultos, los que llevaban los uniformes con herramientas, empezaron a parlotear entre ellos, casi demasiado rápido para que los entendiera. El que tenía el látigo, el de la falsa autoridad en la voz, avanzó. La niña pequeña había bajado del vehículo y estaba pasando a través del agujero hacia el interior de la cámara.

—Vuelve aquí —dijo el hombre uniformado, cogiendo a la niña por el pelo para arrastrarla fuera del agujero.

Decidió que el hombre uniformado no le gustaba. El grito de la niña estaba lleno de dolor y miedo, y le atravesó sus pensamientos como si un cuchillo caliente le

pinchara un nervio.

Se puso en pie y caminó hacia el grupo. Los hombres y las mujeres se apartaron de él, todavía susurrando y murmurando con temor. El hombre que había hecho daño a la niña mantuvo su posición y apartó a la pequeña a un lado. Se abalanzó hacia él para agarrarlo, pero se movía tan lentamente que fue muy fácil evitar su mano extendida. El chico se movió ágilmente alrededor del fallido intento de sujeción del guardia y lo sujetó por la muñeca. Esta se rompió con suma facilidad, haciendo que el hombre aullara de dolor.

El acosador retrocedió con la mano colgando con flacidez al extremo de su brazo y levantando el látigo con la otra. Las púas del extremo del látigo chasquearon hacia adelante, pero también fue sumamente sencillo evitarlas y sujetar el extremo del látigo con su puño. El hombre rio, en parte histéricamente, y tiró de él, tratando de hacerle perder el equilibrio. El chico separó las piernas y se mantuvo firme, dislocando el brazo del hombre antes de tirar de él. En vez de soltar el mango, el guardia salió despedido, aterrizando de cara entre el polvo y las rocas delante de los demás.

Avanzando lentamente, el chico vio sorpresa, terror y esperanza, en los ojos de los trabajadores. La niña pequeña le sonrió mientras las lágrimas se abrían paso entre la suciedad que recubría su cara. Él quería hacerla feliz, hacerle alguna señal de que todo iba a estar bien.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella—. Yo me llamo Nasturi. Nasturi Ephrenia.

Agarró la cabeza cubierta por el casco del guardia, la hizo girar y tiró de ella hasta arrancarla. Se la ofreció a la niña, que se rio mientras los adultos gritaban de pánico. Él se vio reflejado en el visor del casco y se dio cuenta del motivo por el que había causado tanta alarma.

Estaba desnudo, y dentro del cuerpo de un niño no mayor que Ephrenia. Su piel blanca como la nieve estaba manchada de sangre. La cara con manchas carmesí la circundaba una mata de pelo negro como el carbón. Sus ojos eran totalmente negros, más oscuros que la noche.

El buscó una respuesta a la pregunta de la niña mientras la sangre resbalaba por sus brazos desnudos. Tan sólo una respuesta parecía apropiada, extraída de las profundidades de su memoria embriónica.

—Diecinueve —dijo—. Soy el número diecinueve.

—No hemos detectado nada, mi señor —le informó Ephrenia—. Un poco de ruido de fondo en las frecuencias propias de la Cohorte Therion, pero como mínimo tienen cinco días de antigüedad.

—¿Enemigos? —preguntó Corax sujetando con fuerza con una mano el respaldo del trono de mando.

—Hemos detectado seis naves más de tamaño fragata, mi señor —informó Ephrenia—. Dos cruceros de ataque y un crucero de batalla. Todos utilizan los protocolos de los Portadores de la Palabra, por lo que podemos determinar. Se están moviendo fuera del sistema.

—Es demasiado peligroso permanecer aquí —dijo Agapito desde la galería—. Esto suma treinta y ocho naves detectadas en las proximidades de Isstvan IV.

—Las naves de la Cohorte Therion han desaparecido —declaró Solaro.

—Estoy de acuerdo. —La voz de Valerius sonó apagada, con la cara marcada por la emoción. Lanzó una mirada de soslayo a Branne y volvió a mirar al primarca—. Espero que su sacrificio sea recordado. Redactaré una lista con sus rangos y nombres en cuanto hayamos regresado a Deliverance.

—Serán recordados y honrados, no te preocupes por ello —le aseguró Corax. Los oscuros ojos del primarca brillaron bajo el resplandor de las pantallas que cubrían las paredes y consolas del estrategium—. Su pérdida no será olvidada. Ni permanecerá sin venganza.

—Muchas gracias, lord Corax —dijo Valerius con una profunda reverencia.

Un sonido átono se oyó por los altavoces principales.

—Un pico de energía en el reactor, mi señor —dijo Ephrenia.

—Reduce la salida del dispositivo de escaneo a navegacional —replicó rápidamente el primarca—. No hay nada más que nos retenga aquí. Ajustad el rumbo a la ruta más corta hasta la distancia de traslación, patrón evasivo tres.

Los sirvientes vestidos de negro y blanco se dirigieron a sus puestos de control sin decir una palabra, y en menos de un minuto la alarma fue silenciada.

—Varios barridos de augures dirigidos a nuestro alrededor, mi señor —informó Ephrenia con palabras rápidas pero calmadas—. Tres fragatas han cambiado de rumbo para dirigirse a nuestra posición. Incremento del control en el tráfico de comunicaciones de corto alcance.

—Los traidores se han olido que algo no va bien —dijo Corax. Atravesó el estrategium para unirse al controlador y observar la información de las pantallas—. Mantened el rumbo trazado. ¿Situación de los escudos de reflejo?

Ephrenia consultó una pantalla secundaria antes de responder.

—Enmascaramiento al noventa y nueve punto tres por ciento, mi señor —le dijo al primarca—. ¿Debemos reducir la velocidad?

Corax realizó algunos rápidos cálculos mentales, considerando los alcances de los escáneres de las naves enemigas y el tiempo necesario para alejarse.

—Ningún cambio —ordenó—. Un poco más de velocidad servirá mejor a nuestros propósitos que un enmascaramiento total. Cuando nos encontremos a doscientos mil kilómetros del enemigo, incrementad la velocidad un veinte por ciento. Deberíamos llegar al punto de traslación en siete días.

El primarca apartó la mirada de las pantallas, viendo en el ojo de su mente la disposición de la flota enemiga. Se habían colocado rápidamente en una posición de bloqueo alrededor de los planetas interiores, esperando que se dirigiera hacia el interior del sistema en vez de hacerlo directamente hacia el pozo gravitatorio de la estrella. Corax tuvo que recordarse que sus enemigos estaban dirigidos por Horus, uno de los mayores estrategas del Imperio.

Su hermano traidor conocía muy bien las capacidades de la Guardia del Cuervo, habiéndose beneficiado enormemente de su experiencia durante sus campañas. Debería ser cauteloso y no dar nada por sentado. La Guardia del Cuervo podía haber evitado la trampa de Isstvan V, pero todavía distaba mucho de estar a salvo.

En una cámara oscurecida cerca del estrategium del *Espíritu Vengativo* estaba teniendo lugar una reunión. La sala era grande, lo suficiente como para albergar a varias docenas de ocupantes sentados. La luz de la única lámpara que colgaba del techo en el centro de la sala apenas llegaba a las paredes cubiertas de estandartes. Unas pocas consolas de datos parpadeaban con luces rojizas en la lejana pared, bajo el estandarte bordado que mostraba el Ojo de Horus en oro sobre burdeos. El suelo era una simple malla de plastiacero, desgastada hasta mostrar un apagado tono grisáceo por el incesante paso de las botas.

En cuanto las puertas se cerraron tras Alpharius, los ojos del primarca se ajustaron inmediatamente a la penumbra. El espacio parecía cavernoso al estar únicamente ocupado por otras tres figuras. Alpharius se sintió sorprendido; confiaba en que muchos de sus hermanos primarcas acudieran a ese consejo. Cuando avanzó, se dio cuenta de que aquello no era un consejo de guerra, era un interrogatorio improvisado. Tal vez incluso un juicio.

La idea no le pareció cómoda al observar a los otros ocupantes con lo que esperaba fuera una expresión impasible. Alpharius sabía que había puesto a prueba la paciencia del señor de la guerra, y allí, en el corazón de su guarida, no había manera de saber qué podía hacer.

Horus, señor de la guerra, primarca de los Lobos Lunares, los Hijos de Horus se corrigió Alpharius, estaba sentado en un amplio trono de respaldo alto, vestido de profundo negro y púrpura, las manos sobre las rodillas. Su cara estaba cubierta por las sombras, y los ojos hundidos en la oscuridad no eran más que un simple destello en el centro de su rostro. Incluso sentado, la presencia del señor de la guerra dominaba la habitación. Alpharius había pasado bastante tiempo con Horus anteriormente, cuando era leal al Emperador y después de ello, y jamás se había sentido amenazado. En esta ocasión era distinto. Horus parecía más grande que nunca.

Alpharius era el más pequeño de los primarcas, pero no había dejado que eso

minara su confianza. Ahora que observaba a Horus, con sus brazos gruesos como troncos tensando el tejido de la ropa, Alpharius se dio cuenta de que su hermano primarca podía aplastarlo, descuartizándolo miembro a miembro sin previo aviso.

Su relación había cambiado, eso era evidente. Anteriormente, los primarcas habían sido hermanos, iguales. Cuando Horus se convirtió en señor de la guerra, había sido tratado como el primero entre iguales. Observando a Horus ahora, Alpharius supo con certeza que Horus se consideraba a sí mismo el amo, un señor al que se le debía vasallaje. La obediencia de sus camaradas conspiradores ya no era solicitada, se daba por sentada.

No había duda alguna acerca de la función del señor de la guerra en esa reunión. Era el juez en ese juicio. Sus ojos permanecieron fijos en Alpharius mientras el primarca se acercaba al centro de la sala. El lúgubre ambiente y las medio iluminadas formas en el límite de la visión eran un tosco truco, se dijo Alpharius, capaces únicamente de intimidar a seres inferiores. Pero pese a todo ello, el primarca de la Legión Alfa sintió una cierta incertidumbre royéndole las entrañas.

Junto al hombro derecho del señor de la guerra estaba de pie el primer capitán Abaddon, equipado con armadura completa y con una espada de energía a la cintura. Tenía un aspecto que se correspondía con su reputación: sus ojos duros eran los de un asesino con el corazón de piedra. A la izquierda del señor de la guerra se encontraba el portador de la palabra Erebus, con su armadura pintada de rojo chillón, adornada con sellos dorados y cubierta de ondeantes trozos de pergamino repletos de pequeños fragmentos de las insensatas letanías de Lorgar. El portador de la palabra se inclinó y murmuró algo a la oreja de Horus, tan quedamente que el oído sobrehumano de Alpharius no fue capaz de oírlo. El señor de la guerra miró directamente al primarca de la Legión Alfa con los ojos entrecerrados.

—Sería poco inteligente tomar mi nombre en vano, Alpharius —dijo Horus, al que se le engarfiaron los dedos de rabia—. Suplantaste mi autoridad y engañaste a Angron y sus Devoradores de Mundos permitiendo que Corax y su legión escaparan.

—Tal vez tu conversión a nuestra causa no es completa —añadió Erebus antes de que Alpharius pudiera replicar.

El primarca de la Legión Alfa se mordió la lengua durante un instante, ajustando rápidamente su comportamiento ante la hostilidad de Horus. Estaba frente al señor de la guerra, con el casco bajo un brazo y la cabeza inclinada en señal de obediencia: el vivo retrato de un temeroso sirviente.

Abaddon puso la mano sobre la funda de su espada y gruñó.

—Tu naturaleza engañosa es bien conocida —dijo el capitán con los dientes apretados de rabia—. El señor de la guerra consideró que eras adecuado para hacerte partícipe de sus planes. Espero que no te hayas reído de su buen juicio.

—Espero colocar a Horus en el trono de Terra tanto como tú —replicó Alpharius,

hincando una rodilla en el suelo como señal de respeto. Era una reacción instintiva, aunque tal sumisión desgarraba el orgullo del primarca—. Si mi actuación estuvo fuera de lugar, es tan sólo porque las circunstancias me obligaron a tomar una decisión muy rápidamente.

—Todavía no he oído ninguna explicación acerca de tus acciones —dijo Horus. La mirada del señor de la guerra era penetrante, como si tratara de abrir un agujero en la mente del primarca para ver sus pensamientos. Alpharius le sostuvo la mirada sin miedo. Horus no sabía nada de los verdaderos objetivos de la Legión Alfa. Si tuviera el más mínimo indicio de su participación en la Cábala, Alpharius ya estaría muerto —. Considero un grave crimen usurpar mi autoridad, un crimen agravado por la severidad de las consecuencias.

—La Guardia del Cuervo todavía no ha sido capturada —recalcó Erebus con una maliciosa mueca en los labios—. Aunque no sean más que una sombra de sus fuerzas iniciales, haberlos dejado escapar puede convertirse en un problema.

—Debéis creerme —dijo Alpharius, sin hacer caso a los dos legionarios, con toda la atención centrada en su hermano primarca. Era la voluntad, o el capricho del señor de la guerra lo que Alpharius necesitaba atraer a su causa—. La potencia militar de la Guardia del Cuervo se ha agotado, ya no son ninguna amenaza física. Su supervivencia, la huida de Corax, tendrán un papel mucho mayor en esta guerra que hemos iniciado.

—¿Lo tendrán? —Abaddon escupió las palabras con el desprecio marcado en las arrugas de su ceño—. ¿Qué gran papel?

Alpharius mantuvo la mirada clavada en el señor de la guerra, observando que su desagrado no parecía agudizarse. Era evidente que no tenía toda la confianza de Horus, pero Alpharius no se preocupaba por eso. Sus hermanos siempre habían desconfiado de la Legión Alfa, siempre sospechando de sus métodos, si no de sus motivos. Horus no era distinto. Él había subestimado conscientemente el poder del subterfugio, menospreciando las sutiles armas del espionaje y el engaño a favor de acciones más directas. Alpharius no había respondido a la invocación para excusar sus acciones, había venido a persuadir a Horus de su mérito. Que pudiera hacerlo sin la interferencia de los otros comandantes de legión era una ventaja.

—La Legión Alfa se ha infiltrado en la Guardia del Cuervo —dijo abruptamente Alpharius.

Vio como los ojos de Horus se agradaban ligeramente por la sorpresa, y suprimió una expresión de placer ante ese instante de desconcierto por parte del señor de la guerra. Lejos de una admisión de culpa, era una declaración de fuerza; la revelación de un arma que la Legión Alfa había mantenido oculta.

Alpharius podía ver los cálculos tras los ojos del señor de la guerra. Si la Legión Alfa había podido infiltrarse en la Guardia del Cuervo, podría haber hecho lo mismo

con cualquier otra legión. El señor de la guerra inclinó la cabeza hacia un lado, temporalmente perturbado, y sus ojos se apartaron de Alpharius, por primera vez desde que éste había entrado, para mirar a Abaddon.

—¿Con qué propósito? —preguntó Horus, recuperando la compostura y devolviendo a su mirada su intensidad previa—. Si hubieran sido destruidos, ¿cuál habría sido la utilidad de espiar a unos cadáveres?

—Dejaste que Corax escapara de los Devoradores de Mundos para proteger a tus agentes. —Erebus acompañó la acusación señalándolo con un dedo, lo que hizo que la paciencia de Alpharius superara sus límites.

—¡Soy un primarca, genetor de la Legión Alfa, y me debes un respeto! —le espetó Alpharius, poniéndose de pie.

Avanzó dos pasos hacia Erebus con fuego en los ojos, pero Abaddon se movió para interceptarlo, medio desenvainando la espada.

—No cometas el error de dejar que tu espada abandone su vaina —le advirtió Alpharius, atravesando a Abaddon con una mirada envenenada—. Prefiero actuar de formas más sutiles, pero si sigues insultándome, te mataré aquí y ahora.

Horus levantó una mano, indicando a Abaddon que retrocediera. Una tenue sonrisa se reflejó en la cara del señor de la guerra. Parecía complacido con la rabia de Alpharius.

—Estás demasiado a la defensiva, hermano —dijo, indicando a Alpharius que se sentara en una de las sillas dispuestas alrededor del trono—. Por favor, explícame los beneficios de dejar escapar a Corax.

Alpharius se sentó, aceptando de forma reticente la invitación del señor de la guerra mientras lanzaba una mirada de aviso a Erebus cuando el portador de la palabra empezó a abrir la boca para hablar.

—Ahórrate tus imposturas para los que pueden ser engañados por ellas —dijo Alpharius—. Tu cambio de lealtades demuestra la vacuidad de tu proselitismo. Eres un privilegiado por estar en presencia de tus superiores, y deberías aprender a no hablar hasta que se te pida.

El primarca disfrutó de las muecas de rabia que recorrieron la cara del primer capellán, pero Erebus hizo caso de la advertencia y no dijo nada.

—Tengo información fidedigna de que Corax intentará regresar a Terra —dijo Alpharius, devolviendo su atención a Horus—. Tratará de conseguir la ayuda del Emperador para que le otorgue acceso a algunos secretos de la Vieja Noche que nosotros podremos utilizar a nuestro favor.

—¿De dónde procede esa «información fidedigna»? —preguntó Horus, tratando de parecer desinteresado, aunque Alpharius sabía que el señor de la guerra estaba intrigado.

—Cada uno de nosotros tiene sus métodos y fuentes —replicó Alpharius,

lanzando una significativa mirada a Erebus.

La Legión Alfa se había encargado de saber todo lo posible de sus compañeros conspiradores, y Alpharius era plenamente consciente de los extraños rituales que Lorgar y sus Portadores de la Palabra llevaban a cabo. Los aliados de la Legión Alfa en la Cábala le habían proporcionado toda la información relativa al Aniquilador Primordial, el poder del Caos. No le haría daño pretender que los Portadores de la Palabra no era la única legión que tenía influencia con los poderes de la disformidad.

—No estoy en condiciones de compartir los míos con vos en estos momentos.

—¿No lo estás? —replicó Horus, irritado—. ¿Por qué me ocultas secretos?

—Tal vez tan sólo sea mi forma de hacer las cosas. El secreto es mi mejor arma. —Alpharius sonrió como pidiendo perdón y se encogió levemente de hombros—. Además, no creo que yo mismo o mi legión seamos indispensables para vuestros planes, por lo que no sería inteligente entregar las pocas ventajas que poseo. Sé que mi comportamiento en el pasado y en tiempos más recientes no genera confianza, pero os aseguro que esta información no es sólo fidedigna, sino también precisa.

—Aceptaré tus garantías… de momento —dijo Horus. Se reclinó de nuevo en su trono, visiblemente relajado, como para reforzar sus palabras. Alpharius sabía que no debía verse atraído por esa sensación de seguridad. El temperamento del señor de la guerra podía cambiar con una mala respuesta por su parte o una palabra insidiosa de Erebus—. ¿Cuáles son tus intenciones?

—Vamos a dejar que Corax obtenga lo que busca, y entonces se lo arrebataremos, utilizándolo para nuestro provecho.

—¿Cómo piensas que tus agentes seguirán sin ser detectados? —quiso saber Abaddon—. Nuestros informes indican que menos de cuatro mil guerreros de la Guardia del Cuervo han logrado huir de Angron. Unas caras nuevas serán fácilmente detectadas y tus legionarios descubiertos.

—Por eso tienen caras viejas —replicó Alpharius. Sonrió, y continuó al fruncir los otros el entrecejo—. La Guardia del Cuervo se dispersó al huir de la masacre en el punto de desembarco. Pasaron varios días antes de que reorganizaran nuevamente sus fuerzas, tiempo en el que muchos de ellos fueron abatidos durante la persecución y la anarquía a la que se vieron sometidos. No fue sencillo para mis apotecarios trasplantar los rasgos faciales de varios de los legionarios caídos de la Guardia del Cuervo a los voluntarios de mi legión, pero tienen mucha práctica. Como seguramente habréis oído, este tipo de cirugía facial no es rara entre las filas de la Legión Alfa. Mis guerreros son hábiles y experimentados, capaces de mezclarse sin llamar la atención. En estos instantes están entre las filas de la Guardia del Cuervo, esperando su oportunidad para informar.

—¿Robasteis sus caras? —La expresión del rostro de Abaddon era una mezcla de incredulidad y repugnancia.

Alpharius asintió y observó la reacción de Horus. Por un instante, el señor de la guerra mantuvo la misma mirada cauta de antes, pero su agresividad le hizo cambiarla mientras se inclinaba hacia adelante con el ceño fruncido.

—¿Estás seguro de tu éxito? —le preguntó Horus en tono acusatorio—. ¿Has sabido algo de ellos desde que iniciaron su infiltración?

Alpharius dudó ante esa pregunta, no muy seguro de su respuesta. No había motivo alguno para mentir llegados a ese punto, aunque la respuesta podría incomodar aún más al señor de la guerra.

—Todavía no han contactado —admitió Alpharius—. Cabe la posibilidad de que hayan sido descubiertos, o tal vez hayan muerto en combate, pero es poco probable. Se pondrán en contacto cuando tengan algo que informar.

—Eso será ya una gesta en sí misma, considerando lo lejos que se encontrarán —apuntó Abaddon.

—Como he dicho anteriormente, tengo mis recursos.

Sin decir una palabra, Horus observó a Alpharius durante unos momentos, sus ojos ocultos bajo las sombras no dejaban de mirar ni un instante al primarca de la Legión Alfa. Erebus se inclinó para decir algo, pero el señor de la guerra levantó una mano para hacerlo callar.

—Deberías haberme informado de esto antes de interferir con los Devoradores de Mundos —dijo Horus con voz calmada. Alpharius decidió no repetir su alegato de que no tenía tiempo de requerir la autoridad del señor de la guerra, y desde luego no pensaba poner en palabras su opinión de que no se le habría concedido la autorización. El juez estaba a punto de pronunciar sentencia y Alpharius no podía adivinar qué humor predominaba en la mente del señor de la guerra. Aguantó la respiración, tratando de parecer menos tenso para que su ansiedad no pudiera ser tomada como un sentimiento de culpabilidad—. Angron tiene ahora más motivos para dudar de mis órdenes, y no es alguien que se controle al expresar en voz alta sus opiniones. No me gustan tus maquinaciones, hermano, y te estaré observando de cerca.

Eso significaba que no se tomaría ninguna acción inminente contra la Legión Alfa. Alpharius inspiró lentamente, todavía en guardia.

—Tenemos un posible contacto con una nave de la Guardia del Cuervo dirigiéndose hacia el exterior del sistema desde Isstvan IV, mi señor de la guerra —informó Abaddon—. ¿Debemos detener la persecución si vuestra intención es dejarlos escapar?

Horus miró a Alpharius con una ceja levantada, buscando su opinión, aunque Alpharius sintió que todavía lo estaban poniendo a prueba.

—Yo sugeriría humildemente que la persecución prosiga con normalidad, de momento —dijo el primarca—. Corax puede sospechar algo de los acontecimientos

que le permitieron escapar de los Devoradores de Mundos. Cualquier otro paso en falso en nuestros intentos de arrastrarlo a la batalla haría que actuara con mucha más cautela y como consecuencia irá en contra de las razones para dejar que la Guardia del Cuervo alcance su libertad.

—Estoy de acuerdo —dijo Horus—. Estoy totalmente seguro de que Corax tiene la habilidad suficiente para escapar de mis garras sin ninguna ayuda adicional, y eso provocaría todavía más consternación y preguntas entre nuestros aliados si trato de interferir nuevamente.

—Una sabia decisión —afirmó Alpharius, inclinando la cabeza—. Si no hay nada más que discutir, debería regresar a mi legión y proseguir con la operación.

Horus hizo un gesto permitiendo a Alpharius marcharse, y el primarca sintió la pesada mirada del señor de la guerra en la espalda mientras se dirigía hacia la salida. La puerta, de apertura neumática, permaneció cerrada, pero Alpharius no se volvió.

El murmullo de Erebus flotó en el límite auditivo de Alpharius mientras el primarca esperaba que la puerta se abriera.

—Si ni siquiera por un instante llego a pensar que estás actuando contra mí, te destruiré a ti y a tu legión, hermano —declaró Horus.

Alpharius miró por encima de su hombro al señor de la guerra y a sus dos consejeros.

—Eso es algo que jamás he dudado, hermano.

La puerta siseó al abrirse ante Alpharius, y éste salió de la sala temblando a causa de la tensión.

Cuando Alpharius se hubo marchado, Abaddon pidió permiso a su señor de la guerra para marcharse también.

—Espera un momento, Ezekyle —dijo Horus. Paseó la mirada de Abaddon a Erebus—. Si la Legión Alfa ha conseguido infiltrarse en la Guardia del Cuervo, creo que no habrán tenido ningún problema en hacer lo mismo con sus aliados. Ya hemos sufrido a causa de la deslealtad, y no pienso permitir más problemas. Erebus, envía un mensaje a Lorgar antes de que abandone Calth. Quiero más de sus apóstoles repartidos entre sus fuerzas. Ezekyle, inicia una revisión total de nuestros protocolos de seguridad, e infórmame de cualquier cosa que encuentres directamente a mí. Lleva a cabo las purgas que sean necesarias.

—¿Y qué pasa con Alpharius? —quiso saber Erebus—. Está jugando con nosotros, de eso estoy seguro.

—Él sigue sus propios planes, eso está claro —le replicó el señor de la guerra. Se levantó, empequeñeciendo a los dos legionarios—. Y estoy igualmente seguro de que jamás conseguiremos pruebas definitivas de su traición. ¿Cuál es la posición actual de su barcaza de batalla?

—La *Alfa* está en órbita alrededor de Isstvan III —informó Abaddon—. ¿Debo asignar una o dos naves a vigilarlos?

—Sí —asintió Horus—. Y comunica mis órdenes de que la *Alfa* debe unirse a mi flota cuando abandonemos este sistema. Mantengamos a Alpharius con una correa larga de momento, hasta que veamos cómo se desarrolla su plan.

Cuando regresó a la *Alfa*, Alpharius se dirigió directamente a sus estancias privadas. La reunión con Horus lo había alterado más de lo esperado. Se preguntaba si no habría sido más sencillo revelar la existencia de la Cábala al señor de la guerra. Si Horus sabía del antiguo conglomerado panalienígena al que Alpharius había persuadido de alinearse contra el Emperador, la lealtad de la Legión Alfa no estaría en duda y él tendría más libertad de movimientos para alcanzar sus objetivos.

A largo plazo, ese conocimiento generaría nuevas preguntas, preguntas cuyas respuestas podrían ser contraproducentes, y Alpharius siempre hacía las cosas a largo plazo. La Cábala le había mostrado la autodestrucción de Horus tras la victoria del señor de la guerra frente al Emperador, finalmente salvando la galaxia de la amenaza del Aniquilador Primordial. Ese final debía permanecer en secreto. Si se difundiera, Horus estaría sobre aviso y no dejaría que sucediera, lo que significaría que la traición de la Legión Alfa contra el Emperador no habría servido para nada.

Como ya había hecho anteriormente en numerosas ocasiones, Alpharius y su legión estaban siguiendo una estrecha senda, tomando parte en dos bandos opuestos para lograr un tercer resultado más deseable. Una distracción, un paso en falso, haría que quedaran totalmente aislados y, muy probablemente, destruidos.

Estos pensamientos ocuparon la mente de Alpharius mientas recorría los totalmente iluminados corredores de su barcaza de batalla. La gigantesca nave parecía vacía, y se cruzó tan sólo con unos pocos siervos humanos de la legión y los servidores medio mecánicos. Éstos inclinaron la cabeza en señal de respeto hacia su señor, como correspondía a la Legión Alfa, pero no se dieron cuenta de que se trataba del primarca. Su aspecto era anodino y sus movimientos, como los de todos sus guerreros, estaban marcados por la distracción, por lo que su localización era incierta incluso para los que estaban a sus órdenes.

La mayor parte de la Legión Alfa todavía seguía en Isstvan V, dónde habían tomado parte en la masacre en el punto de desembarco, destruyendo a los Manos de Hierro, a los Salamandras y a la Guardia del Cuervo, luchando junto a otras legiones que habían unido su suerte a la de Horus.

Había sido un engaño digno de los retorcidos planes de Alpharius, pero habían quedado supervivientes, y las noticias de la gran traición de Horus sin duda ya se estaban propagando. La Legión Alfa actuaría como los ojos y oídos del señor de la guerra por toda la galaxia, observando no sólo los restos de los que seguían apoyando

al Emperador, sino también a las legiones que habían jurado lealtad a Horus. Según la Cábala, se debía alcanzar un equilibrio. Horus debía vencer, pero su control sobre el poder también debía ser lo suficientemente frágil para provocar la implosión de las fuerzas traidoras tras la victoria. Esto conduciría a la destrucción de los traidores que Alpharius ya había empezado a tramar.

En consonancia con el aspecto usual de Alpharius, el de un legionario normal, sus habitaciones eran una más de las normalmente asignadas a los capitanes de su legión a bordo de la *Alfa.* Una anodina puerta de metal en un pasadizo secundario marcaba la entrada a sus cámaras personales. Según la pequeña placa con nombre junto a la puerta, esas habitaciones estaban asignadas al capitán Niming; una concesión a un antiguo y ya muerto idioma terrícola que Alpharius consideró tan divertida como útil. Cuando la mayor parte de su legión estaba a bordo, varios individuos distintos utilizaban las habitaciones según una rotación secreta, y había otras habitaciones «ciegas» como ésa en otras naves de la flota. Con esos métodos, Alpharius podía moverse entre su legión sin atraer la atención sobre su presencia.

Alpharius introdujo el código de la puerta y ésta se abrió, revelando una pequeña antesala recubierta de paneles de madera que medía unos pocos pasos y que conducía a otro portal sellado. Cerró la puerta exterior tras él, comprobó el cuadro de seguridad oculto tras un panel, y se aseguró de que ninguno de los otros capitanes falsos de la habitación hubiese regresado aún a la barcaza.

Tras introducir el código de la segunda puerta, Alpharius entró en los aposentos propiamente dichos: tres habitaciones comunicadas, escasamente amuebladas con vitrinas antiguas, sillas y mesas de origen terrano de aspecto anodino. El suelo estaba cubierto de alfombras rojo oscuro y las mamparas de plastiacero ocultas tras los paneles de madera. En la habitación principal había tres sofás de respaldo alto, reforzados para poder sustentar el peso de varios legionarios. La arcada de la derecha conducía al dormitorio, pero fue hacia la izquierda adonde se dirigió primero Alpharius, hacia la sala de armas.

El primarca no se desprendió totalmente de su armadura, pues eso requeriría de la ayuda de diversos siervos, y no estaba preparado para dejar que nadie más entrara en las habitaciones mientras todavía tuviera su secreto visitante a bordo. La habitación estaba vacía excepto por los anclajes para dejar las armas en la pared y un soporte de acero para la armadura. Un hueco en uno de los muros contenía dos brazos mecánicos automatizados. Se apoyó en ese espacio y activó el sistema de retirada del generador dorsal. Con un siseo de cables desconectándose y el crepitar de la desconexión de los circuitos de potencia, el generador dorsal quedó separado de la armadura, giró ciento ochenta grados y se conectó al puerto de recarga en la parte posterior de la alcoba, conectado a la red energética de la *Alfa.*

Una vez hecho esto, Alpharius se quitó el casco y las hombreras y las colocó en el

soporte para la armadura. Se desprendió de los guanteletes y las protecciones de brazos y codos y las guardó también en su lugar antes de quitarse las espinilleras que protegían la parte inferior de sus piernas.

Había evitado sus vestimentas ceremoniales más formales para la audiencia con Horus. Esta armadura en particular era la misma que estaba asignada a muchos de sus legionarios, no mostrando ningún símbolo que distinguiera a Alpharius de cualquier otro guerrero de la Legión Alfa. Pintada con varias capas de azul por encima de la ceramita, ésa era la tercera armadura de ese tipo que Alpharius poseía a bordo de la *Alfa,* aunque tenía otras en diferentes naves, todas ellas idénticas a ésta. La primera había sido abandonada en Thiatchin cuando las fuerzas contrarias al acatamiento al Imperio habían puesto en peligro el complejo de fortificaciones en el desierto y el primarca se había visto obligado a retirarse sin ella. La segunda había quedado medio destruida durante la lucha contra los orkos en Actur Tres Dieciocho y los daños sufridos en combate la habían convertido en fácilmente identificable. Esa armadura le había servido durante doce años hasta ahora, pero el meticuloso mantenimiento de Alpharius y el cuidado que ponía en la reposición de las insignias y los distintivos hacían que estuviera tan impecable como el día que había salido del taller en que había sido creada. No tenía ni un rasguño, marca, melladura, mancha o pincelada que mostrara que era excepcional, ni un detalle que pudiera identificar a Alpharius en medio de los demás guerreros de la legión.

Siento una presencia.

Los sincopados tonos artificiales del sistema traductor de su huésped sonaron procedentes del dormitorio. Alpharius, despojado ya de buena parte de su armadura, cruzó rápidamente la sala principal y entró en el dormitorio.

El emisario de la Cábala flotaba al pie del camastro. A primera vista, su aspecto era el de una esfera de cristal no más grande que la palma de su mano, llena de unos ondulantes vapores amarillos y verdes y con varios aparatos digitales unidos al globo sin ningún orden concreto. Observándolo más de cerca, uno podía ver a la criatura en el interior de su hábitat artificial. Tenía el aspecto de una pequeña mano esquelética, con siete dedos y sin pulgar, y sus órganos sensoriales eran unas oscuras líneas brillantes sobre la frágil carne pálida de que estaba constituido.

Su verdadero nombre era impronunciable, su género incierto, pero Alpharius pensaba en el alienígena como «él» a causa de la débil y aflautada voz que emitía, y se refería a la criatura por el nombre aproximado de Athithirtir.

Se formaron unas burbujas en el gas, aunque Alpharius no estaba seguro de a través de qué agujero, y el emisor de traducción colocado en el globo se activó.

Siento que te has reunido con el señor de la guerra.

—Horus nos ha permitido seguir con la infiltración de la Guardia del Cuervo —le explicó el primarca—. Todo transcurre como lo habíamos planeado.

Noto que no estás siendo comunicativo.

Alpharius reprimió un gruñido de preocupación. Athithirtir tenía algún tipo de habilidad empática que ni siquiera la capacidad del primarca era capaz de bloquear. El enviado se había presentado a sí mismo como un antedil, y mencionó un gigante de gas como su mundo natal en algún rincón del borde norte de la galaxia. Sus sentidos psíquicos se habían desarrollado bajo la aplastante presión y la intensa gravedad de un planeta como ése, en el que los sentidos normales y las extremidades hubieran sido muy inapropiados.

—Horus es suspicaz, eso es todo —dijo Alpharius—. Es necesario manejarlo con mucho cuidado.

Noto reticencia. Tu función está clara. Horus debe vencer esta guerra de forma contundente. El Aniquilador Primordial cobra fuerzas. Ahora está unido al señor de la guerra. Se han realizado rituales y se han invocado criaturas de…

El traductor lanzó un chorro de sonidos muy agudos totalmente incomprensibles.

—¿Te refieres a la disformidad? —le preguntó Alpharius.

Una palabra tan corta para un fenómeno tan complejo.

—¿Se han invocado criaturas de la disformidad? Te estás refiriendo a demonios, ¿no? —Alpharius se sentó en el extremo del camastro y el globo ambiental descendió hasta situarse al nivel de la cara del primarca, justo fuera de su alcance. Varias burbujas de distintos colores centellearon en sus entrañas.

Las ruedas están girando. Se han tendido trampas. Tus hermanos leales al Emperador se enfrentarán a sus peores enemigos. Todos ellos fallarán.

—Ya dijiste esto anteriormente. De momento debemos esperar para saber lo que Corax hará y si tus profecías son correctas.

No son profecías. Preciso. Cierto. El Cuervo se encontrará con el Emperador y se le otorgará el regalo que puede cambiar el curso de esta guerra. Éste debe ser destruido.

—Parece un desperdicio destruir un regalo así —opinó Alpharius. Se levantó y empezó a dirigirse a la puerta antes de volverse para mirar a Athithirtir—. Pienso que sería más útil en manos de la Legión Alfa que convertido en chatarra.

Eso no es lo que acordamos. Insisto en que no olvides nuestro acuerdo. El aparato y la Guardia del Cuervo deben ser destruidos. El plan debe seguir adelante.

—Creo que no —replicó Alpharius—. En estos momentos, mi hermano gemelo Omegon está en Kiavahr, el mundo alrededor del que órbita Deliverance. Tenemos aliados entre los habitantes de allí, antiguos enemigos de Corax que no están contentos con sus nuevos amos del Mechanicum y que desean la independencia del Imperio. Puedes estar seguro de que la Guardia del Cuervo será destruida, pero no antes que Omegon reclame este trofeo para la Legión Alfa.

Las palabras del alienígena surgieron en un chorro de intraducibles chirridos

mecánicos, y el globo ascendió y descendió con gran agitación y el gas burbujeando salvajemente en su interior.

—Tranquilízate —dijo Alpharius, riéndose—. No queremos que te rompas o algo así, ¿verdad?

Tu deshonestidad será comunicada a la Cábala.

—Cuando tenga el premio en mis manos y Horus esté un paso más cerca de derrocar al Emperador, ya veremos si la Cábala desaprueba mis acciones —declaró Alpharius mientras salía del dormitorio—. Hasta entonces, abstente de manifestar tus opiniones.

Accionó la cerradura del dormitorio interrumpiendo así la rabiosa diatriba mecánica de Athithirtir.

Todo estaba en marcha, y ahora venía la peor parte: esperar. Esperar a que su otro yo en Kiavahr, su gemelo Omegon, contactara con las fuerzas contrarias al Imperio en el mundo forja; esperar a que sus operativos infiltrados en la Guardia del Cuervo se presentaran a Omegon.

Alpharius se sentó en uno de los sofás, con los codos sobre las rodillas y los dedos cruzados bajo el mentón mientras su mente repasaba el plan.

Con Horus cumpliendo ya su papel, nada podía interferir con la perfecta maquinación de la Legión Alfa. Todo se iba a desarrollar como Alpharius había previsto.



TRES

UN TRAIDOR ENTRE NOSOTROS
LUZ NEGRA
CORAX HACE UN DISCURSO

—Detectadas naves de vigilancia de perímetro. —El aviso de Ephrenia petrificó la actividad en el estrategium—. Tres destructores, barridos de los sensores solapados, detecto rastros de plasma de tres naves más, probablemente cruceros ligeros —añadió.

La *Vengadora* estaba a sólo dos días de alcanzar el punto de traslación, suficientemente lejos de la atracción gravitatoria de la estrella Isstvan como para poder efectuar un salto disforme con seguridad. Durante los tres últimos días, la red tejida por las naves traidoras se había ido cerrando, pero esta vez es cuando más se habían acercado, a tan sólo un centenar de kilómetros de distancia.

Corax miró la pantalla en el brazo del trono de mando en que se mostraban las posiciones relativas de las naves. En un instante había calculado las trayectorias y la cobertura de los barridos de los sensores.

—Demasiado cerca para alterar el rumbo —declaró—. Tendremos que correr para alcanzar el punto de traslación. Desactivad todos los sistemas auxiliares, imponed protocolos de luz negra, derivad toda la energía excedente a los motores.

Una serie de asentimientos resonaron entre el personal y los legionarios allí reunidos. El primarca dirigió la atención al comandante Branne.

—Quiero que tú y Agapito realicéis una inspección de proa a popa. Aseguraos de que todos los sistemas están funcionando al mínimo. Diles a Solaro y Aloni que

hagan cumplir los protocolos de luz negra. —El primarca alzó la voz—. Quiero el reequilibrio total de la energía en diez minutos, ni uno más.

—Sí, mi señor, me aseguraré de ello —replicó Branne.

—Detectando lanzamiento, lord Corax —comunicó Ephrenia—. El grupo de naves está disparando torpedos. Dispersión máxima.

—¿Dirección? —inquirió Corax mientras regresaba a su posición tras el trono de mando, con los ojos fijos en la pequeña pantalla de datos.

—Modelo cruzado —respondió Ephrenia—. Incluso con nuestro aumento de velocidad pasarán por delante de nosotros.

—Cabrones —murmuró Branne desde detrás del primarca—. Esperan tener suerte con una andanada a ciegas.

—Deja libre un tres por ciento de producción de energía para efectuar maniobras, por si acaso —ordenó Corax—. Todo el personal a sus puestos de combate.

—¿Armamento, lord Corax? —preguntó Ephrenia. Su expresión era calmada como siempre, pero el primarca detectó un ligero ápice de tensión en su voz—. ¿Debemos reservar parte de la energía para las baterías de armas?

—No —replicó el primarca tras pensarlo un instante—. Sería imposible abrirnos camino luchando si nos descubren.

—¿Y los transformadores de los escudos de vacío? ¿Debo ponerlos en espera?

—No —dijo Corax—. Toda la energía a los escudos de reflejo y los motores, nada más. Si nos alcanzan, será demasiado tarde de todos modos.

Poner los escudos transformadores fuera de línea añadiría al menos cuatro minutos al tiempo necesario para que los escudos de reflejo pudieran volver a convertirse en pantallas defensivas de vacío; unos minutos en los que la *Vengadora* podía llegar a sufrir daños incalculables. Por primera vez desde que había subido a bordo, Corax sintió la duda en la controladora. Tan sólo duró un latido antes que Ephrenia asintiera y se volviera para cumplir las órdenes. Corax oyó abrirse las puertas y miró por encima de su hombro para ver a Branne dirigirse a su inspección.

Comprobó nuevamente la pantalla. Se encontraban a doscientos cincuenta kilómetros del grupo de naves traidoras. Siete naves más habían aparecido en la pantalla de los sensores de banda baja, creando tres capas de defensa entre la barcaza de batalla y el punto de traslación seguro. Si se producía aunque fuera un momentáneo destello en los escudos de reflejo, o uno de los torpedos alcanzaba a la *Vengadora* en su área de acción, la nave del primarca se encontraría rápidamente rodeada de enemigos.

No podía correr más que sus enemigos, y no podía vencerlos por la fuerza. La única opción de Corax era mantener la calma y concentrarse en la ruta de evasión. Era algo a lo que estaba acostumbrado desde que era un niño, y no iba a empezar ahora a tomar decisiones precipitadas.

Los protocolos de luz negra implicaban la total desconexión de todos los sistemas no esenciales. Uno por uno, soporte vital, iluminación, calefacción y otros sistemas medioambientales fueron reduciéndose a la mínima potencia, a los mínimos indispensables para que la tripulación pudiera sobrevivir. Incluso la gravedad artificial se redujo a la mitad de la gravedad terrestre normal, ahorrando una gran cantidad de energía necesaria para los motores de plasma.

En los atareados compartimentos de transporte situados en las profundidades del buque, casi mil quinientos legionarios permanecían densamente apretados mientras la oscuridad caía sobre ellos. La barcaza de batalla había sido diseñada para transportar tan sólo una fracción de ese número.

Se había habilitado sitio en los muelles de carga, en las bodegas de armamento y entre las pasarelas y puentes de las salas de máquinas. Algunas escuadras habían encontrado sitio en los conductos de mantenimiento, y varias docenas de ascensores y pozos de transporte habían sido decomisados para proporcionar espacio adicional. Incluso con todas estas medidas, los guerreros de la Guardia del Cuervo apenas disponían de libertad de movimientos. Tan sólo los corredores principales de acceso se habían mantenido despejados, permitiendo así que los mensajeros pudieran moverse fácilmente entre el estrategium y los compartimentos esenciales.

Entre la multitud, Alpharius observó las luces palideciendo antes de apagarse. Evidentemente, él no era el verdadero Alpharius, pero gracias a la intervención de algunos sutiles programas mentales y a un poco de poder psíquico de los bibliotecarios de la legión, había optado por olvidar su nombre real. A todos los efectos y propósitos, en esos momentos él era Alpharius.

Y estaba un poco preocupado. Se encontraba sentado junto a la escuadra a la que se había unido en una pasarela situada encima de los reactores de plasma, equipado con su armadura. Los signos de advertencia ambientales se iluminaron en su casco cuando el aire se hizo más tenue y la gravedad disminuyó. Sin pensarlo, dio la orden subvocal de activar los sentidos automatizados del casco.

—¿Qué estás haciendo?

Alpharius volvió la cabeza cuando la voz del comandante Aloni resonó por la pasarela. Se dio cuenta de que el capitán le estaba hablando a él.

—Ya sabes lo que significa luz negra —prosiguió Aloni—. Energía al mínimo. ¿Te das cuenta del tipo de señal energética que producen un millar y medio de servoarmaduras? ¡Prestad atención! Todo debe ser puesto al mínimo, al ciclo más bajo posible. Respiración, reciclaje de humedad, locomoción… Todo. Nada de comunicaciones, nada que salga al exterior, nada de movimiento.

Asintiendo para mostrar su conformidad, Alpharius bajó al mínimo la energía de su armadura, convirtiéndose en una estatua inmóvil de ceramita, plastiacero y

adamando. Su corazón secundario empezó a latir, compensando la baja temperatura exterior, y su pulmón múltiple se hinchó, permitiéndole respirar un aire que no estaba adecuadamente reciclado.

A su alrededor, los demás estaban haciendo lo mismo. Allí, cerca de los reactores, todo el soporte vital estaba siendo suprimido, dejando a cada legionario al cuidado de su ambiente artificial personal. Cayó una noche artificial, rota únicamente por el parpadeo de los medidores y las luces de monitorización en los dos reactores situados a unos cincuenta metros por debajo de la pasarela. La humedad empezó a convertirse en hielo sobre las armaduras de los legionarios, que expulsaban pequeñas nubes de vapor de sus máscaras y tubos de ventilación.

Encerrado dentro de su armadura, Alpharius se dio cuenta de lo precaria que era su situación. Ser descubierto no representaba un peligro inminente. Con la reorganización de la legión y la actitud general de no querer discutir lo sucedido en Isstvan, había sido muy sencillo adoptar su nuevo papel.

La cara todavía le dolía por la cirugía plástica, especialmente donde la carne implantada estaba en contacto con la piel original en la base del cuello y alrededor de la garganta. El hueso había sido remodelado y le dolía, mientras que los tendones y músculos acortados o prolongados los notaba en carne viva bajo su piel robada.

Alpharius tragó saliva, recordando dónde había sido encontrado el cuerpo, cuando no llevaba más de cinco minutos muerto, con la pierna arrancada por el cohete de un Whirlwind y la columna partida contra el borde de una roca. Los apotecarios habían actuado lo más rápidamente posible. Durante décadas, la Legión Alfa se había esforzado en parecer idéntica, modelándose a semejanza de su primarca, glorificando su anonimato. Tener el pelo negro, o rasgos distintivos y ojos de color verde pálido, era una nueva sensación para él.

Y los recuerdos que acechaban en el interior de su mente también. Sabía un poco acerca del legionario cuya personalidad había adoptado. Había devorado la carne del guardián del cuervo caído, permitiendo que su omophagea diseccionara y absorbiera la información de su presa. Potenciado por las habilidades de los bibliotecarios, habilidades prohibidas por el Decreto de Nikaea pero aun así ampliamente practicadas por la Legión Alfa, había reunido todos los fragmentos que pudo del legionario muerto.

Podía notarlo: destellos de imágenes, fragmentos de conversaciones. Más que eso, Alpharius podía sentir como se hubiera sentido su nueva personalidad. Era orgulloso, un veterano de la rebelión de Lycaeus, y había sobresalido desde que se había unido a su primarca.

Los recuerdos también le dolían al ser discordantes con sus propios pensamientos, lo que ocasionalmente lo dejaba confuso. Del tiempo que había pasado huyendo por Isstvan con sus nuevos camaradas había aprendido sus nombres y caras y la forma en

que luchaban. Los momentos más difíciles habían sido los primeros días, cuando las órdenes habían sido formuladas de forma codificada, y las formaciones designadas en un lenguaje de batalla que no conocía, un lenguaje desarrollado en Deliverance que le era totalmente ajeno. Aun así había sido elegido para esa misión por su habilidad con los idiomas, su mente ágil y su instinto de adaptación. Sus deficiencias habían quedado cubiertas por la eficacia y cohesión de los propios guerreros de la Guardia del Cuervo, y rápidamente había logrado adaptarse a los ataques fugaces, evitando las sospechas de sus camaradas de escuadra así como la letal atención de los que perseguían a la Guardia del Cuervo.

Todo eso le parecía haber sido en vano, mientras permanecía inmóvil sobre un reactor que podía convertirse en una pequeña estrella en el mismo instante en que fuera destruido, a bordo de una nave de guerra que evadía una flota enemiga sin más protección que unos pocos metros de plastiacero y adamantio. Un impacto afortunado y quedaría incinerado, junto con el resto de los que había a bordo de la *Vengadora*.

No sabía cuántos miembros más de la Legión Alfa habían tenido éxito en su suplantación; no sabía si era el único o si había varias docenas como él. En esos instantes estaba solo, y había de actuar en consecuencia. Debía hacer todo lo posible para permanecer con vida, seguir sin ser detectado, observar a Corax y entrar en contacto con Omegon en cuanto regresaran a Deliverance.

Tan fervientemente como siempre había esperado tener éxito, en esos momentos deseaba que sus aliados fracasaran. Fuera quien fuese quien estaba persiguiendo a la nave, los Portadores de la Palabra, la Legión Alfa, los Devoradores de Mundos, los Hijos de Horus, los Guerreros de Hierro o a la Guardia Imperial, Alpharius les deseó todos los desastres posibles que logró imaginar: fallos en los motores, brotes epidémicos, fallos de funcionamiento en las armas, cualquier cosa que pudiera evitar ese disparo afortunado capaz de erradicarlo de la existencia. Estaba preparado para dar su vida por su primarca y su legión, pero no de esta forma, no sin un enemigo al que combatir y con una misión que llevar a cabo.

Sería una forma totalmente inútil de morir, pensó cuando una detonación resonó levemente por todo el casco.

—Proyectil de cañón nova —informó Ephrenia—. Seis mil kilómetros a estribor por la proa.

Corax no reaccionó inmediatamente. Dos cruceros se habían unido a los destructores. La creciente flotilla enemiga estaba saturando el espacio con torpedos, misiles y explosiones de plasma en un intento de atrapar a la *Vengadora* en su manto de fuego. No era una táctica especialmente efectiva. El espacio vacío que estaban intentando cubrir era demasiado grande, y estaban tratando de ser extremadamente afortunados, o de asustar a Corax para que iniciara alguna acción que descubriera su

posición.

Que los traidores sabían que la barcaza de batalla estaba en la zona era evidente, pero la pregunta que en esos momentos preocupaba a Corax era si tenían alguna información más. La detonación del cañón nova no había sido lo suficientemente próxima como para convencerlo de que había sido dirigida deliberadamente contra la *Vengadora*, pero el margen de error tampoco había sido suficiente como para achacarlo a un margen de error normal en un disparo a tan largo alcance. ¿Podía permitirse esperar una segunda explosión de plasma para demostrar qué respuesta era la correcta?

—Inclinación durante cincuenta kilómetros, tres grados a estribor —ordenó al tripulante en los controles de rumbo.

—Escudos navegacionales absorbiendo residuos de plasma y restos —anunció otro tripulante—. Acercándose a los niveles de tolerancia de los escudos de reflejo.

Corax rechinó los dientes. Los escudos navegacionales de baja energía normalmente servían para evitar microasteroides y otros tipos de basura espacial, pero ahora la detonación del cañón nova los estaba saturando con más de lo que estaban preparados para soportar. Si incrementaba su energía para prevenir que ninguna onda de choque afectara a la *Vengadora*, probablemente revelaría su posición.

—Que la soporten —dijo mientras la nave se estremecía a su alrededor—. Cumplid la orden anterior.

La barcaza de batalla hizo el mejor uso posible del espacio disponible que la rodeaba, utilizando las tres dimensiones para cambiar el rumbo alejándose del punto hacia el que el cañón nova había apuntado. No era una eventualidad que Corax hubiera esperado. Los cañones nova todavía se consideraban totalmente experimentales para la mayor parte de las fuerzas imperiales, y pocos comandantes permitirían que se montara uno de ellos en su nave.

—¿Puedes determinar la nave que lo ha disparado? —le preguntó a Ephrenia.

—Acabo de detectar una nave de tercera clase, lord Corax —replicó la controladora del estrategium—. Probablemente, un gran crucero. Aproximándose casi directamente por popa. Muestra identificadores de los Guerreros de Hierro.

—Típico —susurró Corax—. Dale a uno de los capitanes de Perturabo la posibilidad de montar un cañón más grande y será capaz de arrancarte la mano para obtenerlo.

—Detecto otro disparo de cañón nova —avisó Ephrenia.

En su preocupación, la controladora había olvidado su título, algo que el primarca hubiera creído imposible. Corax se dio cuenta de cómo le palidecía la cara y cómo palidecían los nudillos de sus pequeñas manos hasta que se quedaron blancos sin dejar de flexionar los calibradores de soporte mientras se agarraba al borde de su

pantalla de datos a la espera del impacto. No existía forma alguna de avisar a la tripulación sin revelar la posición de la barcaza de batalla, y si el cañón nova lograba un poco probable impacto directo, por mucho que se prepararan no podrían salvar sus vidas.

—Pasando a babor, quince mil kilómetros y alejándose, lord Corax —dijo Ephrenia, sonriendo ligeramente y relajando su presa—. Detonación detectada a setenta mil kilómetros de distancia.

—Creo que podemos suponer que están disparando aleatoriamente. Trazad un rumbo hacia el punto de traslación más cercano.

Corax había notado los dos puntos de detonación independientes y los registró en su memoria. Era probable que los Guerreros de Hierro estuvieran utilizando una fórmula para calcular sus coordenadas de disparo. Tres o cuatro detonaciones más permitirían a Corax calcular la fórmula a la inversa y tomar las decisiones adecuadas para disminuir las posibilidades de que se produjera una detonación cercana. Aparte de eso, no había nada más que pudiera hacer excepto seguir esperando lo mejor. La *Vengadora* siguió adelante, bajando y subiendo, zigzagueando en su ruta hacia el punto de traslación, trazando un camino esquivo entre la red de naves traidoras. En algunas ocasiones, Corax se dirigía directamente hacia el enemigo, pasando a menos de diez mil kilómetros de las fragatas y los cruceros de batalla, confiando en que los escudos de reflejo enmascararían cualquier emisión que pudiera delatar su presencia.

El cordón se estrechó, las señales de los sensores traidores mostraban la participación de más y más naves, buscando imágenes fantasma que eran poco más que borrosos espejismos sobre la energía residual que satura el universo.

Sentado en la oscuridad de su requisada sala de mando, Corax sintió las vibraciones que indicaban otro cambio de rumbo. Estaban a menos de medio día del punto de traslación. Era tentador hacer en esos momentos el salto a la disformidad y arriesgarse a una interferencia gravimétrica, pero siguió siendo paciente.

Se habían producido algunos impactos demasiado próximos: torpedos que detonaron sus cargas explosivas a pocos miles de kilómetros de la *Vengadora,* cambios de rumbo en el último momento para evitar los sensores enemigos, detonaciones de cañones nova que habían llevado los escudos navegacionales al límite, puntas aleatorias en la energía de los motores que habían llevado a la barcaza de batalla a detenerse casi por completo para compensar los destellos de energía.

El primarca había superado todo ello sin un instante de miedo. No había lugar para el error, pero tampoco lo había para la incertidumbre. Su situación era muy simple: escapar y sobrevivir o ser detectado y destruido. Ambos extremos eran diáfanamente claros, y apartó de su mente cualquier otro pensamiento que hubiera podido enturbiar su juicio.

En esos momentos estaban explotando una pequeña brecha en el cerco de los

traidores y habían disfrutado de varias horas de viaje tranquilo. El protocolo de luz negra todavía estaba totalmente operativo, por lo que Corax se sentó en la gran consola de mando, observando las pantallas negras y los indicadores apagados. Sus ojos detectaban los detalles de la sala bajo el mínimo resplandor de las parpadeantes luces rojas de emergencia y el brillo que entraba por la puerta que conducía al estrategium.

Estaba acostumbrado a esperar.

A lo largo de muchos años había aprendido las lecciones de la paciencia, del cálculo preciso del paso del tiempo. Durante cientos de batallas supo el momento de actuar y el momento de detenerse, y gozó de la victoria en todas ellas gracias a esas decisiones.

La masacre en el punto de desembarco lo había pillado por sorpresa. Al primarca le preocupaba sobre todo el hecho de que no había percibido ninguna de las intenciones traicioneras de los comandantes de sus legiones hermanas. Sentado en la oscuridad, solo con sus pensamientos, se preguntaba si había estado ciego a la traición por alguna debilidad propia. ¿Había sido demasiado confiado e ignorado los sutiles indicios de las intenciones de sus hermanos?

Lo sucedido era de todo punto impensable, y ése era parte del problema para Corax. ¿Había sido tan confiado que nunca consideró la posibilidad de tener que enfrentarse a sus hermanos? Había sido enviado junto a los otros a Isstvan para someter a Horus. Sin duda debería haberse preguntado si Horus había actuado totalmente por su cuenta. ¿Acaso el *shock* de que el señor de la guerra se alzara contra el Emperador lo había ofuscado de tal forma que lo había hecho caer en una trampa tan obvia?

Las preguntas eran aún más duras porque no era posible responderlas.

Otra vibración, otro cambio de dirección. Las horas pasaban lentamente. El primarca no necesitaba una pantalla de datos para saber lo que estaba ocurriendo. Tenía una imagen en su mente de la *Vengadora* y las naves utilizadas contra ella, los rumbos calculados tan exactamente como cualquier esquema. Cualquier divergencia significativa respecto a la imagen que se había creado sería comunicada, y no había recibido ninguna de tales comunicaciones de Ephrenia. La compleja red tejida para atrapar a la *Vengadora* no era lo suficientemente densa. Siempre quedaban agujeros.

Paciencia.

Horas, días, semanas de espera. Años, de hecho, cuando había realizado sus preparativos, oculto ente los prisioneros de Lycaeus. Había algo de pureza en la calma; algo energizante en la soledad.

Las heridas todavía le dolían. Eran punzadas ocasionales de sensaciones que rompían las paredes de su estado medio hipnotizado. Cambiaba de posición para aliviar la tensión sobre las doloridas costillas, para alejar la presión de los órganos

dañados. El cuerpo modificado de Corax era capaz resistir inimaginables cantidades de daño, pero aun así había algo más profundo que las heridas físicas que afligían al primarca. El dolor lo obligaba a endurecerse, como recordatorio de su fallo. Había sufrido un daño que ningún cuerpo sobrehumano podía curar, una dolorosa herida que no podía sanarse con los cuidados de los apotecarios. Hasta que pudiera poner punto final a esa agonía interna, no podía dejar que su cuerpo sanara.

Sacado de su ensoñación a causa de uno de esos breves pinchazos de dolor, Corax activó la pantalla de datos. Analizando los rumbos de intersección que mostraba el monitor, Corax observó algo que no había visto anteriormente: una convergencia de posibilidades causada por pequeñas alteraciones en la disposición enemiga unas horas antes.

Había un agujero. O mejor dicho, no había ningún agujero, pero sí un acercamiento de cuatro naves traidoras. El rastro de sus propios motores de plasma, las emisiones de sus reactores, ocultarían a la *Vengadora*, permitiéndole seguir un camino hacia el punto de traslación más rápido que el que había planeado anteriormente, si se atrevía a utilizarlo.

Viendo como se desvelaban las posibilidades, Corax se levantó y reexaminó el mapa. Tenía la seguridad de estar en lo cierto. Pasando de la inactividad a la acción en un instante, el primarca se inclinó sobre el botón de activación del comunicador.

Detuvo el dedo a unos milímetros del conmutador.

Corax sopesó la situación una vez más, enfriando su excitación, ignorando la atracción de una posibilidad insospechada. La maniobra pondría a la *Vengadora* al alcance de las armas de al menos tres naves enemigas. Si viraba al nuevo rumbo, se verían comprometidos en la acción. Cualquier alteración significativa por parte del enemigo podía cambiar la dinámica, revelando la posición de la Guardia del Cuervo peligrosamente cerca de las naves traidoras.

Descartó la idea.

Aunque Corax estaba ansioso por alcanzar la relativa seguridad de la disformidad, ansioso de hacer cualquier cosa que lo acelerara, era más favorable la cautela que la osadía del momento. Había ido a por Lorgar en el punto de desembarco, dominado por la sed de venganza, abdicando brevemente de su responsabilidad como comandante de la legión. Esta respuesta emotiva le había costado cara a la legión. Habían caído muchos más de ellos en la emboscada de los que lo habrían hecho si hubiera estado dirigiendo la retirada. No pensaba volver a actuar precipitadamente.

Lo más importante era que estaba vivo, y que eso era tan cierto ahora como entonces. Medio día no era importante; sobrevivir era lo que importaba. Esa necesidad de sobrevivir, ese instinto animal para seguir respirando lo seguía guiando, llenándolo de determinación. No iba a rendirse y aceptar voluntariamente la muerte. Incluso ahora, con su legión prácticamente exterminada y sus enemigos superando

con creces a sus aliados, Corax sabía que no podía rendirse. Su misión en esos momentos era mantener viva a la Guardia del Cuervo, sin importar las tentaciones e instintos para actuar de forma decidida y arriesgada.

En Deliverance, cuando era llamada Lycaeus, había existido la auténtica desesperación. Los débiles habían sucumbido y los hombres menores habían eludido la tarea que tenían ante ellos. Pero Corax no. Había arrastrado a Lycaeus, ensangrentado y gritando, hacia la libertad, y ni una vez dudó de la rectitud de sus esfuerzos. ¿Por qué en esos momentos se estaba preguntando si tendría la determinación para triunfar?

Se sentó una vez más, inmóvil en la oscuridad. Le gustaba la oscuridad, las sombras siempre habían sido sus aliadas. Podía pasar las últimas horas de su vida de esa forma, esperando, anticipando el siguiente temblor por una corrección del rumbo, esperando un golpe en la puerta para traerle el último informe de los movimientos del enemigo, tratando de no revivir los errores y horrores de Isstvan.

Tratando de hacerlo, pero sin conseguirlo.

La sala estaba impregnada de olor a sudor, el aire saturado por el hedor de su propio miedo. Marcus era más que feliz de encararse cara a cara en una lucha abierta, o incluso manteniéndose firme mientras las naves de combate se destruían unas a otras con aniquiladoras andanadas. Esta guerra, la forma de luchar de la Guardia del Cuervo, le ponía a prueba los nervios y le oprimía el pecho alrededor del corazón.

El prefecto yacía en su camastro con los ojos cerrados, deseando que los ventiladores pudieran volver a activarse para eliminar el hedor de su transpiración. Las manos le temblaban sobre el pecho, el pelo le caía lacio sobre la frente y la almohada y las sábanas estaban empapadas bajo su cuerpo.

Sólo hacía falta que un proyectil encontrara a la *Vengadora* y todos ellos estarían muertos. Valerius estaba seguro de ello; los escudos de reflejo no ofrecían defensa alguna contra una docena de megatoneladas de destrucción atómica. Los mamparos vibraban con las ondas de choque de las detonaciones distantes, a miles de kilómetros de distancia, pero aun así demasiado cerca para el gusto del prefecto.

Pelon estaba en la antesala. Marcus podía oír sus rápidos y asustados jadeos, y se imaginó a su sirviente sentado en un rincón de la habitación con las rodillas contra el pecho. El prefecto comprendía muy bien el terror que atenazaba al hombre, porque él lo compartía.

El bombardeo había empezado menos de media hora antes. Había sido expulsado del estrategium por Corax en cuanto el primer proyectil de cañón nova había estallado, lejos de la barcaza de batalla pero demasiado cerca para estar tranquilo. Mientras se apresuraba por los corredores y descendía por las aparentemente infinitas escaleras, notó como la nave vibraba bajo sus pies y el metal de las barandillas se

estremecía bajo sus dedos.

Había tratado de no correr. Los guerreros de la Guardia del Cuervo junto a los que habían pasado parecían imperturbables ante esta situación, confiando su existencia a la energía de los escudos de reflejo de una forma que Marcus era simplemente incapaz de compartir. Él era un guardia imperial, un miembro de la Cohorte Therion, y estaba acostumbrado a combatir a un enemigo al que podía ver, su vida la confiaba a campos de energía, al blindaje de los tanques o las gruesas paredes de un búnker. Había soportado duelos artilleros y ataques orbitales, pero nada se podía comparar con la indefensión que sentía en esos momentos.

La oscuridad era absoluta. No podía encenderse ninguna luz. En cierta forma era de agradecer. Era mejor estar confinado en sus habitaciones, donde lord Corax y los demás no podían ver sus cobardes reacciones, donde no podían oír sus reprimidos gemidos con cada sacudida provocada por una onda de choque.

Pero a la vez era una pesadilla permanecer solo. El orgullo podría haberlo ayudado a dominar el miedo si hubiera estado a la vista de otros. Como tan sólo podía impresionarse a sí mismo, su voluntad demostró ser sumamente débil. La oscuridad era tan opresiva como el aire cargado de sudor. Le presionaba con fuerza sobre el pecho, arrancando el aire de sus pulmones, ahogándolo.

Tosió y jadeó y se volvió hacia el borde de la cama. Los pies enfundados en las botas en contacto con las desnudas planchas metálicas, los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho, encogiéndose ante otra vibración que recorrió la nave de estribor a babor, acompañada de crujidos y chirridos de las mamparas a su alrededor.

—Esto es demencial —murmuró.

Sus palabras eran sólo un susurro, pero resonaron en el interior de su cabeza. La cordura había sido un recurso últimamente escaso para el prefecto. Al principio se sintió aliviado de que las pesadillas hubieran acabado. El bendito abandono del sueño había regresado, y él lo había aceptado con placer.

La sensación de respiro no había durado mucho. Apenas unos días después de la evacuación de lord Corax y su legión, los sueños vacíos de Marcus habían empezado a incordiarlo de muevo. Se despertaba en medio de las guardias nocturnas, con un vacío en sus pensamientos sintiéndose arrastrado hacia un abismo. Pronto empezó a temer las noches tanto como cuando los fuegos y los gritos de cuervos moribundos lo habían perseguido. No era el abrasador terror, la paranoia que lo había atrapado anteriormente, era un frío terror que le recorría la columna y se asentaba en la boca del estómago.

Solo en la oscuridad de su cabina, ese terror había regresado, filtrándose a través de la oscuridad mientras misiles y proyectiles iluminaban el firmamento más allá de los muros de acero y rococemento. La nada que lo esperaba era demasiado parecida al vacío del espacio. En su terror, Marcus estaba convencido de que iba a morir. Justo

como había soñado en la difícil situación de la Guardia del Cuervo, ahora sus pensamientos le presentaban una visión de su muerte. Moriría solo, congelado en el vacío, engullido por la vacuidad del universo.

Marcus lanzó un gemido lastimero y se arrojó boca abajo sobre la cama, tratando de enterrar la cabeza, luchando por bloquear la vacuidad que le estaba absorbiendo la existencia.

—Eso ha sido un poco demasiado cerca —remarcó Branne cuando un proyectil de cañón nova estalló a unos pocos miles de kilómetros por la proa de estribor.

—Demasiado cerca es un impacto —replicó Agapito—. Cualquier cosa a la que sobrevivamos es suficientemente lejos para mí.

—Silencio —dijo lord Corax. Su voz estaba calmada, sus rasgos faciales inexpresivos, mientras observaba el apagado brillo de las lecturas de los sensores en la pantalla principal—. Estoy pensando.

El primarca había tomado los mandos del control de dirección en cuanto empezó la última andanada de los traidores, y guiaba a la *Vengadora* por una ruta segura que solamente él podía ver mientras su mente calculaba constantemente y se adaptaba con cada andanada de torpedos y detonación de cañón nova.

—Mi señor, nos estamos acercando peligrosamente a un crucero enemigo —avisó uno de los ayudantes en los sistemas de sensores.

—Lo sé —replicó el primarca con los ojos fijos en la pantalla.

—Mi señor, van a detectar nuestro rastro de plasma si pasamos tan cerca —añadió la controladora Ephrenia en un tono calmado y respetuoso pero con una nota de preocupación.

—Eso no será lo único que detecten —replicó Corax, volviéndose para sonreír a la mujer. Hizo una breve pausa y entonces levantó un dedo—. Creo que hemos llegado a una distancia segura para la traslación.

—¿Mi señor?

La confusión de Ephrenia era comparable a la de Branne. Una mirada de soslayo a Agapito y Aloni mostró que los otros comandantes estaban tensos, con los ojos entrecerrados.

—No vamos a huir sin hacerles una última observación a nuestros enemigos —dijo Corax.

—¿Debemos activar los escudos de vacío y las baterías de armamento, mi señor? —preguntó Ephrenia, con la mano ya encima de la terminal de mando.

—No —dijo el primarca—. Tengo algo más dramático en mente.

Último Adiós, el apóstol Danask, de los Portadores de la Palabra, estaba considerando

que en su última misión se le estaba acabando la paciencia. La alegre anarquía del ataque y la matanza en el punto de desembarco parecía un recuerdo lejano tras días de infructuosa búsqueda de la huidiza Guardia del Cuervo. Sus últimas órdenes no eran mucho más prometedoras. Durante más de un día, su nave había estado disparando esporádicamente andanadas de torpedos en el área que el señor de la guerra le había ordenado sin obtener ningún resultado. Era una pérdida de tiempo, y era aún más insultante porque sus hermanos legionarios ya estaban en ruta hacia Calth para hacer una visita sorpresa a los Ultramarines. Era difícil no pensar que ésta era alguna forma de castigo por alguna violación de las reglas de la legión de la que no era consciente.

Danask se preguntaba si tal vez no había sido lo suficientemente devoto a esta nueva causa. Se había dado cuenta que Kor Phaeron a veces lo miraba de forma rara, y estaba seguro que el Señor de la Fe lo estaba probando de alguna forma. No se había quejado cuando recibió esas estúpidas órdenes, y ofreció unas efusivas plegarias al primarca por haberlo tenido en cuenta para esa fastidiosa pero esencial misión.

—¡Señal de energía detectada!

Las palabras de Kal Namir llegaron como un grito triunfante desde los paneles sensoriales, arrancando al apóstol de sus pensamientos.

—¿Dónde? —exigió saber Danask, levantándose de su trono de mando. Las sirenas cobraron vida, rompiendo el silencio que había marcado casi toda la duración de la patrulla.

—Casi encima de nosotros, doscientos kilómetros a babor —anunció Kal Namir —. Baterías de armas cargando energía, escudos de vacío a máxima potencia.

—Identifica la firma energética y dame una localización precisa. Preparados para el impacto —gritó el apóstol, dándose cuenta de que el enemigo tan sólo había mostrado su presencia para abrir fuego.

Oyó como Kal Namir murmuraba para sí mismo, jurando por lo bajo.

—Habla o quédate en silencio, hermano —dijo Danask con aspereza.

No estaba de humor para los gruñidos de su subordinado. Introdujo una orden en el panel del brazo del trono y se activó una visión en tiempo real de la posición aproximada del enemigo. Un brillo contra las estrellas traicionaba la presencia de la nave de la Guardia del Cuervo.

—Los escáneres deben de estar funcionando mal. Esto no tiene sentido —dijo Kal Namir. Comprobó nuevamente su pantalla y entonces se volvió para mirar a Danask con los ojos desencajados por el asombro—. La firma energética corresponde a un pico de los motores de disformidad, comandante…

En la pantalla, la barcaza de batalla enemiga apareció peligrosamente cerca. Instantes después, el espacio alrededor de la nave se arremolinó por la energía, que formó un trémulo arco iris que engulló la nave de proa a popa.

—¡Maniobra evasiva! —gritó Danask, pero mientras ladraba esas palabras, supo que era demasiado tarde.

La nave de la Guardia del Cuervo desapareció, engullida por el punto de traslación disforme que había abierto. El agujero de disformidad se hizo más y más grande, alcanzando al *Ultimo Adiós*. Danask sintió el flujo de energía disforme moviéndose a través de la nave, una presión dentro de su cabeza acompañada por una violenta sacudida del crucero.

—Hemos sido atrapados en su estela —anunció Kal Namir de forma totalmente innecesaria, según pensó Danask.

El *Ultimo Adiós* se estremeció violentamente mientras la oleada de energía disforme pasaba a través del casco conectándose a los escudos de vacío. Los hilos de energía inmaterial agarraron la nave, y varios tentáculos de energía caleidoscópica surgieron de las paredes, del techo y del suelo, acompañados por un distante atronar de gritos y aullidos antinaturales.

Sonaron más sirenas de alarma unos instantes antes de que una explosión destruyera la popa de la nave, y los generadores de los escudos de vacío se sobresaturaron a causa de la descarga. Diferentes fuegos secundarios fueron surgiendo por los costados del *Último Adiós*, haciendo detonar los almacenes de munición de las baterías de cañones y abriendo heridas irregulares en los flancos de la nave.

El aullido del metal desgarrado acompañó las ardientes explosiones de la atmósfera en llamas que surgía por los gigantescos agujeros abiertos a estribor y a babor. El *Ultimo Adiós* se contrajo y luego se expandió. La gravedad artificial fluctuó de forma salvaje, lanzando a Danask y a los demás en el estrategium contra el techo y de nuevo hacia el suelo. A la derecha del apóstol, un ayudante de comunicaciones cayó mal y se rompió el cuello contra la malla del puente.

Después todo fue silencio y tranquilidad.

La protección de los reactores había resistido y no se produjeron nuevas explosiones. Se sucedieron varios minutos de desorientación, durante los cuales el personal del estrategium estuvo muy ocupado obteniendo los informes de daños. Los escáneres estaban desactivados a causa de la acción de la disformidad. Las docenas de pantallas que rodeaban a Danask permanecían apagadas.

—Dadme el control del timón —dijo con voz áspera.

Los procedimientos de control de daños prosiguieron durante un cierto tiempo. A Danask le dolía la cabeza, un dolor en la base del cráneo que creció en intensidad hasta llegar a un punto en que amenazaba con convertirse en una considerable molestia.

—Podía haber sido peor —dijo Kal Namir—. Al menos hemos sobrevivido.

La sangre comenzó a manar por los ojos y la nariz del portador de la palabra, y

unos espesos arroyos le cruzaron la cara. Los vasos sanguíneos de los ojos se inflamaron y la piel se le tensó. Danask movió una mano enguantada hacia su nariz, y vio una gota roja en la punta del dedo.

Uno de los ayudantes de las consolas de armamento lanzó un grito y se alejó corriendo de su panel con la ropa ardiendo con llamas azules. El hombre corrió alocadamente mientras otros trataban de ayudarlo, tirándolo al suelo y apagando las llamas con capas y manos enguantadas.

—¡Sacádmelos! ¡Mi cara! ¡Sacádmelos de la cara! —gritó otro siervo, rasgándose los ojos y las mejillas con sus propios dedos mientras caía de su plataforma.

Una pantalla secundaria parpadeó al cobrar vida en otro panel de sensores. Danask sabía lo que iba a ver, pero miró igualmente. En el exterior de la nave, las estrellas habían desaparecido, reemplazadas por un oscilante vórtice de energías imposibles que hacían daño a los ojos al mirarlas, incluso a través de la digitalización de la pantalla.

Estaban en la disformidad.

Sin sus campos Geller.

Desprotegidos.

Una certeza se asentó en la aturdida mente del apóstol. Sintió como algo con garras le arañaba las entrañas. No se atrevió a mirar hacia abajo.

Una parte desconectada de su cerebro se maravilló por lo que había sucedido. Conectar los motores de disformidad suficientemente cerca como para arrastrar al *Último Adiós* al immaterium, pero suficientemente lejos como para no destruir el crucero era algo increíblemente difícil de conseguir. Se preguntaba qué tipo de hombre era capaz de algo así.

A su alrededor reinaba la locura. Él se sentía al margen de todo mientras sus siervos y legionarios aullaban y rugían, con la energía disforme recorriendo sus cuerpos, distorsionándolos y desgarrándolos. Se dio cuenta de que había realizado la pregunta equivocada. La exposición a la disformidad era la muerte más horripilante que podía acaecerle a una criatura viva. No se trataba de qué tipo de hombre era capaz de hacer eso, sino qué tipo de hombre estaba dispuesto a hacerlo.

Nunca obtendría respuesta. Instantes después, una bestia de piel roja y cuernos afilados surgió de sus entrañas, haciendo salir disparadas sus costillas fusionadas a través del pecho y sosteniendo sus dos corazones entre sus garras.

El grito agónico de Danask, tan inhumano, tan ajeno a un legionario, se unió a los gritos del resto de su tripulación.

Vengadora habían hablado de una violenta tormenta justo después de la traslación. El Astronomicón, la luz que los guiaba a través del éter del immaterium, quedaba prácticamente oculto por las tormentas de grandes proporciones.

Corax les pidió que hicieran todo lo que pudieran. Su objetivo era simple: dirigirse al origen de la luz del Emperador para llegar a Terra.

El primarca estaba de pie en el estrategium junto a sus comandantes, el brazo del sistema de comunicaciones internas parecía pequeño en la palma de su mano. Los protocolos de luz negra habían sido desactivados y los reactores funcionaban a plena capacidad. El estrategium estaba iluminado tras días de penumbra. El humor del primarca no se correspondía con la luminosidad del ambiente.

Dubitativo, Corax se preguntaba qué podía decir a sus guerreros. ¿Qué palabras de ánimo podía dirigirles cuando él mismo se encontraba tan falto de éste? Los traidores habían golpeado bien, un golpe oculto dirigido con letal efectividad que parecía improbable que pudiera ser detenido. Había pronunciado muchas arengas en su vida, para animar a los desesperados a seguir luchando, para inspirar a sus guerreros a realizar actos de gran valor, pero todas las palabras que ahora acudían a su mente le parecían tópicos sin sentido.

No importaba. Apartó las dudas con un acto de fuerza de voluntad. Ese era el momento en que más necesitaba mostrar el liderazgo para el que había sido creado. Era en momentos como ése, no en el fragor de la batalla, en que su auténtico valor era juzgado. Él era el primarca de la Guardia del Cuervo, y sus legionarios lo mirarían a él en busca de guía y fuerza. Muchos habían visto tiempos difíciles anteriormente, aunque nada comparado con el cataclismo que Horus había desencadenado sobre ellos. Algunos eran supervivientes de las Guerras de Unificación; otros, veteranos de la rebelión en Lycaeus. Todos ellos eran guerreros, con el orgullo de la legión en sus corazones.

—Hemos abandonado Isstvan derrotados —dijo. Sus palabras resonaron a todo lo largo y ancho de la nave—. No es un sentimiento agradable, pero quiero que lo recordéis. Acogedlo en vuestros corazones y conservad esa sensación. Dejad que fluya por vuestras venas y alimente vuestros músculos. No olvidéis jamás lo que se siente al perder.

Se detuvo un instante, cogiendo aire y dejando que otra emoción reemplazara el dolor y la desesperación.

—No sucumbáis a los sentimientos de desesperación. Formamos parte de las Legiones Astartes. Somos la Guardia del Cuervo. Nos han vencido, pero hemos sobrevivido. Recoged ese dolor y aunadlo con vuestra rabia hasta que logréis forjar un nuevo propósito. Aquellos a los que una vez llamamos hermanos…

Corax se detuvo nuevamente. Las palabras se le atragantaban en la garganta a medida que las pronunciaba. Miró a Agapito, después a Branne, posteriormente a Solaro y finalmente a Aloni. Los ojos de sus comandantes brillaban de emoción, y apretaban las mandíbulas con furia reprimida. El primarca dejó escapar un gruñido, dando rienda suelta a los sentimientos que había dejado a un lado desde la huida de

Isstvan.

—Aquellos a los que una vez llamamos hermanos son ahora nuestros enemigos. Nos han traicionado, y lo que es peor, han traicionado al Emperador. Todos ellos están muertos para nosotros, y nos les concederemos la dignidad de nuestro pesar. Rabia es todo lo que nosotros tenemos para ellos. Una rabia como nunca antes habíamos sentido. Tan sólo unos meses atrás todavía descargábamos nuestra furia en nombre de la Iluminación. Llevamos la guerra a la galaxia en nombre de la Verdad Imperial. Esos días se han acabado. La Gran Cruzada ha sido dada por concluida por la traición de los que ahora denominamos enemigos.

»¡Odiadlos! Odiadlos como nunca antes habéis odiado a nadie. Odiad el aire que respiran y el suelo que pisan. No existe nada más cobarde que un traidor, ni nada más merecedor de nuestro aborrecimiento. ¡Odiadlos!

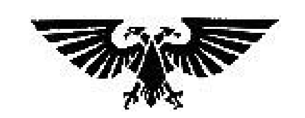
El dolor atravesó el pecho de Corax. En su agitación se le habían abierto las heridas que había sufrido, haciendo que la sangre corriera de nuevo sobre su piel. Un hombre normal habría muerto por una sola de esas heridas, pero el primarca soportó el dolor sin mostrarlo en absoluto, enterrando estoicamente la agonía en un recoveco de su mente.

Las manos de Corax estaban temblando y se tomó un instante para tratar de calmar sus pensamientos.

—Han tratado de matarnos, han tratado de aniquilar la Guardia del Cuervo y borrarnos de las páginas de la historia. Pero han cometido un error: han fallado. Nos han doblegado, pero no vencido; nos han herido, pero no matado. ¡Prometo por mis juramentos ante el Emperador y mi dedicación a todos vosotros que obtendremos cumplida venganza sobre aquellos que nos han afrentado! Pagarán por su error con sangre y muerte, y no será hasta que el último de ellos yazca muerto por nuestra mano que alcancemos en medida alguna satisfacción. Los destruiremos allí donde los encontremos, como sólo la Guardia del Cuervo sabe hacer.

»Jurad conmigo, hijos míos, que me seguiréis allí donde nos lleve este camino. Jurad no mostrar piedad alguna a los traidores. Jurad matarlos con odio en vuestro corazón. Jurad extirpar este cáncer que Horus ha alimentado en el corazón del Imperio. Jurad devolver la Verdad Imperial a la galaxia. ¡Jurad que nunca más volveremos a fallar!

En lo más profundo de las entrañas de la *Vengadora*, Alpharius escuchó las palabras del primarca y no pudo dejar de sentirse alentado por ellas. Tal acto de rebeldía era noble. Inútil, pero noble.



CUATRO

VIAJE AL SOL

COMIDA ESCASA

EL CAMINO ESTÁ BLOQUEADO

Había mucho trabajo que hacer. Con los protocolos de luz negra desactivados, los guerreros y la tripulación de la *Vengadora* pudieron dirigir sus esfuerzos a la consolidación de sus fuerzas. El apresurado rearme y reorganización después de Isstvan había sido reemplazado por medidas de mayor profundidad. Las improvisadas escuadras se separaron y reformaron; varios legionarios fueron promocionados a sargentos y los sargentos a rangos aún más elevados.

Entre los que estuvieron más ocupados se encontraba el puñado de legionarios del armorium sobrevivientes. La Guardia del Cuervo había perdido la mayor parte de su equipo durante los largos combates de ataque y retirada en Isstvan V, y sobre los tecnomarines recayó ahora la misión de inventariar, reparar y reabastecer de equipo a las escuadras reconstituidas. Las bodegas de la *Vengadora* disponían de grandes cantidades de munición, pero las nuevas servoarmaduras y armas eran insuficientes para los dos mil quinientos legionarios que había a bordo. Los componentes y piezas de recambio de las armaduras también escaseaban y, por tanto, junto a sus compañeros tecnomarines, Stradon Binalt pasó mucho tiempo trabajando en las armas y armaduras que la Guardia del Cuervo había obtenido de enemigos derrotados.

Su existencia no tenía más objetivo que el trabajo, todas las horas que permanecía despierto estaban llenas del crepitar de los soldadores de arco eléctrico, el olor de la pintura de los distintivos, el gemido de los trinquetes neumáticos y el calor de los hornos de ceramita.

Binalt estaba intrigado por los elementos de equipo que le habían llegado, unos le eran muy familiares, otros tenían un diseño radicalmente diferente, suministrado a otras legiones por docenas de mundos forja a través de todo el Imperio. Hizo las reparaciones de las armaduras modelo Mark IV que llevaban la mayoría de sus camaradas lo mejor que pudo, utilizando piezas de armaduras más antiguas de los modelos Mark II y III que habían obtenido de los cuerpos de los Portadores de la Palabra, los Guerreros de Hierro y los Devoradores de Mundos. Nada era perfecto, y cada parche y empalme tan sólo se podía asegurar que duraría una batalla o dos si la *Vengadora* se encontraba nuevamente al enemigo antes de llegar a Terra.

Apenas había lo necesario para poder trabajar a bordo de la barcaza de combate, así que tenían que ser imaginativos. La mayor parte de los vehículos blindados de la legión habían sido destruidos o abandonados en la Llanura Urgall, por lo que los componentes para tanques y transportes no escaseaban a bordo. Binalt y sus compañeros tecnomarines idearon una forma de reforzar las armaduras que habían reparado utilizando las tachuelas de unión que generalmente se empleaban para fijar el blindaje a las placas ablativas de los Rhino y los Predator. Esto proporcionaba a las armaduras un aspecto muy peculiar, con las guardas de las hombreras selladas con filas de grandes remaches que parecían nódulos o ampollas. Otros componentes de vehículos, el cableado de transmisión, los servos, incluso los anclajes de las cadenas de tracción, se utilizaron como componentes improvisados para el nuevo diseño de armadura.

Lentamente, los legionarios volvieron a parecer de nuevo la Guardia del Cuervo. Grebas, rodilleras, hombreras y protectores de antebrazos que anteriormente habían mostrado los colores de todas las legiones que habían luchado en Isstvan fueron pintados con el negro de la Guardia del Cuervo; las insignias cuidadosamente estampadas, borrando los colores de antiguos amigos y enemigos con cada pincelada o chorro de pintura de aerosol, como si la legión estuviera purificándose a sí misma al cubrir sus marcas con su propia librea.

El tiempo libre era escaso, y en los pocos descansos que tenía, Binalt se dedicó a otro proyecto más personal. Se había asegurado un pequeño espacio entre dos de las torretas de estribor, una ruidosa sala muy pequeña que reverberaba con los ruidos de los cargadores automáticos y retumbaba con los pies de la tripulación mientras realizaban sus entrenamientos de puntería, siempre a punto para el combate.

Había escasamente el sitio suficiente para una pequeña encimera y unos estantes. No había ninguna silla, así que trabajaba de pie. El tecnomarine miró el gran montón de componentes rotos reunido sobre la mesa y se preguntó por dónde empezar. Las piezas de ceramita rotas y de metal retorcido se acumulaban bajo tuercas y tornillos y un amasijo de cables y alambres. Aquí y allí podía identificarse un servo o un actuador, o un puñado de fibras de tipo muscular; sistemas que estaba acostumbrado a

utilizar en las servoarmaduras, pero confeccionados de una forma que él jamás había visto en ninguna otra parte.

Admiró la belleza del trabajo a la vez que se maravillaba con la ingeniería y el diseño que se manifestaba bajo el aleatorio amontonamiento de engranajes y transmisores de energía.

Binalt empezó clasificando los diversos componentes, dividiéndolos en montones según su forma y función y dejando a un lado aquellos cuya utilidad todavía no había determinado. Día a día, a veces dedicándole tan sólo unos pocos minutos mientras los demás disfrutaban de sus merecidas escasas horas de descanso, empezó a obtener un poco de sentido de todo ese caos. Solo con sus pensamientos, aportando observaciones racionales a las emociones descontroladas por los recientes acontecimientos, contempló la naturaleza del desalentador proyecto que había decidido emprender y lo dividió en etapas asequibles. En cierta forma era relajante, y alejaba al tecnomarine de la rutina de la legión y de los recuerdos de Isstvan; una esfera perfectamente autocontenida en la que podía trabajar, con resultados definibles y totalmente bajo su control.

Pasaría mucho tiempo antes de que lograra acabarlo, tal vez más de lo que pudiera sobrevivir, pero Binalt estaba decidido, inspirado por la necesidad de llevar a cabo este particular trabajo de artesano. Si podía completarlo, el mundo volvería a estar bien, y su existencia tendría sentido una vez más.

Lo único que podían hacer era entrenarse, comer y descansar. La *Vengadora* había realizado la traslación desde Isstvan hacía setenta días, y las tormentas de disformidad hacían que el avance fuera lento. Alpharius trabajaba con su escuadra, cada día aprendiendo más sobre ellos y sobre la persona que se suponía que era.

Había oído rumores de que no estaban dirigiéndose hacia Deliverance, sino que estaban en ruta hacia Terra. La idea le intrigó, excitándolo y preocupándolo en igual medida. Jamás había estado en la Vieja Tierra, y durante muchos años había aspirado a hacerlo. Antes de que los primarcas gemelos hubieran decidido que la legión apoyara a Horus, Alpharius había preguntado a los más viejos legionarios alfa sobre el mundo en el que empezó la humanidad. Ninguno de ellos había regresado allí desde que se embarcaron en la Gran Cruzada, y ciertamente ninguno de ellos creía que volvieran a ver jamás la gloria del Palacio Imperial.

Alpharius sabía que actualmente eran leales a una causa diferente, pero la idea de estar cerca del Emperador seguía generando un estremecimiento en su interior, comparable solamente al placer que había sentido al ser elegido por el propio Alpharius para esta misión. El primarca le había confiado y explicado la naturaleza del cambio de lealtades de la legión. El Emperador había, tal vez involuntariamente, traicionado a sus hijos y sus legiones. Los había abandonado, y a su vez había

permitido que la Gran Cruzada flaqueara. El primarca no podía explicar por qué había sucedido eso, pero había sido inflexible en la idea de que Horus podía devolver a la humanidad a la senda de la Verdad Imperial.

Alpharius se preguntaba si podría llegar a ver al Emperador y entonces le preocupó que si fuera llevado a su presencia, su duplicidad pudiera ser revelada. Seguro que un hombre tan poderoso como el Señor de la Humanidad no podía ser engañado por un simple cambio de cara y de nombre.

Más que eso, el disfraz de Alpharius era de un nacido en Terra. ¿Qué sucedería si otros nacidos en Terra, aunque sólo un puñado de ellos seguía con vida tras la masacre, veían algún fallo en su disfraz? ¿Qué sucedería si dejaba ver su falta de conocimiento a otros terranos?

No tenía mucho tiempo para preocuparse por el futuro, pues Alpharius había de permanecer constantemente alerta para mantener la fachada que había adoptado. Era afortunado en cierto sentido: el antiguo poseedor de su actual identidad tenía fama de ser taciturno, y eso significaba que no se esperaba que hablara mucho. Con la ayuda de los apotecarios y el material absorbido por su omophagea, sus cuerdas vocales y su boca habían sido reformadas para parecerse más a las del legionario cuya identidad había asumido, pero para los agudos oídos de un marine espacial, cualquier pequeña diferencia podía levantar sospechas.

Su mayor defensa, así como para los demás que él esperaba también hubieran tenido éxito en la infiltración, se basaba en lo imposibilidad de lo que la Legión Alfa había llevado a cabo. ¿Por qué habría de sospechar un miembro de la Guardia del Cuervo que el enemigo había tomado la cara de un caído? Era una magnífica maquinación del primarca y muy característica de su genio. Para otro legionario, tener dudas de la verdadera naturaleza de Alpharius era adentrarse en la paranoia. Era tan improbable, que cualquier sospecha, sin estar soportada por irrefutables evidencias, sin duda sería rápidamente desechada.

Alpharius concentró su mente en asegurarse que eso no ocurriera, entrenando, comiendo y durmiendo junto a su legión de adopción. Mostró orgullo cuando su malparada armadura fue reemplazada, pronunciando palabras de venganza y profiriendo juramentos de lealtad al Emperador y a lord Corax junto a sus nuevos hermanos de armas mientras repintaban sus insignias.

En algunas pocas ocasiones, Alpharius estuvo a punto de descubrirse. Cada día aprendía un poco más, pequeños gestos, giros dialécticos y protocolos de la legión que le permitían fundirse mejor con sus compañeros legionarios, pero no era un proceso perfecto.

La última situación comprometida había sido durante un entrenamiento de combate cuerpo a cuerpo. La compañía se había reunido en uno de los hangares, entre las durmientes formas de las Thunderhawk y los Stormbird, pues las instalaciones

preparadas para el entrenamiento eran insuficientes para el gran número de guerreros que había a bordo.

El sargento Dor había hecho formar la escuadra y les había lanzado una inquietante arenga.

—Debemos aprender a luchar contra un nuevo enemigo —les dijo—. Durante décadas hemos perfeccionado nuestras técnicas contra salvajes y enemigos inferiores, y nos hemos enfrentado a extraños adversarios como los cantores de guerra de Isstvan y los cuchillas infernales ninturnianos. Ahora nos enfrentamos a algo totalmente distinto. Ahora debemos luchar contra otros marines espaciales.

Era algo obvio, pero mencionar la situación de forma tan abierta hizo ver a los legionarios cuánto había cambiado la galaxia. Se produjeron murmullos de descontento, pero Alpharius se mordió la lengua, no queriendo traicionar sus propios pensamientos en esa cuestión.

—Cada día nos entrenamos contra nosotros mismos —respondió Lukar—. ¿Qué puede esperarse que sea distinto?

—Nosotros jamás hemos tratado de matarnos unos a otros —fue la réplica inmediata del sargento.

La escuadra se había repartido por parejas, armados tan sólo con sus cuchillos de combate con el filo recubierto de fibra monomolecular. A Alpharius le tocó enfrentarse a Lukar, y ambos empezaron cuando lo ordenó el sargento, atacando y parando, tratando de encontrar los puntos débiles de la armadura del otro, probando los sellos de las junturas flexibles, los reforzados lentes oculares y los huecos entre las placas de armadura.

Los cuchillos parpadeaban, Lukar y Alpharius eran buenos rivales, iguales en velocidad y fuerza. Sus cuchillos entrechocaron una y otra vez, fueron atrapados por las hombreras o desviados por movimientos de rechazo, incapaces de encontrar ninguna abertura.

Fue entonces cuando Alpharius cometió su error.

Fintando hacia arriba, había doblado una rodilla mientras el cuchillo de Lukar se había elevado para parar el golpe. Bajo la guardia de su oponente, Alpharius giró su cuchillo y golpeó con el reverso de la mano, dirigiendo la punta contra el vulnerable material plateado entre el grueso blindaje superior de Lukar y la protección de la ingle.

Lukar se quedó congelado, con el cuchillo de Alpharius a pocos milímetros del contacto.

—Me has pillado —declaró Lukar, dando un paso atrás y negando con la cabeza. Había sorpresa en su voz—. ¿Dónde aprendiste este movimiento?

Alpharius dudó, dándose cuenta de que la maniobra formaba parte de su entrenamiento en la Legión Alfa, y que no estaba entre los movimientos de combate

de la Guardia del Cuervo.

—Vi a un traidor utilizándola en el punto de desembarco —replicó Alpharius rápidamente—. Vi como un portador de la palabra acababa con uno de nuestros hermanos de los Salamandras con un movimiento como éste.

El resto de la escuadra había dejado su entrenamiento y estaba observando a Alpharius y a Lukar. A Alpharius no le gustaba ser el centro de atención. Se levantó y envainó el cuchillo cuando el sargento Dor se aproximó con la cabeza inclinada a un lado.

—¿Qué ha sido eso? —quiso saber el sargento—. ¿Utilizando tácticas de los traidores?

—Pareció efectiva en esa ocasión —replicó Alpharius sin perder la calma.

—Prestad atención —dijo entonces Dor, indicando al resto de la escuadra que se acercara—. ¿Por qué no nos lo muestras de nuevo?

Alpharius hizo lo que le pedía, mostrando el golpe de corte bajo a los demás. Se produjeron murmullos apreciativos, y Dor le dio unos golpecitos en el pecho con palabras de agradecimiento.

—Esto es lo que debemos hacer —dijo entonces el sargento. El rojo de sus placas oculares pareció clavarse en Alpharius durante unos segundos antes de dirigir la mirada al resto de la escuadra—. Hemos de aprender de nuestros enemigos, adaptarnos a la forma en que ellos luchan. Cualquier otra innovación, cualquier ventaja que pueda beneficiarnos, compartidla con el resto, ¿de acuerdo?

—Sí, sargento —contesto Alpharius.

Aunque su cobertura había permanecido intacta, más tarde, ese mismo día, Alpharius se dio cuenta de lo que había hecho: algún día, un guerrero de la Guardia del Cuervo utilizaría ese movimiento contra un legionario alfa, o se defendería de él y saldría victorioso. El objetivo de Alpharius era aprender de la Guardia del Cuervo, no mejorar sus habilidades. La situación se estaba volviendo más complicada de lo que había imaginado, y las consideraciones a tener en cuenta más numerosas.

Alpharius se concentró en lo que era importante. Era un actor interpretando su papel, aprendiendo más sobre su función a medida que pasaban los días. En su corazón sabía que había jurado lealtad a la Legión Alfa, y no sentía remordimiento alguno mintiendo a los que antaño había llamado aliados. No era culpa suya que hubieran elegido el bando equivocado en la guerra que se avecinaba. Alpharius no sentía desprecio ni piedad alguna por la Guardia del Cuervo, tan sólo sentía un pizca de arrepentimiento porque nunca podría volver a llamar hermanos a los legionarios que lo rodeaban. Sus nombres surgían de su lengua con la facilidad de una declaración de fidelidad y venganza, pero no era uno de ellos. Como el resto de la Legión Alfa, había sido elegido para un gran propósito, uno que los primarcas gemelos le habían asegurado estaba más allá de la lealtad al Emperador o a Horus, y

que afectaba al destino de la propia galaxia.

Y como todos aquellos que eran ciegos a la verdad suprema, la Guardia del Cuervo era prescindible. Cumplirían con su objetivo y después serían destruidos, y él podría regresar a su legión para luchar nuevamente entre sus verdaderos hermanos de batalla. Ésa era la idea, el objetivo que motivaba a Alpharius mientras yacía despierto meditando sobre la desconocida misión que le aguardaba. Él era de la Legión Alfa, y por tanto no esperaba ser condecorado ni siquiera mencionado. Esa avidez de gloria no formaba parte de las tradiciones de la legión. Él cumpliría su propósito, quedaría satisfecho con la certidumbre de una misión bien hecha y la alabanza de los primarcas gemelos, y volvería a ser uno entre muchos.

Corax observó desde una balaustrada que dominaba el improvisado comedor que anteriormente había sido un campo de prácticas de tiro a varias compañías de su Guardia del Cuervo comiendo las raciones de la nave. Estaban de pie junto a largas mesas montadas sobre caballetes, ya que las sillas eran otra comodidad escasa a bordo, y diligentemente ingerían la comida consistente de carne sintética y pan de soja seco. La comida no tenía ningún sabor, pero era rica en las proteínas y carbohidratos que los legionarios necesitaban para sustentarse. Los suplementos nutricionales eran ingeridos con el agua que bebían directamente de unas toscas jarras creadas por los siervos en los talleres de los puentes inferiores.

—¿Cómo están nuestras reservas? —inquirió el primarca. Sabía la respuesta, pero quería estar seguro que sus comandantes estaban al día de todos los detalles concernientes al funcionamiento de la nave.

—No presentan ningún problema inminente —contestó Agapito. Branne y Solaro completaban el cuarteto, mientras que Aloni permanecía de guardia en el estrategium —. La *Vengadora* tenía suministros para un viaje de tres años, más que suficiente para nuestras necesidades actuales.

—Los navegantes informan de las mismas dificultades que anteriormente —añadió Branne—. Necesitaremos al menos otros cuarenta días para llegar al sistema Sol. Han solicitado hacer otro salto al espacio real para confirmar nuestra localización.

—No están más que suponiendo —dijo Corax con un suspiro—. Las crecientes tormentas de disformidad casi han apagado el Astronomicón. Ya hemos realizado tres traslaciones, y cada vez nos hemos encontrado al menos a cinco años luz fuera del rumbo.

—¿Pensáis que los rebeldes tienen algo que ver con las tormentas de disformidad? —preguntó Agapito—. ¿Es eso posible?

—En estos momentos no voy a descartar ninguna posibilidad —declaró Corax.

El primarca conocía más acerca del extraño comportamiento de la disformidad

que sus comandantes, y no era irrazonable suponer que Horus podría haber adquirido alguna forma de tecnología u otro poder que le permitiera conjurar las cambiantes tormentas que se desataban en el immaterium. La naturaleza de qué podría ser ese otro poder, las pistas que había obtenido del Emperador y observado en sus hermanos primarcas, era mejor no compartirlo.

—Existe la posibilidad de que estas tormentas afecten a nuestros enemigos tanto como a nosotros, pero no es más que una posibilidad.

—Si no es una impertinencia preguntarlo, mi señor, ¿por qué estamos dirigiéndonos a Terra? —quiso saber Branne—. Aunque ni siquiera puedo llegar a aventurar los motivos del señor de la guerra, la traición en Isstvan sugiere que quiere eliminar toda oposición tan rápidamente como sea posible. ¿No sería más seguro proteger Deliverance de un eventual ataque?

—Eso es lo que espera Horus —afirmo Corax, dando la espalda a la balaustrada para encararse a sus comandantes. Abajo había bastante ruido, pues los legionarios reunidos habían acabado su comida y empezaban a apilar las bandejas vacías—. Esa es la mejor razón para no ir allí. Pero tengo razones más poderosas para ir a Terra.

La afirmación flotó en el aire durante un rato hasta que Agapito se dio cuenta de que era él quién debía formular la siguiente pregunta.

—¿Vais a compartir con nosotros esas razones, mi señor?

—He de hablar con el Emperador —replicó Corax—. Todavía no sabemos qué noticias de la perfidia de Horus han llegado al Palacio Imperial.

—Seguro que el Emperador ya se habrá enterado de que una tragedia así ha sucedido en el Imperio —aventuró Branne.

—Las tormentas de disformidad pueden responder a otro propósito además de dificultar los viajes —dijo Corax, y observó a sus comandantes para ver la confusión en sus expresiones—. La disformidad, los navegantes, los astrópatas, e incluso el Emperador, están profundamente ligados. Ellos obtienen sus poderes de su energía y, por tanto, una cobertura de tormentas puede nublar la visión lejana del Emperador tanto como nubla la ruta hacia Terra a los navegantes.

—¿Pensáis que Horus atacará directamente al Emperador? —preguntó Solaro—. ¿Está planeando invadir Terra?

—Sin duda alguna —le confirmó Corax—. Se ha rebelado contra la Verdad Imperial y por ello debe destruir al Emperador, o ser destruido. Las acciones del señor de la guerra nos han colocado en el camino del enfrentamiento; no hay ninguna otra posibilidad.

Ese comentario fue recibido con profundas inspiraciones y unos instantes de meditativo silencio. Corax simpatizaba con sus subordinados. La magnitud de lo que Horus había hecho era difícil de entender.

—Parece que Isstvan se convertirá en la insensatez de Horus —apuntó Branne—.

Si los de las otras legiones, en los que antaño confiábamos, pueden ser unos traidores, no podemos confiar en la lealtad del Mechanicum o del Ejército Imperial.

—Tienes razón —asintió Corax—. No tenemos ni idea de la verdadera fuerza de los rebeldes. —Se calló de golpe. La palabra «rebeldes» no expresaba ni de lejos la gravedad de lo que Horus y sus conspiradores habían perpetrado—. Los traidores… han planeado sus movimientos durante bastante tiempo. Horus tiende a realizar grandes gestos, demostraciones de poder, pero nunca se movería sin la preparación adecuada. Podéis estar seguros de una cosa, él no actúa hasta que está preparado, y eso significa que considera que ahora es cuando tiene más posibilidades de obtener una victoria rápida.

—Depende de nosotros impedírselo, evidentemente —dijo Branne, curvando los labios con rabia.

—Evidentemente —asintió Corax, sonriendo ligeramente—. A nuestros enemigos no les interesa ver destruido el Imperio. Ellos tratan de usurpar el poder del Emperador y convertirse en los gobernantes de la galaxia. Por tanto, deben actuar rápidamente, destruyendo al Emperador y a los que luchan a su lado antes de que el resto del Imperio se vea arrastrado a la guerra. No importa qué poderes tenga Horus a su disposición. Estoy de acuerdo con Branne: los traidores no pueden ganar una guerra larga.

Los legionarios de la sala inferior estaban saliendo mientras otros iban entrando por las puertas del otro extremo. Docenas de siervos limpiaban las mesas y traían nuevos montones de raciones para los recién llegados. Corax miró hacia abajo, encontrándose los ojos de la Guardia del Cuervo fijados en su líder. Era una temible mirada de desafío grabada en los rasgos de los que pasaban bajo él, un mal humor que no gustaba al primarca.

—¡Sargento Nestil! —gritó Corax, deteniendo al jefe de escuadra.

El sargento pareció paralizado por un instante, como un objetivo viendo el destello de un arma apuntada en su dirección.

—¿Lord Corax? —respondió Nestil—. ¿En qué puedo serviros?

—¿Por qué estás tan sombrío, sargento? —Corax mantuvo un tono despreocupado—. ¿La comida no es de tu agrado?

—La he comido mejor, debo admitirlo, mi señor —bromeó el sargento.

—Sospecho que Horus estará sentado sobre una gigantesca montaña de filetes de grox, sargento. Cuando tengamos el permiso del Emperador, iremos a quitárselos.

Hubo una risa generalizada entre los legionarios reunidos, un poco breve, pero mucho mejor que la depresión que Corax había percibido anteriormente.

—Sí, mi señor, y no dudo que Fulgrim también tiene algunas extravagancias de las que podemos ayudarlo a prescindir —continuó el sargento Nestil, logrando arrancar más risas.

—Puedes estar seguro de ello, Lancrato, puedes estarlo —asintió Corax, riéndose también del comentario.

El primarca indicó a los legionarios que siguieran y volvió de nuevo su atención a los comandantes. Su sonrisa desapareció rápidamente.

—No podemos permitir que la herida de Isstvan se infecte —les dijo—. La legión está escasa de efectivos, pero las heridas más graves son las que ha recibido nuestro espíritu. Vivimos o morimos según nuestros éxitos, y de éstos últimamente hemos tenido pocos.

—Lucharemos hasta el último hombre —declaró Solaro.

—Sí —asintió Corax. Sus siguientes palabras fueron para darse ánimos a sí mismo tanto como a sus compañeros—: Pero será mejor si podemos lograr que sean las fuerzas de Horus las que lo hagan. Necesitamos una victoria, algo que restaure nuestro honor y nuestro prestigio. Si nos atrincheramos en Deliverance, cederemos la iniciativa a nuestros enemigos. Así no es como luchamos. Con las fuerzas que logremos reunir, hemos de llevar la lucha hasta los traidores. Hemos de demostrarnos a nosotros mismos y a los demás que no son imparables, que un asalto a Terra no es inevitable. En estos momentos hemos sufrido un duro golpe, pero no podemos correr eternamente. Cuanto antes nos demos la vuelta y contraataquemos, antes sembraremos la duda entre los traidores y antes aparecerán grietas en su alianza.

—¿Estáis seguro de que será tan fácil dividirlos, mi señor? —preguntó Agapito.

Corax empezó a caminar siguiendo la balaustrada.

Las grandes ventanas en arco de su derecha estaban cerradas con acero remachado, bloqueando la visión de la disformidad del exterior, pero aun así podía sentir su presencia, como una atmósfera opresiva, una tensión que lo permeaba todo. Pensar que podía caer bajo el control de Horus de alguna forma era desconcertante.

—¿Fácil? No —dijo Corax, respondiendo a la pregunta de Agapito—. Pero aun así se producirá una desunión. Incluso bajo el estandarte del Emperador mis hermanos y yo hemos encontrado causas para la discusión. Horus, de momento, puede tener la atención de algunos, pero cada uno trata de aprovecharse a su manera con esta rebelión. Cuando se haga evidente que los objetivos no se alcanzarán sin un gran esfuerzo, su decisión se desvanecerá y su causa común se fracturará.

—Esperemos poder lograr eso —apuntó Agapito.

Corax dirigió una dura mirada al comandante, deteniéndose justo delante de una estrecha entrada al final de la balaustrada. Agapito se encogió ligeramente ante la recriminatoria mirada del primarca.

—No hay cabida para la esperanza —declaró Corax—. Nosotros planeamos y actuamos. La esperanza es para los soñadores y los poetas. Nosotros tenemos nuestra fuerza de voluntad y nuestras armas, y dictamos nuestro propio destino.

Una vez que Corax se hubo marchado, Branne, Agapito y Solaro se dirigieron a las habitaciones que en esos momentos compartían.

—¿Por qué mencionaste la esperanza, hermano? —preguntó de golpe Branne—. ¿No recuerdas esas mismas palabras que él pronunció en Puerta Cuarenta-Dos?

—No era más que una forma de hablar, hermano —dijo Agapito, claramente desconcertado—. Pues claro que recuerdo Puerta Cuarenta-Dos. ¿Quién podría olvidar esa masacre?

—Debes ser más cauto con tus palabras en el futuro —le espetó Branne—. Lord Corax no necesita ninguna otra cosa en que pensar en estos momentos.

Agapito lo miró como si quisiera replicar, pero inclinó la cabeza aceptando la reprimenda.

—Como digas, hermano —admitió—. En el futuro calibraré con mucho cuidado mis palabras.

Observando las jarras casi vacías de la pequeña caja, Pelon se preguntó cuánto más podría hacer durar las especias y las hierbas. El prefecto no había dicho nada de la tosca comida que Pelon se había visto forzado a servirle últimamente. Su educación era demasiado buena y su experiencia militar demasiado larga para ese tipo de quejas, pero a Pelon le pesaba en la conciencia que un noble de Therion tuviera que tomar las mismas insulsas comidas que un siervo.

Había hecho lo que había podido para lograr que las austeras estancias de Valerius resultaran acogedoras, colocando las pertenencias que el prefecto había traído a bordo en los estrechos estantes y en la mesilla de noche. El uniforme de gala de Valerius y los atavíos de desfile estaban colgados en una pared, junto a la espada de energía en su vaina dorada, pero su reluciente aspecto tan sólo remarcaba aún más los monótonos mamparos sin pintar, en vez de evitar que los ojos se fijaran en ellos.

Pelon había logrado obtener un poco de pintura y pinceles de los almacenes de la nave. No suficientes para alegrar toda la habitación, pero lo bastante para añadir un poco de color a los sencillos muebles y los platos y copas sin decoración alguna que había tomado del comedor. Decidió que la Guardia del Cuervo parecía disfrutar con su austeridad, en consonancia con las duras condiciones de su mundo natal de Deliverance, en vez de regocijarse con los lujos y frivolidades que podrían haber tenido si lo deseaban. El sirviente jamás había pensado que echaría en falta esos infinitos corredores de las viejas minas, o las desiertas vistas a través de las ventanas, pero desde que llegó a bordo de la *Vengadora*, había acabado considerando el tiempo pasado en la polvorienta luna como opulento.

Escuchó el siseo de la puerta exterior abriéndose y acabó sus preparativos en la pequeña mesa que había dispuesto para la cena del prefecto. Valerius entró en la sala principal y se sentó sin hacer ningún comentario, sus ojos recorrieron rápidamente el

cuidadosamente cortado bloque de proteínas espolvoreado con chemyrrh y hortal. El prefecto levantó la mellada copa de metal con el reborde decorado con una fina línea roja pintada por Pelon, y se la llevó a los labios, pero se detuvo antes de tomar un sorbo. Devolvió la copa a la mesa y finalmente miró al sirviente.

—Echo en falta el vino —dijo Valerius—. Una buena garrafa de Mastillian rojo, un vaso de burbujeante Narinythe. Incluso me conformaría con dar un sorbo de ese brebaje que el tribuno primus Nathor improvisó en Hedda-Signis.

Pelon no dijo nada. No era momento de hablar, sino de escuchar. Anteriormente ya había superado los límites, en Deliverance, y no había tenido más que problemas por ello. Con todo lo que había oído de la Guardia del Cuervo y de la tripulación sobre los acontecimientos que habían tenido lugar en Isstvan, estaba contento de estar a salvo y ser capaz de concentrarse en su única misión de cuidar del prefecto.

—Pero no debes quejarte, Pelon —continuó Valerius, como si hubiera sido su sirviente el que se hubiera estado lamentando—. Las últimas estimaciones dicen que estamos a tan sólo doce días de la traslación al sistema Sol. Aunque si hemos de juzgar por el porcentaje de aciertos de los últimos días, no me sorprendería si los navegantes necesitaran el doble de ese tiempo. Pero aun así es emocionante, ¿verdad? ¡Terra, Pelon! ¿No va a ser algo realmente remarcable?

Pelon no estaba muy seguro de si debía responder o no. En ocasiones era difícil juzgar si era una mera oreja en la que el prefecto podía hablar, o si su señor quería iniciar una conversación. Valerius no continuó, y su mirada expectante sugirió a Pelon que estaba esperando una respuesta de algún tipo.

—Jamás había llegado a pensar que podría ver algo así, señor —dijo Pelon diligentemente.

En realidad había estado excepcionalmente ansioso por la próxima parada en el centro del Imperio. Sin duda, habría todo tipo de dignatarios para saludar su llegada. Sería un terrible fallo por parte de Pelon si Valerius acabara pareciendo un oficial pelagatos de uno de los regimientos profesionales, pero tan sólo disponía de recursos limitados para lavar y recomponer el uniforme de su señor.

—Es un honor que apenas puedo creer —añadió a continuación.

—No estás equivocado acerca de eso —dijo Valerius, hundiendo su tenedor en una pieza de calabacín sintético que Pelon había cortado artísticamente en forma de flor de finos pétalos. Una hora de trabajo fue demolida en segundos por las mandíbulas del prefecto—. Hay comandantes generales de Therion que no han tenido ese privilegio.

—Parece estar de buen humor hoy, señor —comentó Pelon, sentándose en el borde de la cama mientras osaba dar voz a su opinión.

—He tenido un cónclave con Corax y los comandantes de la Guardia del Cuervo, Pelon —le comunicó Valerius entre mordisco y mordisco—. Me temo que nuestra

estancia en Terra será breve. En cuanto podamos conseguir pasaje, he de volver a Therion para pedir refuerzos. Con las pérdidas que ha sufrido la legión, y el lamentable sacrificio de las tropas bajo mi mando, se ha decidido que reclute una nueva cohorte para luchar junto a lord Corax contra los traidores.

—Es bueno que le confíen una misión así a usted, señor —declaró Pelon. Lamentó sus palabras en cuanto Valerius puso resueltamente los cubiertos en el plato medio vacío y miró con el cejo fruncido al sirviente.

—¿Por qué no deberían confiar en mí?

—No estaba hablando de usted en particular, señor —respondió Pelon apresuradamente—. La confianza no es algo que abunde últimamente, eso es todo. Incluso yo me doy cuenta de las miradas de los tripulantes mientras cumplo con mis obligaciones. En tiempos como los que corren, es bueno que el primarca tenga plena confianza en Therion para luchar junto al Emperador.

—Sí, tienes razón —asintió Valerius, reanudando su comida. Sonrió a través del laborioso masticado de un falso filete de grox, pronunciando las palabras como si farfullara—. Es una misión bastante importante. Necesitaremos a cada hombre y mujer que pueda empuñar un rifle láser. Será como la fundación tras el acatamiento. ¡Mucho mayor incluso!

El prefecto acabó su cena, la hizo bajar con un trago de agua reciclada, y se puso en pie.

—Corren tiempos oscuros, Pelon, pero ¿acaso todos los grandes momentos de la historia no han nacido en la oscuridad? —dijo, sacándose las botas de una patada y tirándose sobre la cama—. Nadie recuerda a aquellos que vivieron en tiempos de felicidad y abundancia.

—Cierto, señor —asintió Pelon, recogiendo los platos y la copa. Se detuvo justo delante de la puerta—. ¿Me necesitaréis durante la próxima hora, señor? Voy a tardar un poco en los lavaderos.

—No, creo que podré prescindir de ti durante una hora —respondió Valerius con voz cansada. Pelon miró por encima del hombro y vio que los ojos del prefecto ya estaban cerrados y su pecho subía y bajaba plácidamente—. Tal vez un poco más de sal la próxima vez —murmuró el prefecto con la voz perdiéndose en el sueño.

—Como digáis, señor —dijo Pelon en voz baja para sí mismo con una sonrisa de satisfacción, y cerró la puerta detrás de él.

Ciento treinta y tres días después de partir de Isstvan, la *Vengadora* finalmente alcanzó el sistema Sol, el corazón del Imperio, el lugar de nacimiento de la humanidad.

Siguiendo las órdenes de Corax, la nave penetró en el sistema y desplegó inmediatamente sus escudos de vacío; sería una temeridad adentrarse sin alguna

forma de protección, pero utilizar los escudos de reflejo sería una potencial invitación a las sospechas inmediatas.

Los informes de los sensores empezaron a llegar, mostrando la imagen de un sistema estelar considerablemente agitado. Docenas de naves de guerra, cargueros y transportes se movían entre las bases de la Luna y Terra, sorteando capa tras capa de campos de minas, plataformas de defensa orbital y naves pesadas de patrulla. Y seguían llegando más; no pasaba ni una hora sin que al menos dos o tres naves surgieran de la disformidad.

La noticia se estaba propagando por el Imperio. Las tormentas de disformidad que habían dificultado la marcha de la Guardia del Cuervo también habían alterado las comunicaciones astrotelepáticas. Incluso en condiciones ideales se necesitaban varias semanas, incluso varios meses, para que los mensajes pudieran llegar del corazón del Imperio a sus límites más exteriores. Si a esto se le añadía la violencia de las tormentas de disformidad, todavía faltarían muchos meses para que algunos sistemas llegaran a conocer la traición del señor de la guerra.

Corax sintió que aquello no era más que el principio. Docenas de naves se convertirían en cientos, tal vez miles. De momento, Horus tenía la ventaja de la sorpresa, pero el inmenso monstruo que era el Imperio estaba siendo despertado para enfrentarse a esta nueva amenaza. Los recursos del Emperador eran vastos, aunque difíciles de poner en marcha; pero una vez hubieran alcanzado un empuje crítico, sería imparables. De eso el primarca estaba seguro. La única posibilidad que Horus tenía de triunfar era lograr una victoria rápida, y Corax iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para que eso no sucediera.

Después de los retrasos habituales al volver a poner los sensores y las comunicaciones en línea tras la traslación desde la disformidad, la Guardia del Cuervo se vio insistentemente llamada por el *Vanguardia Furiosa*, un crucero de ataque de la legión de los Puños Imperiales. El capitán Noriz estaba amenazando con todo tipo de violencias si no se identificaban.

Era evidente por las llamadas de Noriz que las visitas inesperadas no eran bienvenidas.

—Aquí la *Vengadora*, barcaza de batalla de la Guardia del Cuervo —replicó Branne con Corax de pie junto a él—. Estamos transportando a lord Corax a Terra. Por favor, aseguraos que tenemos el camino despejado.

Se produjo un retraso antes de que los Puños Imperiales respondieran. Incluso con intercambios únicamente de audio, existía un considerable desfase temporal entre mensaje y respuesta, lo que indicaba que el *Vanguardia Furiosa* se encontraba a varios cientos de kilómetros de distancia.

—No están autorizados a proceder. Bajen sus escudos y prepárense a ser abordados. El incumplimiento de esta orden se considerará un acto de agresión y

serán destruidos.

Corax se rio, pero Branne no estaba de humor para discutir con el capitán de los Puños Imperiales.

—¡Cuide su tono, capitán! Lord Corax se va a reunir con el Emperador en persona. Si tiene algún problema con ello, tal vez el mismo Rogal Dorn querrá subir a bordo a discutirlo. Si has acabado de insultar a mi primarca, proporciónenos una escolta para llegar hasta Terra sin más interferencias.

—No puedo hacer ninguna excepción con ustedes, con primarca a bordo o sin él —fue la tensa réplica de Noriz—. Todas las naves no autorizadas deben ser inspeccionadas. Por si no lo han notado, la palabra de un legionario a otro ya no vale mucho. Vamos a abordarlos, y si se niegan, su nave será destruida.

Con la mandíbula apretada por la rabia, Branne iba a pulsar el botón de transmisión, pero fue detenido por Corax. El primarca apartó suavemente al comandante y se inclinó sobre el dispositivo de comunicaciones.

—Capitán Noriz, vuestra atención al deber y al protocolo son admiraos —dijo el primarca con una voz profunda cargada de humor—. Estaré muy contento de recibir a bordo una delegación de la legión de mi hermano, pero por favor, ahorraos las amenazas. Esta barcaza de batalla lleva en su interior varios miles de legionarios; vos tenéis un crucero de ataque con un complemento de cincuenta legionarios.

Siguió un profundo silencio, más largo que la pausa anterior.

—Por favor, identifíquese.

Con un suspiro de impaciencia, Corax intercambió una mirada con los demás antes de activar el botón de transmisión.

—Soy lord Corvus Corax. Primarca de la Guardia del Cuervo, Salvador de Deliverance, comandante de la Vigesimoséptima y la Tricentésima Septuagésima Sexta Expediciones, mariscal en funciones de la Cohorte Theriana y alabado conquistador de miles de mundos. Por favor, venid a bordo y os mostraré mis otras credenciales.

La estática fue lo único que se oyó en el sistema de comunicaciones durante un rato, hasta que Noriz consiguió pensar una respuesta adecuada.

—Dirigiré personalmente el grupo de abordaje, lord Corax. Por favor, bajen ahora sus escudos.

Corax hizo un gesto de asentimiento en dirección a los técnicos del puesto de control de las defensas y se apartó del panel de comunicaciones.

—Sé amable, sólo está cumpliendo con su deber —le dijo el primarca a Branne—. Cuanto antes solucionemos lo de la inspección, antes podremos seguir nuestro camino.

—A la orden, pero no debería haber sido tan rígido al respecto, ¿no es así? —comentó el comandante.

—Es un puño imperial —replicó Corax—. No puede evitarlo.

Aunque mantuvo el tono desenfadado, el primarca estaba receloso. Tenía la seguridad de que no había nada a bordo de la *Vengadora* que pudiera causar problemas, pero sentía una aversión instintiva a los controles demasiado rígidos. Ahogó sus aprensiones e indicó a Branne que recibiera al capitán Noriz.

El sonido rasposo de un cincel de roca robado de las minas resonaba débilmente en el interior de los muros de la pequeña celda. Reqaui estaba sentado en una esquina de la sala esculpiendo un pequeño trozo de cascote, pero la forma de su última creación no era todavía discernible. Corvus estaba tendido en la pequeña manta, escuchando atentamente al anciano con los ojos cerrados y las manos detrás de la cabeza. Tan sólo habían pasado dos años desde su descubrimiento; dos años de moverse de un bloque prisión a otro mientras su cuerpo crecía hasta convertirse en el de un niño de doce años. Reqaui era sólo el último de una línea de disidentes encarcelados e intelectuales antisistema que habían sabido de la existencia de Corvus y se habían prestado voluntarios para enseñar al extraño chico lo que sabían de la gente la política y la historia.

Esa era un área de la que Corvus realmente no sabía nada. Sus conocimientos técnicos eran vastos, ya que encapsulaban los mayores estudios científicos de la humanidad. Corvus podía identificar la composición molecular de las paredes, la puerta y la cama. Conocía el proceso biológico que había formado las cataratas en los ojos de Reqaui. El anciano había rechazado el bienintencionado ofrecimiento de Corvus para eliminarlas quirúrgicamente, diciendo que eso levantaría las sospechas entre los guardias.

A pesar de todo su inmenso conocimiento, Corvus sabía muy poco acerca de la gente. Era como si su educación hubiera finalizado antes de llegar a aprender esa lección, dejándolo privado de las sutilezas de la naturaleza humana, una página en blanco esperando. Era suficientemente consciente para saber que era un ingenuo en este aspecto, y su primer tutor, Manrus Colsais, había agotado rápidamente su propio almacén de sabiduría en relación con la condición humana. Así había empezado el proceso de educación de Corvus, oculto entre las masas de la mina prisión que ahora sabía que se llamaba Lycaeus.

—Ése fue el fin de la tercera dinastía Facian —estaba diciendo Reqaui. Las partículas de piedra flotaban en el aire creando un círculo gris en la losa de piedra del suelo alrededor del anciano agitador. Su cincel seguía trabajando, aparentemente al margen de sus apagados ojos, que estaban fijos en un punto en algún lugar próximo al tenue globo de luz colocado en el techo—. Con la usurpación por el Neorthan Chandrapax, se iniciaron los Primeros Asentamientos. Se realizaron sorteos entre los colonos, pues era muy grande la urgencia para abandonar las

ciudades cubiertas de humo y los contaminados mares de Kiavahr. En cierta forma, fue la primera vez en setecientos años que algo ligeramente parecido a una democracia tuvo lugar. Sin importar la situación, cada familia tuvo las mismas posibilidades de formar parte de la tripulación de una de las naves arca que se estaban construyendo. Evidentemente, los de las clases altas no eran estúpidos. Aunque todo el mundo tenía las mismas posibilidades de participar, tan sólo la élite estaría al cargo como oficiales. Las nuevas colonias tendrían alcaldes pertenecientes a las viejas familias, las redes del Colegio seguirían en su lugar y los trabajadores seguirían siendo explotados en sus nuevas vidas.

—Viene alguien —dijo Corvus, percibiendo más allá de las paredes el característico sonido de las botas y el específico ruido de la puerta en el extremo más lejano del corredor—. ¡Inspección sorpresa!

—Rápido, chico, ya sabes lo que debes hacer —dijo Reqaui, poniéndose en pie con inusitada energía.

Corvus enrolló la manta mientras Reqaui dispersaba las evidencias de su afición con unos movimientos del pie. El anciano guardó el cincel y el trozo de piedra en un bolsillo cosido en la parte baja del colchón mientras Corvus apartaba el viejo cubo de metal que servía como letrina. Se oyó el ruido de las cerraduras al abrirse, y un instante después el pestillo de la puerta de la celda deslizándose con un oxidado chirrido. La puerta se abrió hacia afuera sobre sus goznes, dejando entrar la brillante luz del corredor y permitiendo la entrada en la celda del ruido de las botas.

—No tengo por qué ocultarme —dijo Corvus, indeciso, mientras levantaba la losa que ocultaba el túnel que había excavado a través de la roca base del bloque prisión—. Tan sólo oigo a seis de ellos. No tendría ningún problema en matarlos.

—Oh, seguro que tú no tendrías ningún problema —asintió Reqaui, frunciendo el ceño—. Pero mientras aquí hay seis, allí hay seis mil. ¿De verdad crees que puedes con todos ellos?

—Puedo intentarlo —respondió Corvus.

—Todavía no, chico —replicó Reqaui—. No hasta que sepas para qué vale la pena luchar. Te lo he dicho anteriormente, lo que tú tienes es un don, pero también puede ser una maldición. Has de tener motivos para matar a un hombre. Ha de significar algo.

Corvus suspiró y se deslizó hacia el oscuro espacio bajo el suelo. Arrastró la losa hasta colocarla en su lugar y buscó a tientas las cerillas y el cabo de vela. El joven realmente no los necesitaba, se filtraba suficiente luz a través de las grietas de la losa suelta para que pudiera ver perfectamente, pero Reqaui la había conseguido para la comodidad de Corvus, y éste se sentía obligado a utilizarla.

Cuando encendió la vela, su luz se reflejó en las esculturas de Reqaui que Corvus había colocado en un estrecho estante que recorría el túnel. Representaban todo tipo

de animales y pájaros, algunos completos, otros simplemente cabezas o caras. Cada una parecía una grotesca parodia de las criaturas encerradas en el interior de la cabeza de Corvus, pero Reqaui le había asegurado que eran reales, representaciones fieles a la realidad de las criaturas mutantes que habitaban los pozos de cieno, las grutas áridas y los grandes pantanos enzimáticos de Kiavahr.

Corvus se preguntaba muchas cosas sobre ese mundo. Lo había visto varias veces a través de las ventanas de acoraplex en las galerías de tránsito, como un ojo rojo y azul mirando hacia Lycaeus. Manrus le había explicado que Lycaeus era una prisión, situada en una luna que orbitaba Kiavahr. Los primeros prisioneros habían sido enviados hacía siglos sólo por hablar en contra de la coronación de la Cuarta Dinastía. Entonces se descubrieron los depósitos de minerales, y cada vez más y más personas fueron consideradas culpables de sedición y sentenciadas a trabajar hasta su muerte en las florecientes minas.

Hasta ahí Corvus podía entenderlo, aunque Manrus había expresado en términos nada ambiguos que ese tipo de encarcelamiento político era inmoral. Eliminar los enemigos era algo lógico para Corvus, especialmente si podían convertirse en un elemento rentable. Era la condenación de las familias lo que Corvus no entendía. Nuevamente, tal vez podía justificarse el encarcelamiento de los emparentados con los primeros agitadores y demagogos, pues era lógico sospechar que las creencias de los criminales eran compartidas por su entorno más próximo. Lo que se escapaba a la comprensión de Corvus era el internamiento permanente de aquellos que habían nacido y crecido en las minas.

Los habitantes de Lycaeus ya no eran sólo prisioneros, eran una colonia de familias y niños cuyas vidas enteras transcurrían en la viciada atmósfera artificial del interior de las bóvedas de energía y las minas. Ningún niño podía ser acusado de insurrección, ¿no?

Manrus le había explicado detalladamente que en esos momentos Lycaeus era una prisión sólo de nombre. En realidad era una fábrica de esclavos, cuyo propósito era proporcionar recursos a las grandes manufactorías del mundo que tenían a sus pies. Eso había enfurecido a Corvus, especialmente cuando Manrus le había revelado que tan sólo unos pocos cientos de miembros de los tecnogremios, los descendientes de los antiguos Colegios, se beneficiaban de la industrialización en masa. Manrus consideraba esta situación injusta, y por tanto también lo hizo Corvus.

Éste oyó cómo los guardias en la parte superior gritaban a los prisioneros que salieran al corredor para su inspección mientras él se arrastraba por el estrecho túnel, admirando la habilidad con que se había realizado cada escultura. Cada pluma, cada escama y cada pelo estaban representados con mucho detalle, esculpido en la escoria con la punta del cincel.

La llama de la vela osciló ligeramente, como si alguien hubiera movido la losa

de la parte superior. Se produjo un extraño ruido hueco, y Corvus se quedó petrificado al darse cuenta de que no la había vuelto a colocar correctamente. Hubo un confuso intercambio entre los guardias y dos golpes más en la losa irregular.

Corvus apagó de un soplido la llama y se retiró al extremo más alejado del túnel, a unos tres metros de la entrada. Se produjo un ruido rasposo cuando alguien insertó un cuchillo en la estrecha fisura que quedaba entre la losa suelta y sus vecinas.

Contrayendo los músculos, Corvus convirtió sus manos en puños y dejó a la vista los dientes con un gruñido, dispuesto a matar a los que pudieran descubrirlo. No debía ser descubierto. Una y otra vez, había oído lo mismo de todos los que lo habían tutelado: no debes ser descubierto. Él era una anomalía, algo más allá del entendimiento de los kiavahrianos. Si lo descubrían, se lo llevarían lejos de allí.

Corvus no quería que se lo llevaran de allí. Allí tenía amigos. Amigos como Ephrenia y Manrus y Reqaui.

La losa se levantó y el rayo de una linterna iluminó los alrededores de la boca del túnel.

—¿Qué es lo que tenemos aquí? —dijo uno de los guardias, introduciendo la cabeza por la abertura.

Corvus se encogió todo lo que pudo, apretándose contra la irregular pared de roca. Tenía los ojos entrecerrados. El rayo de luz se movió en su dirección y se detuvo al alcanzar el estante de las esculturas.

—Parece que Reqaui ha estado esculpiendo otra vez —dijo el guardia. Corvus no detectó demasiada malicia en el tono del hombre.

—Déjame ver —insistió otra voz desde arriba—. No es peligroso. Y significa más papeleo para nosotros si informamos de ello.

—No sé —dudó el guardia acuclillado sobre el agujero—. Es contrabando, y si lo encuentra alguien más, nos enviarán a los turnos penales, o algo peor.

—Déjame ver.

El guardia se apartó y su cabeza cubierta por un casco fue reemplazada por otra, esta vez con la tira plateada sobre la protección nasal que indicaba que se trataba de un cabo de ala. Iluminó un poco más alrededor con la linterna, cuyo rayo fue a parar directamente sobre Corvus.

El joven tensó todos sus músculos, preparado para saltar hacia adelante y arrancarle la cabeza al cabo en el mismo instante en que tratara de dar la alarma.

Para sorpresa de Corvus, el cabo no dijo nada. Recorrió con la linterna el túnel durante unos segundos más, pasando el haz por encima de Corvus en un par de ocasiones, y después se levantó.

—Tienes razón —asintió el cabo de ala—. No vale la pena informar de esto. Haremos que nos entregue la herramienta que esté utilizando, porque también podría utilizarla como arma.

La losa fue colocada en su lugar con un sonido que hizo estremecer a Corvus. Se quedó jadeando en la oscuridad, incapaz de explicarse cómo no había sido descubierto.

Finalmente, las pisadas de las botas se alejaron y la puerta se cerró otra vez. Oyó un suave golpe sobre la losa falsa.

—¿Todavía estás ahí, chico?

Con una risa de alivio, Corvus se arrastró hasta la losa y la empujó, contento de ver la perpleja y barbuda cara de Reqaui.

—Pensaba que te habían descubierto —dijo éste mientras ayudaba a Corvus a salir por el agujero, aunque el joven no necesitaba su ayuda—. Habría jurado que han mirado directamente allí abajo.

—Lo han hecho —asintió Corvus—. Pero no me han visto. ¿Cómo es eso posible?

Reqaui negó con la cabeza y se dejó caer sobre el colchón mientras Corvus volvía a poner la losa en su sitio, esta vez asegurándose de que encajaba a la perfección.

—¿Cómo es algo posible cuando tú estás implicado? —se preguntó el viejo preso —. ¿Cómo es posible encontrar un niño un kilómetro en el interior de un glaciar? ¿Cómo es posible que le arranque la cabeza a un hombre adulto? ¿Cómo es posible que crezca cinco veces más rápido que cualquier otra persona? Todo tipo de situaciones son posibles cuando hablamos de ti.

—Miraron directamente hacia mí y no me vieron… —Las posibilidades que ofrecía aquello comenzaron a correr por la mente de Corvus. Pensó lo maravilloso que sería poder moverse entre las alas sin preocupaciones, desplazándose de un bloque a otro sin que los guardias lo detectaran. En lo más profundo de su ser, desde algún sitio más instintivo que intelectual, sabía que eso era algo que podía hacer. Como todos los demás dones que había recibido, ésta era una habilidad que se suponía que debía utilizar, aunque todavía no estaba seguro de con qué propósito.

—Fue un detalle por parte de los guardias no confiscarte las esculturas —dijo Corvus, volviendo al presente.

—¿Un detalle? ¡Y una mierda! —exclamó Reqaui—. Ese cabo me golpeó con la porra en el vientre mientras se marchaba. Todos son unos bastardos cabrones, nunca olvides eso.

—No lo haré —afirmó Corvus—. Todos son unos cabrones. No te preocupes, Reqaui, un día nos las pagarán todas juntas.

Reqaui sonrió y se inclinó hacia adelante, haciéndole un gesto a Corvus para que se sentara a su lado. Puso un delgado brazo sobre el hombro del chico y lo abrazó.

—Estoy seguro de ello, chico —dijo el preso—. Debes tener paciencia unos pocos años más. Unos pocos años y estarás preparado. Y harás que esos cabrones paguen por todo, no tengo duda alguna.

Corvus sonrió ante esa idea.

Fiel a su palabra, Corax recibió a los Puños Imperiales, que llegaron acompañados por sus oficiales superiores y los capitanes de compañía. Noriz llegó con una unidad completa de legionarios, que desembarcaron de los Stormbird en el muelle y formaron una guardia de honor para su capitán.

Noriz apareció en último lugar, con un casco provisto de una cresta bajo el brazo y una larga capa de color escarlata colgando de la armadura. A ojos de Corax parecía muy joven para ser un capitán; su cabeza estaba cubierta por un nido de rizos rubios muy cortos, y tenía unos brillantes ojos azules que se fijaron inmediatamente en el primarca. El capitán tragó saliva y continuó mirando a Corax.

—¿Pasa algo malo, capitán? —le preguntó el primarca.

—No, nada en absoluto —dijo Noriz—. Pensábamos… No esperábamos encontrarnos la Guardia del Cuervo, y mucho menos a vos, mi señor.

—¿Y eso por qué?

La incomodidad de Noriz aumentó.

—Nos dijeron que todos habíais muerto —respondió con voz queda—. La Guardia del Cuervo, los Salamandras y los Manos de Hierro… Nosotros… quiero decir el mando de la legión, recibió noticias de que no había supervivientes de Isstvan.

—Me alegra mucho poder contradecir esos rumores en persona —dijo Corax—. Como puedes ver, la Guardia del Cuervo sigue sirviendo al Emperador.

El capitán no dijo nada al respecto. Corax se dio cuenta de que Noriz tenía que considerar una explicación alternativa a la supervivencia de la Guardia del Cuervo: que fueran leales a Horus.

—Comprendo tus suspicacias, capitán —afirmó el primarca—. Cuando tan pocos han sobrevivido a esa traición, es difícil creer que nosotros lo logramos sin ningún tipo de connivencia. Puedo disipar tus dudas de la forma que prefieras. Las garantías que precises, te las proporcionaremos.

—Os pido disculpas por esta necesaria inspección, primarca —se excusó Noriz, apartando la mirada—. Tengo órdenes estrictas de llevar a cabo el registro de cualquier nave que entre en el cuadrante sin autorización.

—La Guardia del Cuervo cooperará en todo lo que podamos —replicó Corax—. Entendemos bien la necesidad de la seguridad en tiempos como éstos. ¿Qué necesitas de nosotros?

Noriz observó la línea de oficiales de la Guardia del Cuervo; una hilera de caras llenas de cicatrices que lo miraban con un desagrado que rayaba la hostilidad. Buscó refugio en la expresión más cordial de Corax.

—Se nos ha ordenado realizar un registro a fondo de la nave y de todo el personal

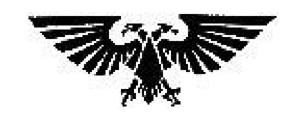
a bordo, primarca. —Dirigió la mirada hacia sus legionarios—. Debemos llevar a cabo nuestra investigación en diez equipos, si eso es posible. Si quisierais nombrar un oficial de enlace, podría informarle de los detalles del proceso.

—No quiero retrasarme, capitán —dijo Corax—. Estoy camino de una audiencia con el Emperador.

—Estoy seguro de que con vuestra cooperación podemos ser concienzudos y eficientes, primarca —insistió Noriz—. No nos tomará más que un par de días.

—Muy bien —asintió Corax, a pesar de que la idea de ser retenido durante más tiempo lo irritaba. Señaló a Branne—. El comandante Branne es el capitán de esta nave, debéis realizar todas las comunicaciones a través de él. Él hará que los demás oficiales disponibles estén a vuestro servicio para ayudaros en la inspección. Todas las bodegas, puentes, zonas de almacenaje, arsenales y barracones están abiertos a vuestros hombres. Haré que mi legión esté preparada para la inspección.

—Muchas gracias, primarca —replicó Noriz. Su mirada implicaba que quería decir algo más, pero se contuvo. Corax no estaba seguro, pero tuvo la sensación de que Noriz había deseado ofrecerle más que gratitud, quizá simpatía—. Empezaremos la inspección inmediatamente.



CINCO

INSPECCIÓN Y EVALUACIÓN

LLEGADA A TERRA

MALCADOR

Junto con el resto de su compañía, Alpharius se mantuvo en posición de firmes en una de las bodegas de carga principales. La orden se había repetido por toda la *Vengadora* para que las escuadras y tripulantes se prepararan para la inspección. Con su armadura completa, armas incluidas, la Guardia del Cuervo se había puesto en marcha en masa, llenando las bodegas, las zonas de almacenaje, los puentes de armamento y los comedores con filas y más filas de guerreros.

El legionario alfa esperó pacientemente mientras un oficial con el uniforme de los Puños Imperiales, presentado como capitán Noriz, se paseó entre las filas, comprobando a un legionario tras otro. De vez en cuando realizaba alguna pregunta, tratando de descubrir algún indicio de que la Guardia del Cuervo eran unos traidores.

—¿De verdad piensan que los rebeldes simplemente se presentarán aquí pidiendo ver al Emperador? —murmuró Doril a su izquierda.

—Tal vez piensan que llevamos a cabo algún tipo de misión de reconocimiento para Horus —replicó Ordin, de pie a la derecha de Alpharius—. Probablemente no tienen ni idea de quién es amigo y quién enemigo.

—Hay que ser un traidor muy descarado para presentarse con tan sólo una barcaza de batalla —dijo Doril—. Si ésta es la estrategia de Horus, todo habrá acabado en menos de un año. No entiendo por qué el primarca está permitiendo esto.

—Porque no tiene nada que ocultar —apuntó Alpharius—. Toda legión está bajo sospecha en estos momentos, y nadie, y mucho menos Dorn, va a dar por sentada la lealtad de nadie.

—Bueno, tengo una cicatriz en el brazo izquierdo gracias al hacha sierra de un devorador de mundos, si esa especie de policía presuntuoso quiere alguna prueba de mi lealtad —declaró Ordin.

—¡Silencio! —les espetó el sargento Dor.

Se callaron mientras el capitán Noriz continuaba su avance entre las filas de guerreros. Alpharius mantuvo la calma cuando el capitán se acercó por la izquierda y se detuvo frente a él. Su casco colgaba del cinturón, dejándole totalmente expuesto al escrutinio de los demás, pero no había ningún signo exterior que pudiera traicionar su verdadera identidad. Sostuvo la mirada al puño imperial con unos ojos tan carentes de toda emoción que el capitán lo observó con curiosidad.

No hizo ninguna pregunta. Noriz siguió recorriendo la línea. Alpharius contuvo la necesidad de suspirar aliviado, dándose cuenta de lo tenso que había estado, aunque su aspecto exterior se mostraba totalmente plácido.

Al poco tiempo se dio la orden de dispersarse, y la compañía se dividió en escuadras.

—¿Y ahora qué, sargento? —preguntó Ordin mientras salían de la sala.

—Al Palacio Imperial —replicó Dor con una sonrisa.

A pesar de no encontrar ni el más leve rastro de actividad sospechosa en su inspección, el capitán Noriz insistió en que sus órdenes lo obligaban a mantener un contingente de puños imperiales a bordo de la *Vengadora* hasta que llegaran a Terra. No queriendo causar más problemas, Corax accedió, dejándolo al cuidado de Branne. Como capitán de la nave, era su responsabilidad acomodar a los visitantes, y Branne hizo todo lo que pudo para colaborar y ser cordial, si bien no estuvo abiertamente amigable. Noriz no le hizo la tarea más fácil: era un guerrero parco en palabras, monosilábico la mayor parte de veces, incapaz de dejar de mostrar una cierta desconfianza hacia sus anfitriones.

El viaje desde el punto de traslación hasta Terra duraría once días, tiempo en el que Noriz fue invitado por el primarca para que le contara a él y a su consejo de oficiales lo que sabían en esos momentos acerca de Horus y la situación en Isstvan.

Se reunieron en la sala de mando situada tras el estrategium. Corax decidió seguir en pie mientras los demás se sentaban alrededor de la mesa. Como cortesía, Noriz había traído algunas cosas de sus reservas personales en el crucero de ataque antes de ordenarle que siguiera patrullando, y por tanto había varias botellas de vino, bandejas de carne fresca y cuencos de frutas maduras para disfrute del consejo. Branne habría estado agradecido por el gesto si no hubiera sido por su forma de actuar, que demostraba que Noriz creía que estaba obligado por su sentido del honor a ofrecer este regalo, en vez de actuar de forma genuinamente amistosa hacia sus hermanos legionarios. Pese a todo ello, el comandante no dudó en consumir las provisiones

frescas con gran deleite, al igual que los otros comandantes.

—Debéis saber que no estoy autorizado a conocer documentos altamente clasificados —empezó Noriz al tiempo que lanzaba una preocupada mirada a Corax, que permanecía un poco apartado de ellos, destacando por encima del resto como una sombría estatua.

—Simplemente cuéntanos lo que ya sabes —dijo el primarca.

—Los detalles son escasos, como podéis suponer —dijo el puño imperial. Su preocupación siguió, bien por una genuina falta de conocimiento, bien por una cierta reticencia a compartir lo que sabía con la Guardia del Cuervo—. Algunas de nuestras legiones fueron enviadas a Isstvan y todavía no se sabe nada de ellas. El resto está protegiendo Terra y tratando con la situación marciana.

—¿Qué situación? —preguntó Solaro—. ¿Qué está sucediendo en Marte?

—Una insurrección que roza la guerra civil —replicó el capitán con expresión sombría—. Parece ser que Horus tiene aliados dentro del Mechanicum además de entre las Legiones Astartes y el Ejército Imperial.

—¿Hay combates en Marte? —La incredulidad de Agapito quedó revelada por el tono de su voz—. ¡Eso pone a los traidores a distancia de ataque de Terra!

—Ya me esperaba algo así —dijo Corax, inclinándose hacia adelante para coger una botella de vino con su gigantesca mano. Se sirvió cuidadosamente un poco de vino tinto en una copa de cristal que parecía frágil entre sus dedos, y se la llevó a los labios—. Horus no podría haber iniciado esta guerra contra el Imperio sin el apoyo de los tecnosacerdotes. Que su influencia llegara hasta Marte es preocupante, pero no una sorpresa.

Corax sorbió su bebida e hizo un gesto de asentimiento hacia Noriz para que continuara. El capitán se aclaró la garganta y miró a los comandantes reunidos.

—Si no confías en nosotros ahora, Horus habrá logrado golpear con mucha más fuerza de lo que me temía —dijo Corax, sintiendo la constante reticencia del capitán —. Tu desconfianza está empezando a volverse cansina, capitán. ¿Estamos malgastando nuestro tiempo?

—Nuestro objetivo principal es la fortificación de Terra y la defensa del sistema Sol —les dijo Noriz, sirviéndose a sí mismo un trago. Miró largamente a Corax y a los comandantes y a continuación hizo un único e inconsciente asentimiento de cabeza, indicando que estaba dispuesto a confiar en ellos—. Los traidores de Marte están controlados, su traición ha desestabilizado nuestros esfuerzos pero no los ha amenazado directamente. Con el Mechanicum leal ocupado con los enemigos entre sus filas, apenas puede proporcionarnos ayuda para nuestro creciente esfuerzo militar.

—Lo que es muy interesante, pero nosotros queremos saber qué ha sucedido con las otras legiones en Isstvan. ¿Qué nos queda para luchar contra Horus? —La pregunta la hizo Agapito.

—Esperaba que vosotros supierais más que yo de este tema —confesó Noriz—. Ha habido algunas comunicaciones dispersas procedentes del sistema, una o dos naves transportando supervivientes, pero poco más. No estamos realmente seguros de lo que sucedió allí. Como he dicho anteriormente, habíamos oído que la Guardia del Cuervo había sido aniquilada.

—Aunque las noticias han demostrado ser falsas en este caso, todavía debemos asumir que los Salamandras y los Manos de Hierro han sido exterminados —especuló Corax—. Ferrus Manus está muerto, lo vi con mis propios ojos, y no se sabe nada de Vulkan. Es probable que sus legiones también fueran destruidas. ¿Qué ha pasado con las otras fuerzas leales? ¿Alguna noticia de Guilliman, o Jonson, o el Khan?

—No lo sé —respondió Noriz, encogiéndose de hombros—. No se me ha comunicado nada desde el mando de la legión, tendréis que hablar con Dorn sobre ese tema.

—Y el Emperador, ¿qué está haciendo el Emperador? —quiso saber Aloni—. Seguro que él encabezará la lucha contra Horus.

Una mirada de dolor cruzó la cara de Noriz.

—No hemos oído nada directamente —aseguró el capitán, colocando la copa sobre la mesa frente a él—. Lord Dorn ha sido puesto al mando de la defensa de Sol y de las fortificaciones del Palacio Imperial. Malcador parece estar actuando como regente en Terra, con la autoridad del Emperador junto al primarca. Se nos ha dicho que el Emperador está sumido totalmente en sus propios esfuerzos para derrotar a los traidores, aunque no tengo ni idea de lo que eso significa.

Los comandantes de la Guardia del Cuervo murmuraron palabras de desaprobación y asombro ante esa revelación, hasta que Corax se puso en pie.

—Silencio —ordenó el primarca, y lanzó una dura mirada a sus oficiales—. Si el Emperador está sumido en algún esfuerzo invisible, debemos confiar en que ése es el camino más seguro hacia la victoria. ¿Pensabais que saldría del Palacio Imperial espada en mano y derrotaría a esos traidores de un solo golpe? El Emperador nos creó para ser sus guerreros, y nosotros le proporcionaremos la victoria.

Tras algunas preguntas más se hizo evidente que Noriz poca información podía proporcionarles más allá de las medidas defensivas que estaban llevándose a cabo. Jaghatai Khan y sus Cicatrices Blancas estaban presumiblemente camino de Terra, habiendo sido llamados desde Chondax por Dorn en persona, pero no se había recibido ninguna comunicación de ellos desde hacía bastante tiempo. De la I Legión, los Ángeles Oscuros de Lion EFJonson, no se sabía nada, y probablemente tampoco ellos sabían nada de la reciente traición de Horus. Leman Russ y sus Lobos Espaciales estaban igualmente incomunicados, ya que habían sido enviados por el Emperador a solucionar el problema de los Mil Hijos y sus continuas brujerías muchos meses atrás. Los Ultramarines, la más numerosa de todas las legiones, había

sido enviada al otro extremo de la galaxia por Horus antes de la masacre, y era poco probable que pudieran intervenir en breve. Por el momento, las únicas legiones con que podía contarse eran la Guardia del Cuervo y los Puños Imperiales.

El consejo finalizó sin que se hubieran ampliado mucho sus conocimientos, pero la poca información que Noriz les había pasado no era demasiado reconfortante. Las tormentas de disformidad eran, como Corax había sospechado, generalizadas; tal vez englobaban a toda la galaxia. Sin duda alguna, la región alrededor de Isstvan estaba envuelta en una gigantesca tormenta que bloqueaba la navegación y las comunicaciones.

Cada vez era más probable que la disrupción de la disformidad formara parte de la estrategia de Horus. La última vez que las tormentas disformes habían soplado con tanta fuerza como ahora, los mundos de la humanidad habían quedado divididos y aislados, lo que había provocado la Larga Noche y la disolución del imperio humano original. Incapaces de ponerse en contacto, impedidos de poder coordinar su estrategia o hacer cumplir la lealtad al Emperador, los dispersos planetas del Imperio serían un objetivo mucho más fácil para los traidores. Con un rápido ataque para asegurar su poder en Terra, Horus podía surgir como un nuevo unificador de la humanidad, destruyendo el reinado del Emperador de un plumazo.

Los preparativos para la defensa de Terra se hicieron más evidentes a medida que la *Vengadora* se adentró en el sistema en dirección al planeta. La flota de batalla Sol, la armada individual más grande del Imperio, estaba reuniendo sus fuerzas. Docenas de naves de guerra bloqueaban Marte, mientras que centenares de otras naves ocupaban posiciones orbitales sobre otros planetas, con sus sensores enfocados hacia el exterior preparados para la llegada de la flota de Horus.

Las redes de comunicaciones bullían frenéticas de actividad, las frecuencias de la red estratégica utilizada por las Legiones Astartes y el Ejército Imperial a veces estaban tan saturadas de datos que se necesitaban varias horas para poder entregar los mensajes. Había una tangible aura de desesperación en medio de toda aquella agitación, como si cualquier día se fuera a abrir la disformidad permitiendo el paso de cientos de naves traidoras.

A medida que se acercaban a su destino, la Guardia del Cuervo se encontró con cada vez más numerosas pantallas de seguridad. Las patrullas de naves de guerra los llamaban frecuentemente, mientras gigantescos fuertes estelares apuntaban sus cañones sobre la recién llegada nave, siguiéndolos detenidamente hasta que quedaban fuera de su alcance. Acercándose más y más al corazón del sistema Sol, la *Vengadora* fue constantemente sometida a vigilancia, aunque su avance nunca fue totalmente bloqueado.

Ponerse en órbita alrededor de Terra fue una expedición en sí misma, a pesar de

las garantías y la ayuda del capitán Noriz. Tras tres días atrapados en protocolos de seguridad y media docena de jurisdicciones y organizaciones militares distintas, Corax finalmente perdió la paciencia. Echando a los operarios de comunicaciones de sus puestos, introdujo el código de acceso al canal más seguro, una frecuencia ultrasecreta utilizada tan sólo por los primarcas y, antes de su autorreclusión en Terra, por el propio Emperador.

No se produjo ninguna respuesta durante media hora, mientras Corax caminaba arriba y abajo del estrategium. Finalmente, el altavoz cobró vida con una voz profunda y considerada que pronunciaba cuidadosamente cada palabra y mostraba una autoridad indiscutible en el tono.

—¿Eres tú, Corax? Ya era tiempo que contactaras conmigo, hermano. Me preguntaba si las noticias de que seguías con vida habían sido otro error de comunicaciones.

—Hermano Rogal, sí, soy Corax —replicó el primarca—. Si no me encuentras una estación orbital en los próximos cinco minutos, voy a utilizar mis propias baterías de armas para hacerme espacio por mí mismo.

Se oyó una breve pero sonora risa en el altavoz.

—¡Ésa no sería demasiado buena idea! —dijo un sonriente Rogal Dorn—. Había oído que estabas aquí, pero he de admitir que tu localización se había perdido en medio de todas las demás comunicaciones. ¿Quieres atracar en una plataforma o adoptar una órbita independiente?

—Necesitamos reabastecernos —indicó Corax—. Bajaré en una lanzadera con una guardia avanzada.

—Te mando las coordenadas de la plataforma Beta-Styx. Es un muelle de abastecimiento totalmente equipado. Tú puedes bajar al muelle de la Puerta de Lion y enviaré una delegación a recibirte.

—¿Una delegación? ¿Demasiado ocupado para saludar a tu hermano en persona?

—Sí. Volveré al Palacio Imperial antes que acabe el día.

—Entendido, hermano. Desearía que nuestra reunión hubiera sido en tiempos mejores.

—Nuestro destino no es encontrarnos en paz, hermano, ya deberías saberlo. Hablaremos más mañana, hay algo que debo atender urgentemente.

Después, la frecuencia devolvió estática una vez más. Una pantalla de datos cobró vida, mostrando una lista de coordenadas espaciales en letras amarillas y firmada con la insignia de los Puños Imperiales.

—Preparados para maniobras de atraque —anunció Corax—. Y preparad mi Stormbird. Agapito, elige una compañía para hacer de guardia de honor. Branne, tienes el mando.

Una serie de asentimientos resonaron por el estrategium mientras el primarca se

dirigía hacia las puertas. Corax se detuvo mientras éstas se abrían y volvió la cabeza.

—¿Branne?

El comandante se quedó quieto, a medio sentarse en el trono de mando. Se puso en pie y miró al primarca, y vio la maliciosa sonrisa en la cara de Corax.

—¿Sí, mi señor?

—Por mucho que aprecie tu llegada a Isstvan, por favor, esta vez quédate donde te ordene.

—Sí, mi señor, lo haré.

Mientras la *Vengadora* se dirigía hacia el muelle orbital, se realizaron los preparativos para que Corax y una pequeña escolta descendieran a la superficie de Terra. Branne encontró a Agapito en la plataforma de lanzamiento con una compañía de sus legionarios. El ruido de las pesadas orugas de los servidores resonaba entre las paredes metálicas, ahogando el quedo gemido de los motores del Stormbird. Branne creyó sentir una cierta ansiedad en el comportamiento de su hermano.

—Relájate, hermano, ésta no es una misión de combate —dijo Branne.

—Y por ello mucho más peligrosa —replicó Agapito—. Las sospechas nos envuelven como una nube. Ya viste como nos trató el capitán Noriz. No espero ninguna cálida bienvenida en la superficie.

—Por eso depende de ti el asegurar a nuestros aliados que pueden confiar en nosotros —declaró Branne.

Agapito titubeó y miró por encima del hombro de Branne. Corax entró en la plataforma de lanzamiento, asintió en dirección a los dos comandantes, y se dirigió a la rampa de abordaje del Stormbird sin decir ni una palabra.

—No soy el único que lo nota —anunció Agapito con la mirada fija en la nave de desembarco, sus pensamientos claramente centrados en el primarca que ya estaba a bordo—. Éstos no son momentos para precipitadas demostraciones de lealtad. Me preocupa que lord Corax prometa más de lo que actualmente podemos dar.

—No nos podemos permitir que los traidores puedan seguir con sus preparativos tranquilamente —apuntó Branne—. ¿Quieres que simplemente los dejemos hacer lo que quieran?

Acercándose, la voz de Agapito se convirtió en un mero susurro.

—Casi hemos sido aniquilados, hermano —dijo—. Si no procedemos con cautela, la ejecución que Horus había planeado para nosotros en Isstvan simplemente tendrá lugar en otro sitio. Ya sabes que en estos momentos no disponemos de las fuerzas necesarias para enfrentarnos a él.

Preocupado por las palabras de su hermano, Branne dio una palmada sobre la hombrera de Agapito.

—Lo que sucedió en Isstvan es historia —afirmó Branne, adivinando la causa de

la preocupación de Agapito—. Perdimos la mayor parte de la legión, pero nosotros sobrevivimos.

—¿«Nosotros», hermano? No recuerdo haberte visto en el desembarco.

—¡No fue por culpa mía! —le espetó Branne, retirando la mano. Le enfurecía que, de todos sus compañeros, fuera Agapito el que pronunciara en voz alta la acusación que Branne sospechaba rondaba por las mentes de sus hermanos de batalla —. ¿Cómo puedo ser responsable de haber sido asignado como comandante de guarnición?

—Me has malinterpretado, hermano —replicó Agapito con un triste movimiento de cabeza—. No es nada personal, pero tú jamás comprenderás lo que fue estar allí. No me quejo de tu ausencia, la envidio.

—No has dicho nada en absoluto sobre el desembarco, ni a mí ni al primarca —le recordó Branne, la rabia esfumada por la confesión de Agapito—. Algunos de los otros han encontrado consuelo en la discusión de lo que sucedió, compartiendo sus historias. Dime, ¿qué te ocurrió a ti en el desembarco?

—No —rehusó Agapito apartándose. Hizo una señal a sus guerreros para que empezaran a abordar la lanzadera mientras las luces de la bodega se amortiguaban preparándose para la apertura de las compuertas principales. Por encima de todo el ruido, las sirenas emitieron el aviso de que faltaban cinco minutos—. Algunas historias es mejor no contarlas. No querrías saber lo que hice en el desembarco.

Branne no dijo nada mientras su hermano se volvía, confuso por el cambio que había visto en Agapito. Antaño, su antiguo comandante había sido el primero en compartir historias bélicas durante el regreso a Deliverance, disfrutando del relato de los guerreros que había matado y los peligros sufridos. Incluso cuando era joven, cuando habían luchado por la libertad de Deliverance, antes de que el Emperador hubiera llegado y trajera consigo la legión, Agapito había inflamado los espíritus vacilantes de los guerreros por la libertad con historias de su arrojo y sus victorias contra los esclavistas kiavahrianos.

Observó mientras Agapito permanecía en la parte inferior de la rampa, controlando las escuadras mientras éstas subían al Stormbird en medio del atronador ruido de sus botas contra el metal. Cuando el último de los legionarios pasó junto a él, Branne notó algo en sus hombreras, un pequeño dibujo pintado bajo el símbolo de la legión. Era un cráneo gris, casi tan oscuro como el negro de su armadura. Ahora que lo había visto, Branne se fijó que lo llevaban todos los guerreros de la compañía. Hizo una seña hacia uno de los líderes de escuadra mientras éste pasaba al trote junto a él.

—Sargento Nestil, un momento —lo llamó el comandante.

—Sí, capitán —dijo Nestil, poniéndose firme frente a Branne.

—¿Qué significa eso? —preguntó Branne, señalando con un dedo el pequeño

cráneo.

—Veterano de Isstvan, capitán —replicó el sargento sin ningún tipo de reticencia—. No hay ninguna insignia oficial de campaña ni se otorgaron honores, capitán. Pensamos que sería bueno recordar a los caídos.

—¿Todos llevan ese símbolo? —preguntó Branne.

—Todos los que luchamos allí sí, capitán, al menos en las Garras —respondió Nestil. Miró hacia Agapito, y Branne captó el sentido de su mirada.

—¿De quién fue la idea? —quiso saber Branne.

—No estoy seguro, capitán —admitió Nestil. Apartó la mirada dirigiéndola nuevamente hacia Agapito—. Simplemente fue una de esas ideas que parece que cuajan.

—Perdona por retrasarte, sargento —concluyó Branne, indicando con la mano que podía seguir.

«No es bueno», pensó Branne mientras observaba como Agapito seguía a Nestil por la rampa hacia el interior del Stormbird. Un comandante que no soltaba prenda sobre lo que había hecho y legionarios concediéndose a sí mismos honores. La masacre del desembarco había causado graves daños a la Guardia del Cuervo, incluso más graves que la muerte de setenta y cinco mil legionarios.

Sujeto a su asiento junto a una de las portillas, Alpharius tenía una buena vista de Terra mientras el Stormbird se alejaba de la *Vengadora*. Había sido una suerte ser incluido en la guardia de honor de Corax, lo que le proporcionaría, o eso esperaba, una buena oportunidad de ver las defensas que se estaban preparando para recibir a Horus. Al margen de todo lo que se le había pedido que hiciera, su misión en la Guardia del Cuervo también era reunir información para el final e inevitable asalto a la fortaleza del Emperador. Todo lo que pudiera averiguar ahora daría al señor de la guerra y sus aliados un conocimiento previo de lo que cabía esperar.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de los legionarios desde la parte posterior del compartimento. Alpharius se volvió para ver al otro legionario de la Guardia del Cuervo tirando de sus arneses para poder mirar por las ventanas de estribor—. ¡Es más grande que un fuerte estelar!

Alpharius no podía verla claramente desde su posición, pero atisbo una nave gigantesca en órbita baja. Parecía que se extendiera hasta el infinito; una construcción dorada en forma de águila con las alas extendidas, cubierta de torretas artilladas y fortificadas, baterías de lanzas, tubos lanzamisiles y cañones. La estación orbital era tan grande que su tenue sombra se veía en la capa de nubes que cubría Terra. El parpadeo de los escudos de vacío envolvía el inmenso edificio flotante, tiñendo el dorado de su superestructura fuertemente reforzada de púrpura y rojo. Unas naves más pequeñas, algunas de ellas poderosas naves de batalla por derecho propio,

quedaban empequeñecidas por su presencia. Sus muelles protegidos por gran número de torretas eran lo suficientemente grandes como para albergar cruceros de varios kilómetros de largo.

—Eso es la *Falange* —dijo el sargento Nestil—. La nave base de los Puños Imperiales. Impresionante, ¿verdad? Nada de barcazas de batalla, eso es lo que deberíamos haber llevado a Isstvan.

Sin duda era impresionante, pero no sorprendente. Todo el mundo había oído hablar de la *Falange*, y de su presencia en el sistema Sol era de esperar. Horus era plenamente consciente de las capacidades y defensas de la fortaleza espacial y, sin duda, había trazado un plan para neutralizarla. Ése no era el objetivo de la misión de Alpharius. Mucho más interesante para el legionario alfa fue el crucero con el casco dorado despegando del muelle colindante al de la barcaza de batalla *Vengadora*. Aunque no estaba seguro, le pareció que esa nave pertenecía a la Legio Custodes, los defensores de élite del Emperador. Se preguntó hacia dónde se dirigirían, cuando todos los demás esfuerzos se concentraban en la defensa del Señor de la Humanidad.

Y entonces, todo a su alrededor se volvió blanco cuando el Stormbird penetró en la densa atmósfera de Terra envolviendo a la nave en llamas. A medida que descendían, la visibilidad se aclaró momentáneamente, revelando una vista que hizo estremecer a Alpharius.

Unas inmensas plataformas eran medio visibles entre las densas nubes, y flotaban serenamente rodeadas por enjambres de lanzaderas y naves de transporte. La ciudad flotante más próxima, cuyo nombre Alpharius desconocía, la vislumbró entre pausas en la blancura, como una masa de edificios altísimos, carreteras serpenteantes y pistas de aterrizaje. La luz del sol reflejada por torres en espiral hechas de cristales multicolores brillaba a través de las placas de espejo de fotorreceptores y condensadores de vapor.

El esplendor de las gráciles líneas y los arqueados puentes quedaba deslucido por aberraciones cúbicas: torretas de cañones y fortificaciones rodeadas por andamiajes atestados de obreros. Mientras el Stormbird giraba para tomar el rumbo final, los ojos potenciados de Alpharius pudieron detectar los destellos de armaduras amarillas entre las ropas y los monos de los equipos de trabajo: eran puños imperiales supervisando la construcción de las defensas.

El morro del Stormbird se sumergió nuevamente en las nubes empañando la visión de la ciudad flotante. Los motores gimieron cuando la nave frenó para aterrizar, girando una vez más para pasar por encima del espaciopuerto de la Puerta de Lion, que se extendía sombríamente por la desnuda roca de la superficie de Terra formando un vasto laberinto de ferrocemento y plastiacero. Alpharius captó un atisbo de plataformas de aterrizaje que se extendían a lo largo de kilómetros, a la sombra de las torres de control y las torretas láser de defensa.

El legionario alfa estaba contento por haber llegado bajo el disfraz de un amigo, y se preguntaba si, en algún tiempo futuro, regresaría aquí como enemigo. Había llevado a cabo docenas de desembarcos orbitales durante sus largos años de servicio, pero al ver los inmensos cañones de las defensas y el parpadeo de los escudos de energía, supo que la legión que finalmente tuviera la misión de ocupar la Puerta de Lion sufriría un gran número de bajas.

Incluso con el pensamiento del evidente asalto que se produciría, la mente de Alpharius seguía analizando las crecientes defensas. Cualquier indicación que pudiera obtener de esta oportunidad de examinar las fortificaciones de Dorn de cerca tendría un enorme valor para Horus y, por tanto, un valor significativo para la Legión Alfa. Su vista captó los reveladores capacitadores y conducciones de los generadores de los campos de energía, mientras calculaba las zonas cubiertas por el fuego de los pequeños anillos de búnkeres defensivos y las monturas de cañones láser automáticos.

Con un sonido sordo y un siseo de los componentes hidráulicos, el Stormbird extendió su tren de aterrizaje, interrumpiendo los pensamientos de Alpharius. Se había sumido tanto en la obtención de información que había olvidado dónde se encontraba. Alpharius respiró profundamente mientras el Stormbird tocaba tierra, balanceándose ligeramente sobre su tren de aterrizaje, envuelto en nubes de humo y liberaciones de plasma.

Estaba en Terra, la capital del Imperio, el hogar del Emperador.

Como les habían prometido, había un contingente esperando la llegada de Corax. Mientras el primarca descendía por la rampa del Stormbird, vio un grupo de unos treinta custodios con sus armaduras doradas. En altura y tamaño eran muy parecidos a los astartes, si no más grandes, aunque Corax era aún más alto. Cada guerrero de la Guardia Custodia estaba equipado con una armadura única, sus grandes gorgueras estaban decoradas con el símbolo del águila, cráneos alados y otros iconos. Sus altos cascos cónicos los remataban unas crestas de color escarlata. De los cinturones y las guardas superiores de las hombreras colgaban hileras de tiras de cuero rojo, acabadas en puntiagudos remates dorados, y sus amplias grebas y pesados avambrazos estaban cubiertos de intrincados diseños que no desmerecían los del resto de la armadura. Cruzadas sobre el pecho sostenían lanzas guardianas con las afiladas hojas envueltas en rojizos campos de energía, y los escudos los adornaban diseños heráldicos del águila imperial y el cráneo coronado con el laurel.

Junto a ellos se encontraba un anciano que Corax reconoció inmediatamente: Malcador el Sigilita. El regente de Terra llevaba ropa amplia sin ningún adorno, en fuerte contraste con la ornamentación de su guardia de honor. Su arrugado y viejo rostro permanecía medio oculto bajo una capucha. Las rachas de viento que cruzaban

la plataforma de aterrizaje ondulaban el borde de la misma, mostrando fugaces visiones de conductos reforzados conectados a un collar alrededor del cuello del Sigilita y que desaparecían entre su ropaje. En una mano sostenía un báculo de mármol negro más alto que él mismo, con un águila dorada con las alas desplegadas en su extremo envuelto en llamas que surgían del propio báculo. El regente del Emperador se apoyaba pesadamente en el báculo símbolo de su cargo, pero aun así lograba mantener el aire de autoridad propio de un hombre de Estado.

Malcador inclinó la cabeza a modo de saludo, y Corax devolvió el gesto mientras su guardia de honor formaba detrás de él.

—Espero que sean para hacer de esto una recepción elegante y nada más —dijo Corax, dirigiendo una decidida mirada a los custodios.

—Puramente ceremonial, te lo aseguro —replicó Malcador—. Me disculpo por las formalidades que has tenido que soportar, pero comprenderás que no podemos permitirnos ninguna laxitud de la seguridad en estos tiempos.

—Parece ser que la palabra de un primarca ya no sirve de mucho —dijo Corax mientras avanzaba. Los custodios se movieron para formar dos líneas de escolta alrededor de él y Malcador, rodeando el círculo que formaban los guerreros de la Guardias del Cuervo del primarca.

—Sólo la de algunos, Corax —respondió el Sigilita—. Varios de tus hermanos permanecen fieles a sus juramentos de lealtad. Vuestra lealtad es muy apreciada.

El primarca se rio, pero no había signo alguno de humor en la expresión del Sigilita. Malcador siguió hablando mientras caminaban entre las plataformas de aterrizaje.

—Rogal me pidió que me asegurara que podréis veros mañana, como prometió. Estamos ansiosos de escuchar todo lo que tienes que decirnos sobre las fuerzas de Horus y tal vez lo que piensas que trata de hacer.

—Puedo añadir poco a la discusión —afirmó Corax. Pasaron bajo una plateada puerta en forma de arcada de centenares de metros de altura y bajaron por una rampa que conducía a una línea de naves transbordadoras de cascos plateados. Tenían el aspecto de escarabajos gigantes con alas de acero que flotaban por la potencia de sus motores al ralentí—. Parece que hay otros supervivientes.

—Evidentemente —asintió Malcador, que indicó a Corax que lo precediera en la rampa de la lanzadora atmosférica más cercana. Su compartimento principal estaba decorado como un salón austero, con sofás y mesas bajas sobre una cubierta enmoquetada, las paredes estaban revestidas de pinturas que mostraban escenas de las Guerras de Unificación. Corax asumió que era el transporte personal de Malcador. El Sigilita se sentó en uno de los largos sofás e instintivamente hizo un gesto a Corax para que hiciera lo mismo. El primarca declinó con un breve gesto de cabeza, sabiendo que los muebles eran totalmente inadecuados para alguien de su altura y

peso. En vez de ello se apoyó en una mampara, con la cabeza agachada bajo el techo de la lanzadera.

—No sólo hay otros que, como tú mismo, lograron escapar de la emboscada —continuó el Sigilita—, sino también valientes guerreros que recientemente han llegado procedentes de las filas de los traidores.

—¿Y estáis seguros de su lealtad? Engaño y falsedad parecen ser las armas principales de Horus en este momento.

—Estamos convencidos de su verdadero apoyo al Emperador —afirmó Malcador—. Tienen una función muy importante que realizar en la guerra que se avecina.

—La guerra ya ha empezado, por si no te habías dado cuenta —gruñó Corax. Se había fijado que el capitán Noriz había utilizado una forma de expresarse similar, implicando que de alguna forma la masacre en Isstvan había sido un punto final en vez de un inicio.

Los dos estaban solos en la lanzadera. Los custodios y los legionarios se habían dirigido a los otros transportes. Con un rugido, los motores de la nave alcanzaron la máxima potencia, haciendo temblar el casco mientras las alas del ornitóptero cobraban vida. La lanzadera despegó rápidamente y se alejó del espaciopuerto, girando hacia el norte y elevándose para pasar por encima de una cadena montañosa que emergía del suelo. Las montañas eran tanto artificiales como un fenómeno natural. Corax podía ver vastas galerías y ventanales de varios pisos de altura abiertos en los riscos y crestas, mostrando la laberíntica estructura oculta bajo los picos cubiertos de nieve.

Corax sintió como Malcador lo estudiaba largamente, pero los dos permanecieron en silencio durante bastante tiempo mientras el ornitóptero aceleraba por encima de las montañas, oscilando levemente a causa de los fuertes vientos. Ocasionalmente, el primarca distinguía una de las siluetas de las otras lanzaderas a través de las escotillas ovales, el brillante fuselaje resplandeciendo contra el blanco y gris de las cumbres cortadas a pico.

—¿Y cuál es la opinión del Emperador? —preguntó Corax al darse cuenta que Malcador todavía no lo había mencionado específicamente—. Dorn dice que ha sido puesto al cargo de la defensa.

—El Emperador es plenamente consciente de la situación y Dorn tiene su apoyo incondicional —replicó el regente.

—¿De verdad? —exclamó Corax—. Su señor de la guerra ha levantado a la mitad de sus legiones contra él, ¿y todo lo que tiene que decir es que Dorn tiene su apoyo incondicional?

—Está totalmente absorbido por otro asunto, uno que domina sus pensamientos incluso más que esta distracción causada por Horus. Si el objetivo que persigue tiene éxito, esta rebelión tendrá los días contados.

—He venido a Terra buscando una audiencia con el Emperador —declaró Corax. Miró por la escotilla y vio grúas y excavadoras remodelando la gigantesca ladera de una montaña, construyendo inmensos revestimientos y fortificaciones sobre la roca desnuda. Ejércitos de miles de operarios trabajaban en ello.

—Lamento profundamente tener que comunicarte que eso lo considero altamente improbable —dijo Malcador sin apartar la mirada mientras Corax se daba la vuelta para observar directamente al Sigilita—. Su actual proyecto requiere toda su atención. Tan sólo lo he visto en un puñado de ocasiones desde que supimos de lo acontecido en Isstvan. Dorn tampoco ha hablado con él en ninguna ocasión, y ha recibido las instrucciones del Emperador a través de mí. No puedo darte garantía alguna de que nuestro señor te conceda una audiencia.

La firme expresión en la cara de Malcador previno cualquier comentario ulterior que Corax pudiera hacer al respecto. Aunque no lo dijo, el primarca estaba convencido que sería recibido por el Emperador. No importaba lo que Malcador dijera. No podía haber ningún asunto tan apremiante como para que el Emperador no encontrara algo de tiempo para hablar con uno de sus primarcas en esos terribles momentos.

Entonces se le ocurrió una idea que podría explicar la razón por la que Malcador estaba siendo ligeramente evasivo y parecía tan convencido de que no obtendría una audiencia.

—¿El Emperador sabe que he llegado? —preguntó el primarca.

—No —respondió Malcador—. He sido incapaz de contactar con él desde que entraste en el sistema Sol.

—¿Incapaz o es que no has querido?

Si Malcador se tomó la pregunta como una ofensa, no lo demostró. Su respuesta fue calmada, y su cara se mostró seria.

—El Emperador libra otro tipo de guerra distinto a las que tú y yo hemos conocido hasta ahora —explicó el Sigilita—. Intentar contactar con él durante una de sus… expediciones pondría en peligro sus objetivos. Cuando regrese, será inmediatamente informado de tu presencia, de eso puedes estar seguro.

—Por como hablas parece como si el Emperador no estuviera en Terra.

Como anteriormente, Malcador titubeó, aunque Corax no detectó ningún tipo de duplicidad en él. Simplemente reticencia. Los finos dedos del regente repiquetearon en el asta de su báculo mientras consideraba su respuesta.

—Eso no es una cosa que pueda cuantificarse fácilmente —dijo—. Perdona mi vaguedad, pero no tengo libertad para discutir los planes del Emperador, ni siquiera estoy en posición de comprenderlos totalmente. Sería indiscreto, una traición a mi posición como regente, si te proporcionara información que el Emperador no ha considerado adecuado compartir personalmente contigo.

Lo que Malcador estaba diciendo intranquilizó enormemente a Corax. Desde su regreso a Terra tras la victoria en Ullanor, el Emperador se había rodeado de secretos, cuando antes había caminado libremente entre sus hijos y compartido sus planes y visiones. Malcador hablaba con un tono tan reverente que a Corax no le quedó duda alguna de que la actual campaña del Emperador fuera realmente tan importante, pero las aseveraciones del Sigilita de que merecía mayor atención que la traición de Horus le sonaban a vacías. El Imperio, la propagación de la Iluminación, habían sido el gran plan del Emperador, y ahora resulta que no habían servido para nada. Seguro que surgiría de su recluida misión para dirigir a los que todavía le eran leales.

Mientras el escuadrón de ornitópteros recorría un valle entre altas paredes, Corax se preguntó qué podía hacer si no era posible hablar con el Emperador. Tras la debacle de Isstvan, el primarca no estaba seguro de nada, incluida su habilidad para ejercer un mando efectivo. Necesitaba la guía del Emperador ahora más que nunca, y la idea de regresar a Deliverance sin haber visto a su padre genético lo llenaba de un sutil pavor. Con primarcas enfrentados a primarcas, Corax deseaba hincar una vez más la rodilla ante el Emperador y garantizarle la lealtad de la Guardia del Cuervo.

Sobrevolar las montañas llevó a la Guardia del Cuervo por encima de las crecientes fortificaciones que estaban siendo erigidas bajo el mando de Dorn. La escala de las construcciones era gigantesca, mucho mayores que todo lo que Corax había visto anteriormente, y había sido testigo de la reconstrucción de mundos enteros destruidos por su legión.

Las propias montañas estaban siendo transformadas en gigantescos bastiones, esculpidas con cargas explosivas y monolíticas máquinas para formar contrafuertes y defensas, muros defensivos y torres. Las sombras de los ornitópteros revoloteaban sobre los numerosos cargueros que formaban convoyes de kilómetros de largo, transportando cargamentos de ferrocemento y adamantio. Con ellos llegaban las grúas con brazos de un kilómetro de largo, y excavadoras del tamaño de bloques de habitáculos.

Unas serpenteantes orugas multicompartimento bordeaban carreteras recién construidas, transportando más trabajadores para unirse a los cientos de miles que ya trabajaban en las cumbres más altas. Estas caravanas a su vez recibían suministros a través de cientos de camiones de abastecimiento y cisternas de agua. Por todas partes podía verse el blasón de los Puños Imperiales y las salpicaduras de su librea dorada.

—Mi hermano no hace las cosas a medias —dijo Corax, mirando a través de la cabina hacia Malcador.

El regente salió de su adormecimiento y miró por la ventana, apenas interesado por los esfuerzos gigantescos que se desplegaban allí abajo.

—Una muralla sin tropas no es defensa ante un ataque —declaró el Sigilita—. Si

las fuerzas de Horus atacaran ahora, ¿quién defendería las murallas y las puertas?

—Pensaba que los Cicatrices Blancas se dirigían hacia Terra.

—A Jaghatai Khan se le ordenó regresar con su legión, pero no ha habido contacto alguno de los Cicatrices Blancas desde que las tormentas de disformidad empezaron de nuevo.

Corax asimiló estas noticias en silencio mientras observaba las edificaciones que estaban cobrando forma a su alrededor. Los picos estaban siendo derribados y su material utilizado para erigir muros que cerraban los pasos y valles que había entre ellos. Las gigantescas naves de carga propulsadas por docenas de rotores y cohetes flotaban sobre las llanuras transportando generadores y capacitadores grandes como edificios hacia los nuevos silos láser de defensa. Los cañones de estas armas eran transportados por camiones plataforma de un centenar de metros de largo que atravesaban puentes y túneles excavados en la roca desnuda.

En el interior de este creciente cordón defensivo, la actividad era menos frenética. Aquí y allá una ladera rota por una galería de ventanas altas o el frente curvo de un alféizar. Las carreteras desaparecían en los apenas iluminados pasajes y los bosques crecían alrededor de las plataformas de aterrizaje. Ésos eran los límites exteriores del viejo palacio, construido por el Emperador al inicio de la Gran Cruzada. Los edificios construidos para formar el símbolo del águila imperial al ser vistos desde arriba se apiñaban en la parte superior de un pico situado al este. Hacia el oeste, en el fondo de un valle barrido por el viento, cientos de kilómetros cuadrados estaban cubiertos por gigantescos molinos de viento que alimentaban la ciudad oculta bajo ellos gracias a las torres de trescientos metros de altura.

Más allá se levantaban las montañas más altas, todavía meras siluetas contra el cielo. Una de las plataformas voladoras había descendido para atracar, una ciudad de treinta kilómetros de ancho que sobresalía de la ladera de una montaña como si fuera una terraza y descansaba sobre un laberinto de soportes y vigas que se extendían entre dos montañas. Las lanzaderas viraron, dirigiéndose más al oeste, por donde el sol se estaba poniendo tras los serrados picos. Los últimos rayos de luz solar refulgían en arcos dorados y torres perlíferas, desnudas contra el azul y púrpura del anochecer.

Después de varias horas, las lanzaderas alcanzaron un muelle cavernoso situado en la ladera de una montaña cuyo pico había sido aplanado y reemplazado por un conjunto de antenas y sistemas de comunicaciones. Un pilar inmenso se levantaba en cada extremo de la abertura de un kilómetro de ancho.

Engullidos por la oscuridad del muelle de lanzaderas, las luces de los ornitópteros se encendieron en el interior y en el exterior, iluminando estroboscópicamente fila tras fila de naves en la amplia zona de aterrizaje que había bajo ellos. Corax vio Thunderhawk y Stormbird, y docenas más de ornitópteros. También había naves más grandes: naves de desembarco de la clase Harbinger de los diversos colores de los

diferentes regimientos de la Guardia Imperial.

En el interior de este vasto puerto descendieron las naves que transportaban a los guerreros de Corax, volando en espiral antes de repartirse por los diversos puntos de aterrizaje adjudicados. El primarca miró a Malcador con el ceño fruncido.

—Se han preparado alojamientos para tus legionarios —dijo el Sigilita—. Estarán bien atendidos.

Sin embargo, la lanzadera del Sigilita no aterrizó entre ellos. El piloto la condujo hacia una sección mucho más pequeña bajo el abovedado techo del puerto. Elevándose hacia el túnel, las luces de la lanzadera pasaron por una galería tras otra desde las que se dominaba el puerto. El área estaba extrañamente desierta, una ciudad pensada para millones de habitantes que en esos momentos parecían ausentes. El ruido de las alas del ornitóptero resonaba en el inmenso vacío, sin ser interrumpidas por ningún otro sonido.

Pasando a través de una abertura situada entre las piernas de otra águila esculpida, el ornitóptero siguió un estrecho canal durante varios cientos de metros hasta aterrizar en una sala circular situada en el corazón de la montaña. Sus paredes eran de piedra desnuda, mostrando las estrías de la propia roca de la montaña. Una única puerta permitía salir del punto de aterrizaje. Era de bronce, con el relieve de dos relámpagos cruzados bajo un guantelete. Con un zumbido de pérdida de energía, las alas del ornitóptero descendieron y la nave de Malcador se detuvo totalmente en el suelo de piedra. La compuerta se abrió con un rugido de aire escapándose e inmediatamente Corax detectó una atmósfera mucho más tenue que a nivel de suelo. Malcador precedió al primarca fuera de la lanzadera, aparentemente sin verse afectado por el reducido contenido de oxígeno del aire.

—Si me sigues, te mostraré las habitaciones que hemos preparado para ti, mientras que tus guerreros estarán acuartelados cerca de ti.

La puerta se abrió ante la aproximación del Sigilita. Corax oyó el ligero zumbido de la conexión de comunicaciones emitida por el báculo de Malcador. Detrás de ella, unos escalones descendían hacia las profundidades del Palacio Imperial.

Observando las figuras de armadura dorada de la Legio Custodes avanzando por delante de él, Alpharius no pudo evitar compararse con ellos. Físicamente no parecían más impresionantes que un legionario, aunque sin duda sus armas y armaduras parecían haber sido construidas individualmente y de forma artesanal, algo a lo que en las legiones tan sólo podía aspirar un capitán. Anteriormente ya había oído decir que cada guerrero era también el producto de un esfuerzo único, hechos tan artesanalmente por los genepotenciadores y los tecnosiervos como su equipo por los artesanos del Mechanicum. Desde que había abatido varios salamandras durante el desembarco, pensaba que la Legión Alfa era comparable a cualquiera de las

Legiones Astartes, pero no había sido hasta ver las filas de los guardias custodios que había pensado en la posibilidad de enfrentarse a los otros servidores del Emperador.

Los demás miembros de la Guardia del Cuervo no comentaban nada mientras seguían a los custodios hacia las entrañas del Palacio Imperial. Corax y Malcador los habían dejado lejos de lo que Alpharius suponía era la plataforma privada de la lanzadera del Sigilita, otra pequeña pieza de información que comunicar, y habían descendido a través de cuarenta y seis niveles por medio de un gigantesco elevador hasta los cuarteles.

Las plantas superiores del palacio habían sido ornamentadas, forradas de mármol y obsidiana y cubiertas de estandartes colgados que mostraban escenas anteriores a las Guerras de Unificación. Alpharius había visto imágenes de las viejas ciudades, con torres de cimas abovedadas y pirámides en ruinas surgiendo del desierto, ríos fluyendo en violentos torrentes más arriba de grandes cascadas y paisajes de verdes pastos. No quedaba nada de aquellos tiempos excepto esas pinturas; la belleza de la antigua Terra había sucumbido hacía mucho a los milenios de polución y de guerra.

Tras abandonar el ascensor, la Guardia del Cuervo había sido conducida a un área mucho más austera y de aspecto funcional. Los muros eran de áspero ferrocemento cubiertos con una simple capa de pintura blanca. Los largos dormitorios que se abrían al otro lado de unas arcadas situadas a cada lado del corredor estaban vacíos, y el olor a pintura fresca y a partículas residuales de polvo de roca en el aire indicaba que acababan de ser construidos, sin duda para albergar más defensores en el futuro.

Apenas había nada que informar en esos momentos, pero Alpharius mantuvo los ojos y oídos abiertos a la espera de cualquier cosa que pudiera ser de valor. Era imposible aventurar a qué profundidad en el interior de la montaña se encontraban en esos momentos. No había ninguna ventana, y la luz la proporcionaban unas infinitas franjas brillantes colocadas en el techo y en los muros; el aire procedía de unos ventiladores demasiado pequeños para permitir la entrada o salida de nadie a excepción, tal vez, de un chiquillo. La única forma de acceder era a través de las puertas a cada extremo del corredor principal, una medida defensiva, sin duda alguna, pero que también permitía convertirlo en una prisión efectiva. Hubo algunos murmullos de malestar entre los miembros de la Guardia del Cuervo que habían crecido en las celdas de Lycaeus, pero fueron rápidamente acallados por los sargentos.

El líder de los custodios se detuvo y señaló con la punta de su lanza una arcada a su izquierda, al otro lado de la cual había un dormitorio con varios cientos de camas situadas en largas filas. Había armarios y estantes, así como armeros y soportes para las armaduras. Todo estaba hecho al tamaño de los legionarios, más grandes y robustos que los muebles requeridos por los hombres normales.

—Permaneced aquí —dijo bruscamente el jefe custodio. Su voz, deformada por

un emisor externo, procedía de una rejilla en el casco—. Se os proporcionará comida y bebida. Hay galerías adecuadas para el entrenamiento en el extremo sur de la sala. —Su lanza apuntó hacia el fondo del corredor—. Y si queréis realizar ejercicios con fuego real, se os conducirá a una parte de las instalaciones más adecuada.

—¿Y cómo contactaremos contigo? —le preguntó el comandante Agapito. Su voz mostraba su desagrado por un trato tan abrupto—. Estamos aquí para escoltar a nuestro primarca, no para esperar con vosotros como única compañía.

—Lord Corax está bajo constante vigilancia, podéis estar tranquilo —replicó el custodio con su voz metálica, que no dejó traslucir ninguna insinuación de si eso era para la seguridad del primarca o por otros motivos—. Se os asignará una frecuencia de comunicaciones segura. Podéis hacer todo el uso que queráis de los barracones y las instalaciones anexas, pero no estáis autorizados a moveros más allá de los extremos norte y sur de estas instalaciones. El no cumplimiento de estas restricciones se castigará con una ejecución sumarísima.

—Es un placer contar con esta confianza —dijo Agapito.

El custodio volvió la cabeza hacia el comandante de la Guardia del Cuervo, concentrando las negras lentes de su casco en el legionario.

—La confianza es un recurso gastado, comandante. No habrá excepción alguna. Se me ha otorgado el control personal sobre vuestra estancia aquí. Soy Arcatus Vindix Centurio. Todas las comunicaciones deberán pasar a través de mí. Mis compañeros no están autorizados a comunicarse con vosotros, así que ahorrad vuestro tiempo y el de ellos evitando cualquier pregunta o queja. Regresaré dentro de una hora para realizar un completo informe de seguridad.

Los guerreros de la Guardia Custodia atravesaron la gigantesca puerta del extremo del corredor, dejando a solas a la Guardia del Cuervo. Escuadra tras escuadra se adjudicaron las habitaciones. A Alpharius y su escuadra se les asignaron camastros cerca del corredor, pero no perdió el tiempo en tratar de escabullirse para seguir investigando. Su primarca había dejado bien claro que debía mantener el anonimato a cualquier precio, hasta que el objetivo de su misión hubiera sido alcanzado. No iba a arriesgarse a quedar expuesto por una excursión de reconocimiento bajo las narices de los custodios.

Cuando los legionarios hubieron ordenado el dormitorio a su conveniencia, almacenando las armas y demás equipo en los soportes fijados en las paredes, Agapito convocó a toda la compañía.

—Sé que esto es muy extraño, y que esos guardias custodios son más tiesos que los dedos de un cadáver, pero ésta es la situación y debemos adaptarnos a ella —dijo el comandante—. Cuando tengamos acceso a las comunicaciones, informaré a la *Vengadora* de que hemos llegado y hablaré con Arcatus para que organice una rutina adecuada. No sé cuánto tiempo deberemos permanecer aquí, así que simplemente

mantengámonos alerta y esperemos las órdenes del primarca.

No había motivo para permanecer en estado de combate, por lo que los guardias del cuervo se ayudaron unos a otros a quitarse la armadura, quedando todos los legionarios vestidos únicamente con sus monos y túnicas. Normalmente, esta ayuda la proporcionaba el ejército de ayudantes no modificados de la legión, pero allí no disponían de este tipo de personal. A pesar de la aparente seguridad de los cuarteles, se organizaron rotaciones en que todas las escuadras se turnaban para vigilar. Una vida entera de rutina y disciplina podía quedar rápidamente erosionada por la inactividad, y Agapito no iba a permitir que la relajación se asentara en las mentes de sus guerreros.

Tal y como Arcatus había prometido, llegaron ayudantes con comida, que fue servida en el refectorio de los dormitorios, en el otro extremo del corredor. Los siervos aparecieron y se marcharon en silencio, obviamente con órdenes de no confraternizar de ninguna forma con los legionarios. Todos eran hombres y mujeres de mediana edad, que llevaban idénticas chaquetas blancas bordadas con el aquila del Emperador, amplios pantalones negros y zapatillas de idéntico material. Sus caras mostraban una educada indiferencia fruto de años de experiencia.

Alpharius logró retrasarse en el corredor durante un rato y echar un vistazo más allá de las puertas selladas en el extremo del corredor por el que los ayudantes estaban marchándose. Como había sospechado, había otra sala y otra puerta cerrada. Ciertamente no había forma alguna de escabullirse de allí.

Se unió con su escuadra y se sentó en la larga mesa aspirando con deleite el vapor que surgía de las carnes asadas colocadas en bandejas delante de cada legionario. Las frutas y la verdura fresca estaban apiladas en cuencos a lo largo de toda la mesa, junto con un surtido de otros alimentos. Después de tantos días comiendo las raciones de la nave, eso era realmente un festín. Había condiciones peores en las que podía haberse visto atrapado, y mientras Alpharius arrancaba una pierna de una gigantesca ave de corral, consideró que ésta era la menos ardua de las misiones que le había encomendado la legión.



SEIS
UN HUÉSPED DEL EMPERADOR
SALA DE VICTORIAS
OMEGON SE PREPARA

En contraste con el confinamiento de su guardia de honor, Corax fue alojado con alguna comodidad y opulencia y le asignaron una villa de varias habitaciones desde la que se veía un enorme lago subterráneo. Iluminado desde debajo del agua, el techo cubierto de estalactitas centelleaba con los depósitos cristalinos que brillaban en el grisáceo resplandor de las aguas. Las habitaciones estaban ricamente amuebladas con muebles de madera y oro, tapices colgando y alfombras mullidas. Del techo colgaban candelabros con velas reales, algo novedoso para el primarca, que había crecido bajo la tenue iluminación de las tiras lumínicas.

El hecho de que esas habitaciones estuvieran a la escala adecuada para la altura y peso de un primarca era una agradable sorpresa. Corax pensó que estancias adaptadas a un primarca no debían de ser extrañas teniendo en cuenta que se encontraba en Terra. Se preguntó brevemente si habían sido pensadas como habitaciones de invitados o como algo más permanente una vez la Gran Cruzada hubiera terminado. Sus hermanos a veces habían discutido sobre lo que sucedería cuando el último planeta hubiera sido conquistado y el sueño del Emperador se hubiese hecho realidad, pero Corax estaba más que conforme con dejar que otros se encargaran de la carga de administrar el Imperio tras el paso de las Legiones Astartes. Él era un comandante, no un gobernador, y si no tenía más batallas que librar, podría pasar felizmente el resto de sus días, por muchos cientos o miles que fueran, en un confortable retiro; tal vez compilando un tratado de lecciones políticas que había aprendido de sus mentores en Lycaeus.

Aquél era un mundo totalmente distinto de sus habitaciones en Deliverance, donde por necesidad eran pequeñas y funcionales. El lujo no era algo que hubiera sido nunca tenido en cuenta por el primarca. Su hogar siempre había sido el campo de batalla, el puente de una nave o las salas del centro de mando.

Una vez Malcador se hubo retirado, Corax se quedó solo, con un puñado de custodios a mano para actuar como guías y guardias; y el pequeño ejército de sirvientes que parecían aparecer de la nada a medida que Corax se movía de una habitación a otra, todos ellos felices de encargarse de la más mínima necesidad de su huésped primarca. Por primera vez desde que había despertado en el oscuro sótano de Lycaeus, Corax se sintió como si se encontrara en un sitio pensado a propósito para él. Los humanos que lo atendían quedaban empequeñecidos por su entorno, figuras diminutas que correteaban libremente por la casa de un gigante, pero que parecían acostumbrados a las peculiaridades de la casa en la que servían.

Durante un breve periodo de tiempo, el primarca trató de relajarse, aunque sus costillas seguían dejándose sentir y las laceraciones de su espalda le producían espasmos de dolor. Incluso durante el largo viaje a Terra no se había permitido descansar, permitir que su cuerpo se recuperara. La constante actividad de Corax había impedido cualquier recuperación significativa. En cierta forma, los dolores que Corax sentía eran como un recordatorio de lo que había sucedido, haciendo real un acontecimiento que a veces parecía que no había sido más que una pesadilla. Cada pinchazo en un músculo desgarrado y cada punzada de dolor en sus maltrechos huesos era un compañero físico de sus atormentados pensamientos, un memorial de las decenas de miles que jamás regresarían a Deliverance.

La novedad del entorno se desvaneció cuando las luces se amortiguaron en una aproximación de la noche. Inquieto por lo que había escuchado de Dorn y Malcador, Corax rebosaba nerviosismo y no tenía deseo alguno de dormir. Nada más pedirlo, se le entregó al primarca una tableta de escritura, y éste empezó a tomar notas de todo lo que había visto desde que él y las otras legiones habían llegado para llevar a Horus ante la justicia por sus acciones en Isstvan III.

Al principio, sus palabras eran meramente enumerativas, con una simple lista de las tropas de las diversas legiones, la estrategia acordada y los informes de inteligencia en relación a los Hijos de Horus. Recordaba con todo detalle las maniobras iniciales de la flota llevadas a cabo para rodear las naves del señor de la guerra, mientras las cápsulas de desembarco, los Hawking, las Thunderhawk y los Stormbird se preparaban para el asalto al planeta. En esos momentos, nada parecía extraño, pero reflexionando, Corax comprendió que el complot de sus traicioneros hermanos ya estaba en marcha.

La integración de las legiones parecía un movimiento adecuado dadas las circunstancias, un frente unido contra la perfidia de Horus y sus legionarios. En

retrospectiva, eso había permitido a los traidores acercarse y desplegar sus barcazas de batalla y cruceros entre los de los Salamandras, los Manos de Hierro y la Guardia del Cuervo.

Ferrus Manus había encabezado el ataque en contra del razonamiento de Corax y la estrategia ideada por Dorn, decidido a acabar con los traidores. Tal vez había sido inducido a ello por alguna palabra muda de Fulgrim o Lorgar. Nunca lo sabrían, pues el Gorgón había muerto en Isstvan V. Que la segunda oleada estuviera compuesta exclusivamente por aquellos que habían jurado lealtad a Horus fue la mayor de las maquinaciones, un ataque contra el que los leales no podían defenderse.

Mientras escribía, el relato de Corax se fue volviendo gradualmente más personal. Era imposible aislarse a sí mismo de los simples hechos ocurridos. Sus dedos volaban por encima de la pantalla de la placa de escritura, desgranando sus sentimientos de horror y disgusto cuando los Guerreros de Hierro y los Portadores de la Palabra habían abierto fuego desde las colinas que dominaban la Depresión Urgall. No pudo evitar recordar su propia rabia ardiente mientras sus garras segaban la vida de los traidores y cada ataque de sus armas iba cargado con una oleada de odio.

Se detuvo cuando sus recuerdos lo llevaron a Lorgar.

¿Cómo podía encontrar las palabras para describir el odio que había sentido contra su hermano? Y si encontraba las palabras para eso, ¿cómo explicar sus sentimientos cuando el Acechante, Konrad Curze, había detenido la garra relámpago de Corax a unos escasos milisegundos de la garganta de Lorgar?

Los sirvientes estaban otra vez en movimiento, y escuchando sus conversaciones el primarca se dio cuenta de que la noche había acabado y ya estaban preparándole el desayuno. Repasó los últimos párrafos que había escrito, sorprendido por la acidez de sus pensamientos. Consideró borrar todo el documento, expurgando sus recuerdos de golpe, pero se resistió. Por doloroso que fuera, tenía que seguir adelante.

Describió su encuentro con Lorgar y Curze en unas pocas líneas con el estilo somero con el que había empezado, pasando rápidamente a su retirada a una Thunderhawk cercana; retirada que había sido abortada por el fuego enemigo, que había derribado la nave a pocos kilómetros del lugar de la masacre.

El relato se volvió nuevamente fácil, y sus tormentosos pensamientos se apaciguaron al contar el reagrupamiento de la Guardia del Cuervo y su retirada hacia las montañas, devolviendo los golpes a los traidores allí donde era posible, y desapareciendo entre las sombras de las cuevas y valles cuando el enemigo era demasiado numeroso.

Acabó con un lacónico relato de la llegada de Branne y de la extracción de Isstvan. Corax estaba seguro de que no había oído todo lo que había pasado. Que Branne desobedeciera sus órdenes y abandonara Deliverance había sido un movimiento audaz. También los Therion, el prefecto Valerius, estaban en cierta forma

involucrados. Esa parte de la historia no tenía ningún sentido, y Corax decidió descubrir la verdad oculta en cuanto regresara a la *Vengadora*.

Se llevó la tableta con él cuando se dirigió al comedor, compilando y anotando listas de naves de guerra y otras fuerzas que había documentado durante toda la campaña. Mientras engullía la comida, apenas notando su sabor o textura, Corax añadió un apéndice detallando las fuerzas enemigas y las tácticas que habían utilizado en Isstvan, y unas pocas notas relativas a los movimientos de la flota mientras huían del sistema estelar.

Con el informe completo, selló el archivo y se lo entregó a uno de sus asistentes, ordenándole que le fuera entregado a Malcador. El Sigilita se aseguraría de que la información llegara a Dorn y a cualquier otro que pudiera encontrarle una utilidad.

Poner por escrito sus experiencias en Isstvan no le había proporcionado ninguna sensación de satisfacción o liberación. Todavía quedaban demasiadas preguntas sin respuesta que Corax no podía ni siquiera empezar a formular. Una y otra vez se quedaba tan sólo con el sentimiento de pérdida y de vacío, desconociendo qué era lo que había hecho que sus hermanos se volvieran contra el Emperador.

Buscando paz y distracción, el primarca dejó sus aposentos y salió a la terraza desde la que se veía el mar interior. Apartó todos los pensamientos que se agolpaban en su cabeza y trató de centrarse en el siempre cambiante juego de luces y el constante gorjeo y murmullo del agua.

Tras pasar algún tiempo maravillándose con la belleza del lago subterráneo, y de tomarse unos minutos para explorar los alrededores, el primarca decidió vagar más allá. Había otros hábitats autocontenidos en la vecindad, encarados hacia una plaza circular decorada con mosaicos abstractos. Todas las demás residencias parecían desiertas en esos momentos. Corax contó veinte, un número que estaba seguro no era una coincidencia. Eso respondía la pregunta de cuándo habían sido levantadas, pues sin duda una construcción más reciente tan sólo habría contado con dieciocho.

Desde el exterior no había forma alguna de distinguir las villas entre sí, y Corax se cansó rápidamente de tratar de averiguar quién se habría alojado detrás de cada puerta. Estaba a punto de llamar al elevador situado en una gran columna de la plaza central cuando uno de los sirvientes de la residencia se le acercó corriendo.

—¡Lord Corax, hay un mensaje para vos! —El primarca se volvió y vio una mujer de mediana edad corriendo a través de la plaza—. Lord Dorn ha regresado y desea encontrarse con vos y Malcador.

En ese momento, una campana sonó en el elevador, y un panel en el pilar que simulaba mármol se abrió para mostrar a un capitán con el uniforme de los Puños Imperiales.

—Ése será vuestro guía, lord Corax —le informó la sirviente—. Perdón por tardar en encontraros.

—No importa —dijo Corax.

El puño imperial se golpeó el pecho con una mano a modo de saludo e inclinó la cabeza mientras Corax entraba en el ascensor. Las puertas se cerraron, envolviendo al primarca y al legionario en el tenue brillo azulado de la luz artificial.

—¿Dónde voy a encontrarme con mi hermano? —quiso saber Corax.

—Malcador os recibirá en la Sala de las Victorias, mi señor —replicó el capitán —. Sólo nos tomará unos minutos llegar hasta allí.

No dijeron nada más mientras el ascensor seguía descendiendo y bajaba varios kilómetros hacia el interior de Terra. Finalmente, el transporte se detuvo y Corax estimó que estaban a bastante profundidad bajo el nivel del mar. El puño imperial lo condujo hasta unas gigantescas puertas dobles que se encontraban a poca distancia del hueco del ascensor. Estaban cubiertas de oro y esculpidas, mostrando la imagen de un hombre y una mujer mirándose mutuamente. En la puerta izquierda, la mujer sostenía un niño acunado en un brazo y una espada en la mano, y su cabello fluía como una cascada, enredada con el vaporoso vestido, que a su vez se entremezclaba con la larga hierba a sus pies. A la derecha, el hombre iba vestido con un mono de trabajo, una cadena con los rayos cruzados de la Unificación colgaba de su cuello, tenía una herramienta en una mano y una pistola en la otra, y estaba mirando hacia los cielos. Entre los dos ardía una estrella estilizada, rodeada por otros puntos brillantes en el firmamento.

Unos ornamentados pergaminos mostraban una frase escrita en uno de los antiguos lenguajes terranos. Corax no había sido un gran estudioso y, a diferencia de muchos de sus hermanos, se había preocupado poco de conocer la cultura terrana preimperial. Sentía poco interés por el pasado y prefería concentrar sus pensamientos y acciones en modelar adecuadamente el futuro. A pesar de ello, instintivamente pudo descifrar el mensaje traduciéndolo toscamente como «Pueblos de la Tierra, unidos».

Las puertas se abrieron con suavidad cuando Corax empujó, girando silenciosamente hacia el interior para revelar una sala de varios cientos de metros de largo. El primarca se sorprendió al ver ventanas de arco a lo largo del muro de su derecha a través de las cuales penetraba la luz del sol.

Teniendo en cuenta el nombre del lugar, Corax había esperado ver hileras de honores de batalla y estandartes, muestras de armaduras y armas alineadas en las paredes. En vez de ello, había numerosas vitrinas de cristal de diversos tamaños, desde las más pequeñas, que hubieran cabido en la palma de la mano de Corax, hasta algunas del tamaño de un tanque de batalla, dispuestas en filas a lo largo de la sala. Cada una contenía un objeto de algún punto de la galaxia, de centenares, miles o decenas de miles de años de antigüedad.

Corax avanzó hacia la vitrina más cercana y se detuvo a examinar su contenido. Sintió una punzada de estática y oyó el débil zumbido de un generador de campo de

éstasis. En su interior había un pequeño circuito integrado de función desconocida. En el pedestal que la sostenía se veía una pequeña placa de acero grabada con un texto sencillo que revelaba su importancia:

CIRCUITO NAVEGACIONAL DE LA PRIMERA NAVE ESPACIAL CAPAZ DE MOVERSE POR LA DISFORMIDAD

Corax dio un paso atrás, sorprendido. Intrigado, se volvió y se encontró mirando la forma esquelética de un vehículo con ruedas, apenas lo suficientemente grande como para que un hombre normal se sentara en su interior. Sus ruedas infladas formaban la mayor parte del vehículo. Corax se acercó para examinar la placa informativa.

VEHÍCULO EXPLORADOR TITÁN

El primarca no sabía qué pensar. Realmente no se parecía a ningún titán producido jamás por el Mechanicum, que eran máquinas de guerra gigantescas, de decenas de metros de altura. Observó más de cerca el vehículo, pero no pudo ver nada que se pareciera ni remotamente a la montura para un arma.

Con un gruñido de confusión, siguió adelante. Sus ojos pasaron por encima de diversos artefactos tecnológicos hasta detenerse en un tubo de cristal lleno de un pulsante líquido de color azul oscuro situado a unas docenas de metros más allá. El texto de la placa, aunque estaba escrito en gótico imperial, podría haber estado escrito en un lenguaje alienígena o perdido, pues Corax no pudo encontrarle sentido alguno.

FÓRMULA DE LA GÉNESIS EUCARIÓTICA MENDELIANA

Se pasó los dedos por el cabello, que le había caído sobre la frente. Corax se irguió, lo que dejó algo a la altura de sus ojos. Era una vitrina pequeña, de menos de medio metro de lado, pero su posición central era indicativa de una particular importancia.

En su interior había una pieza de cerámica rota. No parecía tener nada especial, simplemente eran ocho fragmentos curvilíneos de arcilla sin pintar con marcas de huellas y de dientes. Corax unió las diversas partes en su mente y dedujo que se trataba de un cuenco de algún tipo.

Oyó el susurro de las puertas abriéndose y se volvió para ver a Malcador aparecer en la sala, avanzando decididamente. Tenía la cara enrojecida, con los ojos brillantes y alerta.

—¿Qué es este lugar? —quiso saber Corax—. ¿Qué tipo de victorias se glorifican aquí?

—Las más importantes de todas —dijo el Sigilita, reuniéndose con el primarca junto al cuenco roto. Señaló con un dedo esquelético el contenido de la vitrina—. Una de las primeras piezas de cerámica fabricadas por el ser humano. Tiene cientos de miles de años de antigüedad.

—No parece un gran logro, comparada con las cosas que hay allí —apuntó Corax —. Es demasiado sencillo; un niño podría hacerlo.

—Y sin embargo, es posiblemente uno de los avances más importantes de toda la historia, Corax —insistió Malcador—. Sin este cuenco, sin la mente que lo ideó y las manos que lo moldearon, el resto de la sala estaría vacía. Hemos recorrido un largo, largo camino desde que nuestros ancestros se dieron cuenta de que determinado tipo de barro se endurecía al sol y decidieron hacer algo. Pero sin un primer paso no puede empezarse viaje alguno.

—¿Todos éstos son logros tecnológicos? ¿Primeros pasos hacia nuevas épocas de la historia de la humanidad?

—La mayor parte son tecnológicos o científicos, y unos pocos culturales —explicó Malcador. Movió su mano hacia el extremo más alejado de la sala, donde habían diversas pinturas, estatuas, grabados, tapices y otras obras de arte.

Antes de que el primarca pudiera seguir investigando, las puertas se abrieron nuevamente, revelando una figura casi tan alta como Corax y más ancha de espaldas. El cabello rubio claro de Rogal Dorn estaba cortado de forma puntiaguda, lo que enmarcaba sus rasgos faciales como una corona. Iba vestido con una semiarmadura, con el pecho, las espinillas y los antebrazos protegidos por placas y capas de metal dorado grabadas con dibujos oscilantes parecidos a los de la propia armadura de Corax. Una capa de color rojo oscuro le llegaba hasta los tobillos, sujetada por una pinza con la forma de un puño cerrado sobre el hombro izquierdo, y con un broche con la forma del aquila imperial en el derecho. Llevaba una camisa de malla dorada que le llegaba hasta las rodillas. Ceñía un cinturón en el que llevaba sujeta una espada sierra con dientes como colmillos y un bólter en su funda. Las manos de Dorn estaban cubiertas con unos dorados guanteletes segmentados, con un rubí de tamaño considerable engastado en cada nudillo. Su piel era coriácea y muy morena, cubierta de rastros de finas cicatrices y marcas distintivas.

—¡Hermano! —gritó Dorn con la mano levantada como saludo. Su voz resonó por la sala, perturbando su aire de silenciosa veneración.

Los dos primarcas se encontraron y se estrecharon la mano agarrándose por las muñecas en señal de bienvenida. Dorn puso una mano sobre el hombro de Corax y sonrió brevemente.

—Te prometí que hoy estaría aquí —dijo.

—Como siempre, tu palabra es tan segura como las fortalezas que construyes —respondió Corax, dando un paso atrás para separarse de su hermano genético. La expresión de Dorn se ensombreció.

—Espero que mi último trabajo sea igual de fiable para cumplir su misión.

—Tu trabajo es excepcional como siempre, Rogal —intervino Malcador. Les hizo una seña para que lo acompañaran hacia la línea de bancos situada bajo las grandes ventanas—. No hay nadie más en toda la galaxia a quien el Emperador confiaría la construcción de las murallas para él.

Corax se detuvo antes de sentarse y miró por la ventana. Al otro lado había un amplio valle que parecía hecho totalmente de metal. Mirando hacia arriba, vio el pálido cielo a varios cientos de metros por encima. Todo el edificio estaba situado en lo más profundo de una fisura que seguía extendiéndose hacia abajo más allá de su vista, piso tras piso de ventanas y pasadizos, el abismo entrecruzado por puentes cubiertos, vías de tren de curvo recorrido y carreteras oscuras.

—Los edificios administrativos —le explicó Malcador, mirando más allá de Corax—. Tres millones de hombres y mujeres encargados de la administración de Terra y del sistema Sol.

—¿Tres millones? ¿Para un sistema? —Corax no podía creer lo que oía—. ¿Por qué tantos?

—Oh, eso es sólo una fracción de la población civil, Corvus —le aclaró el Sigilita —. Son apenas suficientes para mantener los archivos de todo lo que se maneja aquí. Buena parte de los demás viven en torres de servicio en Chivolian Heights, unos setecientos millones de ellos en total.

—Lo que a mí me preocupa más es el número de cuarteles —dijo Dorn, sentándose en el diván azul oscuro—. Tu ejército de escribas y auditores no va a detener a Horus.

—Dales armas y seguro que lo harán lo mejor que puedan —replicó el Sigilita, sentándose en el banco adyacente.

—Ya he enviado a tu guardia de honor a los nuevos barracones de la guarnición, no lejos de aquí —le contó Dorn a Corax mientras el primarca de la Guardia del Cuervo seguía mirando por la ventana—. Hay sitio para varios miles más, cuando el resto de tu legión llegue.

Corax se volvió con las cejas levantadas por la sorpresa.

—¿Crees que voy a traer a la Guardia del Cuervo aquí?

—¿Adonde más pueden ir? Por lo que he oído, apenas quedan los suficientes para que Deliverance parezca habitada. Necesitamos a todos los guerreros que puedan defender Terra. El capitán Noriz me ha dicho que tienes mil setecientos catorce legionarios y otros rangos a bordo de la *Vengadora*. ¿Cuántos más puedo contabilizar en mis planes que lleguen desde Deliverance?

—Te estás adelantando demasiado, hermano —replicó Corax, cruzando los brazos—. He venido a ver al Emperador y pedirle permiso para lanzar ataques contra los traidores.

—Poco inteligente —murmuró Malcador, obviamente para sí mismo, pero no lo suficientemente bajo para evitar el agudo oído de Corax. El primarca se volvió hacia Malcador.

—No me voy a quedar aquí atrapado como una rata en un agujero —le espetó Corax. Se calmó un poco y miró nuevamente a Dorn—. Tú sabes cómo luchamos nosotros, hermano. Nunca hemos sido buenos defendiendo una torre o una línea de trincheras. Si la Guardia del Cuervo ha de realizar su papel, necesitamos la libertad de operar sin tener las espaldas contra un muro.

—Imposible —se negó Dorn—. Te guste o no, debo insistir en que tu legión quede estacionada aquí para reforzar las defensas del Emperador. Horus va a venir directo hacia aquí, no te equivoques acerca de eso. Nuestro deber principal, nuestro único deber, es la protección de Terra. ¿Qué daños crees que puedes ocasionar tú solo? Dispones de, ¿cuánto? ¿Tres mil guerreros? Horus en estos momentos dispone de varios cientos de veces ese número, y ¿quién puede decir cuánto aumentarán sus filas? Tu lugar está aquí, en Terra, te guste o no.

—No me gusta. Y no me importa tu insistencia —replicó Corax, furioso con la creencia de Dorn de que el primarca de la Guardia del Cuervo se plegaría tan fácilmente a sus exigencias—. Le juré lealtad al Emperador, no a ti, ni a ti, Malcador, antes de que empieces a apelar a cualquier autoridad como regente.

Dorn y el Sigilita no dijeron nada mientras Corax se apartaba de las ventanas, mesándose una ceja nerviosamente. El primarca de la Guardia del Cuervo detuvo su deambular y se volvió hacia los otros dos con la mano extendida de forma conciliadora.

—¿Por qué asumes que Horus atacará Terra? —preguntó Corax.

—Si quiere deponer al Emperador y reclamar la galaxia para sí, es lo único que puede hacer —afirmó Malcador.

—Nosotros no dejaremos que eso suceda —añadió Dorn.

—Me has malinterpretado —dijo Corax—. Tú asumes que Horus llegará a Terra. De hecho, ya has renunciado a la iniciativa en favor de nuestro enemigo, y ahora corres por todas partes haciendo todo lo que puedes en el tiempo que él quiera concederte. Hemos de devolver el golpe rápidamente, frenar cualquier inercia que haya conseguido con la masacre en Isstvan, y detener la rebelión en sus inicios.

—Ése fue el motivo por el que fuiste enviado a Isstvan —respondió Malcador suspirando pesadamente—. Eres tú el que no entiende totalmente la situación. Horus tiene la lealtad de su propia legión, la de los Portadores de Palabra, de la Legión Alfa, de los Guerreros de Hie…

—Conozco las caras de los traidores, las vi en persona en Isstvan —gruñó Corax—. Pero nosotros no estamos faltos de aliados. El Khan y sus Cicatrices Blancas, Lion con la Primera. ¿Y qué hay de los Ultramarines y de los Mil Hijos?

El que siguió fue un silencio incómodo mientras Dorn y Malcador intercambiaban miradas preocupadas. El primarca asintió ligeramente a Malcador.

—Los Mil Hijos no pueden contarse entre los leales a Terra —declaró el Sigilita—. No voy a entrar en detalles, pero Magnus ha demostrado que no es de fiar y se le ha tratado en consecuencia. Leman Russ y su legión han sido enviados a hacer pagar a Magnus su violación del Decreto de Nikaea.

—¿Qué significa eso? —insistió Corax.

—De momento no está claro lo que ha sucedido —respondió Dorn con su tono directo—. Los lobos de Fenris han sido demasiado entusiastas. Han destruido Prospero y aniquilado a los Mil Hijos.

—¿Y qué podías esperar, lanzando al Rey Lobo de esa forma? —le replicó Corax.

—Si eso fuera cierto, nuestras preocupaciones serían menores —terció Malcador con la mirada moviéndose entre Corax y Dorn—. Esta misma mañana he recibido informes desde Prospero según los cuales Magnus y parte de su legión escaparon del ataque. Me temo que el número de nuestros enemigos, en vez de disminuir, ha aumentado a causa de las voluntariosas acciones de Russ. Aunque no existe demasiada confianza entre Magnus y Horus, parece que les hemos proporcionado un enemigo común.

Dorn lanzó un gruñido de irritación, golpeando con su puño el acolchado del banco. El primarca se levantó y miró a Corax.

—Cada guerrero cuenta —afirmó Dorn—. Te necesitamos en Terra. No podemos evitar que Horus llegue hasta aquí. Acéptalo como un hecho y trae tu legión para colaborar en la defensa.

—No, a no ser que el Emperador en persona me lo ordene —se negó Corax, volviendo a pasearse arriba y abajo ante los otros dos, sumido en una fuerte agitación—. No pienso quedarme quieto mientras Horus y nuestros otros hermanos traidores aprovechan el tiempo y se preparan para la batalla. Deben ser acosados y perseguidos, hacerles pagar rápidamente por lo que han hecho. En estos momentos debe de estar rebosando confianza. Yo voy a atravesarles el orgullo y demostrarles que todavía no han ganado.

Corax se detuvo y fijó su mirada en Dorn.

—No confío en nadie más que en ti, hermano, para que el Emperador esté a salvo, pero yo no tengo ni la confianza ni la paciencia. Debo devolver el golpe y hacer daño a los traidores, hacerles pagar por lo que le han hecho a mi legión.

—¿Una venganza personal? —apuntó Malcador.

—Un acto de desafío —replicó Corax—. Hay muchos a los que Horus tratará de

reclutar. En estos momentos prácticamente puede garantizarles la victoria sin que haya ninguna evidencia que contradiga sus afirmaciones. Yo enviaré un mensaje a todo el Imperio de que el Emperador y sus legiones no los han abandonado.

El primarca de la Guardia del Cuervo dio media vuelta y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta.

—¿Adonde vas? —le gritó Dorn al mismo tiempo que se ponía en pie.

—¡A ver al Emperador! —gruñó Corax como respuesta.

—Él no puede recibirte, Corax, no lo molestes —gritó Malcador, apresurándose tras el primarca.

Corax abrió las puertas y se vio frente al contingente de custodios de la guardia personal de Malcador.

—Tú —espetó, señalando a su líder—. Llévame ante el Emperador.

El custodio no dijo nada, pero volvió la cabeza para mirar a Malcador cuando éste llegó junto a Corax.

—Esto no es inteligente, Corax —dijo el Sigilita.

—Sé considerado, hermano —intervino Dorn poniendo una mano sobre el brazo de Corax. El primarca de la Guardia del Cuervo se liberó de la mano de su hermano.

—Soy el primarca de la Guardia del Cuervo, hijo del Emperador —gruñó Corax —. ¡Estoy en mi derecho! Llevadme ahora mismo ante el Emperador, o lo encontraré por mí mismo.

Dorn buscó su mirada con una expresión dubitativa, y bajó la mano hacia la espada sierra que le colgaba del cinto a modo de advertencia.

—¡Ya es suficiente! ¡No pienso tolerar ninguna disputa en mi palacio!

Corax y Dorn miraron a Malcador, que era quien había hablado, aunque su voz era profunda y resonante, al contrario de los habituales susurros del Sigilita. Los ojos de Malcador brillaban con una luz dorada, y su cara era una máscara de beatífica felicidad. Sus labios volvieron a moverse, como si estuvieran aislados del resto de su cuerpo, y levantó una mano rugosa envuelta por un aura brillante.

—¿Mi Emperador? —Dorn hincó una rodilla e inclinó la cabeza—. Siento haber causado un conflicto.

—¿Tú no compartes la vergüenza de tu hermano? —dijo la voz a través de la carne de Malcador mientras los ojos dorados del Sigilita se movían hacia el primarca de la Guardia del Cuervo.

—Te pido disculpas, padre —dijo Corax, hincando la rodilla junto a Dorn.

La figura de Malcador se inclinó y reposó la palma de su mano en la cabeza de Corax.

—Comparte mi sabiduría.

Luz y calor atravesaron los pensamientos de Corax, cegándolo a cualquier otro estímulo.

Durante un instante, Corax atisbo una gran sala. La estancia estaba atestada de maquinaria: conducciones de refrigeración y cables serpenteando por el suelo y los muros desde equipos conectados con miles de diales e indicadores. El aire estaba saturado de ozono, el repiqueteo y el zumbido de los generadores hacía que el suelo temblara bajo los pies. Los transformadores cargados de energía hacían un ruido sordo en las lejanas sombras.

En la penumbra de luz y oscuridad, Corax distinguió centenares de figuras encapuchadas encargándose de la maquinaria. Bajo sus capas rojas atisbo caras medio mecánicas, y de las mangas escarlatas surgían extremidades de metal.

Corax se dio cuenta de todo ello con un simple vistazo, y sus ojos se vieron atraídos hacia una extraña pero magnificente construcción en el centro de la sala. Era un gigantesco y altísimo estrado que se extendía hacia la lejana pared, forrado de oro que reflejaba las miles de luces que lo rodeaban, y cubierto de circuitos plateados. Docenas de cables y tubos conectaban el estrado a las máquinas de alrededor y la electricidad zumbaba por su superficie. En la base de la tarima había un par de puertas gigantescas, suficientemente grandes para permitir el paso de un tanque, o incluso de uno de los titanes exploradores del Mechanicum.

Pero no fue esto lo que llamó la atención del primarca.

La parte superior de la construcción tenía la forma de una inmensa silla, conectada a chisporroteantes cables y pulsantes campos de energía. Sentado en aquel trono se encontraba el Emperador, equipado con una armadura dorada, la cabeza inclinada y los ojos cerrados en intensa concentración. Las oleadas de energía púrpura y azul fluían por su piel, una microtormenta eléctrica desatándose sobre su fruncido ceño.

Mientras Corax miraba, una única y brillante gota de sudor se desprendió de la ceja del Emperador, cayendo como una lágrima dorada desde su mejilla. La mandíbula del Emperador estaba apretada, tal vez por el esfuerzo, o tal vez por el dolor. El primarca jamás había visto a su padre como lo vio en ese momento, y tuvo un instante de preocupación.

La escena se desvaneció, reemplazada por la de un paisaje inundado de luz. Parecía existir en ninguna parte, formado por la luz y nada más. En el centro del brillo, el Emperador estaba sentado como en la imagen anterior, aunque ahora lo hacía en un trono dorado que rebosaba energía. Un águila gigante reposaba sobre su espalda, tenía dos cabezas, y miraba a Corax con ojos de rubí. La cara del Emperador aparecía calmada, sin mostrar ningún rastro de la tensión que había inquietado al primarca anteriormente. El Señor de la Humanidad parecía encontrarse sumido en una profunda meditación, inmóvil en su trono dorado.

—Padre, mi Emperador, soy Corvus —dijo, doblando la rodilla—. Si puedes

escucharme, por favor, atiende a mis palabras. Mi legión casi ha desaparecido y nuestros enemigos crecen en poder cada día que pasa. Quiero saber qué deseas que haga. En mi corazón ansío devolver el golpe a los traidores, verter su sangre como ellos han vertido la mía. Todo lo que pido es tu bendición en esta empresa y llevaré la batalla al enemigo con virtud en mi corazón y tu gloria en mi espíritu.

No se produjo cambio alguno en la actitud del Emperador.

—¡Padre! ¡Escúchame! —En tensión, Corax sintió como las heridas se reabrían bajo la armadura, la espesa sangre resbalándole por el costado. Ignoró el estallido de dolor—. La Guardia del Cuervo luchará hasta el último hombre para proteger la Verdad Imperial. No somos tan poderosos como habíamos sido, pero ofreceremos cada una de nuestras vidas en vuestra defensa. Pero necesito tu ayuda. Por favor, confiéreme tu sabiduría, otórgame tu guía.

Se desplomó, derrumbado a causa de la oleada de fatiga que lo invadió. Durante más de trescientos días había luchado contra las heridas de Isstvan, obligándose a seguir adelante. Al principio, su legión lo había necesitado. Después había mantenido el empuje, soportando su agonía en silencio para poder llegar ante el Emperador y preguntar cuáles eran sus órdenes.

Había fracasado.

Había fracasado en Isstvan y había fracasado allí. La sangre manaba de sus numerosas heridas, como si respondiera al dolor que sentía en su espíritu. Con ella, su vigor murió y su voluntad se desvaneció.

—Hijo.

Esa única palabra retumbó por el brillante firmamento, resonando y rebotando, llenando los pensamientos de Corax a la vez que el sonido llegaba a sus oídos.

Los ojos del Emperador estaban abiertos, unos ardientes orbes de oro que atravesaban el alma de Corax. Motas de energía dorada danzaban en esos orbes, pero su mirada no estaba falta de ternura. El Emperador se levantó, y su armadura se fundió en destellos de tiras doradas que fueron reemplazadas por ropajes de diáfana plata que caían de su cuerpo como una catarata argéntea.

El Emperador adelantó la mano y Corax sintió unos dedos calientes sobre su frente. La energía fluyó a través del primarca, soldando sus huesos rotos, cicatrizando las heridas sangrantes, sanando los músculos y órganos heridos. El primarca jadeó, lleno de amor y adoración.

—Levántate. —Corax hizo lo que le había ordenado el Emperador con fuerzas renovadas.

—Lo siento, padre —se disculpó Corax, hincando una vez más la rodilla—. Sé que tus trabajos son importantes, pero tenía que hablar contigo.

—Claro que debías, Corvus —asintió el Emperador. La majestuosidad y el poder habían desaparecido de su voz, dejando tan sólo un tono de respeto y admiración—.

Has sufrido mucho para llegar hasta aquí.

Corax sintió una mano cogiéndolo del brazo y se puso en pie bajo la guía del Emperador. Su padre parecía menos majestuoso, con la luz apagándose bajo su piel y su cara adoptando los rasgos de un hombre normal con ojos marrones, mientras en su cabeza crecía un largo cabello negro.

—¿Es ésa tu verdadera cara? —le preguntó Corax.

—No tengo tal cosa —replicó el Emperador—. He llevado millones de caras a lo largo de los milenios, según mis necesidades o estado de ánimo.

—Recuerdo ésta —afirmó Corax, evocando levemente un sueño que había tenido mientras se veía superado por sus heridas en la Thunderhawk derribada—. Así es como te me apareciste cuando nací en mi cápsula.

—Sí. Es extraño que recuerdes eso —dijo el Emperador. Su expresión se volvió más severa—. ¿Qué querías preguntarme, hijo mío?

—La Guardia del Cuervo está a punto de dejar de ser una fuerza de combate, pero quiero reconstruirla si tengo la oportunidad. Aun así, no pienso reservar ningún guerrero en la lucha que se avecina, ni dejar pasar el tiempo necesario para formar una nueva generación de la legión. Quiero tu permiso para lanzar ataques contra los traidores, para alcanzar nuestro final en la gloria de la batalla.

—¿Quieres sacrificar tu legión? —El Emperador parecía genuinamente sorprendido—. ¿Por qué motivo?

—No lo hago por deseo, sino por necesidad —explicó Corax—. Debo redimirme por el fallo en Isstvan, pues si dejo que anide en mi corazón, me desgarrará con tanta seguridad como lo hicieron mis heridas. Perdóname, pero no puedo defender Terra, esperando pasivamente que mi destino venga a mí.

El Emperador no respondió durante un cierto tiempo, con la frente ligeramente arrugada por sus profundos pensamientos. Corax esperó, con los ojos fijos en la cara del Emperador.

—Estoy de acuerdo —dijo finalmente el Señor de la Humanidad—. Está en tu naturaleza el crear confusión y sumir en ella a tus enemigos. Pero aun así no hay necesidad de que te sacrifiques. No me gusta, pero tienes toda mi confianza, Corvus. Te voy a entregar un regalo, un magnífico regalo.

Una vez más el Emperador extendió la mano y la apoyó sobre la cabeza de Corax.

Corax quedó dominado por la mente del Emperador durante una eternidad. Una existencia que había durado más de treinta milenios se esforzó por introducirse en los pensamientos del primarca, lo que envió dolorosas descargas por todo su ser.

Un instante después, el dolor había cesado, la impresión de sus recuerdos era una mera porción de lo que había sido anteriormente, la fracción más pequeña del ser que era el Emperador. Todavía aturdido por el impacto psíquico, Corax se

preguntó si así era como se sentían los astrotelépatas durante la Comunión del Alma, cuando sus mentes se unían al poder psíquico del Emperador.

Los destellos de los nuevos recuerdos le recorrieron los pensamientos, bloqueando cualquier otra sensación, una sucesión de imágenes que ardieron en su cerebro. El cuerpo del primarca se estremeció con la sensación, rebelándose contra las pautas e imágenes vertidas en su mente.

Le llegó el penetrante olor de los fluidos de purificación, y oyó el zumbido de las máquinas y el bufido de los aparatos de respiración. Corax atisbo cilindros metálicos con ventanillas de vidrio, dispuestas en forma de círculo en el centro de una sala clínicamente estéril, un enjambre de cables y bombas y tubos que surgían de cada uno de los sarcófagos de acero.

El primarca no sólo veía la escena, formaba parte de ella, hablándole a un técnico vestido de blanco en un lenguaje que no entendía. Había otros ayudantes, con máscaras faciales de tela y gruesas capuchas cubriéndoles la cabeza, y sus manos enfundadas en guantes blancos.

Corax caminó entre las incubadoras, fijándose en los indicadores digitales conectados a cada uno, satisfecho con el pitido y campanilleo de los signos de vida procedente de cada dispositivo. Sintió una enorme satisfacción.

Todavía quedaba mucho que hacer. Los cuerpos físicos estaban siendo alimentados, sus formas sobrehumanas se desarrollaban en base a una matriz genética incrustada en cada cámara. Pero no eran más que cáscaras vacías, y la parte más importante del proyecto todavía había de llegar. Los nacientes cerebros estaban a punto para la integración de las plantillas.

Aunque tenía estos pensamientos, Corax no los entendía. La mayor parte eran frases arcanas y técnicas cuyo significado se perdía en la traducción de su mente. Pero a pesar de toda su complejidad, el primarca se sintió al borde del reconocimiento.

Al igual que sus hermanos, el intelecto de Corax había sido tan potenciado como su cuerpo, y su cerebro era un vasto repositorio de conocimientos, tanto militares como técnicos. También había algo nuevo allí, colocado a la vez que sus recuerdos. En el ojo de su mente vio el muestreo genético y los cálculos de hibridación, y entonces comprendió que la fórmula de la génesis eucariótica mendeliana había sido el primer éxito en la clonación del código genético humano.

Comprendió la mecánica que había detrás de su creación y se maravilló del ingenio de la mente que los había concebido. Pero había áreas que habían sido dejadas en blanco, intencionalmente, asumió. Detalles de las partes del propio código genético del Emperador que fueron utilizadas en la creación de los primarcas. Obviamente, el Emperador no confiaba tanto en Corax.

También había otros recuerdos: el desmantelamiento del laboratorio tras un

extraño fenómeno disforme que había arrastrado las incubadoras, repartiéndolas por la galaxia. Corax vio como era reensamblado en otro lugar, lejos de ojos entrometidos.

Él sabía dónde estaba ese sitio.

Corax se dio cuenta que tenía los ojos cerrados, y los abrió. El Emperador estaba observándolo, esperando pacientemente a que su hijo explorara el regalo que le había dado.

—¿Me has entregado los secretos del proyecto primarca? —preguntó Corax. Su voz era un mero susurro a causa del asombro.

—Las partes que eran relevantes para la creación de las legiones, sí —asintió el Emperador. No sonrió—. He de regresar a la Telaraña, mi presencia será echada de menos. Ésta es toda la ayuda que puedo ofrecerte.

—¿La Telaraña?

—Un portal a la disformidad, más o menos —explicó el Emperador—. Es mi gran proyecto. Más allá del velo de la realidad, las fuerzas del Imperio están librando una guerra con un enemigo tan peligroso como las legiones de Horus: demonios.

Corax conocía la palabra, pero no entendía por qué el Emperador la había utilizado.

—¿Demonios? —inquirió Corax—. ¿Criaturas insustanciales de las pesadillas? Pensaba que no eran más que imaginaciones.

—No, en realidad existen —dijo el Emperador—. La disformidad, el otro reino que utilizamos para viajar, es su hogar, su mundo. La traición de Horus es mayor de lo que te imaginas. Se ha aliado con los poderes de la disformidad, los llamados Dioses del Caos. Los demonios ahora son sus aliados y están tratando de penetrar en el Palacio Imperial desde el interior. Mis guerreros luchan para mantener a raya la incursión, de lo contrario Terra sería invadida por una oleada del Caos.

—Sigo sin entenderlo —admitió Corax.

—No tienes por qué —dijo el Emperador—. Tan sólo debes saber que tengo poco tiempo y que mi poder está consagrado a asegurar nuestra victoria definitiva sobre estos enemigos inmateriales. Es en ti, y en aquellos de tus hermanos que han permanecido fieles a sus juramentos, en quienes recae la defensa física del Imperio. Te he mostrado la forma en que la Guardia del Cuervo puede renacer de las cenizas de su destrucción y volver a luchar por la humanidad.

—Es un regalo increíble —dijo Corax—, pero incluso así no estoy seguro de lo que pretendes que haga.

—Ya he informado a Malcador de mis intenciones, y reunirá a los ayudantes y compañeros que precisas para recuperar la tecnología genética —dijo el Emperador

—. Me has pedido ayuda, pero ahora debes ayudarte a ti mismo. Reconstruye la Guardia del Cuervo. Ataca a los traidores y hazles saber que mi voluntad todavía se cumple.

—Sí, lo haré —asintió Corax, inclinando la cabeza e hincando una rodilla—. La Guardia del Cuervo se levantará del cementerio de la derrota para darte la victoria.

—No sólo te he dado el regalo de estos recuerdos y esta tecnología, te he otorgado la carga de su protección. Tienes el poder de crear ejércitos como yo hice una vez, y eso en sí mismo sería motivo suficiente para guardar celosamente su existencia. Más que eso, el almacén genético contiene los medios para destruir lo que allí se creó. Algo que incluí en el propio ser de cada marine espacial y que no puede deshacerse, desenmarañando su fuerza y objetivo de un plumazo.

—Entiendo —asintió otra vez Corax—. Lo defenderé con mi vida.

—No, debes jurar más que eso, Corvus —le ordenó el Emperador. Su voz adoptó un tono mucho más agresivo, enviando con cada palabra una descarga de energía a través de Corax—. Júrame que en el caso que nuestros enemigos descubran su existencia, lo destruirás, y todo lo que ha sido creado con él. Es demasiado peligroso mantenerlo si existe ni siquiera una remota posibilidad de que Horus pueda hacerse con él. Con su poder podría crear una devastación mucho mayor de la que te imaginas, y reunir una fuerza que ninguna defensa que Rogal pueda construir sería capaz de resistir. Júramelo.

—Te lo juro como tu hijo y tu servidor —juró Corax, temblando por la ferocidad de la exigente voz del Emperador.

—¿Incluso si eso significa la destrucción de la Guardia del Cuervo y de todo lo que has luchado por construir? —Las palabras del Emperador fueron como una implacable tormenta que presionara sobre la mente de Corax, exigiendo obediencia plena.

—Aun así.

El Emperador se volvió y se digirió al Trono Dorado. La luz lo consumió una vez más y su ropa se transformó de nuevo en una armadura. Se detuvo justo delante del trono y miró hacia Corax.

—Una última cosa, hijo mío —dijo tranquila y calmadamente—. La tecnología genética está protegida. Tan sólo yo puedo desactivar las defensas en persona, pero no puedo perder ni un instante lejos de aquí para hacerlo. Estoy seguro de que con los conocimientos que te he dado podrás encontrar una forma de sortearlas.

Corax no dijo nada mientras un aura de luz dorada envolvía al Emperador, elevándolo hasta el asiento del Trono Dorado. El Señor de la Humanidad aumentó nuevamente de estatura, las placas de la armadura se deslizaron hacia sus posiciones y su forma volvió a quedar cubierta con la aegis dorada que Corax había visto en tantos campos de batalla.

El Emperador cerró los ojos y, con un pulso de energía que sacudió toda la sala, saltaron chispas y las energías psíquicas danzaron, envolviendo la figura sentada en una tormenta de poder.

Corax recuperó los sentidos, tendido en un suelo de mármol con Dorn y Malcador inclinados sobre él, no muy seguro de creer lo que había sucedido. Los recuerdos seguían allí, grabados en su cerebro, como bóvedas de tesoros que debían abrirse, y se aferró a ellas como prueba de la voluntad del Emperador.

—Gracias, padre —dijo Corax, y levantó la vista hacia Malcador, quien asintió con comprensión.

—Se te ha asignado una difícil misión, Corax —le dijo el Sigilita—. Debemos empezar los preparativos.

El vapor y otros gases llenaron la cámara subterránea de una neblina distorsionante. El retumbar de la maquinaria pesada hacía que todo el subterráneo temblara cada pocos segundos y que los manojos de cables traquetearan e hicieran girar los globos lumínicos siguiendo órbitas excéntricas alrededor de sus alambres suspensores.

Realmente no era el lugar más agradable como hogar, y con mucho uno de los más ruidosos en los que Omegon jamás había estado, pero servía bien a su propósito. Situado bajo las forjas del distrito Pozometálico de la ciudad más grande de Kiavahr, Nabrik, las cuatro salas contiguas ocupadas por el primarca de la Legión Alfa estaban en el corazón del antiguo complejo industrial desde el que los tecnócratas habían regido el mundo antes de la llegada del Emperador.

En estos días, los hornos y las factorías mostraban los símbolos del Mechanicum de Marte, pero miles de años antes de su llegada, Kiavahr había sido una gran potencia en la fabricación de armas y construcción de naves. Los antiguos tecnogremios habían dividido los recursos del planeta entre ellos y ocupado el gobierno de Kiavahr, comerciando muy prósperamente con los pocos sistemas vecinos que podían alcanzarse durante la Larga Noche.

Había sido un golpe contra el prestigio de los tecnogremios la rebelión que Corax dirigió en la colonia minera de Lycaeus, la luna más grande de Kiavahr; y además había añadido el insulto a esta herida innecesaria cuando el Emperador llegó y los tecnogremios fueron absorbidos como miembros del Imperio. Si hubieran sabido entonces que los marcianos desmantelarían su monopolio y reordenarían su sociedad, los tecnogremios quizá se hubieran resistido más.

Omegon estaba satisfecho porque no habían luchado hasta el final. Quedaban bastantes de ellos con vida, apartados de la muerte por décadas de potenciadores inhumanos y narcóticos antienvejecimiento, muchos de ellos ahora ilegales bajo el

régimen del Mechanicum, como para formar un núcleo disidente dispuesto para ser reclutado. Había permanecido allí durante menos de cien días y ya había establecido contacto con tres supervisores supervivientes de los tecnogremios. Los progresos habían sido rápidos, y su disposición a cooperar en la liberación de Kiavahr conseguida con facilidad.

Con la red de la Legión Alfa propagándose por el mundo forja, tanto en términos de los propios operativos de Omegon como de los agentes de los tecnogremios, confiaba en que las cinco casas que quedaban de los antiguos gobernantes, aquellos que tenían algún peón superviviente oculto entre el humo y las llamas de los desiertos irradiados, pronto lo apoyarían también.

Omegon tenía poco interés en liberar Kiavahr de las garras del Emperador, excepto por lo que eso incomodaría a sus enemigos y demostraría la caída de Corax. Pensaba que los kiavahrianos se consideraban los mejores en términos de logros tecnológicos, aunque la verdad es que sólo tenían una habilidad y productividad mediocres en comparación con muchos mundos forja del Mechanicum. Pero el primarca se apresuró a aumentar la ya hinchada autoestima de los tecnogremios, y con promesas y afirmaciones veladas les había hecho creer que una vez se hubieran liberado del yugo imperial (últimamente había utilizado mucho esa expresión), los kiavahrianos serían igual de poderosos que Marte.

Sentado bajo un ardiente tubo de calor, situado entre la alimentación del núcleo del reactor y un colosal pozo de transporte, Omegon colocó un trípode sobre el suelo desnudo frente a él, y conectó un pequeño aparato de comunicaciones del tamaño de su puño.

Introdujo una secuencia de cifras de frecuencias que se sabía de memoria —descifrar los protocolos de seguridad de la red de comunicaciones internas del Mechanicum le había costado cinco días enteros de cálculos—, y empezó a establecer la señal. Redirigió la transmisión a través de quince subestaciones distintas, rebotando la señal portadora desde dos estaciones orbitales y estableciendo tres puntos muertos como localizaciones de rastreo, incluido uno en Deliverance por simple diversión, y finalmente introdujo la clave de su código de mando personal.

Mientras Omegon trabajaba, tuvo una cierta sensación de comodidad. Aunque no tenía preferencia alguna respecto a la existencia o extinción de Corax y su legión por sí mismos, su retirada, y la obtención de la tecnología terrana que la Cábala le había asegurado que estaría en su posesión, sería un paso más hacia la consecución de los planes de los primarcas gemelos. Para que Horus tuviera las mayores posibilidades de éxito, el Emperador debía ser aislado. Con su desaparición, la Guardia del Cuervo facilitaría las cosas para lograr ese objetivo.

Satisfecho de que tan sólo la búsqueda más exhaustiva pudiera detectar que

estaba accediendo al constante flujo de datos que surcaba el nuevo estado del Mechanicum, Omegon finalmente introdujo la frecuencia de contacto de Iyadine Nethri, su enlace en el gremio Hierro Blanco.

El comunicador crepitó durante un rato y finalmente un pitido de confirmación informó al primarca que se había establecido la conexión. Sus ojos se dirigieron al pequeño lector esquemático en la parte frontal del comunicador, que le aseguraba que la transmisión estaba libre de monitorización. Presionó la tecla de aceptar.

—Consejero Effrit, esperaba que contactara antes. —La voz de Nethri quedaba apagada por las numerosas capas de compresión y encriptación a través de las cuales se transportaba la transmisión—. Espero que vaya todo bien.

—Todo va bien —replicó Omegon. Su voz, tal como emergería en el otro extremo de la línea, no se parecería en nada a la suya, modulada y distorsionada varias veces para erradicar cualquier traza de su identidad—. He tenido que confirmar diversos pedidos y acuerdos.

Omegon no había tenido que hacer nada de eso, pero estaba interpretando a un intermediario en vez de al orquestador de este particular golpe.

—Estamos preparados para dar nuestro informe al consejo revolucionario —dijo Nethri.

—Adelante —respondió Omegon, sonriendo.

Había creado tres células distintas, una por cada uno de los gremios que se habían unido a su causa, y mientras esperaba, la información recogida por los legionarios alfa ocultos entre la Guardia del Cuervo los había enviado a todo tipo de misiones intrascendentes y expediciones para reunir información. Era bueno mantenerlos ocupados y distraídos, y también era necesario comprobar su competencia y sus procedimientos de seguridad. Hasta ese momento sus agentes lo habían hecho bien, y las autoridades kiavahrianas no tenían razón alguna para sospechar que algo iba mal en su mundo.

—Las bodegas de almacenaje en Pharsalika han sido privadas de sus habituales remesas de promethium. Estamos investigando la causa. Coldron Diaminex ha sido promocionado a viceregente de la Sociedad Potenciativa. Era uno de los políticos que más ruidosamente hablaba contra el Imperio antes de la sumisión.

Omegon siguió escuchando mientras Nethri le iba comunicando más datos triviales, hasta que una pieza concreta de información le picó la curiosidad.

—Por favor, repita la última sección —dijo.

—La producción del manufactorum treinta y ocho ha sido desviada al manufactorum veintiséis, consejero —repitió Nethri.

—Confirmado —dijo Omegon.

El manufactorum treinta y ocho había sido utilizado desde la llegada de la Guardia del Cuervo en la producción de conductos de energía para las

servoarmaduras. Que la factoría hubiera cesado su producción era intrigante, e iba en contra de las expectativas de Omegon. Había pensado que todos los elementos de la producción de armaduras se incrementarían tras la masacre, pero en realidad había pasado lo contrario. Durante los últimos dieciocho días, la producción se había ido reduciendo.

—¿Se ha dado alguna razón para ello? —inquirió.

—No estamos seguros, consejero… Ha habido un incremento en el tráfico astrotelepático a través de la Espira Cortex, y he oído rumores de que están esperando un nuevo diseño de armadura.

—Entendido —asintió Omegon. Comprobó nuevamente el monitor de interferencia pasiva. Todavía no había rastro alguno de que la transmisión hubiera sido detectada. El primarca no podía permitirse escuchar el resto del interminable informe del agente, así que preguntó por la única información que consideraba pertinente—. ¿Hay alguna noticia de la Guardia del Cuervo? ¿Alguna señal de Corax?

—Ninguna noticia concerniente al usurpador, consejero —replicó Nethri—. Los últimos informes tan sólo hablan de las naves y el personal del que previamente ya le había informado. No hemos oído nada que pueda sugerir cuándo, o si trata de regresar.

—Muy bien. Por favor, envíe el resto del informe en forma de un paquete de datos estándar. Fin de la transmisión.

Cortó la conexión y empezó a desmantelar el laberinto de circuitos de comunicaciones y comprobaciones que había construido. Mientras lo hacía, utilizó su transmisor de la legión para contactar con Verson. El agente le respondió en pocos segundos.

—Necesitamos un agente dentro del manufactorum treinta y ocho —ordenó.

—Recibido —respondió Verson—. Tendré alguien allí al caer la noche.

No había necesidad de decir nada más, y el comunicador zumbó y quedó en silencio.

Tras completar la desconexión, Omegon desmontó el comunicador y lo guardó en la bolsa que colgaba de su cinturón mientras se levantaba. Llevaba la ropa roja de un acólito del Mechanicum, y se puso una máscara de plata y perlas para ocultar su rostro antes de ponerse la capucha ribeteada de oro. Entre una población que contenía esclavos criados en cubetas, servidores medio máquinas y los potenciados, el tamaño de Omegon no era destacable. Aun así, cuando se veía obligado a moverse abiertamente, se desplazaba únicamente durante las horas entre los cambios de turno y por las áreas con menos tránsito. Era mejor asegurarse que lamentarlo.

Era hora de abandonar ese poco confortable lugar y dirigirse a la siguiente área segura. Dos días era tiempo más que suficiente para permanecer en un mismo lugar.

En realidad, ya tenía la siguiente localización en mente.



SIETE

SERVIDOR DE TERRA
HACIA LA MONTAÑA
NO DISPARÉIS

Marcus Valerius parpadeó con fuerza, con los pensamientos enturbiados por la visión de un panorama dorado y los ecos de una voz resonante cuyas palabras apenas podía entender. Las mejillas le latían dolorosamente, y los ojos le ardían por alguna razón que no podía imaginar. La voz en la cabeza del prefecto cambió, convirtiéndose en algo más mundano e insistente, cercano.

—¿Se encuentra bien, prefecto?

Parpadeando nuevamente, Valerius se centró en el hombre que tenía delante de él. Era Pelon. Las imágenes residuales de ojos dorados se desvanecieron de la memoria, siendo reemplazadas por los rasgos del sirviente.

—Sí, estoy bien —afirmó Marcus, frotándose la frente con los nudillos. Se volvió y miró a través del plastocristal de varios metros de grosor de la nave colocado a lo largo de la galería panorámica.

Su extraña ensoñación se volvía más real a cada segundo que pasaba. Marcus sintió un instante de orgullo al mirar al *Sirviente de Terra III*, iluminado por los focos del muelle contra el oscuro orbe de Terra. Su nueva nave. No era más que una nave correo, más pequeña que un destructor, pero suficientemente grande para disponer de motores de disformidad. Su requisa había sido pasada rápidamente por los canales oficiales de la estación, refrendada por el propio Corax, y se había encontrado el remodelado correo para poder llevarlo de vuelta a Therion.

—La lanzadera estará aquí dentro cinco minutos, prefecto —le informó Pelon.

Valerius volvió la cabeza y vio a su sirviente seguido por un transporte

motorizado conducido por un servidor. Varios cofres y bolsas estaban apilados en la plataforma del carrito.

—¿Todo eso es mío? —preguntó Valerius, sorprendido por la cantidad de equipaje—. Disponemos de una nave correo, ¡no de un carguero!

—La mayor parte son suministros que he conseguido en la estación, prefecto —confesó Pelon. El transporte se detuvo junto a Valerius—. He hablado con un tripulante del *Estrella de Namedia*, que ha llegado esta mañana. Las tormentas de disformidad siguen activas. Creo que es mejor prepararnos para un largo viaje. Incluso sin las tormentas, nos tomaría cuarenta días o más llegar a Therion.

—Muy bien —asintió Marcus. Su suspiro traicionó sus palabras.

—¿Algo va mal, prefecto? —Pelon lanzó una escrutadora mirada al equipaje—. ¿He olvidado algo?

—Nada en absoluto, Pelon. Tu dedicación a tus funciones es cuando menos absoluta. —Valerius miró arriba y abajo de la galería y vio que estaban solos. Sintió una extraña sensación de anticlímax. Su visita a Terra había sido corta y sin nada que destacar. Había pasado todo el tiempo haciendo trabajos administrativos concernientes a la pérdida de su regimiento—. Debo admitir que tengo sentimientos encontrados acerca del regreso a Therion. Mi unidad ha sido destruida y mi vuelta está cubierta de vergüenza.

—Muy al contrario, prefecto —replicó Pelon. Rebuscó entre las bolsas para sacar un pequeño frasco plateado y una copa. El sirviente sirvió un poco de líquido rojo oscuro del frasco y se lo entregó a Valerius—. Si no fuera por usted, la Guardia del Cuervo habría sido aniquilada.

—Pero nadie está al corriente de eso, o al menos de mi participación en ello —replicó Valerius, manteniendo su voz en un mero susurro—. Branne tenía razón, los sueños que condujeron a nuestro intento de rescate serían considerados muy sospechosos.

—Entonces es con admirable humildad que debe llevar ese secreto, prefecto —aseveró Pelon—. No era para aumentar su fama que fue a Isstvan.

—Me van a despojar de mi prefectura, Pelon —se lamentó Valerius con otro profundo suspiro—. No los puedo culpar. He demostrado que no soy un comandante competente.

—Una vez más, pienso que su modestia no le hace justicia, prefecto. El sacrificio de su unidad fue algo terrible pero necesario. Si el comandante Branne no hubiera insistido en que permaneciera a bordo de la *Vengadora*, estoy seguro de que habría dirigido orgullosamente el ataque de distracción en persona. Conservar la vida cuando se requiere su sacrificio es valioso, prefecto, pero equivocado. Usted mostró sus méritos tomando esa difícil decisión.

—Eso es cierto. —Valerius se animó un poco gracias a los comentarios de su

sirviente, aunque las dudas seguían allí. Más allá de su reflejo en el cristal, vio un destello de luz procedente de los motores de una lanzadera que surgía del casco de su nueva nave. Se volvió hacia Pelon—. Tienes el aire de un filósofo, Pelon. ¿Dónde aprendiste eso?

—Una vida bajo y entre los puentes de una nave de combate, prefecto —respondió éste con una sonrisa ladina—. Hay tantas personalidades y mercancías pasando por ellos como para proporcionar a cualquier hombre un buen entendimiento de la política y el comercio. Aunque no espero que nadie me ofrezca el cargo de gobernador imperial en breve.

—¿Dónde nos recogerá la lanzadera?

—Hangar catorce, prefecto —respondió Pelon. Le dijo algo al servidor-conductor y el vehículo giró sobre sus gruesas ruedas—. Seguidme.

Valerius echó otro vistazo a la nave espacial, y se preguntó si sería la última cosa que dirigiera. Aspiró profundamente, se arregló el fajín rojo sangre que le cruzaba el torso y siguió a su sirviente decidido a causar una buena impresión a su nueva tripulación. Podía ser su último puesto de mando, pero eso no era excusa para hacerlo mal.

En un oculto valle a pocos kilómetros de la torre montañosa en que Corax se había reunido con Malcador y Dorn, tres ornitópteros y dos cargueros pesados esperaban en la pista principal del espaciopuerto. Un intenso aguanieve mojaba sus cascos metálicos y formaba pequeños lagos en el amplio círculo de asfalto negro. Un trueno distante rugió, añadiéndose al ruido de los motores en espera y las pisadas de pies enfundados en botas pesadas.

El viento movió el pelo de Corax por delante de su cara y le azotó la piel con la gélida agua de lluvia, pero él ni siquiera parpadeó a causa de ello. Habiendo crecido en los claustrofóbicos confines de Lycaeus, disfrutaba de los espacios abiertos, hubiera sol o nieve, se tratara de día o de noche. Respirar el aire bajo un cielo abierto, aunque se tratara de un aire contaminado como el de Terra, era un lujo con el que el primarca tan sólo había podido soñar en sus primeros años.

Sus guerreros de la Guardia del Cuervo llenaron rápidamente los transportes, acompañados por largas filas de servidores que acarreaban armas y equipo para la expedición. El Emperador no había sido muy claro sobre las defensas que protegían la antigua tecnología genética, de modo que Corax había decidido prepararse para cualquier eventualidad.

Junto a las armaduras negras de sus legionarios caminaban veinte figuras doradas: guerreros de la Legio Custodes encabezados por Arcatus. Malcador había dicho que habían sido asignados por el Emperador, pero Corax se preguntaba si no estaban más para vigilar a los legionarios que para ayudarlos. Corax había detectado un cierto

grado de animosidad entre su Guardia del Cuervo y los custodios, motivado por el forzado internamiento de sus legionarios durante los últimos días. A Corax no le importaba demasiado, estaba contento de la ayuda adicional que podían ofrecer, y si la Guardia Custodia se convertía en un problema siempre podía exigir que Malcador los hiciera volver de la expedición, aunque no estaba tan claro esa exigencia sería obedecida.

Una mancha de color rojo apareció en su visión: Nexin Orlandriaz. Llevaba la ropa del Mechanicum, y con él venía un séquito de ayudantes medio máquinas y servidores con el cerebro borrado. Malcador había asegurado a Corax que el genetor majoris era leal a Terra, y que estaba considerado el mayor experto en genética disponible en esos momentos para ayudarlo. El primarca no podía procesar toda la información y los recuerdos implantados por el Emperador le venían como destellos fugaces, fragmentarios, y como pesadillas, y estaba seguro de que los conocimientos de Nexin serían una útil guía para desvelar los secretos de la tecnología genética.

Un silbido hidráulico seguido por el gemido de una armadura hizo que Corax se volviera hacia la puerta que conducía al interior de la torre de control. Dorn salió al parapeto, completamente equipado con una armadura de oro cubierta de obsidiana y malaquita y guanteletes ornamentados con rubíes y gemas negras. Unas líneas de preocupación le marcaban profundamente la frente.

—¿Tienes todo lo que necesitas? —le preguntó el primarca de los Puños Imperiales.

—Si no es así, ya es demasiado tarde para preocuparse por ello —replicó Corax —. Nos adaptaremos.

Dorn no cruzó la mirada con la de Corax, sino que miró hacia la lejanía, donde torrentes de lluvia caían sobre las pasarelas de acero y los tejados de tejas negras de una torre de defensa a medio construir.

—Sé que el Emperador te ha dado permiso para esta misión, pero no puedo dejarte ir sin preguntártelo una vez más —dijo—. ¿No vas a traer tu legión a Terra?

—Ya he tomado mi decisión —declaró Corax—. El Emperador me ha mostrado la forma para que la Guardia del Cuervo vuelva a la guerra de una forma que nos favorezca a todos.

—No sé exactamente qué es lo que estás buscando y, al contrario que tú, sé que es mejor no preguntar —admitió Dorn—. Estoy seguro que el Emperador sabe qué es lo mejor.

—Eso implica que no necesariamente crees en lo que yo hago.

—Si ésa es la voluntad del Emperador, estoy de acuerdo. No tengo duda alguna acerca de ti, hermano. Siempre consideraremos las decisiones del Emperador como las más acertadas, de lo contrario deberíamos preguntarnos si acaso no somos unas creaciones vanidosas. Él es el Señor de la Humanidad, y será él quien nos conduzca

al pleno entendimiento.

—Él nos hizo lo que somos, pero ya no soy capaz de adivinar sus objetivos —apuntó Corax—. ¿Crees que le hemos fallado?

—Conquistamos la galaxia en su nombre, hermano. Hemos devuelto la humanidad a la luz después de la Larga Noche. Nos creó para esa misión y no otra.

—El Emperador también creó a Horus y lo hizo señor de la guerra —rebatió Corax, incómodo por las palabras de Dorn—. Incorporó gente como el Acechante Nocturno a sus planes.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —le contestó Dorn—. Curze es uno de nosotros, aunque tal vez víctima de unas circunstancias que ninguno de nosotros puede ni tan sólo imaginar. Sé mejor que nadie de lo que es capaz exactamente.

Corax asintió con gesto torvo.

—Tanto Curze como Angron estaban corruptos desde el principio. Ya conoces el castigo definitivo que podía haber utilizado el Emperador. Él podría haber…

Dorn levantó una mano antes de que pudiera acabar.

—Encuentro tus dudas inquietantes, hermano. —Las arrugas de su frente se hicieron más profundas por la preocupación mientras observaba la plataforma de lanzaderas con los puños apretados a los lados—. Sigue siendo voluntad del Emperador que la humanidad domine la galaxia.

—Y nosotros hemos de asegurarnos que sea así —le confirmó Corax. Agarró el brazo de Dorn y lo hizo volverse para que el puño imperial lo mirara—. No haré nada que ponga en peligro al Imperio, hermano. Simplemente tengo que hacer esto. Tú no has visto tu legión aplastada, no has escuchado los gritos agonizantes de miles de tus hijos en cuestión de unos pocos minutos. Compréndelo, hermano quiero hacer lo que sea para destruir a Horus.

—Puedo adivinar que el Emperador te ha mostrado alguna cosa que yo tan sólo he percibido. Esta guerra es mucho más que Horus. Son los poderes eternos que moran en el universo que desean controlar la humanidad, desean convertirla en sus siervos y juguetes. Horus no es más que la cabeza visible. Debe ser destruido, pero no a costa de perder la guerra al final. No hay lugar para la piedad.

—No tengo piedad alguna para los traidores —le espetó Corax.

—No, es la piedad hacia nosotros mismos de la que te estoy previniendo —replicó Dorn con calma—. Aunque sea sobre ti mismo o sobre otros, tu piedad se puede volver contra ti y convertirse en un arma para el enemigo. Eres un primarca, endurécete a ti mismo contra las pérdidas y el dolor. Hemos nacido para la grandeza, pero debemos resistir la tragedia.

Corax permaneció en silencio. No veía otra cosa que la más pura preocupación en la cara de Dorn, y asintió, aceptando la sabiduría de su hermano.

—Sea lo que sea lo que estás buscando, no merece que arriesgues tu vida —le

dijo el puño imperial.

—¿Es preocupación lo que detecto? —le contestó Corax con una media sonrisa —. Te estás volviendo sentimental, Rogal.

—En absoluto —replicó el otro con un gruñido—. Lo que ocurre es que tengo pocos aliados. Perder otro sería un inconveniente. ¿Tienes la intención de partir en cuanto hayas conseguido tu objetivo?

—Sí, debo regresar a Deliverance lo antes posible. No volveré a verte antes de partir.

—Viaja rápido y lucha duro, Corvus —dijo Dorn a modo de despedida.

—Protege al Emperador, Rogal —replicó Corax.

Entrechocaron las muñecas, igual que se habían saludado al encontrarse, y se separaron con un respetuoso gesto de asentimiento el uno al otro.

La nieve caía a rachas y se arremolinaba por encima de la cornisa rocosa arrastrada por los golpes de viento que soplaban desde las laderas de la montaña. Corax había necesitado varios días para encontrar ese lugar, guiado tan sólo por los fragmentos de recuerdos del Emperador. Encontrar una montaña entre tantas había demostrado ser muy difícil, y aún más por las décadas que habían cambiado el aspecto del pico desde que el Emperador había estado allí. Los reconocimientos aéreos habían sido prácticamente imposibles a causa del mal tiempo, por lo que la Guardia del Cuervo había buscado a pie, una misión difícil para los pesadamente acorazados guerreros obligados a abrirse paso a través de caminos cubiertos por metros de nieve que ocultaban grietas, abruptos despeñaderos y traicioneros acantilados.

Mientras la Guardia del Cuervo descargaba su equipo, los bordes de las palas del ornitóptero ya habían empezando a brillar por el hielo acumulado. Agapito coordinaba el desembarco. El aire estaba cubierto del vapor producido por las rejillas bucales y los tubos de escape de los generadores dorsales de la Guardia del Cuervo a medida que subían y bajaban por las rampas de desembarco para permitir que las lanzaderas pudieran partir antes de que sus motores se congelaran.

Alpharius hizo lo que se le había ordenado, levantó una caja de munición bólter y trotó rampa abajo del transporte pesado. No sintió ninguna aversión al realizar un trabajo usualmente llevado a cabo por los siervos y los servidores, compartiendo con sus hermanos adoptados parte de su emoción por haber alcanzado finalmente su destino. La nieve se había convertido prácticamente en hielo por las idas y venidas de los legionarios y sus servidores medio humanos, pero el agarre de sus botas era seguro.

Colocó la caja en el sitio designado y se apartó un instante. Pudo ver a Corax de pie bajo la gran cornisa que lo protegía de la nieve que caía. El primarca parecía estar mirando a la desnuda pared de roca.

Apenas se había dado explicación alguna sobre el objetivo de la misión. Agapito simplemente le había explicado a la Guardia del Cuervo que iban a aventurarse en las profundidades de una antigua estación de almacenaje para recuperar un arma para la legión. Alpharius sintió la emoción del éxito ante ese anuncio. Era obvio asumir que ésa era la razón por la que había sido enviado a la Guardia del Cuervo. Fuera lo que fuese lo que se guardaba en ese lugar, unas instalaciones bien protegidas a juzgar por la cantidad de material que estaba siendo descargado, sin duda iba a ser de gran ayuda para la Legión Alfa. Aunque debería confirmar sus conclusiones con Omegon tras llegar a Deliverance, Alpharius estaba seguro de que su misión real no había hecho más que empezar.

—No puede ser nada tan espectacular —dijo Lukar a la espalda de Alpharius, sacándolo de golpe del ensimismamiento de sus pensamientos.

—¿Qué? —preguntó Alpharius, no muy seguro de si se había perdido el principio de la conversación.

—Lo que sea que está oculto aquí, no puede ser tan importante —repitió Lukar.

—¿Y tú cómo lo sabes? —El sargento Dor se unió a los dos junto al montón de cajas—. Es suficientemente importante para que sigamos en Terra.

—No hay torres, ni torretas de defensa, nada que lo proteja en absoluto —insistió Lukar—. Si fuera tan importante, este lugar estaría más fuertemente defendido que la Torre del Cuervo.

Mientras Alpharius consideraba esa posibilidad, ligeramente desilusionado por la teoría de Lukar, oyó el crujido de la nieve y se volvió para ver a Corax que destacaba por encima del grupo. Evidentemente había oído su conversación.

—Una visión muy simplista de la defensa —dijo el primarca con cara de enfado —. ¿Habéis olvidado las doctrinas de la Guardia del Cuervo?

Lukar no dijo nada y miró hacia el sargento Dor lleno de confusión.

«La defensa más poderosa es nunca presentarte a ti mismo como objetivo» —citó el sargento, golpeando con el puño en el lateral del casco de Lukar.

—No hay nada que diga «atácame» más claramente que diez kilómetros de muros defensivos y cientos de torretas de defensa —afirmó Corax, observando la base del acantilado—. Por otro lado, un paso de montaña totalmente anodino sería un lugar ideal para ocultar un arma poderosa.

—Perdonad mi estupidez —se excusó Lukar, inclinando la cabeza hacia el primarca—. No estaba pensando con claridad.

Los ojos de Alpharius se entrecerraron sospechosamente bajo las lentes de su casco. Todavía no había establecido contacto con ningún otro miembro de la Legión Alfa. No había forma de poder hacerlo hasta que se lo indicara Omegon. El error de Lukar le hizo suponer que no pensaba igual que la Guardia del Cuervo. Alpharius decidió observar de cerca a su hermano de escuadra para ver si descubría algo más de

lo que debiera preocuparse. Si un miembro de la Legión Alfa evidenciaba la presencia de infiltrados, sería muy malo para todos ellos.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó Alpharius, tratando de cambiar de tema y de alejar la atención de Lukar.

Corax miró al legionario.

—Llamaremos a la puerta —dijo el primarca con una pequeña sonrisa.

Cuando ya estuvo todo descargado y sus guerreros reunidos, Corax ordenó formar la expedición. Sus tropas se alinearon en escuadras, mientras la Guardia Custodes y los agentes del Mechanicum se reunían formando sus propios grupos a un lado.

—A pesar de estar sobre una roca en Terra, estamos a punto de poner nuestras vidas en peligro —anunció el primarca—. Antiguos sistemas de defensa protegen la recompensa que buscamos bajo este pico. Sabed que la misión que estamos a punto de iniciar no es sólo necesaria para el futuro de nuestra legión, sino que también nos permitirá devolverles el golpe a aquellos que trataron de destruirnos. Este día perdurará para siempre en los anales de la Guardia del Cuervo, y vosotros seréis recordados por vuestro papel en él. El pasado es historia. No importa lo que fue. Todo lo que debe importaros es cómo actuamos a partir de ahora. El futuro nos aguarda detrás de estas paredes.

Corax se volvió y avanzó hacia el aparentemente impenetrable muro del acantilado. Su primera visión de él había despertado uno de los fragmentarios recuerdos implantados por el Emperador. El primarca no bromeaba cuando le dijo al legionario que iban a llamar a la puerta.

La bóveda más allá de la pared estaba sellada con una cerradura armónica, calibrada con una frecuencia de onda sonora extremadamente estrecha. Había ciertas partes de la roca que estaban conectadas a amplificadores en el interior de la estructura, y sus localizaciones habían sido reveladas a Corax por medio de los recuerdos del Emperador. Levantó el puño hacia la primera área y recorrió las posiciones y los tempos de cada golpe requeridos para generar la correcta clave armónica.

Golpeó con su guantelete la cara de la roca. Los golpes resonaron profundamente en el espacio hueco tras el acantilado, aunque apagados por el aullante viento y la nieve.

Toc. Toc-toc toc-toc. Toc-toc.

Los amortiguados ecos se desvanecieron, y Corax se preguntó si había equivocado el ritmo de los golpes o los había dirigido contra los puntos equivocados. Sus dudas desaparecieron cuando los gimientes engranajes y los zumbantes sistemas neumáticos cobraron vida a lo largo del acantilado.

El primarca dio un paso atrás cuando el gigantesco portal se abrió hacia adentro.

Dos puertas de sólida roca de varios metros de espesor se movieron sin ninguna dificultad, revelando un suelo de mosaico. El viento introdujo rachas de nieve sobre los pequeños diseños geométricos blancos y negros, y aulló salvajemente al entrar en el espacio cavernoso que había más allá.

—Esperad mi orden —dijo Corax a sus guerreros mientras traspasaba el umbral.

Los recuerdos del Emperador no contenían nada que sugiriera que las puertas exteriores estaban letalmente defendidas, pero no había ninguna garantía de seguridad. Sintió un lejano temblor y, por el conocimiento que le había transmitido el Emperador, supo que a muchos kilómetros de profundidad, unas antiguas plantas de energía se habían activado con la apertura de las puertas. El plasma empezaba a cobrar vida en los campos de contención, la electricidad recorría ya cables y conducciones por las entrañas de la montaña.

Las luces se encendieron, rojizas tiras que recorrían toda la longitud del arqueado techo, bañando el interior con una luz infernal. Los muros y el techo seguían hacia adelante, cubiertos por baldosas de varios metros de longitud y grabados con sencillos diseños de relámpagos. En el otro extremo, a poco menos de doscientos metros hacia el interior de la montaña, la sala de la entrada acababa bruscamente donde varias de las baldosas de la pared habían sido reemplazadas por portales dorados. Unos pilares cuadrados recorrían el corredor a intervalos de diez metros, decorados con diseños geométricos.

Mirando a lo largo del corredor, Corax vio que los diseños de las baldosas del suelo no eran una simple ornamentación. Pudo reconocer los diseños, y descifró un mensaje en el complejo código numérico, no muy seguro de si era por los recuerdos del Emperador o por sus propios conocimientos. Las baldosas contenían un mensaje, una cita en una antigua lengua de Terra, probablemente destinada tan sólo al Emperador, una pequeña vanidad por parte del Señor de la Humanidad. A pesar de tratarse de un idioma desaparecido mucho tiempo atrás, Corax lo entendió.

En las silenciosas arenas de Egipto, totalmente solo,
Se alza una pierna, que proyecta muy lejos
La única sombra que el desierto conoce:
«Soy el gran OZYMANDIAS», decía La piedra,
«El Rey de Reyes»; esta poderosa ciudad muestra
Las maravillas de mi mano.» La ciudad ha desaparecido.
Nada más que la piedra perdura para mostrar
El sitio de esta olvidada Babilonia.
Nos asombramos, y algún cazador puede mostrar

Un asombro como el nuestro, cuando a través de la naturaleza
Donde Londres se levantaba, manteniendo a raya al lobo,
Encuentra algunos fragmentos gigantescos, y se detiene para preguntarse
Qué poderosa pero desconocida raza
Antaño vivió en ese lugar del que no queda traza.

El primarca consideró aquellas palabras, pero no pudo encontrarles ningún sentido divino. Sus mentores en Lycaeus le habían hablado de la poesía, de su rima y métrica, y de la cadencia, pero nunca había sido capaz de verle la utilidad. Los poemas le recordaban demasiado las canciones de trabajo que los prisioneros habían inventado para mantener el ánimo mientras extraían con picos y taladros láser las rocas de la colonia penal. Las últimas tres líneas dejaron a Corax un sentimiento de intranquilidad, como si el Emperador hubiera sospechado que su Imperio no podría resistir más que otros grandes imperios de la larga historia de la humanidad.

Las preguntas carcomían a Corax mientras indicaba a la expedición que se preparara para entrar en la cámara. Si los contenidos de ese tesoro oculto eran tan peligrosos, ¿por qué los había conservado el Emperador? Este había abandonado el proyecto primarca tras la extraña dispersión de su progenie por las entidades de la disformidad denominadas Caos Primordial. Eso es lo que el Emperador le había explicado a Corax en su primer encuentro. ¿Había concebido el Emperador un tiempo en que esa tecnología volvería a ser necesaria? ¿Había realmente predicho que un día uno de sus hijos necesitaría sus secretos? ¿Era simplemente una cuestión práctica no destruir lo que había costado tanto construir? ¿O era ésta simplemente una extensión de la Sala de las Victorias, en espíritu ya que no en localización; un museo secreto como perdurable testamento de los mayores logros del Emperador?

El ruido de las botas acorazadas resonó alrededor de Corax cuando los guerreros de la Guardia del Cuervo y los custodios entraron, ajenos a la oculta advertencia bajo sus pies. El ruido metálico de los servidores y el zumbido de los equipos de transporte rodado llenaron la sala con sus estridentes ecos, destruyendo la reverente atmósfera de silencio.

Buscando en los fragmentos de recuerdos alojados en su mente, Corax supo que el grueso de las instalaciones se encontraba bajo ellos, a gran profundidad en la roca de la montaña. Las puertas que había más adelante eran elevadores que los conducirían a los niveles ocultos. No podía recordar ninguna trampa o alarma en este lugar, pero a pesar de ello alertó a la expedición para que procedieran con cautela. Los recuerdos del Emperador eran fragmentarios en algunos lugares, y un ligero

retraso para ser más cautelosos no haría ningún daño.

—Escuadras siete, ocho y nueve, asegurad la retaguardia —ordenó Corax una vez el último guerrero de su legión hubo atravesado el portal. Se movió hasta una baldosa situada a unos veinte metros de la entrada. Ésta cedió ante su presión, revelando un panel de control. Corax introdujo la secuencia extraída de sus recuerdos y las puertas exteriores empezaron a cerrarse—. Los transportes deben marcharse. Monitoread el canal seguro Epsilon-seis para nuestras señales transpondedoras.

Las puertas se cerraron con un sorprendentemente delicado ruido sordo, dejando a la Guardia del Cuervo bajo el brillo rojizo de las luces. Corax se puso en cabeza, caminando rápidamente hacia el frente de la columna, donde se encontraban Agapito y el agente del Mechanicum, Nexin Orlandriaz. Ambos estaban discutiendo.

—Pero es imperativo que preservemos cualquier tecnología que encontremos —estaba diciendo el genetor.

Sus palabras surgían como un susurro entrecortado de la rejilla vocal situada bajo el costado izquierdo de su mandíbula. Tenía la boca sellada por un tubo que pasaba por encima de su hombro hasta alguna forma de unidad de respiración que siseaba y chimaba con la precisión de un metrónomo.

El genetor estaba cubierto por una voluminosa túnica roja, las mangas de la cual estaban decoradas con motivos dorados con forma de engranaje dentado. Una pesada cadena con la runa mecánica de Marte le colgaba del pecho, y el mismo símbolo se repetía en varias placas cerámicas alrededor de su ojo derecho. Aparte de su unidad pulmonar, mostraba pocos indicios de las grandes modificaciones metálicas que podían verse en muchos de los agentes del Mechanicum, pero su rostro tenía un extraño lustre, un brillo de cualidades argénteas. Sus ojos también eran extraños, aparentemente demasiado grandes para su cara, sin un iris visible y unas pupilas de color rojo oscuro. Teniendo en cuenta la especialidad en que era experto, un genetor del Magos Biologis, Corax concluyó que el agente del Mechanicum había experimentado en sí mismo algunas mejoras artificiales distintas, menos obvias.

—Las vidas de mis guerreros son más importantes que ninguna pieza —replicó Agapito—. Ya hemos perdido suficientes legionarios. No pienso ver como muere ninguno más sin una buena causa.

—Parece ser que no comprendéis los pesos que están equilibrando la balanza —argumentó Nexin—. Un solo guerrero es algo limitado. Tan sólo puede conseguir un determinado número de cosas y después su luz se extinguirá. Un arma, un elemento tecnológico, un fragmento de nuestras glorias pasadas, puede vivir una eternidad, transformando las vidas de billones.

—La vida no es más que una mercancía, ¿no? —le espetó Agapito. Era mucho más alto que la ligera forma del magos, lo que hizo que Nexin se encogiera—. Recuerdo perfectamente esa actitud. Era el credo kiavahriano.

—Comandante, ¿cuál es el problema? —preguntó Corax con aspereza.

Agapito mantuvo su mirada sobre el genetor mientras respondía.

—Este medio humano afirma que no podemos disparar nuestras armas en este lugar —explicó el comandante.

—Los proyectiles rebotados y las explosiones pueden infligir en potencia una serie de daños irreparables a los contenidos de esta instalación —añadió el agente del Mechanicum, girando sus poco naturales ojos hacia Corax—. Nuestra búsqueda será en vano si destruimos lo que hemos venido a buscar.

—¿Y qué conocéis de nuestro objetivo? —inquirió Corax—. ¿Por qué pensáis que puede hallarse en peligro a causa de los disparos de nuestras armas?

—El Sigilita no me proporcionó demasiados datos —dijo Nexin, apartándose de la ominosa presencia de Agapito—. Pero dada mi proclividad y disposición tecnológica, he elaborado una teoría al respecto.

—¿Y vuestras conclusiones son…? —le preguntó Corax, indicando a Agapito que se mantuviera al margen.

—Soy un genetor, y por tanto es lógico pensar que estamos buscando un objeto de naturaleza genética. No quiero especular, pero es razonable deducir que está relacionado de alguna forma con una de las tres empresas iniciales del Emperador: los Guerreros del Trueno, los primarcas y las Legiones Astartes. No tengo ni idea de cuál.

—¿Es eso cierto? —preguntó Agapito, volviendo la cara cubierta por el casco hacia el primarca—. ¿Tecnología genética?

—Un medio para reconstruir la legión —replicó Corax. Su mirada se movió entre los dos antes de volver a hablar, con un evidente gesto de malestar—. Somos las Legiones Astartes y no renunciaremos a nuestras armas. Siempre que sea posible actuaremos para preservar los contenidos de estas instalaciones. Si alguna vida es puesta en peligro inminente, responderemos sin dudarlo. Teniendo esto en cuenta, no se disparará ninguna arma sin mi autorización sean cuales sean las circunstancias.

—Sí, mi señor —dijo Agapito con un asentimiento de cabeza.

—Mis acompañantes y yo cumpliremos vuestra política —afirmó Nexin.

—Agapito, si tienes cualquier motivo de discusión, me lo dices a mí —le ordenó Corax al comandante antes de volverse para fijar toda la intensidad de su mirada en el genetor—. Quiero que comprendáis que ni yo ni muchos de mis guerreros sentimos mucho aprecio por aquellos que persiguen la fuerza industrial y la dominación mecánica a expensas de la vida o la libertad. Vuestra presencia aquí no es en ningún caso esencial, magos.

—Yo simplemente deseo participar y dilucidar todo lo que es posible —le aseguró Nexin—. Por favor, comprended también que conozco algo de la historia de vuestra legión. Vuestros opresores no formaban parte del Mechanicum, y es

inapropiado equiparar a esos equivocados gremios tecnológicos de vuestro sistema natal con las grandes empresas de Marte. Sin embargo, reconozco que todos compartimos el mismo objetivo, y en esta ocasión os aseguro que mis acólitos son sensibles ante cualquier cuestión que vuestras desgracias pasadas puedan sacar a la luz.

No muy seguro de si eso podía considerarse una disculpa o no, Corax simplemente se apartó del genetor y miró hacia el fondo de la sala. El extremo podía verse ligeramente a través del brillo rojizo: tres inmensas puertas.

La expedición llegó al extremo más lejano del corredor donde vieron que las tres puertas tenían un panel de control junto a cada una de ellas con tan sólo dos botones en cada uno.

—¿Tal vez se requiere algún tipo de código binario? —sugirió Nexin, examinando la puerta central.

—O un dedo —replicó Agapito, pulsando con un dedo acorazado el botón superior—. Es un ascensor.

La puerta se levantó hasta el techo, revelando un elevador cerrado lo suficientemente grande como para acomodar treinta o cuarenta hombres, o diez legionarios con todo su equipo.

—Tendremos que descender por escuadras —dijo Corax—. Agapito, te dejo a ti organizar los detalles. Obviamente, yo seré el primero en bajar.

La orden no fue tan simple de ejecutar como parecía a primera vista. Agapito quería enviar a la Guardia del Cuervo con el primarca para actuar como vanguardia en caso de peligro. Arcatus fue inamovible en que él y varios de sus hombres debían ir en la primera tanda. Aunque el custodio no lo dijo, Agapito creía que éste no confiaba en Corax ni como para perderlo de vista unos instantes. Y además, Nexin también insistió en que debía ser incluido en el primer turno, pero no quería verse separado de sus dos gigantescos servidores de combate.

Tras algunas negociaciones más, se llegó al acuerdo de que Corax descendería con los custodios mientas que Nexin y sus servidores acorazados acompañarían una de las escuadras de la Guardia del Cuervo. Varios de los legionarios tendrían que sufrir la indignidad de montar en la espalda de los servidores con orugas, pues no había suficiente sitio para todos ellos en el ascensor.

Corax tan sólo prestó una vaga atención a estos arreglos, seguro de que Agapito encontraría una solución. El primarca buscó entre sus recuerdos, tratando de acordarse de lo que aguardaba a la expedición al fondo del pozo. Por mucho que lo intentó, no pudo recordar el lugar, al igual que no había tenido recuerdo alguno de la puerta principal hasta haber puesto los ojos en ella. Fuera cual fuese el regalo que el Emperador le había otorgado, era totalmente contextual. Corax se preguntaba si eso era intencionado o un mero efecto secundario del proceso de implantación psíquica.

La visión de Agapito bañado en el brillo rojizo, encabezando una escuadra hacia el ascensor derecho, despertó un recuerdo totalmente distinto en su memoria.

La luz de alerta de seguridad parpadeó en naranja y rojo a la vez que las sirenas de alarma empezaban lentamente a resonar por el corredor. Veinte reclusos, vestidos con sus uniformes habituales y sus botas pesadas, formaron un grupo junto al pozo de la torre de tránsito. Llevaban todo tipo de llaves de engranajes, picos, martillos y otras herramientas, armas improvisadas que habían sido cuidadosamente guardadas tras los tumos de trabajo a lo largo de los treinta días anteriores.

—¿Estás seguro de que ésta es la forma correcta? —preguntó Nepenna con la cara cubierta de grasa marcada por la consternación y el cabello rubio manchado de aceite. El antiguo ingeniero estaba arrodillado junto a la compuerta abierta del mecanismo de acceso con sus herramientas caseras esparcidas junto a él sobre el desnudo suelo de rococemento—. Si no desconectamos estos ascensores, los guardias estarán aquí dentro de nada.

—Es la forma correcta —le aseguró Corvus. Tenía grabada en sus recuerdos la disposición de todas las instalaciones. No podía explicarles a sus compañeros cómo había logrado explorar el laberinto de corredores y minas sin ser visto por los guardias, pero habían confiado en él—. El motín de distracción en el bloque de los hangares alejará las fuerzas de seguridad del bloque de guardia de ahí arriba y a lo largo de los tres kilómetros del tubo de tránsito que conduce a la columna. Por eso elegí el área del hangar para llamar su atención.

—¿Qué pasará si estás equivocado? —La pregunta procedía de uno de los prisioneros más jóvenes, un muchacho apenas adolescente llamado Agapito, un interno de tercera generación. Su piel mostraba la característica vacuidad de los que han pasado la vida entera en un hábitat artificial, y sus ojos eran oscuros y melancólicos.

—¿Se ha equivocado alguna vez? —Dorsis era el líder del equipo, un poeta político de mediana edad, designado por Corvus por su cabeza fría y su creatividad. Los otros lo miraron y cobraron confianza ante el comportamiento calmado de Dorsis—. Todos conocemos el plan. Los guardias evacuarán el bloque en la parte superior de la torre, entraremos en los armeros y cogeremos la munición. Entrar y salir, muy fácil.

Las pisadas alertaron a Corvus de la llegada de Ephrenia. Ahora era tres años mayor que en su primer encuentro. Habían compartido unos pocos meses como amigos después de que lo encontraran, pero la rápida maduración de su mente y cuerpo la habían dejado muy atrás. Incluso ahora era una devota de Corvus, una mensajera rápida de piernas y de mente, capaz de utilizar los conductos de servicio y los túneles más pequeños para evitar las patrullas de los guardias.

—El fuego se ha iniciado en el nivel cuatro del hangar norte —informó entre jadeos—. Danro y los otros se han atrincherado en el hangar de mantenimiento como dijiste.

—Bien —asintió Corvus, revolviendo el pelo de la niña.

Su sonrisa le causó un escalofrío que lo llenó de alegría y desesperación en igual medida; alegría por ser él quien la libraría de esa vida de esclavitad; desesperación ante la perspectiva de verla muerta en el intento.

No era bueno pensar en ese tipo de cosas. Corvus se arrodilló junto a Ephrenia.

—Debe de haber guardias en la galería de monitorización superior —le dijo—. ¿Conoces la forma de llegar?

—Sí, Corvus, evidentemente —respondió ella con un tono infantil que parecía reservado a contentar a los adultos—. Pasadas las chimeneas de la cocina, los hornos deben de haberse apagado a la primera alarma.

—Bien —dijo nuevamente Corvus, y envió a la niña a cumplir su misión con una sonrisa paternal—. Coge algo para comer.

Ella asintió y se alejó corriendo por el corredor.

—Vamos, vamos —murmuró Standfar, un veterano de pelo blanco elegido para abrir las puertas en esta misión.

—Relájate —dijo Dorsis. El líder del equipo miró a Corvus y después al gastado cronómetro de bronce que le habían entregado—. Tenemos dos minutos hasta la siguiente patrulla.

Corvus asintió con la cabeza. No necesitaba ningún instrumento, su reloj interno era tan preciso como cualquiera que pudiera ser confeccionado o robado por los prisioneros. Esperaron en un tenso silencio mientras el rugido del elevador se volvía más y más fuerte.

Con un pesado ruido sordo, llegó el elevador. Nepenna estaba guardando sus herramientas en una pieza de cuero suave, colocando cada una de ellas en un bolsillo del estuche. Agapito y Laudan cogieron las puertas en acordeón y las abrieron. Los demás levantaron sus herramientas, preparados para la lucha.

El ascensor estaba vacío.

—Desearía que vinieras con nosotros —dijo Agapito mientras los otros se apresuraban a entrar en el ascensor.

El joven inclinó la cabeza para mirar a la cara del comandante de la guerrilla de prisioneros, que en esos momentos era más de una cabeza más alto que el más alto de ellos, y su acelerado ritmo de crecimiento no daba señales de querer detenerse. Ya no le cabía ningún mono de trabajo, por lo que sus seguidores le habían confeccionado un uniforme con mantas robadas, hilo de alambre y sábanas teñidas. Blanco y gris, parecía una adecuada burla de los uniformes de los comandantes. En esos momentos le iba perfectamente a la medida, pero Corvus sabía que en cuestión

de pocas semanas su constante incremento de masa haría que las costuras empezaran a abrirse.

—Demasiadas posibilidades de ser visto —contestó Corvus, dándole al joven unos golpecitos en el hombro—. Si un guardia me ve, nuestro secreto habrá desaparecido. Mejor mantener la cabeza baja de momento. Sé que lo haréis igual de bien sin mí.

Con un asentimiento de cabeza, Agapito entró en el elevador junto a los demás. Corvus cerró las puertas con una sonrisa y un guiño de ánimo. Ahora estaba solo en la sala, y se sentía expuesto. El sonido de las cadenas del ascensor sonaba apagado en el pozo mientras ascendía hacia los niveles superiores.

Era difícil no mostrarse excitado. La naciente rebelión apenas había empezado, pero ya estaba cobrando impulso. Corvus había pasado un año planeando esta primera fase, viajando por todo Lycaeus, invisible a los ojos de los guardianes. Había espiado las fuerzas a las que iba a enfrentarse, descubriendo cada rincón del complejo que albergaba varios millones de internos. Había establecido células de comunicación en cada ala y cada torre, e ideado un sistema de transmisión de mensajes entre los grupos aprovechando los cambios de turno.

Corvus había observado y anotado las acciones de los guardias cuando se producían incidentes de pequeña importancia. Una pelea aquí, una sentada allí. Había asistido, era consciente que corriendo muchos riesgos, a reuniones de seguridad y escuchado a los vicecomandantes dar detalles de las patrullas y las rutinas de inspección, y con toda esta información había establecido circuitos de contrabando y zulos que evitaban las inspecciones de seguridad.

Este ejercicio no era más que el último de los realizados últimamente para confirmar sus teorías. No era inteligente precipitarse, y cada pequeña insurrección y acción indisciplinada había sido cuidadosamente calculada para no levantar sospechas. Si el enemigo tenía el más leve atisbo de que los prisioneros estaban preparando algo, las rutinas cambiarían y Corvus debería volver a empezar. Aun así, estaba encaminando a sus seguidores hacia un camino que los conduciría inevitablemente a la rebelión abierta. La munición que iba a ser robada por el grupo que acababa de enviar no sería echada en falta por lo menos hasta el cabo de diez días, pues esa misma mañana había comprobado las fechas en la orden de inspección. Para entonces los guardias podrían relacionar el robo con las armas sustraídas de la Torre Cuatro, y se produciría un drástico registro de seguridad a gran escala.

De hecho, Corvus dependía de ello.

Cuando los guardias dejaban sus bloques, eran vulnerables. Aunque superaban en armamento a los prisioneros, eran ampliamente superados en número. Cuando la rebelión real se iniciara, serían aniquilados en unos pocos días sangrientos.

La pisada de una bota obligó a Corvus a retirarse hacia las cercanas sombras de un andamio de soporte. Tres guardias, uno de ellos un cabo, pasaron justo por delante de él sin verlo.

Cuando estaban a punto de girar la esquina, el cabo se detuvo. Su cabeza se volvió hacia el panel de mantenimiento. Corvus no pudo ver nada raro, pero los guardias se habían puesto tensos por alguna causa. Fue entonces cuando Corvus detectó lo que el cabo había visto: pequeñas manchas de aceite sobre la pared blanca.

Sin darse cuenta, Corvus salió de su escondite, avanzando silenciosamente para acercarse a los guardias por detrás. Flexionó los dedos y decidió a qué dos de los tres partiría el cuello en primer lugar. Eligió al de la derecha y al del centro. El tercero sería silenciado con un codazo.

Eso suponía avanzar un poco más en el itinerario. La muerte de los tres hombres de seguridad significaba un castigo. Corvus consideró sus planes de contingencia mientras se cernía sobre los guardias.

—Averiguad quién está de servicio de limpieza en este sector —dijo el cabo, señalando con su porra en dirección a las manchas de aceite—. Cinco días en tumo de castigo.

—Sí, señor —asintió uno de los guardias.

Corvus se detuvo a medio paso, sus manos a poca distancia de los cuellos de las víctimas elegidas, todavía ignorantes de su presencia.

El trío siguió avanzando y Corvus respiró lentamente, retrocediendo hacia las sombras.

Todo iba bien. El plan seguía como estaba trazado. Dentro de cuarenta días a partir de ese momento, Lycaeus sería libre.

—¿Qué está haciendo ahora?

Lukar, como era usual, sentía la necesidad de verbalizar las preguntas que el resto de la escuadra no había osado hacer. El sargento Dor había hecho que Alpharius y los otros cubrieran tres de la docena de corredores que salían de la sala situada al final del pozo de los elevadores. El resto de la Guardia del Cuervo estaba situada en posiciones defensivas cerca de las otras entradas.

Alpharius miró rápidamente hacia su derecha y vio como Corax caminaba arriba y abajo entre las diferentes aberturas con la cabeza baja, pensando. Los custodios permanecían cerca del primarca, con las cabezas girando a derecha e izquierda mientras seguían sus pasos. El contingente del Mechanicum estaba soldando algunas piezas de uno de los servidores de combate, al que se le habían estropeado algunas líneas hidráulicas por el peso de los legionarios que lo habían montado durante la larga media hora de descenso del ascensor.

—Estamos atascados —dijo Canni. Su rifle de fusión apuntaba hacia el corredor situado en el extremo izquierda—. ¿Qué otra cosa podría ser?

—No, eso no puede ser así —lo rebatió el sargento Dor—. Debe de conocer el camino.

—Algo no va bien —intervino Alpharius—. Hasta ahora todo en esta misión ha sido improvisado. Apenas hemos tenido información. Estoy con Canni; creo que estamos atrapados aquí abajo.

—No podemos estar atrapados —insistió Dor—. Sólo ha habido un camino posible hasta ahora: un gran túnel de entrada y después esos elevadores. ¡Marko, vigila tu sector! Y eso también es válido para el resto de vosotros.

Marko giró su cabeza hacia el corredor con un gruñido de disculpa.

—Pero él no sabe qué debe hacer a continuación —apuntó Lukar—. O si lo sabe, se está tomando su tiempo para decidir qué hacer.

—Antiguas defensas —sugirió Dor—. Debe de haber algo allí delante y está tratando de imaginarse qué es.

—Tiene un plan. —La intervención de Marko silenció a los demás. El especialista en armas pesadas no hablaba mucho, pero cuando lo hacía era usualmente intuitivo —. El primarca sabe que va a ser peligroso. Está enfrentándose a una difícil decisión.

—Sí, eso es —convino Dor—. Está sopesando las diversas opciones. Justo como aquella vez en Fellhead.

Los veteranos de Lycaeus rieron. Alpharius, que simulaba haber nacido en Terra, sabía que no debía unirse a sus recuerdos de los tiempos de la rebelión.

—Un auténtico trabajo mal hecho —bromeó Lukar—. ¿Recuerdas como Thaneus perdió el dedo al cerrarse aquella puerta de ventilación?

—Eso le pasó por haber estado espiando en sitios oscuros —dijo Dor. Su risa se detuvo de repente—. Espera, parece que el primarca está listo para seguir.

Alpharius se arriesgó a sufrir la ira del sargento lanzando otra mirada en dirección a Corax. Éste estaba conversando con el custodio de mayor rango y el comandante Agapito, y señalaba con el dedo una de las aberturas arqueadas.

—Escuadra, atentos a las órdenes —anunció el sargento Dor.



OCHO

SIMILAR A TESEO

ALIANZAS OSCURAS

DEFENSAS OCULTAS

El Emperador recordaba ese lugar como el Laberinto, un nombre procedente de una antigua leyenda terrana que sólo tenía un vago significado para el primarca. Corax sabía que no importaba cuál de los corredores siguieran inicialmente. Cada uno conducía a una red de pasajes y puentes que cambiaban de forma aleatoria y que respondían a la presencia de intrusos, alejándolos de la bóveda interior. También había numerosas defensas automatizadas, tanto en zonas de fuego libre planificadas como simplemente vagando por el laberinto. Era un sistema astuto, que no permitía la utilización de ninguna estrategia pues no tenía lógica alguna que superar.

Corax recordaba que la apertura y el cierre de puertas, los cambios de las pasarelas móviles y el movimiento de enormes secciones, estaba controlado por el aleatorio fundido de un glaciar en el otro extremo de la montaña, totalmente imposible de predecir incluso por su mente sobrehumana.

Podría tener la totalidad de su vieja legión y no sería capaz de encontrar una ruta por el sistema de prueba y error. Al principio se había visto consternado ante el pensamiento de acabar atrapado en el Laberinto, pero cuanto más consideraba el problema, más se convencía Corax a sí mismo que el Emperador había creado alguna pista o estratagema que podría superar la naturaleza aleatoria de la situación. De lo contrario habría sido enviado a una misión sin futuro, y eso parecía igual de imposible que la misión que los ocupaba.

Debía haber un camino, y el primarca revisó hasta el último recuerdo que pudo extraer de sus pensamientos, buscando el más pequeño indicio de verdad que pudiera

proporcionarle una solución. El Laberinto había sido activado tras la última visita del Emperador, y por tanto el Señor de la Humanidad jamás había atravesado sus profundidades. No había nada que aprender de una experiencia de primera mano.

Un destello de inspiración alcanzó a Corax. El Emperador había supervisado la construcción del Laberinto, y en él había un modelo. Por ingeniosa que fuera la operación, el Laberinto no era infinito, había un número finito de combinaciones posibles si podía alinearse con un tiempo determinado.

Lentamente, una imagen se formó en los pensamientos del primarca, pasajes en construcción y puentes erigidos. Vio las grandes máquinas que activaban el Laberinto enterradas en la roca, los conductos de energía que conectaban estas máquinas a los sensores bajo el glaciar, los sistemas neumáticos y los engranajes que movían la totalidad de la maquinaria.

Igual que el mosaico bajo la puerta, allí había una fórmula que debía ser descubierta, una simple ecuación que podía resumir la inmensa complejidad del Laberinto. Corax no podía componer una ecuación como ésa en su cabeza, era demasiado ingente, pero por lo que podía recordar de la construcción era posible determinar un inicio.

Mientras el funcionamiento del Laberinto se desvelaba en el ojo de su mente, Corax vio puntos débiles. Era posible presentar al propio Laberinto como un dilema que no podía ser resuelto, requiriendo respuestas contradictorias que no podían ser físicamente posibles.

Al Laberinto se lo podía engañar para que funcionara mal y fuera él mismo el que facilitara la entrada.

—Necesito tres grupos de exploradores —le dijo a Arcatus y a Agapito, hablando rápidamente—. Seguid los corredores seis, dieciocho y treinta.

—¿Es inteligente dividir nuestras fuerzas, mi señor? —le preguntó Agapito—. Nos advirtió de que había sistemas de defensa.

—Tenemos que dividir nuestras fuerzas, comandante. Las escuadras deben estar totalmente alerta. —Otros recuerdos fueron aflorando a la mente de Corax—. Encontrarán sistemas de vigilancia así como emplazamientos fijos. Utilizan armas láser y cañones de proyectiles sólidos, suficientemente poderosos para penetrar las armaduras de las Legiones Astartes. Esas protecciones utilizan sistemas de amplio espectro, detectores de calor y de vibraciones, así como activadores de proximidad. Las granadas cegadoras y las descargas de plasma los dejarán inoperativos durante breves periodos de tiempo. Avisa a los legionarios que busquen placas sensoras, que probablemente estén montadas en las propias armas así como en diversos puntos de las paredes. Y que no olviden comprobar el techo y el suelo.

—¿Destruir los sensores para que las armas queden ciegas? —preguntó Arcatus.

—Mejor destruir también las armas —dijo Corax—. Existen muchos circuitos

redundantes que se entrecruzan en la red defensiva. Avisa a los guerreros de que el terreno de batalla estará cambiando constantemente. El área en la que vamos a entrar es altamente activa, capaz de pasar de un formato a otro. Cruzarán puntos de reunión comunes entre los elementos del Laberinto, como puertas y puentes. Cruzar el umbral de estos puntos activará un cambio en la disposición. Nuestros guerreros también deben estar preparados para cambios ambientales y gravitatorios.

—¿Cambios gravitatorios? —exclamó Arcatus—. ¿Qué clase de lugar es éste?

—Algunos de los túneles pueden invertirse, y hay salas con dispositivos gravitatorios para cambiar el campo estándar —continuó Corax—. También hay que tener cuidado con los cambios termales y atmosféricos. El laberinto es peligroso, pero no contiene nada que nuestras tropas no puedan superar.

—Suena como una pesadilla —comentó Agapito—. ¿Cómo se supone que vamos a pasar con cualquier tipo de fuerza a través de eso? ¿Y qué pasará con los que queden atrás?

—Sé cómo reaccionará el Laberinto, y cada una de las acciones será guiada por mí. Todos los movimientos y contactos deberán serme reportados directamente a través del canal de mando. Todas las órdenes que dé deberán ser cumplidas sin dilación. Arcatus, tú serás mi punta de lanza.

—Tengo órdenes de no apartarme de vuestro lado —replicó el custodio.

—Yo debo permanecer aquí para coordinar la misión —dijo Corax al guerrero de armadura dorada—. Necesito vuestro grupo, no hay suficientes legionarios de la Guardia del Cuervo para abrir el Laberinto. Necesito vuestros guerreros, custodio, y su completa obediencia.

—Mis órdenes son específicas —replicó Arcatus, negando de nuevo con la cabeza—. ¿Quién puede decir lo que nos sucederá en ese laberinto?

—Debes confiar en mí, Arcatus —insistió Corax.

—La Legio Custodes no puede permitirse el lujo de la confianza —se negó una vez más el guerrero.

El primarca buscó una alternativa. Sus ojos se fijaron en las creaciones cibernéticas del Mechanicum. Las descartó. Los servidores eran demasiado lentos para responder a sus órdenes, y serían más un problema que una ayuda durante esta parte de la operación. Corax se volvió hacia Arcatus.

—Te estoy pidiendo tu ayuda, custodio —dijo el primarca—. Vuestras órdenes pueden ser vigilarme, pero vuestra función es proteger al Emperador. Con los secretos que se ocultan al final del Laberinto, podré forjar una nueva legión de la Guardia del Cuervo. Esa legión luchará contra Horus. Si los custodios quieren tener estos aliados, deben ayudarme ahora.

Arcatus permaneció en silencio durante un rato, y la máscara de su casco ocultó cualquier pensamiento y expresión.

—¿Necesitáis todos mis hombres? —preguntó por fin.

—Preferiblemente —respondió Corax, haciendo unos cálculos rápidos—. Quince podrían ser suficientes.

Pasó algún tiempo antes que Arcatus hablara de nuevo.

—Muy bien —asintió al fin—. Todos nosotros nos aventuraremos en este Laberinto. ¿Qué necesitáis de nosotros?

—Gracias, Arcatus. Ajustad vuestras comunicaciones a las frecuencias de la Guardia del Cuervo, el comandante Agapito os proporcionará todos los detalles. Por favor, divide tus custodios en partes iguales entre las tres expediciones. Agapito, tú dirigirás el equipo uno. Arcatus, te voy a dar el mando del equipo dos. El sargento más veterano es Nestil, ¿no es así?

—Sí, señor, Nestil es el más veterano —asintió Agapito.

—Él estará al mando del equipo tres. Cada equipo deberá avanzar en escuadras de combate, cinco hombres en cada una, con diez metros de separación entre cada hombre y veinte metros de separación ente escuadras. ¿Entendido?

—Sí, mi señor —dijo Agapito—. Voy a empezar a organizado.

—Parece un trabajo demasiado peligroso para una recompensa incierta —apuntó Arcatus—. Espero que valga la pena.

Considerando las palabras de Arcatus, el primarca se tomó un instante para evaluar su curso de acción. Desde el preciso instante en que la Guardia del Cuervo entrara en el Laberinto, Corax y sus guerreros estarían comprometidos. La letal serie de trampas y defensas se pondrían en movimiento y no habría posibilidad alguna de retirada. O alcanzaban su objetivo, o morían en el intento. El líder de la Guardia del Cuervo estaba seguro de que la tecnología genética era la clave para resistir a Horus, sin importar los sacrificios necesarios para conseguirla.

—Merecerá la pena, custodio —replicó Corax—. El Emperador no malgastaría todos estos esfuerzos para proteger algo que no tuviera un gran valor. Esta tecnología genética contiene los secretos de nuestra creación, y con estos secretos las fuerzas del Emperador se multiplicarán por cien. Cuando la Guardia del Cuervo se lance contra Horus, darás gracias por haber tomado esta decisión.

—Si sobrevivimos hasta ese momento —replicó Arcatus.

—Eso depende de vuestra disciplina y de si reaccionáis rápidamente —dijo Corax —, y no dudo que los custodios son capaces de ambas cosas.

Con un asentimiento de la cabeza, Arcatus regresó junto a sus hombres. La gran sala tronó bajo las botas de los custodios y la Guardia del Cuervo moviéndose hacia las posiciones designadas. Corax bloqueó las transmisiones por el comunicador. Cerró los ojos e intentó crear una imagen del Laberinto en su mente. Nadie había puesto un pie entre esos muros desde que se acabó su construcción, por lo que el primarca sabía cuál era su disposición inicial por el esquema proporcionado por el

Emperador.

Este había diseñado el Laberinto para desafiar el intelecto de cualquier enemigo, pero había proporcionado a Corax suficiente información para inclinar la balanza. Dependía del primarca tomar las decisiones correctas. Corax había aprendido a abrir cerraduras de la mano de Olda Geb en Lycaeus, pero en esos momentos iba a abrir la cerradura más complicada de todo el Imperio, una diseñada por el Emperador en persona.

Aspiró profundamente, concentrándose en los primeros cincuenta metros del Laberinto. Debería saber antes de cubrir esa distancia cómo abrir el secreto del laberinto. Si no…

Corax se reprendió por ese instante de duda. No podía cometer ningún fallo. No podía permitirlo. No le había dicho eso a Agapito, pero en sus cálculos entraba un diez por ciento de bajas. Si eso se convertía en realidad, los custodios y guardias del cuervo que entregaran su vida al Laberinto no debían morir en vano.

Exhaló lentamente.

Era el momento de empezar.

El zumbido de las barcazas que recorrían los contaminados cielos de Kiavahr retumbaba constantemente entre los agrietados tejados, proyectando con sus vibraciones un pequeño pero constante chorro de polvo a través del destello de luz que atravesaba el agujero entre las placas metálicas mal encajadas de la pared. El cobertizo de los trabajadores estaba a oscuras a excepción de un único resplandor, que creaba un pequeño pozo de luz en el centro de la cabaña y apenas iluminaba las máquinas y herramientas que se alineaban a lo largo de las paredes. El aire estaba saturado del olor del óxido y de la humedad que se filtraba por la pequeña alcantarilla situada bajo el sumidero roto de la pared opuesta a la entrada.

Omegon oyó pasos en la pasarela metálica del exterior. Permaneció inmóvil, oculto entre las sombras con el bólter preparado.

La hoja de la puerta se abrió, lanzando fragmentos de hierro oxidado hacia la luz que penetraba por la abertura. La entrada quedó iluminada desde detrás por el brillo de una linterna estroboscópica, que parpadeó a través de la bruma rojiza del aire contaminado. Un hombre con una túnica ligera y unos pantalones abombados se dibujó en el rectángulo de luz. Lanzó una ojeada por encima del hombro antes de penetrar en el interior y cerrar la puerta detrás de él, apagando el brillo de las luces de navegación de la barcaza.

—¿Consejero Effrit? —preguntó, penetrando en el pequeño pozo de luz. Sus pupilas estaban dilatadas, tratando ineficazmente de atravesar la oscuridad. Omegon pudo ver que su ropa estaba bien cortada, siguiendo el estilo que los gremios preferían antes de la llegada del Mechanicum. Las capas de ropa ornamentada

ocultaban la figura del hombre, pero por su cara cenicienta y sus manos recubiertas de venas muy marcadas, Omegon pudo ver que era muy frágil, con una piel muy fina a causa de décadas de antiagápicos. Su voz compartía un tono aflautado con su cuerpo—. Soy Armand Eloqi.

—Ya veo quién sois —respondió Omegon. El modulador tembló en su cuello, añadiendo dos octavas al tono de su voz—. Bienvenido.

—No puedo veros —dijo Eloqi.

—De momento es mejor así —afirmó Omegon—. Hay un asiento a vuestra izquierda. Poneos cómodo.

—Es arriesgado encontrarnos de esta forma. —Los ojos de Eloqi se movían nerviosamente de un lado a otro, incapaz de localizar a Omegon. No se sentó.

—No os han seguido —le aseguró Omegon—. Estaréis de regreso al edificio del gremio por los mismos medios que habéis llegado, sin levantar sospecha alguna.

—Aun así me parece que es arriesgarse por ninguna razón en particular.

—Por favor, sentaos, maestro gremial —le insistió Omegon—. Todavía tenemos que esperar un poco.

—¿Esperar? —Había una nota de pánico en la voz de Eloqi.

Omegon sonrió en la oscuridad. Era bueno que el maestro gremial y sus aliados estuvieran alerta. En realidad no había motivo alguno para que fuera suspicaz. El Mechanicum ignoraba totalmente la existencia de un complot entre sus filas, pero era necesario para los planes secretos de Omegon que sus peones estuvieran siempre vigilantes. Su nerviosismo también hacia que su posición negociadora fuera más débil.

—Siéntese —Omegon no ladró ni gruñó las palabras, pero le añadió el mínimo toque de autoridad que fue capaz de usar; autoridad que había enviado guerreros a la batalla sin dudar y agentes a sus necesarias muertes.

Eloqi se sentó a regañadientes en los inestables restos de una silla con reposabrazos. El tejido estaba desgastado por generaciones de capataces que habían pasado sus turnos en este cobertizo para disfrutar de un instante de paz alejados de los astilleros de más abajo. No se había utilizado en años, por lo menos desde la llegada del Mechanicum.

—Vuestra suerte se ha desvanecido últimamente —dijo tranquilamente Omegon. Pronunció esas palabras con un tono compasivo—. Antaño vos y vuestro gremio gobernabais Kiavahr, y ahora habéis sido reducidos a sirvientes del Mechanicum. Un continente entero para trabajar en vuestro beneficio, maestro gremial, y la población de una luna entera trabajaba hasta la muerte para proporcionaros minerales y contribuir así a la obra de los gremios. Erais poderosos y vuestras vidas estaban llenas de lujos. ¿Echáis en falta esos tiempos, maestro gremial?

—Por supuesto —le espetó con rabia el anciano—. Los perros de Marte han

acabado con todo con sus estúpidas jerarquías y cultos. No se sella una muerte ni se aprieta un tornillo sin que sus ojos artificiales lo observen y sus cerebros mecánicos lo contabilicen. Las sobras de su mesa, eso es con lo que debemos sobrevivir ahora. No tienen el coraje de acabar con nosotros, sino que prefieren infligir esta enfermedad debilitante a los gremios, desangrándonos hasta dejarnos secos de forma que finalmente nos ajemos y muramos, dejándoles a ellos las riquezas de Kiavahr.

—Y queréis recuperar el poder —aventuró Omegon—. Eso es comprensible. Por qué debéis someteros por el distante Emperador al que no importáis, o por los magi de Marte cuando vuestras salas permanecen medio vacías, vuestras mesas escasas y vuestros tesoros saqueados.

—Exactamente —asintió Eloqi—. Ésa es exactamente mi postura, consejero. Estamos atrapados, sometidos por la amenaza de la aniquilación, pero el Mechanicum cometió el error de dejarnos vivir. Recuperaremos Kiavahr. Se necesitaron cientos de generaciones para construir este mundo, y aunque se necesiten cientos más para recuperarlo, lo haremos.

—Vuestra libertad está mucho más cerca que eso —le aseguró Omegon—. En menos de un año preveo que los gremios controlarán nuevamente Kiavahr. Tenéis un poderoso aliado, al que yo represento. El señor de la guerra en persona, Horus Lupercal, salvador del Imperio, está dispuesto a apoyaros.

—¿Horus? —Había terror en la voz del maestro gremial que en seguida se convirtió en suspicacia—. ¿Qué interés tiene Horus en la humilde Kiavahr?

—Pronto escucharéis numerosas historias preocupantes sobre el señor de la guerra —continuó Omegon sin hacer caso de la pregunta—. Todas serán mentiras propagadas por los agentes del Emperador para sembrar la discordia entre los que dudan de su derecho a gobernar Terra. Debéis ver a través de las mentiras y permanecer fiel a vuestros ideales. Horus se preocupa por aquellos que han sufrido la tiranía del Emperador por mantener la causa de la justicia. Por toda la galaxia hay cientos de mundos como el vuestro, al que se les ha negado la libertad, a los que se les ha negado el derecho de gobernarse a sí mismos por alguna equivocada noción de resignación. Horus os devolverá vuestra libertad, y a cambio no espera nada más que el apoyo de Kiavahr en el caso de que os lo pida.

—Esperad, eso suena mucho más peligroso que hace unos instantes —replicó Eloqi, levantándose—. No creo que me guste hacia donde está encaminándose esta conversación. ¿Por qué no habéis mencionado hasta ahora los intereses de Horus? ¿Por qué se preocupa por el destino de Kiavahr?

—Relajaos, Armand —dijo Omegon con el tono más conciliador que pudo—. Somos aliados, pero debemos tener cuidado. El Emperador y el Mechanicum harán todo lo que puedan para aferrarse al poder. Tenéis que comprender que debo asegurarme de vuestras ganas de libertad. Libraros de las cadenas del Mechanicum no

será fácil, pero debéis entender que también es necesario acabar con los guerreros de la Guardia del Cuervo.

—No podemos permitirnos una guerra contra las Legiones Astartes —declaró Eloqi—. No mencionasteis nada de acciones hostiles, consejero. ¿Pensáis que estamos locos? Nuestro objetivo es usurpar gradualmente el poder, no arrebatarlo luchando abiertamente contra aquellos que nos han negado el derecho a gobernarnos nosotros mismos. No me gusta la forma en que han cambiado las tornas.

—No ha habido engaño alguno —repuso Omegon, mintiendo entre dientes y disfrutando con la manipulación de ese ambicioso hombre de mente débil. Había dicho básicamente lo mismo a los demás maestros gremiales, haciéndoles creer que eran indispensables para la causa, masajeando sus preciosos egos—. Es porque confío en vos que os estoy revelando esta información. Vos sois el único que la posee y sé que la guardaréis con vuestra vida. La Guardia del Cuervo no representará una amenaza para los verdaderos gobernantes de Kiavahr. Puedo confirmaros que han sufrido un gran revés. Estoy seguro de que pronto obtendréis las mismas informaciones de otras fuentes.

Eso era cierto. De alguna forma, las noticias de las acciones de Horus se propagarían y en Kiavahr sabrían que la mitad de las Legiones Astartes se habían alzado contra el Emperador. Era mejor que la versión de Horus sobre lo sucedido fuera la primera en ser escuchada, lanzando dudas sobre los rumores y propaganda que la seguiría. Parte del acuerdo negociado con el señor de la guerra era que la Legión Alfa propagaría desinformación de forma anticipada mientras buscaban nuevas fuerzas aliadas con la causa de Horus. Era una misión para la que Alpharius y Omegon estaban bien preparados. En otros muchos mundos, los agentes y los guerreros de la Legión Alfa ya estaban sembrando la discordia entre los seguidores del Emperador y cultivando ideas revolucionarias entre aquellos que habían sido sometidos por las Legiones Astartes.

—He oído rumores de que Deliverance está prácticamente vacío, vigilado por un puñado de naves y poco más —dijo el maestro gremial.

—Intentaron desafiar al señor de la guerra y ahora la legión ha sido prácticamente destruida. Con vuestra ayuda, lograremos su destrucción completa y devolveremos el gobierno de Kiavahr a aquellos que se lo merecen.

—No lo entiendo —comentó Eloqi—. ¿La Guardia del Cuervo atacó a los Hijos de Horus?

—Exactamente es lo que pasó. El Emperador, celoso del poder y la popularidad de Horus, trató de arrebatarle los derechos que le había concedido y envió varias legiones para obligar a Horus a someterse. Pero el señor de la guerra tiene muchos amigos, y los lacayos del Emperador fueron destruidos. La Guardia del Cuervo escapó por un azar del destino, pero están casi aniquilados. Ahora es el momento de

atacar. A no ser, claro está, que no apoyéis a Horus en su lucha por la libertad.

Omegon no mencionó las consecuencias de dicha posibilidad, pero pudo oír el corazón de Eloqi latiendo un poco más rápido en las pausas de la conversación con el primarca. Una vaga referencia al castigo era mejor que una docena de amenazas específicas en la mente de los débiles. Fuera lo que fuese lo que se imaginara el maestro gremial que podía pasarle era mucho más preocupante y personal que nada que Omegon pudiera imaginar.

—¿El señor de la guerra respetará el poder de los gremios? ¿Nos permitirá restaurar las antiguas leyes?

Omegon casi podía sentir los cálculos en el tono de Eloqi; la avaricia y el deseo de gobernar. El primarca sabía lo que el maestro gremial quería escuchar pero estaba demasiado asustado para decir.

—Deliverance será derrocado y la colonia de Lycaeus será devuelta a los gremios —le aseguró Omegon—. Horus os proporcionará la autonomía, tanto de Terra como de Marte. Ni siquiera os exigirá lealtad, sino sólo vuestra amistad. Preguntó personalmente por vos, maestro gremial.

—¿Mi nombre? ¿El señor de la guerra sabe cómo me llamo?

Un ligero resuello en el exterior del cobertizo llegó hasta Omegon, casi inaudible en medio del ruido de los cargueros que pasaban.

—Mi otro invitado llegará en unos instantes —le dijo a Eloqi. El maestro gremial estaba demasiado nervioso como para que llegara alguien más sin prevenirlo—. No os alarméis.

La puerta se abrió unos segundos después. Una figura encapuchada entró, envuelta en pliegues negros y rojos. Una máscara dorada brillaba bajo la pesada capucha. Cables y tubos salían de su placa facial para conectarse a una máquina de cobre en el pecho del recién llegado.

—¿Qué es eso? —siseó Eloqi, alejándose del recién llegado. Omegon se apartó silenciosamente para evitar que el maestro gremial tropezara con él—. Nos habéis traicionado.

—He dicho que no os alarméis —le recordó Omegon—. No juzguéis por las apariencias.

—Soy el magos Unithrax, maestro gremial —la voz del recién llegado retumbó desde detrás de la máscara—. Estoy aquí para ayudaros a acabar con la tiranía de Marte.

—Vos… ¡Vos sois uno de ellos! ¡Uno de los del Mechanicum!

—Sí y no —respondió tranquilamente Unithrax—. Provengo de la Orden del Dragón, y respondo a un poder distinto al de Terra. Con la ayuda de mis asociados, me aseguraré de que los gremios sean restaurados en el poder en Kiavahr.

Eloqi se quedó sin habla, todavía atenazado por el terror.

—Unithrax se asegurará de que la garra del Mechanicum se rompa desde dentro —explicó Omegon, hablando lentamente para asegurarse de que el maestro gremial lo entendía—. Con los magi desconcertados, los gremios podrán derrocar a los usurpadores. Necesitáis su ayuda, Armand. Creedme, necesitáis su ayuda.

—¿Qué pasará si decido no aliarme con esta cosa? —preguntó Eloqi—. Tal vez no queramos saber nada más de vuestra conspiración.

—Es demasiado tarde —declaró Unithrax—. Los engranajes ya se han puesto en movimiento. Podéis decidir si queréis ser ascendido al poder o ser aplastado por las fuerzas que se liberarán. Los gremios controlarán nuevamente Kiavahr y Lycaeus. Si elegís estar entre los maestros gremiales o no, es irrelevante para nuestros planes.

Viendo que no tenía alternativa, Eloqi asintió aparentando un aire de bravuconería.

—Bien, parece que estaba en lo cierto confiando en vos, consejero —dijo—. Sabía que había más en vos que una simple alianza con los gremios. El señor de la guerra puede esperar mi total apoyo.

—Bien, estoy satisfecho de que tengamos un acuerdo, Armand —respondió Omegon, conteniendo la risa ante la vacía arrogancia del hombre. Podía imaginarse las ambiciones del maestro gremial desbordándose, viéndose a sí mismo en una audiencia con Horus, tal vez como señor de una docena de mundos o más. Era realmente lamentable—. Sería prudente que ahora regresarais. Contactaré con vos cuando sea el momento.

—Bien, muy bien —asintió Eloqi, dando un rodeo alrededor de Unithrax para alcanzar la puerta.

—Una última cosa, maestro gremial —dijo el magos cuando estaba a punto de partir.

—¿Sí?

Unithrax levantó una mano envuelta en un guantelete plateado.

—Estoy honrado de teneros como socio —declaró.

Eloqi gruñó y tomó la mano que le ofrecían en un apretón. Un instante después gritó y apartó la mano como si lo hubieran pinchado.

—Una garantía de vuestra cooperación, maestro gremial —dijo Unithrax, levantando un dedo con una aguja que brillaba bajo la escasa luz.

—¿Qué me habéis hecho? —exigió saber Eloqi, mirándose la muñeca.

—Una neurotoxina, maestro gremial. De momento está inactiva, no es ningún peligro. Sin embargo, si reveláis mi presencia o traicionáis nuestra causa de alguna forma, podéis estar seguro que el agente catalizador será introducido en vuestro sistema: aire, comida, agua… cualquiera puede servir.

Horrorizado, Eloqi miró la marca del pinchazo en su muñeca y después miró al magos antes de salir trastabillando de la cabaña.

—¿Eso era necesario? —preguntó Omegon, asegurándose de no acercarse demasiado al magos renegado. Era posible que la Orden del Dragón tuviera un veneno capaz de afectar incluso a los primarcas—. A veces podéis ser muy poco sutil.

—Esperemos que sea una precaución innecesaria, pero tiene sus ventajas —replicó Unithrax—. Cuando la Orden del Dragón tome el control, los gremios ya no serán de ninguna utilidad. Mejor dejar el campo preparado ahora para facilitar su desaparición después. Antes de marcharme, tengo mensajes para vos del Fabricador General referentes a los acontecimientos en Marte.

—Estoy seguro de que los tenéis —asintió Omegon—. Estoy seguro.

Los muros de los corredores estaban forrados con grandes paneles de un material gris oscuro. Alpharius pasó una mano por encima de ellos y los sensores de los guanteletes transmitieron su fina textura a las yemas de los dedos. Pequeños sensores de temperatura le dijeron que eran fríos al tacto. Golpeando con el puño uno de los paneles, Alpharius notó como aparecían minúsculas grietas partiendo de forma radial desde el punto de impacto.

—Ceramita —dijo—. Como nuestra armadura.

—No toques nada —le espetó el sargento Dor—. No sin que el primarca lo ordene. Si algo te dispara, responde al fuego, pero no hagas nada más sin recibir órdenes.

—Sí, sargento —asintió Alpharius, lamentando inmediatamente su acción.

La curiosidad no era un rasgo que se premiara en su situación actual. Se reunió con el grupo de legionarios, dándose cuenta de que había atraído la atención hacia su persona.

Dor y su escuadra, dividida en dos grupos de cinco hombres, eran el elemento en punta. Junto a Dor estaban Alpharius, Lukar, Velps y Marko con su rifle de fusión. Habían cubierto tal vez unos setenta metros de corredor, que estaba iluminado por tiras insertadas en el ángulo que formaba el techo con las paredes y bañaba a los legionarios con un constante resplandor amarillo.

—Mirad eso —dijo Lukar, señalando una de las baldosas de ceramita que había más adelante—. Cambiad a térmico.

Alpharius así lo hizo y una pátina de color rojo cayó sobre su visión cuando los sentidos automatizados de la armadura escanearon las frecuencias infrarrojas del espectro. Detrás del panel que Lukar había señalado podía verse un trazo de líneas más brillantes.

—Cables de energía —comunicó Alpharius—. ¿Sargento?

—Lo he visto —replicó Dor, levantando la mano para indicar que se detuvieran —. Comandante, tenemos algún tipo de conducto de energía más adelante.

—Entendido —la respuesta de Agapito fue inmediata. Su tono era tenso—.

Espera órdenes.

—Avance treinta metros, sargento Dor. —La profunda voz del primarca llenó el comunicador—. Debería ver una puerta sellada enfrente. Espere delante de la puerta nuevas instrucciones.

—Afirmativo, señor —respondió Dor al tiempo que movía la mano para que la escuadra volviera a ponerse en movimiento—. Estad atentos a vuestros sistemas de armamento.

No habían avanzado más de cinco metros cuando un panel en el techo se abrió y un cañón de tubos múltiples apareció en escena. Lukar fue el primero en reaccionar, y disparó una andanada de su bólter contra la abertura, destruyendo con los proyectiles explosivos un nido de cables que alimentaba la batería. Saltaron chispas y el arma tembló en el extremo de su brazo metálico, moviéndose de forma irregular.

—Si eso es lo peor que este lugar puede ofrecer, no va a ser tan difícil —observó Lukar.

Como respuesta a su bravuconería, se oyó un grito de alarma desde la parte posterior de la escuadra, seguido inmediatamente del crujido de un rayo láser.

—¡Vista al frente! —gritó Dor—. No es nuestro problema. Seguid avanzando.

El chasquido de los disparos bólter y el característico crujido de un rifle de plasma resonaron por el pasaje mientras la escuadra seguía avanzando. Como Corax les había dicho, llegaron hasta una sala unos metros más ancha que el corredor, sin nada destacable excepto una puerta en la pared opuesta. El portal estaba ligeramente incrustado en la ceramita y hecho del mismo material. Alpharius no vio señal alguna de picaporte o cerradura, aunque su visión térmica le mostraba diversos cables de energía conectados al marco alrededor de la puerta.

—¿Simplemente debemos esperar aquí? —preguntó Velps. Sacó una bomba de fusión de su cinturón y la sostuvo en alto—. Esto atravesaría la puerta en un instante.

—No hagas nada —dijo Dor, avisando a Velps con la mano levantada que retrocediera unos pasos.

Alpharius observó la habitación. Aparte de sus dimensiones no había nada que la diferenciara del resto del pasillo por el que habían venido. La ausencia de algo destacable en el corredor, su perfecta uniformidad, lo ponía nervioso. Era un legionario alfa y en su interior conocía la capacidad de desorientación que tenía el poder del anonimato. Era muy fácil perderse en un lugar así, y Alpharius no tenía ninguna intención de acabar su vida en ese insulso pero letal desierto de corredores y habitaciones.

—Tal vez deberíamos marcar nuestros avances de alguna forma, por si hemos de volver atrás —sugirió.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Dor.

Alpharius sacó su cuchillo de combate y marcó una cruz en el muro de ceramita

de su izquierda.

—Si la vemos otra vez, sabremos que hemos caminado en círculo —dijo.

Esperaron varios minutos. Alpharius miró hacia atrás y vio la otra mitad de la escuadra a una docena de metros de ellos, todavía en el corredor. El calor de los generadores dorsales de los legionarios que los seguían iba acumulándose, distorsionando el aire con una ligera bruma. Para la visión térmica de Alpharius los respiraderos de los generadores dorsales de los otros legionarios eran de un blanco muy brillante.

—Comandante, estamos dejando una señal de calor muy elevada —comunicó Alpharius—. El primarca dijo que los sistemas de defensa tenían detectores térmicos.

—Bien visto —respondió Agapito—. Todas las escuadras: ajustad los sistemas de refrigeración al mínimo. Reducid la señal térmica.

—Negativo, no ajustéis las señales térmicas. —El tono de Corax era tranquilo pero tenso. Alpharius se dio cuenta de que el primarca estaba monitorizando todas las comunicaciones de las escuadras, lo que representaba un esfuerzo mental considerable—. Es preciso que activéis los sensores térmicos cuando sea necesario. El equipo dos pronto estará en posición. Su avance activará la primera transformación. La puerta que hay delante de vosotros se abrirá en dos minutos. Estad atentos.

En la cámara de la entrada, Corax tenía los ojos cerrados, con la totalidad de su mente concentrada en el mecanismo del Laberinto y las posiciones de sus escuadras. Había bloqueado todos los estímulos excepto la constante narración del flujo de comunicaciones que cruzaba la red de mando y llegaba al comunicador que tenía en la oreja.

Como un ladrón examinando la cerradura más compleja jamás creada, el primarca imaginó la interacción de las salas implicadas, los puentes que se levantaban, las puertas que se cerraban y los arcos que colapsaban. Las tres fuerzas habían empezado a dividirse, las escuadras de combate pasaban a través de nuevas aberturas para activar la siguiente transformación del laberinto. Con cada cambio aleatorio, el plan de Corax evolucionaba y se consolidaba a medida que nuevas formas de avanzar se abrían o cerraban. No podía predecir todos los movimientos del Laberinto, pero podía responder rápidamente a cada acontecimiento. La sincronización de cada movimiento debía ser precisa, y ladraba sus órdenes con voz entrecortada, redirigiendo las escuadras de combate hacia donde eran necesarias.

Eliminaba el sonido de los disparos y el rugido de los poderosos mecanismos y los inmensos pistones. Ignoraba las maldiciones y las advertencias de sus guerreros. Su único propósito era abrir la cerradura.

Veintitrés minutos y ciento setenta metros después de que hubieran entrado en el

Laberinto, la Guardia del Cuervo sufrió su primera baja. Un legionario bajo el mando de Agapito fue alcanzado en el pecho por el rayo láser de una torreta automática que había surgido del suelo.

—No tenemos apotecario —informó el sargento—. Mathan tiene muy mal aspecto.

—Debéis dejarlo atrás, sargento Cannor —respondió rápidamente Corax—. Después regresaremos a por él. Mueve el resto de la escuadra a través del segundo arco a tu izquierda. La entrada que tienes delante se cerrará en siete segundos.

—Mathan todavía está vivo. Necesita tratamiento.

—Ya tienes tus órdenes —le replicó Corax con frialdad.

La tecnología genética, el renacimiento de la Guardia del Cuervo, era un premio mucho mayor que una vida individual. No podía producirse ningún retraso. El Laberinto ya se estaba moviendo hacia su siguiente configuración. Dudar representaba fallar, y eso haría que cada vida perdida hubiera sido un sacrificio en vano.

—Mueve tu escuadra, ya.

—Confirmado, lord Corax.

Distraído por este evento, el primarca casi perdió la oportunidad de hacer que la escuadra en cabeza de Agapito cruzara el puente que iba a subir hacia las alturas cuando los hombres de Arcatus entraran en la cámara que tenían delante de ellos. Corax hizo un rápido cálculo y consideró que todavía había tiempo suficiente para cruzarlo.

La rampa que tenían delante parecía suficientemente inofensiva para Arhuld Dain, el portador del arma especial en la Séptima Escuadra, aunque lord Corax había avisado a la unidad que se aproximara con cautela. El camino de ferrocemento se elevaba diez metros por encima del suelo de la sala, conduciendo hasta una puerta circular que parecía la compuerta de una nave. Dain miró hacia arriba y vio una abertura similar directamente encima de él y lo que parecían los peldaños de una escalera que cruzaba por el techo desde uno de los muros.

—¿Cómo podría llegar alguien ahí arriba? —preguntó, ajustando el agarre de su lanzallamas mientras la escuadra de combate de cinco hombres avanzaba hacia allí.

—No tengo ni idea —le respondió el sargento Caban—. Mantente alerta.

Con un fuerte siseo, las puertas dobles a través de las que había entrado la escuadra se cerraron detrás de ellos. Dain detectó unas vibraciones recorriendo el suelo a la vez que un crujido característico llegó a sus oídos.

—¡Esperad! —gritó el legionario, deteniéndose de golpe. El sargento Caban dio un paso más por el camino antes de volverse.

—Qué es… —La voz del sargento se perdió cuando la cámara giró rápidamente

sobre su eje lanzando a la escuadra por los aires.

Dain sintió como si se volviera ligero, separándose del suelo. La ceramita bajo sus pies no proporcionaba enganche para los anclajes magnéticos de sus botas, por lo que se alejó flotando, como el resto de la escuadra a su alrededor. El sargento Caban pasó a su lado, propulsado con mayor fuerza a causa de su último paso. Se dio grácilmente la vuelta mientras se dirigía hacia la pared que había detrás de Dain.

La Guardia del Cuervo se encontró suspendida a unos tres metros por encima del suelo, que se había convertido en una pared. Dain trató de darse la vuelta hacia los peldaños de la escalera, cuyo propósito se había vuelto evidente. Apuntando su lanzallamas, hizo un breve disparo, utilizándolo como un tosco propulsor que lo envió flotando hacia la escalera.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Caban. El sargento extendió una mano para frenarse en la pared más alejada.

Dain alargó la mano izquierda tratando de coger el escalón más próximo. Sus dedos se curvaron sobre en el metal.

El crujiente ruido aumentó su intensidad, convirtiéndose en un pulsante aullido. Dain miró a su alrededor tratando de descubrir el origen. La escalera estaba vibrando con energía entre sus dedos. Dándose cuenta de su error, abrió la mano y trató de alejarse propulsándose con las piernas.

Un relámpago recorrió la escalera, chispeando por toda la armadura de Dain, hasta llegar al suelo a través del cableado alrededor de su estómago. Los músculos de su abdomen se tensaron cuando la electricidad recorrió el cuerpo del legionario. El espasmo hizo que pataleara, propulsándose a sí mismo a través de la sala mientras las chispas cubrían su armadura y las llamas surgían de los sellos fundidos y los circuitos sobrecargados. Podía sentir como su carne se chamuscaba y se agrietaba, aunque el dolor quedó apagado por el repentino flujo de compuestos anestésicos que su cuerpo produjo. Dain notó la mandíbula como si se la hubieran soldado mientras un dolor agónico cruzaba su cerebro.

Giró salvajemente hasta perder el conocimiento. Su última visión fue que la sala volvía a su sitio, y sus compañeros caían pesadamente al suelo.

—Recibiendo órdenes —anunció Dor mientras movía su bólter para que Marko y Alpharius atravesaran la entrada que tenían delante de él—. Transmitiéndolas por el canal de la escuadra.

Alpharius y Marko atravesaron la puerta con las armas preparadas. Se encontraron en el extremo de una sala abovedada de grandes dimensiones. A diez metros de ellos, el suelo se hundía en un oscuro abismo, una falla natural en los estratos de la montaña. Con la visión térmica de su casco, Alpharius podía discernir el circuito de cables de energía y posiciones defensivas en el techo todavía no

activadas.

—En treinta y dos segundos un puente descenderá hasta vuestra posición —dijo la voz de Corax distribuida desde la unidad de comunicaciones del sargento Dor—. Tenéis cuarenta y tres segundos para cruzar el puente.

—Hay siete torretas de armamento —informó Marko— situadas de forma irregular. Tan sólo tenemos claras líneas de fuego a tres de ellas desde este lado. Tendremos que cruzar el puente antes de poder ver las otras.

—Ninguna cobertura —añadió Alpharius—. Seremos blancos en una galería de tiro.

—Granadas cegadoras —respondió Corax—. Desactivarán las unidades durante veinte segundos.

—Aun así no es tiempo suficiente, mi señor —dijo Dor—. La sima debe de tener unos doscientos cincuenta metros de anchura.

—Corred, sargento —fue la entrecortada respuesta del primarca.

Alpharius estaba a punto de protestar, pero se mordió la lengua, como si la orden la hubiera dado su propio primarca. Los otros parecían dispuestos a confiar en el juicio de Corax y no podían permitirse mostrar su disconformidad.

—Yo iré primero —dijo—. Marko, ¿puedes apuntar a la segunda torreta de la derecha?

—Desde el borde de la sima, sí —asintió Marko.

—¡Espera! —le gritó Dor cuando Alpharius cogió una granada cegadora de su cinturón. El legionario alfa se quedó inmóvil.

El sargento dio algunos pasos adelantándose a los dos y mirando a su alrededor.

—Guárdalas para cuando lleguemos al puente —dijo, señalando con el bólter la oscuridad que ocultaba la parte más alejada de la sala—. Podemos acabar con esas torretas antes de cruzar.

Un profundo ruido reverberó como si se encontraran en una catedral, lanzando polvo desde las estalactitas que habían crecido alrededor de las profusamente adornadas vigas que sostenían el peso del techo. Desde un hueco situado a gran altura, una estructura metálica apareció a la vista colgando de docenas de cadenas, cada una de las cuales era tan gruesa como los hombros de un legionario.

—Tenéis cuarenta y tres segundos —la voz de Corax llegó con mucha calma, casi sin emoción alguna.

Dor ladró una serie de órdenes y la escuadra entró en acción. Alpharius se dirigió hacia los pilares metálicos que marcaban el punto en que el puente caería. El ruido de sus botas activó un sensor y una torreta surgió del techo metálico directamente sobre su cabeza. Lukar disparó su bólter, destrozando el arma en medio de una tormenta de chispas.

Alpharius siguió adelante, confiando en que su escuadra lo protegiera mientras

apretaba la granada cegadora en la mano. El gemido del rifle de fusión resonó en sus oídos durante un segundo antes de que otra torreta se desintegrara en una niebla de metal fundido que llovió sobre la armadura del legionario alfa.

Con un atronador ruido, el puente alcanzó los pilares y se detuvo con una sacudida. Alpharius saltó sobre él. Sus botas levantaron esquirlas de metal oxidado de la malla que formaba el suelo.

—Treinta y cinco segundos —los avisó Dor. Sus palabras casi se perdieron en otra andanada de proyectiles bólter, esta vez disparada por Velps. Una nueva torreta quedó envuelta en llamas.

Alpharius corrió a lo largo del puente, con la granada cegadora preparada, los brazos y las piernas latiéndole con fuerza, su carrera, potenciada por la armadura, cubría tres metros con cada zancada. Oyó el ruido de los otros siguiéndolo por detrás, y se tensó, esperando el característico crujido de un disparo láser.

—¡A la derecha, cuadrante tres! —ladró Dor.

Alpharius no miró, pero oyó a Velps por detrás de él deslizándose para frenar. Un destello rojo surgió de la oscuridad, fundiendo parte del puente justo a su espalda. El bólter de Velps rugió y la torreta de defensa quedó silenciada.

—¡Granada va! —gritó Alpharius, lanzando el detonador de campo ciego hacia adelante.

El orbe trazó un arco en la oscuridad, brillando con un tono rojizo cuando otra torreta abrió fuego acribillando el suelo del puente justo delante de Alpharius. Las máquinas que controlaban la torreta se habían adaptado y anticipado su carrera; tan sólo la momentánea pausa para lanzar la granada había salvado a Alpharius de un impacto directo.

Se inclinó hacia adelante para correr a máxima velocidad mientras la granada cegadora vomitaba su contenido en el extremo más alejado del puente, formando una nube de partículas plateadas y oscilantes rayos de energía electromagnética.

Nuevamente, el sistema que controlaba las defensas había evolucionado. Las torretas estaban cegadas, pero en cuanto cesaron sus disparos, abrieron fuego con una tormenta de rayos, disparando aleatoriamente por toda la sala formando una red entrecruzada de relámpagos de color rubí. Cuando uno de ellos pasó rugiendo por encima de su hombrera derecha, Alpharius casi maldijo en su lengua nativa, deteniendo las palabras entre sus apretados dientes mientras se zambullía en la tormenta del campo cegador.

Varios mecanismos chasqueantes y pistones sibilantes se activaron. El puente tembló bajo los pies de Alpharius, casi haciéndolo caer por la barandilla. La niebla cegadora que lo envolvía anuló toda la información que le llegaba a través de los sentidos automatizados de su armadura. En silencio y a oscuras, Alpharius saltó, propulsándose por los aires.

Al legionario le pareció una eternidad el tiempo que tardó en aterrizar, engullido por el campo cegador, sin hacer caso de los rayos láser que sin duda silbaban a su alrededor.

Aterrizó con un pesado golpe y casi perdió pie, desplomándose pesadamente sobre una de sus rodillas, lo que envió señales de alarma por toda su armadura a causa del impacto. Se puso de pie y continuó adelante, confiando en que los demás lo estarían siguiendo, confiando también en que Corax estuviera en lo cierto y que hubiera una arcada o una puerta abierta más adelante que los llevara a un lugar seguro. La niebla cegadora estaba empezando a desvanecerse; las energías y partículas distorsionantes se agitaban más lentamente en la oscuridad.

Liberado de los efectos de la granada cegadora, los sistemas de comunicación y los sentidos automatizados de Alpharius cobraron vida nuevamente. Los rayos láser chirriaban a su alrededor, levantando fragmentos de roca fundida del suelo. Era inútil tratar de esquivar los rayos aleatorios, por lo que siguió corriendo por el ligeramente inclinado suelo mientras sus sentidos automatizados se estremecían. Los destellos de luz se cruzaban ante sus ojos, y un apagado sonido le zumbaba en los oídos mientras los sistemas de la armadura se recuperaban del campo cegador.

—¡Arriba y a la izquierda! —estaba gritando Dor cuando emergió del miasma de energía disruptiva—. ¡Arriba y a la izquierda!

Alpharius giró su bólter para apuntar, y a través de la bruma infrarroja vio el destello del ojo artificial de la torreta en medio de la oscuridad. Disparó tres proyectiles, que atravesaron la carcasa de la posición artillera, haciendo volar fragmentos de metal por los aires.

—Sigue corriendo —dijo Lukar, palmeando la hombrera de Alpharius mientras pasaba a su lado. Alpharius miró hacia adelante y vio las compuertas descendiendo sobre una abertura iluminada de amarillo.

Los legionarios cruzaron bajo el portal que se cerraba en rápida sucesión, entrechocando las armaduras. Marko fue el último de la fila, ligeramente más lento a causa del peso de su arma. Un rayo láser rojo lo alcanzó desde el techo, atravesando la protección de su pierna derecha. Girando, Marko trató de pasar bajo la puerta que se cerraba, pero no llegó por poco.

—Déjalo —le espetó Dor.

Alpharius ignoró la orden y actuó por puro instinto, soltando el bólter para agarrar el generador dorsal de Marko con las dos manos. Tiró con todas sus fuerzas del legionario herido instantes antes de que la puerta se cerrara del todo con un retumbante crujido.

Estaban en un corredor muy parecido al que habían encontrado al principio del laberinto, con anodinas paredes grises sin marcas. Se curvaba bruscamente hacia la derecha, lo que ocultaba la ruta que tenían por delante después de unos diez metros.

—Sargento Dor, informe de situación. —La voz de Corax era firme, confiado de que sus guerreros lo habrían conseguido.

Dor miró hacia la escuadra; las lentes de su casco brillaban bajo la luz que procedía de una única tira en el techo.

—Hemos pasado, lord Corax —informó—. Sin embargo, Marko está herido.

—¿Puede moverse? —La pregunta pendió en el aire mientras Marko se ponía en pie con la ayuda de Lukar. Sostuvo su rifle de fusión comprobando las conexiones de energía que lo unían al generador dorsal.

—No voy a quedarme aquí —dijo Marko con voz tensa—. Pero no esperéis que vuelva a lanzarme a otra carrera como ésa.

—Puede moverse —transmitió Dor—. ¿Cuáles son las órdenes?

—Continuad por el pasadizo unos treinta metros.

—Entendido. Seguimos avanzando —confirmó Dor.

En esos momentos, algo dobló el recodo del pasadizo, haciendo un ruido metálico y silbante. Era la extraña mezcla de una máquina bípeda y un pequeño tanque con pies en forma de orugas; su cuerpo principal tenía la forma de una torreta con dos cañones multitubo emergiendo amenazadoramente por delante. Un pequeño módulo en la parte superior de la máquina estaba cubierto de discos sensores y lentes de ojos artificiales.

Alpharius observó los cañones empezando a girar, temporalmente paralizado por la aparición repentina de la máquina. Corax los había advertido de esas cosas, pero hasta ahora tan sólo se habían encontrado defensas estáticas. Mientras levantaba su bólter para disparar, se dio cuenta que había reaccionado demasiado lentamente.

Un peso golpeó el costado de Alpharius, lanzándolo dando tumbos hacia su izquierda justo cuando la máquina abría fuego. Lukar estaba disparando su bólter y recibió la mayor parte de la andanada. Proyectiles del tamaño de un puño golpearon su armadura, causando una tormenta de fragmentos de ceramita y metal desgarrado.

Lukar salió despedido hacia atrás a causa del impacto, golpeando el suelo con su destrozada armadura totalmente agrietada. Alpharius disparó su bólter apuntando al dispositivo de sensores.

El lateral de la máquina explotó en una ducha de gotas de metal fundido por el impacto del rifle de fusión de Marko, dejando al descubierto circuitos y cables ardiendo. Los proyectiles de Dor alcanzaron el agujero un segundo después mientras la torreta giraba hacia Marko. Velps saltó hacia adelante con una carga de fusión en el puño. Se agachó bajo la tormenta de proyectiles cuando el guardián abrió fuego nuevamente, alcanzando a Dor en los pies. Con un gruñido furibundo, Velps colocó la carga en el armazón, bajo los cañones, y se apartó rápidamente.

La máquina estalló, y en su destrucción llenó el túnel con una furia incandescente que hizo saltar las alertas de calor en la pantalla de Alpharius; una explosión mucho

mayor de la causada por la bomba de fusión por sí sola. La metralla alcanzó el pecho y el hombro de Alpharius, pero su armadura resistió. Las paredes de ceramita quedaron igualmente agrietadas y llenas de fragmentos y restos.

—Autodestrucción —dijo Velps. La pintura de su armadura estaba desconchada a causa de la ardiente explosión. Disparó varios proyectiles contra el humo, destruyendo restos mecánicos mientras gruñía maldiciones.

Alpharius se volvía hacia donde Lukar yacía inmóvil en el suelo gris. La parte frontal de su casco era un desastre, el símbolo de la Guardia del Cuervo sobre la placa pectoral estaba tan destrozado que era irreconocible, la sangre manaba de una docena de agujeros en la armadura.

—El sargento parece que sigue vivo —informó Marko, arrodillándose junto a la forma yacente de Dor. El sargento levantó débilmente la mano para confirmar ese hecho.

—Lukar está muerto —comunicó Alpharius en voz baja. El guerrero de la Guardia del Cuervo había recibido toda la brutal descarga del ataque y le había salvado la vida a Alpharius. Mientras miraba hacia la armadura cubierta de sangre de Lukar, Alpharius negó con la cabeza sin creérselo—. ¿Por qué me apartó de un golpe?

—¿Por qué me arrastraste hacia la salvación? —le contestó Marko mientras ayudaba a Dor a ponerse en pie.

Alpharius no tenía respuesta para eso. Esos guerreros eran legionarios de la Guardia del Cuervo, sus enemigos. Su único propósito era asegurarse de su destrucción, pero la misión requería que tuvieran éxito en recuperar lo que fuera que Corax buscaba en ese lugar. Eso significaba que tenían que seguir con vida para alcanzar el sanctum interior de la montaña.

Pero aun así era más que eso. Sus muertes al final eran una necesidad, pero Alpharius los respetaba como individuos, tal vez incluso consideraba amigos a sus compañeros de escuadra. Si eso era algún resto de recuerdos del material del guerrero conseguido mediante la omophagea, o algo mucho más desconcertante y problemático, no quería ni aventurarlo.

—Somos hermanos de batalla —dijo tranquilamente Dor, arrodillándose para poner una mano en los restos acribillados del pecho de Lukar.

—Sí —asintió Velps, presionando su puño sobre el pecho como saludo—. Hermanos de batalla.

—Hermanos de batalla —susurró Alpharius, apartando la mirada del legionario muerto, incapaz de enfrentarse a sus confusos pensamientos.

Arcatus observó el canal que había más adelante con suspicacia. El corredor era largo y estrecho, de no más de dos metros de ancho y al menos de trescientos metros de

largo, y giraba abruptamente hacia la derecha para continuar fuera de su vista. A unos cincuenta metros de distancia, una pequeña grieta emergía del muro cortando diagonalmente la línea de avance. Ordenó a sus custodios que se detuvieran y esperó instrucciones de Corax. En las tres horas y media que habían pasado desde que entraron en el Laberinto, Arcatus había sentido un nuevo respeto por el primarca, y tal vez incluso algo de confianza. En cuatro ocasiones, las órdenes o advertencias en el último segundo de Corax lo habían salvado a él y a su grupo de custodios y legionarios de una serie de trampas mortales y de ataques mecánicos. Tan sólo unos minutos antes, Arcatus había retrocedido justo a tiempo para evitar un chorro de ácido vaporizado que habría atravesado su armadura en cuestión de segundos.

Un chorro de líquido recorría el canal, un líquido viscoso, verde oscuro, que fluía lentamente, aumentando poco a poco de nivel.

—Creo que este pasadizo se va a inundar, lord Corax —informó Arcatus.

—No es más que líquido lubricante —replicó el primarca—. No es ninguna amenaza. Proceded hacia el final del corredor. Allí habrá tres puertas. Tomad la de la izquierda. Más allá hay algún tipo de red de energía, tal vez una trampa láser. Id con cuidado.

El último comentario parecía innecesario. Arcatus había tenido cuidado desde el primer instante en que había pisado ese letal laberinto. Siguió las instrucciones de Corax, llevando la escuadra hacia el recodo del corredor. Un grito de advertencia hizo que se volviera mientras una escotilla anteriormente invisible se abrió en el techo. Tres orbes plateados, cada uno de ellos no más grande que un puño, descendieron por el aire.

El primero explotó en una lluvia de fragmentos fundidos cuando el custodio Ganius lo partió al atravesarlo con la lanza guardiana. Las otras dos detonaron por su propia cuenta, cubriendo a Ganius y al guardia del cuervo que iba tras él con metralla humeante. De sus armaduras surgieron columnas de humo cuando el compuesto ácido las fundió rápidamente dirigiéndose hacia la piel.

Ganius gritó mientras trataba de quitarse la placa pectoral. Era la primera vez que Arcatus había visto un custodio reaccionando con pánico. El guardia del cuervo cayó al suelo con un crujido. Se había abierto un agujero en su casco, y un poco de cráneo licuado y materia cerebral manó hacia el suelo desnudo.

—¡Me está atravesando las costillas! —gritó Ganius, que cayó sobre una rodilla mientras se apretaba el pecho.

Arcatus actuó con decisión para evitar a Ganius la inevitable agonía de que se le abrasaran el corazón y los pulmones. Su alabarda centelleó mientras blandía el arma, y separó la cabeza de Ganius del cuerpo con un solo golpe. El cadáver decapitado de Ganius cayó al suelo. El eco del impacto resonó por todo el pasillo.

—Moveos. La puerta de la izquierda —ordenó Arcatus, haciendo gestos con la

alabarda para indicar a los supervivientes que siguieran avanzando.

Permaneció junto a los restos de Ganius, alerta por si aparecían más globos plateados. Arcatus siguió adelante cuando el último guardia del cuervo hubo pasado, recordando la promesa del primarca de que la bóveda contenía algo que podía asegurar la derrota de Horus. Con una última mirada hacia el cuerpo de Ganius, que estaba consumiéndose mientras el ácido lo devoraba, Arcatus prometió que haría que Corax cumpliera su palabra.



NUEVE

LAS PROFUNDIDADES DE TERRA
EL LEGADO DE NIKAEA
GÉNESIS DE LOS PRIMARCAS

La cripta de la tecnología genética estaba al alcance de la mano. Corax se permitió un instante para ver si recordaba algo acerca de las defensas internas, pero no había nada en los recuerdos del Emperador. Una vez atravesado el Laberinto, Corax simplemente tenía que abrir las puertas de la cámara y se encontrarían ante el premio.

—Prepare sus servidores —le dijo el primarca a Nexin—. Entraremos en el Laberinto dentro de dos minutos.

Veintitrés legionarios de la Guardia del Cuervo habían muerto, otros diecisiete habían quedado gravemente heridos y abandonados en el Laberinto para ser recuperados posteriormente, y trece más estaban heridos pero en condiciones de continuar. Los custodios también habían perdido tres guerreros. Corax había grabado todos sus nombres en la memoria, pero ése no era el momento de lamentarse o anotar su pérdida. El Laberinto todavía tenía de acabar de abrirse.

Las órdenes de Corax siguieron surgiendo de sus labios en un constante torrente, moviendo las piezas del rompecabezas hacia donde era preciso. Trató de no pensar en ellos como seres vivos, como guerreros que respiraban. Desde que había enviado a su ejército de prisioneros a luchar por primera vez contra los guardias de Lycaeus sabía que sus órdenes significaban que morirían hombres. Aunque el adversario que en esos momentos estaban intentando superar no era un ser inteligente, aunque, en algún sentido estaban luchando contra la sabiduría del propio Emperador, los sacrificios requeridos no eran distintos. Millones, posiblemente billones, de los fieles al Emperador morirían si la Guardia del Cuervo fracasaba hoy y no podía obligar a

Horus a frenar su avance sobre Terra.

Era por eso que el repiqueteo de los proyectiles bólter que resonaba distante procedente del Laberinto y saturaba la red de comunicaciones no distrajo su atención del objetivo final. Pensó únicamente en informar y ordenar. Sus legionarios astartes habían hecho el juramento de sacrificar su vida al servicio y por la causa del Emperador, y sería vanidoso pensar que esta batalla era diferente.

Los elementos más adelantados de la fuerza habían recorrido casi dos terceras partes del Laberinto. Algunas partes de él ya habían sido aseguradas. Las posiciones de las escuadras y las rutas que habían tomado habían obligado a los mecanismos del Laberinto a tomar decisiones imposibles, por lo que los motores se habían roto, los pistones congelados y los engranajes encallado.

La parte más difícil había acabado. Las posibles configuraciones que quedaban se habían reducido tanto que Corax podía ver claramente el camino que se abría por delante. Era sólo cuestión de tiempo que el Laberinto fuera derrotado. El primarca se alertó ante una posible complacencia. El Laberinto todavía era un aparato aleatorio, cambiando constantemente, y podía plantearle un reto que aún no hubiera encontrado y que no podía prever.

Sus valientes legionarios y los guerreros de la Legio Custodes habían puesto sus vidas en sus manos.

Dirigió varias escuadras para que convergieran en una gigantesca plataforma giratoria que abriría el camino principal hacia las entrañas de la montaña. Una vez hecho eso, llamó a Arcatus por un canal directo.

—Custodio, debes mover a tus hombres hacia la sala que hay a vuestra derecha —dijo—. Vais a tener que atravesar una fuerte línea de defensa. Estad preparados.

—Los custodios siempre estamos preparados, primarca —replicó Arcatus—. Por los informes me ha parecido escuchar que habéis dirigido a mi escuadra hacia las fauces de la oposición más dura. ¿Tal vez esperáis que fallemos y así libraros de nuestra vigilancia?

—No tengo deseo alguno de que eso suceda —replicó Corax sin mostrar rencor por la acusación—. Si hubiera deseado acabar con vosotros, ya habría dispuesto de numerosas oportunidades. Tus guerreros afrontan lo más duro del combate porque son los mejores de los que dispongo. Tú y tus guerreros tenéis habilidades superiores a las de mis legionarios, y es por eso que os habéis enfrentado a los desafíos más duros. La Guardia del Cuervo tiene contigo una deuda de honor por vuestra ayuda, que considero ha sido inestimable, haciendo que esta misión fuera más fácil para todos nosotros.

No hubo respuesta durante unos instantes, tal vez porque el Custodio había quedado mudo por las palabras de Corax.

—Muy bien —dijo al fin Arcatus—. Continuaremos siguiendo vuestras

instrucciones.

El gemido de unos hidráulicos captó la atención de Corax cuando Nexin y sus servidores se unieron al primarca.

—¿La bóveda ya está abierta? —preguntó el magos.

—Pronto lo estará —afirmó Corax. Trazó la ruta más corta a través del Laberinto desde el frente del avance y señaló una de las aberturas—. Por aquí. Seguidme.

Alpharius permaneció cerca de Corax y pudo escuchar la conversación del primarca con Arcatus, Agapito y el tecnosacerdote. Discutían sobre la inmensa puerta de la bóveda que les impedía seguir avanzando. Era circular, de unos cinco metros de diámetro, y de un metal que reflejaba la tenue luz, algo que Alpharius no había visto anteriormente. Las bisagras eran gigantescas, tan grandes como él, pero no había ni rastro de un mecanismo de apertura: ninguna placa de control, ningún escáner, ni siquiera el agujero para una llave. Alrededor de la puerta humeaban los restos de cuatro torretas de defensa que habían surgido del suelo cuando los elementos más avanzados de la fuerza se habían aproximado.

Alpharius escuchó pacientemente mientras los comandantes discutían las opciones. Agapito apoyaba el uso de cargas de fusión, pero el primarca no estaba seguro de que eso abriera la barrera. El magos afirmaba que sus servidores podían abrir un paso a través de ella.

Más escuadras iban surgiendo del derrotado Laberinto, algunas de ellas cargando a sus guerreros muertos. Corax aseguró a sus tropas que la lucha había terminado por el momento. Alpharius se alarmó cuando el Laberinto se vio sacudido por un titánico temblor que provocó un rechinar metálico que resonó por todos los corredores y salas, llenando el aire con humo de aceite ardiendo. Había durado varios segundos, y el legionario alfa pensó que todo el complejo se desplomaba.

Cuando hubo terminado, Corax anunció tranquilamente que el Laberinto estaba bloqueado, que era incapaz de responder con ningún otro movimiento. Había enviado grupos de búsqueda a rescatar a los hermanos aislados y caídos, pero Alpharius y los miembros de su escuadra habían sido dirigidos hacia la entrada de la bóveda junto con la mayor parte de la expedición. Fue allí donde encontraron a los líderes principales de la fuerza plantados ante este obstáculo final. La conversación había alcanzado un punto muerto.

—Abrir un agujero a través de ella nos costará muchas horas, tal vez días, suponiendo que sea posible —estaba diciendo Agapito—. ¿No hay otra forma?

Corax pareció perdido en sus pensamientos durante un instante, con los ojos entrecerrados, antes de responder:

—Es una cerradura psíquica —afirmó el primarca, y todo su aplomo se desvaneció. Dejó caer los hombros decepcionado—. Tan sólo puede ser activada por

la mente del Emperador.

—Entonces debemos confiar en los medios físicos —insistió Orlandriaz. El mago hizo un gesto hacia los dos servidores pesados que sobresalían por encima del grupo—. Debo preparar a mis servidores.

—Hay otra forma —dijo Corax, irguiéndose, nuevamente lleno de energía. Observó a Arcatus antes de que sus ojos reposaran en Alpharius. El legionario alfa se inquietó bajo su penetrante mirada, pero no reaccionó—. Balsar Kurthuri está en tu escuadra, ¿verdad?

—Lo está, mi señor —respondió Alpharius, mirando de soslayo al legionario mencionado, que permanecía a unos pocos metros alejado del grupo.

—Anteriormente fue miembro del Librarius —continuó Corax.

Alpharius no sabía que su hermano de escuadra fuera un psíquico, y quedó sorprendido por la idea, pero asumió que Corax tenía razón.

—Sí, mi señor, lo fue —asintió Alpharius, no muy seguro de las intenciones del primarca, y llamó a Balsar para que se uniera a sus superiores.

—Esto no es inteligente —apuntó Arcatus, interponiéndose entre el primarca y el legionario que se acercaba. Llevaba la alabarda levantada—. ¿No recordáis estas palabras?: «El mal caiga sobre quien ignore mis advertencias o rompa su fe en mí. Porque él será mi enemigo, y haré caer tal destrucción sobre él y sus seguidores que, hasta el fin de todas las cosas, lamentará el día en que se apartó de mi luz». Tales fueron las palabras del Emperador.

—El Edicto de Nikaea —dijo Corax, asintiendo con la cabeza—. Recuerdo muy bien las palabras, custodio. Las escuché personalmente de los labios del Emperador.

—Entonces comprendéis su significado: la hechicería está prohibida. No puedo permitir esto —manifestó Arcatus.

Corax se pellizcó los labios, pensativo, y posteriormente puso gentilmente una mano sobre el hombro del guerrero, apartándolo con suavidad. Miró al legionario que estaba de pie ante él.

—Balsar, posees los poderes de la mente, ¿verdad? —le preguntó.

—Era un bibliotecario, mi señor, es cierto —respondió el hermano de batalla—. No he ejercido mis poderes desde que el Librarius fue disuelto siguiendo vuestras órdenes, y juré no volver a utilizarlos.

—¿A quién realizaste este juramento, Balsar?

—A vos, lord Corax —respondió el legionario.

—Y si yo te libero de ese juramento, ¿podrías utilizar ahora tus poderes?

—Mi señor… también juré en nombre del Emperador dejar de utilizar mis habilidades —respondió Balsar con la voz trémula—. ¿Me estáis ordenando que rompa mi juramento?

Las palabras tocaron una fibra en Corax. Sus labios temblaron de frustración. Tan

sólo duró unos segundos antes de que la expresión del primarca se endureciera nuevamente y entrecerrara sus ojos oscuros.

—Eso no sucederá —ladró Arcatus antes que Corax pudiera hablar. Sus custodios se agruparon alrededor de él, invocados de alguna forma que Alpharius no fue capaz de detectar—. El Edicto de Nikaea es inquebrantable.

Corax hizo caso omiso de todos ellos y se dirigió nuevamente a Balsar.

—¿Alguna vez has sentido… tentaciones oscuras? —preguntó el primarca en un tono duro y desdeñoso—. ¿Las sientes ahora?

—No, mi señor, jamás he sentido ninguna tentación, oscura o de otro tipo —replicó secamente Balsar—. Mi vida ha estado totalmente libre de tentaciones desde que abandoné Terra.

—No permitiré ninguna brujería aquí, en la propia Terra —declaró Arcatus. Un campo centelleante se activó a lo largo del filo de la alabarda, reflejado en los brillos de las armas de los demás custodios. El gesto fue respondido por el levantamiento de varias docenas de bólters por parte de los guerreros de la Guardia del Cuervo presentes. Alpharius los imitó un instante después, dirigiendo su arma al custodio.

—Utilizas palabras cuyo significado no comprendes —dijo Corax con una expresión que se volvía cada vez más adusta—. El Emperador protege Terra de los poderes más antinaturales. ¿Piensas que permitiría algo así en este mundo?

—No me imagino qué pasa por la mente del Emperador, simplemente me aseguro de que se cumplan sus decretos —replicó Arcatus. Miró a su alrededor, a los legionarios que lo rodeaban y después volvió a mirar a Corax—. La hechicería está prohibida.

—¿Consideras que el Emperador es un hechicero, custodio, o tal vez su regente, el Sigilita?

—El edicto no concierne a mis superiores, tan sólo a las Legiones Astartes —le respondió Arcatus con frialdad.

Ambos bandos se enfrentaron uno a otro en silencio, los dedos tensos sobre los gatillos de sus armas. Alpharius miró a Corax, tratando de aventurar el siguiente movimiento del primarca. La cosa pintaba mal si los custodios morían. Las investigaciones que tendrían lugar no sólo dificultarían la recuperación de los contenidos de la bóveda, sino que también podrían conducir al descubrimiento de los infiltrados de la Legión Alfa. También había una posibilidad real de que Alpharius muriera en la lucha, pues la atención de Corax lo había dejado muy cerca de los custodios. Era imposible aventurar las intenciones de Arcatus, ya que tenía la cara oculta bajo la máscara dorada del yelmo. Del mismo modo, la Guardia del Cuervo la formaban guerreros sin cara, pero que demostraban con sus armas que estaban decididos a actuar sin dudarlo ni un instante.

Tan sólo podía verse la cara de Corax. El primarca parecía pensativo, pero sus

ojos no se apartaron en ningún momento de Arcatus. Corax no empuñaba ninguna arma, pero Alpharius sabía muy bien que el primarca era capaz de matar a Arcatus sin necesidad de ella. Se preguntaba qué clase de «tentaciones oscuras» bailaban en la mente del primarca en ese momento. Con un simple golpe podía matar a Arcatus mientras la Guardia del Cuervo lo hacía con los rodeados custodios, aunque los guerreros de armadura dorada sin duda matarían muchos legionarios antes de caer.

—Padre, no nos abandones —la voz de Corax era un susurro, sin intención de que fuera escuchado por los demás. Había angustia en esas pocas palabras, pronunciadas a través de los dientes apretados.

Alpharius sintió algo, un movimiento o sensación en el borde de la conciencia. Le pareció haber oído un distante aullido durante la fracción de un instante. Era como si se encontrara en el centro de una feroz batalla, su cuerpo respondiendo como si estuviera luchando por su vida, sus corazones latiendo con fuerza, la sangre circulando a toda velocidad. Una omnipresente presencia llenó el corredor, una opresiva corriente de poder que pareció comprimir el cráneo de Alpharius. Por los desconcertantes murmullos de los otros, supo que no era el único en sentirse así.

Un apagado sonido resonó desde la puerta.

Todos los ojos se dirigieron al portal, en el que un brillo dorado emanaba del metal, centelleando con energía. Las puertas se abrieron hacia adentro y las luces se encendieron en el interior, mientras el brillo áureo se desvanecía para mostrar una antesala de mármol blanco. Había una puerta pequeña de metal plateado más allá. Todas las superficies estaban cubiertas de una fina capa de hielo. Surgieron volutas de vapor cuando el frío y estéril aire abandonó la estancia.

El silencio fue absoluto mientras los guerreros allí reunidos miraban incrédulos la entrada ya franca. Corax inclinó brevemente la cabeza, con los ojos cerrados, y sus labios se movieron, aunque las palabras que pronunció fueron demasiado quedas para poder oírlas.

Alpharius miró a Balsar y vio unas pocas motas de energía dorada bailando en las lentes de su casco. Corax también lo notó y se colocó entre el antiguo bibliotecario y Arcatus, bloqueando rápidamente la visión del custodio.

—Parece ser que el Emperador ha intervenido —dijo el primarca, dirigiendo su mirada a los custodios.

Arcatus y sus guerreros seguían preparados. Corax hizo una seña para que sus legionarios bajaran las armas, cosa que algunos de ellos hicieron con cierta reticencia. El primarca dirigió su atención a Arcatus, que hizo bajar las armas a sus hombres tras un instante de indecisión.

—¡Espera! —exclamó Corax.

De repente, todas las armas se alzaron nuevamente. Por detrás del primarca, Nexin había avanzado hacia la abertura. El magos se detuvo y miró hacia atrás para

encontrarse con el entrecejo fruncido del primarca.

—Os pido disculpas, lord Corax —se excusó el marciano con una profunda inclinación—. Vos debéis ir en cabeza. Yo os seguiré.

Alpharius se entretuvo un instante mientras Corax y los demás se dirigían hacia la cripta. Detuvo a Balsar poniéndole la mano en el brazo.

—Ésa no era la voluntad del Emperador, ¿verdad? —le preguntó Alpharius.

—No sé qué quieres decir —respondió el legionario—. Tengo prohibido utilizar mis poderes. No he sido liberado de mi juramento.

Parecía poco probable que el Emperador hubiera actuado en su favor, no habiendo manifestado su presencia a través del tortuoso viaje a través de las trampas mortales. Tenía que ser cosa de Balsar.

—Ésa no era la voluntad del Emperador, ¿verdad?

Balsar no dijo nada y dejó a Alpharius para seguir al primarca y a los comandantes. Alpharius no podía decidir si Balsar estaba mintiendo o no, aunque no había ni rastro de engaño en su voz. Se sintió inquieto ante la idea de que los psíquicos volvieran a utilizar sus poderes, e igualmente preocupado por la idea de que el Emperador tal vez hubiera sido testigo de lo que sucedía y hubiese intervenido a favor de Corax. Ningún engaño, por bueno que fuera, lo protegería si uno de los antiguos bibliotecarios decidía rebuscar en su mente, a pesar de las precauciones tomadas por los psíquicos de la Legión Alfa para blindarla de las inspecciones casuales. La amenaza de un descubrimiento psíquico siempre había estado presente, pero el descubrimiento de que un guerrero como ése formaba parte de la escuadra de Alpharius era mucho más que una preocupación concreta.

Si regresaban los bibliotecarios, su misión sería mucho más difícil. Tendría que controlar sus pensamientos tanto como sus acciones y palabras.

La cripta principal era una sala circular, con el techo abovedado excavado en la roca desnuda. Había otras puertas que conducían a ella, pero eran los contenidos de la sala central lo que dominaba los pensamientos de Corax cuando atravesó el umbral. No podía recordar ninguna defensa en el sactum interior, aunque tuvo el destello de un recuerdo sobre una última medida de seguridad: cualquier interferencia con la puerta exterior habría causado la destrucción del contenido gracias a una carga de fusión colocada bajo la propia bóveda. Tal vez fue la presencia de este recuerdo lo que había evitado que el primarca ordenara el uso de cortafríos y taladros, aunque no fue hasta este momento cuando las terribles consecuencias de tal acto le quedaron claras.

Sus recelos acerca de los acontecimientos que acababan de tener lugar se evaporaron, reemplazados por la satisfacción, la curiosidad y un sentimiento de asombro. Este era el laboratorio del Emperador, donde se podía decir que el Imperio había sido realmente creado. Éste era el lugar de nacimiento de los primarcas.

Todo estaba prístino, los reguladores ambientales y los campos de estasis mantenían las instalaciones exactamente en las mismas condiciones en que habían sido dejadas. El aire estaba limpio, con todas las superficies perfectamente restregadas. Un gigantesco aparato estaba situado en el centro de la sala, en esos momentos en estado durmiente, pero seguía conectado a tubos y cables de energía, no muy distintos a las máquinas que Corax había vislumbrado alrededor del Trono Dorado del Emperador. Llegaba hasta el techo, cubierto de aberturas con paneles de cristal que mostraban cientos de diales y ampollas, tubos de líquidos de color e interfaces de pantallas táctiles.

Bajo la dirección de Agapito y Arcatus, los custodios y los legionarios de la Guardia del Cuervo se abrieron en abanico, asegurando las demás puertas. Los recuerdos del Emperador eran nebulosos respecto a lo que había detrás de ellas, pero Corax tenía un tenue recuerdo de generadores enormes, cámaras frigoríficas, bases de datos y salas y más salas de máquinas cogitadoras.

Unos gruesos cables salían serpenteando de la máquina central, zigzagueando por el suelo de baldosas hacia otros veinte aparatos distribuidos en círculo alrededor de la sala. Corax los reconoció inmediatamente: las incubadoras de los primarcas. Estaban vacíos de fluidos amnióticos y tenían las cápsulas cristalinas abiertas. Donde habían centelleado las luces y las agujas indicadoras y sistemas de monitorización, ahora había silencio e inactividad.

El magos Orlandriaz empezó a jadear y a murmurar, pasando de una máquina a la siguiente con los ojos saliéndose de las órbitas. Corax sonrió ante la ilusión casi infantil con la que el tecnosacerdote era atraído de un sitio a otro, ocasionalmente deteniéndose para poner una reverente mano sobre una pieza de sofisticada tecnología, a menudo deteniéndose para mirar estupefacto lo que de repente se le había revelado.

Cada una de las incubadoras tenía un número en el costado. Corax rápidamente buscó el número diecinueve, su propia cápsula. Se dio cuenta de que algo estaba mal cuando se aproximó. La incubadora estaba incompleta, el interior había desaparecido, como una tumba sin ataúd. Tan sólo la cubierta y la superficie protectora exterior seguían allí: un amasijo de cables y tubos yacían en el suelo junto al aparato, desconectados.

Recordó la máquina rota y agrietada que había sido encontrada junto a él bajo el glaciar. Durante años, largos y solitarios años, se había preguntado sobre aquella máquina y su propósito. Tan sólo cuando el Emperador llegó a Deliverance supo qué era y por qué había despertado en esa extraña y desolada luna.

Corax todavía recordaba vívidamente esa reunión. Poner las manos sobre la cámara de incubación le devolvió aquellos recuerdos.

—Los sensores han detectado un objeto moviéndose hacia el muelle principal —informó Agapito, de pie junto a uno de los sistemas de detección. El joven guerrero de la libertad llevaba los pantalones negros de un guardia; se había quitado la chaqueta que completaba el disfraz una vez la torre quedó abierta a las guerrillas. Una cuchillada curvilínea estaba formando lentamente una costra a través de su pecho desnudo, y su brazo izquierdo estaba cubierto por un vendaje reciente—. Su trayectoria indica una ruta de aterrizaje, pero es imposible decir qué tipo de nave es.

La torre principal todavía presentaba numerosos daños y estaba en un estado caótico a causa de la lucha. Los seguidores de Corvus controlaban las consolas lo mejor que podían, pero el equipo apenas funcionaba y la mayor parte de ellos estaban utilizando la mera intuición más que el entrenamiento y la formación. Que algo hubiera sido detectado por el destrozado sistema de escaneo resultaba casi increíble.

Los cuerpos de los que habían trabajado allí anteriormente ya habían sido retirados, pero todavía quedaban las manchas de sangre en el entramado del suelo y sobre las consolas de metal bruñido; limpiar los restos de la revolución era una de las últimas prioridades de Corvus mientras quedaran hombres con vida en Kiavahr capaces de oponerse a la rebelión. Muchas de las pantallas y placas de datos estaban rotas a causa de los disparos, y los cables aparecían enredados a través de los grandes agujeros en los paneles del equipo, aunque la energía había sido restaurada y unos cuantos habían vuelto a activarse bajo el cuidado de los seguidores de Corvus más dotados para estas cuestiones.

Las torretas de defensa que cubrían la gigantesca columna de la principal torre de guardia estaban plenamente operativas. Los revolucionarios bajo el mando de Corvus se habían asegurado de dejarlas intactas, como su líder les había indicado.

—¡Activo los sistemas de armamento para el seguimiento de objetivos! —anunció Branne de pie en la consola de control de juego. Como su hermano, mostraba las heridas de guerra: un hematoma en la mejilla y una mancha de sangre que cubría la incipiente mata de pelo de su barbilla.

La torre rugió cuando las inmensas torretas se movieron hacia la nueva posición, apuntando los aceleradores de masa hacia la nave que se acercaba. Branne miró expectante por encima del hombro hacia el líder revolucionario, el alborotado cabello cayéndole por encima de su juvenil cara.

—¿Disparamos? —le preguntó Branne.

—No —replicó Corvus.

Permanecía de pie junto a la ventana blindada de la sala de control mirando hacia la oscuridad. Kiavahr estaba creciendo hacia la plenitud, cerniéndose enorme tras las minas y las grúas del horizonte. Desde la distancia parecía la misma de siempre, pero Corvus sabía que bajo el maremágnum de arremolinadas nubes rojas

el planeta estaba conmocionado. Se imaginaba que todavía podía ver lo que sucedía tras las detonaciones atómicas provocadas por las minas que sus fuerzas habían arrojado por el pozo gravitatorio hacia la estación de recepción, pero no era más que una ilusión.

Los gremios estaban destruidos, eso lo había podido comprobar. Al serles negados los recursos de Lycaeus, y tras haber sido sangrientamente repelidos sus contra ataques contra la luna, habían empezado a luchar entre ellos, enfrentándose las fuerzas de unas ciudades factoría contra otras. Algunos habían enviado mensajes pidiendo una tregua, temiendo nuevos bombardeos atómicos procedentes de órbita. Corvus había hecho caso omiso de sus súplicas. «Dejemos que se maten unos a otros», pensó, mirando al mundo que había esclavizado a millones de personas durante generaciones.

El reflejo de Corvus se superponía sobre el creciente orbe de Kiavahr contra el grueso cristal. Ahora ya era un hombre adulto; más que un hombre adulto. Apenas había sitio para que pudiera permanecer de pie en la sala de control en la parte superior de la Torre Negra. Ahora aquellos a los que había conducido a la libertad lo llamaban el Salvador, y había notado su temor ante su constante y sorprendente crecimiento. Había pasado una década desde su primer encuentro con les reclusos de Lycaeus, pero hasta ese momento no había disfrutado de sus primeros instantes de celebración.

La victoria era suya, los dominadores habían caído.

—La nave sigue aproximándose —anunció Agapito con una voz que denotaba su nerviosismo—. Branne, ¿cómo va ese seguimiento de las torretas?

—Todavía tenemos la mitad de los sistemas de armamento apuntados, hermano, ningún problema —respondió Branne—. Corvus, tan sólo nos quedan unos pocos minutos hasta que la ruta de vuelo lleve la nave que se aproxima demasiado cerca para que podamos dispararle.

—No vamos a disparar —declaró Corvus, volviéndose hacia sus compañeros—. Debe de ser una misión diplomática procedente de Kiavahr. Puedo verlo, es una lanzadera, nada más. A lo sumo puede contener no más de una docena de hombres; ninguna amenaza para nosotros. Disponed que una compañía de los Ala Ocho se reúna conmigo en el muelle principal

Había algo más acerca de la lanzadera que intrigaba a Corvus. En ese momento no era más que un destello dorado en la distancia, pero el líder revolucionario notaba con fuerza la sensación de que sus pasajeros eran importantes. Esa sensación lo fastidiaba, no como una advertencia, sino como algo más que era incapaz de definir. Corvus estaba seguro de que los que iban a bordo de la nave que se aproximaba no albergaban malas intenciones, aunque no podía saber por qué sentía tal convicción de que eso era cierto.

—Hacedme saber si algo cambia —dijo a los demás, dando unos golpecitos al aparatoso sistema de comunicaciones que colgaba de su cinturón.

Corvus se agachó para pasar bajo el marco de la destruida puerta de seguridad y entró en el corredor que había al otro lado. Un puñado de prisioneros con escopetas hacían guardia en el exterior; una precaución innecesaria, pero sobre la que había insistido a sus seguidores. La autoproclamada guardia personal siguió a su comandante sin mediar orden alguna, uniéndose a él en la sala del ascensor principal de la Torre Negra.

El ascensor descendió varias docenas de pisos hasta llegar al acceso que conducía al muelle de atraque principal. Sin hacer caso de sus acompañantes, Corvus avanzó rápidamente por el corredor, pasando junto a grupos de operarios que estaban ocupados trabajando con sopletes y paneles metálicos para reforzar las reparaciones que se habían realizado deforma apresurada tras la ocupación de la torre. Las chispas azules danzaban por el aire mientras Corvus se dirigía hacia el puerto de atraque.

Gapphion, uno de sus lugartenientes más veteranos, lo esperaba en el muelle principal con un centenar de sus hombres de la compañía Ala Ocho. Por encima de ellos, la cúpula de energía del campo de aterrizaje crepitaba de color amarillo contra el cielo sin estrellas.

—Eso ha sido rápido —dijo Corvus a su lugarteniente.

—Estábamos cerca —respondió Gapphion con una leve sonrisa en los labios. El lado izquierdo de su cara estaba severamente dañado: tenía un ojo cerrado y un corte le cruzaba la frente. Llevaba el cabello gris casi rasurado, pero la barba le colgaba hasta el cinturón. Todavía llevaba el uniforme gris de la prisión, pero había cubierto el cuello con media docena de galones de solapa tomados de oficiales de seguridad muertos. La mayor parte de ellos estaban ensangrentados.

—Una feliz coincidencia —dijo Corvus, dirigiendo una mirada inquisitiva al hombre. Gapphion no respondió a las sospechas de su líder y se dio la vuelta para gritar una orden a sus hombres, indicándoles que formaran un perímetro

«Se mueven como soldados», pensó Corvus mientras observaba a los ex prisioneros dispersarse sobre el ferrocemento. Unos pocos años antes habían sido pandilleros y filósofos, ladrones y agitadores. Ahora eran su ejército, bien entrenado y muy motivado. Sabía que en buena parte era responsabilidad suya, pero a su vez, él mismo le debía mucho a quienquiera que le hubiera entregado los regalos que poseía. La gente lo escuchaba sin albergar dudas, y él poseía una comprensión innata de la lucha. Dirigir un ataque o idear una estrategia era algo tan natural para Corvus como respirar.

Algunos de los hombres gritaban mientras señalaban hacia arriba.

Una nave apareció tras la barrera del campo, un doble rastro de plasma

reluciente contra el cielo oscuro. Mientras descendía a través de la elevada barrera, Corvus vio que tenía la forma de una gigantesca ave de presa mecánica de color dorado, con alas en ángulo que se extendían hacia atrás como las de un halcón lanzado en picado.

Flotó durante unos instantes, y los motores de plasma redujeron su potencia mientras el piloto cambiaba a los propulsores antigravitatorios para hacer aterrizar la nave. Descendiendo lentamente, la lanzadera llegó a posarse en el centro del muelle, dentro del círculo interior marcado con pintura roja.

Corvus miró a través de la ventana y se sorprendió al ver que la cabina estaba vacía. De repente sintió una punzada de sospecha ante la aparentemente no tripulada nave. Tal vez estaba cargada de explosivos; un desesperado acto de venganza por parte de uno de los maestros gremiales.

—¡Preparad las armas! —gritó Gapphion.

Los hombres levantaron una diversidad de lanzadores de cohetes, escopetas y rifles láser arrebatados a los guardias y capturados de los armeros.

Se abrió una puerta bajo el ala derecha de la lanzadera, directamente en el lado contrario a Corvus. Surgió una luz del interior mientras una plataforma se extendía desde la nave con un ruido metálico. Una sombra apareció en la luz, esperando un instante en la entrada antes de mostrarse a la vista.

Los susurros de sorpresa y asombro se propagaron entre los hombres. Las armas temblaron en sus manos trémulas y se oyeron algunos golpes allí donde los soldados las habían dejado caer. Aparentemente sin ninguna indicación al respecto, los hombres se arrodillaron dejando a un lado las armas e inclinando las cabezas. Algunos se postraron susurrando fervientemente.

Corvus miró a Gapphion, que estaba junto a él. El teniente también estaba de rodillas. Había lágrimas en sus ojos y una expresión de alegría grabada en su relajada cara.

—Es tan majestuoso… —murmuró Gapphion—. Qué gloria. Qué poder.

Confuso, Corvus dirigió su atención al hombre que descendía por la rampa. Parecía no tener nada especial. De hecho, le parecía tan común que Corvus no fue capaz de discernir ningún rasgo característico en él. Era de altura media, con el pelo negro y la piel moderadamente atezada. Su complexión no era ni robusta ni frágil, sino de proporciones normales, ligeramente más alto que los mal nutridos hombres que en esos momentos se humillaban ante él. Iba vestido con una túnica de lino blanco, libre de cualquier ornamentación excepto por un collar de oro del que colgaba un adorno conforma de águila con las alas extendidas y un rayo entre sus garras.

Los ojos del hombre eran tan poco destacables como el resto de su persona, ni azules ni verdes ni grises ni marrones, sino una mezcla de todos ellos. Pero aun así

había algo en ellos que impactó a Corvus, haciendo vibrar su ser interior. Había sabiduría y ternura en ellos, una antigüedad que lo hizo sentirse muy humilde, pero que también fue desconcertante.

Y al mismo que tiempo que Corvus veía esto, también fue testigo de la llegada de un semidiós, envuelto en una luz dorada y vestido con magníficas ropas blancas que ardían con su propia luz. Vio una cara seria con dos orbes dorados de una intensidad hiriente por ojos que lo penetraron hasta lo más profundo de su ser. El extraño parecía un gigante sobre los hombres arrodillados, y avanzaba sobre una alfombra de llamas ondulantes.

Era imposible reconciliar ambas imágenes. El supremo y grandioso rey de los hombres se aproximó a Corvus, pero el ligero y nada destacable hombre seguía titilando en su interior. Finalmente, la mente de Corvus no pudo seguir luchando contra el resplandor y vio al recién llegado como lo hacían sus seguidores, y se sintió saturado de la omnipresente urgencia de mostrar su sumisión al extraño.

Luchó contra ese instinto. Había hecho la guerra para que su gente no tuviera que inclinarse ante ningún otro hombre. El efecto del recién llegado en los hombres de Corvus molestó al líder rebelde. Lo miró con los ojos entrecerrados, incapaz de discernir cuál de las imágenes era la real y cuál una ilusión mientras el extraño avanzaba lenta y confiadamente por el ferro cemento.

—¿Quién eres tú? —exigió saber Corvus—. ¿Qué les has hecho a mis hombres?

El extraño contempló a su alrededor a los guerreros de la libertad que lo miraban con adoración, perplejo por la escena, según le pareció a Corvus. El cabello dorado le cayó ondulante sobre los hombros mientras volvía la cabeza, fluyendo como un líquido ardiente. Otra oleada de majestuosidad inundó a Corvus, y nuevamente el comandante de la guerrilla tuvo que hacer un esfuerzo físico para no caer de rodillas.

—Se trata de algo que suele ocurrir —dijo el hombre, devolviendo su atención a Corvus. Fijó en el líder rebelde su intensa mirada, sus ojos ahora permanentemente dorados, como unos infinitos pozos de luz. Hubo un destello de poder bajo su piel, como si la carne del extraño fueran brasas recubiertas por un fino papel. Corvus experimentó una momentánea agitación en el pecho y un nudo de ansiedad en las entrañas, una mera fracción del efecto que el hombre estaba haciendo sentir en sus guerreros—. Soy el Emperador de la Humanidad. Yo te creé.

Escuchar esas palabras fue como levantar un velo en los ojos de Corvus. Vio al Emperador como lo había visto anteriormente, observando al creciente infante a través de la cubierta de una incubadora. Su cara estaba distorsionada por las curvadas placas de cristal, pero los rasgos eran inconfundibles. El líder de la guerrilla se había preguntado desde hacía mucho acerca de estos recuerdos tempranos, preguntándose a quién pertenecían. Ahora, lo que habían sido vagos

destellos se convertían en recuerdos precisos. Corvus recordó el ruido y las luces y las resonantes voces que lo habían engullido, recordó la descarga de energía y la desorientación cuando unas fuerzas antinaturales lo habían alejado del lugar de su creación.

Ahora él vio y conoció con certeza la cara de su padre, el único individuo merecedor de la incondicional obediencia de Corvus. Se postró sobre una rodilla en deferencia, sabiendo que el extraño le había dicho la verdad. Él era el Señor de la Humanidad.

—¿Cómo llamas a este lugar? —le preguntó el Emperador.

—Antes se llamaba Lycaeus —respondió Corvus—. Ahora lo conocemos como Deliverance.

—Un buen nombre —afirmó el emperador—. Por favor, levántate, hijo mío. Tenemos mucho de qué hablar.

Y lo hicieron. Corvus se apartó de sus hombres y condujo al Emperador a sus habitaciones, una antigua estación de guardia en los niveles medios de la Torre Negra. Corvus buscó comida y bebida para su huésped, avergonzado por lo poco que podía ofrecerle a su padre. El Emperador alejó sus preocupaciones, sentándose en el duro banco que servía de silla para el gigantesco comandante rebelde.

—¿Me reconoces? —quiso saber el Emperador. Su expresión era difícil de leer, pero Corvus pensó que había detectado una cierta sorpresa tras la pregunta. Fuera cual fuese el poder que había afectado a los guerreros, tenía un efecto mucho menor en Corvus, y el hombre que había ante él era definitivamente el mismo de sus viejos recuerdos.

—Como si fuera a través de un sueño —respondió.

—Interesante —dijo el Emperador con una sonrisa y un breve gesto de asentimiento con la cabeza.

Hablaron de muchas cosas. Aunque Corvus estaba deseando hacer muchas preguntas, sobre el Emperador, sobre él mismo y sobre el resto de la galaxia, al final fue él quien habló la mayor parte del tiempo, contestando las preguntas del Emperador en relación a lo que había sucedido en Deliverance y Kiavahr. Corvus le proporcionó toda la información que pudo concerniente a la historia del sistema estelar y la guerra por la libertad que habían librado en los últimos años.

Corvus caminaba por la sala mientras hablaba, animado y con un exceso de energía. El Emperador permaneció sentado en el banco, asintiendo ocasionalmente, más por entendimiento que por aprobación. En realidad no mostró ningún tipo de juicio: ninguna condena ni aprobación de las acciones de Corvus. Escuchó atentamente todo lo que Corvus le contó, a veces haciendo preguntas excepcionalmente pertinentes sobre los detalles más nimios, deseando absorber todo lo relacionado con la vida de Corvus.

—Pero hay una pieza que falta a la que no puedo contestar —dijo Corvus, dando finalmente voz a lo que su corazón había deseado conocer desde su primer descubrimiento—. ¿Cómo es que acabé viniendo aparar aquí?

El ánimo del Emperador se ensombreció y su cara se puso más seria. Por primera vez tomó un sorbo del vaso de agua que Corvus le había dado horas antes. Sus ojos parecían angustiados.

—Existe otro universo —dijo—. Uno paralelo al nuestro, que forma parte de él pero separados. Se llama la disformidad.

—Sé de él —afirmó Corvus—. Aunque no lo he visto, he oído que las naves pueden utilizarlo para viajar hacia estrellas distantes. Se dice que algunas de las máquinas de Kiavahr controlan la energía de la disformidad.

—Es un universo de poder ilimitado, y al que se puede acceder, como bien dices, con naves y a través de las mentes de unos hombres especiales que denominamos psíquicos —prosiguió el Emperador—. Al igual que nuestra galaxia, la disformidad está habitada, aunque por criaturas que no están hechas de carne, sino de pensamientos. Algunas veces ansían nuestras vidas materiales, deseando devorar nuestra mortalidad. Tú y tus hermanos me fuisteis arrebatados por los habitantes de la disformidad antes de que estuvierais preparados.

—¿Hermanos? —Corvus se sintió excitado ante la perspectiva, y dejó a un lado las preguntas que la respuesta del Emperador había planteado.

Aunque había hecho muchos amigos entre los prisioneros de Lycaeus, Corvus siempre había sido consciente de que era especial, y cuando los demás lo habían empezado a llamar el Salvador, cualquier esperanza de una relación normal había desaparecido. Que hubiera otros como él llenaba a Corvus nuevamente de esperanza.

—Sí, tienes hermanos —asintió el Emperador, sonriendo ante la ilusión de su hijo —. Diecisiete. Vosotros sois los primarcas, mi mejor creación.

—¿Diecisiete? —preguntó Corvus, confuso—. Recuerdo que yo era el número diecinueve. ¿Cómo puede ser eso?

La expresión del Emperador se volvió lóbrega, llena de un profundo pesar. Miró a lo lejos al responder.

—Los otros dos… —empezó—. Bueno, eso es una conversación para otro día.

—¿Dónde están mis hermanos ahora? ¿Están contigo?

—Tú y los otros primarcas fuisteis arrancados de mi lado por unos extraños poderes de la disformidad y dispersados por la galaxia por medio de ondas antinaturales. Así es como fuiste a parar bajo el glaciar de esta luna. Sí, yo vi lo que te había sucedido, conociendo tu vida en el mismo instante en que puse la mirada sobre ti. El rumor de que un ser magnífico dirigía una rebelión aquí ha viajado más lejos de lo que te piensas, y fueron esos rumores los que atrajeron mi atención. Tus

hermanos, los que he encontrado, fueron dispersados de forma parecida por mundos lejanos. Como tú, todos son grandes guerreros y líderes. Ése fue mi regalo para vosotros. Sois comandantes supremos, con habilidades físicas y mentales inigualables por nadie en toda la humanidad. Os creé utilizando mi propia estructura genética, para que fuerais mis hijos y mis lugartenientes en la Gran Cruzada.

—¿Qué es esa cruzada? ¿A cuántos de mis hermanos has encontrado?

—A la mayor parte de ellos —respondió el Emperador—. Tengo grandes ejércitos: las Legiones Astartes. Del mismo modo que tú fuiste creado a partir de mí, ellos han sido creados a partir de ti. Los primarcas son los generales de estos ejércitos, y dirigen la reconquista de la galaxia en nombre de la humanidad. Los restos de los viejos imperios se apagan en la oscuridad, los agotados tizones de la humanidad casi extinguidos por la negrura. La Gran Cruzada aviva las llamas de la vida, llenándola de raciocinio para acabar con la superstición, de iluminación para sustituir la barbarie. Con tu ayuda, uniré a la humanidad y la conduciré al dominio de las estrellas.

Era mucho para absorber de golpe, pero Corvus sabía que era cierto. No sólo las palabras del Emperador parecían ciertas; la idea de lo que describía se mezclaba con un sentimiento mucho más profundo. Saber que era un primarca, que había sido creado para luchar y mandar, explicaba mucho de lo que Corvus nunca había comprendido de sí mismo. A un nivel que comprendía en espíritu y que estaba codificado en cada célula de su cuerpo, Corvus sabía lo que era.

—Os juro lealtad a vos —dijo Corvus, hincando una rodilla frente al Emperador. Se encontró con la mirada de su padre y sintió una alegría que ninguna victoria le había proporcionado anteriormente—. Soy vuestro hijo, vuestro primarca, y vuestra voluntad serán mis órdenes.

—Eso está bien —declaró el Emperador—. Tengo un ejército esperándote. Son la Guardia del Cuervo, y ya ha sido altamente condecorada y distinguida en mis campañas. Cuando estés preparado, asumirás el mando de la legión.

—¿Todavía no estoy preparado? —preguntó Corvus, quien se había sentido exultante por las palabras del Emperador pero al que estas últimas habían decepcionado.

—Todavía no, hijo mío —afirmó el Emperador—. Pero pronto emergerás para unirte a tus hermanos y tomar tu lugar a mi lado y a la cabeza de la Guardia del Cuervo. Pero primero, háblame de Kiavahr. ¿Cuáles son tus intenciones?

—Llevar la paz tanto al mundo como a su luna, y sanar las heridas del pasado —respondió Corvus—. Con tu ayuda, lo lograré.

—La paz es el objetivo más difícil de conseguir —declaró el Emperador—. Victoria, cese de hostilidades, la desmilitarización de tus oponentes, pueden conseguirse con la fuerza de las armas y la perseverancia. ¿Paz? Eso es algo

totalmente distinto.

Corvus frunció el ceño pero asintió lentamente.

El Emperador sorbió de su vaso con la mirada inmutable.

—Cuéntame otra vez, pues. Háblame otra vez lo que tú y tus seguidores habéis hecho a este mundo, y de la paz que conseguirás con mi ayuda.

Había un nerviosismo palpable entre los legionarios en el interior de la bóveda principal. Alpharius había visto muchas cosas al servicio de su legión, visiones que permanecerían con él hasta su muerte, de mundos extraños y aún más extraños enemigos, pero la total mundanidad de lo que los rodeaba acrecentaba su mística. Aquél era un lugar de ciencia, el laboratorio en el que el Emperador había dado vida a su visión de la galaxia.

Sin que los demás se dieran cuenta, Alpharius recorrió el círculo de incubadoras hasta llegar a la número veinte. La última, siempre pasada por alto. Sus primarcas habían iniciado su vida en esa construcción de metal y vidrio. Parecía igual a las otras. No era más grande para poder albergar a los gemelos que fueron criados en su interior. Tal vez el Emperador no tenía intención de que hubiera un Alpharius y un Omegon. Que los dos hubieran sido criados como uno solo podía ser la razón de su extraña unión, y tal vez también su ligeramente menor corpulencia en comparación con sus hermanos primarcas.

¿Los progenitores de la Legión Alfa sabían que era allí donde iba a ser enviado su agente? Seguramente no, pensó Alpharius. ¿Quién podía pensar que este sitio siguiera existiendo?

Todo estaba prístino, exactamente como lo había estado durante décadas, tal vez siglos. Alpharius se preguntó por qué ese lugar había sido conservado de esa forma. ¿A qué propósito servía? Oyó al mago Orlandriaz hablando excitadamente mientras accedía a una terminal de datos en la torre central. Los cables que serpentearon desde las muñecas del tecnosacerdote encajaron en una serie de conexiones bajo una parpadeante placa holográfica rúnica. Sobre una amplia pantalla corría una sucesión de símbolos cuyas luces verdes se reflejaban en los ojos del magos.

—Esto… esto es sorprendente —exclamó con emoción el tecnosacerdote—. ¡Hay tanto aquí! ¡Tanto!

—¿Qué habéis encontrado? —quiso saber Corax mientras el primarca miraba por encima del hombro del magos.

—Podría decirse que todo. Todos los archivos genéticos vuestros y de vuestros hermanos. He estudiado la segmentación de genes y la manipulación de los mismos durante más de cien años, y no he logrado comprender ni una fracción de todo lo que hay aquí. —El magos miró a Corax con sus extraños ojos desencajados—. Sólo los factores raíz tomarán varios años de análisis y deconstrucción.

—No tenemos años —replicó Corax—. Horus se está preparando para la ofensiva. Necesito algo que me permita reconstruir la Guardia del Cuervo, no producir infinitas tesis y teorías para vuestros amigos marcianos.

—Por supuesto —murmuró Orlandriaz. Se mantuvo ocupado en la consola un rato más mientras Alpharius memorizaba lo que se había dicho.

Corax intentaba devolver a la Guardia del Cuervo su fuerza original, ahora eso era evidente. Alpharius no sabía si algo así era posible, pero si lo era, una restaurada legión de la Guardia del Cuervo sería una grave amenaza para los planes del señor de la guerra. El legionario alfa se sintió confuso ante esa posibilidad; la Guardia del Cuervo se encontraba al borde de la destrucción, así que ¿a qué propósito había servido dejarla escapar y aferrarse a esa línea vital?

A Alpharius le parecía que había en marcha un plan más complejo más allá de la simple eliminación de su legión de adopción. Consideró las posibilidades y llegó a una inevitable conclusión: la Legión Alfa podía hacer lo que Corax intentaba. Si podía conseguir los secretos de la tecnología genética de los primarcas, su legión se convertiría en la principal entre los que se habían levantado contra el Emperador. Podía verle el sentido a ese plan, y estaba satisfecho porque ofrecía una explicación del motivo por el que la Legión Alfa se había aliado con Horus. El señor de la guerra había asestado el primer golpe contra el Emperador, pero sería la Legión Alfa la que finalmente emergería de las sombras para ocupar el lugar que se merecía.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una exclamación del magos.

—¡Mirad esto! —Corax se acercó más con el ceño fruncido mientras observaba el trabajo de Orlandriaz—. Aquí vemos las cadenas derivadas, las divergencias principales respecto al material de los primarcas que fue utilizado por el Emperador para las primeras Legiones Astartes.

Todo el mundo en la cámara había oído las palabras del magos. Custodios y legionarios se volvieron hacia el tecnosacerdote mientras éste proseguía, hablando más para sí mismo que para la audiencia.

—Es una obra maestra de la ingeniería —declaró Orlandriaz—. Tal belleza sublime codificada en una estructura, y a la vez imbuida de un potencial infinito.

—Habla claramente —lo apremió Corax—. ¿Qué has encontrado?

—Evidencias de la verdadera grandeza del Emperador, pruebas de su afirmación de que es el Omnissiah —exclamó el magos—. Nueva vida de la vieja vida. Millones de años de evolución extraídos, destilados y mejorados. Esto es la clave.

—¿La clave para qué? No decís nada con sentido, magos —le espetó Agapito—. ¿Qué es eso tan importante?

—Debemos buscar la cámara de estasis —anunció Orlandriaz, apartándose de la pantalla. Parpadeó como si se hubiera olvidado de que los demás estaban a su alrededor. Recorrió la sala con la mirada por unos instantes antes de dirigirse a Corax

—. Se necesitarán muchos años para descifrar estos archivos y producir algo que sea de aplicación práctica para vos, lord Corax. Sin embargo, en algún lugar de la cámara hay un cubículo de estasis que contiene el secreto que necesitáis.

Las palabras del magos hicieron aparecer un nuevo destello de recuerdos en la mente de Corax. Vio un cilindro, brillando con luz plateada, envuelto por una malla de alambres dorados. Una secuencia se infiltró en sus pensamientos, y el primarca introdujo el código en la holografía.

Docenas de luces se iluminaron en la consola central, parpadeando secuencialmente mientras Corax introducía la clave. Cuando presionó la última runa, las luces estroboscópicas se detuvieron en un brillo permanente. Nuevos mensajes aparecieron en la pantalla, anunciando la desactivación de los protocolos de seguridad y proporcionando acceso a los contenidos de la consola. Con un siseo de gases escapándose, en la columna central de la máquina unos paneles se separaron deslizándose hacia el interior de unas aberturas. Un brillo argénteo surgió de las profundidades del aparato, justo como Corax recordaba. En el corazón de la malla había un estrecho cilindro de medio metro de altura. Estaba fijado a unos aparatos suspensores que lo levantaron de la red que lo contenía, como si fuera ascendiendo por causa de la propia luz. Un fluido verde azulado se movía en su interior, liberado del campo de estasis que lo había temido confinado.

—Éste es el auténtico secreto de la cripta —anunció Corax. A su alrededor, la Guardia del Cuervo, los adeptos del Mechanicum y los custodios se agruparon, con toda su atención atraída por el espectáculo—. Este es el regalo del Emperador.

—¿Qué es eso? —preguntó Agapito en voz baja.

—La fuente de nuestra existencia, comandante. El material genético viviente utilizado para crear los primarcas.

Aunque no tenía la experiencia del magos genetor, Corax sabía lo suficiente por su propia experiencia y por los recuerdos del Emperador como para comprender la importancia del descubrimiento. El Emperador le había explicado muchos años atrás cómo se había utilizado el material genético de los primarcas para crear los primeros guerreros de las Legiones Astartes. Los legionarios de la Guardia del Cuervo eran sus hijos genéticos, en cierta forma, como todas las legiones lo eran de sus respectivos primarcas. Cada uno de los veinte había sido creado por el Emperador, único, con sus propios puntos fuertes y flaquezas. Lo que la Guardia del Cuervo tenía en sus manos en esos momentos eran los planos base de los que cada uno de los veinte primarcas había derivado. Era algo puro, a falta de una palabra mejor, intocado por los posteriores experimentos del Emperador. El espécimen perfecto del que extraer la semilla genética para las futuras generaciones de guardias del cuervo, o para crear generaciones enteras de nuevos primarcas.

—Sin duda no trataréis de sacar esta muestra de Terra —aventuró Arcatus—. No soy un magos, pero comprendo suficiente de la historia para saber que el secreto del código genético de los primarcas no debe salir de esta cripta. ¿Qué pasaría si cayera en manos de Horus?

—El Emperador en persona me ha conducido a este lugar —respondió el primarca—. No necesito más advertencias ni tu permiso. Es el deseo del Emperador que regrese a Deliverance para reconstruir mi legión con esta tecnología.

—¿Es eso cierto, mi señor? —le preguntó Agapito—. ¿Esta muestra contiene la clave para el futuro de la Guardia del Cuervo?

—Sí, la contiene —asintió Corax, sonriendo ante la idea—. Una fuente no contaminada de la semilla genética. Pero es mucho más que eso. Si el magos y yo podemos descifrar sus secretos, podremos combinar su potencial con el del código genético de la Guardia del Cuervo. Los primarcas fueron creados desde el nacimiento, mientras que los legionarios deben esperar hasta la adolescencia antes de poder ser implantados. Imagina una generación de guardias del cuervo que combine el código de ambos; el rápido crecimiento de un primarca combinado con las habilidades de un legionario. Lo que normalmente precisaría una generación se podría conseguir en cuestión de meses.

—¿Y qué pasa con el entrenamiento? —quiso saber Arcatus—. ¿Y con la adecuada educación sobre la naturaleza de la Iluminación? Un legionario es mucho más que un cuerpo potenciado. Es un ser forjado tanto en mente como en cuerpo. Esas cosas no se pueden acelerar. Su implementación es una parte tan importante del proceso como los cambios físicos.

—No he dicho que sea instantáneo —replicó Corax, molesto por la negatividad del custodio—. Todavía no eres capaz de comprender todas las posibilidades. En la actualidad tan sólo una pequeña parte de los candidatos son adecuados para la implantación genética. Si podemos utilizar adecuadamente el material de los primarcas, eso ya no sucederá más. Podremos elegir cualquier niño, desde la más temprana edad, y acelerar su desarrollo, como el mío se aceleró. Cualquier niño. Nuestra base de reclutamiento se expandirá de varias decenas de miles a millones.

—Pero cada primarca fue creado por el Emperador en persona —apuntó Agapito—. Un trabajo de muchos años realizado por la mente más preclara de la humanidad. Nosotros no tenemos ese recurso, ni tampoco el tiempo.

—Motivo por el que no construiremos una nueva generación de primarcas —le espetó Corax, exasperado porque su comandante mostrara tantas dudas. Se tranquilizó a sí mismo, dándose cuenta de que Agapito y los demás, excepto tal vez Orlandriaz, no podían comprender los temas técnicos implicados—. El tecnosacerdote me ayudará a aislar las cadenas de material que necesitamos, y mejoraremos la semilla genética de la Guardia del Cuervo con esa información. Una

mezcla de primarcas y Legiones Astartes: un guerrero superior a un legionario, pero producido a una escala sin precedentes.

—Y yo insisto en que un arma como ésta no puede salir de Terra —repitió Arcatus—. Si el Emperador hubiera deseado algo así, lo habría creado él mismo. Hay un motivo por el que desarrolló el código genético de las legiones de la forma que lo hizo. ¿O tal vez pensáis que podéis conseguir algo que el Emperador no logró?

La réplica que surgió en la mente de Corax permaneció allí mientras consideraba las palabras del custodio. ¿Estaba dejándose llevar por la idea de reconstruir la Guardia del Cuervo? ¿Era siquiera posible conseguir lo que había dicho? Haciendo una pausa, respiró profundamente, meditando la respuesta.

—Es posible que el Emperador decidiera crear la semilla genética con sus actuales limitaciones por unas buenas razones, pero la galaxia ha cambiado —dijo el primarca—. Es igualmente ridículo sugerir que el Emperador me permitió acceder a estas instalaciones sin saber mis intenciones. Nos ha permitido entrar en este lugar para que utilicemos su contenido. Es la voluntad del Emperador que descubramos los secretos de esta tecnología y la utilicemos para luchar contra Horus.

Arcatus no respondió y se alejó sin decir ni una palabra más. Agapito permaneció en su lugar y habló con preocupación en la voz.

—Mi señor, no puedo decir lo que está bien y lo que está mal —empezó el comandante—. Pero Arcatus tiene razón cuando dice que es peligroso. No podemos dejar que el conocimiento de su existencia se propague.

—¿Qué estás sugiriendo? —le replicó el primarca—. El único hombre de esta expedición que no pertenece a la Guardia del Cuervo o a la Legio Custodes es Orlandriaz, y el Sigilita aprobó su presencia.

—Si regresamos a Deliverance con esta tecnología, no pasará desapercibido por los que no forman parte de la legión —continuó Agapito—. Cuanta menos gente sepa de su existencia, mejor. Creo que debemos aprender de la lección del Emperador aquí. Se requieren instalaciones y técnicos para llevar a cabo el descifrado de los secretos genéticos. Si un lugar así está fuertemente vigilado, atraerá la atención. Sabemos que todavía hay simpatizantes de los gremios en Lycaeus, y a pesar de nuestros mejores esfuerzos todavía tienen la capacidad de saber qué está pasando en la Torre del Cuervo. Debemos evitar estimular su curiosidad.

—Tienes razón, comandante —asintió Corax—. He estado tan centrado en la recuperación del archivo genético que no he considerado cómo debemos guardarlo. Tu plan tiene sentido, lo consideraré.

—¿Y realmente creéis que es posible crear una nueva forma de legionario? —preguntó Agapito. Su voz tenía un toque de terror—. ¿Uno que sea tan bueno como nosotros pero en una fracción del tiempo necesario?

—No sólo creo que es posible, sino que te lo garantizo —afirmó Corax—. Con

Horus preparado para atacar, debemos devolver el golpe de alguna forma. A no ser que consigamos perpetuar la legión para la guerra que se avecina, no podemos arriesgar nuestras fuerzas actuales en un ataque así. El Emperador ha depositado su fe en mí y no voy a fallarle. La Guardia del Cuervo tiene una función que realizar antes que el asunto de Horus esté solucionado.

—Estoy seguro de eso, mi señor —convino Agapito—. ¿Y qué sucede con los custodios? ¿Pensáis que nos causarán más problemas?

—Arcatus sobredimensiona sus objeciones —declaró Corax—. Debe atender sus obligaciones como lo considere oportuno, pero creo que entiende lo que vamos a lograr. Creo que he convencido a nuestro compañero de que no representamos ninguna amenaza para el Emperador.

La salida de la cripta estuvo mucho menos plagada de peligros que la entrada. Una vez aseguró el contenido de la cámara interior, incluida la preciosa cápsula en estasis de la materia primarca, la Guardia del Cuervo cargó sus transportes y servidores pesados para llevarse todo el material a la superficie.

Trabajaron por turnos, escoltando hileras de cajas y registros a través del durmiente Laberinto hacia las lanzaderas que los esperaban en la plataforma de hielo de la entrada. Los cristales de datos y las unidades de almacenamiento fueron cuidadosamente selladas en el interior de cajas protectoras. Las piezas más grandes de equipo, el objetivo de las cuales era desconocido para todos excepto el magos y Corax, fueron aseguradas en los transportes con orugas que había traído la munición y comida para la expedición. Tan sólo quedaron atrás las incubadoras y unos pocos generadores de energía.

Fue necesaria la mayor parte del día para transportarlo todo a la superficie. En el transcurso de ese tiempo se envió una señal a la nave de la Guardia del Cuervo que esperaba en órbita. Las naves de transporte procedentes de la *Vengadora* llegaron cuando los últimos miembros de la expedición surgían de la bóveda, junto con el más preciado de sus tesoros, que era vigilado por el primarca en persona, además de por Orlandriaz y por Arcatus.

Alpharius, junto con el resto de la escuadra del sargento Dor, se vio cargando cajas en las naves de desembarco mientras los comandantes discutían lo que iba a suceder a continuación. Alpharius se entretuvo todo lo que pudo para escuchar fragmentos de la discusión, aunque no averiguó nada que no hubiera supuesto.

—Tened cuidado con eso —señaló Agapito cuando Alpharius agarraba las asas de una caja cubierta de escarcha con Velps en el otro extremo. Un parpadeante monitor de energía en el lateral indicaba que en el interior el contenido se encontraba bajo cero—. Si rompes ese generador de estasis, habremos tenido que pasar por todo esto para nada.

—Sí, mi comandante —respondió Velps.

Transportaron su carga hacia la rampa del Stormbird más próximo, pisando cuidadosamente la abundante nieve. Alpharius estaba aún sorprendido por lo que transportaba el contenedor: la materia con la que habían sido creados los primarcas, con la que el Emperador había diseñado las Legiones Astartes y, en definitiva, el material genético que lo había convertido a él en legionario alfa.

Unos extraños pensamientos le recorrieron la mente mientras cargaba la caja desde el portal de entrada. ¿Cuánto tiempo había trabajado el Emperador para crear el contenido de ese cofre en estasis? ¿Décadas? ¿Siglos? ¿Tal vez milenios? Durante un indeterminado número de generaciones había esperado, y cuando el Emperador se mostró a sí mismo a la galaxia, fue a la cabeza de las Legiones Astartes, sus guerreros elegidos. La Legión Alfa había luchando junto a las otras durante muchos años durante la Gran Cruzada, viendo una y otra vez a sus compañeros reunidos con sus padres genéticos mientras ellos seguían luchando sin la guía de su primarca.

Alpharius recordaba el descubrimiento de su homónimo, el último de los primarcas en ser descubierto. Había sido un momento tan feliz para la Legión Alfa como anteriormente lo había sido para los Lobos Lunares, o los Manos de Hierro, o la Guardia del Cuervo. Cada uno de esos momentos había sido celebrado por todas las legiones como una ocasión memorable. Pero la reunificación con Alpharius había sido un evento silencioso, casi ignorado por los otros primarcas y legiones. Que la naturaleza de los primarcas gemelos hubiera sido considerada un secreto que no debía ser revelado tan sólo se había hecho más patente por la ausencia de celebraciones. A Alpharius lo había irritado que su legión hubiera sido prácticamente dejada a un lado por aquellos que ya habían encontrado a sus primarcas. Había sido como una idea de último momento, un engorroso agujero que había sido rellenado, en vez de haber sido considerado como lo que realmente era: el punto culminante de la Gran Cruzada, cuando el último de los primarcas había vuelto a las filas de los ejércitos del Emperador. El descubrimiento de Alpharius fue la culminación de los planes del Emperador, no la simple llegada de alguien que acude tarde a una cita importante.

Con la ayuda de Velps, Alpharius colocó el contenedor de estasis en el compartimento bajo el puente. Lo aseguraron con tiras bien estibadas para que no se moviera, y bajaron la cubierta del puente sobre él, bien protegido para su viaje hacia la órbita.

—Te hace sentir agradecido, ¿no es cierto? —comentó Velps al mismo tiempo que señalaba el contenedor.

—¿Agradecido por qué? —inquirió Alpharius.

—Agradecido con el Emperador —explicó Velps—. No conozco el motivo de la traición de Horus, o de los otros, pero me confunde. El Emperador nos creó. Quiero decir que literalmente nos hizo lo que somos. Nos dio armas y armaduras y una

galaxia que conquistar y nos dejó ir. Nos convirtió en el futuro de la humanidad, y eso es algo por lo que debemos estar agradecidos desde lo más profundo del corazón. Estuvimos allí, casi nos aniquilaron. Ese cabrón de Horus lo tiene todo gracias al Emperador y ahora le ha dado la espalda. No es posible olvidar algo como esto.

Alpharius no discutió, aunque le dolieron las palabras de Velps. No podía decir nada en defensa de las decisiones que había tomado la Legión Alfa. No comprendía totalmente las razones por las que los primarcas gemelos se habían aliado con Horus, pero confiaba lo suficiente en ambos como para saber qué era lo mejor.

—Estoy seguro que todos se llevarán lo que se merecen cuando esto acabe —dijo, dando unos golpecitos de camaradería en el hombro de Velps.

Esa conversación dejó intranquilo a Alpharius mientras volvía a descender por la rampa. El resto de la expedición ya estaba abordando las lanzaderas y las naves de desembarco. El sargento Dor y los demás estaban esperando para embarcar, no muy lejos de Agapito y de Corax. Alpharius y Velps se unieron a la escuadra justo cuando Arcatus se aproximaba al primarca.

—He hablado con Malcador —anunció el guerrero— y está de acuerdo conmigo. Mis guardias custodios y yo viajaremos con vos para poder proteger adecuadamente la carga.

—Eso no es necesario —intervino Agapito—. Vuestra presencia levantará sospechas. Además, no necesitamos vuestra ayuda.

—Mi comandante está en lo cierto, a pesar de decirlo tan bruscamente —convino Corax—. Un grupo de custodios atraerá una atención no deseada, y es con el secreto como mejor se puede proteger nuestra carga.

—Nosotros os acompañamos o de aquí no se va nadie —amenazó Arcatus—. La elección es vuestra.

Corax suspiró y asintió.

—Muy bien, custodio, lo haremos a tu manera —aceptó el primarca—. Viajaréis conmigo. Pero os aviso que el espacio a bordo de la *Vengadora* es escaso. Tendréis que alojaros con mis guerreros.

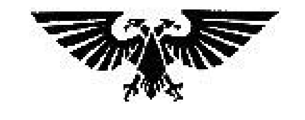
—Eso no será ningún problema —dijo Arcatus.

—Ningún problema —repitió Agapito con cierta satisfacción—. La Guardia del Cuervo estará contenta de corresponder a la Legio Custodes con la misma hospitalidad que ella nos ha brindado a nosotros.

El grupo se separó, dejando a Alpharius y el resto de su escuadra sobre la nieve. Alpharius miró a los guerreros con la armadura dorada acompañando al primarca y sintió que tenía los nervios de punta. Con los contenidos de la cripta en sus manos, la Guardia del Cuervo estaría más vigilante que nunca.

Un golpecito en el hombro sacó a Alpharius de sus pensamientos. El sargento Dor señaló con el pulgar a la cercana nave de desembarco.

—Sube a bordo —dijo—. Nos volvemos a Deliverance.



Segunda parte

Reconstrucción



DIEZ

REGRESO A DELIVERANCE
EL DESCIFRAMIENTO
DE LA TECNOLOGÍA GENÉTICA
CÉSAR

El paisaje de Deliverance estaba dominado por agujas de kilómetros de altura en el centro de los talleres. Antaño allí se había levantado la infame Torre Negra, la ciudadela principal de los guardias de Kiavahr. Ahora se denominaba Torre del Cuervo. Los focos situados en docenas de torres atravesaban el negro vacío, iluminando las rutas de transporte y las abundantes minas. Las torretas de defensa cubrían su superficie, guiadas por brillantes lentes sensoras en sus nichos blindados dispuestas como los ojos de una mosca. El Stormbird de Corax descendió sobre la antigua prisión dirigiéndose hacia uno de los ocho muelles de aterrizaje que surgían de la Torre del Cuervo como hongos en una estalactita negra, cada uno de ellos envuelto en el pálido brillo de un campo de energía.

Mirando el laberinto de alas de prisioneros y puestos de guardia, lo primero que se le ocurriría a un observador era que las instalaciones de la luna estaban en pésimo estado de conservación. Las estructuras de rococemento y los paneles metálicos cubrían la superficie de los edificios sólo a trozos, mientras que algunas zonas destruidas y quemadas habían sido abandonadas, abiertas al vacío del espacio. Las cúpulas de energía brillaban bajo la luz de las estrellas, protegiendo las formaciones de bloques de celdas, los depósitos de combustible y los centros de transporte de minerales.

El aspecto de Deliverance era engañoso. Todos los daños causados durante la rebelión y los posteriores contraataques de los gremios habían sido totalmente

reparados. Ni una grieta permitía que se escapara el aire, ni un solo sello de compuerta estaba roto. Por orden de Corax, el asentamiento mostraba sus cicatrices como recordatorio de aquellos que habían muerto para liberar la colonia lunar de los opresivos tiranos del planeta que tenían a sus pies, siempre que eso no comprometiera la seguridad.

Mientras Corax miraba hacia abajo por la ventanilla del Stormbird, recordó hasta la más nimia rotura y ruina, como si hubieran sido heridas sufridas en su propia carne. La nave de desembarco pasó por encima del Ala Ocho, en la que había vivido con Antonu, y donde la rebelión había nacido realmente. La antaño majestuosa Puerta Doce, que comunicaba el Ala Ocho con la Torre del Cuervo, mostraba las marcas de las bombas colocadas por sus guerrillas para atrapar a los guardias que se aproximaban desde la torre central, cordones de plastoespuma oscura llenaban las grietas como tejido cicatrizado. Naphrem Solt, una niña de trece años de edad, se sacrificó para detonar las últimas cargas que derribarían el arco de la puerta sobre los refuerzos.

El Ala Siete no era más que una ruina. Las celdas quemadas con las ventanas rotas miraban hacia la oscuridad. Cuatro mil reclusos habían perecido allí, abrasados por una bola de fuego provocada por los guardias al detonar la principal tubería de gas. Corax no había anticipado esa posibilidad, y revivió uno de sus recuerdos más amargos al contemplar la ennegrecida cáscara del ala de la prisión. Había costado más de un año recuperar todos los cuerpos de entre las cenizas, niños y ancianos en su mayor parte, pues el Ala Siete había sido un complejo administrativo de baja seguridad.

Corax había buscado en los registros para encontrar al hombre responsable, y había alcanzado al cabo Theod Norruck cuatro días después. La venganza del primarca se había cumplido, un momento del que no se sentía orgulloso, pero que le había proporcionado un pequeño sentimiento de satisfacción en esos instantes.

Tan sólo un edificio seguía sobresaliendo tanto como la Torre del Cuervo, conectado por un túnel plateado con el edificio principal. La estructura, similar a un castillo, con un tejado en pico y torretas en las esquinas, brillaba bajo la luz de la estrella poniente, plata y obsidiana, una maravilla de la ingeniería imperial. Formalmente se lo denominaba Núcleo Administrativo Primario, pero para los que vivían fuera de sus relucientes paredes era conocido como la Torre de los Impuestos. Corax iba a dirigirse a los que trabajaban en ella más tarde esa misma noche, pero en aquellos momentos tenía asuntos más importantes que atender.

El Stormbird atravesó la pantalla de energía del Muelle Alto, convirtiendo la visión de Corax en estática amarilla durante unos momentos. Se apartó de la ventanilla mientras los cohetes del Stormbird gemían durante el descenso final.

—¿Sabéis que vais a decir? —quiso saber Branne, que estaba sentado al otro lado

del primarca—. Preveo que habrá problemas, mi señor.

—Todavía no —respondió Corax—. No exactamente. Tendrán que enfrentarse a la realidad, no puede evitarse lo que debe ser hecho.

—Es una complicación que nos podríamos evitar —dijo el comandante de los reclutas. Corax estuvo de acuerdo, pero no hizo ningún comentario más.

La nave de desembarco se posó con un crujido del metal de las patas de aterrizaje sobre el ferrocemento.

—Una acción necesaria —murmuró Corax, que se levantó cuando la nave estuvo finalmente parada. La puerta siseó al abrirse detrás de él—. Una que igualmente habría emprendido sin la insistencia de Malcador.

Los dos abandonaron el Stormbird y recorrieron la corta distancia que los separaba de Carnivalis, la sala situada cerca de la base de la Torre del Cuervo que se había utilizado para las reuniones más numerosas de la legión. Era en parte una sala de celebraciones y en parte un relicario de las numerosas victorias de la legión. Allí había trofeos de todo tipo: armas, cráneos, armaduras, estandartes, incluso trozos de muralla y puertas blindadas de ciudadelas enemigas que colgaban de las paredes. Había poca organización en la muestra, lo que hizo que una vez el iterador Sermis Iconialis dijera que parecía más un nido de urracas que de cuervos.

Ese mismo individuo ahora esperaba con ciento cincuenta y seis hombres y mujeres más en Carnivalis, habiendo sido llamado allí por Corax en cuanto la *Vengadora* había entrado en órbita. Junto con su ayudante iterador, Loc Nasturbright, Iconialis estaba acompañado por los rememoradores de Deliverance. Artistas, poetas, pictógrafos, escultores y periodistas miraron a Corax con una mezcla de aprensión, suspicacia y expectación cuando el primarca entró en la gigantesca sala. La pequeña multitud quedaba empequeñecida por lo que la rodeaba, y se había reunido junto al área de escenario y el atril en el otro extremo de la sala, obligando a Corax a recorrer toda la longitud de Carnivalis antes de poder dirigirse a ellos. Subió los escalones de cuatro en cuatro con facilidad antes de volverse hacia los rememoradores allí reunidos.

—Todos vais a volver a vuestras habitaciones a empaquetar vuestros efectos personales y a preparaos para abandonar Deliverance —dijo. El anuncio fue recibido con gritos de protesta, gruñidos, súplicas y manifestaciones varias—. ¡Silencio! No he acabado.

La multitud se calló cuando Corax levantó la mano para exigir silencio.

—Cogedlo todo. No vais a volver. Todo el material que habéis estado reuniendo como recuerdos deberá ser entregado al comandante Branne. Vosotros y vuestro equipaje seréis registrados a fondo, así que no intentéis escamotear ni unas pocas notas o un dibujo esquemático. Todo deberá ser entregado a Branne.

Esto causó nuevos gritos de furor, tal y como Corax había esperado. Captó la

mirada de Iconialis, que hizo un pequeño gesto de entendimiento y se volvió para mirar a los furiosos y consternados rememoradores. Levantó las manos acallando el tumulto.

—Ruego silencio para el noble primarca —dijo Iconialis con una voz clara y precisa por encima de los pocos gruñidos e imprecaciones que todavía seguían—. Estoy seguro de que hay una buena causa que justifica esta acción. No debemos olvidar que es por gracia de lord Corax que hemos permanecido aquí.

—Gracias, iterador —dijo Corax.

Se cruzó de brazos y pasó rápidamente a lo que tenía que decir. El último comunicado de Malcador antes que la *Vengadora* abandonara la órbita había sido la disolución de la Orden de los Rememoradores, que debían regresar a Terra para el informe final, en cumplimiento con el Edicto de Disolución. El Sigilita había dejado claro que Corax no debía discutir en detalle los acontecimientos que estaban teniendo lugar en el Imperio. También había estado de acuerdo en que algún tipo de explicación era necesaria, y había proporcionado al primarca unas cuantas frases premeditadas para explicar lo que había sucedido. Corax rechazó sus sugerencias y prefirió explicar las cosas a su manera.

—Horus se ha rebelado contra el Emperador —dijo. No había motivo alguno para mantener la situación en secreto. Era mejor que Corax explicara a los rememoradores los hechos como eran que lo averiguaran en base a medias verdades y rumores. Esperó, esperando otra tormenta de sorpresas y protestas, pero en vez de ello sus palabras fueron recibidas con un sorprendente silencio—. Supongo que habréis oído que antes de que el comandante Branne abandonara la Torre del Cuervo una fuerza de Legiones Astartes había sido enviada a enfrentarse al señor de la guerra en Isstvan. Ese enfrentamiento no acabó bien. El Emperador reúne sus fuerzas y la Guardia del Cuervo estará con ellas. No podemos ofreceros protección aquí, por lo que seréis trasladados desde Deliverance a Terra.

—Yo vengo de Assyri —dijo un hombre barbudo con una larga capa y marcas de pintura en las mangas de su holgada túnica. Al contrario que con sus guerreros y ayudantes de la legión, Corax jamás se había preocupado de aprenderse los nombres de la mayor parte de los rememoradores, ya que los veía como un inconveniente en el mejor de los casos, y una irritación y distracción en el peor—. Yo no quiero ir a Terra.

Esa protesta fue seguida por otras similares.

—No estáis en disposición de decidir —los hizo callar Corax—. No vamos a transportaros a cada uno a vuestro planeta preferido. Vais a regresar a Terra para el informe final por parte de los oficiales de Malcador el Regente. No habrá ninguna excepción.

—¿Por qué queréis todo nuestro trabajo? —quiso saber una mujer joven con una unidad pictográfica colgando de una cinta alrededor de su cuello—. Hemos trabajado

durante años para reunir ese material.

—Por seguridad —respondió bruscamente Corax—. Muchos de vosotros os habéis relacionado con rememoradores de otras legiones, especialmente los Lobos Lunares. Vamos a examinar todo el material que habéis acumulado en busca de pistas sobre la rebelión de Horus.

No añadió que los rememoradores habían relatado la mayor parte de los logros y victorias de la Guardia del Cuervo, así como las defensas de Deliverance. No podía arriesgarse a que la nave que transportaba a los rememoradores fuera capturada por una nave traidora con dicha información a bordo.

—¿Cómo es de grave, en realidad? —le preguntó Iconialis con una voz que había perdido su timbre habitual, acallada por la preocupación—. Quiero decir… No sé qué decir. A duras penas me lo puedo creer.

—No te mentiré, iterador. Se acerca una guerra como ninguna que se haya visto jamás. Una guerra que desgarrará la galaxia. Una guerra entre las Legiones Astartes.

El prisionero esperaba pacientemente, divertido por su encarcelación. Estaba sentado en una silla normal que casi era demasiado pequeña para él, e iba vestido con una simple túnica gris. Lo mantenían en una sala de almacenaje vacía no muy lejos de la Terminal Alfa situada cerca de la cúspide de la Torre del Cuervo. Corax había ordenado que las viejas celdas de castigo fueran selladas para siempre tras la revolución, y había parecido inútil abrir una de las alas vacías para un legionario. En un mundo que había alojado casi diez millones de prisioneros, el gigantesco guerrero parecía una incongruencia entre los estantes y armarios de metal; en una esquina todavía había un cubo y una fregona.

Agapito estaba de pie a un lado de la puerta cerrada, Solaro en la otra. Los comandantes tenían la vista fija hacia adelante, sin mirar a su vigilado. Agapito lo hacía gracias a un inmenso autocontrol, y sabía que Solaro sentía lo mismo. Que el prisionero siguiera vivo era una prueba más de la tremenda disciplina de los legionarios que habían regresado directamente desde Isstvan. Había sido tomado prisionero custodia y tratado con un nivel de dignidad que ninguno de ellos había conocido como interno de Lycaeus. Corax les había enseñado que no había honor alguno en hacer sufrir a otros lo que ellos habían sufrido.

Una palabra de los legionarios de guardia en el exterior anunció la llegada del primarca. Corax se había visto obligado a hablar primero con los rememoradores, pero ese asunto había surgido entre los primarcas y sus comandantes durante el regreso a Deliverance. Agapito abrió la puerta, no muy seguro de lo que su señor intentaba mientras Corax se agachaba para entrar, llenando al instante la pequeña sala con su enorme presencia. La puerta se cerró nuevamente con un sordo chasquido y Agapito se permitió finalmente mirar al prisionero, notando como el asco amenazaba

con salir desde la boca de su estómago.

Su nombre era Iarto Khoura y se había incorporado a la Guardia del Cuervo poco después de la proclamación del Edicto de Nikaea que prohibía los bibliotecarios. Como muchos de su clase en todas las legiones, había sido una figura impopular, la manifestación de una interferencia externa que agraviaba la mente independiente de la Guardia del Cuervo. A pesar de ello, Agapito nunca había tenido ninguna discusión personal con el hombre, y había luchado junto a él en varias batallas.

El capellán de los Portadores de la Palabra observó la entrada de Corax con una sonrisa de satisfacción en la cara.

—Lord Corax —dijo, poniéndose de pie e inclinando la cabeza—. Estoy contento de que hayáis regresado para arreglar este asunto.

—Calla —le espetó el primarca, cosa que hizo estremecer al capellán—. Siéntate y no hables.

—Hasta ahora he sido paciente con vuestros hombres, pe…

—¡Silencio!

El rugido de Corax inundó la habitación, haciendo que le dolieran los oídos a Agapito. Khoura cayó sobre la silla, casi rompiéndola, aturdido por la violencia de la explosión del primarca.

—Eres un traidor —dijo Corax con una voz que ahora se redujo a un mero murmullo, mucho más intimidador que su grito—. Eres un enemigo del Emperador.

Khoura abrió la boca, y a continuación la cerró con rapidez cuando el entrecejo del primarca se frunció más pronunciadamente.

—Tu primarca es un gusano cobarde y traidor —prosiguió Corax, agachándose de forma que su cara quedó a pocos centímetros de la del capellán—. Tu legión no es más que chusma sin valor, cuyas falsas plegarias al Emperador suenan mucho más vacías que nunca. Tus compañeros capellanes o bien están muertos o bien han huido.

Luchando contra la urgencia de protestar ante esas acusaciones, Khoura se retorció en la silla.

—¿Por qué no viniste a Isstvan? —exigió saber Corax.

—No era mi lugar —replicó el capellán—. Era mejor que permaneciera aquí para continuar mi instrucción de los reclutas de la legión. Vos estuvisteis de acuerdo con mi propuesta, mi señor.

—Muy conveniente para ti. Muy conveniente que no estuvieras allí cuando tu legión abrió fuego contra mis guerreros, matándolos por la espalda.

—¿Qué hicieron qué? —Khoura pareció horrorizado ante esa idea y negó con la cabeza—. No, eso es imposible.

—Hay setenta y cinco mil cadáveres de la Guardia del Cuervo como evidencia de esa posibilidad —gruñó Corax—. ¿Desde cuándo estabais planeando vuestra traición, Iarto? ¿Desde que el Emperador puso a Lorgar en el lugar que le correspondía?

¿Desde antes que eso?

—Soy un capellán dedicado a propagar la Verdad Imperial —replicó Khoura—. Fui enviado a Deliverance por el edicto de Malcador para asegurar que la voluntad del Emperador se cumpliera.

—¡Más mentiras! Fuiste enviado por Lorgar para espiarnos, para pervertir a mis guerreros para la causa de Horus.

—Eso no es cierto. ¿Qué prueba poseéis de que sea algo más que un leal servidor del Emperador? He estado con vuestra legión desde Nikaea. ¿Cómo podéis hacerme responsable de las acciones de mi primarca?

—Porque eres un portador de la palabra. Hablas con la lengua de Lorgar. Ése es vuestro oscuro credo. Te infiltraste como portador de la Iluminación, pero no eres más que un apóstol de la traición.

—No tenéis derecho a acu…

Corax agarró a Khoura por el cuello y lo levantó por los aires hasta que golpeó el techo con la cabeza del capellán.

—¡Mentiroso! Tus labios corruptos no escupen más que basura, hijo de Lorgar.

Agapito dio un paso hacia adelante, pero lo detuvo la mano de Solaro en su brazo. El otro comandante negó silenciosamente con la cabeza. La cara jadeante de Khoura se volvió cada vez más y más roja mientras la presa del primarca seguía cerrándose.

—¡Éste es mi mundo. Mi legión! —rugió Corax—. Contaminas a ambos con tu presencia.

Se produjo un sonoro crujido y la cabeza de Khoura cayó hacia un lado con el cuello roto. Corax emitió un gruñido sin palabras y bajó el inerte cadáver hacia la silla. Se volvió hacia la puerta y se detuvo de repente al ver a Agapito y a Solaro. La cara del primarca estaba blanca como la muerte y sus ojos eran insondables pozos negros. Agapito sintió un instante de ansiedad mientras miraba la contorsionada faz de su señor.

—Tirad esa basura a un horno —ordenó Corax. Cerró los ojos y poco a poco se calmó. La sangre regresó lentamente a su cara—. Quiero que sus habitaciones sean registradas nuevamente. Si hay algo que lo conecte con los planes de Horus, quiero encontrarlo. Comprobad los archivos de sus comunicaciones para ver si ha estado en contacto con Lorgar o cualquier otro portador de palabra en el último año.

—¿No deberíamos haber hecho esto antes de su ejecución? —preguntó Solaro.

Agapito inspiró profundamente, detectando una punzada de irritación en el tono del otro comandante.

—¿Con qué fin? —preguntó Corax.

—Pruebas de su culpabilidad, como exigía —replicó Solaro. El comandante se enfrentó a la mirada del primarca sin miedo, con las manos respetuosamente cruzadas delante de él.

—No podemos asumir el riesgo de tener a un traidor en nuestras filas. Además, puedo oler la corrupción en él, ahora que sé cómo es —declaró Corax. Miró a Agapito—. Tú viste lo que les había pasado a los Portadores de la Palabra en Isstvan.

—Vi cosas que desearía no haber visto —respondió Agapito—. Los Portadores de la Palabra sólo eran una de entre muchas de ellas.

—Si estáis ciegos a ello, debéis abrir los ojos —dijo el primarca—. Hace demasiado que mantenemos este secreto. Era la voluntad del Emperador, pero ahora ya no importa. Él menospreció su amenaza.

—¿De qué estáis hablando, mi señor? —inquirió Solaro—. ¿Que amenaza?

Corax parpadeó rápidamente con sorpresa y se pasó una mano por la cara. Su expresión atormentada había desaparecido cuando apartó la mano, reemplazada por una mirada mucho más cuerda.

—Nada. No estoy… Mi juicio está nublado —murmuró Corax. Abrió la puerta y volvió la cabeza mientras salía—. Enviadme a Branne. Debemos preparar a los reclutas.

Cuando el primarca se hubo marchado, Solaro miró de forma extraña a Agapito.

—¿De qué iba todo eso? ¿Qué hedor? —preguntó el comandante.

—Debe de ser una cosa de los primarcas —respondió Agapito—. Yo no huelo nada excepto el sudor de un hombre muerto. Tú ve a buscar a Branne. Yo me encargaré de esto.

Agapito se pasó varios minutos mirando el cadáver de Khoura después de que Solaro se hubiera marchado, pensando en lo que el primarca había dicho. Solaro estaba ciego ante ello y tal vez no hubiera visto la corrupción, pero Agapito sabía a qué se refería Corax. La corrupción tenía un nombre, un nombre que había oído susurrar por primera vez en Isstvan: Caos.

Los fuegos de la radiación parpadeaban con un color azul en el centro de la destrozada ciudad. Las ruinas se extendían por docena de kilómetros, unas siluetas parecidas a dientes rotos recortadas contra el resplandor. Durante casi un siglo, los fuegos habían seguido ardiendo, una advertencia a Kiavahr para que no regresara a su despreciable pasado. El lugar del impacto era ahora un cráter de cristal en forma de cuenco, arrasado en un instante por las cargas atómicas de minería que los rebeldes habían lanzado por el pozo gravitatorio. Los restos del elevador orbital eran un retorcido amasijo de hierros solidificados que apuntaban acusadoramente hacia arriba, a Lycaeus.

Más lejos, los edificios habían sobrevivido, aunque algunos eran poco más que retorcidos montones de ruinas y escombros. Las bolsas de gas y las conducciones de combustible perforadas añadían sus esporádicos destellos a la escena, iluminando el paisaje muerto con destellos de columnas de promethium caliente y nubes de vapores

de combustión y óxido que creaban ráfagas verdes y naranja antes de disiparse en la contaminada atmósfera.

Sin ningún edificio que lo detuviera, el viento soplaba con fuerza, asolando las ruinas con la potencia de un huracán y añadiendo su propia erosión a la destrucción causada por las improvisadas bombas nucleares. Los puentes que cruzaban sobre brillantes ríos de ferrocemento fundido se balanceaban peligrosamente; sus quejidos y crujidos metálicos eran como gritos espeluznantes en medio de la desolación. Los pozos de escalera ascendían, solitarios, hacia el aire, donde antes los rascacielos se levantaban hacia los cielos. Los pozos de enfriamiento de las fundiciones se habían convertido en lagos radioactivos, los acueductos destruidos vomitaban mansos ríos que rezumaban más que fluían por los desfiladeros de agrestes paredes en que se habían convertido las antiguas calles de Nairhub.

Por allí avanzaba un convoy de vehículos blindados, con sus gruesas orugas levantando polvo y cenizas. Los vehículos eran bajos y anchos, propulsados por cuatro cadenas independientes. El viento chocaba contra los cascos fuertemente remachados y hacía oscilar con violencia las antenas de comunicaciones. Estaban marcados con los símbolos del Mechanicum, pero los legionarios que operaban las torretas de defensa abiertas demostraban que no era más que un engaño.

Los transportes eran cinco en total y avanzaban lentamente. El que iba en cabeza elegía el mejor camino entre las ruinas, chirriando y aplastando ladrillos y ferrocemento bajo su peso. Alpharius, que ocupaba la torreta del primer vehículo, tenía ante él dos bólters pesados acoplados sobre una montura. A pesar de las ruinas, la zona radioactiva no estaba desprovista de habitantes, tanto humanoides, como de otra índole. Le había sorprendido saber que se hablaba de gremiales que se ocultaban en ese desierto. Corax había encargado al Mechanicum el trabajo de acabar con los últimos restos de las antiguas autoridades, ansioso por unirse a la Gran Cruzada. Que el Mechanicum hubiera sido poco activo en su persecución de los gremiales supervivientes sería sin duda una gran ventaja para la misión de la Legión Alfa.

Un edificio sobresalía orgullosamente entre los restos de la antigua batalla. Bañado por una niebla letal, tenía tres pisos de altura, y parecía un hangar que ostentaba en los laterales el símbolo de la Guardia del Cuervo. Las torres blindadas en cada extremo seguían el avance de los vehículos con sus baterías de cañones.

—Guarida del Cuervo a la vista —informó el comandante Agapito por el comunicador.

Era una instalación utilizada por la Guardia del Cuervo para llevar a cabo entrenamientos de combate en un desierto nuclear. A veces, los reclutas eran enviados contra los campos de separatistas que todavía existían a duras penas en medio de esa masacre nuclear. Era ése el lugar que Corax había elegido para levantar las nuevas instalaciones, lejos de los ojos del Mechanicum.

Era una buena elección por su aislamiento, y con las noticias de la traición de Horus, que seguramente ya habían llegado a Kiavahr, a Alpharius le parecía una buena cobertura para el laboratorio de tecnología genética. Los pocos que podían darse cuenta no se sorprenderían de un incremento de actividad en el lugar.

Había un muro exterior de diez metros de altura que protegía el complejo. Las puertas blindadas se deslizaron a un lado para permitir a los vehículos entrar, y se volvieron a cerrar cuando el último transporte hubo pasado. Los detectores de radiación en la armadura de Alpharius pasaron del verde al ámbar de advertencia momentáneamente mientras circulaban hacia el edificio. Más al interior del desierto habría sido muy distinto, y mientras el transporte se estremecía al detenerse a la sombra de la Guarida del Cuervo, se preguntó una vez más cómo los disidentes podían sobrevivir allí.

Cubierta por las defensas de la estación, la Guardia del Cuervo desembarcó y formó junto a los vehículos mientras Corax, Agapito y Branne se dirigían hacia las instalaciones. Las rampas hidráulicas en el lateral de cada transporte descendieron y se inició el proceso de descargar su preciosa carga.

Alpharius se había dado cuenta de algo particular en la fuerza enviada a Kiavahr mientras estaba a bordo del crucero de ataque que los había llevado allí: todos ellos habían formado parte de la expedición a la bóveda. Era evidente que Corax confiaba tan sólo en aquellos en los que estaba obligado a hacerlo porque compartían el conocimiento de la tecnología genética. No había ningún siervo, sólo legionarios, los más fiables de todos los servidores del Emperador. La única excepción era el tecnosacerdote y sus servidores, que eran esenciales para el proyecto. El legionario alfa se preguntó qué historia se habría contado al resto de la Guardia del Cuervo para explicar las actividades en el planeta.

Los secretos hacían feliz a Alpharius. En secreto, Corax esperaba reconstruir la legión, pero los secretos eran el campo de batalla preferido de la Legión Alfa. La Guardia del Cuervo estaba penetrando en terreno desconocido, y debería pagar por su inexperiencia. El secretismo creaba sus propios problemas de comunicaciones, y finalmente entorpecería la labor de Corax. El primarca había penetrado en un mundo sombrío de engaños, y lo haría pagar por su error. El aumento de la seguridad ya no preocupaba a Alpharius; ya era uno de los pocos en quien se confiaba. La Guardia del Cuervo temía que su secreto fuera descubierto y concentraría todos sus esfuerzos en mantener el engaño, sin saber que su seguridad ya se había visto comprometida y que el enemigo estaba dentro.

El interior de la Guarida del Cuervo era mucho más grande de lo que Alpharius había esperado. Se hundía en el suelo a lo largo de varios niveles más. Siguió al resto de la escuadra descendiendo por la rampa hacia los niveles subterráneos. Un carro motorizado avanzaba delante de él, hacia las entrañas de las instalaciones. La mayor

parte del espacio lo ocupaban los barracones de los reclutas y legionarios enviados aquí para entrenarse y que en esos momentos estaban vacíos, mientras que el resto lo ocupaba un gigantesco campo de entrenamiento y las galerías de tiro.

—¿Adonde vas?

Alpharius se quedó paralizado al oír la voz de Branne. Miró por encima del hombro y vio al comandante de los reclutas y a su hermano de pie junto a una puerta que acababa de pasar. Por detrás de ellos se veían las parpadeantes luces de las consolas de mando.

—¿Perdón, mi comandante? —respondió, no muy seguro de lo que se esperaba de él.

—Esa caja está claramente marcada para la enfermería —prosiguió Branne—. ¿Qué estás haciendo aquí abajo? No podemos permitirnos el lujo de perder el tiempo.

—¿Te has perdido? —le preguntó Agapito con una sonrisa en los labios.

La intranquilidad de Alpharius se incrementó dramáticamente al darse cuenta de que ambos comandantes estaban esperando que cambiara de dirección y se dirigiera inmediatamente hacia la enfermería. ¡No tenía ni idea de dónde estaba! Sus ojos escudriñaron las paredes en busca de marcas que pudieran indicarle la dirección. No había nada que pudiera ayudarlo. Volvió a mirar a Agapito y a Branne con algo parecido a la desesperación emergiendo en sus pensamientos.

—Puedes compartir el elevador conmigo —dijo una voz en el corredor. Alpharius se volvió y vio la armadura blanca de Vincente Sixx, un apotecario que había conocido tras infiltrarse en la legión en Isstvan V. Estaba de pie junto a la puerta abierta de un montacargas en un pequeño vestíbulo detrás de Alpharius.

—Buena idea —dijo Alpharius, soltando un suspiro de alivio. Accionó el motor del carro y lo condujo hasta el suelo metálico del elevador, donde se detuvo.

—Sé cómo te sientes —afirmó Sixx, apretando una palanca para que el elevador empezara a subir hacia los niveles superiores—. Parece que hace una eternidad desde que estuve aquí por última vez. Apenas puedo recordar dónde está todo.

—Absolutamente cierto —asintió Alpharius. Se le cruzó una idea por la mente—. No te recuerdo de la expedición a Terra.

—No, yo permanecí a bordo de la *Vengadora* —dijo Sixx—. Sin embargo, ahora soy el apotecario jefe, por lo que el primarca no podía iniciar todo este asunto de la tecnología genética sin contar conmigo. Para serte sincero, incluso lo poco que he visto está mucho más allá de lo que conozco. Nexin, el tecnosacerdote, será quién haga la mayor parte del trabajo. Estoy aquí solamente como enlace.

—Un trabajo solemne, y una gran responsabilidad —comentó Alpharius.

—Una para la que no estoy en absoluto preparado —replicó Sixx sin ni un ápice de humor—. Mis hermanos apotecarios sufrieron mucho en el punto de desembarco. Parece que los traidores trataron de acabar con nosotros desde el principio. Tan sólo

siete logramos regresar, e incluso con sólo quince años de experiencia en el Apothecarion, parece ser que soy el más veterano. Ahora se supone que debo gestionar todo el proyecto.

—Estoy seguro de que Corax te tiene plena confianza. —El elevador se detuvo y Alpharius abrió la puerta—. Todos dependemos de ti Sixx. No puedes fallarnos.

—La enfermería está en esa dirección —dijo el apotecario, señalando hacia la derecha.

—Sí, ahora voy acordándome —asintió Alpharius—. Gracias por la ayuda. Si puedo devolverte el favor, dímelo.

—Tengo un montón de cosas que puedas hacer, por eso no te preocupes —dijo Sixx—. Si sólo la mitad de lo que dice Nexin es cierto, no habrá falta de trabajo para todos nosotros. Reconstruir la legión va a ser un trabajo muy duro.

«No tan duro como lo fue destruir una», pensó Alpharius mientras seguía al apotecario por el pasillo.

Sosteniendo el soldador eléctrico con delicadeza entre las puntas de los dedos, Stradon Binalt utilizó su otra mano para colocar el aspa de ventilación en su lugar. Las chispas le cayeron sobre la piel, que ya estaba marcada por docenas de quemaduras similares, pero el trabajo era tan delicado que no podía utilizar guantes protectores. El dolor sólo era momentáneo.

Al completar la soldadura dejó a un lado la herramienta y se reclinó en el taburete para admirar su obra. De los otros talleres a su alrededor llegaban ruidos neumáticos y el crepitar de los soldadores eléctricos. El olor del adhesivo de ceramita era espeso, y los primitivos sistemas de filtrado de los niveles inferiores de la Torre del Cuervo no podían absorber la gran cantidad de vapor que estaba siendo producido por el trabajo de los armeros.

El armorium de la Torre del Cuervo estaba mucho mejor equipado que el de la *Vengadora* y los progresos habían sido relativamente rápidos desde el regreso a Deliverance. Esperaba que lo suficientemente rápidos. Por lo que había escuchado respecto de los progresos de la nueva tecnología genética, lord Corax podría estar dirigiendo la legión nuevamente a la guerra en cuestión de unas pocas docenas de días. Retorció el morro entre los dos ejes, satisfecho con la libertad de movimientos de las junturas. Tomó un trapo, limpió el pequeño residuo en las válvulas de inyección de combustible, y colocó el ventilador en su posición.

—Dijiste que tienes algo que mostrarme.

Binalt puso una cubierta protectora sobre su trabajo mientras se levantaba y se volvía para mirar al comandante Agapito, que estaba en la puerta.

—Sí, mi comandante —asintió Binalt—. Sígame.

Condujo a Agapito entre los talleres abiertos en que sus compañeros tecnomarines

y sus ayudantes no modificados trabajaban a la luz de los tubos fluorescentes y las chispas de soldadura. Filas y filas de hombreras y grebas reforzadas colgaban de las paredes. Armaduras más completas estaban siendo montadas en un área más grande del armorium, donde un pequeño ejército de servidores y ayudantes trabajaban colocando el cableado y los sistemas de soporte vital en las armaduras remodeladas.

—Por aquí. —Binalt indicó al comandante una sólida compuerta a la izquierda.

El tecnomarine introdujo un código de seguridad en la placa de control y la puerta se abrió con un chirrido de mecanismos hidráulicos. Al otro lado había una galería de tiro para pruebas.

Las luces se encendieron en cuanto entraron, mostrando un área estrecha de un centenar de metros de largo pintada de blanco con una red de finas líneas rojas. En el otro extremo había tres armaduras frente a un muro cubierto de marcas de impacto. Binalt se dirigió a un repositorio de armas a su derecha y empuñó un bólter. Cogió una caja de munición de una estantería que había debajo y cargó el arma antes de pasársela a Agapito.

—Apunte a la armadura de la izquierda —dijo el tecnomarine—. Apunte a una de las hombreras.

Agapito levantó el bólter y apuntó. Sonó el estruendo del disparo cuando el proyectil de bólter recorrió destellante durante un instante la sala. Alcanzó la hombrera izquierda de la armadura vacía. Se produjo otra detonación, cuyo eco rebotó hacia los dos marines espaciales. Varios fragmentos de ceramita quedaron esparcidos por la galería de tiro, pero al asentarse el humo, la hombrera parecía, en su mayor parte, intacta.

—Este es uno de nuestros proyectiles estándar, contra una armadura Mark IV —dijo Binalt—. Como podéis ver, el efecto es limitado.

—Sí, puedo verlo —asintió Agapito.

—Sin embargo, en la masacre de Urgall, los traidores acabaron con miles de legionarios con sus bólters —prosiguió Binalt. Sus palabras sonaron frías, pero recordaba dolorosamente la visión y los gritos de sus compañeros de la Guardia del Cuervo masacrados en la emboscada. Se había sentido impotente, ya que los proyectiles de su pistola bólter apenas rayaban las armaduras de los traidores, mientras que sus armas acababan con la Guardia del Cuervo sin compasión—. Recuperé algunas piezas, unos fragmentos de la munición utilizada por el enemigo sacados de las armaduras de los legionarios que lograron retirarse.

Binalt tomó el bólter de Agapito y cambió el cargador por otro antes de devolverle el arma al comandante.

—He sido capaz de conseguir algunos proyectiles experimentales que nuestros hermanos de los Puños Imperiales obtuvieron en Marte antes de que se viera sumido en la división. Aquí no disponemos de las instalaciones necesarias para replicarlos,

pero creo que he creado una buena aproximación.

Agapito apuntó nuevamente y disparó. Esta vez la hombrera de la armadura se vio reducida a fragmentos y ceramita fundida.

—Venganza… —murmuró el comandante. Bajó el bólter y miró al tecnomarine —. Esto es impresionante, pero también profundamente preocupante. Significa que los traidores tuvieron acceso a los desarrollos marcianos antes de Isstvan.

—Las raíces de la rebelión han penetrado profundamente, comandante —asintió Binalt con una sombría inclinación de cabeza—. Pero no carecemos de contramedidas. Por favor, dispare a la armadura central.

El soporte central sostenía una de las armaduras modificadas con las hombreras reforzadas multicapas de Binalt. Esta vez, el disparo de Agapito alcanzó la hombrera en el borde. Como había sucedido con el disparo anterior, se produjo una gran explosión de metralla, pero cuando el humo del estallido se disipó, ambos guerreros de la Guardia del Cuervo pudieron ver claramente que tan sólo la capa exterior de la armadura había sufrido daños y la placa interior permanecía intacta.

Agapito estaba mirando silenciosamente las armaduras del otro extremo de la galería de tiro. Le devolvió el bólter a Binalt con gesto distraído y la atención todavía fijada en las armaduras dañadas.

—¿Cuál es el problema, comandante? —le preguntó el tecnomarine—. ¿Hay algo que no lo satisfaga?

—Maté personalmente a casi a un centenar de marines espaciales en Isstvan —respondió con voz queda Agapito—. Eran guerreros de las Legiones Astartes, como nosotros. Algo que jamás pensé que tuviera que hacer.

El comandante negó con la cabeza abruptamente, rompiendo su mirada perdida.

—No será fácil ganar esta guerra. Debemos hacernos a la idea.

Los rayos tronaban entre las oscuras nubes de Therion y su luz partía el vespertino cielo violeta, refulgiendo en los muros de cristal del Gran Conservatorio. Diez mil piezas de cristal reflejaban el tumulto en los cielos, destellando a pesar de las luces que iluminaban el interior.

Los bufidos de los hipocantos dejaban estelas de vapor en el aire frío, y sus enmarañados pellejos estaban cubiertos de humedad mientras el conductor los urgía a que siguieran avanzando bajo la fuerte lluvia. La carretera que tenían por delante estaba convirtiéndose rápidamente en un torrente, cubriéndose con el agua que fluía desde los terraplenes que la bordeaban mientras cruzaban los terrenos hacia la mansión. El conductor iba cubierto con pieles aceitadas y sólo podía vérsele la nariz y los ojos cuando se volvió para hablar a través de la rejilla que tenía detrás de él.

—Ya casi hemos llegado, prefecto —anunció Pelon con voz apagada.

—Muy bien, Pelon —contestó débilmente Valerius.

El sirviente theriano se levantó las solapas de su pesado abrigo y ajustó bajo la mandíbula el cordón que impedía que su amplio sombrero saliera volando por los aires. No era una solución perfecta, pero Valerius se había mostrado inflexible en partir hacia el palacio de su padre lo antes posible. La extraña tormenta les había impedido utilizar un vehículo aéreo, y un noble de Therion jamás sería visto utilizando un vehículo de combustión, lo que les dejaba como única opción el más tradicional carruaje.

Las ruedas, de neumáticos anchos, siseaban al atravesar los charcos mientras Pelon frenaba el carruaje para pasar un pequeño puente que salvaba un caudaloso torrente. Los hipocantos eran controlados por una pequeña caja situada en un pedestal junto al conductor. Cuando sus ágiles dedos movían las palancas, unas hojas de opresión en el arnés de las criaturas reaccionaban a las señales de radio, inflándose o desinflándose secuencialmente para guiar a las criaturas hacia la derecha o la izquierda, azuzándolas o frenando su impulso.

La tormenta que tenían encima estaba en pleno auge mientras cruzaban la arcada plateada construida como dos serpientes entrelazadas: el símbolo de Therion.

—Llévanos directamente a la entrada occidental —indicó Valerius a través del sistema de comunicación.

Pelon condujo el carruaje por la grava del complejo. Los pies con garras de los hipocantos levantaban piedrecitas que rebotaban contra la parte inferior del pescante. Los hizo detenerse y, a continuación, los guio hacia adelante, paso a paso hasta que la puerta del carruaje estuvo al mismo nivel que la elevada plataforma de ladrillo que conducía a la columnata de entrada del Gran Conservatorio.

Muchas de las ventanas estaban abiertas a pesar de la tormenta. Pelon vio el característico resplandor de los escudos meteorológicos brillando en las ventanas abiertas. El sonido de música y conversación apenas podía oírse por encima de la lluvia. Pelon activó los frenos y lanzó las líneas de anclaje por encima de las jorobas de los hipocantos antes de revolverse en su asiento para descorrer el cerrojo de la puerta. Con un soplido neumático, la puerta se abrió. Pelon extrajo un gran toldo para la lluvia de debajo de su asiento y saltó a la pasarela a tiempo para que Valerius quedara a cubierto bajo el gigantesco paraguas.

—Parece ser que se está celebrando una fiesta en el interior —indicó Valerius mientras avanzaba por el camino empapado por la lluvia, con Pelon a su lado tratando de evitar que el toldo rojo y blanco hiciera las veces de vela hinchada al viento.

—Es el cumpleaños de vuestra sobrina, prefecto —le informó Pelon.

—¿Cuál de ellas?

—La más joven de Darius, Nisella —respondió Pelon.

—Ah, ella —asintió Valerius—. Una pequeña joven belleza.

—Ya no tan joven, prefecto —dijo Pelon. Llegaron a una corta escalera que

conducía a la entrada—. Ya tiene seis años. Ya es una mujer, no una niña.

—¿Cuánto es eso en años terranos? —preguntó el prefecto mientras subía la escalera—. No sé por qué insistes en utilizar el viejo calendario, Pelon.

«Porque nos ha servido perfectamente durante ochenta generaciones antes del sometimiento al Imperio», pensó Pelon, pero en vez de ello contestó otra cosa.

—Alrededor de diecisiete años terranos, prefecto.

—El tiempo transcurre muy rápidamente —comentó Valerius mientras pasaba bajo la arcada de cristal de la entrada.

Varios sirvientes con librea se hicieron cargo del paraguas de Pelon y secaron la humedad del uniforme de Valerius sin hacer ningún comentario. Se comportaban con la sencillez de movimientos de quienes han servido en la Cohorte, y los botones con forma de calavera de sus solapas así lo atestiguaban. No hicieron ninguna pregunta a los recién llegados, y silenciosamente se apartaron a un lado para dejar que los dos entraran. Que Valerius vistiera de fajín rojo de la élite theriana era prueba suficiente de su derecho a asistir a la función. Que un impostor llevara el rojo era por lo único que la pena capital se mantenía en Therion.

Pelon encabezó la marcha por las mullidas alfombras mientras la lluvia repiqueteaba en el tejado de cristal sobre sus cabezas. Más ayudantes esperaban en las puertas del conservatorio con bandejas doradas llenas de vasos de vino con formas en espiral. Pelon cogió una para su señor, pero el prefecto declinó la bebida con un gesto de la mano y entró. Pelon engulló el contenido del vaso de un trago y devolvió la copa a la bandeja con un guiño, ganándose una mirada reprobatoria de los sirvientes. El sirviente personal de Valerius no se preocupó en absoluto por su desaprobación. Un simple sirviente de la casa estaba muy por debajo del ayudante de un prefecto en la informal jerarquía de las clases de sirvientes.

Siguió a una distancia respetuosa por detrás de Valerius mientras el prefecto cruzaba el conservatorio. La fiesta se encontraba en su apogeo. Las mujeres, bellamente vestidas y con diademas enjoyadas, giraban y saludaban mientras bailaban con hombres que vestían sus mejores uniformes con cordones y brocados de oro; un torbellino de destellos de color y piedras preciosas. Los candelabros que colgaban de los soportes de hierro del conservatorio iluminaban con un pálido brillo azul, contribuyendo a la atmósfera irreal.

En un pequeño escenario lateral, un quinteto tocaba una tonada con flautas de caza y rintaros, al lento ritmo de la cual se movían los danzantes. Incluso aquellos que no estaban bailando parecían en cierta forma congregarse y separarse siguiendo el ritmo, dando pasos medidos con cada sonido agudo y cada acorde.

Valerius no se había acompasado a ese ritmo, ya que se dirigía presuroso hacia la escalera en espiral que conducía a la galería desde la que se dominaba toda la fiesta. El prefecto siguió chocando con la gente o esquivándola en el último momento, por

lo que su avance se convirtió en una serie de pasos vacilantes salpicados de inclinaciones de disculpa. Pelon acortó la distancia y ayudó a su señor, recogiendo sombreros desplazados, bastones y fundas caídas, y arreglando camisas y mangas de chaqueta descompuestas al paso de Valerius.

Un hombre corpulento con espesas patillas y pobladas cejas surgió de la multitud justo frente a Valerius. Llevaba un fajín rojo y negro sobre su uniforme azul, indicativo de que había servido en la Cohorte pero que ya no era un oficial. Puso una de sus grandes manos en el hombro de Valerius, lo que casi derribó al sorprendido prefecto.

—¡Marcus! —tronó el individuo, a quien Pelon reconoció como Raulius Tabalian, uno de los primos lejanos de la familia. Tenía la barriga y la papada mucho más prominentes que la última vez que Pelon lo había visto, de lo que hacía ya unos cinco años terranos.

—Lo siento, tengo que hablar urgentemente con mi padre —se disculpó Valerius, abriéndose paso.

Tabalian se volvió hacia uno de sus compañeros con el ceño fruncido.

—Os pido disculpas, maese Tabalian, pero mi señor tiene asuntos muy importantes que discutir con el cesar —dijo Pelon apresuradamente cuando llegó a la altura del hombre—. Estoy seguro de que el prefecto encontrará tiempo para que puedan ponerse al corriente muy pronto.

El avance de Valerius había provocado bastante agitación, propagándose desde el camino que había seguido como una fuerte oleada de distracción. Tabalian y varios otros lo siguieron hacia la escalera en espiral, aumentando la multitud a casi una docena de personas cuando el prefecto empezó a subir los gastados escalones de hierro. Pelon se abrió camino a través del grupo haciéndose notar lo menos posible mientras corría escaleras arriba para alcanzar a su señor.

Los dignatarios que gobernaban Therion estaban sentados en sofás desde los que se dominaba la planta principal del conservatorio, aún más magníficos en sus galas que los que había abajo. La banda acabó de tocar y la media docena de miembros de la familia de Valerius se levantaron para aplaudir educadamente.

—Mira, padre, ¡Marcus está aquí!

La exclamación procedía de una mujer un poco mayor que el prefecto, su hermana Miania. Todos los ojos se volvieron hacia él mientras subía hacia la balaustrada. Se colocó el casco bajo un brazo al presentarse con una breve inclinación.

—César —saludó el prefecto con los ojos fijos en el suelo cubierto de alfombras.

—Prefecto —respondió su padre con igual formalidad.

El César Valentinus Valerius era una de las personas más jóvenes que habían ostentado ese cargo, con sólo unos diecisiete años de edad; en los últimos años de la

cincuentena según se medía el tiempo en Terra. Era un poco más bajo y delgado que su hijo mayor, pulcramente afeitado y con un cabello rubio que empezaba a clarear recogido hacia atrás en un pequeño moño en la base del cráneo. Su uniforme estaba cubierto de medallas y condecoraciones, honores que había conseguido meritoriamente en la Cohorte Therion junto al Emperador y la Guardia del Cuervo.

El cesar extendió la mano como saludo. El pulgar y otros dos dedos habían sido sustituidos por potenciadores mecánicos. La oreja derecha también era prostética, y se mantenía de pie ligeramente inclinado sobre su pierna biónica. Marcus le tomó la mano y depositó sus labios brevemente en los nudillos de su padre antes de volver a ponerse firme.

—Bienvenido de nuevo a Therion, hijo mío —declaró el césar, abrazando con fuerza a Marcus.

—No lo acapares para ti solo —protestó Juliana, la esposa del césar. Apartó los brazos de su marido de su hijo y los reemplazó con los suyos propios, plantando al mismo tiempo un sonoro beso en la mejilla del prefecto.

—Tengo importantes nuevas —dijo Marcus, liberándose del abrazo de su madre.

Pelon miró por el balcón para comprobar que todos los asistentes a la fiesta estaban prestando atención a lo que sucedía entre los miembros de la familia gobernante: los vasos a medio camino de los labios y las conversaciones apagándose.

—Tómate algo, Marcus —le ofreció Antonius, el más joven de los dos hijos del césar. Parecía la versión más bella de su hermano mayor, excepto por la marca de una cicatriz causada por una bala en el lado derecho de la mandíbula—. ¿Por qué esas prisas?

—Sí, hijo, siéntate y cuéntanos qué ha sido de ti —dijo Juliana, cogiendo una copa de vino de una de las bandejas situadas sobre la balaustrada—. Ha pasado mucho tiempo.

—Horus se ha rebelado contra el Emperador.

Las abruptas palabras del prefecto se propagaron por todo el conservatorio, acallando las pocas conversaciones que todavía seguían. Desde la parte inferior llegó el ruido de metal y cristales rotos cuando un sirviente dejó caer su bandeja a causa del asombro.

—¿Qué has dicho? —exclamó el césar—. ¿Qué significa eso?

—Los Hijos de Horus son unos traidores —declaró Marcus. Cogió la copa de manos de su madre con dedos temblorosos y engulló el contenido. Cuando prosiguió, lo hizo con un susurro—. El señor de la guerra trata de derrocar al Emperador; muchas de las Legiones Astartes se han aliado con Lupercal. Va a producirse una guerra civil.

—Debe de ser un error —apuntó Juliana—. Tal vez alguien de su legión, pero Horus en persona…

—¿Qué ha pasado con la Guardia del Cuervo? —preguntó el césar.

—Esto no tiene sentido —intervino Antonius—. ¿Estás seguro?

—Sucedió en Isstvan —afirmó el prefecto con los músculos de la mandíbula tensos ante el recuerdo—. Yo vi lo que sucedió. Un puñado de gente y yo somos todo lo que queda de la Cohorte Therion. La Guardia del Cuervo sigue siendo leal. Lord Corax me envió aquí. Casi han sido aniquilados, y parece que los traidores acabaron el trabajo con los Salamandras y los Manos de Hierro.

El césar se dejó caer sobre su sofá, con la cara más blanca que la nieve y la boca abierta de muda sorpresa. Pelon oyó los murmullos en la planta principal y vio como algunos de los huéspedes se dirigían hacia las puertas. Con cautela, tiró del codo de la chaqueta de su señor.

—Prefecto, ¿puedo hacer una sugerencia?

—Cállate, Pelon —le espetó Marcus, dando un tirón con el brazo.

—Algunos de los invitados están marchándose —insistió Pelon, señalando al otro lado del conservatorio—. Los rumores, señor, pueden ser devastadores.

—Tu hombre tiene razón —afirmó Antonius. Se volvió hacia el césar—. Padre, si estas noticias se propagan de forma equivocada, pueden causar histeria y pánico.

El césar asintió, y su consejero en jefe, el tribuno Pellis, se levantó de su asiento en el otro extremo de la galería.

—Nadie puede marcharse todavía —declaró Valentinus—. Confiscad todos los aparatos de comunicación personales. No saldrá nadie hasta que hayamos hecho una proclama oficial. Eso incluye a los sirvientes. Que los veteranos se coloquen en todas las salidas. No quiero que nadie entre o salga hasta que yo ordene lo contrario.

Pellis asintió sin decir una palabra y se retiró. El césar ya estaba recuperándose del asombro y se puso en pie. Lanzó a Marcus una mirada preocupada y empezó a pasear dando círculos alrededor del sofá.

—Asumo que Corax te envió a reclutar una nueva cohorte —dijo, recibiendo un asentimiento por parte de su hijo—. La gente no será un problema, hemos estado rechazando voluntarios en los últimos dos años. Pero necesitaremos naves para reemplazar las bajas.

—En Natol Prime hay una flota —apuntó Antonius—. Son naves viejas, que están regresando con los regimientos de Natol, pero nos pueden servir bien si enviáis una nota al concilio.

—Sí, y podemos conseguir la ayuda del mundo forja en… Ah, ¿cómo se llama ese condenado lugar?

—Algunos del Mechanicum se han aliado con Horus —intervino Marcus antes de que la pregunta pudiera ser contestada—. Os referís a Beta Cornix, padre. Es mejor estar seguros de en qué bando están antes de acudir a ellos.

El cesar se detuvo de golpe y se quedó otra vez mudo durante un instante ante la

angustia que le creaban esas noticias, casi implorando con su expresión que su hijo se retractara de todo lo que había dicho. El malestar pasó en pocos segundos y el césar siguió dando vueltas.

—Eso hará que la adquisición de armas sea un problema —apuntó Valentinus.

—Las forjas de Kiavahr pueden suplir cualquier escasez —afirmó el prefecto.

—Bien, bien. Haré que Pellis inicie el reclutamiento a primera hora de la mañana. Podemos resolver los detalles una vez se hayan enviado las primeras órdenes. —El césar se detuvo y se cogió con las dos manos a la barandilla. Debajo, los sirvientes estaban conduciendo a los invitados hacia el edificio principal, acorralándolos como si fueran hipocantos. Un músico protestó ruidosamente mientras era sacado del escenario, moviendo su liragaita por encima de la cabeza como si de un estandarte regimental se tratara—. ¿Algo más que debamos decidir ahora?

—El comandante —dijo Juliana—. Tú no vas a abandonar Therion para ir a otra guerra, no en un momento como éste.

La expresión del césar se desinfló, decepcionado, mientras asentía. Sus labios temblaron durante un segundo o dos mientras consideraba el problema. Valentinus sonrió y miró nuevamente a Marcus.

—Bien, no es necesario mirar muy lejos, ¿verdad, hijo mío? —dijo el gobernante de Therion—. Tú conoces más de lo que está sucediendo que cualquiera de nosotros. Tú debes liderar la cohorte.

—Me siento honrado padre, pero sólo soy un prefecto —titubeó Marcus.

—Bobadas. Yo estoy al mando. Tú eres Vicecésar a partir de ahora. Con plena autoridad. Antonius te sustituirá como prefecto.

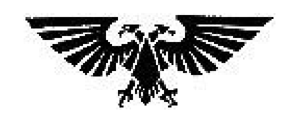
Marcus movió la cabeza con incredulidad, abriendo y cerrando la boca varias veces antes de recordar su posición. Hincó una rodilla en tierra, tomó la mano de su padre, y le besó los nudillos.

—Te serviré —proclamó, pronunciando el juramento de la cohorte—. Por el Emperador por encima de todos. Por Therion y la Iluminación.

Pelon contuvo una sonrisa. Ser sirviente de un prefecto era una cosa, ser ayudante de un Vicecésar era algo mucho más importante. Si tenía suerte, y no podía ver motivo alguno que no lo hiciera merecedor de ese poco de suerte, incluso podía llegar a ser nombrado subtribuno como reconocimiento a su estatus.

—Asegúrate de que la habitación de tu señor esté preparada —le dijo Juliana a Pelon—. Como no teníamos noticias de su llegada, no tengo ni idea de en qué estado se encuentra.

Haciendo una reverencia, Pelon se retiró. Incluso como subtribuno tendría que seguir doblando las sábanas. Lo confortaba pensar que había algunas cosas en su vida que ni siquiera la traición del señor de la guerra podía cambiar.



ONCE

EMPIEZA EL RENACIMIENTO
TRANSMISIÓN NO AUTORIZADA
SURGE LA DUDA

Los pitidos de las máquinas y el ruido de fondo de los conductos de energía despertaron una sensación de confort en Corax cuando entró en la sala estéril de las nuevas instalaciones de tecnología genética. Las centrifugadoras zumbaban y los servidores iban de una estación de trabajo a otra con muestras y pruebas. Vincente Sixx, despojado de su armadura, estaba sentado ante una estación con cinco pantallas, tablas de datos y grandes modelos helicoidales en los monitores.

En una larga mesa cubierta de placas de datos e instrumentos variados, Nexin Orlandriaz estudiaba minuciosamente una hoja transparente, repiqueteando distraídamente con los dedos de su mano libre contra un crisol vacío. Sixx miró por encima del hombro mientras Corax avanzaba por el suelo embaldosado. Orlandriaz estaba demasiado absorto en su trabajo como para darse cuenta de la llegada del primarca.

El golpeteo de los pies metálicos de los servidores rompía la paz, el ronroneo de una tosca impresora cobró vida cuando un analizador escupió sus últimos descubrimientos. Inspeccionándola más de cerca, la sala se mantenía en equilibrio en una tenue línea entre el orden y la anarquía. El área de Sixx estaba limpia, ordenada y compacta, mientras que los trabajos del mago se esparcían por diversos escritorios y se apilaban sobre carritos dejados aleatoriamente alrededor del atril del tecnosacerdote.

—Habéis informado de dificultades significativas —dijo Corax, deteniéndose para mirar las pantallas por encima del hombro de Sixx—. ¿Cuál es el problema?

—La compatibilidad —replicó Orlandriaz, emergiendo de su ensoñación, y sus pupilas enormemente dilatadas se encogieron para centrarse en Corax—. El Emperador hizo algo para hacer más eficiente el material primarca al crear la plantilla de las Legiones Astartes, pero las posibles permutaciones son demasiado numerosas para investigarlas. Mi análisis matemático sugiere que se necesitarían al menos cinco años de estudios constantes para acotar nuestras opciones a un número más manejable de experimentos físicos.

Corax miró a Sixx con las cejas levantadas.

—Tan sólo han pasado veinte días —dijo el primarca—. Un poco pronto para admitir la derrota, ¿no?

—El código genético primarca es mucho más complejo que la semilla genética estándar de la Guardia del Cuervo —le explicó el apotecario—. El Emperador tan sólo extrajo unos pocos elementos de los datos originales para crear la base de las Legiones Astartes, y aproximadamente una docena más de los datos de la Legio Custodes que recuperamos de la cripta en Terra. Para aislar la rápida maduración y el ritmo de clonación de las células que deseáis y añadirlo a nuestro propio código genético, tenemos que hacer ingeniería inversa a la semilla genética de la Guardia del Cuervo siguiendo la secuencia adecuada. Existen millones de secuencias que pueden ser aplicadas, incluso para una sola cadena primarca, y hay veinte códigos primarca únicos entre los que escoger.

—Tomemos ésta, la muestra cuatro, como indicador —dijo el genetor majoris—. Hemos logrado identificar al menos seis subcomplejos y cadenas proteínicas únicas pensadas para la durabilidad física, muy superiores a las encontradas en los otros. En la misma muestra, existe una escasez de ciertos genes potenciados que, según nuestras estimaciones, potencian la estructura citoarquitectónica responsable del desarrollo de las funciones nociceptoras y propriceptoras. La deficiencia parece que es deliberada. En el sujeto seis existe toda una serie de codificaciones genéticas derivadas de una fuente no humana, posiblemente canina. En el sujeto veinte, falta toda una serie de potenciadores del crecimiento. En resumen, hemos catalogado setecientas ochenta y tres variaciones entre las muestras. Esto deja al material común, la base, la esencia primarca a falta de un término mejor, como algo excepcional mente pequeño en comparación con lo que esperábamos.

—Ya veo —asintió Corax.

Sabía suficiente de manipulación genética para comprender el problema al que se estaban enfrentando, pero incluso sus extensos conocimientos biológicos eran insuficientes para proponer una solución. Miró a la pantalla durante algún tiempo, dejando que las imágenes en movimiento de diferentes cadenas helicoidales flotaran por su mente. Estudió las tablas de datos, absorbiendo la información sin leerla conscientemente, esperando que despertara algún recuerdo del Emperador.

Todo lo que podía recordar era tristeza.

Era una lucha para mantenerse motivado, repetir la investigación que había necesitado tantos siglos para perfeccionarse. Todo había sido barrido por… por ¿qué? Corax no podía recordarlo. Los recuerdos del Emperador eran nulos en ese tema. El primarca se concentró en lo que había sucedido después del período de la ignorancia.

Había esperanza en su corazón. Su ambición había sido depositada en quien no lo merecía. En vez de crear veinte guerreros sobrehumanos, podía crear miles, cientos de miles de la siguiente generación de soldados. Cada uno tendría una fracción del poder de los primarcas, eso era cierto, pero su número haría que compensaran las diferencias. Corax retuvo la imagen durante unos instantes, una imagen de fila tras fila de guerreros acorazados, con los puños y estandartes levantados a manera de saludo. Él iba a crear un ejército. Algo más que un ejército: una legión.

Con el intelecto impulsado por la imaginación, se puso a trabajar con ese nuevo objetivo en mente. No había necesidad de crear esa legión desde un único embrión cigótico. La humanidad constaba de billones de individuos tan sólo en Terra. A través de los pensamientos de Corax, el Emperador descartó cadenas de la información genética del primarca, consideradas redundantes a la luz de sus nuevos planes. Se centró en corregir todos sus descubrimientos del proyecto primarca, filtrando aquellas habilidades y rasgos característicos que tan sólo podían implantarse genéticamente durante la concepción, concentrándose en las cadenas transferibles y genéticamente implantables.

El primarca se aferró a estos recuerdos, ahondando más profundamente en ellos. Mientras lo hacía, Corax apartó a Sixx y se acercó la pantalla táctil. Dubitativamente al principio, empezó a teclear en la pantalla, trazando un camino a través de la masa de información codificada. Sus dedos fueron cobrando velocidad a medida que los recuerdos le llegaban cada vez con mayor rapidez. Con las yemas de los dedos volando por encima de la pantalla, Corax desenmarañó la complejidad de los genes de los primarcas, separando aquellas secuencias y proteínas descartadas por el Emperador, siguiendo los pasos de los recuerdos de su creador. Las cambiantes imágenes y tablas se desdibujaron a medida que el primarca continuaba aislando fragmentos genéticos y segmentos de duplicación celular, dejando algunos a un lado y moviendo otros hacia particiones separadas.

Durante cinco minutos trabajó a un ritmo acelerado, conectando recuerdos inconscientes con acciones conscientes. Orlandriaz se había colocado junto a él en algún momento y estaba mirando el flujo de información que aparecía en las pantallas, asintiendo con vehemencia mientras murmuraba para sí mismo.

Corax se detuvo, aspirando profundamente mientras se levantaba.

—Una obra maestra —susurró Orlandriaz.

—Tal vez si nos pudiera dedicar otros cinco minutos, mi señor, podríamos

resolver todo el problema —apuntó Sixx, sonriendo ampliamente.

—Si fuera así de sencillo… —replicó Corax. Él realmente no había hecho nada, simplemente lo había recordado. El Emperador jamás había tratado de crear lo que buscaba Corax, así que no tenía ninguna base de conocimiento que recordar—. Esto todavía os deja con setenta y dos muestras genéticas distintas para analizar.

—Un momento, por favor —dijo Orlandriaz, poniendo la mano sobre el brazo de Corax cuando el primarca se dio la vuelta. Corax miró hacia abajo, irritado por el contacto de los dedos del magos. Le pareció que los dedos del tecnosacerdote parecían hechos de bronce. Al darse cuenta de su error, Nexin apartó la mano e inclinó la cabeza pidiendo disculpas.

—Perdonad, lord Corax —se excusó el magos—. Mientras nos tomábamos un descanso en nuestros estudios analíticos, el apotecario jefe y yo nos enzarzamos en un debate que no tuvo solución. Me gustaría saber vuestra opinión sobre el tema.

—¿Qué debate? —preguntó Corax, lanzando una mirada a Sixx, que observaba con el ceño fruncido a su compañero.

—Es mi creencia que vuestros planes pueden avanzar un paso más —dijo el magos.

—Eso está fuera de toda discusión —protestó Sixx, haciendo un gesto cortante con la mano—. Va en contra de todos nuestros principios.

—¿De qué se trata? —quiso saber Corax.

—Parece ser que nuestra investigación podría ser más sencilla si concebimos el proyecto desde la generación celular inicial en vez de hacerlo para una hibridación con un organismo preexistente.

—Clonación —le espetó Sixx—. El magos piensa que deberíamos clonar nuevos guerreros desde cero en vez de modificar la semilla genética para ser implantada. Le he recordado que existen muchas más complicaciones asociadas a ese proceso, por no mencionar los problemas que puede crear en el futuro.

—Vuestros argumentos eran totalmente irracionales —protestó Orlandriaz, mirando enfurecido al apotecario Jefe—. Emotivos.

—Deben explorarse todas las posibilidades —dijo Corax y levantó una mano para acallar las protestas de Sixx. Un pensamiento fugaz del Emperador le había cruzado la mente, una consideración filosófica a la que había llegado su creador cuando los primarcas le habían sido arrebatados.

—Una vez dicho esto, la clonación directa debe ser considerada como última opción en el caso de no existir ninguna otra solución. Magos, hay buenas razones por las que el Emperador simplemente no clonó sus nuevas legiones a partir de una única célula base. Los legionarios resultantes habrían sido idénticos. Sin el proceso aleatorio de mutación presente en la amplia estructura genética humana no existe la posibilidad de variación. Las Legiones Astartes son buenas porque son muy

similares, pero no idénticas. Cualidades como el liderazgo, el intelecto y la aptitud para diferentes disciplinas nos permiten ser flexibles y cumplir muchas funciones distintas.

»Ni siquiera los primarcas fueron creados iguales en todos los aspectos. El Emperador comprendió la importancia de la variación. Y todavía hay una consideración más: las Legiones Astartes son guerreros humanos, diferenciados y superiores en muchas cosas, pero siempre criados entre aquellos que deben dirigir y proteger. Un legionario puede ser un neohumano, pero antes fue un humano. Un legionario es la encarnación del plan del Emperador, un símbolo perfecto y un ejemplo al que debe aspirar la humanidad, no un mero instrumento para la guerra. Es la humanidad lo que el Emperador lidera en la conquista de la galaxia, no una nueva especie hecha a medida en un laboratorio.

—Gracias, mi señor —dijo Sixx, echando una mirada de soslayo a Orlandriaz—. Mucho más elocuente de lo que jamás hubiera podido expresar.

—Comprendo vuestra posición y vuestro razonamiento —afirmó el magos—. Seguiré vuestras indicaciones.

—Haced que funcione —los alentó Corax—. Ese símbolo perfecto ha sido mancillado por Horus. Quiero que vuelva a resplandecer de nuevo.

El ambiente en el hangar de atraque cambió cuando el primarca hizo su aparición, seguido a pocos pasos por el comandante Branne. Navar Hef notó como crecía la tensión y reaccionó poniéndose un poco más firme, sacando pecho un poco más. Tan sólo era la segunda vez que veía al primarca en persona. La primera había sido durante su aceptación como recluta de la Guardia del Cuervo. Ahora Corax estaba aquí, tan sólo ocho días después de su regreso a Deliverance, dispuesto a inspeccionar la nueva generación de reclutas. Los ojos de Navar siguieron al primarca mientras caminaba por la galería en el otro extremo de la sala, igual que lo hicieron otros doscientos noventa y nueve pares de ojos. Era el testimonio de la meticulosidad del primarca que se estuviera tomando el tiempo de hacer eso, cuando debía de tener otros asuntos apremiantes que resolver.

Los trescientos novicios se cuadraron a la orden, un bloque de jóvenes con vestidos negros y cuerpos esbeltos, cabello rapado y ojos ansiosos. Navar sintió la oleada de orgullo que recorrió el grupo cuando Corax asintió con la cabeza reconociendo a los reclutas reunidos. Un gesto simple y fácil para el primarca, pero que decía mucho de un respeto que no podía ser igualado por ningún otro individuo, excepto por el Emperador en persona, si éste hubiera venido a verlos.

Las órdenes de la compañía de reclutas de empaquetar todas sus posesiones y reunirse en la Terminal Centrus de la Torre del Cuervo habían desatado una oleada de especulaciones en los bloques de los novicios iniciados adyacentes a la gran torre.

Navar, al igual que muchos de ellos, era de los que tenían la opinión de que iban a ser embarcados directamente hacia los combates. Había oído, desafortunadamente de relatos de segunda mano, las cuantiosas bajas sufridas por la legión en Isstvan V, y sabía que Corax no se tomaría esa derrota a la ligera. Algunos decían que iban a ser evacuados a Terra, que Deliverance estaba bajo amenaza directa y que toda la legión estaba retirándose. Navar había hablado en contra de esta tontería. La Guardia del Cuervo defendería su mundo natal hasta el último hombre, de eso estaba seguro.

Había algunos que afirmaban que las historias que circulaban acerca de la traición de Horus eran simplemente una prueba a su determinación, rumores hechos circular por el primarca para saber quién tenía la suficiente fortaleza para ser un auténtico legionario. Algunos, un pequeño grupo de aburridos en opinión de Navar, reconocían que tras el lapso de tiempo posterior a la partida de Branne se iba a implementar el procedimiento normal, y que simplemente se iban a dirigir al siguiente paso de su entrenamiento. Navar tampoco hacía caso de estas afirmaciones; él sabía que era un guerrero capaz y físicamente superior a la mayoría de jóvenes de Deliverance, pero al tener sólo diez años terranos él y muchos otros eran simplemente demasiado jóvenes para empezar el proceso de potenciación.

Que Corax se hubiera dignado a dirigirse a ellos personalmente se sumaba a la convicción de Navar de que iba a suceder algo extraordinario. Sus errantes pensamientos se desvanecieron en cuanto el primarca habló. La voz de Corax sonó tranquila pero firme, llena de convicción y autoridad. Era imposible no escuchar, y Navar rápidamente olvidó todos los rumores y chismorreos, atraído por el irresistible tono del primarca.

—Habéis demostrado que sois ejemplares, los mejores y más brillantes que la humanidad puede ofrecer —empezó Corax—. Cada generación de la Guardia del Cuervo debe ser loada y festejada como portadores de las tradiciones de la legión y como futuros guerreros del Emperador. Los que hoy os habéis reunido aquí seréis más que eso. Vais a encarnar la Guardia del Cuervo y los ideales de Deliverance como ninguno otro antes que vosotros. Dentro de poco vais a ser legionarios, y debéis sentiros orgullosos de ello. Pero también debéis reconciliaros a vosotros mismos con la carga que ninguna generación anterior ha tenido que soportar.

Corax se inclinó sobre la barandilla de metal e inclinó la cabeza durante un momento, con los ojos cerrados. Cuando los abrió, Navar se vio engullido por su oscuridad. Su temor se evaporó, siendo reemplazado por el terror mientras Corax proseguía.

—Mucho de lo que habéis oído en los últimos días es cierto. El señor de la guerra, Horus Lupercal, es un traidor al Emperador. La Guardia del Cuervo ha sufrido grandes bajas a causa de su traición y nuestras fuerzas se han visto comprometidas. Vosotros seréis los primeros legionarios que nos conducirán de regreso al camino de

la recuperación, la primera generación que luchará por devolvernos la gloria. Vuestra consagración tendrá lugar en unos tiempos más problemáticos que los de cualquier otra en la orgullosa historia de la Legión. Vais a ser puestos a prueba, físicamente y en vuestros corazones, como ningún otro legionario antes que vosotros.

El humor del primarca se iluminó, y pareció que toda la sala se aliviara como reflejo de ello.

—Endureced el corazón para no desfallecer. Vuestra dedicación y coraje no flaquearán. Como novicios habéis demostrado que sois dignos de llevar los colores de la Guardia del Cuervo. Los ignorantes os mirarán y verán caras nuevas y corazones jóvenes, pero no verán lo que yo veo. Yo veo el mismo valor y orgullo en vosotros que el que he visto en los ojos de los hombres y mujeres jóvenes que lucharon junto a mí para liberar Deliverance. Es su ejemplo el que debéis seguir, y su ejemplo el que superaréis. Si no me creéis, preguntad al viejo Branne, aquí presente. ¡Recuerdo cuando no era más que un bebé llorando por la teta de su madre!

Navar rio junto a los demás, divertido y no poco preocupado ante la idea de que el canoso comandante había sido en un pasado remoto un niño. Las risas se acallaron cuando la expresión de Corax se volvió, una vez más, sombría.

—Las pruebas empiezan ahora. Vuestra paciencia, resistencia y confianza serán duramente puestas a prueba por lo que estáis a punto de iniciar, pero no son nada más que prácticas para las tribulaciones que os esperan más adelante en el camino. Actuaréis como miembros de la Guardia del Cuervo. Resistiréis y os haréis más fuertes. —Corax levantó el puño por encima de la cabeza—. Os saludo, reclutas de la Guardia del Cuervo. Vuestros transportes os esperan. Dejaréis la Torre del Cuervo como novicios, ¡pero regresaréis como guerreros de las Legiones Astartes!

—¡Por el Emperador y la legión! —aulló Branne, imitando el saludo de su señor.

—¡Por el Emperador y la legión! —gritó Navar junto con los demás, levantando el puño tan alto como pudo, luchando por hacer que su voz fuera como el rugido de un adulto.

Había un tiempo para la sutileza y un tiempo para la violencia. Desde que había llegado a Kiavahr, Omegon había practicado exclusivamente la primera, pero sintió un sentimiento de liberación, casi de alegría, cuando la cabeza del centinela reventó bajo la presión sus dedos. Limpiándose fragmentos de cráneo y pegajosa materia cerebral de los guanteletes, Omegon pasó por encima del inanimado cuerpo mientras Rufan y Alias se detenían a recoger el cadáver. Los dos legionarios alfa tiraron descuidadamente los restos a un pozo químico cercano. Los fluidos tóxicos burbujearon mientras se hundía el cuerpo, liberando pequeñas nubes de metano en el aire.

Con los dedos manchados de sangre, Omegon dobló las barras que impedían la

entrada a las cloacas. El corroído acero se convirtió en copos en sus manos. Poniéndose de lado, el primarca deslizó su voluminoso cuerpo hacia el canal que había debajo. La alcantarilla apenas era lo suficientemente grande para su corpulencia. Un pequeño residuo de fluido legamoso rezumaba por el fondo del túnel de rococemento, hediondo pero inocuo para su fisiología potenciada.

Cuando entraron, la luz rojiza del exterior se amortiguó. Omegon activó entonces la de su armadura. Dos conos amarillos surgieron de los poderosos emisores fijados junto a su lente ocular. Con el ruido de sus pisadas amortiguado por unas cubiertas de goma, los tres guerreros de la Legión Alfa avanzaron cuarenta metros por la ligera pendiente hasta llegar a otro hueco cerrado. La barrera no supuso un obstáculo mayor que la primera, y pocos segundos después Omegon atravesaba la brecha hacia la estancia que había al otro lado.

El techo de la sala hexagonal era un poco más alto de lo que el primarca podía alcanzar con la punta de los dedos, y el suelo aparecía cubierto de una fina capa de fluidos químicos alimentados por las válvulas que había en cada pared. Mirando hacia arriba, Omegon vio complacido que la información de Armand Eloqi era correcta: una compuerta de acceso circular en el centro del techo. El edificio había pertenecido antaño al gremio de Eloqi, y ahora había sido convertido en el centro de comunicaciones del Mechanicum.

Alias y Rufan levantaron a Omegon para que pudiera alcanzar la oxidada rueda de apertura. Tras una pequeña resistencia inicial, giró fácilmente en manos del primarca. Un ruido metálico indicó la apertura de la cerradura. Omegon empujó la escotilla, se cogió los bordes a la abertura y se propulsó hacia arriba, rozando con sus hombros el perímetro del agujero. En cuclillas, Omegon miró a su alrededor y se encaminó en la dirección que Eloqi le había indicado, mientras los otros dos se introducían por sus medios en la abertura.

—Cortador —dijo Omegon, tendiendo la mano por detrás de él.

Rufan tomó la herramienta de su cinturón y la colocó en la mano de Omegon. Se parecía a una pistola con la boca un poco curva y dos depósitos de gas donde hubiera estado el cargador. Tras abrir la válvula, Omegon presionó el gatillo y una llama al rojo blanco emergió por la boca. Dirigiéndola a la parte superior, el primarca giró sobre sí mismo, trazando un círculo casi completo en el techo metálico que tenía por encima de la cabeza. Al acabar, apagó el cortador y se lo devolvió a Rufan.

Retrocediendo unos pasos para ganar espacio, Omegon se apoyó sobre la espalda y empujó con las piernas hacia arriba. El irregular círculo de metal se desprendió y aterrizó con un gran estrépito en el suelo de la sala. Con suficiente sitio para permanecer de pie, Omegon examinó la pequeña alcoba en la que había penetrado. Los cables que se entrecruzaban entre sí procedentes de docenas de circuitos y conmutadores formaban una especie de nido. Tras unos pocos segundos ya había

analizado su disposición y creado un esquema en su mente. No existía ningún sistema de comunicaciones al que no pudiera acceder, y ése era tosco incluso para los estándares del Mechanicum.

Abriendo un comportamiento de su avambrazo derecho, Omegon saco varios cables y los conectó a las clavijas adecuadas en los paneles conmutadores que había a su alrededor. Activó su sistema de comunicaciones y escaneó rápidamente las frecuencias que lo rodeaban hasta encontrar la señal que estaba buscando. Un insistente pitido se hizo más fuerte en su oído mientras seleccionaba frecuencias a derecha e izquierda corrigiendo las conexiones para conseguir afinar la señal. En el tejado, las antenas debían de estar girando sobre sus ejes, alineándose con Deliverance.

—Código Effrit, hidra-siete-omega —carraspeó una voz artificial. El primarca sonrió al cerrar el receptor. Las palabras que había oído confirmaban lo que esperaba. Al menos uno de sus legionarios había logrado infiltrarse en la Guardia del Cuervo.

—Acceso criptoconducto, *therugaili ta nurum* —dijo Omegon. Las palabras eran sílabas en clave sin significado conocidas tan sólo por los primarcas gemelos—. *Gaion sackrit kess.*

A eso siguieron unos pocos segundos de estática mientras se establecía la conexión con el pequeño satélite oculto que Omegon había dejado en órbita por encima de Deliverance. No era más grande que un puño, apenas un trozo de basura espacial, pero su sistema de criptoconducción era capaz de captar, decodificar y grabar cualquier señal en un estrecho margen de frecuencias conocidas tan sólo por la Legión Alfa. Era capaz de implantar mensajes en el criptoconducto, para que fueran accesibles a otros. Era el intermediario perfecto, asegurando que tanto quien transmitía como quien recibía fueran anónimos, y como se podía acceder a él desde cualquier lugar a varios cientos de miles de kilómetros de distancia, sus localizaciones permanecerían en el anonimato.

«Lord Effrit, aquí Alpharius —decía el mensaje. Omegon sonrió nuevamente. Era una presunción, tal vez, pero nunca dejaba de divertirlo—. Infiltración realizada con éxito. Objetivo identificado como información genética primarca. Localizada en la Guarida del Cuervo. Espero instrucciones».

La transmisión finalizó. Omegon había esperado muchas cosas, pero no eso. ¿Corax tenía acceso al proyecto primarca? Las implicaciones eran obvias, tanto los riesgos como los beneficios del plan actual. Por un instante, Omegon consideró la posibilidad de cambiar su objetivo. Si la Guardia del Cuervo era capaz de reconstruir su legión en base a este conocimiento, la rápida victoria de Horus y la destrucción final del Aniquilador Primordial se verían en peligro. La actuación más prudente sería destruir esa tecnología antes de que sus secretos fueran descubiertos por Corax.

A pesar de ello, Omegon no estaba totalmente convencido de seguir ese curso de

acción. El peligro que representaba no era más que un peso en un lado de la balanza. En el otro lado había que poner las ventajas de recuperar esa tecnología para la Legión Alfa. Omegon no dudaba de que Corax tenía muchas posibilidades de abrir los secretos de la semilla genética de los primarcas, sin duda alguna más posibilidades que la Legión Alfa, incluso con la ayuda de la Orden del Dragón.

De momento era mejor dejar que la Guardia del Cuervo prosiguiera con sus investigaciones. Cuando hubieran descubierto algo de valor, el secreto podría ser robado y la Guardia del Cuervo destruida. Si el descubrimiento era de la magnitud que Omegon imaginaba, sería el albor de un nuevo inicio para la Legión Alfa. Poseer los secretos de los primarcas era un premio que bien valía correr algunos riesgos.

Como en todo lo que la Legión Alfa hacía, siempre había alguna meta que podía adelantarse, algún objetivo adicional que podía alcanzarse. En el caso de la Guardia del Cuervo, Omegon y Alpharius habían decidido que primero arrebatarían a la legión la tecnología obtenida en Terra, y después la Guardia del Cuervo sería destruida, manteniendo toda la operación cuidadosamente oculta tanto del Emperador como de Horus. Kiavahr entregaría su lealtad a Horus, y finalmente la Guardia del Cuervo viviría nuevamente, con guerreros de la Legión Alfa ocupando el lugar de la legión aniquilada. La idea del alcance de la confusión y la destrucción que podían desatarse cuando Omegon hubiera alcanzado estos tres objetivos hizo que se tomara una pausa y sonriera ladinamente.

Ajustó su conexión con el dispositivo cambiando a transmisión.

—Código Effrit, omega-siete-hidra —dijo—. Eres Contacto Uno. Subcanal asignado alfa-tres. Pronto recibirás órdenes.

Al cortar la conexión, Omegon se dio cuenta de algo que no había esperado. Comprobó sus descubrimientos y verificó que su instinto inicial había sido correcto. La señal enviada al criptoconductor se había enviado a través de una fuente triplemente segura de la Guardia del Cuervo.

Que le llegara desde la Torre del Cuervo no era una sorpresa. Que estuviera en el canal de mayor nivel de mando, sí.

—Me gustaría que hubiera algún tipo de aislamiento del ruido aquí abajo —dijo Sixx, caminando entre las jaulas que se habían construido en el vestíbulo occidental. Una cacofonía de aullidos, gruñidos, gemidos y chillidos alertaba de su avance a lo largo del corredor—. Me preocupa que los reclutas puedan oír todo este jaleo.

—Estoy seguro de que podría conseguir algún tipo de campo amortiguador sónico de mis compañeros magi —respondió Orlandriaz, caminando junto al apotecario.

—Eso está fuera de toda cuestión —replicó Sixx—. El primarca fue claro en sus instrucciones: ningún contacto con el Mechanicum de Kiavahr. Incluso nuestra presencia aquí puede sugerir algo sobre en qué estamos trabajando. Debe permanecer

en secreto.

—Un grave error, estoy seguro —declaró el tecnosacerdote—. Aparte de la tecnología que recuperamos en Terra, las instalaciones que tenemos aquí son excepcionalmente austeras.

—¿Piensas que los recursos de la Guardia del Cuervo son limitados? —Sixx lo miró con incredulidad, casi deteniendo su avance—. ¿Te das cuenta de que hemos estado implantando semillas genéticas en reclutas durante décadas?

—Sí, y los sistemas que utilizáis no han avanzado ni un ápice durante todo este tiempo —respondió Orlandriaz—. Incluso sin la información primarca, estoy seguro de que habría podido aumentar vuestra productividad en un diez, tal vez en un quince por ciento.

—No somos un manufactorum, Nexim. La creación de legionarios no es un proceso de línea de producción.

—Lo será, cuando hayamos completado nuestra misión.

La respuesta del apotecario jefe fue acallada cuando la puerta del otro extremo del corredor se abrió dejando paso al comandante Agapito. Su expresión era todo lo que Sixx necesitaba para saber que sus últimos informes a Corax no habían sido bien recibidos.

El comandante de las Garras avanzó por el pasillo con las botas resonando ruidosamente. Bufidos y gruñidos surgieron de las jaulas más cercanas.

—No tiene que decir nada, comandante —dijo Sixx cuando estuvo junto a Agapito—. Lord Corax desea resultados más esperanzadores, ¿no?

—Espero que tengas al menos una pequeña historia de éxitos que pueda contarle —asintió Agapito. Miró a la jaula de la izquierda y movió la cabeza disgustado con lo que vio en ella—. Muestra mucho interés… No, eso realmente no define su humor. Es categórico en que prosigáis más allá de estas inútiles pruebas y empecéis a trabajar en perfeccionar la fórmula para los reclutas.

—¿Inútiles? —Orlandriaz apretó el puño y sus labios temblaron de irritación—. Estoy seguro de que el primarca estaría mucho más enfadado si hubiéramos convertido el primer grupo de legionarios en esto…

Movió la mano para abarcar la larga fila de jaulas. Detrás de los barrotes, cosas mamíferas y reptilianas se agachaban y caminaban. Algunas eran inidentificables, poco más que un maullante conglomerado de carne distorsionada. La mayoría sufrían deformaciones a causa de unos músculos sobredimensionados, otros habían desarrollado placas óseas que perforaban sus escamas o pieles. Varios tenían extremidades adicionales, ojos extras, fauces más desarrolladas de lo normal o espinas bífidas.

Un ratón de piel verde del tamaño de un perro se lanzó contra los barrotes de una jaula, y sus garras se abrieron y se cerraron de forma espasmódica y unos colmillos

surgieron de su mandíbula inferior. En otra jaula, una serpiente de dos cabezas, de varios metros de longitud, estaba amenazadoramente enrollada, y tenía la cola acabada en una serrada púa. En cada jaula, monstruosidades deformes observaban y chasqueaban las mandíbulas, mirando a los legionarios y al tecnosacerdote con intenciones depredadoras.

—Corax piensa que es un error utilizar animales —insistió Agapito—. No está insinuando que introduzcáis la nueva semilla genética directamente en los reclutas, y Branne sin duda no lo permitiría, pero, por otro lado, introducir el material genético primarca en huéspedes no humanos está condenado al fracaso.

—Entonces estamos atados de manos —declaró Sixx—. ¿Cómo vamos a poder asegurar que la nueva semilla genética funciona si no podemos probarla en huéspedes orgánicos? Nuestros modelos de datos no pueden llegar a tanto.

—Ése no es mi problema sino el vuestro.

—Tendremos que regresar al análisis de las células base —sugirió Orlandriaz con los ojos fijos en un lagarto gigantesco con apéndices óseos sobresaliendo de su columna—. Sin duda podremos erradicar la mayor parte de reacciones anómalas.

—Pero no su impacto en el cerebro o los efectos secundarios en el temperamento —replicó Sixx.

—La agresividad no es necesariamente algo malo en un legionario —apuntó Orlandriaz.

—Y obtendremos la ferocidad sin sentido de los Devoradores de Mundos —replicó el apotecario—. Necesitamos guerreros disciplinados y eficientes.

—¿Qué debo decirle a lord Corax? —preguntó Agapito—. Está esperando que regrese con noticias de algún progreso y un plan firme para resolver cualquier problema.

Sixx y Orlandriaz se miraron entre ellos. El apotecario suspiró y asintió.

—Vamos a sacrificar a estas abominaciones y estudiar la degeneración celular —declaró Sixx—. Eso nos dará nuevos datos para incorporar en los modelos.

—Reiniciaremos los experimentos de las células base con una semilla genética modificada —añadió Orlandriaz.

—¿Cuánto tiempo? —quiso saber Agapito—. Comprendo que debéis hacer esto bien, y os apoyaré en todo lo que pueda, pero es comprensible que el primarca se esté impacientando. Cada día que pasa es un día más del que dispone Horus para lanzar un ataque contra Terra.

—Cuando tengamos éxito, el tiempo no será un problema —le aseguró Orlandriaz. Señaló a las criaturas en las jaulas situadas al otro extremo del corredor—. Esos son los resultados de nuestra implantación desde que redactamos el último informe. Introducimos la plantilla genética en crías para calcular el tiempo necesario para la maduración total de la semilla genética.

Los animales de esas jaulas eran totalmente adultos, y algunos de ellos mostraban mutaciones, pero unos pocos parecían ser especímenes normales, muy grandes para su especie, pero normales por lo demás. Agapito negó con la cabeza, confuso y asombrado.

—Vuestro informe fue enviado hace tan sólo cuarenta horas —dijo el comandante.

—Treinta y siete punto tres horas, para ser exacto —precisó Orlandriaz, sonriendo ligeramente—. Dado el periodo más largo de maduración de un humano varón promedio, estimo que todo el proceso, una vez perfeccionado, tardará entre setenta y ochenta horas terranas.

Agapito meneó nuevamente la cabeza, esta vez con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eso es magnífico. ¿Ochenta horas para convertir un niño en un legionario? Bueno, al menos en cuerpo.

—No sólo fisiológicamente, comandante —continuó Sixx, volviéndose más entusiasta por momentos—. Nuestros reclutas saldrán del proceso con unas aptitudes mentales y físicas mucho mayores de lo visto hasta ahora. También podrán aprender muy rápidamente. Un pequeño regalo del material primarca. Nuestros nuevos legionarios serán de primera y preparados para lo que sea.

—Eso son unas noticias magníficas —dijo Agapito—. Para comunicárselas a Corax, evidentemente. Tomaos el tiempo que necesitéis para completar la semilla genética. No hay motivo para proseguir si no es con una muestra totalmente perfecta. Espero tener noticia de vuestros éxitos lo antes posible. Si lo que el primarca dice sobre ampliar la base de reclutamiento es cierto, podríamos disponer de un casi ilimitado número de legionarios. Informaré a lord Corax de vuestros descubrimientos.

—Sí, comandante —asintió Orlandriaz. Agapito y Sixx intercambiaron saludos de respeto antes que el comandante se alejara a grandes zancadas.

Ni el apotecario ni el tecnosacerdote dijeron nada hasta que la puerta del extremo del corredor se cerró detrás de Agapito.

—Me complace ver que el comandante parece tan entusiasta —comentó Orlandriaz—. Su hermano habría sido mucho más reticente en aprobar nuestro proyecto.

—Siempre había sido uno de los tradicionalistas más firmes de la legión —apuntó Sixx distraídamente, con la mirada fija todavía en la puerta cerrada—. Él y Branne eran unos cabezotas sobre su herencia de Deliverance, martilleándonos a mí y al resto de reclutas desde el primer día que fuimos considerados novicios. Supongo que perder tantos guerreros en Isstvan ha cambiado su idea acerca de ser tan selectivos.

—Me temo que puede sobrevalorar nuestros progresos ante tu primarca —dijo Orlandriaz—. Debemos continuar nuestros estudios con mayor presteza.

—Estoy de acuerdo —asintió Sixx—. Si no podemos producir algo tangible

pronto, lord Corax se volverá más impaciente. Nunca lo he considerado muy osado, pero está absolutamente determinado a iniciar la reconstrucción.

—La adversidad muchas veces es origen de la desesperación —afirmó Orlandriaz.

—¡No siempre! —le espetó Sixx, volviéndose hacia el tecnosacerdote y recordando las palabras que había pronunciado su primarca durante la larga retirada desde la masacre en el punto de desembarco—. Somos la Guardia del Cuervo. Deliverance nació gracias a nuestra determinación y perseverancia. Atacad, retiraos y atacad de nuevo. Ese es nuestro credo, la sangre vital de la legión. La Guardia del Cuervo no se desespera cuando las circunstancias no nos favorecen. Nos volvemos más peligrosos.

El golpeteo de los pies desnudos en el ferrocemento pintado de negro trajo recuerdos a Alpharius mientras estaba de pie observando a los reclutas corriendo por la sala principal. Sabía que los recuerdos no eran suyos, ya que ésos habían sido eliminados por los bibliotecarios de la Legión Alfa, pero eran igualmente muy vividos, llegándole como breves atisbos: escenas que permanecían unos pocos segundos. Su entrenamiento había tenido lugar en la Torre del Cuervo en vez de aquí abajo, en Kiavahr, pero había llevado a cabo los mismos entrenamientos que los jóvenes que lo rodeaban.

—¡Preparad las armas! —ladró Branne desde el área elevada que había en un extremo de la cámara abovedada—. Formad para las prácticas de tiro.

Los reclutas se dirigieron hacia las cajas en el centro de la sala y tomaron los sencillos rifles automáticos que había en su interior. Eran armas de entrenamiento con un peso y un tamaño equivalentes al de un bólter para un legionario completo; sin las mejoras de la semilla genética, incluso un adulto bien desarrollado no podía entrenarse con un auténtico bólter de las Legiones Astartes. El chasquido de los cargadores al ser colocados en su lugar se unió al ruido de los pasos.

En grupos de cinco, los reclutas se alinearon frente a la posición de Branne. Éste indicó a la primera escuadra que avanzara. Jadeando, los jóvenes con la cara enrojecida levantaron sus armas hasta los hombros, apuntaron a las placas de ceramita situadas en el otro extremo, y dispararon. El traqueteo de los disparos y el tintineo de los casquillos gastados llenaron la estancia.

Tras disparar durante unos segundos, el primer grupo se apartó y la segunda escuadra ocupó su posición. Uno de los reclutas estaba peleándose con el cargador de su arma y se aproximó a Alpharius.

—No puedo lograr que lo expulse, sargento —dijo el chico con la cara contorsionada por la frustración. Levantó la mirada hacia Alpharius. Los ojos del novicio apenas llegaban a la altura de la parte inferior de la placa pectoral del

legionario—. ¡Se ha quedado atascado!

—Cálmate y prueba de nuevo —le recomendó Alpharius—. ¿Cuál es tu nombre, novicio?

—Hef, sargento —respondió el recluta. Volvió a intentar accionar la palanca de liberación, pero sus sudorosas manos resbalaron por encima del pulido metal del rifle —. Navar Hef.

—Déjame ver —dijo Alpharius, levantando la mano. Cogió el rifle, lo examinó rápidamente y se lo devolvió a Hef—. El último proyectil no ha sido correctamente expulsado de la cámara. Mira.

El novicio examinó el rifle con cara avergonzada. Expulsó manualmente el casquillo gastado y a continuación sacó el cargador.

—Diez vueltas de castigo —dijo Alpharius—. Paso de batalla. ¡Muévete!

Hef cogió adecuadamente el rifle y se dirigió al extremo de la sala. El sudor brillaba en su afeitado cuero cabelludo. Alpharius podía oír como contaba el ritmo de sus pasos entre respiraciones jadeantes. Había inocencia y dedicación en él. Hef era un buen recluta.

Era una lástima que fuera a morir junto con el resto de la Guardia del Cuervo.

Alpharius se sintió incómodo con la idea. De hecho, más que incómodo. No estaba seguro de cómo definiría la emoción que hacía que le doliera ligeramente el pecho al observar a los novicios continuar sus prácticas de tiro. ¿Culpabilidad, quizá? Sin duda alguna no era una sensación que hubiera sentido anteriormente, y al legionario alfa no le gustaba en absoluto. Se aclaró la garganta, agitado, y lanzó una reprimenda a un par de reclutas que se habían puesto en cuclillas al final de la línea. Se pusieron rápidamente de pie ante sus gritos.

Parecía un desperdicio. Corax y los comandantes superiores jamás se unirían a la Legión Alfa, pero esos novicios eran unos jóvenes magníficos. Sus muertes parecían un poco innecesarias.

Alpharius no estaba seguro de dónde procedían esas dudas. Le echaba la culpa a los falsos recuerdos. Se habían ido incrementando en los últimos días. Podía recordar perfectamente la primera vez que se había dirigido a la Guarida del Cuervo en el desierto atómico, aunque no recordaba nada de lo que había sucedido después de dejar las instalaciones blindadas. Los nombres de compañeros legionarios lo perseguían, guerreros de la Guardia del Cuervo que habían caído en Isstvan. Sus compañeros legionarios se referían a ellos algunas veces, y entonces le sobrevenía el destello de una cara, o sonreía instintivamente ante un chiste medio recordado, o revivía brevemente un momento la batalla junto al guerrero caído.

Tenía que concentrarse. No era un legionario de la Guardia del Cuervo, era un guerrero de la Legión Alfa. Su primarca no era Corax, sus juramentos se los había hecho a Alpharius y a Omegon. En su sabiduría, los dos primarcas habían decidido

apoyar la rebelión de Horus, y él debía creer que era por una buena razón. La caída de la Guardia del Cuervo, la obtención de la tecnología genética, serviría a un propósito mayor.

Aferrándose a ese pensamiento, Alpharius reprimió los recuerdos que burbujeaban en las profundidades de su alterada mente. «Yo soy Alpharius —se dijo a sí mismo—. Soy Alpharius».

Branne descendió por la rampa de su Stormbird y se sorprendió al ver a la controladora Ephrenia esperándolo en el hangar de atraque. Sostenía una placa de datos, que le pasó al comandante sin mediar palabra alguna mientras caminaban hacia las compuertas del hangar. Con tanta gente perdida en Isstvan, tanto legionarios como humanos normales, la controladora había sido promocionada de oficial del estrategium a bordo de la *Vengadora* al centro de mando en lo alto de la Torre del Cuervo.

—¿Qué estoy mirando? —quiso saber Branne—. He regresado en respuesta a una llamada del primarca.

—Datos de transmisiones, comandante —respondió Ephrenia. Tomo un instante la placa, dio un par de golpes en la pantalla, y se la devolvió a Branne—. Siguiendo sus órdenes, hemos realizado un estudio de todos los archivos de comunicaciones a los que el capellán de los Portadores de la Palabra tuvo acceso, tanto desde Deliverance como a través de la red de Kiavahr. Hemos detectado varias transmisiones anómalas.

—¿Anómalas? —inquirió Branne. Los pistones resollaron cuando las grandes puertas del hangar se abrieron frente a él. Se detuvo para mirar a la controladora—. Sé más específica.

—Canales y frecuencias que no pertenecen ni al Mechanicum ni a la legión.

—En realidad, eso no es tan sorprendente —dijo Branne, volviendo a ponerse en marcha—. Existen muchas naves comerciales, naves del Ejército Imperial y otras naves no afiliadas en el sistema.

—Esas transmisiones tienen la firma de las Legiones Astartes, comandante —replicó pacientemente Ephrenia.

Branne se detuvo nuevamente y estudió la placa de forma más detallada. La controladora estaba en lo cierto: el cifrado y la modulación de las ondas de las transmisiones grabadas pertenecían a las Legiones Astartes.

—Todo es tráfico instantáneo, comandante —prosiguió Ephrenia—. Comprimido, en mi opinión.

—Espera, reconozco este código transpondedor —indicó Branne, subrayando una de las entradas con un dedo.

—Sí, mi comandante, es un cifrado de acceso a la Torre del Cuervo —asintió la

controladora. Su voz fue mucho más queda al proseguir—. He venido directamente a verlo por ese motivo. Es el canal de comunicaciones del comandante Agapito.

—Ya veo —murmuró Branne. Esa información lo perturbaba, pero estaba seguro de que su hermano podría proporcionar una explicación plausible acerca de ello. Pero eso no explicaba el misterio de las otras transmisiones—. ¿Y qué sucede con las demás?

—Algunas son antiguas frecuencias de transmisión de la seguridad de Lycaeus, y dos son de las extintas redes gremiales, comandante. Imposible trazar un origen, pero se han originado en Kiavahr.

—Disidentes, sin duda —especuló Branne.

—Hay un significativo aumento en el tráfico, comandante. Las comunicaciones previamente detectadas en esas frecuencias eran esporádicas. El modelo aquí es más sostenido. Creo que puede significar algún intento de restablecer las antiguas estructuras gremiales.

—Buen trabajo —la felicitó Branne—. Me encargaré de este asunto. Nada de lo que debamos preocuparnos todavía. Voy a llevar a cabo más indagaciones antes de distraer a lord Corax con esta información.

—Como desees, mi comandante —asintió Ephrenia con una inclinación de cabeza.

—Espera un momento —la detuvo Branne cuando la controladora estaba a punto de marcharse—. Contacta con el comandante Agapito y pídele que se reúna conmigo en mis habitaciones dentro de una hora.

—Sí, mi comandante.

—Y prepara una monitorización del canal del comandante Agapito. Hazme saber si se producen nuevas irregularidades.

—Sí, mi comandante. ¿Eso es todo?

—Regresa a tus tareas.

Ephrenia se alejó por el corredor dejando a Branne sumido en inquietos pensamientos. Los simpatizantes progremiales en Kiavahr estaban buscando problemas, de eso estaba seguro. Eran un inconveniente, pero no una gran amenaza. Sería suficiente con informar al Mechanicum del asunto.

Dio otro paso y entonces se detuvo y soltó una maldición entre dientes. Si avisaba al Mechanicum de cualquier posible actividad disidente, eso requeriría una caza de disidentes en los desiertos radioactivos, o al menos intensificar la observación y seguridad en el área, lo que conllevaría un mayor escrutinio alrededor de la Guarida del Cuervo, algo que lord Corax quería evitar a toda costa.

Branne se frotó la barbilla, atrapado ente dos alternativas. Estaba seguro de que los disidentes no representaban ninguna amenaza militar para las instalaciones, pero el momento era muy inoportuno. Con tanto tráfico del exterior del sistema como

estaba llegando en esos momentos, era posible que agitadores enviados por Horus estuvieran creando problemas para mantener ocupada a la Guardia del Cuervo.

No era más que una teoría, y necesitaba pruebas más sólidas antes de que fuera necesario informar al primarca. Lord Corax estaba concentrado en el proyecto de tecnología genética, y pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en la Guarida del Cuervo con Sixx y el tecnosacerdote. Incluso cuando estaba de regreso en Deliverance, el primarca pasaba la mayor parte de su tiempo estudiando los informes y estudios, incomunicado excepto para los asuntos más graves.

No muy seguro de cómo proceder, Branne se dio cuenta de que se estaba retrasando para su reunión con Corax. Guardó la placa de datos y se apresuró por el corredor, esperando que el primarca no se diera cuenta de su tardanza.



DOCE
HERMANOS EN CONFLICTO
MARK VI
LA CREACIÓN DE LOS RAPACES

Sentado en una sencilla silla en sus habitaciones, Branne estudió los informes de la placa de datos que había sobre la mesa frente a él. Un somero golpe en la mampara de metal precedió la entrada de Agapito. Branne levantó la mirada hacia su hermano y le hizo una seña para que se sentara en un sillón.

—¿Qué pasa, hermano? —le preguntó Agapito, que prefirió permanecer de pie—. Lord Corax me ha dicho que ha habido unos avances significativos en el desarrollo del proyecto genético. Voy a acompañarlo a la Guarida del Cuervo.

—Sí, eso he oído —respondió Branne. Miró el cronómetro digital que había en la mesa junto a la placa de datos—. Tenemos algo de tiempo.

—Pareces preocupado —señaló Agapito, aunque quitó peso al comentario con una sonrisa—. ¿Ser el comandante de los reclutas es un reto más grande de lo que te habías imaginado?

—He de interponerme constantemente entre Sixx y ese magos, con el primarca exigiendo actualizaciones sin cesar. Pero no es de eso de lo que quería hablar. —Branne pasó la placa de datos a su hermano con los datos de las transmisiones remarcados—. ¿Puedes explicarme esto?

Agapito miró la placa y frunció el ceño. Miró a Branne y luego de nuevo la placa de datos.

—Ése es mi canal de comunicaciones —dijo Agapito.

—Lo sé —respondió Branne.

—Pero no reconozco el código de transmisión. ¿Algún tipo de defecto en el

sistema?

—Dímelo tú, hermano.

Mirando fríamente a Branne, Agapito tiró la placa de datos sobre la mesa con un repiqueteo.

—Ésas son palabras de mal augurio, Branne —espetó el comandante—. Detecto una acusación detrás de ellas.

—Sólo interés —replicó Branne—. Llámalo curiosidad. Dime, ¿por qué hay una transmisión irregular procedente de tu canal enviado en una frecuencia que no pertenece a la legión?

—No lo sé, hermano —respondió Agapito—. Si tienes alguna acusación que hacer, entonces habla claramente; tus toscas insinuaciones están poniendo a prueba mi paciencia.

Branne se puso en pie y clavó directamente la mirada en la de su hermano. Cruzó los brazos sobre el pecho y observó a Agapito durante unos segundos, evaluando su expresión. El comandante de los Garras parecía estar confuso y realmente ofendido.

—¿No puedes ofrecer ninguna explicación para esto? —insistió Branne.

—Ninguna —replicó Agapito con tono beligerante—. ¿Puedes ofrecerme una explicación para tus sospechas?

Respirando profundamente, Branne consideró su siguiente movimiento. Al parecer, Agapito era realmente ignorante respecto a la transmisión, lo que planteaba un problema aún mayor: alguien había accedido a las comunicaciones de mando sin autorización. Branne no estaba seguro de cuál era el peor escenario.

—Muy bien —dijo—. Haré que Ephrenia lo investigue más a fondo. Tal vez sea un fallo.

—¿Estás seguro? —replicó Agapito—. ¿No quieres llevarme al Nivel Rojo y someterme a un interrogatorio más a fondo?

Branne gruñó, ofendido por la implicación. El Nivel Rojo era donde estaban las celdas de castigo en los años del dominio kiavahriano. En esa época tenían una reputación sangrienta, y la idea de las torturas que los prisioneros habían sufrido en ese siniestro lugar hacía que a Branne le rechinaran los dientes incluso ahora.

—Lo siento, hermano, eso estaba fuera de lugar —se excusó Agapito, ofreciendo su mano como disculpa. Branne se la estrechó tras un instante de duda.

—No te entiendo, hermano, no desde Isstvan —confesó Branne—. Y eso me preocupa.

—No tienes por qué —replicó Agapito con una sonrisa que Branne vio claramente que era forzada—. Ya tienes suficientes preocupaciones como para incluirme en la lista.

—Sí, así es —asintió Branne, lanzando otra mirada al cronómetro—. Será mejor que nos pongamos la armadura, el primarca nos esperará en el hangar dentro de muy

poco.

—Puedes hablar conmigo, hermano —dijo Agapito—. Sobre el proyecto de reclutamiento, si lo consideras necesario. No voy a poder prestarle la mitad de la atención de la que querría si tengo que dedicarle tanto tiempo a la reorganización de la legión.

—¿Cómo va la formación de los Garras?

—Bien. Mejor de lo esperado, dadas las circunstancias. Unos pocos problemas de disciplina aquí y allí, pero nada que no pueda solucionar. Últimamente ha sido duro para ellos.

—No seas amable con tus guerreros, hermano —le aconsejó Branne, e indicó a Agapito que se dirigiera hacia la puerta—. Aún va a ser mucho más duro.

Mientras observaba como Agapito se marchaba, Branne no pudo olvidarse de la pregunta que le hubiera gustado hacer pero que no podía formular en voz alta: «¿Por qué estás mintiéndome, hermano?».

En la antecámara de la enfermería de la Guarida del Cuervo, Corax esperaba con una mezcla de expectación y preocupación. Una pared estaba cubierta de vitrinas, y la pared de enfrente de estantes con diversos instrumentos médicos. Los bancos metálicos habían sido despejados para que sirvieran de asientos. Habían pasado cuatro días desde que autorizó la primera secuencia de implantación. Vincente Sixx había aconsejado ser cauteloso, pero Orlandriaz había sido inflexible en que estaban preparados para proceder con el siguiente paso lógico.

Agapito y Branne esperaban junto a su primarca. Percibiendo su estado de ánimo, apenas habían abierto la boca, pero Corax notaba una corriente de tensión entre los dos comandantes. Corax no estaba seguro de si se debía a un desacuerdo respecto al proyecto genético.

Un golpecito en la pared atrajo la atención de todos los presentes. Corax respiró profundamente, pero dejó escapar el aire al ver que eran Solaro y Aloni. Éstos ofrecieron tensos saludos y se sentaron junto a los otros comandantes.

—Esperemos que haya funcionado, ¿no? —comentó Aloni.

—No tenemos nada que perder —replicó Solaro—. Si no funciona, estaremos donde empezamos.

—Funcionará —les aseguró Corax.

Había dedicado todo el tiempo que había podido arañar a la manipulación de la semilla genética, combinando sus propios conocimientos con los fragmentos de recuerdos del Emperador y las investigaciones de Sixx y Orlandriaz. El primarca había estudiado cada secuencia genética y cada permutación, y estaba convencido de que el apotecario jefe y el tecnosacerdote habían encontrado la solución.

Con esa seguridad, los comandantes esperaron en silencio. Agapito jugueteaba

repiqueteando los dedos contra la rodillera, pero se detuvo cuando Branne torció el gesto al cabo de unos momentos. Corax deseaba haber podido supervisar personalmente la implantación final, del mismo modo que el Emperador había asistido personalmente a la creación de los primarcas, pero su enorme tamaño hacía su presencia en la sala estéril en que se estaba llevando a cabo el proceso resultaba incómoda.

La puerta se abrió nuevamente para dejar paso a Vincente Sixx. El apotecario iba vestido con ropa quirúrgica y tenía una mancha de sangre en la frente. Se quitó un par de guantes finos y los guardó en un bolsillo situado a la altura de su estómago.

—¿Cómo están? —preguntó Corax, levantándose.

—Venid y vedlo vos mismo —dijo Sixx.

Corax siguió al apotecario a través de la puerta, con los comandantes detrás de ellos. Al entrar en la enfermería principal, al primarca le sorprendió la baja temperatura de aquel lugar. Recordó que los reclutas habían sido puestos en un breve estado criobiótico como precaución ante la acelerada reproducción celular, un estado del proceso que Corax esperaba que pudieran eliminar con el siguiente grupo de reclutas si éste tenía éxito. El frío emanaba de los nueve hombres que estaban en pie con el pecho desnudo junto a sus camas a lo largo de una de las paredes. Llevaban pantalones amplios y botas blandas, y a su alrededor flotaban nubes de vapor de condensación.

Los nueves eran iguales físicamente, tan altos y fornidos como un legionario. Algunas de sus estructuras faciales seguían diferenciándose, lo que permitió al primarca identificar a cada uno de los reclutas a los que les había deseado suerte antes de su transformación. Sus cuerpos estaban libres de pelo, y su piel era pálida, casi albina, como la de su primarca. También se dio cuenta de que todos tenían los ojos oscuros. No como los orbes negros que él poseía, pero sin duda mucho más que los de los demás legionarios de la Guardia del Cuervo.

Había idénticas marcas quirúrgicas en los cuerpos de los nueve, aunque las cicatrices ya empezaban a desaparecer. El modelo era inmediatamente reconocible para cualquier miembro de las Legiones Astartes, al igual que la decoloración bajo la piel de su torso y hombros.

—¿Ya tienen el caparazón negro? —preguntó Solaro.

—Tienen los mismos órganos potenciados que usted posee, comandante —respondió Orlandriaz, saliendo de detrás del grupo de gigantes posthumanos—. El caparazón negro todavía debe implantarse, no en vano es un aparato básicamente artificial.

—¿Y el resto ha crecido de forma natural? —inquirió Branne. Se acercó un paso más a los nuevos legionarios, examinándolos cuidadosamente. Los reclutas siguieron firmes con los ojos fijos al frente, sin reaccionar al escrutinio de sus superiores.

—Sí —asintió Sixx mientras indicaba a uno de los hombres que diera un paso al frente. Corax recordó que su nombre era Halvar Diaro—. Varias de las implantaciones de la semilla genética no serán necesarias cuando el proceso esté perfeccionado. Son las que tan sólo sirven para preparar el cuerpo para futuros implantes y que no tienen ningún efecto directo tras la maduración.

—¿Y qué pasa con las progenoides? —preguntó Solaro—. ¿También madurarán rápidamente?

—Lo harán —afirmó Orlandriaz con algo parecido a una sonrisita—. Sin embargo, éstas también se volverán innecesarias una vez hayamos completado nuestro trabajo. Cuando la semilla genética modificada esté terminada, seremos capaces de reproducirla a partir de la fuente. Ya no habrá necesidad de la anticuada maduración dentro de un huésped en la que actualmente nos basamos.

—Podremos crear tantas semillas genéticas como queramos —explicó Sixx—. El número tan sólo se verá limitado por la cantidad de reclutas disponibles.

Corax escuchó a medias la conversación mientras sus comandantes seguían haciendo preguntas sobre las capacidades y las mejores físicas de los reclutas. Estaba cautivado por los nueve hombres, maravillado por su existencia. Conocía cada célula de su cuerpo mejor de lo que conocía la Torre del Cuervo, pero aun así, verlos en carne y hueso cortaba la respiración. Eran ejemplos perfectos de guerreros de las Legiones Astartes.

—¿Dónde está el décimo hombre? —preguntó Agapito, interrumpiendo la admiración de Corax. El primarca se volvió con la ceja enarcada hacia los dos hombres arquitectos del proyecto.

Sixx y Orlandriaz intercambiaron una mirada. El apotecario jefe suspiró.

—Un minúsculo defecto en el corazón, microscópico, fue agravado por la generación acelerada de células —explicó Sixx—. Habría sucedido incluso con la implantación tradicional.

—Evitable —añadió el tecnosacerdote—. Un examen más exhaustivo eliminaría este tipo de problema.

—Pensaba que el plan era ser capaces de relajar los criterios de reclutamiento —dijo Agapito.

—Con el tiempo lo será —le aseguró Corax. Se acercó al hombre que había dado un paso al frente y puso una mano sobre su hombro. Volvió a mirar a los comandantes—. El siguiente paso del desarrollo será introducir secuencias en la semilla genética que sean retroactivas. Las deficiencias genéticas y las discrepancias físicas menores serán eliminadas por la introducción de una semilla genética superior.

Hubo un intercambio de miradas entre los presentes en la sala mientras asimilaban lo portentoso de las palabras de Corax: un suministro casi ilimitado de legionarios.

—Si eso puede lograrse, si la tecnología genética puede transferirse a las otras legiones leales, los fieles al Emperador superarán en número a los traidores en cuestión de meses —prosiguió el primarca, cruzando su mirada con la de Diaro—. Estos nueve son los primeros de miles, decenas de miles cuando hayamos acabado. Es por este motivo que debemos hacer todo lo que podamos para obligar a Horus a retrasar su ataque a Terra. No sólo ganaremos tiempo para que Dorn construya defensas aún mejores, sino que nos dará el tiempo necesario para recuperarnos tras las bajas en Isstvan.

El grupo de comandantes se arremolinó alrededor de los reclutas examinándolos desde todos los ángulos posibles. Corax sintió un instante de preocupación, dándose cuenta de la actitud que tenía hacia estos nuevos guardias del cuervo. No eran sólo sujetos experimentales, no sólo puntos de referencia en el camino hacia la recuperación. Eran guerreros de las Legiones Astartes.

—Tengo una importante pregunta que hacerte —dijo a Diaro mientras se inclinaba para estar al mismo nivel que los ojos del hombre—. Respóndeme con sinceridad.

—Sí, lord Corax —respondió el recluta con una voz profunda teñida de un ligero tono ronco.

—¿Cómo te sientes?

Diaro miró a los otros legionarios recién creados, y todos ellos sonrieron. Fue otro el que respondió primero a la pregunta.

—Me siento bien, lord Corax. Fuerte, saludable.

—¿Listos para luchar? —le preguntó Branne.

—Sí, mi comandante —respondió Diaro. Con el puño se golpeó con fuerza el pecho fuertemente musculado—. Preparado para matar traidores.

El pitido que avisaba de una comunicación interna interrumpió el estudio de Corax de los últimos informes acerca de los nuevos legionarios. Detuvo el flujo de información en las tres pantallas que tenía delante y activó el receptor.

—Lord Corax, se requiere vuestra presencia en la sala de mando —anunció Ephrenia. El primarca creyó notar una risa apenas reprimida en su voz—. Tenemos una situación que requiere vuestra intervención.

—Por favor, sé más específica —dijo Corax, cogiendo la jarra de agua que se encontraba en equilibrio en el borde de su escritorio de metal. Se dio cuenta de que había estado encerrado en su sala de estudio desde hacía más de doce horas.

—Hemos detectado dos naves de los Puños Imperiales aproximándose a Deliverance, señor —informó Ephrenia.

—Ponme al corriente cuando hayas averiguado qué quieren —dijo el primarca. Tomó un trago de agua, saboreándola como si fuera un buen vino—. El comandante de guardia sin duda podrá encargarse de ello, ¿no?

—Branne es el comandante de guardia, señor —señaló Ephrenia. Su sonrisita era casi audible—. Las naves de los Puños Imperiales están bajo el mando del capitán Noriz. La conversación se está volviendo bastante encendida.

Corax suspiró, apagó las pantallas de datos y se levantó.

—Muy bien, en seguida estaré allí —dijo—. Asegúrate de que Branne no hace nada demasiado alocado, como abrir fuego.

—Sí, señor, lo haré lo mejor que pueda —asintió Ephrenia, tratando de no reírse.

Pasándose los dedos por el espeso cabello, Corax estiró los brazos e hizo crujir los nudillos. Habían pasado seis días desde que la implantación de la semilla genética se había completado en los primeros reclutas, y tenía un gran flujo de información genética e informes de exámenes psicológicos para comprobar si quería que el proyecto avanzara al siguiente nivel. Fuera cual fuese el motivo de la llegada de Noriz, era, como poco, inoportuna y cuando menos, sospechosa. ¿Estaba enviando Dorn a su hombre para mantener vigilada a la Guardia del Cuervo?

El primarca se dirigió hacia el ascensor y subió por la Torre del Cuervo hasta la sala de mando, próxima a la cúspide. Al entrar pudo oír la voz del capitán Noriz por el comunicador. Branne estaba inclinado sobre la consola de comunicaciones con el micrófono agarrado con fuerza en su puño enguantado.

—Vuestro protocolo de seguridad no tiene sentido alguno, comandante —estaba protestando Noriz—. No puedo encontrar la ventaja de un retraso así.

En el otro lado de la sala, de pie frente al panel del sistema de armamento, Ephrenia llamó la atención de Corax. Éste se dirigió hacia ella mientras Branne estampaba su dedo en el conmutador de respuesta.

—No podéis entrar en el espacio orbital de Deliverance sin autorización previa, capitán —anunció el comandante—. Observad el protocolo adecuado y podremos proceder.

—El comandante Branne está exigiendo a los Puños Imperiales que abandonen la órbita y soliciten permiso para acercarse —le informó la controladora.

—Ya te he explicado las razones para no hacerlo —dijo Noriz—. Estáis comprometiendo nuestra misión.

—¡Branne! —gritó Corax. El comandante se dio media vuelta. Obviamente no se había dado cuenta de la llegada del primarca—. Explícate.

—Los Puños Imperiales no han enviado ningún aviso tras entrar en el sistema, mi señor —dijo Branne—. Nuestros protocolos dictan que deben permanecer lejos de Kiavahr y pedir permiso para aproximarse. En estos momentos, la Torre del Cuervo está al alcance de sus armas.

Corax cruzó la sala y obligó a Branne a apartarse de la consola. El primarca cogió el transmisor.

—Capitán Noriz, aquí lord Corax —dijo—. ¿Por qué no habéis anunciado vuestra

aproximación a Deliverance?

—Como le he dicho al comandante Branne, lord Corax, deseo que el conocimiento de nuestra presencia aquí sea mínimo —explicó Noriz tras un ligero retraso—. Una advertencia a largo alcance habría anunciado nuestra presencia con tanta seguridad como un coro de trompetas. Es imperativo que hable con vos. Tengo mensajes procedentes de lord Dorn y el Sigilita.

—El comandante Branne tiene razón —replicó Corax—. Por favor, retírese a cien mil kilómetros y prepare sus naves para recibir nuestros grupos de abordaje. El comandante Branne se reunirá con usted en persona a bordo de su nave para escuchar lo que tiene que decir. Si él lo considera necesario, le dará la autorización para acercarse a Deliverance y enviar una delegación a la Torre del Cuervo.

Hubo una larga pausa antes de que Noriz respondiera.

—Como deseéis, lord Corax —dijo el capitán de los Puños Imperiales—. ¿He de asumir que debo tratar con el comandante Branne como si tuviera vuestra absoluta autoridad?

—Sin duda alguna —afirmó Corax—. Si queréis mantener un perfil bajo, os sugiero que os retiréis fuera de órbita, dejando Deliverance entre vuestras naves y Kiavahr. No se producirán nuevas comunicaciones de largo alcance hasta que el comandante Branne haya evaluado la situación.

—Entendido, lord Corax.

Corax se volvió hacia Branne y vio una expresión de satisfacción en su rostro, expresión que cambió a una de arrepentimiento cuando el comandante vio la rabia en los ojos de Corax.

—Podría esperar este tipo de comportamiento de un oficial inferior, pero eres un comandante y debes servir de ejemplo —le recriminó Corax con un tono áspero—. Serás cordial y cooperativo con el capitán Noriz y le brindarás cualquier ayuda que requiera.

—Sí, mi señor —asintió Branne, mirando al suelo. Levantó los ojos durante un breve instante antes de volver a desviar la mirada—. Admito que quizá he sido demasiado celoso en la aplicación del procedimiento. En mi defensa he de decir que los Puños Imperiales han roto nuestra seguridad, y que tan sólo les estaba diciendo que hicieran lo mismo que les habéis dicho vos.

—Tú me has obligado a apoyar tu postura, Branne —gruñó Corax con una voz que denotaba su irritación—. No voy a contradecir las órdenes de uno de mis comandantes delante de otra legión, pero no estoy conforme con tu respuesta. No permitas que tus sentimientos personales te vuelvan a impedir cumplir con tu obligación. La próxima interrupción espero que sea la de tu informe completo sobre el motivo por el que los Puños Imperiales están aquí.

—Sí, señor —asintió Branne. Se volvió y se dirigió a la controladora Ephrenia—.

Ordene al muelle Alfa que me prepare una Thunderhawk.

Corax observó como el comandante salía de la sala de control y sintió una punzada de preocupación. Algo estaba carcomiendo a Branne, algo entre él y Agapito. Ambos habían mostrado momentos de indisciplina desde el regreso de Isstvan y su comportamiento en la Guarida del Cuervo había rayado la antipatía entre ellos. Corax estaba decidido a descubrir la causa, y si era necesario, a buscar nuevos comandantes.

A pesar de su preocupación, Corax decidió que, de momento, podía esperar. El proyecto genético era más importante. Cuando la siguiente generación de legionarios de la Guardia del Cuervo estuviera asegurada, el primarca podría centrar toda su atención en los ya existentes. Estaba ansioso por pasar a la implantación generalizada, y se irritaba al pensar en que tenía que esperar los resultados de más pruebas. En pocos momentos, su mente bullía de pensamientos acerca de cómo perfeccionar la nueva tecnología genética, olvidando todos los problemas con sus comandantes.

Al regresar el primarca a sus habitaciones, se dijo que debía tener paciencia. Un instante de apresuramiento podía arruinar todo el trabajo duro y los logros anteriores. Sintiéndose más calmado, se sentó a su escritorio y reinició el flujo de datos.

El interior del *Vanguardia Iracunda* era muy diferente del interior de una nave de la Guardia del Cuervo. Parecía más una fortaleza que una nave espacial. Las paredes estaban cubiertas con placas de metal desnudo con lemas de la legión y baldosas de ferrocemento grabadas con símbolos e iconos de los Puños Imperiales. Había mamparas reforzadas en cada corredor, puertas en forma de arcada hechas de madera fuertemente remachada y compuertas cruzadas por vigas doradas.

Branne no pensó que era ostentosa, como algunas naves de los Hijos del Emperador en que había viajado, pero tenía una estética que consideraba artificial y pomposa. Gestada en bloques de celdas de paredes blancas, la Guardia del Cuervo prefería lo funcional sobre lo ornamental, e incluso desde la liberación, Deliverance apenas había sido amueblada y decorada.

El comandante siguió a Noriz por el pasillo central hasta un gran ascensor. Una escuadra de la Guardia del Cuervo lo seguía a poca distancia, y ellos a su vez eran seguidos por diez guerreros de los Puños Imperiales. Branne no se había percatado de este recibimiento, todavía resentido por la bronca de Corax, y había permitido que Noriz mostrara su orgullosa demostración de autoridad.

El elevador descendió con sólo un ligero gemido de los motores eléctricos, al contrario de los ruidosos y traqueteantes elevadores de la Torre del Cuervo. Era suficientemente grande para todos los legionarios, permitiendo incluso que la Guardia del Cuervo y los Puños Imperiales estuvieran separados por unos pocos metros.

No podían ser más distintos: los hijos de Corax con sus armaduras negras y remendadas, y los guerreros de Dorn resplandecientes con su brillante dorado. Los Puños Imperiales se mantenían en posición de firmes en una línea uniforme, con los bólters empuñados a la altura de la cintura; la Guardia del Cuervo se reunía en un grupo apiñado, con los bólters colgando de los cinturones y los brazos cruzados o las manos en la cintura.

—¿Cómo están las cosas en Terra? —preguntó Branne, sintiendo que debía romper el incómodo silencio.

—Las tareas de fortificación continúan —respondió Noriz, lacónico.

Branne esperó, pero no hubo ningún otro comentario. Observó a los Puños Imperiales.

—Vuestros legionarios están bien entrenados —dijo, pensando en algo amable que comentar—. Honran a vuestra legión.

—Fuimos afortunados por no vernos implicados en la debacle de Isstvan —asintió Noriz, observando a la Guardia del Cuervo—. Es comprensible que después de un desastre así algunos estándares se hayan visto comprometidos.

Branne inspiró profundamente y se resistió a morder el anzuelo.

—Estamos preparados para la lucha, a pesar de nuestro aspecto —declaró.

—Sé que lo estáis, comandante —asintió Noriz—. No era ninguna censura a vuestra preparación o habilidad. Vuestro armorium ha mostrado un notable ingenio al realizar estas modificaciones.

—Nos adaptamos, como siempre. Guarda un poco de sal para las gachas, como nosotros decimos.

—Un lema interesante —comentó Noriz. Era difícil descifrar su humor por la modulación de los emisores externos de su armadura, pero Branne detectó una cierta diversión—. Aunque no estoy seguro de entender su sentido.

—Obviamente no naciste en una prisión —dijo Branne.

—No, no lo hice, comandante. —El elevador se detuvo y las puertas se abrieron. La armadura de Branne detectó el vacío cuando el aire salió succionado del elevador con tanta fuerza que hizo oscilar los cordones que colgaban de las hombreras de Noriz—. Espero que ahora comprendas por qué insistí en la armadura completa.

Salieron a la oscuridad, sus pisadas eran silenciosas en el vacío, con la luz del elevador proyectando largas sombras sobre el suelo de metal sin pintar.

—El vacío es tan sólo una precaución —prosiguió Noriz mientras encabezaba la marcha. Las luces de las armaduras se encendieron automáticamente cuando el grupo penetró más profundamente en la sala. Dándose la vuelta, Branne vio que las paredes estaban a una distancia considerable, a treinta metros o más—. Queríamos que la carga llegara en perfectas condiciones.

—¿Carga? —inquirió Branne. Su respuesta quedó contestada cuando la lámpara

de su armadura iluminó una figura unos metros más adelante. Se detuvo de repente, desconcertado.

A medida que los legionarios convergieron, varias filas de armaduras reflejaron la luz de las lámparas. El metal y la ceramita estaban a la vista, por lo que las armaduras tenían un color plata y gris apagado. Unas máscaras sin vida devolvieron la mirada al comandante mientras éste se volvía a derecha e izquierda. Había varias docenas de armaduras, cada una sujeta a un puntal fijado en el suelo.

—Mark VI —dijo Noriz—. El último diseño de Marte.

Branne no dijo nada mientras se acercaba a la primera fila de armaduras vacías. Al principio parecían familiares, diferenciándose poco de la Mark IV que él mismo llevaba puesta. Al inspeccionarlas más de cerca, el comandante de la Guardia del Cuervo pudo ver sutiles diferencias en la forma de los paneles y las uniones, en el material más grueso de las juntas flexibles y en las sólidas grebas que protegían las rodillas. Lo más destacado era la hombrera izquierda reforzada con tachones y el diseño del casco.

—Me temo que todavía requieren algo de trabajo —comentó Noriz—. Lord Dorn quería que os fueran enviadas lo antes posible. Son artesanales. Preproducción en serie. Seréis la primera legión en el Imperio en ser equipada con la Mark VI.

—Un bonito gesto —dijo Branne. Pasó la mano por la hombrera remachada—. Realizamos pruebas de combate en los prototipos durante dos años, durante la campaña en el sector Scalland. Veo que han solucionado el problema con la placa abdominal.

—La mayor parte de las mejoras que vuestra legión sugirió han sido implementadas —afirmó Noriz casi con nostalgia—. La protección no es mejor que la de la Mark IV, pero los sistemas internos son mucho más eficaces. El cableado externo que se puede ver está reforzado con sistemas redundantes en el interior de la armadura sin que eso comprometa la defensa o le añada un peso excesivo. Los sentidos automatizados también han sido mejorados. Sin duda os alegrará saber que las capacidades de sigilo de esta armadura superan las de cualquier otra versión.

Branne hizo un gesto de asentimiento.

—Has dicho Mark VI. ¿Qué pasó con la Mark V?

Noriz señaló a los legionarios de la Guardia del Cuervo.

—Como no se ha iniciado la producción en Marte, éstas son las únicas armaduras disponibles. La otra nave transporta otras mil quinientas, además de las quinientas de esta nave. En ausencia de una línea fiable de suministro a las legiones, el Mechanicum ha designado todas las armaduras no estándar, o para salir del paso, como Mark V. Muchas de las improvisaciones hechas por vuestro armorium tras la masacre en el punto de desembarco han sido transmitidas a las otras legiones en ausencia de piezas de repuesto para las Mark IV. Vuestros legionarios ya llevan las

Mark V, comandante.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Branne—. Estoy agradecido por la ayuda, pero habéis hecho un largo camino para hacernos un favor.

—Como reconocimiento a vuestra contribución a las pruebas de las armaduras, y porque sois los que más las necesitáis. Además, para mayor honor, la Mark VI será conocida como armadura Corvus.

Branne se rio y tocó con el dedo la máscara facial cónica que tenía delante de él.

—¿Porque somos la Guardia del Cuervo y la armadura tiene este pico? ¡Vaya honor! —exclamó.

—Ha recibido el nombre por vuestro señor, como muestra de agradecimiento por vuestra participación y las pérdidas que sufristeis mientras probabais los prototipos —explicó Noriz, dirigiendo sus palabras a todos los miembros de la Guardia del Cuervo—. Lord Corax ha insistido mucho en atacar a las fuerzas de Horus. Lord Dorn envía estos regalos a vuestra legión como muestra de su apoyo y para ayudaros en vuestra empresa.

—¿Piensas que no nos las merecemos? —inquirió Branne, captando el tono del capitán—. ¿Qué estarían mejor aprovechadas si las usaran los Puños Imperiales en Terra?

—Muy al contrario —le respondió Noriz—. Si tuviera que anteponer mis deseos a mi deber, desearía tanto como vosotros devolverles el golpe a los rebeldes. Tal y como está la situación, debo entregar esta carga y regresar a Terra.

El silencio siguió a las observaciones del capitán, que hizo una seña al grupo para regresar al elevador. Branne pensó en las palabras del puño imperial, sorprendido por su franqueza. Las puertas del elevador se cerraron detrás de ellos y el aire siseó hacia el interior del compartimento. Con una sacudida, el elevador empezó a ascender.

—Debe haber requerido muchos esfuerzos llegar a Deliverance —apuntó Branne —. Con las tormentas de disformidad y todo lo demás, quiero decir.

—La navegación sigue siendo difícil, sí —asintió Noriz—. De hecho, la flota de la VII Legión, que lord Dorn envió a…

—Así que va a ser un largo viaje de regreso para vosotros.

—Así es, comandante. Noto que estás tratando de insinuar algo, pero no logro saber qué es.

—¿Cuántos legionarios tienes contigo? —le preguntó Branne, mirando a la escuadra de puños imperiales.

—Ciento cincuenta —le informó Noriz—. No veo como eso puede ser relevante en relación a nuestro tiempo de viaje.

—Según tus estimaciones, ¿cuántos miembros de vuestra legión están defendiendo Terra?

—Cuando partimos había más de cuarenta mil puños imperiales estacionados en

palacio —respondió Noriz con un gruñido—. Creo que entiendo lo que quieres decir, comandante. Ciento cincuenta legionarios sería un importante apoyo, relativamente hablando, a vuestra fuerza de unos pocos miles.

—Yo habría dicho que os necesitamos más que lord Dorn en estos momentos, aunque la conclusión es la misma —dijo Branne—. Pero las comunicaciones son difíciles. No hemos recibido más que unos breves fragmentos procedentes de Terra desde que se iniciaron las tormentas. Los astrópatas están haciendo todo lo posible, pero no pueden atravesar las alteraciones. No podréis confirmar un cambio de órdenes procedente del mando de vuestra legión.

—Sé que pensáis que nosotros, los Puños Imperiales, somos intratables, comandante, pero no detestamos la iniciativa, como sugieres. —Noriz extendió la mano—. Si lord Corax está de acuerdo, me sentiré muy honrado de ceder provisionalmente mi mando a la Guardia del Cuervo.

Branne miró la mano que le ofrecía y a continuación la estrechó con un fuerte apretón.

—Encantado de que estés de acuerdo, capitán —declaró Branne—. Afortunadamente para ti, vais a estar bajo el mando del comandante Agapito, no el mío.

—A pesar de nuestros desencuentros iniciales y de las diferencias personales, comandante Branne, no tendría ningún problema en servir bajo tus órdenes. A pesar de la oposición aplastante del enemigo, rescataste a lord Corax y los restos de vuestra legión en Isstvan. Ésa es una hazaña digna de respeto y alabanza. Eres un héroe del Imperio, comandante.

—¿Lo soy? —Branne se echó a reír. Hubo risitas entre los otros legionarios, tanto los pertenecientes a la Guardia del Cuervo como a los Puños Imperiales.

Desde Isstvan, el comandante se había sentido como si hubiera fallado. La batalla más importante de la historia de la legión y se la había perdido. Tanto sus guerreros como él había estado separados de los demás, aislados por el vínculo que mantenía el resto de la legión unida, terranos o nativos de Deliverance. Oír hablar a Noriz de sus acciones en esos términos le permitía, por primera vez, pensar de forma distinta sobre ese asunto.

—Si eso me hace un héroe del Imperio, tendremos que inventarnos un nuevo título para quien mate a Horus.

—Será Russ —dijo un miembro de la guardia de honor de Branne—. Sólo hay que esperar. Cuando los Lobos Espaciales se vean implicados, esto acabará rápidamente.

—Tal vez consigamos llegar nosotros antes —dijo otro.

—Sanguinius —sugirió Noriz, acallando el debate—. Los Hijos de Fenris están muy lejos, probablemente todavía encargándose del fin de Prospero. Por mucho que

admire vuestro entusiasmo, la Guardia del Cuervo no puede igualar el poder de los Lobos Lunares. No, cuando los Ángeles Sangrientos sepan de esta traición, no habrá forma de detener a Sanguinius. Lord Dorn lo llama Ángel de la Muerte, y no puedo imaginarme a Fulgrim, Perturabo, Lorgar o cualquiera de los otros deseando interponerse entre Horus y la venganza del Ángel. Será Sanguinius, recuerda mis palabras.

Branne cogió una anilla con dos llaves grandes que llevaba en el cinturón. Eran mates, muy deterioradas y parcialmente dobladas, lo que evidenciaba el paso de las décadas.

—Yo tomé esto del primer hombre que maté durante la guerra de liberación —dijo Branne—. Si Sanguinius mata a Horus, son tuyas.

—¿Una apuesta? —preguntó Noriz.

—Si quieres considerarlo así —respondió Branne—. ¿Qué me ofreces tú?

Noriz miró a sus legionarios y recibió asentimientos de ánimo.

—Está bien —dijo al fin. Extrajo un escudo dorado del cordón de su hombrera derecha y se lo mostró a Branne. En él estaba inscrita una sola palabra: «Narandia»—. Mi primer honor de batalla, obtenido por matar un comandante orko. Si Russ llega primero, es tuyo.

El desafío fue recibido con aplausos y gritos de ánimo por parte de la Guardia del Cuervo.

—Estaré vigilándote la espalda para asegurarme de que sobrevives lo suficiente para entregarme esa brillante medalla —dijo Branne.

—Y yo vigilaré la tuya, comandante —respondió Noriz, poniendo la mano sobre la placa pectoral de Branne—. Siempre he deseado poseer un juego de llaves oxidado.

Branne colgó las llaves de nuevo en su cinturón en la confianza de que uno de ellos pudiera demostrar que tenía razón. Si Horus llegaba a Terra, no había nada asegurado.

El lento repiqueteo de los dedos de Agapito sonaba en el escritorio metálico. Miraba el archivo de comunicaciones, furioso por la única línea de datos remarcada.

Alguien había violado su cifrado personal y puesto todo en peligro. Se preguntaba quién podría haber sido, y circunscribió sus sospechas a unos pocos individuos, legionarios que le habían llamado la atención por su comportamiento idiosincrásico. No tenía nada sólido en que basar sus acusaciones, tan sólo una incertidumbre que lo atormentaba.

Con Branne vigilando todo lo que hacía, Agapito se sentía atrapado. Sus preguntas habían estado fuera de tono, pero representaban una atención no deseada. Branne estaba dando palos de ciego, buscando alguna cosa pero sin saber qué era.

Sus investigaciones amenazaban con descubrirlo todo por accidente, y eso no se podía permitir. No antes que Agapito hubiera tenido la posibilidad de realizar su maniobra.

Una llamada del comunicador interrumpió sus pensamientos. Apagó el monitor y activó el intercomunicador.

—Comandante Agapito, tengo un asunto que discutir con vos. —Reconoció la voz del custodio Arcatus. La Guardia Custodia se había mantenido al margen la mayor parte del tiempo desde su llegada a Deliverance, acuartelada en los niveles intermedios de la Torre del Cuervo que anteriormente había sido el hogar de las compañías perdidas. De vez en cuando se dejaban ver, realizaban inspecciones del armorium, los muelles y otras áreas seguras. Ése era otro inconveniente, pero Corax había sido inflexible en que los custodios debían tener libre acceso a Deliverance y las protestas de Agapito habían sido desestimadas. La única concesión que el comandante había conseguido era que los custodios no podían ir a la Guarida del Cuervo. Eso habría sido un inconveniente para el primarca, que cuidaba el proyecto genético y su secretismo de la misma forma que había cuidado a sus seguidores durante el levantamiento.

—En estos momentos estoy en mis habitaciones, custodio —dijo Agapito—. Podemos hablar aquí.

—Muy bien, comandante. Me pongo en camino.

Agapito se preguntó cuál sería el tema de la discusión. Era inusual que la Guardia Custodia interactuara de esta forma con la legión. Se preguntaba si Branne estaría de alguna forma implicado, y sus pensamientos volvieron a ensombrecerse. Al menos, la tecnología genética y los nuevos reclutas parecían ser un completo éxito. Branne pronto no tendría tiempo de preocuparse de otros temas. Como comandante de reclutas, estaría muy ocupado en la Guarida del Cuervo.

Parecía un ejercicio inútil, pero Alpharius no iba a atraer la atención mencionándolo. Se inclinó, poniéndose medio en cuclillas, con los brazos extendidos y se movió en círculos alrededor del recluta. Mientras se movía de lado hacia la izquierda, pudo ver a Corax y Branne con el rabillo del ojo, observando como a él y Kaddian se evaluaban el uno al otro.

El recién potenciado Kaddian se le parecía mucho: más alto, pero no tan fornido como Alpharius, con extremidades delgadas y una mirada decidida. Podía poseer las cualidades físicas de un legionario, pero no tenía ni su entrenamiento ni su experiencia. Alpharius había notado que la Guardia del Cuervo era proclive a apostar, y se había jugado con el sargento Dor a que podría con Kaddian en menos de dos minutos. La apuesta eran diez días de mantenimiento de la armadura. Alpharius flexionó los dedos mientras se imaginaba al sargento puliéndole la armadura.

Los dos legionarios llevaban para el combate tan sólo unos holgados pantalones negros, lo que dejaba a Alpharius pocos sitios por donde sujetarlo y tirar. Se abalanzó tratando de coger la muñeca izquierda de Kaddian, pero el recluta se separó dos pasos en un instante y el agarre de Alpharius falló por mucho. La cara del recluta era una máscara de concentración, con los ojos mirando alternativamente las manos, los pies y la cara de Alpharius, atento a cualquier indicio de su siguiente movimiento.

Mientras daba vueltas nuevamente, Alpharius sintió la expectación del resto de la escuadra, que lo animaban silenciosamente a la victoria. No gritaban, sólo reinaba un estudiado silencio por parte de todos los presentes en la sala. El único sonido procedía de los golpes de los pies de los combatientes contra el duro suelo.

Kaddian se movió hacia un lado y extendió la pierna, tratando de zancadillear a Alpharius. El legionario alfa saltó justo a tiempo, moviendo a la vez su peso hacia adelante para cargar, con el hombro por delante, contra su oponente. Saltó para encontrarse con que no había logrado alcanzar a Kaddian, y que estaba corriendo hacia un espacio vacío. Una patada en la espalda propulsó a Alpharius hacia adelante unos cuantos pasos más antes de que pudiera detener su ímpetu y volverse.

Inmediatamente se vio obligado a cruzar los brazos para bloquear una combinación de golpes dirigidos a su cabeza, que de este modo impactaron en los antebrazos. Alpharius trató de alcanzar el abdomen de Kaddian con el pie, logrando alcanzarlo parcialmente en la cadera cuando el recluta saltó hacia atrás. Saliendo hacia adelante para tratar de aprovechar la pérdida de equilibrio de Kaddian, Alpharius intentó nuevamente hacer una presa. Logró atrapar el brazo izquierdo del recluta y se lo retorció para obligarlo a tocar el suelo.

Con una flexibilidad y una fuerza con la que Alpharius no se había topado jamás, Kaddian dobló la espalda y tiró de su brazo atrapado, levantando al legionario por los aires. Lanzándose al suelo, Kaddian giró para lanzar a Alpharius por encima de su espalda, obligando al legionario a soltar su presa para convertir una dura caída en una voltereta hacia adelante.

Un puñetazo contra la columna tumbó a Alpharius. El ataque había llegado tan rápidamente que no tenía ni idea de que Kaddian se había puesto en pie en el medio segundo que había transcurrido. Giró hacia la derecha, levantándose para encararse a su oponente… justo a tiempo para que su mandíbula se encontrara con el pie derecho de Kaddian.

Cayendo pesadamente sobre el rococemento, Alpharius se golpeó la cabeza contra el suelo durante su caída. Rodó sobre sí mismo para alejarse del pie del recluta, que se estampó contra el suelo donde el cuello de Alpharius se encontraba un instante antes. El otro pie de Kaddian lo golpeó casi instantáneamente en las costillas, haciendo que el legionario soltara el aire de los pulmones.

Anticipando la siguiente patada, logró apartarse lo suficiente para atrapar el

tobillo de Kaddian con ambas manos antes de que su pie alcanzara el vientre de Alpharius. El legionario alfa tiró de la pierna al mismo tiempo que se ponía en pie tratando de obligar a Kaddian a caer de espaldas.

Con una precisión milimétrica, Kaddian aprovechó la presa que Alpharius había hecho en su tobillo como anclaje para estrellarle una rodilla contra el pecho. Alpharius trastabilló hacia atrás y los dos cayeron desplomados. Alpharius liberó una mano para dar un puñetazo en el costado de Kaddian, a la vez que el recluta impactaba con el codo contra la mejilla del legionario. Liberando el pie de la presa de Alpharius, Kaddian giró y se arrodilló sobre su cuello, dejándolo atrapado. Jadeando, Alpharius cruzó su mirada con la de Kaddian y vio su feroz determinación. El recluta levantó el puño por encima de la cara de Alpharius.

—¡Basta! —El grito de Branne retumbó en los oídos de Alpharius.

Kaddian se puso en pie de un salto y se apartó de inmediato, retirándose con pasos ligeros. A Alpharius le retumbaba la cabeza. El techo apareció y desapareció de su visión durante unos instantes antes que su visión se aclarara.

El sargento Dor se acercó, alargando la mano para ayudarlo a ponerse en pie. Irritado, Alpharius ignoró el gesto y se levantó por sí mismo. Miró furiosamente a Kaddian, que lo estaba observando con una sonrisa educada. Detrás de Kaddian, los otros ocho reclutas sonreían por la victoria de su compañero.

Todavía resentido por su derrota, Alpharius regresó a su escuadra sin hacer caso de la petulante expresión en la cara de Dor. Un nuevo recluta y otro legionario dieron un paso al frente, y el siguiente combate empezó.

Tras haber recuperado los sentidos, Alpharius prestó atención a la conversación entre Branne y Corax, que estaban de pie no muy lejos de él, a su izquierda.

—Las reacciones y la fuerza son mejores que las de un legionario maduro —decía Branne—. Jamás había visto algo como esto.

—Lo que no está mal para un combate sin armas y sin armadura —respondió Corax—. Pero estas ventajas se verán muy disminuidas cuando lleven su servoarmadura.

—He estado pensando a ese respecto, señor —dijo Branne con los ojos fijos en los dos guerreros que estaban luchando—. Las nuevas armaduras Mark VI… son muy superiores a nada de lo que tengamos, a excepción de algunas armaduras artesanales de los oficiales, e incluso éstas están bastante abolladas. No podemos implantar la experiencia y la astucia de un veterano en estos hombres, pero la nueva armadura y sus avanzados sistemas de alguna forma ayudarán.

—Yo estaba pensando lo mismo —convino el primarca—. Estos no son sólo nuevos reclutas, son el inicio de algo sin precedentes para la legión. Le he dicho a Sixx que siga adelante con otros cien implantes. Si logramos ampliar la escala, tendrás una fuerza de combate lista en cincuenta días. El cargo de comandante de

reclutas no parece que vaya a reflejar adecuadamente tus funciones.

Branne miró a su líder.

—Dijisteis que ésta sería una fuerza de combate cuando me disteis el título, mi señor.

—Necesitan un nombre, Branne —dijo Corax—. No podemos seguir llamándolos reclutas, pero no parece adecuado que simplemente sean absorbidos por los Garras de Agapito.

—Tengo una sugerencia —apuntó Branne.

—Entonces compártela, comandante.

—Tenemos los Garras, los Azores y los Halcones, mi señor. Creo que deberían ser los Rapaces.

—¿Los Rapaces? —Corax sonrió y puso su gigantesca mano sobre el hombro de Branne—. Sí, eso es muy adecuado. Cazadores rápidos. A partir de ahora eres el comandante de los Rapaces. Voy a informar a Agapito, Solaro y Aloni.

Con un gruñido y un golpe seco, el legionario que luchaba con el rapaz acabó con la cara contra el suelo y un brazo retorcido contra la espalda. El rapaz le pasó un brazo alrededor del cuello y tiró, provocando un gruñido de dolor del legionario.

—¡Alto! —gritó Branne.

«Los Rapaces», pensó Alpharius mientras miraba la línea de guerreros animando con gestos a su compañero cuando éste regresó a la fila. Si Corax tenía razón y los Rapaces estaban listos para el combate en cincuenta días, Omegon debía saberlo. Alpharius había evitado enviar ningún informe hasta el momento, pero una noticia como ésa merecía la pena el riesgo. Fuera lo que fuese lo que estaba planeando el primarca de la Legión Alfa, debería llevarlo a cabo más rápidamente si había que evitar el resurgimiento de las fuerzas de la Guardia del Cuervo.

Corax pareció estar satisfecho con lo que había visto. Alpharius lo vio marcharse. Justo antes de que el primarca atravesara las grandes puertas, se detuvo y miró hacia atrás, sumido en sus pensamientos. Una arruga cruzaba la pálida piel de su frente, pero no de rabia, sino de preocupación. Duró tan sólo unos pocos segundos, y Alpharius se preguntó qué habría pasado por la mente del primarca mientras volvía a observar a los jóvenes rapaces.

El visor del guardia se rompió hacia adentro lanzando fragmentos de transpex reforzado que atravesaron los ojos del hombre, que cayó hacia atrás aullando de dolor. Corvus le hundió el puño en el pecho, silenciándolo con una explosión de fragmentos de hueso y vísceras hechos puré.

El traqueteo de los disparos de las armas automáticas sonaba detrás de él y sintió una picazón recorriéndole la espalda. Mirando por encima del hombro, Corvus vio tres hombres en la muralla del puesto de avanzada, una protuberante posición

defensiva que dominaba la vía de aproximación desde el Ala Dos hacia el hangar de vehículos. Se oyeron más disparos y otra ráfaga de proyectiles rebotó en su pálida carne, cayendo los aplastados proyectiles al suelo a su alrededor.

El líder rebelde se inclinó y tomó el rifle de las manos del guardia muerto. La protección del gatillo era demasiado pequeña para sus enormes dedos, por lo que la arrancó. Aunque realmente era un arma de gran calibre, el rifle parecía un juguete en sus manos. Levantando el brazo, se volvió y apuntó a los hombres del puesto de guardia. Estaban a unos doscientos metros de distancia, por lo que ajustó la posición ligeramente para tener en cuenta la escasa carga explosiva de los proyectiles del rifle. La boca del cañón del puesto avanzado llameó una vez más abriendo grandes agujeros en la desconchada pared que había detrás de Corvus.

Apretó el gatillo.

El hombre que disparaba el cañón del puesto avanzado cayó sobre el arma con un agujero en la mejilla izquierda justo por debajo del visor. Su dedo se tensó al morir, disparando una ráfaga de proyectiles contra el suelo mientras el arma giraba sobre su montura.

Con un nuevo disparo, Corvus atravesó la garganta del cargador, que había quedado sin protección a causa del giro del arma. El tercer hombre se dio la vuelta para huir. Salió despedido cuando Corvus lo alcanzó con su tercer disparo entre los omoplatos, partiéndole la columna vertebral.

—Toma —dijo Corvus, entregándole el rifle al joven cuando vio que Delpha pasaba corriendo sin un arma. El líder rebelde señaló con la cabeza el cuerpo del caído—. Hay cargadores de repuesto en el cinturón del guardia.

La primera oleada casi había alcanzado la puerta. Los guardias la habían sellado desde el interior, creyéndose a salvo tras tres capas entrelazadas de acero y ferrocemento. Estaban muy equivocados.

Corvus cogió el transmisor de radio de su cinturón.

—Constantin, activa el control manual.

—Sí, Corax —le llegó la débil respuesta. La palabra significaba «salvador». Corvus había pedido a sus seguidores que lo llamaran por el nombre que ya tenía, pero cada vez un mayor número de ellos insistían en llamarlo con el honorífico. Era un compromiso terrible, y estaba decidido a demostrar que tenían razón y cumplir sus expectativas.

Viendo una escopeta descargada, Corvus la empuñó. El combate estaba próximo a ser cuerpo a cuerpo y despiadado. Desenvainó el cuchillo, que de hecho era la espada de gala de un coronel de seguridad que llevaba en el cinturón, y rápidamente alcanzó la primera línea de la muchedumbre que avanzaba por el amplio corredor hacia la puerta. Si podían asegurar las instalaciones del parque móvil, dispondrían de vehículos presurizados para atravesar el territorio carente de atmósfera del

exterior. La ventaja estratégica de quedar liberados de los confines de los edificios de la prisión había hecho que esas instalaciones fueran una de las prioridades de Corvus.

—Control manual en cinco segundos —informó Constantin.

—¡Adelante! —rugió el líder de la guerrilla moviendo la escopeta en dirección a las puertas.

Él se encontraba a tan sólo una docena de zancadas de la pulida superficie del portal. Si las cargas que había situado en el interior del mecanismo durante su última infiltración invisible habían sido descubiertas, lo harían quedar como un estúpido.

Una cadena de pequeñas detonaciones resonó a través del metal. Corvus alcanzó la palanca de bloqueo pocos segundos después. El cadáver del hombre que la había activado yacía a los pies del rebelde. Si todo había ido como Corvus había planeado, el sistema de bloqueo se habría roto. Levantó la palanca sin encontrar resistencia alguna. En ese momento supo que lo había logrado.

Las sirenas aullaron y las luces de emergencia cobraron vida en la parte superior de la puerta mientras el gigantesco portal se abría.

—¡Armas preparadas! —gritó Corvus por encima del ensordecedor chirrido de las inmensas puertas.

La puerta no se había levantado más de medio metro del suelo cuando una andanada de disparos rugió en el otro lado, atravesando rodillas y espinillas. Más de veinte hombres y mujeres cayeron gritando, agarrándose las piernas destrozadas. Un puñado de internos se dio la vuelta y corrió para evitar el mismo destino.

Los ojos de Corvus se vieron inmediatamente atrapados por Lensa. La muchacha yacía sobre su costado derecho, con la pierna izquierda destrozada y el pie colgando por unos pequeños fragmentos de tendones. Sus jóvenes ojos se encontraron con los de Corvus y se relajó. Sus gritos se acallaron y sonrió.

Un segundo después, otra andanada de proyectiles la acribilló, arrancándole la mitad de la cara y abriendo grandes agujeros por el resto de su cuerpo.

Con un gruñido, Corvus se tiró al suelo y rodó por debajo de la puerta que seguía abriéndose. Se puso en pie delante de dos hombres que disparaban una ametralladora pesada montada sobre su trípode. La escopeta rugió en la mano de Corvus y atravesó la ropa protectora del guardia más cercano. El segundo trató de sacar su pistola de la funda que llevaba en la cadera justo cuando Corvus introducía un nuevo cartucho en la recámara.

El guardia apretó el gatillo frenéticamente, lanzando una andanada de balas que rebotaron en el pecho de Corvus. El hombre siguió disparando con el cargador ya vacío y su cara se llenó de terror. Un proyectil le atravesó el brazo y el hombro, lanzándolo por los aires en medio de una fuente de gotas carmesí.

La otra dotación estaba tratando de apuntar su arma hacia el líder rebelde. Tirando a un lado la escopeta, Corvus arrancó la ametralladora de su montura y apartó el trípode de una patada. Se pasó la cinta de munición por encima del hombro y disparó contra los hombres que quedaban. Tres ráfagas cortas fueron suficientes para matarlos con disparos meticulosamente medidos para no dañar la otra ametralladora pesada.

La puerta ya se había separado hasta metro y medio del suelo y un buen número de rebeldes estaban atravesándola. Corvus indicó a Branne, Agapito y Starken que cogieran la otra arma pesada.

—¡Seguid moviéndoos! —aulló Corvus—. ¡Seguid moviéndoos!



TRECE

LA ESPERANZA DE CORAX
HYDRA CONTACTO DOS
EL CAMINO HACIA LA VICTORIA

La columna avanzó un paso, serpenteando a lo largo de uno de los lados del corredor y volviendo por el otro. Navar Hef miró hacia su izquierda a través de la puerta abierta para ver lo que estaba sucediendo. Los reclutas, pues todavía no se les permitía llamarse rapaces a sí mismos, estaban identificándose junto al comandante Branne. A su lado estaba el sargento Nestil con una caja cubierta por una tela negra. Cada recluta metía la mano en la caja y sacaba una pieza hexagonal. Algunas eran negras, otras blancas.

Aquellos que sacaban la pieza blanca suspiraban y se alejaban. Los afortunados que sacaban la negra, aproximadamente un tercio de los reclutas, entraban en la habitación. Esos eran los siguientes que iban a experimentar la transformación.

Navar había visto a los nuevos rapaces entrenándose en la sala. Eran una visión inspiradora, mucho más que los legionarios que Navar había visto durante toda su vida. Podía recordar a todos y cada uno de los primeros nueve cuando habían sido como él, apenas unas semanas atrás. Ahora estaban luchando con los legionarios y haciendo prácticas de tiro con bólters y armas pesadas.

Estaba muy cerca. Si Navar cogía una de las tuercas negras, formaría parte del siguiente grupo de reclutas que se convertirían en Rapaces. La espera era agónica, alejándose de la puerta un paso cada vez y después girando al final del corredor. Al llegar junto a las puertas dobles que daban al comedor, Navar se dio cuenta de lo cerca que estaba del final de la línea. Detrás de él había menos de veinte reclutas.

Las manos le temblaban por el nerviosismo y tenía la boca seca.

Tan sólo quedaban cinco reclutas más entre Navar y el comandante Branne. El siguiente sacó una tuerca blanca: fallo. Cuatro más. El recluta que avanzó era el líder de la escuadra de Navar, un joven de cabello rubio un par de años mayor que él que se llamaba Molo. Navar apenas podía respirar cuando Molo llegó junto a la caja con un ojo entrecerrado, como si pudiera ver en su interior.

Fue una tuerca negra.

—Bien por ti, Molo —susurró Navar, y recibió un breve gesto de agradecimiento con la cabeza y una mueca como respuesta.

—Eso es todo —dijo Branne, saliendo al corredor.

—¿Comandante? —exclamó Navar con las entrañas retorciéndosele a causa de la decepción.

—Éstos son los próximos cien —explicó Branne—. Volved a vuestros dormitorios y estad preparados para entrenar al atardecer.

Branne volvió a entrar en la habitación y la puerta se cerró, dejando a los restantes reclutas con los hombros caídos y arrastrando los pies. Navar se sentía como si le hubieran pegado una fuerte patada entre las piernas, y se le había formado un doloroso nudo en el estómago. No había sido uno de los primeros nueve. Tampoco sería uno de los Cien Segundos.

—No te preocupes —lo animó Caol, dándole unos golpecitos en la espalda—. No seremos los primeros, pero pronto seremos Rapaces. Podemos esperar una semana.

Una semana se le antojaba una eternidad a Navar.

Junto al puesto de mando, la sala de control de Corax era una habitación cuadrada de unos doce metros de lado, con todas las paredes cubiertas de pantallas y máquinas analíticas. Los técnicos con túnica y los servidores chirriantes estaban muy ocupados en las consolas, recopilando el flujo de datos en los mapas estelares giratorios y las siempre cambiantes tablas de información.

Branne, Agapito, Solaro y Aloni estaban sentados alrededor de la mesa de cristal en el centro de la sala, mientras que Corax estaba de pie a un lado, con una terminal portátil en una mano. Apartado de los demás, silencioso en una esquina de la habitación, estaba Arcatus, invitado tan sólo por cortesía del primarca. Branne acababa de finalizar su informe sobre la transformación de la segunda tanda de Rapaces. Dos habían muerto durante el proceso, el resto eran tan impresionantes como la primera oleada.

—Sixx afirma que ha creado suficientes semillas genéticas para dos mil más, aunque las instalaciones de la Guarida del Cuervo tan sólo nos permiten realizar la implantación de doscientos cincuenta a la vez. Ha solicitado que traslademos la totalidad de la operación a la Torre del Cuervo.

—Todavía no —replicó Corax—. ¿Cómo van las nuevas armaduras?

—Las pruebas están casi listas —dijo Branne—. Los Rapaces están aprendiendo a utilizar los sistemas mejorados muy rápidamente. Ya he hecho que las primeras mil armaduras fueran pintadas con los colores de la legión. Tenemos que acabar la organización por escuadras antes de pasar los requisitos referentes a insignias al armorium.

—He realizado una lista de potenciales candidatos a sargentos —informó Agapito, activando la placa táctil que tenía delante de él sobre la mesa—. Los Rapaces pueden estar bien preparados, pero necesitaremos recurrir a los Garras para un poco de experiencia en mando.

—Estoy de acuerdo —convino Corax. Observó la lista—. Todos son buenos guerreros. Dejaré que toméis la decisión final vosotros dos. Solaro, ¿cuál es la situación de los vehículos?

—Mala, relativamente hablando —dijo el comandante—. El armorium ha recibido tres cargamentos procedentes de Kiavahr desde que regresamos, principalmente Rhinos, pero apenas disponemos de blindados pesados. Sea cual sea el plan para atacar a Horus, espero que no implique el uso de tanques.

—Será un asalto de infantería —afirmó Corax. Con un gesto de su mano apareció una imagen en la superficie de la mesa, mostrando el mapa estelar del sector que rodeaba Deliverance. Un círculo rojo iluminaba una estrella hacia el límite de la imagen.

—¿Narsis? —exclamó Aloni—. ¿Ése es el objetivo?

—Hemos reunido los informes de varios navegantes que han estado viajando por la zona —explicó Corax—. Aunque las tormentas de disformidad siguen soplando con fuerza, las turbulencias alrededor del sistema Narsis son mucho más débiles. Dada la proximidad de este mundo a varios mundos forja, así como a los recursos de Agrapha, Chopix y Spartus, creo que Narsis será utilizado por los rebeldes como punto de Partida para atacar el sector.

—La Fortaleza Perfecta —recordó Branne—. Los Hijos del Emperador sometieron Narsis y construyeron la Fortaleza Perfecta en el planeta.

—La típica arrogancia de Fulgrim —intervino Aloni—. Ninguna fortaleza es perfecta. Aun así, no tenemos el material pesado para un asedio.

—Esta vez no —dijo Corax—. Tengo un plan para la Fortaleza Perfecta, pero ése no es el asunto todavía. Necesito saber si los Rapaces están preparados para luchar.

—En teoría, sí —asintió Branne—. Pero no se les ha puesto a prueba en un combate real. Los entrenamientos y simulacros son una cosa, pero los disparos en medio de una batalla son otra muy distinta. No me gustaría enfrentarlos a la Fortaleza Perfecta en su primera batalla.

—¿Y qué tal Cruciax? —apuntó Solaro. Ajustó la imagen en el mapa para que se desplazara hacia otro sistema estelar, mucho más próximo a Deliverance—. Una

pequeña base lunar en un sistema muerto. Fue establecida por los Portadores de la Palabra, seguramente como estación de vigilancia. Podemos poner a prueba a los Rapaces y cerrar uno de los canales de inteligencia de los traidores en el sector.

Branne se frotó la barbilla y estudió los esquemas mientras Corax asentía con la cabeza.

—¿Cuándo? —preguntó el primarca.

—¿A cuántos queréis probar? —respondió Branne.

—Los primeros quinientos —dijo el primarca—. Una batalla adecuada, no una escaramuza de entrenamiento. Espero que los Rapaces puedan luchar independientemente de los Garras, los Azores y los Halcones. Serán nuestra primera formación de ataque.

—Diez días para completar las implantaciones, otros diez de preparación y equipamiento —murmuró Branne—. ¿Quién puede aventurar cuánto nos costará llegar allí? Quince días al menos dadas las condiciones de la disformidad.

—Muy bien —decidió Corax—. Vas a dirigir a los Rapaces en un asalto contra las instalaciones en Cruciax. Te acompañaré para observar de primera mano su actuación. ¿Qué más necesitas para estar preparado a tiempo?

—Sólo algunos sargentos —respondió Branne, mirando a Agapito—. Aparte de eso, ya lo tenemos todo dispuesto.

—Tendré los nuevos líderes de escuadra reasignados y enviados a la Guarida del Cuervo en los próximos dos días —respondió Agapito.

—También necesitarás elementos de reconocimiento —apuntó Solaro—. Puedo tener mis escuadras preparadas para cuando las necesites.

—Nos basaremos en la información orbital —lo rebatió Corax—. No es más que un pequeño enfrentamiento. La fuerza se desplegará sólo con la *Vengadora*, no hace falta arriesgarnos a tener una flotilla dispersada por las tormentas. Atacaremos a los Portadores de la Palabra, destruiremos la estación y nos retiraremos. Eso es todo.

—Entendido, mi señor —dijo Branne.

—¿Estás seguro? —insistió Corax. Miró a todos los comandantes, uno tras otro —. Narsis es nuestro objetivo principal. Quiero estar preparado para lanzar un ataque a gran escala contra la guarnición de los Hijos del Emperador dentro de cincuenta días. Debemos devolver el golpe a los traidores lo antes posibles.

—¿Vuestros planes han sido aprobados por el Emperador? —preguntó Arcatus, levantándose de su asiento—. ¿Qué apoyo esperáis?

—No se ha producido ningún contacto significativo con Terra —respondió Corax —. El Emperador nos proporcionó autonomía al dejarnos utilizar la tecnología genética de la bóveda. De momento no podemos esperar otras fuerzas. Tan sólo la Guardia del Cuervo. No conozco la situación de las otras legiones, así que únicamente podemos confiar en nosotros mismos.

—Mis custodios os acompañarán a Narsis —dijo Arcatus—. Si es posible, queremos tomar prisioneros varios guerreros de los Hijos del Emperador para trasladarlos a Terra.

—Éste es un objetivo secundario —replicó Corax—. Nuestro objetivo principal es la eliminación de la Fortaleza Perfecta y de su guarnición. Si Narsis cae en manos de los leales al Emperador, puede causar muchos inconvenientes a nuestros enemigos.

—Es vuestro privilegio como comandante, primarca —insistió Arcatus—. Pero recordad que aunque en estos momentos estamos luchando solos, también hay otros que están librando esta guerra.

—No los he olvidado —asintió Corax—. Es por ellos que la Guardia del Cuervo se va a meter en las fauces de la bestia y atraer su mordisco.

La nube ácida había reducido la visibilidad a menos de un centenar de metros y estaba dejando extrañas marcas en la pintura de la armadura de Alpharius. Siguió avanzando con cuidado, evitando los charcos de líquido corrosivo que se estaban formando. Absolutamente todo en la zona radiactiva estaba teñido de un tono rojizo, y las sombras de los edificios en ruinas que tenía delante eran una mancha oscura contra el horizonte carmesí.

El sonido del detector de radiación era insistente pero constante, suficientemente bajo para que su armadura todavía no hubiera empezado a bombear agentes para contrarrestarla en su flujo sanguíneo. El aire reciclado que respiraba se estaba volviendo un poco viciado, pero estaba lejos de ser intolerable a pesar del olor antiséptico.

Pasando por encima de los restos corroídos de unas vías, Alpharius miró hacia su derecha, donde el resto de la escuadra estaba avanzando con las armas preparadas. El esquema de visión interna le mostraba que se encontraban a setecientos cincuenta metros de la baliza de la Guarida del Cuervo, y a menos de quinientos del límite de la patrulla.

Rodeando una masa de metal fundido que antaño había sido una hilera de vagones de tren, la escuadra cruzó el muelle de carga a buen paso. Nemron caminaba un poco por delante de los demás, el bólter en una mano y un auspex en la otra. Periódicamente informaba de que no detectaba contactos.

La patrulla era un procedimiento estándar para asegurar que el perímetro de las instalaciones era seguro, pero con el incremento del reclutamiento de los Rapaces, Alpharius había detectado una mayor importancia en las órdenes del comandante Branne. No era un buen signo, tal vez un indicador de los mandos superiores de la Guardia del Cuervo podían haber oído algún rumor sobre la rebelión que Omegon estaba incitando. El radio de la patrulla se había extendido quinientos metros,

cubriendo la parte más exterior del desolado nudo de transportes.

Otros cien metros más adelante, la nube se espesaba aún más a medida que la escuadra se movía hacia una depresión causada por el hundimiento de túneles y compartimentos subterráneos. Descendiendo por encima del ferrocemento destrozado, Alpharius sintió algo nuevo. Sentía una pequeña pero insistente presión en la base del cráneo, justo junto a las vértebras, en el agujero donde una de sus glándulas progenoides había sido retirada.

Reconoció inmediatamente la causa y aspiró profundamente. El microscópico implante de la Legión Alfa colocado en su columna vertebral había detectado una señal de alerta. En algún lugar en un radio de cien metros había un transmisor de la legión.

—Barrido hacia la derecha, amplitud de cincuenta metros —dijo, dirigiendo al resto de la escuadra para que se alejara de su actual línea de avance—. Nemron, escaneo activo de ese edificio a setenta metros hacia la derecha.

Alpharius mantuvo su rumbo, aumentando la separación entre él y el resto de los legionarios. La apremiante sensación en su cuello se iba haciendo más clara. Mirando hacia los demás, los distinguió sólo como sombras medio visibles en medio de la corrosiva niebla, y estaba seguro de que ellos tampoco podían verlo a él.

Se detuvo y se concentró en la señal que su implante estaba detectando. Notó un pequeño incremento en el tempo de la alerta al avanzar hacia la izquierda. Mirando a su alrededor, vio los restos de un generador de energía, roto y arrugado como si hubiera estado hecho de papel mojado. Con un vistazo más para asegurarse de que no era observado, se dirigió hacia allí. La intermitencia en su cráneo se volvió más y más rápida.

Hizo un estudio somero de las ruinas alrededor de la base de la torre derruida, pero no pudo ver ningún signo obvio de intromisión. Estaba contento de que no hubiera nada que ver. No tenía necesidad de tener acceso a la estación nodal para interaccionar con ella. Arrodillándose, abrió el panel de su antebrazo derecho y apagó su monitor de escuadra.

—Sargento, he perdido su señal —llegó la llamada inmediata de Gallid a través de grandes interferencias en el comunicador.

—Una bolsa de radiación. Nada de lo que preocuparse —respondió Alpharius con voz mesurada—. Continuad el barrido. Me reuniré con vosotros en breve.

El legionario alfa activó el receptor-transmisor de corto alcance, lo que hizo que de la parte posterior de su guantelete surgiera una pequeña antena.

—Código Effrit, omega-nueve-hydra —le llegó la apagada voz electrónica del transpondedor—. Contacto Dos. Informe. Acción inminente. Prepárese para recibir órdenes.

—Código Effrit, hydra-nueve-omega —respondió Alpharius—. Contacto Dos

entendido. Nueva formación designada Rapaces. Tecnología genética muy estable. Veintitrés días hasta la primera operación de los Rapaces. Objetivo seguro, pero se ha establecido ruta de entrada. Listo para las órdenes.

Un fuerte crujido, indicativo de que se había establecido una conexión en vivo sorprendió a Alpharius.

—Contacto Dos, aquí Effrit. Confirme estatus del desarrollo de los Rapaces.

—Effrit, Hydra Contacto Dos. Secuencia de implantación aumentada. Inminente procesamiento total. Tiempo estimado antes de que el enemigo vuelva a ser una amenaza militar, setenta días. ¿Órdenes?

Se produjo una larga espera hasta que la respuesta crepitó a través del sistema. Alpharius supuso que sus noticias habían requerido algún tipo de deliberación.

—Informe entendido, Contacto Dos. Órdenes de permanecer siguen vigentes.

El enlace se cerró con un silbido y Alpharius recogió el transmisor. No estaba demasiado preocupado por la respuesta. Aunque era difícil de decir a través de las diversas capas de enmascaramiento, el legionario alfa creyó detectar una cierta duda en el mensaje de Omegon, como si le hubiera sorprendido el rápido desarrollo de los acontecimientos.

Poco era lo que Alpharius podía hacer en esos momentos, y las órdenes de seguir como hasta ahora implicaban no hacer nada todavía respecto a la tecnología genética, ni interferir u obstruir el proceso de reclutamiento. Esperaba que su primarca tuviera un plan y estuviera presto a actuar en breve. Si no, la Guardia del Cuervo tendría muy fácil el camino de recrear su legión.

—Aterrizaje en cinco… cuatro… tres… dos… uno. Ya.

La Thunderhawk se estremeció bruscamente y una nube de polvo y arena se levantó hacia estribor. Branne ya estaba libre de su arnés y se dirigía hacia la rampa de asalto. Los treinta rapaces a bordo se alinearon rápidamente detrás de él, con sus recién pintadas armaduras brillando bajo la iluminación de combate, sus bólters refulgentes por el aceite recién aplicado.

—El segundo ataque ha inutilizado la torreta de defensa oriental. Desembarco autorizado —anunció el piloto.

La rampa descendió rápidamente, inundando el interior de la cañonera con una dura luz azulada. Los sentidos automatizados de Branne filtraron lo peor del brillo mientras bajaba corriendo por la rampa hacia la duna barrida por el viento.

—Dispersión estándar. Corron por el flanco izquierdo; Nal por el derecho —ordenó Branne.

Los Rapaces se abrieron rápidamente en abanico, su armadura oscura se recortaba contra el desierto gris pálido. Una escuadra se dirigió hacia cada lado, y la tercera siguió a Branne directamente hacia adelante. Frente a ellos se encontraba la estación

de vigilancia, situada bajo un rocoso acantilado y con el techo cubierto por gran cantidad de antenas de comunicaciones y sistemas de sensores.

Tres misiles zumbaron por encima de sus cabezas, detonando en el extremo occidental de la estación, a la izquierda de Branne. El rococemento explotó por el efecto de los proyectiles revientabúnkeres, lanzando los cascotes por el patio cubierto de arena.

—Abierta brecha, tercera unidad avanzando. Segunda unidad, fuego de cobertura —ordenó Branne.

La arena se estaba moviendo constantemente, haciendo que el suelo bajo sus pies resultara inestable. Los pesados legionarios surgieron de entre las trémulas nubes grises, con las armas apuntando al edificio bajo que tenían delante. El rugido de los motores de plasma tronó por encima de sus cabezas cuando otra Thunderhawk hizo una pasada con sus cañones láser atravesando las ventanas blindadas de la cara meridional de la estación. El chorro de reacción de la Thunderhawk de Branne bañó momentáneamente a los Rapaces en una tormenta de polvo cuando la nave despegó para ocupar una posición de cobertura más elevada.

—Objetivos, punto quince, tres ventanas —gruñó Branne al ver figuras moviéndose en una de las ventanas destruidas. Un instante después, del interior del edificio empezaron a vomitar proyectiles bólter en dirección a la escuadra del sargento Nal.

Varios disparos de respuesta surgieron de los guerreros de Corron: una andanada de proyectiles bólter y descargas de plasma. Branne ordenó a la escuadra que lo acompañaba que hiciera fuego de cobertura mientras Nal y sus legionarios se acercaban a la línea de fuego de los defensores.

—Mantenedlos ocupados —dijo Branne, aprestando su combibólter. Disparó los dos cañones simultáneamente, enviando una lluvia de proyectiles a través del retorcido marco de metal que le rodeaba la ventana. El ladrido de los bólters se intensificó, acompañado por el atronador rugido del cañón automático rotatorio de la escuadra operado por Kavin. Los proyectiles más pesados del cañón automático arrancaron grandes fragmentos de plastocemento del muro.

Branne se dio cuenta de que ésta era la primera vez que había disparado contra otros guerreros de las Legiones Astartes. Como los Rapaces que dirigía, él no había luchado en Isstvan, y era un instante que estaba orgulloso de compartir con los nuevos reclutas. Se preguntaba si Corax había sido aún más astuto de lo que pensaba el comandante al ponerlo a él al mando de los Rapaces. No habiendo compartido la experiencia de la masacre en el punto de desembarco y la posterior retirada, había sido duro relacionarse con los legionarios que lo habían vivido. No existía esta diferencia entre él y sus nuevas tropas.

Este ataque no era sólo para probar la capacidad de los Rapaces, era una

posibilidad para que él pudiera demostrar a su hermano, y al resto de la legión, que estaba decidido a seguir en esta guerra contra los traidores como cualquier guerrero que hubiera visto a sus hermanos de batalla Resinados en Isstvan V.

—Imágenes térmicas indican que el enemigo está respondiendo con fuerza al ataque por el sur —dijo Corax lenta y pausadamente. El primarca no se había unido al ataque en persona, prefiriendo observar lo que sucedía desde la *Vengadora*, en órbita sobre la luna más grande de Cruciax. El propio gigante de gas apenas podía verse más que como un gran arco rojo oscuro más allá de la serrada línea de montañas que había por detrás del puesto de vigilancia.

—Mantened la posición. Atraed el fuego —ordenó Branne a sus hombres.

Habían hecho un desembarco espectacular y un gran ataque inicial, pero el suyo no era más que un asalto de diversión planeado para atraer a los Portadores de la Palabra hacia un lado del complejo. Mientras tanto, otra fuerza estaba aproximándose por el lado opuesto, desde lo alto del acantilado, invisibles para los defensores.

Un proyectil bólter alcanzó a Branne en el brazo derecho. Varios fragmentos de ceramita lo golpearon en el pecho y en la cara. Vio que una puerta de acceso se había abierto a unos cincuenta metros a su derecha, desde la que una escuadra de portadores de la palabra con su armadura roja estaba disparando a sus tres escuadras desde el flanco. Uno de los legionarios de Nal había caído, mordiendo la arena con la cara por delante. Otro cayó al suelo un segundo después, con chispas de energía crepitando desde donde su generador dorsal había sido atravesado.

Pasando el arma a su mano izquierda, el comandante devolvió el fuego con una ráfaga de diez proyectiles. Kavin giró su cañón automático contra la nueva amenaza antes de que Branne pudiera dar la orden. Los proyectiles de la pesada arma alcanzaron a la escuadra parapetada en el marco de la puerta, matando a un portador de la palabra y obligando a los demás a ponerse a cubierto.

Branne observó el cronometro secundario de su visor: 22.03 segundos hasta que el ataque principal estuviera en posición.

—¡Seguid así! ¡Mantenedlos ocupados! —gritó.

Los Rapaces no podían quedar por debajo de los estándares de la Guardia del Cuervo. Él tampoco podía dejar de dar la talla.

La parte superior de la escarpadura estaba cubierta de rocas sueltas, pero eso no era inconveniente para los legionarios mientras descendían por la ladera a grandes zancadas. Como parte de la guarnición de la Guarida del Cuervo, la escuadra del sargento Dor había sido temporalmente asignada a los Rapaces, al parecer como miembros honorarios, y por tanto Alpharius se vio descendiendo sobre el puesto avanzado de los Portadores de la Palabra junto a los guerreros de la Guardia del Cuervo.

Era un sentimiento extraño, casi tan raro como la sensación que había sentido cuando su primarca había dado la orden de abrir fuego en la emboscada en el punto de desembarco. Entonces habían sido avisados del plan de apoyar a Horus en su desafío al Emperador, pero la realidad de disparar contra otra legión casi había sorprendido a Alpharius. Lejos de estar conmocionado por ello, lo había encontrado liberador. Décadas de haber sido superado por las extravagantes proezas de las otras legiones habían ido acumulando un resentimiento que no había admitido hasta el momento en que apretó por primera vez el gatillo.

En esos instantes había experimentado un sentimiento de reivindicación, pero ahora Alpharius tenía un sentimiento más pragmático. Los Portadores de la Palabra habían proclamado su lealtad tan ruidosamente, habían lanzado sus liturgias y juramentos tan orgullosamente, que tal vez su rebelión era la más impropia de los verdaderos legionarios. Alpharius siempre había pensado que habían hecho tanta gala de su dedicación a la causa imperial que el comprobar que se habían aliado con Horus no había sido realmente una sorpresa.

Eran aliados, tanto como cualquiera de las legiones que habían colaborado en la destrucción de la fuerza de ataque del Emperador, pero eso no significaba que a Alpharius le gustaran esos grandilocuentes y sermoneadores traidores. Podía imaginárselos perfectamente ensalzando las alabanzas y virtudes de Horus con tanta fuerza como antaño habían proclamado la bondad del Emperador. De todos los que habían tomado parte en la masacre, los Portadores de la Palabra eran los que consideraba más hipócritas.

—Preparados para saltar —anunció el sargento Dor.

Estaban casi al borde del acantilado por encima de las instalaciones. Doscientos rapaces y veinte antiguos garras avanzaban en medio de la tormenta de arena.

Los Rapaces eran una visión extraña con sus máscaras faciales picudas y la nueva armadura, con la que tenían el aspecto de aves de presa. Alpharius había accedido a los esquemas técnicos de la nueva armadura Mark VI, y estaba esperando la oportunidad para entregárselos a Omegon. Seguramente no era ninguna revelación, considerando los tentáculos que Horus había infiltrado en el Mechanicum, pero cuánta de esa información el señor de la guerra estaba dispuesto a compartir con la Legión Alfa era cuestionable.

Una escuadra a la derecha de Alpharius fue la primera en llegar al borde del acantilado. Siguieron adelante, saltando hacia la tormenta de arena. Alpharius tomó aire y los siguió, lanzándose al vacío. El techo de las instalaciones estaba a veintitrés metros por debajo, una distancia que no representaba ningún problema para un legionario totalmente equipado, incluso en condiciones de gravedad normal, y la de la luna de Cruciax era dos tercios de la estándar terrestre.

Nubes de polvo se levantaron a su alrededor cuando Alpharius cayó en el rugoso

techo de rococemento. Las fibras musculares de su armadura se tensaron al aterrizar, apareciendo ante su ojo derecho un rápido informe del estado de los sistemas.

—¡Cargas de fusión! —dijo Dor, sacando una de ellas de su cinturón. Alpharius hizo lo mismo. Emplazó la carga en el tejado frente a él y activó el temporizador en tres segundos.

Retrocedió media docena de pasos y preparó el bólter con una mano mientras armaba una granada de fragmentación con la otra. Con una cegadora detonación, la carga de fusión atravesó el rococemento, abriendo un agujero de aproximadamente un metro de diámetro. La bomba de Dor se activó medio segundo después, agrandando el agujero. A su alrededor, todos los rapaces estaban haciendo lo mismo, abriendo numerosos agujeros por todo el complejo. Alpharius tiró la granada por la abertura. Cogió el bólter con las dos manos y saltó a través de la brecha en cuanto oyó la detonación de la carga de fragmentación.

Las baldosas se partieron bajo sus pies a causa del impacto de su aterrizaje. Todo estaba lleno de polvo, y el suelo aparecía cubierto de fragmentos de rococemento que crujía con cada paso. La única luz procedía de la brecha por encima de su cabeza, creando una dura columna de resplandor azul a su alrededor. Echando un vistazo al frente y a su espalda, comprobó que estaba en un corredor corto con arcadas abiertas en cada extremo. Volvió a avanzar, apuntando hacia adelante mientras el sargento Dor saltaba al interior de la estación. Alpharius giró el bólter hacia la derecha cuando una puerta se abrió ligeramente por delante de él, pero relajó el dedo del gatillo al reconocer la forma característica de un rapaz en la penumbra.

El ladrido de un bólter más adelante puso en movimiento a Alpharius. Con el resto de la escuadra galopando detrás, él y Dor avanzaron hacia la arcada, uniéndoseles cinco rapaces que salieron de una sala lateral.

Una figura apareció en la arcada. En medio del polvo levantado era imposible decir si era amigo o enemigo y Alpharius retuvo el tiro. El guerrero que tenía delante se acercó un par de pasos, mostrando que llevaba una armadura carmesí. Había algo raro en él, un aspecto jorobado que preocupó a Alpharius.

Dor fue el primero en abrir fuego, sumándose un instante después los demás rapaces con sus propias ráfagas. El portador de la palabra cayó hacia atrás, fuera de su vista, mientras fragmentos de su armadura volaban en todas direcciones.

—¡Vamos! —gritó Dor echando a correr—. Limpiad esa sala.

Alpharius lo siguió de cerca, atravesando a la carrera la arcada con el dedo ya tenso sobre el gatillo de su bólter. Giró el arma hacia la izquierda, donde había un par de legionarios acuclillados junto al alféizar de una ventana reventada. La primera detonación atravesó el generador del más cercano. La segunda estaba dirigida más hacia arriba e impactó en el casco esculpido del portador de la palabra.

O al menos eso era lo que Alpharius pensó al principio.

El portador de la palabra cayó de lado chorreando sangre por el cráneo. Lo que Alpharius había tomado por un casco ornamentado no era tal, sino la cabeza deforme del portador de la palabra, en la que un pequeño cuerno emergía de su frente al igual que unos caninos atravesaban su mandíbula. Su piel era de color bronce y la sangre que manaba por el agujero del cráneo era negra y espesa. Alpharius disparó otra vez con un grito de asco, pulverizando la deforme cabeza del portador de la palabra. El otro legionario se volvió y disparó, alcanzado a Alpharius en el vientre. Un cable se rompió y las fibras musculares artificiales se deshilacharon en una masa confusa de fluido blanco.

Un rapaz adelantó a Alpharius disparando el bólter y abrió una línea de sanguinolentos cráteres en el pecho del portador de la palabra. El traidor cogió su bólter como si fuera una porra, pero el rapaz fue más rápido. Desvió hábilmente el mazazo con su propia arma antes de golpear repetidamente con el codo en el costado del casco del portador de la palabra. El rapaz enganchó un pie por detrás de la pierna del traidor y lo derribó con otro codazo en la cabeza.

Con un pie en el pecho del portador de la palabra, el guerrero de la Guardia del Cuervo disparó, y un proyectil tras otro atravesó la armadura del traidor, cubriendo las grebas de entrañas del rapaz.

—Moveos —dijo Dor, señalando la arcada sellada que había en el lado opuesto de la sala.

Mirando a su alrededor, comprobó que no había bajas entre la Guardia del Cuervo. Alpharius contó cinco portadores de la palabra muertos, uno de los cuales mostraba unos rasgos bestiales y deformes similares a los del que él había matado.

—No pensemos demasiado en esto —sugirió Dor, adivinando los pensamientos de Alpharius por su postura—. Según el detector de pulsos, hay un reactor dos niveles más abajo, casi directamente bajo nuestros pies. Busca una escalera.

Era imposible para Alpharius no pensar en lo que había visto. Siempre había habido rumores. Ni siquiera rumores; más bien divertidas historias de soldados. Naves que se habían perdido y posteriormente encontrado con todos sus ocupantes afectados por algún horripilante poder. Todos los legionarios que han pasado tiempo en la disformidad tienen alguna historia que contar sobre extraños sueños o sucesos perturbadores. Alpharius había medio atisbado cosas extrañas en el curso de sus vigilias mientras estaba en tránsito disforme, y el mando de la legión nunca había negado categóricamente que la disformidad estuviera habitada. Las caras contorsionadas de los dos portadores de la palabra muertos recordaron a Alpharius aquellos vagos sueños, y se preguntó qué estaba sucediendo con las Legiones Astartes que se habían aliado con Horus.

Otro corredor los condujo a un comedor que ocupaba toda la anchura de las instalaciones, con casi setenta metros de largo. El tiroteo estaba en su apogeo cuando

llegó. El aire estaba saturado de ráfagas entrecruzadas, brillantes chispas del propelente de los proyectiles y ardientes detonaciones reflejadas en las mesas de acero y las estanterías laminadas. El rugido de los bólters y el estruendo de los impactos era ensordecedor. Los portadores de la palabra se habían parapetado detrás de mesas tumbadas en el extremo más alejado, y estaban intercambiando fuego con dos escuadras de rapaces atrapadas en unas puertas dobles en el lado opuesto a Alpharius.

Una ráfaga de disparos dio la bienvenida al sargento Dor mientras éste entraba corriendo en la sala con el bólter en fuego automático. Se subió a una de las largas mesas y se agachó detrás de su protección mientras los fragmentos de metal saltaban a su alrededor y la armadura recibía diversos impactos de bólter.

Sin dudarlo ni un instante, los rapaces penetraron en la sala pasando por delante de Alpharius. El primero salió despedido hacia atrás por una descarga de plasma que le fundió la placa pectoral y le incineró las entrañas. Los rapaces obtuvieron una rápida venganza al acribillar al que había disparado el arma de plasma. La armadura del portador de la palabra y la vitrina de vidrio que tenía detrás estallaron bajo los impactos.

—¡Movimiento del flanco, escuadra tres!

El aviso lo dio uno de los rapaces mientras saltaba por encima de una mesa con una granada en la mano. Lanzó el explosivo por encima del mostrador para servir las comidas que separaba el comedor de la cocina. Un estallido de fuego surgió del interior, causando una serie de explosiones secundarias en las líneas de energía afectadas.

Los rapaces de armaduras negras avanzaron a lo largo de las paredes laterales, corriendo sin disparar. Dos más cayeron bajo las andanadas de los portadores de la palabra, pero los legionarios de la Guardia del Cuervo siguieron avanzando, sin hacer caso de las bajas que sufrían.

—Síguenos, viejo —le dijo uno de los rapaces a Dor mientras pasaba corriendo junto al sargento.

—Cabrón deslenguado —gruñó Dor, propulsándose por encima de la mesa tumbada y barriendo con su arma la sala—. ¡Fuego de cobertura!

Alpharius entró de lado y disparó una ráfaga de cinco proyectiles apuntando a un portador de la palabra que estaba levantando un rifle de plasma por detrás de un carrito cargado con jarras de agua. Las piezas se desintegraron en fragmentos y astillas plateadas, y el portador de la palabra se vio obligado a ponerse a cubierto, con su recién pintada armadura roja descascarillada por varios impactos directos. El resto de la escuadra entró en el comedor y tomó posiciones de tiro, disparando una lluvia de proyectiles que martilleaban en las mesas y armarios de metal tras los que se parapetaban los portadores de la palabra.

Los rapaces alcanzaron el otro extremo de la sala, donde desenvainaron sus cuchillos de combate y se lanzaron contra los portadores de la palabra que los esperaban. Alpharius vio como uno de ellos era despedazado por el fuego combinado de tres traidores, momentos antes de que su hermano de batalla saltara por encima del armario disparando su bólter a bocajarro sobre el visor del portador de la palabra. El rapaz lanzó con la otra mano un tajo de su cuchillo que atravesó la gorguera de otro mientras su hombrera izquierda saltaba en fragmentos a causa de un impacto de bólter.

Los portadores de la palabra no se habían esperado la gran velocidad y ferocidad del ataque de los rapaces. Varios legionarios de armadura negra ya estaban saltando entre las estanterías y los carros de la cocina, aniquilando a los traidores con sus bólters y cuchillos.

A una palabra de Dor, la escuadra empezó a avanzar, preparados para cubrir a los rapaces si éstos se veían forzados a retroceder. No hubo necesidad de dicha precaución. Alpharius vio caer a un portador de la palabra, alcanzado repetidamente por los bólters de tres rapaces. Otro traidor fue levantado por los aires y lanzado salvajemente contra los cables de energía dejados al descubierto por la granada, haciendo que saltaran chispas y descargas relampagueantes que recorrieron su convulsionado cuerpo.

La última vez que Alpharius había visto algo como eso había sido en la carga de los Devoradores de Mundos contra los Salamandras en el punto de desembarco. Ésa había sido una matanza pura a una escala que jamás había imaginado que fuera posible. La lucha en el comedor era mucho menos espectacular, pero la letal eficiencia de los rapaces no era menos impresionante.

Se imaginó a los sobrehumanos que tenía delante con los colores de la Legión Alfa destrozando a los Ultramarines o a los Ángeles Oscuros. Había una cierta impulsividad en la forma en que luchaban, una furia disciplinada combinada con una extraordinaria velocidad y precisión. Y no eran más que nuevos reclutas. Alpharius imaginó la Legión Alfa descendiendo sobre Terra con cincuenta mil de esos guerreros, endurecidos en batallas previas, con la astucia y el buen juicio que aprenderían del primarca.

Ésa sería una fuerza que Horus tendría que respetar. De repente, Alpharius se dio cuenta de lo importante que su misión podía ser y la razón por la qué todavía no había recibido órdenes de destruir la tecnología genética. No se trataba de detener a la Guardia del Cuervo; se trataba de reforzar la Legión Alfa.

La sala quedó silenciosa tras el grito de muerte del último portador de la palabra, que resonó amortiguadamente entre las paredes de acero. Alpharius se desplazó a una nueva posición para asegurar otra entrada que había más adelante, mientras los rapaces se movían entre los traidores, asegurándose de que todos estaban muertos

clavándoles los cuchillos en la parte posterior del cuello.

—¡Nuevas órdenes! —ladró Dor—. El reactor ha sido minado con bombas. Nos vamos. Hay Thunderhawk para la extracción en las cuadrículas siete-seis y siete-nueve. Tenemos sesenta segundos. ¡Moveos!

—¿Eso es todo? —preguntó Alpharius—. ¿Hemos acabado?

—Ataca y retírate, ya conoces el procedimiento —replicó el sargento—. La misión era destruir la estación. En cincuenta segundos habremos tenido éxito.

Los rapaces no necesitaron que les repitieran las órdenes. Escuadra tras escuadra se retiraron a través de la cocina y atravesaron el comedor. Alpharius retrocedió, todavía vigilante ante un posible contraataque.

—¿El enemigo ha sido eliminado? —preguntó.

—Lo estará cuando el reactor explote —replicó Dor con una risa—. No tenemos tiempo que perder.

Se retiraron al corredor por el que habían avanzado y salieron al exterior a través de las destrozadas ventanas. Un torrente de legionarios de armadura negra ya estaba penetrando en la tormenta de arena hasta desaparecer de la vista. Alpharius sintió un reticente respeto por la Guardia del Cuervo a medida que se esfumaba tal como había aparecido. Escudriñando a través de la arena que llevaba el viento, miró hacia las instalaciones, pero éstas estaban envueltas en la tormenta de polvo que las ocultaba de la vista. Más adelante, su localizador se conectó con la señal de la Thunderhawk que estaba descendiendo. Con la rampa abierta, la nave de desembarco aterrizó en una duna, añadiendo más arena a la tormenta.

El suelo tembló bajo sus pies justo cuando Alpharius alcanzó la rampa. Mientras subía a bordo de la nave de desembarco se volvió para ver una bola de llamas de color rojo oscuro expandiéndose en la borrosa lejanía. Instantes después, un violento viento barrió las dunas, lanzando un muro de arena que penetró en el compartimento abierto de la Thunderhawk.

—Estamos llenos —anunció el piloto por el sistema de comunicaciones internos —. Cuidado con la rampa.

Dor se apartó de la nube y saltó sobre la rampa cuando esta empezó a cerrarse, cogiendo por el brazo a Alpharius para izarse a sí mismo hacia la cámara principal.

—Misión completa —anunció Corax por el altavoz—. Hemos salido victoriosos. La Guardia del Cuervo ha demostrado que todavía no puede ser ignorada en los planes de batalla del enemigo. Los Rapaces han demostrado su valía y se han ganado el primer honor de batalla. La lucha contra Horus ha empezado.

Alpharius se sentó y tiró del arnés mientras la Thunderhawk giraba bruscamente. Todo el enfrentamiento había durado menos de diez minutos: diez minutos que podían cambiar el curso de toda la guerra.

Reinaba un ambiente de júbilo en la Guarida del Cuervo cuando la última de las lanzadoras procedentes del *Vengador* descargó su cargamento de guerreros. Ni siquiera la pérdida de catorce de ellos apagó los espíritus de los últimos reclutas de la Guardia del Cuervo, aunque fue causa de algunas sombrías reflexiones por parte de Branne. La proporción de bajas era un poco elevada para su gusto, considerando que los Portadores de la Palabra no contaban con más de cincuenta legionarios contra cuatrocientos en el asalto principal, pero sus preocupaciones procedían de otra fuente. Corax había dicho poca cosa de la expedición, excepto su breve discurso de victoria, y se había encerrado en la sala de mando de Branne durante el viaje por la disformidad sin dar al comandante ninguna oportunidad de expresar en voz alta sus dudas.

Mientras los rapaces eran devueltos a sus dormitorios, Branne y Corax regresaron a la Torre del Cuervo para informar de la misión a los demás miembros del mando de la legión. Éstos estaban esperando en la sala de reuniones cuando el primarca y Branne llegaron. Había mucha actividad en marcha mientras los ayudantes de la legión reunían toda la información que podían conseguir sobre Narsis y la Fortaleza Perfecta. Solaro, Agapito y Aloni estaban sentados a la mesa como estatuas gigantescas en medio del ajetreo de los operarios de la sala de mando.

—El puesto avanzado de Cruciax ha sido destruido —anunció Corax en cuanto entró en la sala—. Los Rapaces, aunque tácticamente un poco verdes, han tenido una actuación más allá de las expectativas, y la victoria me indica un nuevo inicio para la Guardia del Cuervo.

—¿Un éxito al ciento por ciento? —preguntó Solaro.

Corax no respondió, sino que miró a Branne.

—Me gustaría decirlo —respondió el comandante de los Rapaces, devolviendo la mirada a su primarca—. Tuvimos bajas evitables.

—Mejorarán con la experiencia —afirmó Corax—. Su entusiasmo será templado.

—Fueron imprudentes, mi señor, no entusiastas —replicó Branne, sentándose a la mesa—. Aunque todo combate implica un riesgo, hubo demasiados que tomaron riesgos innecesarios que no sólo costaron vidas valiosas, sino que potencialmente pusieron en peligro el éxito de la misión.

—Si los llevamos a la Fortaleza Perfecta con ese estado mental, serán masacrados —intervino Agapito—. Hemos estado estudiando la información existente en los archivos, y es un obstáculo formidable. Es de esperar que los Hijos del Emperador hayan fortificado aún más Narsis desde su alianza con Horus. No es el lugar adecuado para acciones imprudentes.

—Los Rapaces tan sólo serán una parte de las fuerzas —replicó Corax, frunciendo el ceño con irritación—. Los juzgáis muy duramente por un poco de falta de disciplina en su primera batalla. Ellos saben que están siendo puestos a prueba, y

compensaron la inexperiencia con su entusiasmo. Os recuerdo a ti y a Branne tratando de impresionarme con vuestras heroicidades cuando erais jóvenes.

—Bien dicho, mi señor —admitió Agapito. Por un instante pareció compungido, pero después negó con la cabeza—. Pero hay una diferencia entre dos jóvenes adolescentes encarcelados y varias compañías de transhumanos armados y equipados con el mejor material disponible actualmente. Como legionarios, deben impresionaros con su dedicación y disciplina, no con puro celo. La atención a los deta…

—¿No crees que estén preparados? —le espetó Corax—. Hablas como uno de esos capellanes portadores de la palabra, diciendo palabras vacías sobre deber y disciplina. ¡Estamos implicados en una guerra que decidirá el destino del Imperio! Espero que cada guerrero pueda comportarse con orgullo y hacer todo lo que sea posible para conseguir la victoria.

A eso siguió un incómodo silencio que se alargó unos segundos mientras Corax se daba la vuelta con los dientes rechinando de rabia. Cuando volvió a mirar a sus comandantes, se había calmado.

—Los Rapaces aprenderán disciplina —les aseguró—. Con el tiempo, cuando haya más de ellos, podremos dispersarlos por la legión como hacíamos con los demás reclutas, y la presencia de los veteranos atemperará sus espíritus jóvenes. Recordad que muchos de ellos eran poco más que niños hace tan sólo cien días. Vuestra transformación duró años, a lo largo de los cuales aprendisteis paciencia y disciplina. Branne, si estás tan preocupado, debes llevar a cabo esfuerzos adicionales para enseñar estas cualidades a tus guerreros, porque no contamos con el lujo de disponer de varios años para probar su valía y forjar su espíritu de batalla.

—Sí, mi señor, como ordenéis —asintió Branne—. Unas cuantas vueltas más por los desiertos radiactivos calmarán sus ansias.

—¿Cuándo nos dirigiremos a Narsus, señor? —preguntó Solaro—. Incluso con los Rapaces, no podemos reunir más de cinco mil efectivos entre legionarios y otras tropas.

—Espero asaltar la Fortaleza Perfecta con el doble de ese número —afirmó Corax —. Sixx y Orlandriaz han recibido instrucciones de iniciar la siguiente tanda de implantación.

—¿Cinco mil rapaces más? —exclamó Agapito, casi horrorizado por la idea—. No tenemos más de quinientos novicios listos para la implantación. ¿De dónde vamos a sacar los nuevos reclutas?

—De Deliverance y Kiavahr —dijo Corax—. Como os he dicho antes, la nueva semilla genética nos permite elegir candidatos más jóvenes y menos aptos con igual resultado.

—Perdonad cualquier falta de respeto, mi señor, pero eso no tiene ningún sentido

—replicó Agapito—. Hace sólo un instante estábamos discutiendo la poca madurez de los Rapaces. Elegir niños no probados y convertirlos en supersoldados parece precipitado.

—No hay ninguna otra alternativa —declaró Corax sin mostrar ningún indicio de rabia ante el escepticismo de Agapito—. Comprendo vuestra preocupación, y la he estado considerando en el camino de vuelta de Cruciax, pero la traición de Horus nos ha acorralado en el fondo de un pasillo con una única salida. O bien avanzamos la producción de rapaces hasta su máxima capacidad, incluyendo un reclutamiento más amplio, o abandonamos cualquier idea de atacar las fuerzas de Horus. En estos momentos es una simple cuestión de números; y no los tenemos a nuestro favor.

—Querría dejar constancia de mi desacuerdo —insistió Agapito. Miró a Corax, y a continuación dirigió intencionadamente su mirada hacia Branne, con una expresión de frustración que rayaba la desesperación.

Branne simpatizaba con la posición de su hermano, pero había visto de primera mano lo que los Rapaces podían hacer, incluso con su inexperiencia. Tener cinco mil de esos guerreros significaba disponer de un arma increíble. También había la cuestión de la lealtad al primarca. El extraño comportamiento de Agapito desde Isstvan hacía que Branne tuviera dudas sobre sus motivos para oponerse a los planes de Corax. Tal vez presentía que los Garras perderían honor y prestigio. Sin duda alguna, la cuestión del trato preferencial en armas y armaduras recibido por los Rapaces le dolía a Agapito.

Había otra razón más personal para estar de acuerdo con el primarca. La acción en Cruciax no había borrado las dudas que Branne sentía acerca de sí mismo y su fallo en Isstvan. Le había demostrado que, más que nunca, tenía que redimirse a sí mismo a los ojos de los guerreros de la Guardia del Cuervo que habían luchado allí. Una gran fuerza de Rapaces lo convertiría en el comandante decisivo en Narsis, garantizándole la oportunidad de demostrar su valía en un escenario mucho más adecuado que la incursión contra una base aislada.

—Es adecuado que ampliemos la posibilidad de convertirse en un legionario de la Guardia del Cuervo al mayor número de gente posible —dijo Branne—. Libramos una guerra para liberar a la gente de este sistema estelar, así que deben disfrutar de los beneficios de esa libertad. La Guardia del Cuervo ha luchado en la Gran Cruzada a lo largo de cientos de mundos para llevar esa misma libertad a los demás. Ahora es tiempo de responder a nuestra llamada y pagar estos esfuerzos con los suyos.

—¿No estarás sugiriendo un sistema de levas? —inquirió Solaro.

—No —intervino Corax—. No haremos eso. No creo que tengamos problemas de escasez de voluntarios.

—La noticia se extenderá —apuntó Agapito, agarrando con fuerza el borde de la mesa—. Hasta ahora hemos mantenido en secreto nuestros planes y nuestra renovada

fuerza. Si reclutamos a esa escala, la noticia llegará a los traidores y enviarán fuerzas a exterminarnos totalmente, unas fuerzas que no seremos capaces de resistir. La sorpresa es nuestra mayor ventaja, y renunciaremos a ella con esta convocatoria.

—Será demasiado tarde —afirmó Corax—. Atacaremos lo suficientemente rápido como para que nuestros enemigos no puedan prepararse. Empezaremos la implantación de los reclutas que quedan en la Guarida del Cuervo lo antes posible. Branne organizará la captación en masa de candidatos y nosotros haremos los preparativos finales para el asalto a Narsis.

—¿Y qué pasa con las armas y las armaduras? —objetó Solaro—. En estos momentos podemos hacer rapaces más rápidamente de lo que podemos construir armaduras Mark VI.

—Ya tengo un manufactorum en Kiavahr aumentando la producción en base a los diseños que nos ha traído el capitán Noriz —respondió el primarca—. Y por lo que respecta a las armas, tenemos suministros para una legión que anteriormente tenía ochenta mil efectivos. Unos pocos miles de bólters no es ningún problema, a pesar de las bajas en Isstvan.

—¿Transporte? —apuntó Agapito con la mirada de un hombre que sabía que había perdido una batalla—. La *Vengadora*, y las naves supervivientes no pueden transportar tantos hombres al combate.

—Requisaremos transportes allí donde podamos —dijo Corax—. No necesitamos naves especializadas en asalto, siempre que lancemos las Thunderhawk y los Stormbird. Cualquier problema que preveáis, lo solucionaremos. La Guardia del Cuervo estará preparada para atacar Narsis en veinticinco días. Ya hemos esperado demasiado, y no puedo esperar más. Llevar la lucha al campo de los traidores ha empezado, ha llegado la hora de aceptarlo y asestarles un golpe que los haga preocuparse.

—Sí, mi señor —asintió Agapito, una respuesta repetida también por los otros comandantes—. Se hará tal como ordenáis.

Desde una posición elevada en las ruinas radiactivas que rodeaban la Guarida del Cuervo, Omegon observó las instalaciones fortificadas a través de la magnificación de sus sentidos automatizados. Contacto Tres había sido capaz de transmitir desde Deliverance, advirtiendo del incremento de actividad en la base de los Rapaces. Corax no se mostraba nervioso y estaba avanzando rápidamente en la implementación de su plan, a juzgar por el número de vehículos y lanzaderas que habían ido y venido durante los últimos días. Miembros del Mechanicum y ayudantes de la Guardia del Cuervo con trajes antirradiación habían estado expandiendo el complejo con edificios prefabricados hasta casi doblar su tamaño.

Consideró sus opciones, ninguna de las cuales parecía especialmente favorable.

El curso de acción más obvio era dar la señal a sus operativos para que destruyeran inmediatamente la tecnología genética antes de que los Rapaces aumentaran más de número. Eso casi le parecía un fracaso al primarca, especialmente cuando la recompensa estaba tan cerca.

Los insurgentes casi estaban preparados para atacar la Guarida del Cuervo, un ejército de varios miles. Cincuenta legionarios alfa también estaban a tan sólo tres días de distancia, a bordo del *Beta*, ocultos en las nubes de polvo más allá de Kiavahr. Serían la punta de lanza de cualquier asalto. Era un ejercicio de equilibrios. Si los utilizaba demasiado pronto, sin la plena implicación de los rebeldes, sus guerreros serían masacrados para nada. Si esperaba demasiado, el número creciente de rapaces acabaría por ser insuperable.

Su única esperanza radicaba en un rápido y decisivo ataque para asegurar la tecnología genética y después destruir lo que quedara. Necesitaba tiempo, sólo diez días más, y todo encajaría en su lugar para ver como el plan llegaba a buen término.

El roce de unas botas entre las ruinas hizo que el primarca se volviera con el bólter a punto. Una delgada figura encapuchada se abría paso entre los cascotes: el magos Unithrax. A Omegon le preocupaba que el tecnosacerdote no necesitara protección contra la radiación y los contaminantes del aire. Mirándolo de cerca, vio la cetrina cara de Unithrax y su aspecto medio podrido, de forma que sólo los implantes metálicos mantenían la carne unida bajo la capucha.

—Tengo una solución para vos —anunció el magos. Hundió la atrofiada mano en el interior de sus vestimentas y sacó un contenedor del tamaño de una granada—. Un virus genético confeccionado con la información proporcionada por vuestros operativos. Si uno de vuestros agentes puede introducir esto en la semilla genética que está siendo utilizada por la Guardia del Cuervo, será suficiente para detener su expansión.

Omegon saltó al suelo, levantando polvo y grava bajo su peso. Cogió el contenedor de Unithrax y lo observó. Zumbaba débilmente a causa de un pequeño campo de estasis, pero por lo demás se parecía a los contenedores de comida utilizados por la Guardia del Cuervo.

—¿Qué hace exactamente? —preguntó el primarca—. Una semilla genética contaminada no nos sirve de nada.

—¿Exactamente? —inquirió el magos. Tosió incómodamente y apartó la mirada —. No puedo decir exactamente los efectos que tendrá, aunque serán importantes. Será únicamente cuestión de extraer nuevamente el virus de las muestras genéticas una vez que esté en nuestro poder.

—Es un movimiento muy patente que levantará las sospechas de Corax —apuntó Omegon, pasándose el contenedor de una a otra mano—. Ya han incrementado considerablemente la seguridad en la Guarida del Cuervo. No me puedo permitir que

cierren totalmente las instalaciones.

—Primero sospecharán de ellos mismos —afirmó Unithrax—. El virus mutará la semilla genética desde su interior y parecerá tratarse de un efecto secundario del proceso de implantación. A no ser que busquen específicamente un contagio viral, no encontrarán nada que no pueda explicarse por una aleatoria pero posible mutación del material genético.

—Lo pensaré —dijo Omegon—. ¿Qué tendría que hacer mi agente?

Unithrax sacó un pequeño fragmento de cristal no más grande que una uña.

—Este chip de datos contiene todas las instrucciones necesarias —dijo—. Pasadlo a vuestro operativo junto con el contenedor del virus y será capaz de acceder a sus datos a través de cualquier terminal de la Guarida del Cuervo. También deberíais decirle que destruya tanto el cristal como el contenedor una vez realizada la misión.

—Por supuesto que lo destruirá, no somos unos aficionados —replicó Omegon. Observó nuevamente el contenedor y tendió la mano para coger el chip de datos. Guardó ambos en un bolsillo de su cinturón y se aseguró de que estuviera bien cerrado—. ¿Cómo avanzan los preparativos de la Orden del Dragón? ¿Están dispuestos para actuar en cuanto dé la orden?

—Estamos preparados —afirmó Unithrax—. Nuestros partidarios han hecho contacto con los simpatizantes en la jerarquía de Kiavahr. Cuando vuestra chusma gremial esté preparada para actuar, pondremos en movimiento nuestra parte del trato.

—Los gremios tan sólo necesitan un poco más de estímulo y entonces harán lo que me plazca —le aseguró Omegon. Se volvió y miró a través de una ventana destrozada hacia la silueta de la Guarida del Cuervo mientras reposaba la mano sobre el bolsillo que contenía el virus genético.

Haría que lo recogiera su contacto. Ya no faltaba mucho.



CATORCE

ENGAÑO
NACE UN LEGIONARIO
LA SEMILLA ENVENENADA

Los corredores de la Guarida del Cuervo resonaron con el aullido de las alarmas de emergencia. Alpharius estaba en el armorium improvisado, haciendo prácticas de mantenimiento con varias escuadras de rapaces.

—Aviso de ataque procedente de la sala principal —dijo, recogiendo su casco de un banco que había detrás de él.

—¿Esto es parte del entrenamiento, sargento? —preguntó uno de los rapaces mientras salían de la sala.

—No, esto es real —replicó Alpharius, sabiendo que no se había planificado ningún ejercicio de ese tipo para aquel día. La advertencia del ataque tan sólo podía significar que había una amenaza genuina contra la Guarida del Cuervo, y él sabía exactamente lo que eso significaba.

Mientras los otros guerreros convergían en el área de reunión, Alpharius tomó un desvío, pasando por el dormitorio de su escuadra. Estaba vacío, pues los legionarios ya habían respondido a la alarma. Se agachó junto a su cama y sacó una caja de metal viejo de debajo de ella. Echando un vistazo en dirección a la puerta, abrió la tapa y rebuscó entre los objetos que había en su interior: proyectiles bólter, aceites, pinturas, pequeñas piezas de repuesto para la armadura, unos pocos colmillos y otros trofeos pertenecientes al guerrero que estaba encarnando así como una colección de paquetes y latas de raciones. Rebuscó entre los últimos hasta que su armadura detectó la pequeña vibración del campo de estasis que contenía el virus genético. Colocándolo en su cinturón, cerró la caja y la volvió a dejar bajo el camastro empujándola con el

pie.

Ya había memorizado las instrucciones para su implementación en la plantilla genética y destruido el cristal de datos en el incinerador de la Guarida del Cuervo. Repasó mentalmente la información mientras corría, y sacó el bólter de su funda cuando entró en la sala principal. Branne estaba en el estrado y dirigió una mirada con el ceño fruncido hacia Alpharius al darse cuenta de su tardanza. El legionario alfa levantó una mano como disculpa mientras se unía al resto de su escuadra.

—Como iba diciendo —continuó Branne—, los sensores del perímetro han detectado un gran movimiento no identificado en los sectores tres y cinco. Se ha enviado una patrulla. Las dotaciones del armorium se encargarán de las torreras de defensa. Las escuadras uno a cuatro se embarcarán en los Rhinos del armorium y actuarán como fuerzas de respuesta rápida. Las escuadras cinco a doce vigilarán el resto del perímetro. Todas las demás escuadras dirigíos a las puertas Delta y Gamma y preparaos para una contraofensiva a gran escala.

Branne se detuvo e inclinó la cabeza a un lado cuando se oyó el sonido de su comunicador. Asintió para sí mismo.

—Entendido, Patrulla Uno —dijo, mirando a los rapaces allí reunidos—. Hemos confirmado la presencia de al menos un centenar de insurgentes antiimperiales en el perímetro. Parece que se están reuniendo para un ataque alrededor del nudo ferroviario y las ruinas del edificio administrativo. Pronto recibiréis más órdenes escuadra por escuadra. Sois guerreros de la Guardia del Cuervo. ¡Luchad por el Emperador y por Corax!

—¡El Emperador y Corax! —Alpharius gritó el vítor con los demás, golpeando el puño contra la placa pectoral a modo de saludo a su comandante.

La precisión de Omegon para el ataque de diversión había sido milimétrica. Alpharius y su escuadra estaba en la rotación del armorium, como responsables de las torretas de defensa y de la seguridad de la Guarida del Cuervo. Alpharius ordenó a su escuadra que acudiera a las funciones asignadas mientras el resto de los rapaces hacían resonar con sus pasos la sala principal al dirigirse a sus respectivas posiciones.

—Dieta, quiero que hagas una comprobación de los nuevos edificios —le dijo a uno de sus legionarios—. Puede que haya disidentes entre los trabajadores. Quién sabe lo que pueden haber dejado atrás.

—Realizamos un barrido de seguridad a fondo de todos los edificios una vez se hubieron marchado, sargento —protestó Dieta, obviamente consternado por la asignación de tan laboriosa y aparentemente inútil tarea.

—Llévate a Calen contigo —dijo Alpharius, señalando a otro legionario.

—Se supone que yo debo asegurar la enfermería —objetó Dieta.

—Yo me encargaré de ello, tú ponte en marcha —le espetó Alpharius. Los dos guardias del cuervo respondieron con el habitual saludo y se marcharon a la carrera.

Alpharius se dirigió directamente hacia los bancos de genes localizados en el ala de la enfermería. Al llegar se encontró con varios novicios yaciendo en sus camas. Ninguno de ellos contaba con más de diez años terranos de edad. Vincente Sixx y el magos Orlandriaz estaban cuidando de ellos. Varios ayudantes uniformados permanecían cerca con bandejas de viales y diversos aparatos quirúrgicos.

—Hemos de despejar esta área —dijo Alpharius.

—Imposible —respondió Sixx—. Estos chicos acaban de recibir el agente principal de la implantación. Ahora no podemos moverlos, y hemos de proceder con la introducción de la semilla genética antes de que entren en *shock* celular.

—Si no hay más remedio —admitió Alpharius, dándose cuenta de que el apotecario y el tecnosacerdote estarían demasiado ocupados con la implementación para prestarle atención—. ¿Tenéis la semilla genética?

—Sí —asintió Sixx—. Lo tenemos todo para empezar el procedimiento.

—Bien, entonces cerraré el almacén central —declaró Alpharius.

—Tú no tienes acceso —le recordó Sixx—. Yo iré contigo. Orlandriaz puede empezar sin mí.

La oferta pilló a Alpharius a contrapié y tuvo que pensar rápido.

—Los códigos serán cambiados en cuanto el cerrado general se levante —respondió, mostrando una suposición desenfadada—. No hay ningún riesgo para el protocolo de seguridad, y no hay motivo para que perdáis el tiempo conmigo en medio de un proceso tan importante como éste.

—Tiene razón —asintió Orlandriaz—. Sospecho que la amenaza para las instalaciones es mínima. No malgastemos tiempo con esta distracción.

Sixx asintió y sacó una cadena de alrededor de su cuello de la que colgaba una púa digital de doble capa. Se la lanzó a Alpharius, quien la recogió con facilidad.

—Comprueba que ninguno de mis ayudantes esté en el interior antes de cerrar —le advirtió el apotecario mientras se daba la vuelta hacia la cama más próxima—. El código de seguridad es peta-orpheus-epsilon.

—Gracias —dijo Alpharius, dirigiéndose hacia el objetivo con paso rápido. La compuerta se abrió al aproximarse, dejándolo pasar de la enfermería principal a las cámaras interiores.

Rápidamente se orientó gracias a la descripción que le habían suministrado y localizó las selladas celdas de estasis en que debían de encontrarse las semillas genéticas. Colocó la llave digital en la cerradura de la puerta principal y dijo el código de seguridad. Los cerrojos encajaron en su posición con un gran estruendo, asegurando que no lo descubrirían.

Trabajando rápidamente, sacó un descifrador de su cinturón, una ingeniosa pieza diseñada por la Legión Alfa que había mantenido guardada desde el inicio de su infiltración. Introduciendo la llave digital de Sixx en uno de los puertos del lector,

activó el código de secuencia, abriendo todas las señales de cifrado que contenía el fragmento de metal.

Un diminuto lector en un lado del descifrador le mostró lo que necesitaba saber, y llevó la llave digital a la bóveda de estasis. Al insertar la llave apareció una pantalla hololítica. Después de introducir el código del lector pulsó la secuencia requerida. Un silbido de aire escapándose anunció su éxito, y la puerta a la sala sellada se abrió gracias a dos grandes pistones.

En el interior, un cilindro de aproximadamente la mitad de su altura se erguía verticalmente en el centro de una masa de cables enrollados. Ráfagas de viento hiperfrío soplaban a su alrededor. Nuevamente, la cerradura del cilindro de almacenaje se abrió ante la llave digital. Una luz se encendió en el interior, revelando un tubo glaseado no más grande que un proyectil de bólter que colgaba en el aire entre dos unidades suspensoras. Dentro de él, en una suspensión de fluido azul pálido, flotaba una única muestra de material genético casi invisible a los ojos de Alpharius.

La observó unos pocos segundos, maravillado de que tanto poder pudiera contenerse en algo tan minúsculo. La vida, una vida superior, estaba contenida en ese fragmento de material del grosor de una molécula. La habilidad de crear legiones de guerreros imparables flotaba justo delante de él. Todo lo que tenía que hacer era tirar ese tubo glaseado al suelo, y el fin de la Guardia del Cuervo estaría sellado. Pero el primarca tenía un objetivo mucho más ambicioso. La misma fórmula secreta podía convertir la Legión Alfa en una fuerza indestructible. Cautivado por la idea, Alpharius se dio cuenta de que tenía una elección. Lo que hiciera a continuación decidiría el resultado de la guerra de Horus contra el Emperador; podía decidir el destino de toda la galaxia.

¿Se merecía Horus un regalo como ése? ¿Qué agravio contra el Emperador podía ser tan grande que precisaba de una guerra así? Alpharius sabía que había en juego fuerzas mucho más grandes que esta rebelión, pero en aquel momento ninguna de ellas tenía el poder del que él disponía.

Se rio silenciosamente de sí mismo, avergonzado por sus grandilocuentes pensamientos. El primarca había dejado claro que el destino de la Legión Alfa estaba junto a Horus, por el bien de la legión y de toda la humanidad. Alpharius sabía que su primarca no haría una afirmación como ésa si no estuviera seguro de que era cierto.

Apartando las dudas de su mente, Alpharius liberó la cápsula de la sujeción de los suspensores y se volvió, buscando el codificador genético como le habían indicado. Lo localizó en uno de los bancos de trabajo, una máquina grande, con varios receptáculos del mismo tamaño que el tubo genético, conectada a una serie de máquinas de análisis.

Conectó el codificador genético y colocó el material de la plantilla en uno de los

receptáculos. Introduciendo la secuencia de mando que recordaba de memoria, activó el mecanismo de codificación. Cuando la máquina se puso en funcionamiento, tomó el contenedor del virus de su cinturón y lo abrió. En el interior había un vial glaseado casi idéntico. Cometió el error de mirar su contenido. La mezcla gaseosa de su interior oscilaba con vida propia, cambiando de color y contorsionándose salvajemente, resbalando contra el vial como si tratara de escapar. Por alguna razón le recordó las descripciones de la disformidad que había escuchado de los navegantes: «siempre cambiante e inagotable».

Tragándose su repulsión, colocó el virus en otro de los receptáculos y cerró la tapa.

Sus dedos introdujeron la secuencia en el teclado, permitiendo que la plantilla genética y la solución viral se mezclaran en el interior de la maquina codificadora. Se detuvo al sentir un temblor que sacudió la Guarida del Cuervo: las torretas de defensa estaban abriendo fuego. Alpharius tenía que moverse rápidamente. El tiempo que había tardado podía extrañarle a Sixx o a una de las dotaciones de las torretas, o el ataque lanzado por el primarca podía ser rechazado rápidamente y finalizar el cierre total de seguridad de las instalaciones.

Acabó la secuencia de entrada y esperó unos segundos mientras la máquina chirriaba en las profundidades del codificador genético. Una alerta indicó el final del proceso, y el contenedor de viales se abrió con un silbido.

Volvió sobre sus pasos, devolvió la plantilla genética a su cámara de estasis y selló la puerta. Utilizando el descifrador, Alpharius entró en los archivos de datos y borró las entradas que indicaban su interferencia. No era tan seguro como un borrado completo, pero no tenía tiempo para ese tipo de precaución. Con la implementación llegando al nivel que estaba alcanzando, sería necesaria una auditoría muy a fondo para detectar la anomalía, proceso durante el cual el sistema debería ser desactivado. Una circunstancia como ésa era muy poco probable, dada la determinación de Corax de aumentar el número de rapaces tan rápidamente como fuera posible.

Con todo de nuevo como debía estar, Alpharius salió de la sala central. Sixx y el tecnosacerdote estaban sumidos en su trabajo, inclinados sobre uno de los receptores de la implantación. Sin atraer la atención sobre sí mismo, Alpharius dejó la llave digital en un estante y se deslizó fuera de allí.

Una vez en el pasillo comenzó a correr en dirección a la torreta tres, en la que se suponía que debía estar dirigiendo el fuego de las torretas de defensa.

El resuello del pulmón artificial y el traqueteo constante de las agujas de monitorización era extrañamente tranquilizador. Navar Hef se sintió desasociado de su cuerpo, un estado introducido por la mezcla de agentes preparatorios y sugestión hipnótica. Se mantenía en un estado intermedio entre la consciencia y el sueño

profundo, ajeno a lo que estaba sucediendo. Los breves instantes de lucidez le servían para asegurarse de que Vincente Sixx y sus ayudantes nunca estaban demasiado lejos, observando constantemente sus progresos.

Había dolor, pero su estado similar al trance le permitía reconducir esa sensación a una parte de su mente en la que no influían sus pensamientos. El cuerpo de Navar se sentía como si estuviera ardiendo, por dentro y por fuera, pero su mente seguía totalmente fría.

Los órganos estaban moviéndose y creciendo, los huesos endureciéndose y alargándose, las células se estaban duplicando y mutando. Soñó que era una mosca de las sombras, colgando en su crisálida de una torre en una de las alas de la prisión. El cuerpo de Navar estaba en estado de flujo, un constructor semisólido transformándose de la psique de un joven humano a la fisiología de un legionario transhumano.

El tiempo pasó sin tener ningún significado. Ocasionalmente, Navar sentía una descarga de energía o de dolor agónico, destellos de sensaciones procedentes de las extremidades o de las entrañas que estaban siendo sometidas a la implantación. Una sensación como ésa era confinada en su mente mientras su cuerpo permanecía fijo en una parálisis que evitaba que gritara y riera. Las luces que colgaban por encima de él se apagaban hasta sumirlo en la oscuridad o se volvían cegadoramente brillantes, según lo que notaba a través de sus párpados cerrados. Se preguntaba si eso marcaba el paso del día y la noche o eran simples reacciones a los cambios de su cuerpo.

Más que nada, cuando experimentaba cualquier emoción, Navar sentía alegría, un constante sentimiento extático de convertirse en su yo verdadero.

Encerrado en sus pensamientos, el futuro rapaz se formó una imagen de sí mismo como era y de cómo sería. Podía sentir vagamente su gran incremento de masa, su pecho y sus brazos y piernas volviéndose muy musculosos. En algún punto se dio cuenta de que el corazón tenía un ritmo diferente en sus latidos, el familiar pulso de su cuello acompañado por un latido secundario, más rápido pero más débil. Respiró y probó el aire de una forma que nunca antes había hecho. Dulce y antiséptico, ozono y metal bruñido permanecieron en su lengua potenciada y en sus mejorados sensores olfativos.

Incluso su cerebro estaba cambiando. Como si lo hiciera a distancia, observó nuevas estructuras y caminos formándose en la materia gris de sus pensamientos. Llegó a darse cuenta de que ya no había ningún tipo de droga en su sistema. Su estado disociado era mantenido desde el interior por una interacción de su recién crecido nodo catalepsiano y la membrana an-sus.

Fue entonces cuando supo que el proceso se había completado. Con un esfuerzo de voluntad, Navar se obligó a salir de su ensoñación, ganando claridad de pensamiento y sensibilidad en sus sentidos. La sala que lo rodeaba se materializó: el

roce de los pasos de los ayudantes, el zumbido de los servidores del magos Orlandriaz, el olor a sangre y adrenalina, el parpadeo de las luces…

Se sentó, repentinamente consciente de que estaba muerto de hambre. A pesar de la alimentación intravenosa de proteínas y nutrientes durante todo el proceso de implantación, su cuerpo había devorado sus reservas de grasa para alimentar el masivo crecimiento.

Navar se rio al comprobar que sus pies llegaban al final de la cama. Cuando se había tendido apenas alcanzaba las dos terceras partes de su longitud. Levantó la mano derecha y formó un inmenso puño, doblando los nudillos bajo una piel endurecida. Flexionando los músculos de su brazo, se maravilló de su poder y sintió la necesidad de aplastar algo con las manos.

—Debes dirigirte a la sala de rehabilitación —dijo una ayudante cubierta, excepto los ojos, por una capucha y una máscara facial. Navar podía ver las manchas grises en el azul de su iris y hasta el más pequeño vaso sanguíneo en el blanco de los ojos. Vio su reflejo en las pupilas, un gigante desnudo tendido en unas sábanas manchadas de sangre. Su aliento llevaba consigo indicios de caroumal, un suplemento rico en azúcares que utilizaban la Guardia del Cuervo y sus siervos para alimentar cortos periodos de actividad intensa. Las bolsas bajo sus ojos y las líneas de la frente testimoniaban su fatiga.

—Por favor, sígueme a la sala de rehabilitación —dijo ella, tomándolo de la muñeca.

Era capaz de detectar las más mínimas inflexiones en su voz, el cansancio que causaba flacidez en su laringe. A Navar le pareció que casi arrastraba las palabras, cuando un hombre normal tan sólo habría percibido los mismos tonos familiares.

Sacó las piernas fuera de la cama y se levantó. Hubo otro instante de alegría al ver que era mucho más alto que la ayudante. Vio como su sombra la engullía y se sintió saturado por un sentimiento de poder. Ella no estaba impresionada, ya que había tratado con docenas de rapaces en los últimos días. Sin decir ni una palabra más, la ayudante se dio la vuelta y se encaminó hacia unas puertas dobles con ventanas de cristal. Navar oyó el golpeteo de sus zapatillas y el siseo de su ropa médica con tanta fuerza como unas botas pesadas y una armadura accionada por pistones.

Algo se agarró a la garganta de Navar y tosió. La ayudante señaló un cubo de metal en un gancho junto a la puerta. Un asqueroso hedor salía de él.

—Tienes que expulsar los restos de tejido muerto de los pulmones —dijo la ayudante.

Navar carraspeó y escupió un grueso coágulo en el cubo. Aspiró profundamente y no notó ninguna otra obstrucción. La ayudante abrió una de las puertas dejando a la vista filas de bancos y ropa ligera. Había varias docenas de rapaces limpiándose el cuerpo en grandes piletas, retirando las manchas de sangre y los residuos de sudor.

Varios de ellos se volvieron y sonrieron a Navar, y él les devolvió la sonrisa. Si estaba en lo cierto, ésos serían sus hermanos de batalla en cuestión de días, totalmente desarrollados y listos para el combate.

—Gracias —dijo a la ayudante, cruzó el umbral para unirse al resto de rapaces.

El depósito de combustible vacío se rompió por el impacto del puño de Omegon, y un sonido hueco resonó por la desierta terminal de carga en las afueras de Nairhub, oculta en los desiertos radiactivos de Kiavahr. Con un rugido, Omegon miró hacia arriba a través de los agujeros en las capas de metal del techo; grúas esqueléticas se levantaban hacia el encapotado cielo rojizo; a su alrededor, un gran número de cadenas colgaban de pasarelas y andamios como enredaderas de una jungla industrial. Sacando la mano enguantada del irregular agujero que había abierto en el recipiente de metal, el primarca de la Legión Alfa digirió su mirada asesina al magos Unithrax.

—¿Tenéis alguna explicación? —exigió saber Omegon. Apoyó una mano en la empuñadura de su espada sierra y cerró los dedos de la otra alrededor de la culata del bólter colgado al cinto—. Otra tanda de rapaces ha empezado su transformación sin problemas, y ni rastro de vuestro virus.

—Vuestro agente debe de haber cometido un error cuando trataba de introducirlo en la plantilla genética —se defendió Unithrax, afrontando la ira del primarca con una mirada fría y calmada—. Tal vez comprometió la integridad del código viral.

—El siguió vuestras instrucciones al pie de la letra —replicó Omegon—. No es un fallo de mi agente.

—El agente viral habría mutado la semilla genética si el procedimiento se hubiera llevado a cabo correctamente —insistió el magos, seguro de la verdad de cuanto decía.

—Esto no es satisfactorio —dijo Omegon, calmándose para poder pensar con mayor claridad. Fuera quien fuese el culpable, ya se encargaría de ello más tarde. Había que pensar en un plan alternativo, y rápido—. ¿Es posible que el virus esté de alguna forma dormido? ¿Qué tipo de salvaguardas creasteis para aseguraros de que no se saliera de control y se volviera infeccioso?

—El virus es una variedad común, inofensivo por sí mismo —declaró Unithrax. Se encogió de hombros y un tercer brazo de naturaleza mecánica apareció momentáneamente de debajo de su ropa imitando el gesto—. No es más que un vehículo para introducir el elemento corruptor.

—¿Y qué elemento corruptor habéis usado? —preguntó Omegon—. ¿Necesita tiempo para activarse?

—Es de origen disforme, el material del immaterium en forma sólida —dijo tranquilamente el magos.

—¿Tecnología disforme? Es notablemente inconstante —le espeto Omegon—.

¿Por qué habéis usado algo así?

—No es tanto tecnología disforme sino algo más primordial, primarca —explicó Unithrax—. El agente viral utilizaba sangre demoníaca modificada.

—¿Qué? —Omegon gruñó mientras cogía al tecnosacerdote por la ropa—. ¿Habéis expuesto a mi agente a la corrupción del Caos?

—Un compuesto casi sintético del que se ha utilizado una cantidad mínima —respondió Unithrax, imperturbable ante la explosión del primarca—. Los demonios no tienen sangre como tal, es meramente un eufemismo útil. Contiene un mínimo poder demoníaco en sí misma, pero su presencia es un poderoso mutágeno. Si se mezcla correctamente con la plantilla genética, se producirá la corrupción.

—Bien, pues no ha funcionado —replicó Omegon. Dejó atrás al tecnosacerdote y se puso a caminar. Se detuvo bruscamente, preocupado por lo evidente de su agitación. Habiendo llegado a una decisión, fijó en Unithrax una dura mirada.

—¿La Orden del Dragón está lista para ponerse en marcha? —preguntó el primarca.

—Dadnos la orden y actuaremos —respondió Unithrax.

—Bien —asintió Omegon—. Ya nos hemos retrasado suficiente. Es hora de empezar la fase final del proyecto. Voy a organizar unas cuantas escaramuzas de prueba para nuestros amigos de la Guardia del Cuervo mientas iniciáis el golpe. Corax tendrá los ojos fijos en la Guarida del Cuervo y no verá vuestros preparativos hasta que sea demasiado tarde.

—Muy bien, primarca —asintió el magos—. A no ser que reciba órdenes vuestras en contra, iniciaremos nuestra maniobra en el concilio del templo dentro de tres días.

—Asegúrate de que así sea —le advirtió Omegon—. Las naves de la Vil y la XIX Legión todavía están en órbita cerca de la luna Lycaeus. Haré que la nave camuflada *Beta* se acerque a la órbita y mis guerreros sean transportados a la superficie, si podéis garantizar la protección y el secreto del punto de aterrizaje acordado.

—Los muelles de Caída Estelar pertenecen a la Orden del Dragón. Vuestras tropas llegarán sin que quede constancia ni informe alguno.

Omegon despidió al magos con un gesto de la mano, e igualmente lo expulsó de sus pensamientos. Los gremios no se moverían hasta que tuvieran pruebas sólidas del apoyo de Horus, que les serían proporcionadas cuando la Orden del Dragón dirigiera sus armas contra el Mechanicum. Hasta ese momento, Omegon tenía que encontrar una pequeña fuerza para atraer la atención de Corax e incrementar las medidas de seguridad en la Guarida del Cuervo; medidas que debían cubrir la implicación de sus legionarios.

Tenía el candidato ideal, alguien cuya lealtad estaba asegurada desde los primeros días de la revolución, un hombre que no dudaría en sacrificar la vida de sus seguidores para proteger la suya propia. Omegon preparó su sistema de

comunicaciones cifrado y estableció la señal. Pasaron unos minutos antes de que se estableciera la conexión.

—Saludos, consejero Effrit. Aquí Armand Eloqi.

Las nubes químicas eran más gruesas que las que Alpharius jamás hubiera visto anteriormente, lo que hizo que se preguntara si los insurgentes tenían algún control sobre su formación. Parecía demasiado conveniente que una espesa envoltura de vapores tóxicos hubiera cubierto la Guarida del Cuervo apenas unas horas antes del ataque.

Estaba en el muro occidental junto con el resto de su escuadra, buscando objetivos. Una lluvia residual estaba causando grandes problemas en sus sentidos automatizados, por muchos filtros de espectro que utilizara. De vez en cuando, él u otro miembro de su escuadra disparaban un proyectil o dos contra la masa de nubes, observando las oscilaciones que podían indicar movimientos enemigos, o apuntar a manchas más oscuras en la niebla.

A su derecha, la Torreta Cuatro disparaba un constante flujo de proyectiles de macrocañón. Los edificios en la distancia se iluminaban con las detonaciones que prendían bolsas de gas y abrían cráteres de cinco metros de ancho en las ruinas. Los emplazamientos secundarios hacían rugir sus bólters pesados y disparaban los cañones en cadena, barriendo la espesa niebla pero alcanzado pocos objetivos.

—No disponemos de apoyo aéreo —dijo la voz del comandante Branne por el comunicador. Alpharius no se sorprendió lo más mínimo. Sin Thunderhawk o Stormbird para realizar vuelos de reconocimiento, la Guardia del Cuervo se veía obligada a patrullar a pie o en Rhinos, exponiéndose a una emboscada. Para una legión que se preciaba de su flexibilidad estratégica y de la movilidad de sus fuerzas, habían quedado prácticamente atrapados en la Guarida del Cuervo por el ataque inicial.

Mirando por encima del muro, Alpharius vio los montones de cuerpos de la primera oleada: docenas de cadáveres mutilados caídos bajo las descargas de la Guardia del Cuervo. Si ése era el ataque de Omegon para ocupar la Guarida del Cuervo, era francamente penoso. Alpharius no podía creer que los largos preparativos de su primarca condujeran a algo tan pobre, pero no había recibido instrucción alguna. Todo lo que podía hacer era permanecer en la muralla y seguir interpretando su papel de leal legionario de la Guardia del Cuervo. Hacer cualquier otra cosa podría poner al descubierto su secreto sin motivo.

—Abriendo la puerta sur. Dirigid el fuego para cubrir la columna —ordenó Branne.

Siguiendo las órdenes del sargento, Alpharius y su escuadra se movieron a una posición más cercana a la Torreta Cuatro para establecer una posición de tiro que

cubriera los puntos ciegos bajo la elevada torre. No había nada que ver, ni objetivos a los que disparar. Sin embargo, se producía algún esporádico disparo láser en la distancia, destellos de proyectiles de energía que dejaban un marcado rastro a través de la niebla contaminada. No cabía duda de que los insurgentes no habían abandonado su ataque.

—Permaneced atentos —dijo el sargento Dor—. Están planeando algo. Estad preparados.

En el compartimento del segundo Rhino de la columna, Navar Hef estaba sentado en un estrecho asiento con el bólter cruzado sobre su regazo. El transporte se balanceaba salvajemente de lado a lado mientras aceleraba por el irregular suelo de los campos radiactivos, pero su armadura compensaba la mayor parte del movimiento, por lo que él sólo oscilaba ligeramente hacia adelante y hacia atrás.

—¡Despliegue rápido en treinta segundos! —gritó el sargento Cald—. Comprobad las armas.

Navar realizó una rápida inspección de su bólter y sus granadas. Abrió la sujeción de la vaina de su cuchillo de combate y comprobó el enganche magnético de los cargadores de repuesto colocados en su cinturón y en los muslos. Todo estaba en orden, como lo había estado antes de abordar el Rhino.

—¡En pie y preparados!

Cald y sus nueve rapaces se levantaron y se volvieron hacia la compuerta trasera. El bamboleo del Rhino era más pronunciado, pero los giroestabilizadores de la armadura Mark VI mantuvieron a Navar en equilibrio. Cuando el Rhino se detuvo, avanzó un paso.

Los pernos de apertura explotaron en el contorno de la escotilla liberando la rampa de acceso. Navar fue el cuarto en salir, desplegándose hacia la derecha con otros tres miembros de la escuadra. Vio movimiento a través de la entrada de un edificio derrumbado que había más adelante y disparó sin dudarlo un instante. Su proyectil alcanzó al objetivo, lanzando por los aires un brazo envuelto en ropas parecidas a vendajes.

—Enemigo, veinticinco metros, arco secundario —informó jadeante Navar.

La escuadra se reposicionó sin necesidad de dar la orden, y lanzó una cortina de fuego contra los cascotes del edificio en ruinas, dejando estelas en el rojizo miasma y agujeros grandes como puños en los muros de rococemento.

—¡Alto! —ordenó Cald—. Sección uno, adelante. Sección dos, protección de flanco.

Navar estaba en la sección dos, por lo que mantuvo su posición vigilando hacia la derecha. El sargento condujo su equipo de cinco hombres hacia las ruinas. Su armadura negra casi desapareció envuelta en la niebla.

Estaban casi fuera de su vista, a no más de veinte metros de la pared destruida más cercana, cuando una luz brilló entre la bruma. Un arco de electricidad surgió del hueco de una escalera que conducía al nivel del sótano alcanzando al rapaz que iba en cabeza. Su armadura y su cuerpo explotaron, lanzando fragmentos sanguinolentos de hueso y ceramita sobre los legionarios que había a su alrededor. Navar nunca había oído hablar de algo como eso durante sus ejercicios de entrenamiento.

—¡Por el Emperador, es un cañón de tormenta! —gritó Cald—. ¡Fuego de saturación! ¡Aplanad ese edificio!

Cambiando la posición de su bólter a fuego automático, Navar vació el cargador sobre la posición enemiga. El crepitar de las detonaciones fue apenas una pequeña oscilación en medio de la tormenta que engulló el hueco de la escalera. Por detrás de Navar, la torreta trasera del Rhino apoyó a la escuadra con los disparos de su combi bólter. Mientras ponían un nuevo cargador, los corazones del rapaz empezaron a latir con fuerza, inundando su cuerpo con compuestos de adrenalina que parecían detener el tiempo a medida que su sistema nervioso se aceleraba.

Sus sentidos automatizados se oscurecieron momentáneamente. Cuando regresaron, Navar vio el ardiente rastro de un disparo de plasma atravesando la niebla. El misil de defensa del Rhino había pasado apenas a un metro de él causando el oscurecimiento. Detonó en una explosión justo encima de la posición de los insurgentes, lanzando promethium ardiendo sobre la escalera y la pared.

—Retroceded hacia el Rhino —ordenó el sargento Cald con calma y autoridad. El destacamento de vanguardia empezó a retirarse mientras el promethium atravesaba el rococemento, convirtiéndolo en una masa de material ardiendo—. Comandante Branne, hemos encontrado armamento de tecnología gremial. Podemos tener un problema.

Mientras regresaban, uno de los rapaces supervivientes de la sección que iba en cabeza se cayó. Al principio, Navar pensó que simplemente había perdido pie, pero cuando el rapaz se puso de rodillas, tuvo una violenta convulsión y el bólter salió volando de su mano. Navar no había oído el disparo de ninguna arma, y su primer pensamiento fue que se trataba de alguna otra tecnología gremial desconocida acerca de la que el sargento no los había prevenido. Mientras pensaba esto, Navar oyó un gruñido por el comunicador de la escuadra, y se volvió para ver como el rapaz de su derecha caía de rodillas, con la cabeza moviéndose salvajemente adelante y atrás.

Una presión se apoderó del pecho de Navar. Le recordaba la sensación de miedo que solía sentir antes de su transformación, aunque ahora no sentía miedo alguno. Un repentino ardor le recorrió la columna, haciendo que Navar jadeara de dolor. Trató de luchar contra la urgencia de acuclillarse; sentía las piernas y la pelvis como si se las hubieran partido.

—¿Hef? ¿Lastar? ¿Devor? —No reconocía la voz, pero el pánico que llevaba con

ella era algo que jamás había esperado oír en un miembro de la Guardia del Cuervo.

El rapaz se dio cuenta de que había caído de rodillas y miraba al sargento Cald que, estaba de pie junto a él, girando la cabeza a derecha e izquierda. Otra descarga de ardiente agonía recorrió el pecho de Navar, contorsionando sus músculos y lanzándolo hacia atrás. No pudo evitar el grito que surgió de lo más profundo de él. En el interior del casco olió y probó la sangre.

—¡Al Rhino! ¡Volved al Rhino! —estaba gritando Cald. El sargento agarró uno de los brazos de Navar y empezó a arrastrarlo hacia el transporte.

—Yo puedo… hacerlo… —gruñó Navar, poniéndose de pie. Se tambaleó algunos pasos y se lanzó sobre la rampa del Rhino. El impacto causó otra oleada de dolor que recorrió todo su cuerpo.

—¡Mando, mando! —La voz de Cald por el comunicador casi se desvanecía bajo los fuertes latidos que resonaban en los oídos de Navar—. Necesitamos evacuación urgente. Todos los rapaces han caído. Repito, todos los rapaces están fuera de combate.

—Lo sé —fue la seca respuesta de Branne—. Está sucediendo en la mayor parte de las escuadras. No hay ayuda disponible. Devuélvelos a la Guarida del Cuervo lo mejor que puedas.

Navar se sintió como si levantaran su cuerpo hacia el Rhino, y vio la insignia del casco de su sargento en medio de un demencial diseño de vasos sanguíneos hiperinflados en sus ojos. Fue arrojado al suelo y cayó sobre otro rapaz; las marcas del borde de su hombrera indicaban que se trataba de Devallia. Navar vio a Devallia arañándose el casco, tratando de arrancárselo. Tras unos segundos, los sellos se abrieron y el casco cayó, apartado por el frenético rapaz.

Se vio a sí mismo mirando a un par de ojos inhumanos, casi completamente rojos por la sangre a excepción de las pupilas, que se habían reducido a oscuras motas. Devallia gritó, y al abrir la boca reveló otra fila de dientes afilados surgiendo de sus encías. Una saliva corrosiva babeó por su placa pectoral silbado y corroyendo allí donde caía.

El Rhino se puso en movimiento haciendo que Navar cayera de espaldas. Miró al sargento Cald, que estaba acuclillado junto a la rampa abierta, sosteniéndose el frontal del casco con una mano mientras movía la cabeza con incredulidad.

—Sargento… —Le costó formar las palabras. A Navar le parecía que la lengua le hubiera rellenado la garganta. Levantó una mano hacia Cald y se dio cuenta de las largas garras que habían atravesado las puntas de los dedos de su guantelete—. ¿Sargento? ¿Qué me está pasando?

Cald lo miró durante unos segundos, como si no tuviera una respuesta que darle. Entonces se acercó y se detuvo junto a él, agarrando la mano deforme con su propia mano.

—Sé fuerte, legionario —dijo Cald—. Recuerda quién eres. Eres un guerrero de la Guardia del Cuervo.



TERCERA PARTE

MONSTRUOS Y MÁRTIRES



QUINCE

LOS AFORTUNADOS
LEALTADES DIVIDIDAS
LOS LEGIONARIOS DESCUBIERTOS

Tan sólo quería haber ganado un poco más de tiempo, pero mientras se acuclillaba junto al receptor bajo las dobladas vigas de un viaducto destruido, Omegon se deleitó con el mensaje cargado de estática que le llegó por los conductos encriptados. La pobre calidad de la señal se debía al bloqueo de las comunicaciones emitidas desde la Torre del Cuervo. Era la respuesta de la que dependía Omegon, aunque eso significaba que sus propias transmisiones se verían gravemente perjudicadas. El mensaje procedía de Contacto Tres, que no sabía nada de las acciones de su compañero de la Legión Alfa.

Omegon volvió a escuchar la grabación, ajustando con sus dedos los diales del receptor para obtener la mejor señal posible. El informe era aún poco claro y fragmentario, y tan sólo su experiencia y su oído sobrehumano le permitieron distinguir las palabras y frases en medio del ruido blanco que interfería todas las frecuencias.

—«… egradación a gran escala en toda la última tanda… degeneran, bestial… los reclutas más recientes son los más afectados… Corax ha ordenado… casi un millar de los pobres… sospechan mutación a causa de algún error en la replicación genética debida a la implantación a gran escala. El apotecario Sixx… vigilando los… aullidos y rugidos como animales enjaulados. La seguridad se ha incrementado alrededor de la tecnología genética, pero el acceso todavía es posible. Parece… integridad de la misión general intacta. Esperando…».

El sacrificio del gremio de Eloqi había valido la pena, después de todo. En el

esquema general, su supervivencia o su éxito era irrelevante. La insurrección gremial y la Orden del Dragón que la había instigado no eran más que simples herramientas para abrir la Guarida del Cuervo.

El *Beta* estaba colocándose en posición mientras la Orden del Dragón se preparaba para asestar su golpe final. Era el momento de que sus agentes conocieran su plena implicación en la partida final. Apagó el receptor y lo guardó, repasando los elementos finales del plan en su mente.

Mañana, veintinueve horas terranas a partir de aquel momento, la Legión Alfa realizaría su movimiento.

La agonía había remitido durante las últimas horas, dejando a Navar con un intenso dolor en la carne y los huesos. Se sentó en la esquina de su celda, incapaz de mirar a Maris, Kharvo, Dortaran, Benna y los otros veinte rapaces que compartían la habitación. Ellos estaban entre los afortunados, aparentemente, aunque Navar no se sentía afortunado mientras miraba las garras negras como el azabache que surgían de sus dedos.

Había visto algunos de los más afectados cuando Sixx y sus ayudantes los habían llevado a la zona de cuarentena que se había establecido rápidamente en las profundidades de la Guarida del Cuervo. Sólo era temporal, había dicho el apotecario, reversible si podía aislar las cadenas mutadas en la semilla genética. Navar era consciente de que no tenía gran experiencia en la vida, pero reconocía una mentira piadosa cuando la oía, incluso si Sixx se estaba mintiendo tanto a sí mismo como a los Rapaces.

Podía oír los gritos apagados y los aullidos de los más degenerados, y no era capaz de apartar de su mente las visiones que había tenido. Algunos de ellos casi habían doblado su tamaño por el alargamiento de la columna vertebral, otros habían quedado deformados por demenciales crecimientos musculares, con unas extremidades congestionadas e inhumanas. Las protuberancias óseas les atravesaban la piel, los colmillos les atravesaban los labios, y todos tenían los mismos ojos sanguinarios de Navar.

Cuando era niño, Navar jamás había tenido pesadillas. Crecer a la sombra de la Torre del Cuervo era más garantía que las palabras de cualquier madre acerca de que no existían monstruos que le pudieran hacer daño. Y aun así, la visión de los rapaces degenerados era algo que surgía de los rincones más oscuros de su imaginación, causándole una repulsión y un miedo instintivo que ningún entrenamiento o disciplina de las Legiones Astartes podía erradicar. El hecho de ser una de esas monstruosidades tan sólo incrementaba su malestar.

Su cerebro, su cuerpo, ya no producía la respuesta de miedo de un hombre normal, sino a un nivel primitivo, en la base de su mente. Navar estaba desesperado y

era incapaz de articular sus preocupaciones. Era como si no pudiera ordenar sus pensamientos, como si no pudiera captar los conceptos requeridos para expresar sus temores.

Se levantó para aliviar la presión en la parte baja de la espalda, donde uno de los ayudantes de Sixx le había extraído quirúrgicamente una cola vestigial. Las rodillas y la cadera le dolían, presionadas por gruesos ligamentos y tendones desmesuradamente crecidos. Empezó a caminar; completando el circuito de la habitación, que estaba vacía excepto por las pequeñas colchonetas de entrenamiento que habían sido proporcionadas como rudimentarias camas; lo mejor que la legión podía ofrecer en esos momentos.

Se acercó a la puerta y oyó voces. La puerta no estaba cerrada, no para ellos. En otros lugares, los que sufrían las mutaciones más bestiales habían sido encerrados en las jaulas que anteriormente habían albergado los animales de experimentación de Sixx y Orlandriaz. No se podía confiar en que permanecieran donde estarían a salvo, aunque ninguno había actuado violentamente contra sus compañeros de la Guardia del Cuervo.

Las voces se hicieron más fuertes y Navar reconoció el tono profundo del primarca. Hizo una señal a los otros, y éstos se levantaron para apretujarse lo más cerca de la puerta que pudieron. La conversación parecía que estaba teniendo lugar un poco más abajo en el pasillo, cerca de la entrada de la enfermería.

—… es un problema intrínseco a la plantilla genética, estoy seguro —oyeron que Orlandriaz respondía a algo que había preguntado Corax—. No existe error alguno en el proceso de replicación.

—Entonces, ¿cómo es que los primeros quinientos Rapaces no se han visto afectados? —preguntó Corax—. En algún punto hemos cometido un error. La reduplicación a esta escala tiene que ser la responsable.

—A no ser que se haya producido una degeneración del material de base —apuntó Sixx.

—Se mantiene en estasis, ¿cómo puede cambiar? —protestó Orlandriaz.

—Incrementalmente —respondió Corax—. Se saca de estasis para reprocesar nuevas tandas de semillas genéticas. Tal vez se ha degradado un poco en cada ocasión, tan ligeramente que no nos hemos dado cuenta.

—Eso sugeriría que tiene un defecto inherente —afirmó Sixx. Se aclaró la garganta antes de seguir, aparentemente incómodo por lo que tenía que decir—. El defecto no se encuentra en la semilla genética de la Guardia del Cuervo. Ha sido verificada en incontables ocasiones desde su creación.

—¿Qué estás sugiriendo? —preguntó Corax.

—Que hay algo equivocado en la información primarca —respondió Orlandriaz, tan fríamente como si hubiera estado discutiendo sobre las inclemencias del tiempo.

—O en nuestro análisis de los datos —añadió Sixx rápidamente—. Las características que estamos viendo, las deformaciones, son consistentes en cierta forma. No son totalmente aleatorias.

—No entiendo que quieres decir —replicó Orlandriaz.

—Yo sí —asintió Corax—. Sabemos que hay elementos de estructuras no humanas en la información primarca. Cadenas similares están codificadas en todas las semillas genéticas. Las Legiones Astartes deben una parte de sus características a otras especies, introducidas por el Emperador en la semilla genética. Las escamas, cuernos y otros elementos desarrollados pueden ser un indicador de que estos rasgos se han acelerado, fuera del control del resto de la adaptación. Sea lo que sea lo que los mantenía controlados se ha deteriorado. A juzgar por el momento del cambio, éste puede iniciarse cuando estas funciones se encuentran bajo una fuerte tensión a lo largo de un combate. Parece ser que algo en su metabolismo potenciado ha iniciado el proceso.

—Una idea no muy halagüeña —dijo Sixx—. Pensar que todos nosotros contenemos el potencial para una transformación así.

—No todos nosotros —replicó Corax.

—Os pido disculpas, señor, yo no…

—No me refiero a mi herencia primarca —continuó Corax—. La semilla genética estándar de la Guardia del Cuervo es estable, como has dicho anteriormente. Nosotros hemos hecho algo para desestabilizarla. Aislad esa causa y tal vez podamos encontrar la forma de revertir el material genético defectuoso.

—Es una posibilidad —admitió Orlandriaz—. Realizaré más pruebas para comparar los rapaces creados inicialmente con los más recientes, para tratar de identificar una diferenciación consistente.

—Yo me concentraré en hacer que estén lo más confortables posible —dijo Sixx —. Si no podemos…

—¡Lo lograremos! —exclamó Corax—. Son legionarios de la Guardia del Cuervo y se merecen nuestros mayores esfuerzos. Mantenedme informado. Debo regresar a la Torre del Cuervo para discutir el ataque a la Guarida del Cuervo con el consejo de mando.

—¿Teméis que sea el inicio de algo más peligroso, señor? —inquino Sixx.

—Prácticamente exterminamos a los insurgentes, por lo que la amenaza es discutible. Sin embargo, la aparición de esas armas de tecnología gremial prohibidas no puede ser ignorada. No necesitamos distracciones adicionales mientras resolvemos el problema de la plantilla genética.

El ruido de la conversación disminuyó, seguida por el ruido de la puerta de la enfermería al cerrarse. Navar se volvió hacia los demás.

—¿Habéis escuchado a lord Corax? —dijo—. Van a encontrar una forma de que

volvamos a ser como éramos.

Algunos de los Rapaces sonrieron, otros pocos menearon tristemente la cabeza. Navar regresó a su rincón y se sentó, ignorando el dolor que sentía en el trasero. El primarca creía que había una forma, y tenía la mente más brillante imaginable. Sintiéndose un poco más feliz, Navar se apoyó en la pared, cerró los ojos y trató de dormir.

La discusión entre los comandantes y Corax había durado varias horas. Branne se sintió agradecido al abandonar la sala de mando, el último del consejo en hacerlo, tras haber sido intensamente interrogado por Corax acerca del ataque de los insurgentes, y estaba ansioso por regresar a la Guarida del Cuervo y supervisar su defensa. El primarca había sido taxativo en que el calendario para el ataque a Narsis no iba a cambiar. Si los Rapaces no podían ser incluidos en la fuerza, la Guardia del Cuervo debería recomponer su estrategia. Branne definitivamente quería que tantos legionarios como fuera posible tomaran parte en la captura de la Fortaleza Perfecta, por lo que su lugar estaba en la Guarida del Cuervo para proporcionar una alentadora presencia para Sixx y Orlandriaz.

Mientras caminaba hacia el elevador para descender hasta el Muelle Alfa, se encontró con la controladora Ephrenia. Ésta tenía una placa de datos en las manos, una visión que Branne no consideró alentadora.

—Querría robarle un poco de su tiempo, por favor, comandante —le solicitó Ephrenia.

—Camina conmigo —respondió Branne sin detenerse.

—Hemos encontrado varias señales extrañas, comandante —informó ella. Branne se detuvo.

—¿Por el canal del comandante Agapito? —preguntó tranquilamente.

—No, comandante, esta vez no —dijo Ephrenia mientras le tendía a Branne la placa de datos—. Se han producido varios mensajes encriptados ocultos dentro del tráfico habitual de la legión, en las transmisiones de datos entre la Torre del Cuervo y la Guarida del Cuervo, cabalgando los pulsos para evitar el bloqueo de comunicaciones. Parece que se han originado en diversos lugares de Kiavahr.

—¿Así que hemos descubierto cómo los gremiales se comunican entre ellos? Buen trabajo. ¿Podemos bloquearlos?

—Ya lo he hecho, comandante —replicó Ephrenia, un poco dolida por la duda—. Una de las transmisiones que fue utilizada era una actualización de rutina procedente del núcleo de enfermería en la Guarida del Cuervo. Al desacoplar los códigos ajenos, se hizo evidente que el archivo del núcleo había sido manipulado. Alguien accedió a él y posteriormente lo eliminó de forma tosca.

—Tan sólo un puñado de nosotros tiene acceso a ese archivo —apuntó Branne—.

¿Por qué, quienquier que fuera, trataría de ocultar dicha acción?

—Los marcadores digitales indican que fue el comandante Agapito —informó Ephrenia con un susurro. Se acercó más a Branne, aunque él podía escuchar su voz baja con facilidad—. Me dirigía a contárselo a lord Corax, pero como vos estabais aquí, pensé que tal vez deberíais ser vos quien se encargara de ello.

—Gracias, controladora —dijo Branne—. Yo me encargo.

Branne dio media vuelta y se dirigió hacia el elevador central que recorría la totalidad de la Torre del Cuervo. Fuera cual fuese la razón de Agapito para acceder a los archivos de datos de la tecnología genética, no era excusa para ocultarlo. El comandante estaba enfurecido mientras se dirigía a las habitaciones personales de su hermano. No llamó, sino que abrió la puerta de golpe, dispuesto a exigir una explicación a Agapito.

Sus habitaciones estaban vacías, y no mostraban indicación alguna de que Agapito hubiera regresado a ellas tras el consejo de mando. Branne activó su comunicador.

—Mando de la torre, ¿pueden localizar al comandante Agapito?

—Un momento, comandante.

Branne esperó con impaciencia, dando vueltas por la sala principal de Agapito. Vio una placa de datos en el brazo de un sillón y la cogió. La activó e, hizo aparecer la última pantalla mostrada. Parecía ser un duplicado de los archivos que Branne había recibido de Ephrenia no hacía ni diez minutos.

Su comunicador sonó.

—El comandante Agapito autorizó un piloto y un Stormbird para el despegue, comandante —le dijo el operador de la legión en la sala de mando—. El curso trazado indica que se dirige a Guarida del Cuervo.

—¿Cuándo? —quiso saber Branne.

—Hace dos horas y media estándares terranas, comandante.

Branne cortó la comunicación y tiró las dos placas de datos al suelo.

—¿Qué estás haciendo hermano? —le preguntó a la habitación vacía.

Dos horas eran suficientes para que Agapito ya estuviera en Guarida del Cuervo. Branne salió corriendo de la habitación para dirigirse a la Thunderhawk que lo esperaba en el Muelle Alfa.

El sonido del escáner era de una cadencia monótona, cada pulso iba acompañado por una imagen en la pantalla que Alpharius tenía delante. Giró la silla y comprobó las capturas de audio, viendo que no se detectaba nada a excepción del viento. Las torretas de defensa se habían mantenido constantemente monitorizadas desde el último ataque, y Alpharius y el resto de la escuadra habían permanecido de guardia desde el amanecer. No había ni rastro de algún tipo de actividad insurgente en las

últimas doce horas.

La silla crujió al reclinarse para apoyar las manos sobre las rodillas. Detrás de él, en la sala de control, el sargento Dor estaba limpiando su bólter, el trapo y las herramientas colocadas sobre un panel de instrumentos. Marko también estaba allí, monitorizando la estación de comunicaciones.

—Hora de otro barrido visual —avisó Dor sin levantar la vista de su trabajo.

Alpharius no dijo nada mientras se levantaba y se dirigía a la puerta reforzada. Introdujo el código de seguridad y la puerta se deslizó hacia un lado. Al salir, selló la puerta detrás de él. Cogió el casco que llevaba colgando del cinturón y se lo colocó antes de abrir el sello exterior. El viento penetró con fuerza, llevando consigo el acre olor de la polución.

Una vez en la muralla, Alpharius miró hacia la Guarida del Cuervo. Los reflectores de las torres y los muros recorrían el terreno circundante; sus haces se perdían en el brumoso aire a no más de cien metros. Podía ver figuras acorazadas patrullando los muros por debajo de él; sus lentes oculares brillaban como puntos amarillos en la oscuridad. Desenfundó el bólter y caminó por la pasarela, pasando bajo la sombra del gigantesco cañón de dos tubos emplazado en la parte superior de la torre.

Realizó la comprobación, utilizando la magnificación de sus sentidos automatizados para inspeccionar la puerta principal, las puertas del armorium y todos los demás puntos de acceso. Lo único que vio fueron más legionarios de la Guardia del Cuervo patrullando infatigablemente o inmóviles en sus puestos de guardia. Un millar de garras habían sido enviados desde la Torre del Cuervo para ocupar el puesto de los rapaces que habían sucumbido a la corrupción genética.

A Alpharius le dolió ver la corrupción de los legionarios, algunos de ellos devorados por la agonía; una perversión de las Legiones Astartes. Sería un acto de compasión matarlos, y cuando llegara el momento, la Legión Alfa sin duda les garantizaría una rápida liberación de su tormento. La Guardia del Cuervo eran enemigos, pero Alpharius sentía un gran respeto por los guerreros de Deliverance después de haber compartido con ellos sus tribulaciones.

Prosiguió su ronda, dirigiéndose hacia el exterior de la torre para examinar los desiertos radiactivos. Ya sabía por los informes de los sensores que allí fuera no había nada, pero la Guardia del Cuervo estaba muy preocupada por la tecnología gremial y no dejaba nada al azar. Era posible que los insurgentes fueran capaces de enmascarar los barridos de los sensores.

Allí no había nada que ver, tan sólo un torturado paisaje de edificios arrasados y rocas agrietadas.

Empezó a dirigirse hacia la puerta para completar la vuelta alrededor de la torre, pero se detuvo en la esquina para observar en la distancia. Hacia el nordeste, a cinco

kilómetros de distancia, el extrarradio de Nabrik surgía entre la rojiza bruma como los dedos de un hombre ahogándose rompiendo la superficie del agua. Las luces parpadeaban en lo alto de los edificios, y los focos de las naves aéreas blindadas pasaban lentamente entre ellas.

Alpharius estaba a punto de alejarse cuando se fijó en un parpadeo entre la bruma, cerca de la base de una de las torres. Una serie de destellos iluminaron la niebla. Instantes después, un dirigible estalló en llamas y los destrozados restos de su góndola se desplomaron sobre la ciudad. Un segundo o dos más tarde, el legionario alfa oyó el apagado pero característico sonido de los cañones pesados moviéndose sobre la Guarida del Cuervo, seguidos por el estallido de una aeronave.

Atónito, vio como las trazadoras surgían de varios rascacielos en el corazón de la ciudad, y más explosiones cobraron vida hacia el interior de Nabrik. AI principio pensó que era tan sólo otro ataque de los insurgentes dirigido contra el Mechanicum tras sus recientes derrotas contra la Guardia del Cuervo, pero entonces sucedieron varias cosas a la vez.

Dos grandes detonaciones sacudieron una de las gigantescas torres, partiéndola casi por la mitad. Los niveles superiores se desplomaron, chocando contra las calles en medio de una gran nube de fuego y humo. Al principio, Alpharius pensó que había sido una bomba, pero su estupefacción creció cuando una figura gigantesca apareció silueteada contra la creciente columna de fuego. Tenía al menos noventa metros de altura, y su brazo derecho era un arma gigantesca que refulgía con el brillo azulado de los generadores de plasma. Su caparazón blindado estaba cubierto de torretas que disparaban rayos láser y proyectiles sólidos contra la ciudad: ¡un titán de la clase Emperador!

Mientras observaba a la gigantesca máquina de guerra disparar una destructiva masa de energía azul con su aniquilador de plasma, Alpharius oyó a Marko chillando por el comunicador.

—¡Alerta máxima, a los puestos de combate! Amenaza inminente.

—Activando cañones de defensa —anunció Dor.

Apenas había acabado de hablar cuando el macrocañón sobre la cabeza de Alpharius abrió fuego. La onda de choque de sus dos tubos alcanzó al legionario alfa, provocando que los símbolos de advertencia de su armadura se pusieran en ámbar y rojo cuando la onda expansiva lo envolvió. Dos proyectiles del tamaño de tanques de batalla zumbaron hacia la lejanía, explotando a kilómetros de distancia.

Justo cuando el ruido de las detonaciones llegó a Alpharius, un picor se inició en su cráneo, un pulso doble diferente del que había sentido anteriormente. Supo inmediatamente lo que eso significaba: Omegon había activado la función de rastreo. El implante estaba buscando en esos momentos los microchips de los demás legionarios alfa.

Incrementando la magnificación de su visión, Alpharius vio cuatro columnas de vehículos e infantería serpenteando entre las ruinas contra las que había disparado el cañón, avanzando entre las llamas y el humo causado por el doble impacto. Eran transportes y tanques flanqueados por tres bípodes acorazados, cada uno de ellos de veinte metros de altura. Uno de los Warhound, pues los bípodes eran claramente titanes de exploración, estaba envuelto por el parpadeante brillo púrpura y negro de sus escudos de vacío colapsados por el bombardeo inicial. Los otros dos Warhound levantaron sus armas y devolvieron el fuego cuando la Torreta Dos empezó a disparar contra el cuerpo metálico del titán alcanzado.

Alpharius se tiró al suelo un instante antes de que la andanada rugiera a su alrededor, lanzando sobre él una lluvia de fragmentos de piedra y trozos del plastiacero que reforzaba la estructura interior de la torre. Dos rayos blancos atravesaron la cambiante niebla y atravesaron la carcasa blindada del macrocañón.

Impulsándose hacia la puerta, Alpharius quedó engullido por una tormenta de chispas y restos ardiendo procedentes de arriba que rebotaron en su armadura. Abrió la puerta de un tirón y se lanzó al interior, cerrando de golpe la compuerta blindada cuando otra andanada de proyectiles golpeó la muralla en la que se encontraba tan sólo dos segundos antes.

—Nord y Falko han caído —informó el sargento Dor—. El cañón está inoperativo. Nos retiramos a la estructura central, no hay nada que podamos hacer desde aquí.

La torre tembló a causa de nuevos impactos mientras la compuerta pasaba por el proceso de filtrado. Alpharius anduvo de un lado a otro durante unos segundos esperando que la puerta se abriera. El interior de la torre se había quedado a oscuras, iluminado tan sólo por las chispas que surgían de las consolas destruidas. Dor y Marko estaban esperando en la escalera que comunicaba los diversos niveles de la torre.

—¿Y las órdenes? —preguntó Alpharius, mirando la plataforma superior. Los sistemas automáticos de extinción de incendios habían inundado el emplazamiento del cañón, llenándolo de un espeso humo blanco.

—Inoperantes. Pongámonos en marcha —dijo Dor, empezando a bajar los escalones—. Reunión en la estación cuatro.

Alpharius no podía permitirse verse arrastrado a una reunión general. Las instrucciones de su primarca eran dirigirse a la puerta principal.

—Vamos —dijo Alpharius, indicando a Marko que siguiera a Dor.

El legionario de la Guardia del Cuervo le dio la espalda a Alpharius mientras éste desenvainaba su cuchillo de combate. Alpharius golpeó con la bota la rodilla de Marko, haciéndolo a caerse, al mismo tiempo que hundía la hoja en un lado del cuello del legionario prácticamente decapitándolo.

—¿Por qué os retrasáis? —gritó Dor desde la plataforma inferior.

Alpharius dejó caer el cuerpo de Marko al suelo, sacó una granada del cinturón y se inclinó sobre la barandilla.

—¡Coge esto! —gritó, dejando caer la granada activada.

Dor la cogió por puro instinto. Pasó un lento segundo mientras se daba cuenta de lo que había hecho. La granada cayó de entre sus dedos, pero era demasiado tarde. Explotó lanzado por los aires al sargento con la armadura perforada por los afilados fragmentos de metralla. Alpharius sabía que una sola granada no era suficiente para acabar con un legionario, por lo que se deslizó por la barandilla con el bólter en una mano.

Golpeó el suelo del piso inferior cuando Dor estaba incorporándose sobre una rodilla, con la espada sierra ya desenvainada. El gas silbaba por las conducciones rotas y el lubricante de una aceitosa fibra muscular mezclada con sangre se filtraba por la sección media del sargento. El proyectil de Alpharius alcanzó a Dor en el costado izquierdo del casco, donde se encontraba el comunicador, silenciando cualquier advertencia que pudiera enviar.

Dor rugió y saltó sobre Alpharius, que logró esquivarlo un instante antes de que los chirriantes dientes de la espada sierra a punto estuvieran de cortarle el brazo. Disparó a ciegas, alcanzando con varios proyectiles el pecho del sargento, que ante los repetidos impactos cayó nuevamente al suelo. Alpharius se apresuró a disparar nuevamente entre los ojos a través del casco de Dor. El casco, que ya estaba muy dañado, se partió cuando el proyectil estalló en su interior, salpicando de sangre y materia cerebral el suelo de metal.

Deteniéndose tan sólo para arrancar la espada sierra de los dedos muertos de Dor, Alpharius siguió bajando la torre.

Omegon miró hacia la colosal forma del *Magnus Casei* cuando el titán imperial disparó otra estrella en miniatura sobre el centro de la ciudad, y sintió un ligero temor. Sabía que la Orden del Dragón disponía de grandes recursos, pero no había considerado hasta qué punto su influencia se había extendido por Kiavahr. Había esperado una distracción, luchas internas dentro de los diversos templos; pero lo que la Orden del Dragón había iniciado era una guerra civil a gran escala.

Las calles estaban llenas de tecnosacerdotes y de funcionarios del Mechanicum huyendo de la carnicería. Los servidores, inexpresivos, vagaban por las calles incapaces de procesar lo que estaba sucediendo, mirando sin ver las explosiones y las llamas. Aquí y allí, soldados con monos corporales reflectantes dirigían a la multitud para que se alejara de los combates, urgiéndolos para que se apartaran de las líneas de fuego. Los servidores pretorianos, máquinas de guerra medio humanas aún más grandes que Omegon, observaban el éxodo provistos de cañones de cadena, cañones

láser y disruptores sónicos.

Las fuerzas gremiales estaban inundando la ciudad, miles de guerreros con trajes medioambientales blindados. El distante crujido de las armas láser y el tronar de las armas pesadas se oía por encima del sonido de las llamas y los gritos de pánico de la gente. Aquí y allí, las propias calles explotaban a causa del indiscriminado fuego de los gigantescos morteros que bombardeaban la ciudad desde las afueras.

Los gritos y los aullidos surgieron con renovado fervor cuando el *Magnus Casei* levantó el pie y avanzó a lo largo de la amplia avenida entre dos humeantes bloques de habitáculos. Las torretas de defensa en lo alto de su caparazón almenado ladraron haciendo que los restos vaporizados de una nave aérea cayeran sobre la ciudad.

Entre la masa de civiles que huían, Omegon tenía la cobertura perfecta. Salió del portal de una casa de forja y se unió a la multitud, la cabeza cubierta con una gruesa capucha y unos amplios ropajes para disimular su inmensa silueta. Se había despojado de la armadura y la había hundido en un pozo químico del desierto; era el sigilo y no las defensas físicas lo que lo protegerían en esos momentos.

Dejándose arrastrar por el flujo de gente, huyó con ellos hacia donde la avenida desembocaba en una plaza. Allí la multitud empezó a concentrarse y el pánico aumentó. Las escuadras de soldados del Mechanicum, los skitarii, estaban bloqueando todas las salidas, obligando a retroceder a los refugiados con porras eléctricas y disparos de advertencia de sus rifles automáticos. Había plataformas de armas propulsadas por orugas emplazadas en las intersecciones, con sus dotaciones cibermodificadas alertas ante cualquier peligro.

Fue fácil para Omegon utilizar su fortaleza para abrirse paso a través de la multitud y dirigirse a uno de los otros caminos que llevaban a la plaza. Apartando de un golpe a un tecnosacerdote, se encaminó hacia el cordón de skitarii. Se le enfrentó un líder de compañía que llevaba grabadas las runas del Mechanicum en las placas de su armadura de caparazón. El oficial observó a Omegon con sus ojos mecánicos, y sus lentes reflejaron las llamas que consumían el rascacielos situado detrás del primarca.

—Capitán Vertz de los Garras, dejadme pasar —le espetó Omegon, no dejando que el oficial tuviera ni una posibilidad de hablar—. Debo regresar a la Guarida del Cuervo.

—Sí, señor —asintió el oficial, e indicó a sus hombres que abrieran la barricada que habían levantado en medio de la calle—. Hay una columna procedente del sexto distrito reuniéndose en el Arco de la Fundición siguiendo las instrucciones de vuestro primarca. Quizá queráis uniros a ella.

—Gracias por la información —dijo Omegon, pasando junto al líder skitarii. Estaba realmente agradecido por la información, ya que eso podía significar que la siguiente fase de su plan iba a ser mucho más sencilla.

Empezó a correr hacia las afueras de la ciudad, en dirección a los desiertos radiactivos.

El crujido de los cascotes al caer anunció la destrucción de otra torreta. El edificio principal de la Guarida del Cuervo retembló por el impacto mientras las luces parpadeaban y las sirenas de alarma aullaban. Agapito no tuvo tiempo de preocuparse por el significado de estos acontecimientos mientras saltaba un tramo de escalera en dirección al armorium.

En el siguiente nivel se encontró con una escuadra de rapaces que estaban montando un láser multitubo en su trípode. Durante los últimos días había pasado mucho de su tiempo con el capitán Noriz, escuchando sus consejos sobre las estrategias básicas de defensa que utilizaba su legión. La mente de Agapito estaba saturada de porcentajes de bajas, zonas de muerte específicas y modelos de despliegue cruzados.

—¡Eso no está bien aquí! —les gritó—. Si el enemigo llega hasta aquí, no os servirá de nada. Dirigíos al cruce sur para conseguir un campo de tiro en condiciones.

—¡Sí, comandante! —respondió el sargento de la escuadra mientras Agapito seguía su apresurada carrera.

«Además, sigo necesitando una ruta de escape abierta si las cosas se me van de las manos», pensó.

Cuando Agapito entraba en el nivel del armorium, encontró la zona casi desierta. Unos pocos servidores andaban arriba y abajo, cargando munición en el montacargas pesado. No le prestaron atención mientras pasaba corriendo por su lado. Al oír voces más adelante, el comandante entró en una de las galerías de tiro. Unas pisadas resonaron en el exterior y se alejaron.

Cuando el sonido de los legionarios hubo desaparecido, Agapito salió al corredor principal para comprobar que nadie lo veía. Si su presencia era detectada seguramente le pedirían que tomara el mando en ausencia de Branne, un retraso que no podía permitirse. No sabía de cuánto tiempo disponía, pero cada segundo que pasaba podía ser una oportunidad perdida.

Alpharius cruzó la puerta con paso confiado y encontró una serie de legionarios de la Guardia del Cuervo allí reunidos. La mayoría eran garras, pero una escuadra de rapaces controlaba las baterías de cañones láser que cubrían el camino hacia la puerta. Sin duda había demasiados legionarios para que pudiera acabar con ellos de la misma forma que había acabado con Dor y Marko.

Se produjo una conmoción en la otra puerta cuando el sargento Nestil entró flanqueado por dos guerreros de su escuadra.

—Activad las balizas de aterrizaje —ordenó el sargento—. Están llegando refuerzos. Preparados para abrir la subpuerta a su llegada.

Conteniendo un gruñido de frustración, Alpharius se alejó de las grandes puertas de la entrada principal. Su misión era asegurarlas y abrirlas cuando llegaran las tropas de la Legión Alfa, pero si llegaban aún más guerreros de la Guardia del Cuervo, aquello sería un movimiento inútil. El implante de su cráneo estaba vibrando salvajemente, indicándole que otro legionario alfa estaba en las proximidades, probablemente en el interior del bastión de la puerta principal. No podía arriesgarse a levantar sospechas revelándose antes de tiempo.

Siguiendo las instrucciones de Nestil, los barrotes que cerraban la puerta más pequeña situada en el interior de las gigantescas losas de adamantio cubierto de ferrocemento se abrieron. Los pistones hidráulicos se activaron y la poterna se abrió mostrando un anclaje de aterrizaje situado entre la entrada y el muro exterior. La puerta principal pronto iba a estar muy abarrotada, por lo que Alpharius se dirigió hacia la escalera que conducía a la galería de observación que recorría las puertas por encima de ellas. Se vio en compañía de otros cinco legionarios de la Guardia del Cuervo, sentados a horcajadas en los bólters cuádruples montados a lo largo del muro exterior de la galería.

Sin hacer caso de su presencia, Alpharius miró a través de la ventana de cristacero de un metro de grosor. Los destellos de los cohetes atravesaban la rojiza oscuridad, y reconoció la forma de una Thunderhawk que se aproximaba, con otra siguiéndola unos cien metros más atrás. En cuanto se posó, la negra nave de desembarco bajó la rampa para descargar varias escuadras de legionarios que salieron al trote. En cuanto el último guardia del cuervo hubo desembarcado, el piloto de la Thunderhawk aceleró los motores y despegó. La segunda se posó mientras la primera oleada de refuerzos se dirigía a la puerta abierta de la poterna.

Desesperado, Alpharius observó las dos filas de figuras de armadura negra que se dirigían a toda prisa hacia la puerta. Observó como la segunda Thunderhawk despegaba de nuevo mientras la primera giraba a pocos metros del muro. Algo le pareció tan raro en la maniobra de la Thunderhawk que prestó más atención a la aproximación de la cañonera.

Aumentando la magnificación de sus sentidos automatizados, observó la cañonera y vio que había desactivado el seguro de las armas y los misiles. Estaba a punto de realizar una pasada.

Se dirigió corriendo hacia la escalera. Cuatro detonaciones casi simultáneas llenaron la galería con fragmentos volantes y llamas. La onda expansiva lanzó a Alpharius a través de la entrada haciéndolo chocar contra el primer tramo de escalera.

Aturdido, se puso en pie en cuanto oyó los disparos de bólter que procedían de abajo. De repente, el comunicador se saturó de advertencias antes de ser acalladas por una ensordecedora estática. Dos guardias del cuervo retrocedieron hacia la escalera por debajo de él, uno disparando el bólter y el otro lanzando chorros de promethium ardiendo con su lanzallamas contra algún enemigo invisible en la puerta principal.

Alpharius apuntó el bólter y abrió fuego, matando al legionario del lanzallamas. Su compañero se volvió sorprendido, y levantó el arma hacia Alpharius. Antes de que pudiera disparar, una bola de plasma atravesó la puerta e incineró la mitad de su cuerpo en un instante.

Sosteniendo su bólter con una mano para desenvainar la espada sierra que había cogido, Alpharius bajó lentamente los escalones, con los ojos fijos en la puerta. Se detuvo al llegar a nivel del suelo, escuchando como los sonidos de lucha se acallaban. Con el bólter levantado, asomó por el borde de la entrada. El sonido en su cabeza ahora era casi constante.

Vio al sargento Nestil avanzando a través de un charco de promethium encendido, casi a la altura de Alpharius, con las llamas ardiendo en la placa pectoral y el brazo izquierdo.

Alpharius preparó la espada sierra y atacó al sargento lanzando el arma contra su cuello.

Nestil lo vio y se movió para desviar la parte plana de la espada sierra con el antebrazo, lo que hizo que el filo se estrellara contra la hombrera. Los dientes de filo monomolecular chirriaron atravesando pintura y ceramita.

—¡Hydra! —gritó Nestil, levantando su combibólter.

—Effrit —respondió inmediatamente Alpharius. Era la contraseña. Se detuvo a medio ataque, dejando que la espada sierra reposara a su lado. Nestil también bajó su arma.

—¿Nestil? —exclamó Alpharius, incapaz de creer que el veterano sargento realmente fuera un legionario alfa.

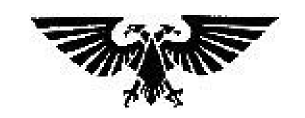
—Soy Alpharius —respondió el sargento—. ¿Ort?

—Soy Alpharius.

—Yo también lo soy —dijo una voz detrás de ellos—. Que coincidencia.

Ambos legionarios alfa se volvieron.

—¿Tú? —exclamó a su vez Nestil haciendo un gesto de incredulidad con la cabeza—. ¿Uno de nosotros es un comandante?



DIECISÉIS
EL BOMBARDEO DE KIAVAHR
SAQUEADO
LA VENGANZA DE SIXX

Las Thunderhawk y los Stormbird ya estaban alejándose del Muelle Superior cuando Corax entró en la zona de aterrizaje. La controladora Ephrenia corría para mantener el paso de sus largas zancadas mientras le comunicaba el flujo de información que le estaba llegando desde la sala de mando.

—Los combates están localizados en dos ciudades, señor —dijo la controladora sin aliento, con la unidad de comunicaciones colgándole de la oreja—. El magos supremo Deltiari dice que ha movilizado a la Legio Vindictus como respuesta. Una columna de skitarii con la fuerza de un cuerpo de ejército ha sido enviada para ayudar en la defensa de la Guarida del Cuervo. Las fábricas de la Mark VI están bajo un duro ataque, pero resisten. Las fuerzas leales a los gremios han asediado Forja Primus y se están desplazando para ocupar la antigua casa gremial de Santrix Tercia. El capitán Noriz ya está a bordo del *Vanguardia Vengativa* con sus puños imperiales, y pide permiso para unirse al contraataque en Kiavahr… Un instante, señor, recibimos una transmisión directa procedente de la Guarida del Cuervo. Se la paso.

Le pasó el receptor a Corax, y éste se detuvo en la rampa de su Stormbird.

—¿Comandante Branne? —dijo—. Informe.

—No soy Branne, señor, soy Vincente Sixx —le llegó la respuesta—. El comandante Branne todavía no ha llegado. Los comandantes Agapito y Solaro están aquí, aunque en estos momentos no puedo contactar con ellos.

—Entendido —dijo Corax, dejando de lado por un instante la pregunta de dónde estaba Branne y qué mantenía ocupados a los otros dos comandantes—. ¿Cuál es la

situación?

—Señor, estamos bajo fuego de dos titanes Warhound, así como de diversas plataformas de artillería móvil. Hay una columna de gremiales a tan sólo medio kilómetro de las instalaciones con tanques de batalla y apoyo de armas pesadas. Creo que nuestras defensas han sido penetradas, pero no puedo confirmarlo. ¿Qué debemos hacer?

—¿Qué quieres decir? —le espetó Corax—. ¡Defender la Guarida del Cuervo!

—La plantilla genética, señor —dijo Sixx—. No podemos permitir que sea capturada por los gremiales. No sabemos en manos de quién podría acabar.

Corax no respondió inmediatamente, y se obligó a sí mismo a evaluar la situación de forma objetiva.

—Si destruimos la plantilla genética y las investigaciones, condenaremos a casi un millar de legionarios a una existencia miserable —respondió al fin el primarca—. Necesitamos esa plantilla para revertir los efectos de la contaminación genética.

—Lo comprendo, señor, pero ¿podemos asumir el riesgo?

—Deberás utilizar tu propio juicio, apotecario jefe —dijo Corax—. Cierra totalmente las instalaciones de implantación y reúne varios legionarios como último recurso. Coloca cargas y prepárate para destruir la plantilla genética y todo el material asociado. Dependerá de ti decidir si el riesgo es demasiado alto. Estaré en la Guarida del Cuervo dentro de noventa minutos.

—Entendido, señor —asintió Sixx—. Haré todo lo que pueda para protegerla.

Tras cortar la comunicación, Corax le devolvió el receptor a Ephrenia. Las palabras de la controladora se perdieron en el rugido de una Thunderhawk despegando a poca distancia.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Corax.

—El comandante Agapito, señor —repitió ella—. Ha habido varias brechas potenciales de seguridad relacionadas con el comandante Agapito. Se lo hice saber al comandante Branne. Eso puede tener algo que ver con su estatus actual de incomunicado.

—No tengo tiempo para una explicación completa —gruñó Corax, subiendo por la rampa—. Envía una orden a la Guarida del Cuervo destinada a Solaro para que los busque y los detenga a los dos.

—Entendido, señor —asintió Ephrenia—. Me aseguraré de que toda información importante sobre lo que suceda sea reenviado a vuestro canal en el Stormbird.

—Sé que lo harás —dijo Corax, dándose la vuelta para poner una mano sobre su hombro con mucho cuidado. Una sonrisa recorrió su anciana cara—. Mis comandantes pueden estar ausentes por sus propios asuntos, pero siempre puedo confiar en ti, Nasturi.

Corrió rampa arriba y ordenó al piloto que despegara. Sentándose en el asiento

especial del compartimento principal, el primarca miró por la ventana. El Stormbird tembló cuando los motores cobraron vida mientras se alejaba de la rampa de despegue.

El Stormbird giró y aceleró alejándose de la Torre del Cuervo, haciendo que Kiavahr apareciera en el campo de visión. Corax observó el planeta con suspicacia. Como una púa clavada en el costado que se había dejado que se infectara, los gremiales habían regresado como una gangrena. Había estado tan ansioso por partir, por tomar el manto de primarca y unirse a la Gran Cruzada, que había subestimado su persistencia. Se culpó a sí mismo por el descuido, y añadió otra reprimenda por no esperar que hicieran algún tipo de maniobra. Debían de haber oído hablar de la traición de Horus, y ésta era una oportunidad ideal para que trataran de recuperar el poder.

Recordó un tiempo pasado en el que podría haber acabado con ellos de una vez por todas.

—No podemos dejar que vuelvan a atacarnos —esgrimió Reqaui—. Tienen miles de efectivos más para enviar y no les importan en absoluto las bajas. Da igual que tengamos un ejército de hombres dispuestos a perder la vida, simplemente no podemos igualarlos. Vendrán una y otra vez, y otra, hasta que todos estemos muertos o de vuelta en nuestras celdas.

—Me gustaría no haber tenido que considerar esta opción jamás —dijo Corvus, mirando al orbe de Kiavahr a través de la amplia ventana del comedor de oficiales. Los sofás estaban destrozados y manchados de sangre, y las ornamentadas mesas y vitrinas, con las superficies lacadas cubiertas de grabados, agujereadas por numerosos impactos de bala y chamuscadas por los rayos láser—. Es demasiado extrema. Hay millones de personas en ese mundo que trabajan bajo el yugo de los gremios como lo hicimos nosotros, y que no han hecho nada en contra nuestra.

—Reqaui tiene razón, Corax —apuntó Nathian. El subcomandante del Ala Dos yacía sobre uno de los sofás con una botella de licor destilado en equilibrio sobre el pecho. Se sentó, tomó un trago de la botella de cristal y señaló más allá de Corvus, apuntando con su dedo a Kiavahr—. Esos cabrones se lo merecen.

—¡Yo nunca he dicho eso! —dijo Reqaui—. Nunca he dicho que se lo merezcan, he dicho que es la forma más rápida de conseguir la paz.

—Estás borracho —gruñó Corvus, atravesando la sala en tres zancadas para alejar la botella de manos de su teniente. La colocó sobre la destrozada superficie de terciopelo de una mesa de billar, dándose cuenta de que había un dedo amputado en la red de uno de los agujeros.

—Pero no soy estúpido —replicó Nathian—. Mata a todos esos cabrones y no quedará nadie contra quien luchar. Ésa es la paz. Justo a nuestro alcance.

—¿Qué pensáis vosotros? —preguntó Corvus, dirigiendo la mirada hacia Branne y Agapito. Los dos hermanos estaban sentados a la mesa con una colección de mapas de las ciudades de Kiavahr desplegados delante de ellos.

—Ni siquiera sabemos si es posible —dijo Branne—. ¿Cómo haremos para que lleguen a la superficie?

—Tiramos las primeras cargas siguiendo el corredor gravitatorio sobre Nairhub —dijo Corvus, pero en seguida se detuvo sin ofrecer ninguna explicación más—. No importa. He decidido que vamos a hacerlo.

—Entonces será mejor que carguemos otra vez los láseres de defensa —sugirió Agapito—. El último bombardeo cortó los cables de mantenimiento de los búnkeres que protegen las alas Cuatro y Cinco.

—¡Caeremos luchando, rodeados de muertes gloriosas! —exclamó Nathian, que aprovechó la oportunidad para recuperar la botella y tomar otro trago.

—Si a eso es a lo que debemos llegar —replicó el líder de los rebeldes—. Cada uno de nosotros está preparado para hacer ese sacrificio.

—Tenemos que hacerlo, Corvus. —La atención de los presentes se desvió hacia Ephrenia, que todavía no había pronunciado ni una palabra durante todo el debate. Estaba sentada en el suelo, con una pierna rota y vendada en alto, sobre los restos de una mesa auxiliar—. Si no vencemos, Lycaeus jamás será libre, y Kiavahr tampoco. Tú tienes que sobrevivir, Corvus. Si mueres, cualquier esperanza de libertad morirá también. Miles, decenas de miles, incluso centenares de miles morirán, pero millones serán libres.

Corvus no podía tomar esa decisión. No había garantía alguna de que funcionara, ¿y qué sentido tenía destruir Kiavahr, condenando a su población a una lenta muerte de sed y hambre, si no se conseguía la victoria?

—Destruye el poder de los gremios —insistió Reqaui.

Corvus asintió con gesto reticente. No había otra solución.

—Bien —intervino Nathian—. Pongámonos en movimiento, no hay tiempo que perder.

—Ya está todo preparado —admitió Corvus. Se hundió en el sillón que había dejado vacante Nathian, con sus largas piernas estiradas por encima de una alfombra chamuscada—. Turnan y el Ala Uno han cargado cinco dispositivos atómicos en sendas lanzaderas. Sus sistemas de guía han sido fijados sobre Nairhub, Toldrian Magna y Cahes. Todo lo que tenemos que hacer es dar la orden.

Ephrenia se levantó con un gruñido de dolor y atravesó la habitación. Se estiró en el suelo junto a Corvus, y dejó descansar su brazo sobre la rodilla de él.

—El paso del tiempo no hará que sea más fácil dar la orden —le dijo, mirándolo con ojos llenos de ternura.

Con un suspiro, Corvus hizo una señal a Agapito, que sacó la radio del bolsillo

de su chaqueta y se la lanzó a través de la habitación. Cogiéndola con facilidad, Corvus la conectó para transmitir.

—Turman, aquí Corvus —anunció lentamente—. Dispara las lanzaderas.

El comandante de la guerrilla apagó el aparato y lo dejó caer al suelo. Volvió la cabeza para mirar por la ventana. Pasados unos minutos, se pudieron ver los motores de las lanzaderas alejándose hacia la oscuridad que separaba Lycaeus de Kiavahr.

—Mierda —exclamó Nathian, dejándose caer sobre una silla. Levantó la botella en dirección a Corvus—. Ahora realmente vamos a ganar, ¿verdad?

—Branne, quiero que permanezcas ante el transmisor principal —dijo Corvus, mirando al rojizo orbe de Kiavahr. La luz de la estrella del sistema estaba tan sólo empezando a propagarse por el continente denominado Garrus. Se imaginó los miles de personas que estaban dirigiéndose a iniciar el primer turno de trabajo, miles que no acabarían su turno. No importaba tratar de huir de lo que había hecho; sabía que los inocentes serían incinerados junto con los culpables—. Quiero que envíes una transmisión general a través de todos los canales gremiales cuando las cargas detonen.

—No hay problema —asintió Branne—. ¿Qué mensaje debo enviar?

—Diles a los gremiales que a lo largo de siglos de subyugación han acumulado mil trescientas veinte cargas atómicas en Lycaeus. Y que tan sólo hemos utilizado cinco.

Las nubes de Kiavahr cubrían la visión desde el Stormbird, quedándose atrás como hebras rojizas. Corax estaría en la Guarida del Cuervo en menos de treinta minutos, pero al primarca eso le parecía que era una eternidad. Flexionó los dedos inquieto, frustrado por el curso de los acontecimientos que se habían abatido sobre la Guardia del Cuervo. La superstición era anatema para la Verdad Imperial, y él jamás había sido una persona irracional, pero parecía como si su legión hubiera sufrido una maldición desde el desembarco en Isstvan.

Se corrigió a sí mismo. Habían sobrevivido a Isstvan cuando los demás legionarios no lo habían hecho. Por medio de la determinación y el coraje, la Guardia del Cuervo había resistido, y resistiría los problemas actuales.

El timbre del comunicador en el reposacabezas de su asiento interrumpió sus pensamientos, avisando de una transmisión a través del canal de mando.

—Estableced contacto —dijo, apartando la mirada de la ventanilla—. Aquí Corax.

—Lord Corax, aquí Branne.

—En nombre del Emperador, ¿dónde estás? —gruñó el primarca—. La Guarida del Cuervo está en peligro de ser arrasada.

—Lord Corax, no debéis aterrizar en la Guari…

Otro timbre interrumpió la respuesta de Branne, y fue a Ephrenia a quien Corax escuchó a continuación.

—Señor, hemos registrado una señal de fijado de objetivo dirigida a la Guarida del Cuervo desde la órbita —informó apresuradamente la controladora.

—¿Origen?

—¡Es la *Vengadora*, señor!

—Puedo confirmar eso, señor —dijo Branne cuando los dos canales se mezclaron.

—¿Cómo? —exclamó Corax.

—Porque estoy a bordo de la *Vengadora* y tengo cuatro torpedos ciclónicos cargados y apuntando a la Guarida del Cuervo, señor.

Corax apenas podía creer lo que estaba escuchando. Necesitó varios segundos para digerir la información.

—¿Y por qué estás haciendo eso, comandante? —preguntó el primarca con un tono tan frío como el hielo.

—Si hay alguna posibilidad de que los gremiales puedan obtener la tecnología genética, pienso vaporizar todo el lugar —respondió Branne con voz tranquila—. Señor, hemos tomado decisiones difíciles anteriormente para proteger a la legión.

—Hay legionarios de la Guardia del Cuervo en la superficie, comandante —dijo Corax, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. ¿Por qué ibas a disparar sobre tu propia legión?

—Sólo por una causa mayor, señor —respondió Branne sin alterar la voz—. Por favor, no aterricéis en la Guarida del Cuervo, eso complicaría las cosas.

—¿Estás tratando de decirme lo que debo hacer, comandante? —le espetó Corax —. ¿Es una amenaza?

—No, mi señor, es una súplica —respondió Branne—. Si aterrizáis en la Guarida del Cuervo, no abriré fuego, pero corremos el riesgo de perder la semilla genética.

Corax descargó el puño contra una mampara que se dobló por el impacto.

—¿Por qué no has esperado mis instrucciones? —quiso saber.

—Me temía que dierais órdenes en contra de mi decisión, mi señor —respondió Branne—. Vuestro deseo de reconstruir la Guardia del Cuervo os ha devorado últimamente, y pesa mucho sobre vuestra capacidad para tomar decisiones adecuadas.

Corax se deshizo del arnés y se levantó, furioso.

—Corvus, me conocéis desde hace muchos años y sabéis que siempre os he sido leal —prosiguió la voz de Branne por el altavoz—. Encontraremos otra forma de sobrevivir si es necesario. Por favor, no aterricéis en la Guarida del Cuervo. La legión, el Emperador y el Imperio necesitan que sigáis con vida. Espero vuestras órdenes.

Aquellas palabras diluyeron la rabia de Corax. Era la misma voz que lo había acompañado cuando Lycaeus fue liberado y Deliverance vio la luz. Era la voz que había transmitido con toda tranquilidad sus órdenes sobre un centenar de campos de batalla. Era la voz que lo había felicitado por su regreso tras la pesadilla de Isstvan.

Era una voz en la que se podía confiar.

Corax estaba respirando pesadamente y la sangre corría a gran velocidad por sus venas. Una cara apareció en sus pensamientos, contorsionada por el odio, sus ojos negros llenos de veneno, la cara de una criatura presa de una oscura pasión. La cara de Konrad Curze, el Acechante Nocturno, al que debería haber matado.

No podía dejar que su amor por la legión la destruyera, del mismo modo que el odio había destruido a Curze.

—Muy bien, comandante —dijo—. Mantén tu posición y espera órdenes. Si la Guarida del Cuervo ha de ser destruida, será por una orden mía.

Atrapado entre varias decisiones sobre lo que debía hacer, Sixx había iniciado el proceso de cerrado, pero no había finalizado los protocolos. Era necesario colocar algunas cargas térmicas procedentes del armorium, pero todas las escuadras parecían estar ocupadas defendiendo el muro. No podía comunicarse con Solara ni con Agapito, lo que dejaba al apotecario en un dilema: ¿debía abandonar la enfermería para buscar él mismo los explosivos?

Decidió que la enfermería no se encontraba bajo un peligro inmediato, por lo que podía arriesgarse a ir a buscarlos. Tras sellar la puerta exterior con su llave de mando, Sixx se apresuró por el corredor que llevaba hacia el elevador. No se encontraba en esa planta, y apretó el botón de llamada con insistencia.

Dio un paso atrás, sorprendido, cuando las puertas del elevador se abrieron tan sólo unos segundos después, dejándolo cara a cara con el comandante Solaro. Éste se encontraba flanqueado por un puñado de legionarios, y su armadura negra reflejaba el brillo azulado de la espada de energía que el comandante llevaba desenvainada.

—¡Menos mal! —exclamó Sixx—. Comandante, necesito que…

Solaro atravesó con su espada el pecho de Sixx sin mediar ni una sola palabra. La sangre surgió a borbotones por la garganta del apotecario jefe, convirtiendo su exclamación de sorpresa en un gorgoteante ruido de burbujas carmesíes.

Solaro liberó la espada de energía dejando que Sixx cayera de cara sobre el suelo.

—Coged la llave digital —dijo Solaro, avanzando por el corredor.

Sixx no pudo hacer nada cuando uno de los legionarios se inclinó a su lado y le arrancó la cadena que llevaba alrededor del cuello. Mientras la negrura caía sobre él, el último pensamiento de Sixx fue el terrible error que había cometido.

—¿Cuál es la causa del retraso? —exigió saber Nexin Orlandriaz mientras abría la compuerta superior de su transporte oruga. Hizo girar la cúpula para mirar en dirección atrás, hacia la columna de tanques y transportes que serpenteaba hacia el interior de la niebla. Los pulmones le dolían en al aire acre, pero la contaminación no era nada que su cuerpo modificado no pudiera procesar.

El cuerpo de skitarii estaba formado por dos mil guerreros cibernéticamente potenciados que viajaban a bordo de ocho fortalezas móviles de la clase Dominator, y otros quinientos marchando junto a éstas. Alrededor de las moles blindadas había muchos más orugas de exploración de menor tamaño, ocultos detrás de una variada serie de tanques reunidos para proporcionar una mayor protección: tanques de batalla Leman Russ del Ejército Imperial y Falchions, Predators destinados a la Guardia del Cuervo, así como tres bípedos pesados de la clase Ángel de Hierro que caminaban con paso retumbante sobre sus cuatro patas y tenían el cuerpo erizado de armas antipersonal.

—Algunos de los pretorianos se han atascado —gritó un sargento de artillería desde la parte posterior de su cañón de asalto autopropulsado. Señaló con el pulgar por encima de su hombro, hacia donde unas gigantescas figuras estaban emergiendo de la niebla.

Cada una de ellas era tan grande como un legionario o incluso más, desarrolladores en probetas para ese propósito, y cada uno de los doce servidores de combate estaba equipado con una gran variedad de cañones de cadena, lanzacohetes y multiláseres. Algunas armas eran transportadas sobre arneses, otras reemplazaban extremidades o estaban remachadas y soldadas a la carne artificial de los pretorianos.

Junto a ellos caminaban los Heraclios, otros gigantes desarrollados en probetas y vestidos con gruesos ropajes con capucha cubiertos de signos del Mechanicum, y los pechos y los hombros protegidos por placas de ceramita. Empuñaban cañones multitubo y láseres pesados con la misma facilidad que un skitarii cargaba su rifle láser. Uno de los Heraclio se detuvo junto al transporte de Orlandriaz, mirando en su dirección con la cara oculta bajo la sombra de la capucha. Esto hizo que los demás se detuvieran y también fijaran su atención en el magos.

—¡Capataz! Haga que sigan caminando —ordenó Orlandriaz.

Un funcionario con un mono grueso y un casco con visor gritó unas órdenes a los servidores, y éstos volvieron a ponerse pesadamente en marcha.

Se encontraban tan sólo a medio kilómetro de la Guarida del Cuervo; Orlandriaz se había encontrado con ellos en el cordón de dos kilómetros para escoltarlos hacia la seguridad. Dos titanes Warhound estaban disparando una cortina de fuego contra el muro occidental, destruyendo el rococemento con sus bólters Vulcan y sus turboláseres. El retumbar del fuego de artillería era casi constante, al igual que las

cadenas de detonaciones que estaban derribando lentamente la protección exterior de las instalaciones principales. Orlandriaz no podía ver nada de los nuevos edificios, pero las espesas columnas de humo que surgían de allí donde se habían levantados no presagiaba nada bueno.

Volviendo a sentarse en su silla de mando, Orlandriaz ladró una orden en la oreja metálica del servidor piloto. El transporte se tambaleó hacia adelante y después se detuvo. Sus orugas resbalaban en el espeso barro. El magos se echó hacia atrás la capucha y se puso el casco de comunicaciones.

—Coronel Kuerstandt, que la mitad de los Dominators se dirijan hacia los rebeldes —dijo el magos.

—Enviaré también los tanques. Al fin y al cabo no serán de ninguna ayuda en el interior de la muralla —respondió el comandante skitarii—. ¿Qué hago con el resto?

—Vamos a entrar a través de la puerta principal hasta el patio central. Estoy tratando de comunicar con algún comandante de la Guardia del Cuervo, pero por el momento no he obtenido ninguna respuesta. Sin embargo, nuestra señal de aliados está siendo recibida y la señal de aproximación segura ha sido enviada de vuelta, así que es seguro entrar.

—Afirmativo, magos —asintió Kuerstandt—. Yo personalmente dirigiré el contraataque contra esos malditos traidores al Omnissiah.

—Evidentemente —replicó Orlandriaz—. A toda velocidad, coronel. Hemos de asegurarnos de que los gremiales no entran en la Guarida del Cuervo.

Los otros dos legionarios alfa disfrazados vigilaron la puerta mientras Solaro, Nestil y Ort reunían todo lo que tenía que ver con el proyecto tecnología genética. Ort y Solaro peinaron las bases de datos, copiando miles de archivos en chips cristalinos, mientras Nestil utilizaba la llave de Sixx para acceder al sanctum de la plantilla genética.

Nestil sabía exactamente lo que tenía que hacer, y abrió la cámara de estasis. Todavía conservaba el contenedor de estasis que había contenido el virus genético, y colocó en su interior el tubo glaseado que contenía el material primarca. En esos momentos parecía distinto, más oscuro y espeso.

—Bórralo todo —ordenó Solaro, sacando un cristal de datos del banco de archivos principal—. No dejemos que encuentren nada.

Ort se movió de consola en consola, activando los programas de borrado mientras Nestil empezaba a recoger las muestras de prueba de un microanalizador guardándoselas en un bolsillo. Solaro puso en marcha una terminal vacía e introdujo los códigos de mando de acceso.

—Las Thunderhawk todavía están en la plataforma de aterrizaje —dijo—. Ése será nuestro punto de extracción. Los otros deben de haber formado un cordón para

evitar que los skitarii lleguen hasta nosotros. Una vez allí, retrocederemos por escuadras y nos largaremos de aquí. Enviaré una señal a *Beta* para que empiece su acercamiento desde órbita hasta el punto de encuentro.

—El hecho de que estés fingiendo ser un comandante no te pone al mando —dijo Nestil, riendo.

—¿Tienes un plan mejor? —le espetó Solaro—. No tenemos tiempo para juegos.

—Cálmate —gruñó Nestil—. La Guardia del Cuervo no tiene ni idea de que estamos aquí. Simplemente tenemos que dirigirnos a la puerta principal y no atraer la atención sobre nosotros.

El micrófono en el oído de Nestil se activó.

—Effrit-hydra-omega. Todos los contactos, informen de sus progresos. —La voz del primarca sonó distorsionada y apagada.

—Contacto Tres informando —dijo Ort—. Los tres hemos contactado con las fuerzas de ayuda. Misión completada. Estableciendo la ruta de salida.

—Sois un buen ejemplo para la legión, todos vosotros —los halagó el primarca —. Estáis adelantados sobre el plan previsto, así que tengo una misión final para vosotros.

—Sí, estamos preparados —asintió Ort.

—La Guardia del Cuervo desplazó su almacén de semillas genéticas a la Guarida del Cuervo para ayudar al proceso de implantación —les informó Omegon—. Está localizado en una bóveda adyacente a la enfermería.

—Es correcto —asintió Nestil. Hizo girar la cadena con la llave digital de Sixx entre sus dedos—. Tenemos la llave de códigos. ¿Qué queréis que hagamos?

—Destruidlas todas. Desactivad los campos de estasis y destruid hasta el último fragmento de semilla genética. No quiero que exista la más mínima posibilidad de que la Guardia del Cuervo se recupere de este ataque.

—Entendido —dijo Solaro.

—Antes de que lo hagáis, poned a salvo los datos de la tecnología genética. Entregadlos a un miembro de la fuerza de apoyo y que los guarde en el repositorio de armas del extremo oriental del corredor norte. Enviaré a otro agente a recuperarlos.

—¿Otro agente? —exclamó Ort—. Los tres estamos aquí.

—Eso no es de tu incumbencia, legionario. Haz lo que os he ordenado.

—Como digáis, mi señor —respondió Solaro.

Tomó una caja de almacenamiento de un banco próximo y la volcó para vaciarla de su contenido.

—Ponlo todo aquí —dijo—. Ya has oído al primarca.

El polvo cayó del techo cuando otra explosión hizo temblar la Guarida del Cuervo. Navar y los otros estaban sentados o acuclillados en un círculo en el centro de la

cámara, mirando hacia arriba cada vez que impactaba un proyectil. Estaban cumpliendo órdenes, pero no era nada tranquilizador estar sin hacer nada mientras la Guarida del Cuervo estaba bajo ataque.

Un golpe contra la puerta llamó su atención. Navar se puso en pie y señaló a los demás para que se prepararan.

—Ten cuidado —lo alertó Kharvo, poniendo al descubierto sus afilados dientes.

Navar asintió y levantó una mano con garras presto a atacar. Manoteó en el picaporte de la puerta con la otra, pues sus garras le impedían cogerlo bien. Al abrir la puerta, se vio obligado a saltar hacia atrás cuando un cuerpo ensangrentado cayó en la habitación.

—¡Es Vincente Sixx! —exclamó Navar, arrodillándose junto al apotecario jefe. La sangre manaba de una herida apenas cauterizada que tenía en el pecho y le empapaba la bata blanca. Los ojos de Sixx recorrieron salvajemente el techo mientras los demás rapaces se reunían a su alrededor.

—Traidores —susurró Sixx—. Enfermería. Proteged… Proteged la semilla genética.

Con una mano cubierta de sangre abrió la parte frontal de su ropa, mostrando un mono corporal negro. Tenía una pistola bólter en la cintura. Navar asintió comprendiendo y desenfundó el arma.

—No… —dijo Sixx. Tosió más sangre y movió la mano débilmente hacia el interior de sus ropas.

—Aquí hay un bolsillo —indicó Kharvo, mirando hacia donde señalaba. Sacó una pieza triangular de metal con el símbolo de la Guardia del Cuervo grabado en un lado —. Es la llave de mando.

La cara de Sixx se contorsionó por el dolor, pero se obligó a incorporarse sobre un codo.

—Repositorios de armas, almacén siete —balbució el apotecario—. Iba a buscar cargas.

—Encontraremos a alguien que cuide de usted —le aseguró Navar, levantándose.

—¡Las semillas genéticas! —siseó Sixx—. Vuestro futuro.

—Las protegeremos —declaró Benna, poniendo una mano con escamas en el hombro de Sixx—. Aguante.

Los rapaces se dirigieron hacia el corredor con Navar en cabeza llevando la pistola bólter. Llegaron a la siguiente puerta y la abrieron. Quince rapaces deformes levantaron la mirada desde sus camastros improvisados.

—Hef, toma a otros cinco y trae las armas, reuniremos al resto de nuestros hermanos —dijo Benna, que había sido líder de escuadra antes de la implantación. Señaló hacia las puertas que conducían a la enfermería—. Kharvo, vigila allí.

Los rapaces se dividieron sin protestar. Navar cogió la llave digital de Kharvo.

Era bueno poder ejercitar las piernas mientras corría pasadizo abajo hacia los repositorios de armas con Maris, Ghoro, Tandrad, Myka y Hal pisándole los talones. Al llegar a las puertas, una gran explosión retumbó por encima de sus cabezas, seguida por un atronador crujido de cascotes cayendo.

—Parece que la Torreta Dos ha caído —señaló Myka—. Será mejor que nos apresuremos.

Abriendo las puertas de golpe, Navar miró a izquierda y derecha por el corredor que había al otro lado, asiendo fuertemente con las dos manos la pistola de Sixx. Vio a un legionario de la Guardia del Cuervo vigilando en la arcada que daba a los hangares de carga, encima del armorium. El legionario se volvió, sorprendido, y levantó el bólter.

—¡Tranquilo! —exclamó Ghoro, levantando la mano—. ¡Somos rapaces! La enfermería está siendo atacada.

—¡Cuidado! —gritó Maris, lanzándose sobre Ghoro cuando el legionario abrió fuego.

El proyectil alcanzó a Maris en el brazo, atravesando piel y hueso justo por debajo del hombro.

Navar disparó sin pensarlo, actuando por puro instinto. Alcanzó al legionario en el costado con el primer disparo, lo que envió el siguiente proyectil del traidor contra la pared junto a la que estaban Ghoro y Maris. Los dos siguientes partieron la hombrera del legionario mientras éste volvía a incorporarse.

El legionario dirigió su bólter hacia Navar, y el tiempo pareció detenerse. El rapaz sintió una descarga de frío corriendo por su cuerpo mientras apuntaba la pistola bólter contra la cara del legionario y apretaba una vez más el gatillo. Al mismo tiempo que sentía el retroceso del disparo encabritando la pistola, la bocacha del arma del legionario lanzó un chorro de fuego. Dos ardientes rastros de propelente se cruzaron.

El disparo de Navar impactó una fracción de tiempo después, atravesando la rejilla del altavoz de la máscara del legionario antes de detonar en el interior del yelmo. Un momento después, el dolor atravesó en el costado de Navar cuando el disparo del otro le arrancó un pedazo de pecho, enviando fragmentos de metal fundido contra sus fusionadas costillas.

Navar trastabilló hacia atrás hasta que lo sujetaron Myka y Tandrad. Se miró la herida, un agujero del tamaño de un puño justo bajo el pectoral de su lado izquierdo.

—¡Compruébalo! —gritó Ghoro, señalando con un dedo al legionario caído.

—¿Por qué nos ha disparado? —preguntó Maris—. ¿Qué está pasando? Si son nuestros propios legionarios, ¿cómo podemos saber quién está de nuestro lado?

—Vayamos simplemente a la enfermería —sugirió Ghoro—. Sixx dijo que ellos estaban allí. Con cualquiera que nos encontremos, simplemente tendremos que arriesgarnos. Id a los repositorios de armas, yo ayudaré a Navar.

Ghoro cogió a Navar, y lo dejó en el suelo con la espalda apoyada en la pared.

—No parece tan malo —señaló Ghoro con una mueca.

Navar miró hacia abajo. La herida ya se estaba cerrando con una gruesa cicatriz, puesto que las células Larraman de su sangre la cicatrizaban casi al instante. El dolor también había remitido hasta convertirse en un mero palpitar sordo gracias a los componentes químicos que estaban inundando su sistema.

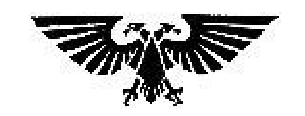
—Supongo que ser un monstruo tiene sus ventajas —bromeó Navar. Hizo un gesto para que Ghoro lo ayudara a levantarse al sentir como le volvían las fuerzas.

Los otros rapaces regresaron un par de minutos después, cargando con cajas de plastiacero que contenían armas y municiones, sacos llenos de granadas y otros suministros. Los rapaces abrieron una de las cajas y se armaron con los bólters que había en su interior, además de coger varios cargadores cada uno, fijando las bandoleras alrededor de sus brazos y muslos.

Sintiéndose mucho más confiado, y su herida casi olvidada, Navar abrió la siguiente caja. En el interior había un rifle de fusión y varios contenedores de gas presurizado adicionales.

—Yo me encargaré de esto —dijo Ghoro, sacando el arma de su acolchado contenedor.

Miró a los otros, tal vez esperando protestas, pero no había tiempo para discusiones. Tras cerrar las cajas, los rapaces se dirigieron de vuelta a las celdas en las que los otros estaban esperándolos.



DIECISIETE
ATACAR, RETIRARSE, Y ATACAR DE NUEVO
CORTAR LA CABEZA
LA VERDAD DE TODO

No parecía haber nadie al mando, pero la Guardia del Cuervo se enorgullecía de su iniciativa y su capacidad de autonomía. Al carecer de órdenes de sus superiores, los sargentos reunieron a sus escuadrones para defender la Guarida del Cuervo. Balsar Kurthuri se encontró con el sargento Caban y una escuadra improvisada de otros siete legionarios que se dirigían a través de las nubes de residuos radiactivos hacia el ataque enemigo. Los disparos de los macrocañones resonaban a lo lejos procedentes de las torres de defensa que quedaban, a los que respondían los proyectiles, los disparos láser y los chorros de plasma que lanzaban los titanes renegados que escoltaban a la columna.

La lluvia radiactiva residual estaba interfiriendo con los sentidos automáticos de Balsar, lo que lo dejaba medio ciego en la espesa niebla, incapaz de usar el escáner termal y el de amplio espectro. Desactivó los sensores de su armadura, confiando en su propia visión aumentada para atravesar la oscuridad. Los guerreros de armaduras negras que lo acompañaban a cada lado eran casi invisibles, pero los transpondedores de sus armaduras transmitían su ubicación a un esquema en su visor. El sargento Caban iba al frente, y de él llegó una crepitante advertencia por el comunicador.

—Tenemos movimiento, cincuenta metros hacia adelante y a la derecha. La infantería. Dispersaos a la derecha, treinta metros. No hay fuerzas aliadas en el área, a primera vista.

Balsar se abrió camino a través de un montón de escombros, mirando a derecha e

izquierda. Sería tan fácil abrir su otra visión y permitir que el potencial de su mente fluyera hacia el exterior para detectar al enemigo. Sería también bastante simple quemarlos con una explosión psíquica una vez que los encontrara, y la tentación de usar sus poderes fue casi irresistible.

No quedaban capellanes en el seno de la legión para hacer cumplir el Edicto de Nikaea, y Balsar recordó las palabras de lord Corax en el exterior de la cámara acorazada. La situación había cambiado; sin duda era recomendable usar todas las armas disponibles contra los traidores. Balsar aún no estaba seguro de lo que sucedería después. Definitivamente había sentido una conexión con los bloqueos psíquicos colocados sobre la puerta, intrincadamente hermosos e impenetrables. Había sentido el impulso desde su interior de utilizar sus poderes psíquicos, y cada vez que Balsar había discutido ese hecho con otra persona, alegaba que había sido guiado por el Emperador. Sin duda sintió como si un agente externo hubiera estado controlando sus pensamientos durante esos momentos, y recordó la complejidad de los sellos colocados en la puerta. Balsar estaba seguro de que no hubiera sido capaz de desmantelarlos por sí mismo.

Si el Emperador hubiera actuado en aquel momento, como parecía ser el caso, entonces, ¿no era probable que fuera ésa la licencia que permitía a Balsar usar sus poderes de nuevo?

Una sombra más profunda surgió de la niebla justo a la izquierda de Balsar. El guardia del cuervo luchó contra la necesidad de acercarse con su mente. En cambio, alzó el bólter y abrió fuego impactando a la figura en la parte baja del torso con dos disparos.

—¡Enemigo! —anunció a través del receptor—. Uno derribado.

Abrió fuego sobre las siluetas de nuevos objetivos, diciéndose a sí mismo que no era tarea suya adivinar las intenciones del Emperador.

El aire de la antesala estaba muy por debajo del punto de congelación, con las paredes cubiertas de hielo. Cinco legionarios alfa más montaban guardia en el pasillo, disfrazados de guerreros de la Guardia del Cuervo, mientras Ort y Nestil procedían a apagar el generador de campo de estasis en la bóveda principal. Solaro estaba preparado con la llave digital, con los brazos cruzados y rompiendo pequeñas estalactitas del teclado con la punta de su dedo.

—¿Por qué el retraso? —preguntó Solaro, mirando por encima de su hombro a Ort. El otro legionario estaba delante de un panel de alimentación del relé abierto negando con la cabeza.

—¿Esto es realmente necesario? —preguntó Ort.

—El primarca fue muy concreto —dijo Solaro—. Simplemente ciérralo.

—No sé —replicó Ort, apartándose del relé—. Una cosa es evitar que la Guardia

del Cuervo participe en la guerra, y otra muy distinta exterminarlos por completo. Cuando Horus derrote al Emperador, necesitaremos aliados para reconstruir el Imperio.

—Eres un idiota —le espetó Nestil, tirando del interruptor de un transformador—. La Guardia del Cuervo nunca servirá a Horus, no después de Isstvan. Corax es demasiado testarudo. Cuando ganemos, simplemente desaparecerán, como siempre lo hacen, y continuarán luchando contra nosotros cada vez que puedan. ¿Quieres pasarte años vigilando tu espalda, preguntándote cuándo vendrá a por nosotros la Guardia del Cuervo?

—Todos hemos visto como mutaron a los Rapaces —dijo Ort—. Es impuro, antinatural. ¿Y los Portadores de la Palabra? Todos los vimos en Isstvan, y yo los pude ver más de cerca en Cruciax. No creo que sea Horus quien esté detrás de esta guerra; es algo mucho peor. Ya sabéis de lo que estoy hablando.

Nestil se dio la vuelta con un montón de cables en la mano.

—Más tontos son ellos —le replicó—. Sé de lo que estás hablando y todos pudimos escuchar el discurso de Corax. Esta guerra es inminente, nos guste o no, y tenemos que elegir un bando. Será mejor estar con los vencedores que con los vencidos. Las fuerzas del Emperador quedaron mermadas en Isstvan. Podríamos haber sido nosotros quienes hubiéramos estado ante las armas de los Portadores de la Palabra y los Guerreros de Hierro. Agradezcamos a los primarcas gemelos que hicieran la elección correcta.

—Es demasiado tarde para tener dudas —lo cortó Solaro—. Lo que los Portadores de la Palabra decidieran hacer es cosa de ellos, ya no tenemos que prestarles atención nunca más. Dejémosles que se encierren en su magia. Al final los abrasará y nosotros seremos quienes nos reiremos.

—Además —apuntó Nestil, volviendo a su trabajo—, con esta tecnología genética, la Legión Alfa será la que sostenga el equilibrio del poder. Nosotros, no Lorgar, ni Angron, ni siquiera Horus.

Ort no dijo nada mientras volvía hacia el panel del relé y comenzaba a desconectar los cables.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Nestil, mirando hacia la puerta.

Solaro también lo había oído, un disparo resonando sobre el fondo de los bombardeos.

—Tal vez esos estúpidos gremiales hayan conseguido atravesar ya el muro de cerramiento —aventuró Ort.

—No, ha sido dentro, ha sonado muy cerca —insistió Solaro.

De repente, el rugido de los disparos de bólter llenó el pasillo.

—¡Sigue trabajando! —le ordenó, dirigiéndose hacia la puerta.

Los legionarios alfa de guardia habían abierto fuego y disparaban sin tregua. Las

andanadas de proyectiles chillaban al pasar junto a ellos procedentes del otro lado. Solaro empuñó su pistola bólter y su espada de energía y salió justo en el momento en que uno de los legionarios se desplomaba con la armadura acribillada de agujeros irregulares.

Un grupo de guerreros deformes estaban atacando desde el lugar donde se encontraba la enfermería. Se protegían detrás de los soportes del techo que sobresalían de los mamparos cada pocos metros.

Solaro miró a las docenas de ojos rojos llenos de furia en unas caras retorcidas, con cuernos, dientes y colmillos. Algunos de ellos estaban cubiertos de escamas rojas o verdes. Algunos eran monstruosidades musculosas cuyos bíceps y hombros sobresalían bajo la tela de sus trajes.

Todos ellos iban armados, y la lluvia de disparos de bólter se intensificó cuando surgieron otros más por las puertas del final del pasillo para desembarcar en las salas conectadas con la enfermería. Un proyectil impactó contra una de las hombreras de Solaro y le arrancó fragmentos de ceramita.

—¡Olvidaos de eso! —gritó, agachándose bajo la entrada de la sala abovedada—. Es demasiado tarde. Es hora de irse.

Ort y Nestil dejaron lo que estaban haciendo y empuñaron los bólters que habían dejado a un lado para poder trabajar en los relés de energía. Se colocaron detrás de Solaro, quien se encaminó hacia la esquina y lanzó una ráfaga sobre los rapaces que se acercaban.

—Os cubriremos —dijo uno de los legionarios alfa, y metió un nuevo cargador en el arma mientras los impactos de bólter acribillaban la viga tras la que se cobijaba.

—¡Corred! —gritó Solaro, agitando su espada de energía—. ¡Antes de que nos acorralen!

Los tres agentes se dieron la vuelta y echaron a correr por el pasillo huyendo de los rapaces sin ni siquiera detenerse para hacer un disparo. Solaro miró hacia atrás mientras llegaba a las puertas más alejadas, y vio que, a excepción de dos, todos los legionarios alfa habían caído muertos tras colocarse valientemente entre los agentes que se retiraban y los rapaces. Sin embargo, se lo habían hecho pagar caro al enemigo: había al menos una docena de cuerpos con túnicas tirados por el suelo del corredor.

—Dirigíos a la plataforma de aterrizaje —dijo Nestil cuando la puerta de seguridad se abrió delante de él.

Una vez fuera, Ort se volvió y disparó al panel de control de bloqueo, lo que hizo que la puerta se cerrara.

—Vamos a ver si vienen detrás de nosotros ahora —dijo.

—Has dejado a nuestros legionarios abandonados allí —le recriminó Nestil.

—Caerán luchando —apuntó Solaro, dando un giro a la derecha—. Tenemos que

marcharnos de aquí.

Corrieron a través de todo el nivel superior de la Guarida del Cuervo y se acercaron a la escalera de la puerta principal, que Solaro esperaba estuviera en manos de sus compañeros. Bajaron los escalones de tres en tres descendiendo a toda prisa en dirección a la garita.

Cuando llegaron al final, se detuvieron y miraron a su alrededor. En el patio de atrás de la garita había varios legionarios con la librea de la Guardia del Cuervo, pero era imposible saber si eran hijos de Corax o si simplemente iban disfrazados como tales. Dos gigantescos servidores pretorianos flanqueaban la puerta junto con un puñado de guerreros heraclios del Mechanicum.

—Por aquí —dijo Ort—. No hace falta correr.

Los defensores de la puerta prestaron poca atención a los tres guardias del cuervo que caminaban hacia la garita, aunque Solaro se sintió un poco aliviado cuando estuvieron fuera de la vista una vez más.

—¿Cómo vamos a salir? —preguntó Nestil.

—La galería está en ruinas —replicó Ort—. Nuestras Thunderhawk se ocuparon de eso. Vamos a poder saltar con bastante facilidad.

—No estoy seguro de que debamos dejar la tecnología genética aquí —apuntó Solaro—. ¿Y si el otro agente no puede recuperarla?

—Es demasiado tarde para retroceder —dijo Nestil—. Hemos hecho lo que nos han ordenado. Es hora de marcharnos.

Solaro lo admitió con un gesto de asentimiento y se encaminaron hacia la escalera interior. La planta superior estaba completamente en ruinas; los fragmentos de las ventanas destrozadas de la galería estaban esparcidos entre los escombros. La niebla se había hecho más espesa de nuevo, pero como estaba de pie sobre un montón de ferrocemento pulverizado, Solaro divisó dos formas voluminosas en la pista de aterrizaje.

—Las Thunderhawk todavía están aquí, como yo pensaba —dijo mientras envainaba la espada de energía y enfundaba el bólter. Se agarró de una barra retorcida de plasticero reforzado que sobresalía de entre los restos del muro y la hizo girar hacia el exterior de la galería—. Vamos.

Tuvieron que dejarse caer los últimos metros hasta el suelo, pero no había ninguna señal de la Guardia del Cuervo por los alrededores. El constante estruendo de los macrocañones interrumpía el zumbido de la caída de los proyectiles de artillería, pero los gremiales parecían estar concentrados en el otro extremo de la Guarida del Cuervo. Arriba, los Stormbird y las Thunderhawk volaban entre las nubes, y una lluvia de proyectiles de cañón y de misiles caía sobre la columna de gremiales. Solaro pudo ver una nube de humo azulado moviéndose sobre el lienzo de la muralla: el reactor de plasma de un titán Warhound, que perdía masa.

A medida que se aproximaban a la Thunderhawk más cercana, Solaro comenzó a sentir una progresiva inquietud. Activó su transmisor, tratando de contactar con el piloto, pero no recibió respuesta. Al atravesar la niebla, descubrió que la cabina estaba destrozada y que había varios agujeros humeantes en el fuselaje.

—Esperemos que los demás estén a salvo —dijo Nestil mientras se dirigía hacia la derecha por debajo del ala de la Thunderhawk.

—La esperanza es una debilidad —dijo una voz a sus espaldas—. Es el primer paso en el camino de la decepción. Si fueras un guerrero de la Guardia del Cuervo, lo sabrías.

Solaro se volvió al mismo tiempo que empuñaba sus armas. Una figura con armadura negra estaba de pie al borde de la pista de aterrizaje. Tenía un cañón láser sobre el hombro, apuntado hacia los legionarios alfa, con el cable serpenteando hasta una fuente de alimentación que había en el suelo junto a él. Tenía un pie apoyado sobre una caja octogonal con un mango de agarre de un metal grueso alrededor de todo su perímetro. Las luces parpadeaban en una pequeña pantalla al lado del pie del guardia del cuervo.

—Se acabó —gritó la figura—. No tenéis escapatoria. La *Vanguardia Iracunda* y el *Triunfo* se están dirigiendo hacia aquí ahora mismo para cercar el planeta.

La sorpresa desapareció cuando Solaro reconoció la voz.

—¿Agapito? ¡Soy yo, Solaro! ¿Qué estás haciendo? —le gritó.

—Puede que tengas su cara, pero no eres el Solaro que yo conocía —replicó Agapito, con el cañón láser apuntando hacia el falso comandante—. La compañía que traes me lo confirma.

—Te estás equivocando, Agapito —insistió Solaro, guardando la pistola en su funda—. ¿Lo ves? No cometas ninguna imprudencia.

—¿Qué quieres decir con la compañía que trae? —preguntó Ort, mirando a los otros dos legionarios alfa.

—No sé nada sobre ti, Ort, o comoquiera que te llames. Desafortunadamente para ti, tus compañeros no estaban tan bien escondidos como ellos pensaban. Nestil, ¿cómo reconociste a la *Falange*? La Guardia del Cuervo nunca ha servido en la misma zona de guerra que la fortaleza imperial de los Puños. Y Solaro, ¿quién más podría tener autorización para romper mis códigos de comunicación y usar mi canal personal? Desde luego no fueron ni Branne ni Aloni.

—No eres más un solo legionario —cambió el tono Solaro—. ¿Qué esperas conseguir?

—Nunca luchaste por Deliverance, Solaro —le respondió Agapito, dando unos golpecitos con el pie en la caja que había bajo su bota. Señaló con el cañón láser el dispositivo—. Pero me sorprende que no reconozcas una carga atómica cuando la ves. Quinientos kilotones: más que suficiente para acabar con la Guarida del Cuervo

y con todos los traidores que hay en ella. No podréis escapar con la tecnología genética. Arrasaré todo este lugar si lo intentáis.

—No harás eso —dijo Nestil, empuñando el bólter con ambas manos.

Solaro oyó un zumbido característico y miró por encima del hombro. Veinte guerreros con armadura aparecieron entre la niebla. Los campos de energía parpadeaban junto con las cuchillas de sus alabardas. Los guerreros de la Legio Custodes se encontraban entre el legionario alfa y la puerta principal.

—¿Cuántos habéis regresado? ¿Qué os ofrecieron los traidores? —gruñó Agapito —. ¿Cuál fue el precio que el señor de la guerra le puso a la cabeza de nuestro primarca?

—¿Nuestro primarca? —dijo Ort, echándose a reír—. Tú no sabes nada de nuestro pri…

Solaro arremetió con su espada de energía y le rajó la garganta al estúpido antes de que éste pudiera decir nada más. El legionario alfa cayó al suelo, inhalando su último aliento ensangrentado en los charcos teñidos con ácido.

—¡Habla! —gritó Agapito—. Dime todo lo que sepas y te garantizo que tendrás una muerte rápida. En caso contrario, estoy seguro que lord Corax hará una excepción respecto a la prohibición del Nivel Rojo. Ni siquiera un legionario puede soportar las torturas de ese lugar.

Solaro miró a Nestil, y aunque no podían mirarse a la cara, sus sutiles gestos indicaron que estaban de acuerdo.

—¿Qué te hace pensar que nos puedes atrapar con vida? —gruñó Solaro.

Arremetió y hundió su espada de energía en el corazón de Nestil al mismo tiempo que el sargento apretaba el gatillo y lanzaba una ráfaga devastadora de bólter contra el casco de Solaro. Cayeron uno encima del otro y se retorcieron en el suelo, entrelazados en la muerte.

Atrapada entre el muro de la Guarida del Cuervo y los elementos de vanguardia del Mechanicum, la fuerza gremial, superada en número, fue obligada a retroceder hasta el desierto radiactivo. Los refuerzos enviados desde Deliverance acosaron al enemigo en retirada, cobrándose su venganza por aquellos que habían caído, y los Puños Imperiales bajo el mando del capitán Noriz prestaron su fuerza a la Guardia del Cuervo. La batalla continuó hasta bien entrada la noche, con el cielo inundado de explosiones y fuegos láser. En la ciudad, la llegada de los titanes de la Legio Vindictus detuvo a la Orden del Dragón, aunque grandes extensiones de edificios quedaron como un desierto arrasado, con los escombros cubiertos con los muertos de ambos bandos. El cielo sobre Kiavahr se llenó con el humo de los miles de incendios, ocultando las estrellas y las lunas. Las aeronaves del Mechanicum arrojaron bombas incendiarias y cargas de plasma sobre las casa gremiales donde resistía la Orden del

Dragón, mientras las fuerzas de la legión los acosaban con proyectiles y rayos láser.

Bajo las órdenes de Corax, la Guarida del Cuervo quedó aislada. Los guerreros de los Rapaces y los custodios acabaron con varios guardias del cuervo que intentaron escapar entre toda la confusión. Una vez aplastada la amenaza inmediata contra la tecnología genética, el primarca le ordenó al comandante Branne que desarmara los torpedos de la *Vengadora* y entró para supervisar las secuelas.

Fue recibido en las ruinas de la puerta principal por Agapito y Arcatus, con un grupo de guerreros leales preparados para escoltar al primarca.

—Quiero una explicación, comandante, y la quiero ya —exigió Corax mientras caminaba a través de los restos de la garita.

—La situación es muy confusa, señor —le informó Agapito—. La Guarida del Cuervo está protegida frente a los ataques exteriores, pero la amenaza interior es incierta. Hemos contado los muertos en el combate y hay más de treinta legionarios que no aparecen en nuestros registros.

—Infiltrados —gruñó Corax—. Traidores que llevaban los colores de la Guardia del Cuervo.

—¿Y qué pasa con Solaro y los demás? —preguntó Agapito.

—¿Por qué se han vuelto contra nosotros?

—No estoy seguro de que lo hicieran —intervino Arcatus. Agapito y Corax miraron al custodio buscando una explicación—. Habéis sido las víctimas de una retorcida farsa. Mi orden conoce íntimamente los medios por los cuales un intruso puede pasar desapercibido en una organización. Nuestra única misión es frustrar tales intentos. Creo que sólo hay una legión capaz de cometer tal engaño.

—La Legión Alfa —afirmó Corax, gruñendo de nuevo—. Esta traición tiene todas sus señas de identidad.

—Compartimos el aire con Solaro durante mucho tiempo. Si él y los demás eran legionarios alfa disfrazados, ¿cómo podemos asegurar que cualquiera de los otros es leal? —se preguntó Agapito.

Era un problema delicado, pero Corax obtuvo la respuesta casi inmediatamente.

—Mis verdaderos hijos llevarán mi marca —declaró el primarca.

Ya habían llegado hasta la sala principal, donde los guerreros de la Guardia del Cuervo que quedaban entregaron sus armas y permanecieron vigilados por los custodios y la primera generación de Rapaces.

—Mis datos genéticos están envueltos en el interior de cada una de las células de vuestros cuerpos, mientras que los infiltrados llevarán el código de otro primarca. Haz que Vincente Sixx revise a cada legionario en busca de marcadores genéticos que no coincidan con la semilla genética de la Guardia del Cuervo.

—Sixx está muerto, señor —le informó Agapito—. Murió defendiendo el proyecto genético.

—¿Y Orlandriaz? —quiso saber Corax—. ¿Consiguió sobrevivir?

—Está en la enfermería, reparando los daños causados por los traidores —contestó Agapito.

—No esperareis continuar con este proyecto, ¿verdad? —preguntó Arcatus—. Y menos después de lo que hemos presenciado aquí. Detuvimos a los traidores justo cuando escapaban con el material genético. Es demasiado arriesgado. No puedo permitirlo.

Corax se detuvo, herido por las palabras del custodio. Miró al grupo de rapaces con sus armaduras de combate llenas de melladuras montando guardia alrededor de sus hermanos de batalla, sin dudas ni quejas.

—¿Y qué pasa con los rapaces que han sufrido por nuestros errores? —inquirió Corax—. ¿Los condenaremos a su triste existencia?

—Evitémosles el dolor —dijo Arcatus—. Cada uno de ellos contiene la semilla de lo que se ha hecho aquí, y tal vez encerrado en el interior de sus retorcidos cuerpos se encuentra la forma de lograr lo que esperabais. Constituyen una amenaza idéntica a la de los datos contenidos en la cripta genética.

—No —protestó Agapito—. ¡No podemos matarlos sin más! ¿Qué clase de recompensa es ésa por el servicio que hoy han prestado a la legión?

—Agapito tiene razón —intervino Corax—. No puedo matarlos a sangre fría. Tienen los cuerpos de unas bestias, pero han demostrado que sus corazones pertenecen a la Guardia del Cuervo.

El primarca se pasó una mano por la frente, pensativo. ¿Era acaso una locura pensar que podría arreglar el daño que se les había hecho a los Rapaces? Él había abandonado Terra convencido de que podría reconstruir la Guardia del Cuervo, y a pesar de todo lo que había sucedido, todavía existía la necesidad de enfrentarse a las fuerzas de Horus.

Corax abandonó la sala con Agapito y Arcatus a su lado y se dirigió hacia la enfermería. En cada transportador y cada escalera montaban guardia rapaces armados, su inconfundible armadura los hacía destacar bajo la débil luz de emergencia. El trío se encaminó por el pasillo norte, pasaron junto a armeros cerrados adornados con el icono de la Guardia del Cuervo. Dos descomunales heraclios estaban de guardia frente a una fila de cajas metálicas, y sus cañones de tubos múltiples no dejaron de apuntar al primarca y a sus acompañantes mientras pasaban. Un acólito del Mechanicum merodeaba a la sombra de una de las bestias, jugueteando con el cinturón de su traje. Con la guarnición de la Guardia del Cuervo bajo vigilancia y los refuerzos rechazando a los gremiales hacia los páramos atómicos, Orlandriaz y un contingente de sus aliados habían proporcionado la tan necesaria seguridad dentro y fuera de la Guardia del Cuervo.

—Si la Legión Alfa está involucrada, debemos asumir que no se conformarán

simplemente con destruir todo lo que encuentren —apuntó Arcatus mientras subían al transportador en dirección a la enfermería—. Si continuáis con este experimento, atraeréis la atención de Horus más tarde o más temprano.

Corax sacó de su cinturón un comunicador portátil y abrió un canal de control.

—Veamos qué piensa el comandante de los Rapaces —le contestó el primarca—. Branne, ¿has oído lo que dijeron?

—Sí, señor —contestó Branne por el comunicador—. Cada palabra. Agapito y el custodio han argumentado unas buenas razones, pero yo tengo un punto de vista distinto. Si continuamos, existe la posibilidad de que podamos encontrar una forma de invertir la difícil situación de los rapaces corruptos. Por otro lado, ¿cuántos reclutas arriesgamos antes de su descubrimiento? Señor, creo que es hora de que cerremos esa puerta y la sellemos para siempre. Si vamos a reconstruir la Guardia del Cuervo, debe ser a través de los medios que conocemos y en los que podemos confiar.

—Sabias palabras, comandante —asintió Corax. El grupo entró en el transportador. Corax tuvo que bajar la cabeza para evitar el techo. Mientras el elevador se activaba, el primarca tomó una decisión—. No hay una respuesta rápida a nuestra situación. Hemos hecho todo lo que hemos podido, pero los esfuerzos se han quedado cortos. El proyecto genético debe ser finalizado inmediatamente, y cualquier investigación que la Legión Alfa pasara por alto debe ser destruida.

—¿Y qué pasa con los Rapaces? —preguntó Agapito—. Ellos no tienen culpa de nada.

—Y yo no los culpo —contestó el primarca—. No puedo matarlos sin pensarlo, y no lo haré. Fueron aceptados en nuestra hermandad de guerreros, y como miembros de las Legiones Astartes se les debe garantizar el mismo destino que a los nuestros: morir con honor en la batalla contra los enemigos del Emperador.

—¿Continuáis teniendo la intención de lanzar un ataque contra los traidores? —preguntó Arcatus—. Vuestra legión está desorganizada, primarca.

—El asalto a Narsis comenzará como estaba planeado —dijo Corax—. Si lo ocurrido demuestra algo, es que la Guardia del Cuervo no se siente bien cuando está inactiva. Es en la batalla donde crecemos, no en la meditación. Ahora más que nunca necesitamos una victoria que restaure los espíritus y forje una nueva hermandad en el interior de la legión. Hemos estado divididos durante mucho tiempo, entre los de Terra y los hombres que liberaron Deliverance, entre aquellos que sobrevivieron a Isstvan y aquellos que nos salvaron, entre los veteranos y los Rapaces. Eso se acabó. Somos la Guardia del Cuervo y demostraremos al Imperio que estamos unidos.

Se reunieron con el magos Orlandriaz en la enfermería. Las salas estaban llenas de muertos en el combate, la mayoría de ellos eran rapaces que se habían enfrentado sin armadura a los infiltrados. Varias docenas de camas aún contenían sus formas

inmóviles, y las sábanas manchadas de sangre les cubrían las caras. Corax se detuvo al lado de la cama de uno de los rapaces heridos, que tenía un gran vendaje alrededor del pecho.

—La legión tiene una gran deuda contigo, legionario —le dijo el primarca. Conocía el nombre y la cara de cada hombre a sus órdenes, y aquel rapaz no era diferente a los demás en eso—. Eres Hef, ¿verdad? ¿Navar Hef?

—Sí, mi señor Corax —asintió Navar, torciendo el gesto mientras intentaba sentarse.

Corax le hizo un gesto para que se quedase quieto.

—Estoy contento de haberos servido.

—Y todavía puedes hacerlo —declaró Corax. Alzó la voz para dirigirse a los heridos de toda la sala—. ¿Quién de vosotros cree que está listo para la batalla?

Hubo un coro de gritos y exclamaciones entusiastas.

—¡Por el Emperador y la Guardia del Cuervo! —gritó Agapito, alzando un puño.

—¡Por el Emperador y la Guardia del Cuervo! —contestaron los Rapaces todos a una.

Corax asintió con la cabeza y volvió a entrar en el santuario interior, donde fue recibido por Orlandriaz, quien había estado hablando con Arcatus.

—El custodio me dice que queréis hacerle una prueba genética a toda la legión, mi señor —comentó el magos—. Puedo comenzar las pruebas dentro de unas cuantas horas.

—¿Y descubrirá a cualquier legionario de la Guardia del Cuervo que no sea lo que parece ser? —quiso saber Agapito.

—Le puedo asegurar que ningún legionario será capaz de esconder su verdadera naturaleza, comandante.

Tras recalibrar su regulador termal, Catho Juliaxis se puso en cuclillas y apoyó la espalda contra el muro. Cerró los obturadores metálicos que hacían las veces de párpados en su cara modificada y se preguntó cuándo sería relevado de la aburrida tarea de monitorizar a los heraclios. Esos silenciosos engendros no eran compañía para un hombre de su inteligencia.

Su detector de aura recogió el sonido de una las máquinas al moverse. Al abrir los ojos, levantó la mirada para ver a uno de los heraclios de pie frente a él. Miró la sombra bajo la capucha del artefacto y se sorprendió al ver unos ojos inteligentes observándolo.

—Qu…

El enorme heraclio colocó su cañón bajo la barbilla de Juliaxis y le aplastó la tráquea, rompiéndole el cuello con un solo golpe. La otra bestia lo miró, sorprendido por el comportamiento de su compañero.

Bajó el cierre del casillero y ocultó el cuerpo del acólito muerto en su interior. Luego, Omegon guardó el recipiente con los datos genéticos en el interior de su túnica. Imitó el caminar torpe de los heraclios y se dirigió lentamente hacia el pasillo norte, hacia la garita de salida.

Había sido muy tentador dispararle a Corax cuando pasó por su lado, pero el triunfo habría sido demasiado fugaz. La Legión Alfa sabía mejor que ninguna otra que las grandes victorias a menudo eran aquellas que eran inesperadas y desconocidas. Era mejor escapar con la misión cumplida que llamar la atención por una emoción temporal.

Había fuerzas del Mechanicum por toda la Guarida del Cuervo, y a Omegon sólo le llevó unos minutos mezclarse con los otros heraclios. Al poco tiempo se encontró siendo dirigido al recinto para unirse a la caza de los gremiales. Mientras la niebla se cerraba alrededor del grupo de skitarii, comenzó a notar un zumbido en la base de su cráneo, lo que indicaba que una cañonera de la *Beta* se encontraba a unos quinientos metros de distancia. Era el momento de abandonar Kiavahr definitivamente; tenía lo que había venido a buscar.

Se oyeron gritos de pánico cuando abrió fuego y abatió a los otros heraclios y a sus guardaespaldas skitarii con unas cuantas ráfagas prolongadas. Dejó los cuerpos para fueran devorados por la niebla, y Omegon se encaminó hacia la oscuridad para reunirse con su transporte.



DIECIOCHO
LAS ALAS DEL CUERVO
HORUS RECLAMA SU PREMIO
NARSIS

El estado de ánimo en el Carnivalis era sombrío. Los legionarios estaban de pie y en silencio formados en filas mientras Corax recorría toda la estancia para llegar al estrado. Agapito, Branne, Aloni y el nuevo comandante de los Halcones, Nuran Tesk, flanqueaban el atril con forma de cuervo. Todos los miembros de la Guardia del Cuervo estaban presentes, incluidos los guerreros mutados de los Rapaces capaces de combatir. Los técnicos del armorium habían modificado para ellos las valiosas armaduras de la clase Mark VI y habían añadido refuerzos allá donde era necesario, además de abrir agujeros para los cuernos y las excrecencias espinales y ajustar articulaciones y cierres para las extremidades retorcidas.

Las filas habían quedado purificadas. En cuanto Orlandriaz había comenzado las comprobaciones genéticas, los guerreros que fingían pertenecer a la Guardia del Cuervo habían intentado huir o habían acabado con sus propias vidas. Corax recurrió a sus conocimientos sobre la semilla de los primarcas y confirmó que los infiltrados pertenecían a la Legión Alfa. La marca de Alpharius estaba en su sangre, en sus huesos y en su carne, y los condenaba con la misma certeza que sus actos.

El primarca se subió al estrado y recibió una serie de gestos de asentimiento como muestra de respeto de sus comandantes. Corax se dio la vuelta para encararse con la legión. Llevaba puesto todo su equipo de combate, con una mano envuelta por la garra relámpago que había sobrevivido a la lucha contra Lorgar y Curze, mientras que en la otra empuñaba el látigo de energía que había empleado con un efecto tan devastador durante la retirada de Isstvan. Alzó las dos manos y mostró ambas armas a

la Guardia del Cuervo.

—Las Legiones Astartes conquistaron la galaxia para el Emperador —comenzó a decir, pero titubeó.

Miró una por una las filas de sus guerreros. ¿Acaso aquéllos eran los últimos días de la Guardia del Cuervo? ¿Estaba a punto de dirigirlos en su última campaña? Tragó saliva con dificultad y recordó las adversidades a las que se había enfrentado cuando era el jefe de las guerrillas de los rebeldes lycaenos. El objetivo final le había parecido tan inalcanzable como ahora, pero había triunfado. No cedería ante el miedo, ni a sus enemigos ni a lo que tenía que enfrentarse.

Empezó de nuevo.

—Las Legiones Astartes conquistaron la galaxia para el Emperador. Fue su propia mano la que nos creó, con nuestra carne moldeada por su voluntad. Nos entregó las mejores armas y armaduras concebidas por la humanidad. Pero no fueron nuestras armas o nuestros cuerpos los que hicieron posible la Gran Cruzada. Fue la fe. La fe en nuestra causa, en la propagación de la Verdad Imperial, lo que nos proporcionó una convicción más allá de las supersticiones y del valor insensato de nuestros enemigos. La confianza en nuestros comandantes y en nosotros mismos nos proporcionó la fuerza necesaria para superar cualquier obstáculo con el que nos encontráramos.

»La fe y la confianza han sido dos bajas en esta guerra, tanto como los muertos que cayeron en Isstvan y en la Guarida del Cuervo. Es difícil entender que Horus, el señor de la guerra elegido por el propio Emperador, se haya convertido en un traidor. Es difícil aceptar que nuestros hermanos de armas, los guerreros de otras legiones astartes, hayan desafiado a la Verdad Imperial y hayan roto sus juramentos de lealtad. Sin embargo, la fe y la confianza seguirán siendo nuestras mejores armas.

»Siempre os he enseñado que la esperanza no sirve para nada. Sólo existen los actos y sus consecuencias. Sigo creyendo en ello. No hay esperanza para la Guardia del Cuervo. Haremos lo que creamos conveniente y esperaremos las consecuencias. Hemos sufrido no uno, sino dos graves ataques. El primero fue cobarde, pero cara a cara. El segundo osado, pero oculto. Ni la emboscada en Isstvan ni la corrupción interna nos han destruido, y hemos aprendido de ellas y ahora somos más fuertes. No está en nuestro carácter agachar la cabeza ante la derrota. No nos acobardaremos mientras los traidores siguen intentando derrocar al Emperador.

»Hoy será el día en el que Horus y sus aliados traidores aprenderán que no se puede descartar y despreciar a la Guardia del Cuervo. Hoy subiremos a bordo de nuestras naves y llevaremos la guerra a nuestros enemigos, lo mismo que hemos hecho incontables veces antes. Algunos de vosotros estabais ya al principio, cuando estas estancias fueron el escenario de una serie de batallas sangrientas que libraron unos hombres y mujeres que ansiaban la libertad, algo que sus opresores se

esforzaban por negarles. Algunos partisteis al lado del Emperador desde Terra para forjar un nuevo imperio a lo largo y ancho de las estrellas. Algunos no podéis proclamar esa herencia, ya que tuvisteis la suerte de nacer en la legión en épocas posteriores, y algunos de vosotros combatisteis por primera vez en la Guarida del Cuervo.

»Nada de eso importa. Todos somos legionarios de la Guardia del Cuervo. Todos somos guerreros. El Emperador no os juzgará por las medallas o por las condecoraciones, sino por vuestras cicatrices. No se trata de una simple declaración sin importancia, de un tópico; es la realidad de lo que somos. Vivimos para librar las batallas del Emperador, y morimos para conseguir la victoria del Emperador.

Corax se calló un momento y miró hacia un grupo de guerreros equipados con armaduras amarillas que se encontraban allí junto a la Guardia del Cuervo: los Puños Imperiales del capitán Noriz. Luego miró a los guerreros de armadura dorada del custodio Arcatus.

—Horus tiene como objetivo Terra y el palacio del Emperador. Muchos serán los que entreguen su vida en su defensa, y los saludamos con orgullo por su sacrificio. Sin embargo, nosotros no estamos hechos para quedarnos detrás de unas murallas, porque somos la sombra que mata, la muerte oculta que ninguno sospecha.

»Horus y sus cobardes aliados creen que se encuentran a salvo del castigo. La Guardia del Cuervo les demostrará que están muy equivocados. El maldito señor de la guerra y sus camaradas creen que su victoria es inevitable, y que el Imperio se rendirá a su voluntad. La Guardia del Cuervo les demostrará que están muy equivocados. Con nuestro desafío encenderemos unos fuegos de batalla que arderán a lo largo y ancho de la galaxia. Los ciudadanos del Imperio sabrán que no se les ha abandonado. Les haremos ver que la antorcha de la Iluminación brilla con intensidad. Las Legiones Astartes jamás serán destruidas mientras uno de nosotros siga con vida.

»Lo hacemos porque la humanidad necesita creer que se puede derrotar a Horus. Lo hacemos porque debemos demostrar a la humanidad que se puede confiar en las Legiones Astartes. Somos pocos, y nuestros enemigos son numerosos, pero cada traidor que matemos enviará el mismo mensaje a nuestros enemigos y a nuestros aliados: ¡la Guardia del Cuervo jamás se rendirá!

Un rugido surgió de más de cuatro mil gargantas y resonó contra la bóveda del techo del Carnivalis. Los campos de energía chisporrotearon cuando los custodios alzaron sus alabardas en un saludo de horno al primarca.

Un silencio expectante se apoderó de la estancia cuando un pequeño destacamento de guerreros de la Guardia del Cuervo salió de las filas. Los encabezaba el tecnomarine Stradon Binalt, y llevaban un objeto de gran tamaño envuelto en uno de los estandartes negros de la legión.

—¿Qué es esto? —preguntó Corax al mismo tiempo que se volvía hacia sus

comandantes, quienes movieron la cabeza en un gesto de ignorancia y se encogieron de hombros, tan sorprendidos como el propio primarca.

Binalt y el grupo subieron los peldaños del estrado y se acercaron a Corax. El primarca se apartó del atril para colocarse ante ellos. Todos los miembros del grupo hincaron una rodilla en el suelo, excepto Binalt, quien sostuvo la mirada interrogadora de su señor.

—La Guardia del Cuervo sufrió un golpe terrible en Isstvan —declaró el tecnomarine. La precisión de sus palabras indicó que se trataba de un discurso que había practicado muchas veces—. Al cuervo le cortaron las alas, y nuestra suerte ha sufrido por ello. Por eso es apropiado que, en un momento en que debemos aprender a elevarnos una vez más, el cuervo recupere sus alas.

Binalt apartó el estandarte de un tirón y dejó a la vista la mochila de vuelo de Corax, que todos creían perdida. Su superficie recién pulida y lacada relucía bajo las luces del Carnivalis. Las dos alas, gráciles y recién forjadas, se abrían a ambos lados del aparato.

—No he podido igualar el talento del artesano creador original, pero espero que sea suficiente, mi señor —le dijo Binalt con una inclinación de cabeza.

Corax tomó la mochila de vuelo con ambas manos y la levantó para admirar aquella obra. Luego bajó la mirada a Binalt y le sonrió para expresarle su agradecimiento, pero antes de que tuviera tiempo de decir nada, la estancia se llenó de nuevo con el rugido de los gritos que surgieron de las filas de la Guardia del Cuervo.

—¡Corax! ¡Corax! ¡Corax!

La cámara del señor de la guerra tenía el mismo aspecto lóbrego que en la última visita de Alpharius. Al igual que en esa ocasión, Horus lo recibió flanqueado por Abaddon y Erebus. Había alguien más, que acechaba entre las sombras de la parte posterior del trono del señor de la guerra. Llevaba puesta la armadura de los Hijos del Emperador y tenía un rostro enjuto y unos ojos de mirada penetrante.

—¿Tenéis algo para el señor de la guerra? —le preguntó Erebus una vez la puerta se cerró a la espalda de Alpharius.

—¿Por qué dices eso? —le replicó Alpharius—. ¿Es que ahora debo entregarle tributos a nuestro glorioso líder?

—Cuidado con lo que decís —le espetó Abaddon—. Sabemos que una de vuestras naves acaba de unirse a la flota, aunque habéis intentado ocultarnos su presencia.

—No he hecho nada parecido en absoluto —respondió Alpharius al mismo tiempo que extendía las manos en un gesto de inocencia burlona—. Todas mis naves se mueven con un cierto sigilo. Forma parte del núcleo central de nuestra seguridad.

No hubo intención alguna de engañaros.

—Entonces admitís que vuestra misión relativa a la Guardia del Cuervo ha sido un éxito —declaró Erebus—. ¿Habéis conseguido lo que buscabais?

Alpharius sacó sonriente un cristal de datos del cinturón y lo sostuvo en la palma de la mano.

—No ha sido un éxito absoluto —comentó el primarca—. Unos cuantos legionarios de la Guardia del Cuervo, incluido Corax, sobrevivieron a nuestro ataque. No tiene mucha importancia. Como afirmas, hemos conseguido nuestro objetivo.

Erebus dio unos cuantos pasos y alargó una mano para tomar el cristal, pero Alpharius apartó la suya.

—Sólo para el señor de la guerra —le avisó Alpharius. La sonrisa desapareció de sus labios.

—Tened cuidado, Alpharius —lo amenazó Abaddon—. Con vuestra actitud sólo conseguiréis disgustar al señor de la guerra.

—¿No me vas a decir nada, Horus? —inquirió Alpharius, mirando al señor de la guerra, quien había mantenido la mirada fija en su hermano primarca con una expresión neutral a lo largo de toda la conversación—. ¿Es que ahora tus lacayos hablan por ti?

Horus se puso en pie y Alpharius pensó durante un momento que había llevado las cosas demasiado lejos. Sin embargo, sus dudas quedaron disipadas por la sonrisa de Horus, que con un gesto indicó al desconocido que estaba detrás del trono que se acercara.

—Te presento al apotecario Fabius —le dijo el señor de la guerra—. Puedes confiarle ese botín que has conseguido. En mi nombre, por supuesto.

Alpharius lanzó el cristal de datos hacia Fabius, quien atrapó el objeto centelleante y lo contempló con una sonrisa avariciosa.

—Sin duda averiguaremos los secretos que ha descubierto Corax —afirmó Fabius antes de hacerle una reverencia y desaparecer de nuevo entre las sombras.

—¿Quieres algo más, señor de la guerra? —preguntó Alpharius.

Horus entrecerró los ojos en un gesto de sospecha mientras observaba al primarca de la Legión Alfa.

—Lo has entregado con tanta facilidad que sospecho que me ocultas algo —le dijo el señor de la guerra al mismo tiempo que se le acercaba.

—He de confesar algo más —admitió Alpharius—. He conservado el material genético original para mí. Pensé que sería mejor que compartiéramos nuestra buena fortuna. Descubrirás que la investigación de Corax es bastante exhaustiva. Yo no comprendo gran parte de ella, pero estoy seguro de que el apotecario Fabius posee tanto talento como dicen los rumores.

—Oh, lo tiene, lo tiene —respondió Erebus—. Desentrañará los secretos del

primarca, y con esa información destruiremos al Emperador.

—Un uso más que adecuado para algo por lo que se ha luchado tanto —comentó Alpharius. Respondió a la mirada penetrante de su hermano con otra parecida—. Creo que ya he acabado todos mis asuntos aquí. A menos que haya algo más de lo que quieras discutir, hermano.

Horus movió la cabeza hacia la puerta con un gesto seco para indicarle que podía marcharse, y luego volvió a su trono.

—Bien —añadió el primarca de la Legión Alfa—. Ahora que este asunto está zanjado, quizá podamos empezar de verdad a librar esta guerra. Seguro que ahora mismo el Emperador ya se encuentra impaciente, a la espera de nuestra visita.

—Tendrá que seguir esperando —declaró el señor de la guerra—. Alpharius, la guerra ya está bastante avanzada. El hecho de que no hayas combatido no significa que los demás hayamos estado de brazos cruzados. Los Ultramarines serán destruidos y los Ángeles Sangrientos se unirán a nuestra causa. Pronto estaremos preparados para efectuar nuestro siguiente movimiento.

A Alpharius no le pareció probable ninguna de aquellas dos cosas, pero no dijo nada y se marchó sin hacer más comentarios.

El puente de mando de la *Vengadora* estaba repleto de gente. Además de los oficiales y de los asistentes de la Guardia del Cuervo, la barcaza de batalla albergaba al estado mayor de la recién llegada Cohorte Therion. El subcésar Valerius había llegado a bordo de la enorme nave de combate con un pequeño ejército de notarios, prefectos, tribunos y vicetribunos para planear y enviar las órdenes de su fuerza de combate.

Había sido un viaje muy tortuoso desde Therion, y habían tenido que hacer frente a las tormentas que todavía sacudían la disformidad. Se habían perdido por completo varias naves, y más de una docena se habían visto retrasadas u obligadas a efectuar traslaciones de emergencia, lo que había dejado a la flota dispersa a lo largo de varios años luz. A pesar de todos los problemas, Valerius había conseguido mantener intacta la vanguardia y, siguiendo las órdenes de Corax, había cambiado de rumbo en mitad del trayecto hacia Deliverance para reunirse con la Guardia del Cuervo en Taurion, un sistema vecino a Narsis.

Las reuniones anteriores que había mantenido con Corax habían dejado a Valerius un tanto atemorizado, pero consideró que su nuevo rango como subcésar era más adecuado dentro de su puesto en el consejo de mando. Sin embargo, lo que su ascenso no había conseguido era amortiguar el asombro que sentía ante la capacidad para la estrategia del primarca. Mientras que Valerius necesitaba un contingente de consejeros y de ayudantes para mantenerlo todo bajo control, al primarca le bastaban unas pocas notas en una placa de datos para controlar todo el consejo de mando. Las posiciones y estado de docenas de naves y de miles de guerreros, su armamento y sus

comandantes, todo aquello estaba almacenado en la mente del primarca, y recordaba hasta el más nimio detalle sin esfuerzo alguno.

El orden de batalla y el enfoque general ya estaban decididos. Las unidades de la Cohorte Therion formarían la primera oleada, y las naves con escudos de reflejo de la Guardia del Cuervo las seguirían. Eso era lo que Valerius se esperaba, ya que había luchado junto a la Guardia del Cuervo bastantes años durante las últimas fases de la Gran Cruzada.

La última fase y el desembarco era lo que lo preocupaba, y mucho.

—Si no lo he entendido mal, lord Corax, no se va a llevar a cabo un bombardeo preliminar —comentó Valerius. Pelón apareció a su lado y le ofreció un vaso de agua, que el subcésar tomó sin hacer comentario alguno. Dio un sorbo para calmarse un poco los nervios—. Borrarán a nuestras naves de desembarco en el mismo cielo.

—Las defensas orbitales se eliminarán de la forma acostumbrada —le explicó el primarca. Como era habitual en él, se encontraba un poco apartado, mientras sus comandantes ocupaban la mesa central—. Una vez se haya conseguido la supremacía orbital, tendréis que desembarcar bajo el fuego enemigo.

—Mi señor, dispongo de tres navíos acorazados. Cualquiera de ellos es más que capaz de eliminar las defensas terrestres. No será necesario que la legión revele su presencia desde el principio. Os lo garantizo. ¿No es así, capitán Willhelms?

El comandante del acorazado *Decidido* hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Las lanzas de energía y los torpedos serán más que suficientes —le confirmó Willhelms.

—¿Podéis garantizar las vidas de los diez millones de personas que viven en esa ciudad? —le preguntó Branne.

—Nos esforzaremos por evitar las bajas civiles, por supuesto. —Valerius miró al prefecto Antonius, quien realizó una serie de rápidos cálculos en una placa de datos que luego le entregó al subcésar—. Quizá no llegarán a cinco mil.

—No se trata de una ciudad normal y corriente —le explicó Corax—. Fulgrim no fanfarroneaba cuando la llamó la Fortaleza Perfecta. Mi hermano declaró que no era suficiente que una fortificación albergara una guarnición. Tenía que proteger a la población. La Fortaleza Perfecta no es una zona dentro de la ciudad. Es la propia ciudad en sí. Fulgrim llegó a la conclusión, bastante lógica, de que el mejor modo de proteger a la población era si formaban parte integral del diseño de la fortaleza.

—¿Decidió utilizar a los civiles como escudo? —exclamó Valerius, horrorizado por la idea.

—No era lo que él promulgaba en esa época —le contestó Corax—. En teoría, en el caso de que se produjera una invasión, los ciudadanos formarían de modo espontáneo una milicia para ayudar en la defensa. Eso ya no importa. La cuestión es que no existe una diferencia defensiva clara entre los edificios militares y los civiles.

Las torres de habitáculos albergan láseres de defensa. Las factorías están protegidas por búnkeres y por líneas de trincheras ocultas. El trazado de las calles fue obra de Perturabo, y permite una rápida respuesta de los defensores al mismo tiempo que dificultan el avance enemigo.

—Para destruir la fortaleza, tendríamos que destruir la ciudad —resumió Branne.

—Que es lo que no vamos a hacer —declaró Corax—. Los ciudadanos de Narsis no tienen la culpa de todo esto. Hemos venido para actuar como mensajeros de la causa del Emperador, no para matar a sus leales. No podemos extender nuestro mensaje mediante matanzas entre la población.

—Un problema complicado y espinoso —admitió Valerius. Se terminó el agua y le entregó el vaso a Pelón con gesto ausente mientras pensaba unos instantes. Finalmente, se encogió de hombros—. No veo que se pueda producir un desembarco sin el apoyo de un bombardeo orbital sin que se convierta en un desastre. Caeremos justo delante de sus cañones.

—Existe una posible zona de desembarco —comentó Aloni, activando un mapa del área que rodeaba a la Fortaleza Perfecta. Apretó un botón y apareció un retículo indicador—. Aquí, en las colinas, al nordeste.

—¡Eso está por lo menos a veinte kilómetros de la ciudad! —exclamó Valerius mientras se erguía un poco para examinar el mapa—. No disponemos de tantos tanques y transportes.

—En concreto, de veintiocho —apuntó Agapito.

A Valerius no le gustó la nota de humor que captó en el tono de voz del comandante.

—Atacaréis a pie —le explicó Corax—. Desembarcaréis aprovechando la cobertura de la noche, aunque probablemente eso no servirá de mucho, porque el enemigo dispone de escáneres y de sensores térmicos.

—¿Marchar casi treinta kilómetros de noche para atacar una ciudad fortaleza? —Valerius se sintió hundido ante semejante plan, y decidió que debía ser sincero al respecto—. Es una estrategia condenada al fracaso.

—Exacto. —La sonrisa del primarca fue inquietante—. No espero que la Cohorte Therion tome la Fortaleza Perfecta. Para eso estamos nosotros aquí.

La pantalla hololítica mostraba lo desesperada que era la situación para aquellos estúpidos. El capitán Hasten Luthris Armanitan, de los Hijos del Emperador, caminó acechante por la cámara de mando de su torre, donde observó todos y cada uno de los informes de datos y transmisiones de escáner con la intensidad de un halcón. La topografía natural de la zona nororiental encauzaría a los atacantes hacia la puerta de la Octava avenida, al otro lado de la cual se encontraba una ancha avenida dominada por tres baterías de cañones situadas a intervalos de cien metros a lo largo de la

propia calle. A ambos lados de ésta, la ciudad se convertía en un laberinto de corredores apoyados por posiciones fortificadas y poternas para contraatacar.

—Su estupidez será la causa de su derrota —dijo, hablando más para sí mismo que para los siervos de la legión sentados en sus puestos de control—. Es una típica muestra de debilidad por su parte atacar sin un bombardeo previo. ¿Qué es lo que esperan conseguir?

—La Línea Dos ha caído, capitán —informó uno de los siervos—. La última comunicación que llegó informaba de un ataque en masa de la infantería. Las bajas del enemigo han sido cuantiosas.

—Supongo que han mostrado algo de inteligencia al dejar atrás a los blindados —comentó Luthris—. Todas esas baterías de cohetes antitanque no van a servir para nada. Que sus dotaciones ocupen sus puestos en la Línea Uno y defiendan las posiciones.

—Confirmado, capitán —le respondió el siervo.

Luthris comprobó la hora. En cómputo terrano, quedaban unas tres horas hasta el amanecer. La primera oleada de atacantes apenas habría llegado a la muralla antes de que sus tropas dispusieran de visibilidad completa. Sería entonces cuando comenzaría de verdad la matanza.

Las afueras de la Fortaleza Perfecta tenían un aspecto completamente contrario al que debían tener dada su función. Unos recargados jardines colgantes sobresalían de los tejados y de las paredes de los edificios blancos. El olor de sus flores llenaba el aire. Las fachadas con columnatas y las galerías salientes proporcionaron cobertura a los soldados de la Cohorte Therion mientras avanzaban hacia la torre de entrada, que se alzaba varios edificios por delante de ellos. Los Hijos del Emperador no habían sacrificado en absoluto su sentido estético a la hora de diseñar la ciudad, por lo que cualquiera de aquellos edificios de alabastro llenos de columnas podía ser tanto un edificio administrativo como un hangar de tanques. Era imposible saberlo por su aspecto exterior.

Valerius avanzaba con sus hombres, decidido a que continuaran el ataque con todas sus fuerzas, aunque estuviera condenado al fracaso. Se había visto obligado a aceptar la ignominia de sacrificar a las últimas tropas que había tenido bajo su mando en Isstvan para crear una maniobra de distracción, y estaba decidido a que su siguiente mando no acabara de un modo tan infamante. Los soldados de la Cohorte Therion cumplirían con su deber de forma impecable, pensara lo que pensase Corax.

Unos pocos bípodes de la clase Sentinel habían sobrevivido a las horas de bombardeos con cañones y lanzacohetes en las rutas de aproximación a la ciudad. Estaban a bastante distancia por delante de él, donde efectuaban tareas de exploración para la vanguardia de trescientos soldados. Valerius sólo lo sabía por los constantes

comentarios que le hacía el tribuno Calorium, que seguía al subcésar a pocos pasos de distancia.

—Señor, el escuadrón de vanguardia ha encontrado otra línea de defensa —le informó Calorium sin quitarse el receptor parecido a un cono que llevaba en la oreja —. Están recibiendo fuego enemigo desde unas balconadas superiores.

Valerius levantó la vista al oír aquello, y se fijó por primera vez en las filas de galerías que había por encima de él. Desde que entraron en la ciudad se habían topado con lo mismo: unos elementos arquitectónicos aparentemente inofensivos resultaban ser zonas de exterminio, plataformas de armas o campos de minas.

Al notar el nerviosismo de su comandante, la escolta personal de Valerius se acercó un poco más a él. Tenían las armaduras de caparazón doradas y los uniformes blancos manchados y embarrados por el avance a través de la zona de desembarco.

—Quizá deberíamos ponernos a cubierto, subcésar —sugirió la vicetribuna Callista.

—¿Y dónde sería eso exactamente? —le replicó Valerius.

Ya había perdido a cuatro miembros de la sección de mando cuando se refugiaron en un jardín que habían llenado de minas detonadas por cables.

Callista miró a su alrededor con una expresión confusa.

—No importa —le dijo Valerius antes de continuar caminando por la parte central de la calle.

Había sido frustrante luchar contra unos enemigos invisibles, a los que en realidad sólo habían visto cuando se retiraban hacia la siguiente línea defensiva.

Tampoco se encontraba con ánimos de que se produjera ese tipo de enfrentamiento. Los guerreros con armaduras púrpura y dorado sin duda provocarían un número todavía mayor de bajas en cuanto se decidieran a mantener sus posiciones y plantear una defensa más férrea. No había tampoco mucho alivio en la idea de alcanzar la ciudad propiamente dicha. El bombardeo procedente de los cañones del corazón de la fortaleza había cesado, sin duda para evitar bajas entre sus propios guerreros.

—Los grupos de vanguardia están sufriendo grandes bajas —anunció Calorium —. Solicitan refuerzos.

Valerius miró de reojo y sintió que se le hundía más todavía el ánimo.

—Que la Tercera y la Cuarta compañías avancen para apoyarlos. Que intenten atacar por el flanco la posición enemiga. Que la Quinta y la Sexta avancen desde la retaguardia. ¿Cuál es la progresión del prefecto Magellius?

El tribuno habló por el comunicador unos instantes y luego negó con la cabeza en un gesto de pesar.

—La Segunda Falange se ve obligada a retroceder. Han perdido un tercio de los efectivos —le informó Calorium—. Señor, la Tercera Falange también comunica que

su avance se ha visto detenido. Las defensas de la puerta están acabando con ella.

Una explosión a menos de doscientos metros de ellos lanzó una columna de humo y ceniza al cielo. Pocos segundos más tarde, una lluvia de restos cayó sobre Valerius y los demás.

—¿Qué ha sido eso? —quiso saber Valerius, aunque Calorium ya estaba hablando con rapidez por el comunicador.

—Un macrocañón, señor —le explicó el tribuno—. Situado en el siguiente cruce y oculto en el tercer piso de un bloque de habitáculos.

La voz le temblaba un poco, y cuando Valerius miró a los soldados que lo rodeaban, notó el miedo que los embargaba. Si continuaba obligándolos a avanzar, se desmoralizarían y caerían en una desbandada. Esa idea no le gustó en absoluto.

—Muy bien, envía un mensaje a todas las secciones de mando —gruñó—. Repliegue por compañías. Que establezcan un perímetro en el exterior de la ciudad. Quiero una retirada con orden. No quiero ni huidas ni pánico.

—Sí, señor.

El tono de voz y el gesto de Calorium revelaron lo agradecido que se sentía por la decisión que había tomado el subcésar.

Valerius se quedó donde estaba, y miró fijamente las lejanas torres con las manos apoyadas en las caderas. Habían logrado llegar hasta la ciudad, lo que era todo un logro en sí mismo, pero hasta sus fuerzas de reconocimiento más avanzadas estaban a más de dos kilómetros de la línea de defensa interior.

No importaba los planes que tuviera Corax. Aquello seguía teniendo el amargo sabor de la derrota.

—El enemigo se retira en masa, capitán.

—Eso es ridículo. Ni siquiera han comenzado a poner a prueba nuestras defensas.

—Tenemos confirmación visual de los datos de los sensores. El enemigo se retira hacia el perímetro exterior.

El oficial de los Hijos del Emperador dio una lenta vuelta por todo el centro de mando para comprobar cada flujo de datos y cada pantalla. Las pruebas eran incontestables: los atacantes estaban cediendo terreno en todos los frentes. Le pareció un final decepcionante a un ataque deslavazado.

—¿Alguna señal de las naves en órbita baja? —preguntó mientras se acercaba a su asiento.

—Ninguna, capitán —fue la respuesta—. Todas las naves enemigas se mantienen fuera del alcance de las defensas terrestres. No hay señal alguna de naves de desembarco.

Luthris pensó mientras se sentaba en su trono de mando que aquello tenía poco sentido, pero era una insensatez esforzarse por intentar comprender los motivos que

hacían actuar a los guerreros inferiores. Sin duda, les habían ordenado atacar y lo habían hecho sin conocer realmente el oponente al que se enfrentaban. No iba a perdonarles ni por asomo ese error.

—Reúne a las compañías de contraataque en las puertas tres y cuatro —ordenó tras pulsar el comunicador acoplado al reposabrazos del trono—. Que el armorium se prepare para organizar una serie de columnas móviles que realicen una rápida maniobra envolvente mediante las rampas subterráneas de la ciudad. Estos estúpidos no van a atacar nuestra ciudad sin recibir una respuesta. El objetivo de la misión es la destrucción total de la fuerza de combate enemiga. El contraataque comenzará dentro de quince minutos.

Soltó el botón del comunicador y se echó hacia atrás. El asiento se acomodó a su movimiento. Miró por encima del hombro al sargento Turan, que se encontraba de pie al lado de la puerta con el casco empenachado bajo el brazo.

—Sargento, prepare la fuerza de asalto. La dirigiré personalmente en combate.

—A sus órdenes, capitán —asintió Turan, haciendo una reverencia. Se puso el casco y luego se golpeó la placa pectoral con un puño—. Mataremos a esos perros allá donde intenten esconderse.

El disparo de un cañón láser atravesó el borde de la balconada y pulverizó al soldado que estaba a la derecha del subcésar. Cubierto de sangre y de polvo, Valerius retrocedió desde el parapeto hasta agazaparse detrás de las ruinas que había al otro lado. Calorium seguía a su lado, con un brazo en cabestrillo y la mochila de comunicaciones en el suelo junto a él. Miró a Valerius con los ojos inyectados en sangre e hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El prefecto Tigurian no responde, señor. Creo que nuestro flanco izquierdo se ha desmoronado.

—Dos mil hombres, tribuno. ¡Dos mil hombres! —exclamó Valerius mientras se derrumbaba contra la estructura de la ventana—. ¿No ha quedado ninguno con vida?

Calorium le respondió con un encogimiento de hombros.

Las tropas de la Cohorte Therion se habían retirado durante una hora, y durante otra más habían conseguido resistir el contraataque de los Hijos del Emperador. Marcus había hecho todo lo que había podido, alabando y amenazando a sus comandantes para se mantuvieran firmes y lucharan, para que mantuvieran la línea a toda costa, pero era muy poco lo que le quedaba. Se arriesgó a incorporarse mientras sacaba los magnoculares de su cinturón. Miró hacia el suroeste, y allí vio a varias decenas de figuras con armadura que avanzaban a lo largo de la calle, a menos de medio kilómetro de su posición.

—¡Por favor, váyanse!

Valerius se dio media vuelta y se quedó mirando fijamente al anciano de cuyos

aposentos se había apropiado para convertirlos en su centro de mando temporal.

—¿Y adonde quiere que vayamos? —le bufó el subcésar.

—Mi esposa quiere que se vayan…

—¿De verdad? Quizá piensa que Horus será mejor dirigente del Imperio.

—Yo no sé nada de eso, señor. Lo único que sé es que cuando lleguen los legionarios, no dejarán a nadie con vida si descubren que los hemos alojado.

Valerius no dijo nada más. No podía culpar a la pareja de ancianos del miedo que sentían. El mismo había sentido miedo, y luego desesperación, pero en esos momentos se encontraba en mitad de un estado de extraña calma respecto a la situación. Casi diez mil soldados de la Cohorte Therion habían perdido la vida a lo largo de las ocho horas anteriores, pero no se sentía angustiado por las pérdidas. Se había notado invadido por una sensación de relajación desde que habían perdido todo contacto con la Segunda Falange. Era una aceptación de lo inevitable.

Miró de nuevo a los Hijos del Emperador. No se daban prisa, y comprobaban todos y cada uno de los edificios de la calle. Las Thunderhawk acechaban en el aire por encima de ellos a la búsqueda de posibles objetivos para sus cañones y sus bólters pesados. Las calles se habían convertido en un baño de sangre con sus pasadas iniciales, lo que había obligado a los soldados a refugiarse en el interior de los edificios. Había que reconocerles a los Hijos del Emperador, para lo poco que pudiera servir, que no habían abierto fuego contra los edificios. Quizá todavía creían que protegían a toda aquella gente.

Empuñó la pistola. Le pareció importante tener un arma en la mano.

—Deja eso —le dijo a su tribuno, señalando el comunicador—. Coge tu rifle láser.

Calorium empujó a un lado la pesada mochila y dejó caer el receptor. Se encogió un momento cuando otro rayo láser atravesó un arquitrabe esculpido encima de ellos. El disparo fundió el relieve de un carro de guerra que cargaba contra una horda de bárbaros. El tribuno pasó por encima de un soldado muerto y recuperó su arma antes de regresar junto a Valerius.

—Me dijiste que confiara en ti —murmuró Valerius para sí mismo—. Que aguantara la tormenta y que confiara en ti. Bueno, Corax, pues tenemos la tormenta encima.

Había muy poco honor en matar a aquellos soldados tan mal armados. Sus rifles láser eran algo patético contra las armaduras de las Legiones Astartes, mientras que los chalecos de protección de color dorado no eran ninguna defensa frente a los proyectiles de bólter. Luthris ni siquiera disfrutó de la matanza. Estaba demasiado decantada a su favor, y no suponía una prueba para su agudeza táctica o sus capacidades físicas.

Subió por una escalera a la cabeza de su escuadra en dirección a los pisos superiores de una casa de huéspedes. Disparó el bólter contra unos soldados que se encontraban agazapados detrás de una balaustrada situada por encima de él, y los proyectiles impactaron en sus objetivos entre las columnas de madera.

—Escuadra Andilor, a la tercera planta —dijo mientras le disparaba a otro soldado en la pierna. El proyectil le reventó la cadera y lo derribó. Luthris le clavó luego la espada en el pecho con un gesto despreocupado mientras pasaba a su lado—. Escuadra Collonius, cuarta planta.

—Arma pesada en el tejado de enfrente, capitán —informó uno de los sargentos—. Un láser multitubo.

—Llama a una Thunderhawk para que se encargue, sargento —le respondió Luthris—. ¿Es que tengo que tomar yo todas las decisiones?

—Recibido, capitán. Solicito una Thunderhawk.

El capitán de los Hijos del Emperador abrió de una patada con la bota de la armadura una puerta situada en un extremo del rellano. Examinó con rapidez todas las estancias, pero estaban vacías. Dejó escapar un suspiro de decepción mientras volvía a la escalera.

—¡Capitán!

El grito llegó procedente de abajo, no a través del comunicador. Luthris se acercó para asomarse por el borde del rellano y vio a la escuadra Argentius retroceder hacia el interior del edificio con los bólters apuntados hacia la puerta de entrada. Uno de ellos lanzó un grito de aviso, y todos abrieron fuego, aunque Luthris no logró ver cuál era el objetivo.

—¿Qué ocurre? —preguntó a gritos el capitán—. ¡Informad!

El comunicador chasqueó antes de que ninguno de ellos tuviera tiempo de contestarle.

—Capitán, hemos detectado una nave suborbital que se acerca a gran velocidad.

—¿De dónde viene? ¿Cómo han logrado lanzarla?

—No lo sabemos, capitán. Los barridos orbitales no muestran nada.

Luthris observó a la escuadra de la planta baja mientras intentaba asimilar aquella información. Dos de los legionarios salieron despedidos por los aires con la sangre brotando a chorros de los enormes desgarrones en la armadura. Los demás dispararon a la nada, aunque los proyectiles parecían desviarse en pleno aire y estallaban en el espacio vacío. El sargento Argentius se lanzó hacia adelante con la rugiente espada sierra en alto, y un instante después la cabeza y el brazo salieron volando tras ser cercenados limpiamente por una fuerza invisible.

Luthris era incapaz de creer lo que estaba viendo. Tras unos pocos segundos, toda la escuadra había muerto, y los legionarios desmembrados y decapitados.

—Hechicería —murmuró.

No había ningún bibliotecario cerca que pudiera ayudarlo.

Alzó la espada de energía y se colocó en posición de guardia en el extremo superior de la escalera. Le pareció ver algo durante un instante, y abrió fuego con la pistola. El disparo estalló un poco más abajo del final de la escalera.

Un momento después se encontró mirando dos ojos completamente negros a escasos centímetros de su cara. Retrocedió un par de pasos y se dio cuenta de a qué se enfrentaba. El guerrero era más grande todavía que Luthris, con una armadura de color negro puro salpicada de restos sanguinolentos. A la espalda llevaba una mochila con alas. Su rostro era blanco como el hueso, con el cabello cortado a la altura de los hombros. En una mano empuñaba un látigo chasqueante y la otra era una garra centelleante. La aparición dejó a la vista los dientes cuando gruñó en silencio mientras alzaba la garra.

—¡Por el Emperador! —susurró mientras bajaba la garra de golpe.

Corax avanzó de estancia en estancia matando a todos los guerreros de los Hijos del Emperador con los que se encontró. La garra los despedazó, y el látigo reventó las pulidas armaduras. Cuando llegó a la planta superior del edificio, se asomó al balcón que daba a la avenida principal. Alzó la mirada y vio las manchas borrosas de las cápsulas de desembarco cayendo del cielo. Detrás de ellas se veían las estelas de los motores de las Thunderhawk y de los Stormbird.

Había llegado el momento de dirigirse a la puerta.

La cápsula de desembarco se abrió como si fueran los pétalos de una flor de hierro, y las rampas metálicas cayeron contra las almenas de la muralla. Navar fue el primero en soltarse el arnés de seguridad y en bajar a la muralla con grandes zancadas. Varios soldados sin armadura manejaban un arma pesada delante de él. Metió un dedo rematado por una garra en la guardia del gatillo del bólter y abrió fuego para derribarlos con tres disparos.

Carval, que estaba detrás de él, gruñó y siseó. Navar miró hacia atrás, hacia su camarada rapaz, e hizo un gesto de asentimiento. No tenía ni idea de lo que Carval había intentado decir, pero sí comprendió a su hermano legionario.

—¡Por la Guardia del Cuervo! —gritó Navar mientras echaba a correr a lo largo de la muralla y abría fuego contra una escuadra de los Hijos del Emperador que salía de una torre que se alzaba ante él.

Los proyectiles de bólter se entrecruzaron entre ambas escuadras arrancando trozos de ceramita de las armaduras. Una sombra cayó sobre Navar y levantó los ojos a tiempo de ver a lord Corax volando por encima del borde de la muralla. El primarca dio un latigazo y destrozó a dos de los enemigos de la cintura para arriba. Detrás de

Corax llegaron más guerreros de la Guardia del Cuervo que se posaron sobre el tejado de la torre. Los retrorreactores rugieron mientras frenaban el descenso. La escuadra de asalto, con las pistolas de plasma y las espadas sierra preparadas, cayó sobre la espalda de los Hijos del Emperador.

Se oyeron disparos en el interior de la muralla. Navar miró hacia abajo, a su izquierda, y vio a tres escuadras de armadura amarilla que se abrían camino a través de un patio estrecho haciendo retroceder a los Hijos del Emperador. Los Puños Imperiales del capitán Noriz no querían perderse aquella victoria. Otras dos cápsulas de desembarco se abrieron en otro tejado situado un poco más lejos. Los guardias custodios con armaduras doradas salieron a la carrera de su interior y abrieron fuego con las lanzas guardianas para reventar las servoarmaduras de sus enemigos.

Los guerreros de la Cohorte Therion estaban avanzando de nuevo desde el otro lado de las murallas para vengarse de los Hijos del Emperador que habían masacrado a sus camaradas. Aunque sus rifles láser no eran tan potentes como los bólters de sus oponentes, la potencia del fuego y su tenacidad estaban obligando a retroceder a los traidores de regreso a las puertas.

Lord Corax sobrevoló unos instantes la escena, sin duda para captar cómo se estaba desarrollando la batalla, antes de aterrizar un poco por delante de Navar. El primarca señaló hacia el centro de la ciudad, allí donde se alzaba la torre central de la Fortaleza Perfecta, que se elevaba más de trescientos metros por encima de los edificios que la rodeaban. Navar miró en la dirección que señalaba Corax y vio a miles de guerreros de la Guardia del Cuervo desembarcando de las cápsulas que habían caído alrededor de la torre. Reconoció las placas faciales rematadas por picos de la armadura de la clase Mark VI que llevaban los primeros rapaces que encabezaban la carga contra la ciudadela. Los disparos de bólter, de plasma y de láser arrasaron los jardines y los pórticos de las instalaciones enemigas. Otros legionarios, de los Halcones y de los Garras, saltaron desde las Thunderhawk en vuelo estacionario para establecer una serie de fuegos cruzados desde los tejados y las murallas interiores contra los Hijos del Emperador, que se batían en retirada. Los Stormbird sobrevolaban lentamente la zona arrasando con sus armas las pocas bolsas de resistencia mientras transportaban en su interior las unidades de reserva de la Guardia del Cuervo, preparadas para entrar en combate en cualquier momento.

Era una vista regocijante: toda la legión actuando de forma coordinada, y Navar comprendió por qué su primarca estaba sonriendo.

—No era tan perfecta —comentó Agapito.

Corax había reunido a su consejo de mando en los aposentos del comandante de la guarnición. Le recordó el comedor de los oficiales de Lycaeus, donde había decidido utilizar las cargas atómicas contra Kiavahr. La alfombra que pisaban era

mullida, y las paredes estaban cubiertas de paneles de madera laqueada de color rojo. Junto a las paredes había esculturas delicadamente esculpidas.

—Lo que es seguro es que no podemos mantenerla —recalcó Branne.

Un busto de talla exquisita de Fulgrim cayó contra el suelo con un crujido sordo cuando el comandante se apoyó de forma deliberada en su pedestal. Branne bajó la mirada a los fragmentos y los pisó aplastándolos contra la alfombra.

—Todos sabemos que Horus responderá.

—Cuento con ello, pero nosotros ya no estaremos aquí —le replicó Corax.

—Entonces, ¿para qué ha servido todo esto? —quiso saber Valerius. Parecía un niño, ya que estaba sentado en un enorme sofá creado para un guerrero astartes, y los pies no le llegan al suelo. Su ayudante, a su espalda, había rescatado una jarra de vino de un armario y estaba buscando un vaso intacto entre los restos destrozados de los aparadores y las estanterías rotas—. Han muerto demasiados soldados de la Cohorte Therion como para devolver este planeta a los traidores.

—Nosotros nos vamos, pero vosotros no —le explicó Corax—. El resto de la cohorte no tardará en llegar, casi quinientos mil soldados. La Legio Vindictus ya ha partido de Kiavahr con una fuerza de una docena de titanes. Otras fuerzas del Ejército Imperial también se encuentran ya en camino, casi un millón más de soldados. Horus va a tener una bienvenida más que calurosa si acaba viniendo.

—Entonces, ¿nos quedamos a luchar? Habéis destruido la mitad de las defensas —contestó Valerius.

—No llegarán tan lejos, subcésar —le aseguró el primarca. Se quedó mirando por la ventana, contemplando cómo el humo flotaba por encima de las torres y los jardines ornamentados—. La Guardia del Cuervo se marcha, pero no nos dirigimos hacia Deliverance. Nuestro siguiente objetivo será Khalghorst. Los Portadores de la Palabra tienen allí una guarnición. Caeremos sobre ellos antes incluso de que Horus se entere de lo que ha pasado aquí.

Corax se dio la vuelta y miró a sus comandantes.

—Ya no estamos en la Gran Cruzada. Ya no hay sometimientos planetarios, ni guarniciones. Lucharemos como siempre lo ha hecho la Guardia del Cuervo. Atacaremos y nos retiraremos. Golpearemos con fuerza y esquivaremos el contraataque. Ya hay otros que mantendrán sus posiciones y sufrirán el grueso del ataque de Horus, y tienen todo mi apoyo y comprensión, pero esta guerra no se va a ganar con elogios y admiraciones. Y recuperaremos nuestras fuerzas, nuestro número, con lentitud, como antes, pero nos haremos más fuertes mientras nuestros enemigos se debilitan. Los traidores dejaron que la Guardia del Cuervo sobreviviera, y les demostraremos que fue un error muy grave que les costará caro.

»Llevaremos esta guerra donde y cuando podamos, y desangraremos lentamente sus fuerzas. No podremos ganar esta guerra nosotros solos, pero nos aseguraremos de

que no consiga una victoria rápida.



EPÍLOGO

Ya a bordo del *Alfa*, Omegon se dirigió hacia sus estancias compartidas. Los pies lo guiaron sin pensarlo por los pasillos y los diferentes niveles, sin un esfuerzo consciente. Sabía que Horus había aceptado los datos genéticos, con lo cual sólo le quedaba un cabo suelto por atar.

Nada más entrar, Omegon se vio enfrentado con Athithirtir. El globo de soporte vital flotaba arriba y abajo en el aire con nerviosismo.

Siento que has actuado con duplicidad.

—Tu sensación es irritantemente correcta —le contestó Omegon, quien se sentó en el camastro para que su cara quedara al mismo nivel que la esfera llena de gas.

No es inteligente pasarle a Horus material genético primarca. Alterará el equilibrio de poder en su favor. Te arriesgas a entregarle la victoria al Aniquilador Primordial.

—Entonces es una suerte que los datos que entregamos tuvieran una serie de defectos —replicó el primarca—. Fabius jamás llegará a perfeccionar esa tecnología. Los servidores del Aniquilador Primordial pasarán incontables horas de incontables vidas intentando encontrar lo que es imposible hallar.

Siento que estás orgulloso de esta conclusión. Me estás ocultando algo.

—Tu capacidad empática empieza a resultar molesta —le espetó Omegon—. Ya no necesitamos a un enviado de la Cábala. Somos capaces de determinar nuestro propio destino a partir de ahora.

Eso no es una opción. La Cábala debe dirigir esta guerra hasta su conclusión. Hacer cualquier otra cosa es arriesgarnos a la victoria del Aniquilador Primordial. Estás desobedeciendo.

—Eso es algo que hacemos bastante —contestó al mismo tiempo que se ponía en pie.

Al hacerlo, atrapó el orbe con uno de sus guanteletes. Los motores

antigravitatorios emitieron un fuerte zumbido cuando la esfera se resistió a la presa del primarca.

Este artefacto es inmune a ti y a tus armas. Tu intento de dañarme o amenazarme no tiene ningún sentido.

—No voy a hacerte daño, querido amigo lleno de gases —le replicó Omegon.

Se dirigió a la puerta y tecleó el código de apertura. El primarca abandonó sus aposentos y se dirigió al ascensor más cercano. Athithirtir no dejó de chillar mientras bajaban hasta los niveles de los muelles, pero Omegon ya había impartido las órdenes necesarias para que no encontrarse con nadie en su camino. La zona del muelle 4 estaba vacía. El primarca cruzó las puertas blindadas y caminó entre las filas de Thunderhawk ancladas a ambos lados de la cubierta de despegue.

No comprendo tus intenciones. Tu comportamiento es inaceptable.

—Sólo voy a llevarte a tu nave —le respondió Omegon al mismo tiempo que soltaba el globo.

Athithirtir flotó hasta quedar fuera del alcance del primarca mientras gruñía maldiciones ininteligibles contra él.

No detecto mi nave.

—Seguro que estará aquí —le dijo Omegon mientras cruzaba de nuevo las puertas—. Dentro de un siglo o dos.

El primarca cerró las puertas y abrió el comunicador.

—Control de muelle 4, aquí el primarca. Abrid de inmediato las compuertas interiores y exteriores. Limpieza atmosférica completa.

—Recibido, señor —fue la respuesta.

Las sirenas de alarma resonaron mientras Omegon imaginaba cómo se abría la gigantesca compuerta blindada que protegía la cubierta de vuelo y dejaba a la vista el enorme lienzo de estrellas que se extendía al otro lado. El aire se escaparía con la fuerza de un huracán, llevándose consigo al pequeño intruso alienígena. Una vez satisfecho, regresó a sus aposentos. Todavía quedaba mucho por hacer. La tecnología genética estaba bien guardada en la bóveda blindada del *Alfa*, por lo que, con el tiempo, sus guerreros llegarían realmente a ser legión.